

# ***EL TERCER BRAZO***



**LARRY NIVEN**  
**JERRY POURNELLE**



**Larry Niven**



**Jerry Pournelle**

Título original: *The Gripping Hand*

Traducción: J. A. Bravo

© 1993 by Larry Niven & Jerry Pournelle

© 1994, Ediciones Martínez Roca, S. A.

Avda. José Antonio 774 - Barcelona

Edición digital: Carlos Palazón

Revisión: abur\_chocolat

R6 12/02

## Lista de personajes

### Simbad

SU EXCELENCIA HORACE HUSSEIN BURY, comerciante y magnate imperial; presidente del Consejo de Autonética Imperial, Ltd., y propietario del yate Simbad.

SIR KEVIN RENNER, capitán, Reserva de la Marina Espacial Imperial; piloto del Simbad.

NABIL AHMED KHADURRI, mayordomo y secretario personal de Bury.

CYNTHIA ANWAR, compañera de Bury.

REUBEN FOX, capitán de la nave de Autonética Imperial Nauvoov Vision.

SIR LAWRENCE JACKSON, gobernador de la Compra de Maxroy.

RUTH RACHAEL COHEN, teniente. Capitán de fragata, Servicio de Inteligencia.

### Marina Espacial Imperial

AJAX BOYNTON, JAMES SCOTT, DARWIN SCOTT: Cazadores de fantasmas de la nieve, Compra de Maxroy

RODERICK HAROLD, LORD BLAINE, conde de Crucis, MEI, capitán (retirado), ex capitán del crucero de combate imperial MacArthur.

SANDRA (SALLY) LIMELL LEONOVNA FOWLER, LADY BLAINE, doctora en antropología, esposa de Lord Blaine.

LA HONORABLE GLENDA RUTH FOWLER BLAINE, hija de Rod y Sally Blaine.

BRUNO CZILLER, MEI, vicealmirante (retirado), ex capitán de la nave MacArthur.

DR. JACOB BUCKMAN, astrofísico.

SU EXCELENCIA BENJAMIN SERGEI SACEIS, presidente de la Asociación Imperial de Comerciantes y presidente de Union Express.

BARÓN SIR ANDREW CALVIN MERCER, recién nombrado Virrey y Gobernador General de los dominios de Su Majestad más allá del Saco de Carbón.

ARKLEY KELLEY, ex artillero, Marines Imperiales, servidor de la familia Blaine.

JENNIFER BANDA, estudiante de xenobiología, Instituto Blaine.

JOCK, CHARLIE, IVÁN: Embajadores pajeños ante el Imperio, representando a la familia de Paja Uno encabezada por el «Rey Pedro».

CAPITÁN RAPHAEL CUNNINGHAM, oficial del Servicio de Inteligencia de la MEI.

ALYSIA JOYCE MEI-LING TRUJILLO, columnista del Imperial Post-Tribune Syndicate, reportera de la sección especial, Hochsweiler Broadcasting Network.

EL HONORABLE KEVIN CHRISTIAN BLAINE, MEI, teniente.

COMISIONADO JOHN CARGILL, MEI, almirante (retirado).

COMISIONADO DAVID HARDY, obispo de la Iglesia Establecida y ex capitán-capellán, Reserva de la Marina Espacial Imperial.

CAPITÁN WILLIAM HIRAM RAWLINS, MEI, capitán de la fragata Átropos.

COMANDANTE GREGORY BALASINGHAM, MEI, capitán del crucero Agamenón.

EL HONORABLE FREDERICK TOWNSEND, propietario y patrón del yate Hécate.

TERRY KAKUMI, MEI, ex oficial jefe, ingeniero a bordo del Hécate.

ALMIRANTE HONORABLE SIR HARRY WEIGLE, comandante de la flota de Eddie el Loco.

### Los pajeños

#### *Grupo de Comerciantes de Medina:*

EUDOXO, Mediadora.

MUSTAFÁ PACHÁ, Amo de la Base Interior Seis.

CALIFA ALMOHAD, Amo del Comercio de Medina.

#### *Grupo de la India:*

LORD CORNWALLIS, Amo Asociado de la Base Interior Seis.

WORDSWORTH, Mediador Subalterno.

OMAR, Mediador de Rango Superior.  
ALÍ BABÁ, aprendiz de Mediador.

*Grupo de los Tártaros de Crimea:*

MERLÍN, joven Amo.  
OZMA, Amo de Rango Superior.  
VICTORIA, Mediadora.  
DOCTOR DOOLITTLE, médico.  
POLYANNA, aprendiz de Mediadora.

*Grupo del Kanato:*

ARLEQUIN, Mediador.

PRIMERA PARTE  
FANTASMA DE LA NIEVE

*No querría pasar otra noche semejante  
Aunque fuera para comprar un mundo de días felices:  
¡tan lleno de horrible terror he estado este tiempo!*

William Shakespeare, Ricardo III

1. Rincón de la interacción

*¡Oh, Dios! Podría estar confinado en una cáscara de nuez  
y considerarme rey de un espacio infinito,  
si no fuera porque tengo pesadillas.*

William Shakespeare, Hamlet, Acto 2, Escena VIII

Una cabeza decapitada giraba en un cielo negro. Había sido un marine: mandíbula cuadrada, pelo rubio muy corto, brillantes ojos muertos. La boca laxa trató de hablar.

«Cuénteselo —dijo—. Deténgalos».

El vacío le hinchó la piel, y la sangre se había convertido en burbujas congeladas en el cuello grueso. «Despiértelos. Despiértelos. Señor Bury, señor, despierte», dijo con apremio. El cielo estaba lleno de pequeñas formas de seis extremidades. Se agitaron en el vacío, encontraron el equilibrio y flotaron hacia él, lo dejaron atrás, flotaron hacia el acorazado Lenin. El vacío se tragó su grito.

«Despierte —rechinó—. Por favor, Excelencia, debe despertar».

Su Excelencia Horace Hussein al-Shamlan Bury, comerciante y magnate, se sacudió bruscamente y se irguió hasta quedar sentado. Agitó la cabeza y se obligó a abrir los ojos.

El hombre pequeño y oscuro se hallaba de pie a una distancia segura. Bury dijo:

—Nabil. ¿Qué hora es?

—Las dos de la madrugada, Excelencia. El señor Renner insistió. Pidió que le dijera: «La mano que aprieta».

Bury parpadeó.

—¿Está borracho Renner?

—Mucho. Desperté a Cynthia; le está preparando café. Le hice tomar vitaminas y beber un poco de agua. Fue atacado en el exterior de la casa. Matamos a los tres, Excelencia.

—Negligente.

Tres cadáveres. Por lo menos Renner tenía cierta disculpa para despertarlo.

—El señor Renner estaba borracho y yo dormido cuando sonó la alarma —se disculpó Nabil—. Señor, usaron armas de fuego.

—De acuerdo. ¿La mano que aprieta? Renner ha estado mirando demasiadas holope-lículas.

—Sí, señor. Excelencia, debería ir a ocuparme de las cosas.

—Sí. Los cadáveres. Querremos saber todo sobre ellos. ¿La mano que aprieta? —Bury salió de la cama de agua. Con el movimiento la cabeza le dio vueltas, y todas sus articulaciones crujieron en protesta—. Bajaré enseguida. Tenme preparado café, café de verdad. Que Alá os ayude a los dos si me habéis despertado sólo por un atraco.

La bonita y nueva túnica espartana de Renner se hallaba cubierta de sangre, aún húmeda. Tuvo problemas en enfocar la vista. Ya estaba hablando cuando Bury trajo café turco hecho por Cynthia y se sentó.

—Esperaban fuera —dijo—. Despedí al taxi y me dirigí hacia la puerta. Dos salieron Dios sabe de dónde. Uno me aferró los brazos por la espalda; otro me roció Pacífico Sam en la cara. Creo que era eso; no intenté olerlo. Contuve la respiración. Mordí el diente alarma y expelí la pistola de mi manga y lo roció. Cayó sobre mí. Sonó como si por todo su cuerpo explotaran palomitas de maíz. De ahí viene la sangre. Al tipo que tenía detrás le roció los pies.

Nabil se hallaba ante una consola, siguiendo en la pantalla a uno de los agentes de Bury que comenzaba una autopsia en el primero de los tres atacantes muertos. Alzó la vista para decir:

—El señor Renner había llamado para decir que venía, de modo que el personal le aguardaba, por supuesto. Cuando oímos la alarma estuvieron preparados en el acto.

—Preparados —repitió Renner—. Nabil, no te he dado las gracias. Horace, se merece una bonificación.

Bury sorbió café turco dulce de una taza diminuta. Renner se bebió de un trago el que le había dado Nabil: un café negro nocivo, dosis para cuatro personas en una taza de desayuno con una rodaja de limón flotando en él. Le desorbitó los ojos, y le erizó el pelo.

Bury también hizo una mueca, sólo de observarlo.

—¿La mano que aprieta? —preguntó.

—La mano que aprieta. Una mano, otra mano, la mano que aprieta. Llevo oyéndolo toda la noche. No te saqué de la cama para hablarte de un maldito atraco.

Pudo seguir los pensamientos de Bury. «Está borracho. Habla sin sentido.» Entonces le entró el sentido y la sangre desapareció de la cara oscura de Bury.

—¡Eh! —exclamó Renner, y alargó un brazo para sostenerlo.

Bury se lo quitó de encima.

—Informa.

Renner se sentó un poco más erguido.

—Salí para echar un vistazo, como siempre. Me vestí con elegancia y de forma llamativa. Piloto bien pagado al servicio de un comerciante billonario, con dinero y en busca de diversión. Primero...

—Interpretabas a Renner.

—Es la parte fácil de mi trabajo. Por lo general.

—Continúa.

Sintió los labios entumecidos y como si fueran de goma. De algún modo consiguió que funcionaran.

—En la Compra de Maxroy a un burdel lo llaman un «rincón de interacción». Había oído hablar de Regina's. Fui ahí. No quería a su mejor chica; quería a una nativa. Salí con una dama llamada Belinda...

El espacio es vasto. Las costumbres cambian, y cada colonia humana es distinta. Algunas imitan de forma servil los modales de la corte Imperial. Otras tratan de ser como

sus antepasados terrestres... o, lo más probable, el modo en que les contaron que eran sus antepasados terrestres.

El sol se ponía en alguna parte detrás de la niebla cuando llegaron a la Cueva Marina de Shibano. La gente de Maxroy se acostaba temprano. Belinda era una rubia pálida, alta, con una cara en forma de corazón. Tenía un marcado acento de la Compra de Maxroy.

—¡Oh, es maravilloso! Nunca había venido. ¿Sabes que aquí no sirven copas?

De hecho, Renner había elegido el lugar. Era un restaurante mormón japonés. La Compra de Maxroy había sido colonizado primero por mormones, y aún representaban un buen porcentaje de la población.

Belinda se mostró alarmada cuando trató de pedir grips al crótalo.

—¿Sabes lo que te van a servir?

—He leído sobre este plato.

—De acuerdo —y sonrió—. Te ayudaré.

Había mostrado dudas acerca del sake sin alcohol, pero tenía buen sabor. Podía emborracharse después. Renner a menudo se consideraba un playboy-espía. Él captaba con los sentidos la tierra, mientras Bury usaba sus propios medios para reunir información.

Los medios de Bury a menudo le sorprendían. Bury seguía el movimiento del dinero a través del Imperio. Sólo eso. Era el mismo príncipe mercante que había sido siempre, únicamente con esta diferencia: durante el último cuarto de siglo vigiló las maniobras de los Exteriores y mantuvo informada a la Marina.

Los Exteriores eran los mundos fuera del Imperio del Hombre. Algunos eran inofensivos, otros no. Quince años atrás, la piratería Exterior había sido expulsada de la Compra de Maxroy y del sistema. Habría cabido esperar que el flujo de dinero por el sistema hubiera disminuido. Sólo Bury habría notado que no había descendido lo suficiente. Él vendía civilización; y la Compra estaba adquiriendo demasiada.

Bury disponía de cierto tiempo... y Autonética Imperial era propietaria de tres naves aquí.

El camarero de ojos almendrados intentó ocultar una sonrisa afectada cuando trajo el plato principal de Renner. Era algo llamativo, un cuenco poco profundo de unos treinta centímetros de ancho y doce centímetros de alto. Los clientes de otras mesas interrumpieron la conversación para mirar cuando lo colocó delante de Renner.

Las criaturas en el cuenco podrían haber sido cangrejos de cuatro patas. Les palpitan los lados. Renner recordó haber leído que eran animales de tierra. Casi podían llegar hasta el borde del cuenco antes de cejar en su intento. Sus ojos estaban clavados en los de Renner mientras ascendían hacia él. Parecían hambrientos y decididos.

—Coge el crótalo —dijo Belinda en voz baja—. Es el tenedor de dos dientes. Usa el pulgar y dos dedos.

El crótalo se hallaba junto al cuenco. Renner lo cogió. Belinda susurró:

—Clávalo justo detrás de la lámina de la cabeza. Hazlo con la suficiente fuerza como para ensartar los dientes. No querrás que se te caiga.

Titubear era malo: los grips se moverían. No podías culparlos. Renner apuñaló a uno y levantó el tenedor. Belinda dijo:

—Desengánchalo con el borde. No clavaste con bastante fuerza. Muerden.

Renner lo desenganchó y probó con otro. Los bichos no eran rápidos, pero no resultaba fácil centrar el tenedor. Lo clavó.

—Bien. Levántalo. Con la mano izquierda coge el rabo. Tira con fuerza.

Tiró. El rabo exoesquelético se desprendió, dejando al descubierto cinco centímetros de carne blanca.

Todos los ojos estaban fijos en Renner, observando cómo hacía el ridículo. El rabo desnudo se retorció. Se sintió como un asesino.

—¡Así acabas, desgraciado habitante del desierto! —comentó—. ¿Nos hablarás ahora de vuestros movimientos de tropas?

—En realidad, era delicioso. Deberías probarlo —dijo Renner. Bury sólo le miró—. He hecho eso antes, sabes? Pedir algo llamativo, como *crêpes suzettes*. Hacer que me miren a mí, y luego captar una conversación. En esta ocasión solicité que viniera el dueño. Apareció para darnos una conferencia. «Mire ese grip. ¿Ve cómo se mueve? Por un lado, si se mueven mucho, quizá estén enfermos. Por otro, si no se mueven, no han comido bien. Por la mano que aprieta, si son demasiado jóvenes y sanos, se escaparán y tratarán de comerle a usted. Eso no le gustaría.» Di un buen salto cuando metió la mano en el cuenco. Eso le gustó. «Pero mire, vea cómo ataca mi dedo artificial. Éste es un grip sano. En otros sitios, ven a un turista y le sirven cualquier cosa. Aquí no. Lex Shibano no sirve nada más que comida sana. Si entra en su cuerpo, debe ser buena. Yo...»

—¡Renner!

—Oh. En cualquier caso, una vez que apareció Shibano, nadie quiso estar cerca de nosotros. Imagino que es uno de los riesgos de comer ahí.

Cuando se fue, la gente de la mesa de al lado había perdido todo el interés. Así que escuché disimuladamente un poco. Creo que los dos hombres que había a mi derecha eran banqueros.

—Supongo que irás al grano tarde o temprano.

Renner asintió.

—«Podríamos vender y obtener beneficios. Aunque la bolsa está subiendo en Tabletop. Podríamos aguantar y conseguir dinero de verdad». El otro dijo: «Por la mano que aprieta, la inflación es desmesurada en Tabletop. Metámonos en otra cosa». —Bury envejecía mientras miraba—. Hablé con Belinda. Tiene ambiciones, pero demonios, no es estúpida. Ella... veamos si lo hago bien... «Sí, Kevin, podría haberme pasado la vida como un ama de casa decente. La vida de granja no es mala si puedes permitirte mantener las máquinas...; pero si tengo cuidado y suerte, quizá consiga llegar a Esparta. Hacerme rica. Luego montar un restaurante o algo. ¿Cuáles son mis posibilidades de llegar a Esparta?». No quería mentirle, así que...

—Continúa.

—No dije nada. Bajó la vista a su plato y comentó: «La mano que aprieta es que nunca seré otra cosa que un desecho de Maxroy. El acento, la forma en que camino... ¿Cuán alto puedo subir?».»

Renner se detuvo para dejar pasar café negro más allá de su lengua y hacerlo bajar con medio vaso de agua.

—La mano que aprieta —apuntó Bury.

—Quería una copa. La llevé a la Cima del Mundo. Es un bar y restaurante giratorio en el extremo del espaciopuerto. Las personas de la mesa de al lado parecían prospectores. «Los precios son buenos para la magnesita de ópalo y necesitamos el dinero». El segundo sujeto dijo: «Tengo entendido que cada vez es más difícil encontrar bloques tan grandes como el que tenemos nosotros. El precio subirá». El primero comentó: «Horace Bury aterrizó ayer en la Compra. Si alguien es capaz de encontrar la fuente real, ése es él. La mano que aprieta es que será mejor que vendamos nuestras acciones ahora antes de que caiga el precio». ¡Bury, estaba en todas partes!

—¿Más?

—Envié a Belinda de vuelta al rincón de la interacción. Lo que busca es un billete de salida. Creyó que era yo. Pensé que lo mejor era enviarla de regreso. Un coche partió justo detrás del taxi. No le di importancia, yo sólo tiendo a fijarme...

—Es mi entrenamiento.

—Exacto. Seguí andando hasta la sección del desecho. Quería una visión general, y de verdad me pareció que estaba sobre algo. Ahí es donde me emborraché tanto. El whisky local. Hecho de...

—¿«La mano que aprieta»?

Renner sorbió más café.

—¡Aghh! Parecían cazadores. Olían como cazadores. «Oh, estoy acostumbrado a cazar a los fantasmas de la nieve. Las pieles se venden por mucho, y si conoces sus costumbres, no son tan peligrosos». Uno dijo: «Por otro lado, sorprendieron a Serge Levoy

hace un mes. ¿Crees que quizá están aprendiendo? ¿Mutando?». Otro se rió y comentó: «Por la mano que aprieta, Page, eres demasiado perezoso para hacer otra cosa a fin de ganarte la vida».

Bury tuvo un escalofrío.

—A través del saco de Carbón. La Paja se encuentra justo del otro lado. Los pajeños debieron haber cruzado el Saco de Carbón en naves más lentas que la luz.

—No desde que estuvimos allí —dijo Renner—. No ha habido tiempo suficiente. Y antes que eso... Bury, no pudieron usar el truco de la vela de luz para cruzar el Saco de Carbón. El sólo hecho de enviar aquella nave a Nueva Cal les absorbió tantos recursos que colapsó toda su civilización.

—La mano que aprieta —musitó Bury—. O sea, el tercer brazo. Tres alternativas, una de ellas dominante. Dos brazos derechos delicados y un izquierdo poderoso. La gente no piensa de esa manera. ¡Los pajeños sí! Hay demasiado dinero en este planeta. Nosotros buscábamos Exteriores. Quizá no sean ellos. Tal vez es mucho peor que los Exteriores.

—No me lo creo.

—Yo no quiero creerlo —Bury hizo una mueca—. Es una pena que Nabil tuviera que matar a los tres que te atacaron. Creo que podríamos haber averiguado algo interesante de ellos.

Renner intentó parecer pensativo, pero se rindió. Acabó el vaso de agua.

—¿Cómo es eso?

—Te querían vivo. No fueron los actos de atracadores fortuitos. El Pacífico Sam es un gas que usa la policía; no se vende a los ciudadanos. Eran diestros, estaban desesperados y disponían de recursos, pero si de verdad hubieran sido expertos, habrían tenido éxito.

—Diestros aficionados desesperados —dijo Renner—. ¿Quiénes?

—Confío en que lo sepamos por la mañana.

—¿Excelencia?

Bury se volvió.

—Tienes algo, Nabil?

—La oficina de registros está cerrada y su computadora no responde, de modo que esta noche no podemos comprobar las identificaciones del patrón retinal, pero Wilfred ha hecho progresos. Ni el primero ni el segundo de los asesinos muestra rastro alguno de oscurecimiento en los pulmones, nada de alcohol ni drogas en la corriente sanguínea.

—Busca cafeína.

Nabil asintió y habló ante la consola.

—Mormones —comentó Renner—. Eso lo limita un poco. Estoy a punto de derrumbarme, Horace.

—A la cama.

Renner estaba desnudo en el sauna. A pesar del agua y de las vitaminas que había tomado la noche anterior, le palpitaba la cabeza, y su estómago rechazaba cualquier noción de comida. Cuando el aire frío le rozó, rugió:

—¡Córtalo!

Nabil sonrió con disimulo.

—Anoche le complació más verme.

—Seguía borracho. ¿Qué tienes?

—Su Excelencia desea verle. Hemos identificado a los asesinos. Son miembros de la tripulación del Nauvoo Vision.

—¿Nauvoo Vision?

—El nombre es mormón. La nave pertenece a Autonética Imperial.

Renner silbó.

—¿Es de Bury? ¿Por qué demonios la tripulación de una de las naves de Bury trataría de matar a su piloto?

—No matar. Secuestrar —repuso Nabil. Con cuidado cerró la puerta del sauna.



—Nauvoo Vision —dijo Bury—. Capitán Reuben Fox. Nativo de la Compra de Maxroy. Mormón, y recluta tripulación mormona.

—¿Corruptible? —preguntó Renner.

Bury se encogió de hombros.

—Jamás he tenido motivos para averiguarlo. Valdría la pena pasar de contrabando magnesita de ópalo si hubiera suficiente cantidad, pero de hecho es muy rara. Es el único artículo que exporta este mundo que soporta algún arancel.

—¿Qué más sabes de él?

—Muy poco. Creo que nunca le he conocido. Debe de haberle ascendido mi capitán de Sector —Bury habló en voz baja en árabe a su computadora de bolsillo—. Quizá merezca la pena averiguar por qué, aunque la razón parece bastante clara. Fox ha sido un capitán útil.

—Creo que deberíamos hablar con él —indicó Renner—. Y será mejor que alerte al Servicio de Inteligencia de la Marina.

Bury hizo una mueca.

—Supongo que tienes razón. En especial desde que puede haber pajeños involucrados.

—También tendrá que saberlo el Gobernador.

—No me gusta despertar la atención del gobierno. ¿Debo confiar en el Gobernador? Si alguien en este mundo tiene tratos con pajeños...

—Le verás esta noche para cenar. Horace, anoche me persiguieron.

Nabil alzó la vista de la consola.

—Eso es verdad. Resulta bastante claro. Le siguieron con la esperanza de cogerle solo o únicamente con la mujer. Usted dejó un taxi esperando cuando fue a la Cima del Mundo.

—Sí.

—Hemos localizado al conductor. Su taxi fue interceptado en Madame Regina's por tres hombres con una historia inverosímil. Perdieron interés cuando descubrieron que usted no iba dentro.

—Entonces queda claro que de verdad iban tras de mí. Aún me duele la cabeza.

—No es de extrañar, dado lo que bebiste —comentó Bury.

—Tomo mis reconstituyentes nerviosos. Bury, ¿por qué me querían?

—Imagino que por sus llaves —repuso Nabil—, y tal vez por las instrucciones de cómo entrar en la casa. Llevaban otras drogas. El Serconal habría inducido la cooperación, o por lo menos eso debieron pensar.

—¡Es ilegal! —protestó Renner.

Bury se rió.

—El Serconal no sólo es ¡legal, sino que está estrechamente controlado. Aún para mí sería difícil conseguir un suministro. Nuestros enemigos tienen recursos.

El capitán Reuben Fox era un hombre de cabello oscuro próximo a los cuarenta años. Se hundía y zangoloteaba al caminar. Por lo demás no parecía achacoso. A diferencia de la tripulación de la Marina, los civiles podían descuidar sus ejercicios de caída libre, y recuperar los músculos era un infierno.

Daba la impresión de ir deprisa, aunque no marchaba a mucha velocidad.

—¡Horace Bury! Su Excelencia, nunca esperé que nos conociéramos. ¿Qué le trae..., quiero decir, qué podemos hacer por usted mi nave y yo?

Bury exhibió su sonrisa pública y reservada. Parecía ser sólo un hombre viejo y barbudo con una nariz muy prominente y una sonrisa suave, todo lo cual refutaba su reputación.

—A menudo inspecciono mis naves. ¿De qué otro modo podría conocer los problemas en mi organización?

—¡Excelencia, no tengo problemas!

—Lo sé. Posee un buen historial, libre de problemas. Cuénteme un poco de las operaciones normales de su nave.

—Sentémonos —Fox se dejó caer pesadamente en una silla. De hecho, Bury ya estaba sentado. Era un hombre viejo, y siempre que podía usaba una silla de viaje—. Somos una nave de carga —comenzó Fox—. Lo que a menudo se llama un carguero de servicio irregular. El nombre viene de los tiempos anteriores al vuelo espacial. Recibimos órdenes para traer cargamento aquí, y cuando disponemos del suficiente flete o pasajeros para hacer que el viaje sea lucrativo, vamos a Darwin. A veces llegamos tan lejos como a Xanadu, y en una ocasión hasta Tabletop, pero por lo general sólo a Darwin.

—Y supongo que también se mueve dentro de este sistema.

—No a menudo —repuso Fox—. Si tenemos cargamento para el interior del sistema de la Compra, podemos alterar nuestro curso hasta el punto de Salto y usar el lanzador.

De camino a la nave, Bury había inspeccionado cuadros computerizados de la Nauvoo Vision. Era una nave versátil, un vehículo con alas que podía aterrizar en el agua y tenía capacidad interestelar, pero sin Campo Langston. Llevaba avíos para una cabina expandida de pasajeros o un contenedor de carga, pero cualquiera de ellos debería añadirse en órbita.

El lanzador (o cañón de expulsión, o tubo AWOL) era un acelerador lineal. Una hilera de monturas recorría toda la extensión del casco, y los anillos electromagnéticos estaban almacenados a bordo. Los lanzadores eran corrientes a bordo de naves que tenían una ruta fija en sistemas muy poblados. También podían lanzar vehículos salvavidas. No obstante, Bury preguntó:

—¿Le da mucho uso al lanzador? ¿Realmente merece la pena cargar con su masa?

—Sí, Excelencia. El sistema de la Compra es escaso en metales. Hay pocas minas. Tampoco tiene casi nada en cuanto a asteroides, pero nos durarán los siguientes diez mil años. Las minas deben recibir suministros.

Bury se había dado cuenta, en su rápida lectura de los registros de la Nauvoo, de que los anillos y monturas en el lanzador habían sido reemplazados dos veces en trece años. Una montura había perdido su alineación y en este momento aguardaba ser sustituida. Los pagos de las minas respaldaban la declaración de Fox de que sí lo usaba mucho.

—¿Su tripulación está completa?

—Faltan tres. Me gusta contratar buenos miembros de la Iglesia, pero a veces se des-carrían. Se supone que nosotros no bebemos alcohol, y la mayoría jamás lo hacemos, pero todo el mundo siente curiosidad...

El capitán tendía a explicar antes de que se le preguntara. Era el tipo de cosas que notaba Bury.

—¿Ha sido usted mormón toda su vida?

—No como usted considera mormón —contestó Fox—. Mis antepasados tenían diferencias fundamentales con la Iglesia de la Tierra. Vinieron a la Compra de Maxroy para establecer la fe verdadera. Eso fue hace unos seiscientos años. Estábamos bastante asentados cuando el Condominio nos envió a cien mil colonos. Hombres y mujeres malignos con hábitos malignos. Trajeron alcohol y drogas. La Iglesia trató de mantener el control del gobierno, pero había demasiados colonos. Demasiados para que nuestros misioneros los pudieran convertir. Algunos de los Ancianos se llevaron la Verdadera Iglesia al interior —Fox esbozó una sonrisa triunfal—. Cuando comenzaron las Guerras de Secesión, los falsos templos en las ciudades fueron destruidos, pero el verdadero sobrevivió. Nuestro Templo en el Valle Glaciar es el Templo gobernante para la Compra de Maxroy hasta hoy día.

Bury asintió.

—Fue muy similar a lo que sucedió con los verdaderos servidores del Islam. Huyeron de las ciudades al campo, a menudo de mundo a mundo. ¿No he oído yo hablar de una Nueva Utah?

—Excelencia, yo he leído sobre Nueva Utah en la clase de historia. Es un mundo Exterior, establecido desde la Compra en la misma época en que los Ancianos se trasladaron al Valle Glaciar. Hubo relaciones próximas con Nueva Utah, hasta que las líneas de transporte Alderson se perdieron en algún momento durante las Guerras de Secesión. La geometría estelar cambia despacio; pero con suficiente tiempo...

—Entonces, ¿su tripulación es toda mormona? —interrumpió Bury.

—Sí, Excelencia. Yo soy obispo de la Iglesia. Mi tripulación es obediente y afable. ¿No lo muestra nuestro historial?

—Sí —dijo Bury—. No es infrecuente. ¿Qué hace cuando tiene pasajeros que no son de su Iglesia?

—Conozco a muchos propietarios de restaurantes —repuso el capitán Fox—. Busco miembros de la Iglesia que están acostumbrados a servir a no mormones, que no desearían formar parte permanente de la tripulación. Vienen para un viaje —sonrió—. Se muestran deseosos. ¿Qué otra oportunidad tiene un dueño de restaurante de ver otro cielo? Quizá sea una práctica inusual, pero funciona.

—De hecho, nada en esta nave o en su práctica es inusual. Si tres de sus tripulantes no hubieran tratado de secuestrarte, quizá para abrirse paso hasta mi dormitorio —comentó Bury—, no habría ningún motivo para sospechar de Reuben Fox.

Cynthia se movía alrededor de Bury como un valet, vistiéndole. Bury se levantó para que le pusiera los pantalones, luego volvió a sentarse. Renner ya estaba vestido, con elegancia pero sin su habitual ostentación. Se sentó en la cama.

—Uh, huh. ¿Tal vez esos tres tenían dos empleos? De vuelta en puerto, buscando un poco de diversión, alguien les ofrece dinero para romper una rótula... ¿No? Conozco esa sonrisa, Horace.

—Tiendo a fijarme en los números.

—¿Y bien?

—Mundo Pequeño, Pequeño, Transportistas de Montañas, Cortadores de Piedra, y otros: éstos son los intereses mineros de los grandes asteroides en el sistema de la Compra. Todos antiguos. Transportistas de Montañas tiene más de quinientos años. Emplearon técnicas bien establecidas desarrolladas por el primer Condominio, y se mostraron cautos en su mejora y actualización —los dedos de Bury bailaban mientras hablaba. Los datos centelleaban en la pantalla y desaparecieron antes de que Renner fuera del todo capaz de integrarlos—. Pero ¿qué hay de éstos? Minas Hannefin, Metales Generales, Unión de Planetoides, Metales Tanner... esta secuencia, siete en total. ¿Qué ves?

—Nombres sin imaginación.

—Yo no me fijé en eso.

—De breve duración. Cada uno de unos pocos años. Hmm... están en secuencia. Uno desaparece antes de que se registre el siguiente. Hasta con veinte años de separación. Bury, no veo que ninguno cayera en la bancarrota.

—Ésa sería la suposición obvia, ¿verdad? Un fraude. Muchos nombres, un hombre. Pero ¿durante ciento diez años? Y es evidente que pagaron sus facturas de manera puntual. Por lo menos le han pagado sumas respetables a la Nauvoo Vision por cargamentos entregados por todo el sistema.

—¿Impuestos?

—Pagaron sus impuestos.

—Todas las oficinas estuvieron aquí en la ciudad del Río Pitchfork. Comprueba las direcciones —Renner observó los dedos de Bury. A veces las manos del viejo temblaban; sus criados aprendieron a llenarle las tazas a medias para que no se le derramaran. Pero las manos de Bury se tornaban maravillosamente ágiles sobre el teclado de una computadora—. ¿Qué significa eso?

—No hay direcciones actuales... ninguna. Haré que Nabil investigue en registros más antiguos. Significa que me han pagado por nada.

—¿Eh?

—Bromeaba. El lanzador de la Nauvoo Vision ha tenido un uso duro. Se han lanzado cargamentos por todo este sistema, pero sus objetivos no eran las minas de los asteroides, ni estas minas. Entonces, ¿adónde iban?

—Había amplias civilizaciones en los asteroides del sistema de la Paja —Renner vio que las manos de Bury empezaron a temblar y dijo—. Sólo fue una ocurrencia. La mejor apuesta son los Exteriores. Los rebeldes han vuelto.

—No apuesto al futuro de la humanidad ni con ventaja, Kevin —Bury se echó hacia atrás, respiró hondo—. Bueno. Llegaremos unos minutos antes a la cena si nos vamos ahora.

—Tengo entendido que ésa es la costumbre aquí.

—Sí. Veamos qué podemos averiguar en el Palacio del Gobernador.

## 2. Recepciones

*El primer aventurero fue un estorbo. Estoy seguro de que obró en contra de las estrictas órdenes de su madre, de su esposa y del concilio de ancianos cuando lo hizo; pero fue él quien descubrió dónde mueren los mamuts y dónde, después de mil años de uso, había aún suficiente marfil para equipar a toda la tribu con armas. Ése es el último perfil del aventurero; benefactor de la sociedad y también su plaga.*

William Bolitho, Doce contra los dioses

La fila de recepción fue misericordiosamente corta. El Gobernador sir Lawrence Jackson, antiguo hombre de la Marina que se había metido en política. Lady Marissa Jackson. Renner pensó que tenía aspecto eurasiático. Norvell White Muller, el presidente de la sucursal local de la Asociación Imperial de Comerciantes. Media docena de otros funcionarios locales.

—Sir Kevin Renner —anunció el oficial de protocolo.

—Bienvenido a la Compra de Maxroy, sir Kevin —dijo el Gobernador.

—En realidad, no uso mucho el título, Gobernador. Gracias por la recepción. Encantado de estar aquí.

—Imagino que esto es un poco aburrido para alguien que ha estado en Paja Uno —comentó Lady Jackson.

Había algo familiar en la voz del Gobernador, pero antes de que Renner pudiera estudiar su cara con más atención, la gente que había detrás de él había avanzado, y se vio arrastrado hacia el salón principal.

El salón de recepción era grande y espacioso. Entre los grandes ventanales que daban a la ciudad y al río Pitclifork había «ventanas»: hologramas de escenas de otras partes del planeta.

Aquí, media docena de cascadas espectaculares se precipitaban desde riscos anaranjados. Formas plateadas saltaban y danzaban en los estanques bajo las cataratas.

Allí, una serpiente marina perseguía a un cardumen de peces con forma de delfines en miniatura; luego los delfines se volvieron y la atacaron con dientes feroces. La serpiente se sumergió para escapar. El punto de vista la siguió abajo... la siguió y se acercó, hasta que la cola de la serpiente pareció a punto de salirse de la pared. La vista cambió: la serpiente fue sacada por la cola y lanzada a la cubierta de un barco, aprisionada por un collar.

Renner se encontró cerca de una muchacha bonita vestida con el uniforme de la Marina Imperial. Parecía demasiado joven para ser capitán de fragata.

—Espectacular —comentó.

—Claro que los hologramas para decoración de palacios pasaron de moda en Esparta hace diez años —dijo ella—. Hola, sir Kevin. Soy Ruth Cohen.

Una de las «ventanas» daba a un bosque ralo tapizado de nieve. Algo parecido a una serpiente de pelaje espeso alzó una cabeza grande, achatada... no, ¡era un cuello! La criatura yacía sobre la nieve, como una gigantesca alfombra de oso blanco. La cabeza

estrecha y puntiaguda se elevó alto y giro para mirar casi hacia atrás, con suspicacia, directamente al salón de recepción. Sobresalían unos ojos de pupilas negras. La cabeza descendió; de nuevo el animal fue invisible en la gruesa nieve.

—¿Qué nave, capitán? —preguntó Renner.

Ella sacudió la cabeza.

—Oficina del Gobernador. Enlace del Servicio de Inteligencia —ella miró alrededor para cerciorarse de que estaban solos—. De cualquier modo, nos habríamos conocido bastante pronto. Arreglé para sentarme junto a usted en la cena.

—Bien.

—¿Sólo negocios?

—Tendremos tiempo de... ¡Dios!

La cabeza puntiaguda se alzó de forma brusca, las achatadas piernas cortas de oso salieron disparadas hacia atrás, y emprendió la carrera. Era rápido. Podía haber estado deslizándose, usando el torso aplanado como una superficie de sustentación. Tres cazadores embozados dispararon casi en el mismo momento, luego dieron media vuelta y corrieron, dividiéndose, esquivando los árboles. La criatura chocó contra un árbol joven, rebotó y se derrumbó. También el árbol.

—¡Vaya! —exclamó Renner— ¿Qué era eso?

—Un fantasma de la nieve —indicó Ruth Cohen.

—Peligroso.

—Oh, sí. Sin embargo, la piel es bastante valiosa. La mudan en verano, pero siguen siendo igual de peligrosos.

—Usted no tiene acento de la Compra —dijo Renner.

Ella rió en voz baja.

—No creería cuánto les costó a mis padres... —sonrió—. En realidad, si tengo un planeta natal, es Nueva Washington. Mi padre se retiró allí. Éste es mi primer servicio en la Compra de Maxroy. Llevo aquí un año.

—Parece un lugar bonito.

—Me alegra que alguien lo piense —dijo Ruth.

—El Gobernador Jackson. Hay algo familiar en él —comentó Renner.

—Quizá le conoció. Fue Reserva de la Marina durante mucho tiempo. Creo que se retiró como comandante.

—¿Cómo llegó a Gobernador?

—Es una historia interesante —dijo ella—. Tráigame una copa y se la contaré.

—Oh... lo siento —Renner le silbó a uno de los robots circulantes—. Parece que tenemos Pasado de Moda, Martini y algo verde.

—Tomaré el verde. Será licor de hoja de agua. Es dulce, pero con un sabor agradable.

Renner cogió dos de las copas verdes y sorbió con cautela. Sabía a jengibre y a algo indefinible.

—No está mal. Me pregunto si Bury lo conoce.

—Me sorprendería que no lo conociera —dijo la capitán de fragata Cohen—. Es un gran artículo de exportación. Ahora bien, usted quería saber del Gobernador. Creció aquí, estuvo aquí antes de que la Compra fuera devuelta al Imperio. Se inscribió en la escuela de la Marina, y cuando se licenció trajo a su amigo Randall Weiss, otro hombre retirado de la Marina, e iniciaron un servicio de transporte para proveer de suministros a los mineros de los asteroides.

—Suenan razonable —comentó Renner. Había habido un tiempo en que ésa habría sido su carrera: terminar el servicio en la Reserva de la Marina, luego pasarse a una línea de embarque civil, quizá a la larga comprar una nave.

—Sólo que los Exteriores no dejaban de atacar su nave —indicó Ruth—. Les cogieron dos cargamentos, y la empresa estuvo a punto de quebrar.

—¿Dónde estaba la Marina?

—Eso fue hace dieciséis años.

—Ah. Aún se hallaban fortaleciendo la flota de bloqueo.

De nuevo el sistema de la Paja.

—Exacto —Ruth dio un sorbo a su bebida—. De verdad es buena, ¿sabe? En cualquier caso, sir Lawrence —bueno, por ese entonces no era sir Lawrence, desde luego— y Weiss decidieron hacer algo al respecto. Armaron su nave y reclutaron a nativos y mineros de los asteroides y a todos los demás que pudieron, y salieron en busca de los piratas, o más bien dejaron que los Exteriores los encontraran. Supongo que tuvieron suerte, porque capturaron una nave Exterior, y eso les proporcionó una nave mayor y mejor armada, y la usaron para perseguir a más Exteriores.

—Creo que leí sobre eso —dijo Renner—. No me di cuenta de que fuera aquí. Terminaron con cuatro naves, y una buena batalla.

—Sí. Randall Weiss resultó muerto, pero casi aplastaron la amenaza Exterior. A Weiss le levantaron una estatua, sir Lawrence recibió el rango de caballero y el Concejo local le envió a la capital del sector para que representara a la Compra. En poco tiempo el Virrey le mandó de vuelta como Gobernador.

—Buena historia —Renner frunció el ceño—. Por Dios; le he conocido, pero no puedo recordar dónde.

Un gong suave sonó por todo el salón de recepción.

—La cena —dijo Ruth.

Renner le ofreció el brazo.

El primer plato era una variedad de sashimi. Renner miró a Ruth Cohen en busca de consejo.

—Ése es aleta amarilla —indicó ella—. El atún terrestre crece bien aquí. Y el gris claro es un pescado de agua dulce llamado plata danzante. ¡Oh!

—¿Qué?

—El rojo oscuro es cecilia. Es caro. No exactamente escaso, pero no se coge uno todos los días.

Renner probó un poco de cada uno.

—¿Qué es la cecilia?

—Una serpiente marina grande. Creo que vio cómo la atrapaban. En los hologramas. Hmm. ¡Kevin, me parece que hemos estado mirando nuestra cena! Me pregunto si eso significa que nos servirán fantasma de la nieve.

—Sí —dijo Lady Jackson desde un extremo de la mesa. Era una mujer entrada en carnes a la que resultaba claro que le agradaba comer—. ¿Le gusta?

—Nunca lo probé —reconoció Ruth—. Aunque en una ocasión tomamos cecilia. Kevin, se supone que debe meterlo en esa salsa.

Renner empleó los palillos para mojar la carne oscura, luego masticó pensativo.

—Salsa de cacahuete.

—Y jengibre —añadió Lady Jackson—. La influencia Thafí. La cocina de la Compra tiende a ser sencilla. El planeta fue colonizado por mormones, pero hubo una fuerte influencia oriental. La mano que aprieta es que mantuvimos la sencillez de ambos pueblos para casi todas las cosas.

La silla de viaje de Bury, cerca de la cabecera de la mesa, ocupaba el espacio de dos sillas normales. Le daba una sensación de aislamiento —algo que él recibía con beneplácito—, pero aún le permitía la conversación.

La carne del fantasma de la nieve se sirvió cortada en tiras delgadas, acompañada con zanahorias, nabos y unas raíces desconocidas de vegetales. El plato era lo suficientemente picante como para despertar a los muertos. La carne era dura. No era de extrañar que hubiera que cortarla fina. Los dientes de Bury la atravesaron bastante bien, pero eran más duros y afilados que los dientes con los que había nacido.

—¿Cuánto hace que La Compra de Maxroy fue introducida en el Imperio? ¿Cincuenta años? —preguntó.

—En realidad no llegan a cuarenta —respondió el Gobernador Jackson. Comía con la mano izquierda; habían colocado sus cubiertos invertidos.

Bury asintió despacio.

—Pero tengo entendido que aún hay un considerable sentimiento a favor de la causa Exterior.

El Gobernador Jackson extendió las manos de forma expresiva. Daba la impresión de que jamás se encogía de hombros.

—No es lo que parece —protestó—. Nuestro pueblo —en especial en el interior— tiende a pensar en Nueva Utah como el Cielo más que como un simple planeta. Habitable de polo a polo, y cubierto de plantas verdes y animales salvajes.

—¿Y no es así? —preguntó Bury.

—He leído los viejos registros —repuso el Gobernador Jackson—. Es un planeta. Con más superficie terrestre que la Compra, montañas más altas e incluso menos minerales próximos a la superficie. Quizá permanecieron fundidos más tiempo. El clima es más extremo. ¿Le apetece un poco de vino, Su Excelencia?

—No, gracias.

—Oh, es cierto, los musulmanes no beben —dijo la señora Muller—. Lo había olvidado.

—Probablemente la mayoría no lo hace —comentó Bury—. Igual que la mayoría de los judíos no come cerdo —se había dado cuenta de que tanto el Gobernador como su esposa estaban bebiendo agua mineral con gas—. Gobernador, ¿habría razones poderosas para que los Exteriores desearan comerciar con la Compra?

—Es muy posible, Excelencia —repuso el Gobernador—. Nueva Utah es bastante deficiente en ciertos materiales y elementos orgánicos. Por ejemplo, no tienen nada de selenio. Necesitarán suplementos dietarios en su comida.

—Sólo unas pocas toneladas al año —indicó Norvell White Muller—. Un par de cargamentos de naves, y el beneficio de esas naves... —se pasó la lengua por los labios—. Si el Imperio los dejara, los habitantes de Utah también comprarían suministros médicos.

El Gobernador Jackson se rió.

—La Marina no puede prescindir de naves para enviármelas —dijo—. De modo que me es imposible meter a Nueva Utah en el Imperio a la fuerza...

—Ni siquiera puede llegar hasta allí —se rió entre dientes la señora Muller.

—Bueno, nosotros podemos, pero estoy de acuerdo; no es fácil. Dos saltos más allá de unas funestas enanas rojas, luego atravesar un sistema grande y brillante de clase E con sólo un planeta, que además es una bola de roca. Hubo una expedición unos años antes de que yo llegara aquí —Jackson se mostró pensativo—. La Marina tiene registros que muestran que no siempre fue tan difícil.

—Creo que yo también oí hablar de eso —dijo Bury.

—De cualquier modo, mientras no tenga naves de la Marina, el embargo comercial es la única arma de la que dispongo para incorporar a Nueva Utah. Lo único que deben hacer es unirse al Imperio y podrán acceder a todo el comercio que deseen.

—La mano que aprieta es que no quieren —comentó Renner.

Jackson se rió.

—Tal vez. Han tenido tiempo suficiente para cambiar de parecer. Pero toda la cuestión es académica, porque el punto de Salto directo desapareció hace ciento treinta años, durante las Guerras de Secesión. Doce años atrás les envié un embajador, en una nave mercante... una de las tuyas, señor Bury. No hubo suerte.

«Las estrellas se desvían —pensó Bury—. Los puntos de Salto dependen de las luminosidades dentro de un patrón de estrellas. Van y vienen». ¿Por qué ese pensamiento de pronto hizo que el borde del pelo de su cuello quisiera erizarse? Diminutas sombras de seis extremidades se agitaron en su mente...

En el otro lado de la mesa oyó a Renner murmurar:

—¿Jackson y Weiss?

—Me parece que hubo algún tráfico —continuó el Gobernador Jackson—. hasta que la Marina regresó hace cuarenta años. Nueva Utah habría pagado mucho por fertilizantes. Pero ¿con qué? Y el viaje es demasiado largo...

La carcajada de Renner cortó toda la conversación. En el silencio, éste explicó:

—Trataba de recordar dónde le había conocido.

El Gobernador también estaba riéndose, con la cabeza echada hacia atrás. Su esposa emitió una risita.

—¿Gobernador? ¿Señor? Observé sus manos —comentó Renner—. Así —empujó la silla y se levantó; no importaba que estuvieran en medio del postre. La mano derecha alzada, cerrándose— «Por un lado, un precio alto por el fertilizante» —la mano derecha bajó casi hasta la cadera, se cerró de nuevo. Bury asintió—. «Por otro, no parece que tengan nada con lo que pagar» —dijo Renner. Extendió la mano izquierda, los dedos juntos en parejas, como una mano con tres dedos gruesos—. «La mano que aprieta, de todos modos está demasiado lejos.» ¿Lo he dicho bien?

—Vaya, sí, sir Kevin. Mi esposa intentó quitarme la costumbre...

—Pero todo el planeta la emplea. ¿La aprendió aquí o en Paja Uno?

La visión de Bury se hizo borrosa. Extrajo la manga de diagnóstico del brazo de su silla e insertó el brazo, con la esperanza de que nadie lo notara. Parpadearon unos puntos anaranjados, y sintió el frescor de una inyección tranquilizante.

—Estaba seguro de que usted no me reconocería —dijo el Gobernador—. No podía recordar dónde me había conocido, ¿eh?... ¿Bury? ¿Se encuentra bien?

—Sí, pero no comprendo.

—Usted era un pasajero de honor, y sir Kevin el Jefe de Navegación, y Weiss y yo sólo éramos técnicos espaciales. Estaba seguro de que usted no me reconocería. Pero bajamos a Paja Uno, y nos quedamos hasta que el capitán Blaine decidió que no nos necesitaban y nos envió de regreso. Weiss cogió la costumbre de los alienígenas, los pajeños. Una mano, otra mano, la mano que aprieta, y se encogían de hombros con los brazos porque sus hombros no se mueven. Yo lo aprendí de él. Aparecimos en los holoreportajes cuando luchábamos contra los Exteriores, y yo casi no he dejado de hacerlo desde que Esparta me nombró Gobernador, y supongo... Todo el planeta, ¿eh?

—Por lo menos, toda Río Pitchfork —indicó Renner—. Desde arriba hasta abajo, desde la colina hasta el desecho, han adoptado esa lógica aristotélica de tres lados. Usted no sólo es el gobernador, también es una estrella de los hologramas.

El gobernador pareció avergonzado, pero complacido.

—Es así en los mundos fronterizos. Sir Kevin, Excelencia, ha sido un absoluto placer verles de nuevo después de tanto tiempo —como iguales, pero no lo dijo.

—Así que eso es todo lo que había —dijo Renner. Se arrellanó en el gran sillón relajador en el estudio de Bury y dejó que el masaje empezara mientras levantaba una copa de coñac de verdad—. Jackson y Weiss tuvieron éxito y se convirtieron en estrellas tri-vi. Chicos locales triunfadores. De modo que todo el mundo los imitó. ¡Vaya! Y pensar que les conocimos entonces —se rió de repente—. ¡Weiss debió haber vuelto loco a su Fyunch(click) imitándolo de esa manera! Se supone que es al revés.

—Eres un ingenuo —Bury se dejó hundir con cuidado en su sillón y apretó dos veces el botón para pedir café.

—¿Cómo ingenuo? Has oído al Gobernador.

—Le oí explicar un hábito peculiar —repuso Bury en voz baja—. No oí una explicación de por qué hay tanto dinero en este sistema.

—Es verdad —reconoció Renner.

—Ha estado en Paja Uno —comentó Bury—. El Gobernador en persona. Él y Weiss tuvieron dinero para comprar y equipar una nave espacial. Nunca ha habido mejor hombre para esconder Relojeros capturados. O a un Ingeniero. O...

Renner se rió.

—¡Bury, eso es grotesco!

Se reclino de nuevo en el sillón y lo dejó trabajar mientras recordaba a los pajeños miniatura. Alienígenas pequeños, no inteligentes de verdad, pero capaces de manipular tecnologías más allá de lo que Renner hubiera visto jamás. ¡Oh, de acuerdo. habían sido valiosos! Y destruyeron el crucero de combate MacArthur. No obstante...



—Horace, eres étnicamente paranoide desde bastante antes de conocerte. Blaine dejó sueltos a los Relojeros en su nave, pero, por Cristo, ¡era imposible meter pajeños en la Lenin! ¡Los marines no dejaban entrar nada a menos que pasara por una inspección molécula a molécula!

—No era imposible. Yo mismo lo hice —las manos de Bury apretaron los apoyabrazos del sillón.

Renner se irguió de golpe.

—¿Qué?

—Habría funcionado —Bury aguardó en el momento en que Nabil entró en la habitación con una adornada cafetera de plata y tazas finas—. ¿Café, Kevin?

—Sí. ¿Sacaste de contrabando a un pajeño?

—Lo hicimos, ¿verdad, Nabil?

Nabil sonrió con melancolía.

—Excelencia, ésa es una ganancia que me complace que jamás obtuviera.

Era una libertad que por lo normal Nabil no se habría tomado; pero Bury sólo experimentó un escalofrío y sorbió su café. Llevaba puesta la manga de diagnóstico.

—Bury, ¿qué demonios...?

—¿Le he conmocionado después de veinticinco años? Los Relojeros eran potencialmente lo más valioso que yo hubiera visto nunca —comentó—. Capaces de componer, reparar, reconstruir e inventar. Me pareció una locura no guardar una pareja. Y así lo preparamos: una pareja de Relojeros en animación suspendida, oculta en un tanque de aire. El tanque de aire de mi traje presurizado.

—¿A tu espalda? —si Bury estaba mintiendo, lo estaba haciendo bien. Pero él no mentía bien—. No tienes Relojeros. Si no, yo lo sabría.

—Por supuesto que no —repuso—. Tú conoces parte de la historia. La MacArthur estaba perdida para nosotros, los Relojeros andaban desperdigados como locos por toda la nave, modificando las máquinas para su propio uso, matando a los marines que se asomaban a sus nidos. Pasamos por cables de la MacArthur a la Lenin. Largos cables parecidos a telarañas con pasajeros ensartados como abalorios. El universo nos rodeaba y el gran globo de Paja Uno se veía abajo, todo círculos, los cráteres dejados por sus guerras. La bola enorme de una nave se acercó. Podía sentir la riqueza y el peligro que llevaba a la espalda, los marines delante, y el riesgo de quedarme sin aire demasiado pronto. Había aceptado ese riesgo. Entonces...

—Entonces miraste hacia atrás. Como Orfeo.

—Dio la casualidad de que el sol brilló directamente en el visor del hombre que iba detrás de mí.

—Viste ojos diminutos...

—¡Que el genio te lleve, Kevin! ¡Después de todo. es mi pesadilla! Tres pares de ojos diminutos me miraron desde el visor. Les tiré mi maletín. Llevé el brazo a mi espalda, solté uno de mis tanques de aire y se los arrojé luego. El traje esquivó el maletín —eran torpes, fue un milagro que consiguieran llegar a moverlo— y quedó en posición perfecta cuando el tanque aplastó el visor.

—Yo mismo he padecido esa pesadilla dos veces, de tanto que la he oído. Bury, te habrías merecido agarrar el tanque de aire equivocado.

—No era el peor de mis miedos. El visor se aplastó y una veintena de Relojeros salió expulsada y se agitó con violencia en el vacío, y con ellos iba una cabeza dando vueltas. Así es como consiguieron pasar por la inspección de marines. Y yo habría logrado pasar ese tanque de aire por la inspección de marines de la Lenin.

—Quizá.

—Y quizá yo no fui el único. En Paja Uno había dos técnicos espaciales. Todos comprobamos lo útiles que eran los Relojeros cuando eran usados de forma adecuada por la clase pajeña de los Ingenieros. ¿Consiguió alguno de ellos ocultar a Relojeros? ¿O a Ingenieros, o a Amos?

—Resulta difícil refutarlo, Bury, pero en realidad no tienes ningún motivo para pensar así. A propósito, no le cuentes esta historia a nadie más.

Bury le lanzó una mirada iracunda.

—A ti no te la he contado en veinticinco años. Kevin, tenemos una ventaja. Si esa forma de pensar de tres manos se diseminó porque había pajeños por los alrededores... de cualquier clase... entonces sé quién es culpable. El Gobernador dice que él y su compañero impusieron esa moda. Estaría mintiendo, poniendo una pantalla.

—Tal vez no. Podría creer de verdad...

—Kevin.

—O quizá fue Weiss. De acuerdo, de acuerdo. Aún seguimos sin saber lo del flujo de dinero. Desconocemos adónde fueron los Cargamentos cuando el capitán Fox usó su lanzador. Necesitamos averiguarlo.

—Primero debes informárselo a la Marina. Por si desapareciéramos.

—Bien. Y luego encontraré una manera de perseguir a Exteriores, y tú encuentra una forma de perseguir a pajeños, y estaré en Escocia antes que tú. Ahora me voy a la cama. Cuando me hallaba en el sauna, juré que me acostaría sobrio.

—Sí.

### 3. El Gusano del Magüey

*Los hombres han muerto de cuando en cuando,  
y los gusanos los han comido, pero no por amor.*

William Shakespeare, Como gustéis, Acto 4, Escena 1

Ruth Cohen abrió el camino escaleras abajo hacia el sótano de la Residencia del Gobernador. Dos marines estaban sentados en el extremo más apartado de un corredor largo y de paredes vacías. Uno se puso en posición de firme. El otro permaneció ante su consola.

—Identidad, capitán de fragata, por favor.

Aguardó mientras Ruth miraba en el lector de patrón retinal y colocaba la mano en la Identiplaca.

«Ruth Cohen. Capitán de fragata, Marina Imperial. Acceso ilimitado a los sistemas de seguridad», dijo la caja.

—Ahora usted, señor.

—No me conocerá —informó Renner.

—Señor...

—Conozco el procedimiento, sargento —Renner miró en la caja. Una luz roja danzó recorriendo sus ojos.

«Patrón grabado. Sujeto desconocido», anunció la caja.

El marine tocó unos botones en su consola. Una puerta se abrió para revelar una antecámara pequeña que se parecía mucho a una esclusa de compresión. Mientras Renner y Cohen entraban, el marine dictó: «Capitán de fragata Cohen y sujeto identificado como Kevin Renner, civil, Autonética Imperial, entraron en cuartos de seguridad...».

La puerta interior se abrió cuando la exterior se cerró. Renner no pudo evitar pensar en las armas que los marines podrían usar contra ellos mientras se hallaran en la sala cómodamente equipada. Había una mesa de conferencias, buenos sillones y un sofá, todo idéntico a los cuartos de seguridad que Renner había visto en media docena de planetas.

—Es como estar en casa —comentó.

Ruth Cohen se mantuvo en una posición rígida. Depositó su grabadora sobre la mesa y se secó las palmas de las manos en la falda. Renner captó su nerviosismo.

—¿Se encuentra bien?

—Quizá no entrevisto a capitanes tan a menudo.

Renner sonrió.

—No parezco uno, ¿verdad? Esto tiene un precio, ¿sabe?

—¿Qué?

—Cenará conmigo esta noche.

—Capitán...

—¿Qué van a hacer, despedirme? —demandó Renner. Le hizo muecas a la grabadora, que no estaba encendida—. Eso es para ti. Y nada de informes hasta que la capitán de fragata Cohen acepte salir conmigo.

—Suponga que me niego.

Él la miró fijamente.

—Entonces daré mi informe.

—Oh —ella sonrió de forma encantadora—. En ese caso, será un placer cenar con usted.

—¡Condenación! ¿Qué le parece...?

—No tocaré los grips al crótalo. ¿Por qué todo el mundo que ha visto ese plato quiere observar cómo se las arregla otra persona con él? Capitán, ¿no se le ocurre que a usted y a mí no deberían vernos mucho tiempo juntos?

—Tiene razón —dijo Renner. Y pensó: «Maldición».

—De modo que creo que eso lo deja claro —se sentó a la mesa—. ¿Preparado? De acuerdo. La grabadora está encendida —dictó la fecha y la hora—. Informe de Kevin Renner, capitán, Servicio de Inteligencia de la Marina Imperial. Oficial del caso: capitán de fragata Ruth Cohen...

Renner esperó hasta que ella hubo terminado la introducción y el encabezamiento, luego se sentó a la mesa y comenzó:

—Capitán sir Kevin Renner, Servicio de Inteligencia de la Marina. Misión Especial. Como se declaró en otros informes, trajimos el yate Simbad de Autonética Imperial a la Compra de Maxroy por las sospechas de Su Excelencia Horace Hussein al-Shamlan Bury, magnate. El análisis financiero de Bury indicó que podía haber irregularidades aquí. Autonética Imperial posee una factoría de puesta en marcha aquí, y es propietaria de tres naves, de modo que no hubo problemas con las historias que sirvieron de tapadera.

»Dos días después de arribar hubo un intento de secuestrarme...

De forma involuntaria Ruth Cohen respiró hondo. Renner sonrió.

—Me alegra que le preocupe.

Se reclinó en el sillón y miró el techo durante un momento; luego, comenzó a hablar. Contó lo del ataque, y lo que lo precedió.

— «...un grip sano. Mire cómo se mueve». Capitán de fragata, si sigue riéndose no acabaré nunca.

—¡No es justo!

—Claro que sí.

Renner continuó con su noche en la capital. En puntos apropiados insertó grabaciones de lo que habían averiguado sobre los tres atacantes, del capitán Reuben Fox y de la historia de la Nauvoo Vivion.

—Mormones —dijo Ruth Cohen—. Tres. Resulta difícil creer que se trata de ladrones corrientes.

—Sí, me di cuenta de ello —comentó Renner—. Un mormón descarriado es una desgracia. Tres al mismo tiempo es una conspiración. Por no mencionar que Bury está convencido de que el capitán Fox oculta algo.

—¿Conclusiones generales? —pidió Ruth.

—Propias, ninguna; pero Su Excelencia Horace Bury cree que puede haber pajeños sueltos por el sistema de la Compra. Yo no. Yo creo que los Exteriores han vuelto.

Ruth asintió con expresión sombría.

—Me parece que yo tampoco creo en eso de los pajeños —dijo—. Pero las ordenanzas son bastante claras. Esta entrevista tiene prioridad para ser enviada al Cuartel General del Sector. ¿Exposición?

—Bury es paranoide —comentó Renner—. Siempre ve una amenaza pajeña. Aunque podría tener razón, y si es así, el Gobernador está metido en una conspiración contra el Imperio.

—Capitán, este informe irá directamente al Cuartel General del Sector. Quizá no le conozcan a usted y a Su Excelencia.

Renner sonrió.

—De acuerdo. Horace nació rico. Su padre amasó una fortuna en el comercio interestelar después de que el Imperio anexionara Levante. Bury la incrementó. Tiene ciento dieciséis años de edad, y entiende los patrones de flujo del dinero. Horace Bury es una fuerza poderosa en el Imperio.

»Él... hmm... cometió actos que le enredaron con la ley del Imperio, detalles clasificados, hace veintiséis años. Los dos hemos visitado Paja Uno como parte de la expedición oficial. Yo iba a licenciarme de la Marina, habiendo servido como Jefe de Navegación del crucero de batalla MacArthur, de desgraciada fama.

—La única nave jamás destruida por alienígenas —recordó ella.

—Fuera de las batallas de bloqueo —dijo Renner—. Pero, en esencia, sí. La MacArthur fue destruida por Relojeros. Es una clase de animal pajeño. No son inteligentes, y tienen cuatro brazos, no tres. Todo tipo de personas ha especulado sobre ello, incluyendo a los pajeños habitantes del Instituto Blaine. Bien, de cualquier forma iba a licenciarme, y Bury se enfrentaba al lazo de una cuerda. Hizo un trato. Durante veinticinco años ha estado siguiendo la rebelión y los actos de los Exteriores por todo el Imperio, en su mayor parte corriendo con los gastos, y yo soy el individuo que la Marina asignó para vigilarle. También es un hombre dedicado. Jamás le vi haciendo nada que interfiriera con su misión.

Excepto una vez, recordó.

—¿Por qué Exteriores? ¿Venganza? ¿Los Exteriores acuchillaron a su buey?

Renner suspiró.

—A Horace le importan un bledo los Exteriores. Éstos absorben tiempo y recursos. Cualquier cosa que distraiga al Imperio de ocuparse de los pajeños es una amenaza para la especie humana y los hijos de Alá. Los pajeños en una ocasión atemorizaron a Horace. Nadie hace eso dos veces. Los quiere extintos.

Ruth Cohen se mostró desconcertada. Miró las grabadoras.

—Capitán, si los pajeños rompieran el bloqueo, ¿serían una amenaza tan grande?

—No lo sé —repuso Renner—. No es imposible. No se debe tanto a que su tecnología sea mucho mejor que la nuestra, sino a que su instinto para la tecnología está más allá de cualquier cosa que conozcamos. Los humanos son mejores en la ciencia, pero una vez que se han descubierto los principios, los pajeños —en cualquier caso los Marrones, los Ingenieros— son mejores que ningún humano que haya vivido jamás en aplicarlos a un uso práctico.

»Ejemplo. Nunca habían oído hablar del Campo Langston hasta que llegamos a Paja Uno, ¡y antes de abandonar su sistema le hicieron mejoras que a nosotros nunca se nos habían ocurrido! Otro ejemplo: la cafetera mágica que sacamos de la MacArthur. Ahora esa tecnología se encuentra por todo el Imperio, incluso aquí. Estoy seguro de que alguna variante de la cafetera se emplea para sacarle el alcohol al sake que tomé hace dos noches.

—Gracias. ¿Tiene alguna otra observación que hacer?

—Sí. Mis propios planes. La paranoia de Bury a veces puede ser útil, pero no me gusta verle tan nervioso. Podría hacer algo... precipitado. De cualquier manera, se devanará los sesos por encontrar lo que él cree que son pajeños. Eso me deja libre para rastrear Exteriores, si es que nos estamos enfrentando a eso. Quiero mostrarle a Bury que los pajeños aún están seguramente contenidos.

»No podemos confiar en nadie salvo en la gente de Bury, de modo que no disponemos de tropas. No podemos usar a la policía local. Pero existen algunas... eh... rutas. ¿Dónde ha estado enviando el capitán Fox sus cápsulas de carga? ¿Hay una base Exterior en los asteroides? ¿Por qué el peculiar flujo de dinero? Autonética Imperial constantemente está siendo picoteada por malversadores. Para algunas personas robarle a una corporación es como robarle a una máquina. Pero en este caso no parece que estén robando a nadie.

Ella sonreía de nuevo.

—¿Es eso malo?

—Bueno... es extraño. Se oculta algo sin que le estén robando a nadie.

—¿Qué hará usted?

—Haré de Renner —le sonrió—. Gastaré dinero. Me insinuaré a chicas bonitas, e interrogaré a los tenderos sobre lo que sea que vendan, invitaré a gente a copas y haré que hablen. Quizá... sí, quizá investigue de dónde viene la magnesita de ópalo.

Ella le miraba con el ceño fruncido.

—¿Solo?

—Más o menos. Mantendré la casa de Bury vigilada lo mejor que pueda. Eso es lo que haré.

—¿Algo más de que informar?

Renner sacudió la cabeza, y Ruth apagó las grabadoras.

—Siempre me cuestioné las regulaciones acerca de los pajeños —dijo—. ¿Qué hacemos ahora?

—Primero, envíe esta grabación al Sector. ¿Comprende que nadie en este planeta ha de verla antes?

—Concédame un poco de justicia...

—Oh, siempre he sabido que la belleza y la inteligencia van juntas. Hay implicaciones, ¿sabe?

—Un montón —afirmó Ruth—. Kevin, ¿ha pensado bien esto? La Verdadera Iglesia de Jesucristo de los Santos del Último Día tiene poder. Y muchos miembros. Si usted la amenaza...

—Le sobran pistoleros. Claro. Ahora piense qué podríamos hacer para amenazar a esa Iglesia.

—Lo hice. Hasta ahora no se me ha ocurrido nada.

—A mí tampoco —coincidió Renner—. Así que seguiré figoneando.

Los centros comerciales jamás se habían puesto de moda en la Compra. Las tiendas grandes y pequeñas se hallaban diseminadas por toda la ciudad, una sorpresa súbita entre las casas.

Aquí, cuatro planchas enormes de piedra se apoyaban entre sí en la parte superior, con ventanas de cristal en triángulos estrechos donde la roca no se juntaba. La boutique se encontraba a una manzana del río Pitchfork, en un vecindario que en una ocasión había sido elegante y ahora empezaba a serlo de nuevo. Kevin Renner miró el interior y vio un trozo de roca blanca cuadrada que centelleaba con colores opalinos.

Entró. Sonaron campanillas sobre su cabeza.

Le prestó poca atención a los utensilios de cocina, lámparas, rifles. Aquí había una fila de pipas blancas con boquillas de ámbar, y una, aislada, era un llameante ópalo en una matriz negra. Algunas estaban talladas de forma complicada: caras, animales, y un tubo achatado con la forma de un deslizador de combate Imperial.

Un hombre bajo, musculoso y que iba quedándose calvo salió de alguna parte de popa. Los ojos escudriñaron a Renner con cordialidad.

—Las pipas —dijo.

—Exacto. ¿Qué precio tienen? La negra, por ejemplo.

—Oh, no, señor. Es una pipa usada. Es mía. Cuando cierro, la saco del estuche. Está ahí como muestra.

—Hmm. ¿Cuánto tiempo...?

El hombre mayor la colocó sobre el mostrador. Había sido tallada hasta exhibir una cara, el rostro hermoso de una mujer. El pelo largo y ondeado bajaba por la boquilla.

—Llevo fumando un poco de Giselle en ella durante veintiséis años. Pero no requiere tanto tiempo. Un año, un año y medio, y la matriz se ennegrecerá muy bien. Un poco más para las pipas más grandes.

—Más tiempo si también me gusta cambiar de pipas. ¿Cómo...?

—Verá que fumará la misma pipa en casa, señor. La magnesita de ópalo no se pone rancia después de unas pocas miles de caladas. La de brezo es la que se llevará en los viajes.

Interesante. Te llevabas las más baratas a los viajes, por supuesto, y las pequeñas. Las pipas grandes eran más incómodas, aunque en ellas se fumaba mejor. Pero la mayoría de las que había a la vista eran de tamaño de bolsillo.

—¿Guarda las más grandes en otra parte?

—No, señor, éstas son todas las que tenemos.

—Hmm. ¿Esa grande?

—Novecientas coronas —el propietario la llevó al mostrador. Era la cabeza de un animal, vagamente elefantina.

—Es cara. He visto mejores tallas —comentó Renner.

—¿En magnesita de ópalo?

—Bueno, no. ¿Es difícil de tallar?

El viejo sonrió.

—En realidad, no. Es de un talento local. Quizá prefiera comprar una lisa, como ésta —era aún mayor, con una cazoleta más grande que el puño de Renner, un mango largo y boquilla corta—. Llévela a otro mundo. Désela a un tallador mejor.

—¿Cuánto?

—Mil trescientas cincuenta.

No era el dinero de Kevin. Muy poco de lo que pasaba por sus dedos era dinero de Kevin. Habría una pensión de la Marina, y quizá figurara en el testamento de Bury... pero esto se cargaría a gastos. No obstante, sacudió la cabeza y dijo:

—Vaya.

—Es más caro en otros mundos. Mucho más. Y el valor sube mientras la fuma —el hombre titubeó, luego dijo—. Mil doscientas.

—¿Bajaría hasta mil?

—No. Busque en otras tiendas. Vuelva si cambia de parecer.

—Maldición. Me la llevo. ¿Vende tabaco también?

Kevin le entregó su computadora de bolsillo y aguardó mientras el propietario verificaba la transferencia, envolvía la pipa y se la entregaba. Y añadió una lata de tabaco local, gratis.

Sabía qué deseaba preguntarle a continuación... y de pronto se dio cuenta de que no tendría que hacerlo. Sólo sonrió y dejó que el silencio se estirara hasta que el viejo le devolvió la sonrisa y comentó:

—Nadie lo sabe.

—Bueno, ¿cómo entra?

—Naves privadas. Los hombres salen y regresan con la piedra. ¿Está pensando que se les podría convencer para hablar?

—Y...

—Hay elementos criminales en Río Pitchfork. No controlan la magnesita de ópalo y nunca lo han hecho. Mis proveedores dicen que no saben de dónde procede; siempre la han comprado de otra parte. Es algo que he oído tan a menudo que empiezo a creerlo. Una vez ayudé a financiar a algunos geólogos, cuando era más joven. Jamás encontraron nada. Dinero tirado a una ratonera.

—Es una pena.

—No encontrará ninguna tienda que sólo venda magnesita de ópalo. Es esporádica. No ha habido una fuente nueva en veinte años, por eso es tan cara. Algunos creemos que viene del norte. El norte es geológicamente más activo, y las naves en su mayor parte salen en esa dirección.

—Pero estaba dispuesto a regatear —le dijo Renner a su computadora de bolsillo, en modo de grabación—. Otros dos comerciantes también me ofrecieron tratos. Eso hace tres de cuatro. Creo que están esperando una nueva fuente en cualquier momento. Esto

bajaría los precios. Encajaría con los ciclos que tú notaste: lenta subida en los precios, tope, caída brusca, más o menos cada veinte años.

Guardó la computadora. El taxi descendió y le permitió salir. Se hallaba en una cuña estrecha de bosque cuidado, en Tanner Park, y al norte se veía un puente.

Del otro lado del puente, el desecho. No se trataba del todo de un barrio bajo; pero las casas se arracimaban demasiado cerca unas de otras, y los baches y las franjas de luz no se reparaban en el acto, y el nivel de criminalidad era alto. Renner no habría querido bajarse del taxi aquí. Caminó por las calles, mirando lo que había que ver.

Ese letrero: EL GUSANO DEL MAGÜEY, en un edificio alto de cemento pintado con murales chillones. ¿Seguro que ése era el sitio donde se había freído el cerebro hacía dos noches? No es que importara mucho. Entró.

Media tarde. No había mucha gente: cuatro en la barra, dos a una mesa grande, todos hombres. Por su aspecto, trabajadores: ropas cómodas y duraderas. Renner pidió licor de hoja de agua y se acomodó para absorber la atmósfera.

Están aquellos que hacen de los turistas sus víctimas... Pero nadie se movió. Podría haber sido invisible. Desenvolvió su paquete. Con cuidado llenó la cazoleta de la pipa con tabaco, luego la encendió.

Quedarse mirando es un insulto universal, y nadie lo hacía; pero los otros habían cobrado conciencia de su existencia. Renner dijo en voz alta:

—El viejo tenía razón. Es magnífico —era verdad.

—No lo distinguiría —comentó el camarero.

Un tipo musculoso que había dos sillas más allá, dijo:

—Amén.

Llevaba varias capas de ropa, como los cazadores de hacía dos noches. Preparado para el frío, con todo puesto porque era la forma más sencilla de transportarlo.

Renner se mostró desconcertado.

—Oh. Debería haber preguntado...

—Se permite fumar en el Gusano del Magüey —el camarero indicó con el dedo hacia arriba, al alto techo y a los ventiladores que giraban despacio—. Adelante, le dará al lugar un poco de clase. Tengo entendido que hay que beber skellish con eso. O B y B.

—Entonces, sírvame un skellish, la burbuja al costado. Una ronda para la casa. Usted también.

—La casa le da las gracias —dijo el camarero.

—Amén —repusieron los seis clientes, y la casa estuvo ocupada.

Uno de los cazadores alzó el vaso hacia Renner.

—Usted vino... ¿hace dos noches?

—El miércoles —confirmó el camarero—. No recibimos mucho comercio extraplanetario por aquí... —la voz era amistosa, pero contenía una pregunta.

Renner se encogió de hombros. El cazador se acercó a su mesa.

—¿Me permite?... Gracias —se sentó y miró significativamente la pipa—. Es evidente que no está en bancarrota.

Renner sonrió.

—Tuve suerte una vez —el truco radica en dar a entender que cualquiera puede tener suerte—. Soy el piloto de un hombre rico. Puedo jugar a turista cuando bajo al planeta mientras Bury se rompe el trasero haciendo más dinero.

—Si quiere colorido local, ha venido al lugar adecuado. Soy Ajax Boynton.

—Kevin Renner.

—Sir Kevin —dijo Boynton—. Le vi en tri-vi. Eh, amigos, tenemos a una celebridad.

Renner sonrió de nuevo.

—Acerquen unas sillas. Cuéntenme historias exageradas —le hizo una señal al camarero, que, educadamente, se había alejado fuera del alcance del oído—. Otra ronda.

Cuatro más se le unieron. Dos de ellos pidieron zumo de naranja —costaba tanto como el licor—. Se presentaron como los hermanos Scott; James y Darwin.

—Tengo entendido que las cosas van lentas —comentó Kevin.

—Un poco —dijo Darwin Scott. Levantó unos hombros inmensos—. La caza del fantasma de la nieve es arriesgada. Consigues uno bueno y ganas dinero, pero no sucede siempre.

—Y luego, ¿qué?

—Luego esperas a que alguien invierta en ti —repuso Alex Boynton—. ¿Busca invertir algo de dinero?

Renner se mostró pensativo.

—La verdad es que me gustaría tener una piel de fantasma de la nieve y me gustaría dispararle yo. ¿Cuánto me costaría?

—Cinco mil le da una cuarta parte de participación —indicó Boynton—. Diez mil le compran un cuarenta por ciento.

—¿Por qué...?

—Con diez mil en equipo tenemos una mejor posibilidad de conseguir un fantasma.

—Oh. Es razonable.

—¿Sigue interesado?

—Claro, si puedo ir.

Boynton pareció irritado.

—Cazar fantasmas no es trabajo de petimetres. Perdemos a algunos.

—No paran de repetirlo. Con equipo de infrarrojos, y...

—Y con sonar, y el mejor equipo acústico que podamos conseguir —interrumpió James Scott—. Y perdemos gente, porque es un largo viaje al norte. La aurora estropea los instrumentos electrónicos, y...

—Y los fantasmas se mueven deprisa —dijo su hermano—. Se atrincheran cerca de las raíces de los árboles, donde no puedes obtener un buen mapa de sonar. Se quedan bajo la nieve de modo tal que los infrarrojos no los localizan. Y son capaces de nadar bajo la nieve más rápido que usted caminar. Olvídelo, amigo.

—Veamos. Les respaldo con equipo por valor de diez mil coronas, que dejo atrás cuando la nave se eleve. Una buena piel de fantasma cuesta... ¿cuánto? Directamente de ustedes, no del minorista.

—Conseguiría unas veinte mil —repuso Darwin Scott.

Las fuentes de Renner habían sido exactas.

—Entonces den por hecho veinte mil más cuando vuelva, y consideren eso un incentivo para traer al novato de regreso con vida. Total, treinta mil.

Trataban de mantener caras de póquer, pero sin duda había despertado su interés.

—Sólo eso, y se guardan su sesenta por ciento, aunque espero que me complazcan en otro capricho —los tres hombres suspiraron. Renner continuó—. Veamos, no se me ocurre ninguna razón para no cazar fantasmas de la nieve allí donde también pueda tropezar con un poco de magnesita de ópalo.

Tres hombres ocultaron sonrisas. Ajax Boynton dijo:

—A mí tampoco. Si tiene algún lugar en mente, yo le informaré si allí hay fantasmas de la nieve.

—Busquemos un mapa.

#### 4. Fantasma de la nieve

*¿No has visto cómo tu Señor alarga la sombra?*

*Podría haberla mantenido inmóvil si lo hubiera deseado.*

*Sin embargo, nosotros hacemos del sol su piloto para que muestre el camino.*

Al-Qur'an

—¿Es inteligente? —Bury sorbió el café y examinó el mapa proyectado en la pared—. Ciertamente, no va a ser cómodo.

Renner se encogió de hombros.



—Me gusta la comodidad. Pero, bueno; si logro conseguir una piel de fantasma de la nieve, seguro que me mantendrá bastante caliente.

—También lo harían las sintéticas, y son mucho más baratas. ¿Por qué la zona entre los glaciares?

—Oh, demonios, Bury. ¿Cómo sabes que Reuben Fox está ocultando algo pero no está robando, y que no se le puede sobornar? Cerebro, instinto y técnica. Me llevó toda la tarde. Hablamos. Los hermanos Scott pasaron del zumo de naranja al té... El Gusano del Magüey tiene una variación de la cafetera mágica. Gilbey prepara un litro de té y luego deja que la cafeína se filtre por la membrana. Lo hace en cinco minutos.

—Más influencia pajeña.

—¡Y de tus propias naves. Horace! Bueno. Señalé diversas partes del mapa, todas en la región donde están las luces del norte, pero es bastante grande. ¿Fantasmas de la nieve? Sí. No. Quizá. Nunca viven ahí, la caza los ha echado, mi hermano cazó uno aquí el año pasado.

—Me gustaría que tuvieras una tecla de avance rápido, Kevin.

—A la larga, Boynton dijo que había oído que la magnesita de ópalo venía de debajo del Glaciar Mano. Los hermanos Scott afirmaron que no, que lo había inspeccionado un tío de ellos o algo así, y además el lugar había sido desalojado de fantasmas de la nieve hace ya unos veinte años. Así que yo seguí señalando, y cada sitio que apuntaba, los hermanos Scott creían que allí podría encontrar un fantasma de la nieve.

—Ah.

—Hay algo en la Mano. Los mormones lo saben y Boynton no. En cuanto a eso, podría ser magnesita de ópalo. Bajo el glaciar. Hay que aguardar a que éste se mueva; ésa es la razón por la que el mercado es tan esporádico.

—Dada la geología, no me sorprendería; pero ¿qué significa eso para ti?

Renner extendió las manos.

—Una mano: es un lugar frío y atroz. Otra mano: la fuente de la magnesita de ópalo es un gran secreto, y nosotros estamos buscando secretos. La mano que aprieta... —Bury reprimió un escalofrío—. La mano que aprieta: ellos están interesados. ¿Qué busca Horace Bury? ¿Magnesita de ópalo? ¿Alguna otra cosa?

—¿Y confías en tus acompañantes, a quienes conociste en un bar...?

—Hice que Ruth Cohen los comprobara. Boynton y los hermanos Scott son bien conocidos, ningún problema con la policía excepto que Boynton siempre se emborracha cuando consigue una buena caza. El Gusano del Magüey es uno de media docena de sitios por donde los cazadores de fantasmas vagan en busca de alguien que aporte dinero.

—Sigo...

—¿Tienes tú una pista mejor?

—Tengo pistas. Y una manera distinta de buscar —Bury movió los brazos para indicar su silla de viaje—. Ciertamente, tú estás mejor preparado que yo para seguir ésa. Kevin, las comunicaciones no serán seguras en esa zona. La tripulación del Simbad puede intentar mantener tu rastro, pero no es probable que lo consiga.

—Sin agallas no hay gloria —Renner sonrió—. Además, tendré a Boynton y a los hermanos Scott cuidándome. Cada uno recibe cinco mil adicionales si vuelvo con vida. Diez mil si consigo un fantasma de la nieve. ¿Qué puede ir mal?

El glaciar terminaba en bordes afilados que estaban rodeados por terreno pelado y rocoso. Los puntos desnudos iban desde unos pocos metros a varios kilómetros antes de desvanecerse en la nieve. Volaron dejando atrás un grupo de edificios pegados al borde del glaciar. Dos de ellos sobresalían, uno ancho y bajo, el otro más alto y más grande. La niebla y el vapor se alzaban desde todas las áreas despejadas, subiendo hasta el espeso cúmulo de nubes que había encima de ellos, de modo que resultaba difícil ver el pueblo.

—Sión —dijo Ajax Boynton.

—Parece interesante —comentó Renner. Quizá tuviera cuatro mil habitantes, tal vez menos.

—Para nosotros —indicó Darwin Scott— es uno de los Verdaderos Templos. Pero no habrá ningún fantasma cerca. Tampoco magnesita de ópalo.

—Ahí no —acordó Boynton—. Pero debe andar cerca de aquí, en alguna parte.

—¿Por qué?

—Sabemos que el jade viene de aquí.

—Sabemos que hay personas que lo dicen —corrigió James Scott—. Pero nunca conocí a alguien que hubiera encontrado algo.

—Sí que lo conociste —dijo Ajax Boynton—. Ralph... demonios, no recuerdo el apellido. Fue al Magüey e invitó a una ronda.

—Sí, y al día siguiente compró un billete para Tabletop —afirmó James Scott—. Le había olvidado. De acuerdo, así que se puede tener suerte.

—Nunca entendí eso —dijo Boynton—. Ralph Plemmons, así se llamaba. No le conocía tan bien, pero jamás pensé que se iría de la Compra —bajó la vista al mapa de la pantalla de navegación del vehículo—. Quince clic más al sur, luego veinte al este. Conozco un buen sitio.

Renner estudió el terreno escarpado de abajo. Se ondulaba con colinas, la mayoría cubiertas por bosques poco densos. Esos árboles sombrilla necesitaban un montón de espacio. La zona cerca del glaciar se veía oculta por la niebla, pero lejos de ésta el aire estaba más despejado. Los matorrales y las copas de los árboles atravesaban la nieve en los claros.

—¿Dónde aterriza? —preguntó.

—Sobre un lago —respondió Darwin Scott. Apoyó el lápiz óptico en el área que había indicado Boynton. El volador fletado se ladeó ligeramente y cambió de curso—. Un lago poco profundo.

—¿Por qué poco profundo? —quiso saber Renner.

—Los fantasmas de la nieve no son los únicos bichos que se comen a la gente —repuso James Scott—. Boynton una vez perdió a un socio por una cecilia de agua dulce. ¿Estás seguro de que éste no es el mismo lago?

—Demonios, no. Le dije a Brad que el lago era demasiado profundo —comentó Boynton.

Quince minutos después, James Scott tomó el control manual del vehículo. Lo hizo descender y voló en círculo sobre un pedazo de tierra limpio de árboles. Los tres cazadores usaron binoculares para estudiar el lago. El manto de nieve se veía inalterado.

—No hay respiraderos —dijo Boynton—. Parece bien.

Scott bajó la nave y dejó que se posara sobre el lago congelado. Luego la hizo rodar el perímetro varias veces antes de deslizarse hacia el centro del lago.

—Es bueno aplanar la nieve —explicó— alrededor de todo tu campamento. Apisonarla bien.

—¿El socio de quién fue devorado en su saco? —preguntó Renner.

Se quedaron mirándolo.

—Nadie es tan estúpido —repuso Boynton.

Los hermanos Scott desplegaron la tienda y la inflaron. Era más grande que el vehículo.

—Ajax, ¿es que intentas llevar al hombre a la bancarrota? —dijo Darwin Scott.

—En realidad, la compré yo —repuso Renner—. Parecía cómoda.

Darwin Scott miró la tienda y se rió. Su aliento formó un penacho denso en el frío aire.

—Cómoda. Renner, no se espera que estés cómodo cuando cazas fantasmas de la nieve.

La computadora de bolsillo de Renner emitió un bip suave indicando que el Simbad estaría encima de ellos. Se llevó la computadora al oído, pero sólo había estática. Se encogió de hombros y le habló:

—No espero que nadie me oiga. Nada que informar. Nos encontramos en vehículos de nieve a unos treinta clicks del campamento, y no hemos visto nada. Hay un montón de cuevas bajo el borde del glaciar. Llevaría un año explorarlas.

»A nadie le importa si vamos hacia Sión, salvo que a Boynton le repugna lo imbécil que soy queriendo ir a un pueblo en vez de cazar un fantasma. Le dije que si hay una fuente de magnesita de ópalo, debía haber gente cerca. De modo que estoy buscando un pueblo que sea mayor que lo que debería ser.

»Pero cuando empezamos a marchar, mucho más de cuarenta kilómetros al sur de Sión, los hermanos Scott comienzan a crispase. Ahí es donde encontramos esa grieta interesante en el Glaciar Mano. Por supuesto, podría tratarse de mi imaginación.

Renner se guardó la computadora en el bolsillo del anorak y aceleró el vehículo de nieve para acercarse a Darwin Scott. El viento era frío en su cara. Subió más el anorak alrededor de la nariz, se ajustó las gafas protectoras y se preguntó si alguna vez volvería a entrar en calor a pesar de los calentadores eléctricos en las botas y los guantes.

Sus sospechas empezaban a parecerle tontas, y no supo por qué. «Problema de actitud. ¿Y qué si es un callejón sin salida? Sigue sonriendo, finge que te lo pasas bien. Consigue una piel. Impresiona a la capitán de fragata Cohen».

Marcharon hacia el sur durante quince minutos más, luego Scott frenó hasta detenerse. Cuando Renner se situó a su lado, Scott sacó unas botas para la nieve.

—Desde aquí nos lo tomamos con calma. Y nada de hablar —señalo el borde del bosque a un kilómetro de distancia—. Quizá ahí. Es un buen territorio de fantasmas.

—¿No nos oirán llegar?

—Ya nos oyeron —repuso Scott—. Estarán vigilando. La mayoría huirá de dos individuos con rifles. De cuatro huirían todos.

—¿Pueden distinguir que vamos armados?

Scott se encogió de hombros.

—Algunos lo afirman. Yo lo creo.

—Dijo que la mayoría huirá.

—Uno hambriento puede que no lo haga. Y ahora basta de hablar. No les gusta la conversación. No sé por qué.

A Renner le llevó unos minutos acostumbrarse al uso de las botas de nieve. Eran más cortas y anchas que esquíes. Aprendió a caminar arrastrando los pies, utilizando los bastones para ayudarse a avanzar. James Scott intentó echarle una mano, pero no pudo contener la sonrisa. El contacto del rifle pesado que colgaba cruzado en bandolera de la espalda de Renner fue de cierto alivio cuando pasaron junto a un trozo de nieve salpicado de huesos. Huesos grandes, mayores que los de una vaca. O que los de un hombre.

Pensó con envidia en Ajax Boynton allá en la tienda, con té y brandy. Boynton no había creído que hubiera algún fantasma por esta zona.

Llegaron al borde del bosque y Scott, con energía, le hizo un gesto a Renner para que fuera hacia su izquierda.

Habían estado marchando a buena velocidad. Ése era un problema para él: James y Darwin Scott ya no se rezagaban más. Quizá su impresión había sido equivocada. Quizá, sencillamente, habían decidido complacer al novato. Tal vez no escondían nada en absoluto.

Se adentraron en el bosque. Era un lugar extraño, salpicado de arcos de ramas desnudas procedentes de la Tierra, y de árboles sombrilla, y de una cosa alta y elástica con una corteza cubierta de pelusa que crecía veinte metros por encima de la nieve y luego volvía a inclinarse, algunas veces tanto que sus copas se hallaban por debajo de la nieve. A medida que entraban más en la espesura, los árboles se veían más próximos, algunos separados sólo por tres metros. La maleza que pudiera haber estaba enterrada bajo la nieve.

Sus botas de nieve no paraban de hundirse. Sería muy fácil romperse una pierna.

Darwin Scott se detenía a intervalos para clavar una estaca larga en la nieve. La parte superior tenía medidores y un enchufe para auriculares. Darwin escuchaba, y luego les indicaba con un gesto que avanzaran.

La nieve amontonada sobre la maleza podía ser nieve amontonada sobre un fantasma, pensó Renner. Había visto una holopelícula de un fantasma en acción; conocía la forma que tenía. Pero no dejaba de ver formas que podían ser fantasmas... y las señalaba, y James sacudía la cabeza y sonreía.

La bestia tenía cuatro corazones de dos cámaras. Las balas explosivas eran puntiagudas, para dañar menos la piel. Una bala en el torso podía matar. Una en la cabeza mataría, pero estropearía el trofeo, y además resultaba más difícil darle a la cabeza.

James se paró. Señaló. Darwin asintió con vigor.

El montículo era muy poco profundo. Kevin Renner lo miró con fijeza (sin alzar el rifle, todavía no), pero la forma no tendría... sí, se podía encontrar simetría ahí, y si la tierra estaba hundida bajo la bestia y ésta tuviera las patas plegadas a lo largo del torso... entonces... James y Darwin apuntaban al montículo, pero esperaron. ¿Qué extremo era qué? Kevin levantó el rifle y disparó dos veces al centro.

La cabeza subió, a casi un metro del suelo, sobre un cuello grueso. Se bamboleó, y se volvió para mirarlo a él. La visión periférica de Kevin captó a los dos hermanos Scott saliendo a toda carrera, mientras él retrocedía, preparándose para la embestida.

—¡Corra! —gritó Darwin.

La bestia se incorporó. Avanzó pesadamente hacia él. Más deprisa que la impresión que daba, y Renner se volvió para correr, pero la pata delantera del animal se derrumbó y patinó sobre la nieve. Intentó volver a levantarse, y Renner dispuso de un buen tiro más allá del hombro, en el torso. Disparó de nuevo.

El fantasma de la nieve permaneció abatido. Tenía la cabeza levantada, serpenteando. Tratando de centrar los ojos. Luego la cabeza cayó sobre la nieve.

Construyeron un armazón para colgar a la bestia. James y Darwin la despellejaron con cuidado, mientras Renner seguía sus huellas de vuelta al vehículo para la nieve. Regresó en él, extenuado. Los hermanos tenían al animal abierto y estaban limpiando la cavidad abdominal. Se habría mostrado interesado en la composición del animal alienígena, pero los cuchillos de los hermanos habían machacado sus entrañas hasta dejarlas irreconocibles.

Descansó mientras los Scott transmitían la orden de que regresaran los otros vehículos.

Fue el último reposo que consiguió aquel día. Ayudó a enrollar la piel, el lado ensangrentado hacia fuera, y a rodearla con plástico. Limpiaron el cadáver y aderezaron la carne y la guardaron en dos vehículos para la nieve. El rollo de piel sobresalía en la parte superior del vehículo de Renner.

Darwin palmeó la espalda de Kevin.

—Ahora podemos volver. Buen tiro, amigo. Da la impresión de que destrozó uno de los corazones y el impacto hidráulico eliminó el resto.

—Quiero un descanso en un manantial de aguas minerales —Renner se sentía aniquilado.

Darwin se mostró preocupado.

—¿Puede conducir? Si no, dejamos un vehículo y volvemos luego a recogerlo.

—No, estoy bien.

No quedaba espacio suficiente en ninguno de los coches para dos personas y los restos del animal. Renner sintió que el orgullo le quitaba la fatiga. ¡No habían planeado una pieza tan grande!

—Se meterá en las aguas minerales en Sión —dijo Darwin—. Mañana.

—Eh, ¿por qué tan pronto? Podríamos coger a otro fantasma mañana. Y aún me pregunto de dónde viene la magnesita de ópalo...

—Señor Renner, esa piel debería ser tratada antes de que empiece a pudrirse. La carne debería venderse antes de que se pudra. No se cuelga la carne del fantasma de la nieve, o la de ningún otro animal de carne roja nativo de la Compra. Hay que comerla fresca.

—Oh.

Cubrieron ocho o nueve kilómetros antes de que el vehículo para la nieve regresara por ellos. Renner se preguntó por qué, sencillamente, no habían acampado..., pero no lo formuló en voz alta. Caminar era algo que hacía para dejar que su mente se organizara; y había tenido bastantes pensamientos interesantes.

Boynton maldijo ante el tamaño del cadáver.

—Todavía no me lo creo. Este lugar fue barrido hace cinco años. ¿Cómo habrá tenido tiempo para crecer tan grande?

Los hermanos sólo habían sonreído, sin dejar de trabajar. Sin duda había trabajo suficiente para cuatro. Encendieron un fuego; cortaron madera y construyeron una plataforma para colgar la mitad del cuerpo sobre ella. El resplandor crepuscular estaba disminuyendo y la carne asándose olía de maravilla, y a Renner le iba a doler todo el cuerpo mañana.

Era una cuestión de orgullo. Le informaron que cuando matabas a un fantasma te comías la carne. Abrías latas cuando fracasabas.

—Me da la impresión de haber sido engañado, y no sé cómo o por qué —le dijo Renner a la computadora. No tenía manera de saber si le recibían—. Debería haber algo más. Pero mañana vamos a regresar a Sión a menos que yo vea algún modo de evitarlo.

Cerró la computadora. Estaba hambriento. La carne tardaría otra hora en hacerse bien. ¿Sabría tan bien como la cena en el palacio?

Tal vez un poco menos bien condimentada, menos bien preparada, pero más fresca. Y estaba la «salsa»: el agotamiento y el hambre. Cuatro hombres tendrían difícil hacer mella en tanta carne.

Tanta carne. Con un movimiento de la mano abrió la computadora. La nave se encontraría a mitad de camino del horizonte, maldición. «El fantasma estaba bien alimentado. ¿Por qué no atacó como el que observamos en el palacio? Yo no destruí un corazón. Vivió demasiado tiempo. Actuó... drogado. Los hermanos Scott tampoco parecían muy cansados. Si no estoy viendo visiones, tiene que haber un montón de gente involucrada. Esto es grande».

Desmontaron la tienda y la cargaron con la piel y los vehículos para la nieve en el compartimento de carga de la nave. La carne del fantasma de la nieve fue atada con cuerda en los puntales que sostenían los patines de aterrizaje. Boynton trepó a la nave y ocupó el asiento del piloto.

—Eh —dijo Darwin Scott.

—Oh, demonios, yo pilotaré —repuso Boynton —No hice nada más para ganarme mi parte. Hijo de puta, jamás hubiera creído que ahí habría un fantasma tan grande. Más al sur, sí, pero no justo aquí.

—¿Por qué no aterrizamos más al sur? —preguntó Renner.

—Los lagos son demasiado grandes —contestó Boynton—. Hay montones de corrientes cálidas procedentes de los volcanes. La mayoría de los lagos ni siquiera se congelan, y todos son profundos. Si quiere ir allí, aterriza aquí y realiza un largo viaje en un vehículo para la nieve —escupió por la ventanilla—. Lo cual era mi intención. Hijo de puta.

James se rió.

—Renner, quería ver cómo se comportaba usted antes de meternos en el peligro de verdad. No esperaba ningún fantasma de la nieve, no ahí.

Los hermanos Scott treparon al interior. James ocupó el asiento de la derecha junto al de Boynton.

—Yo soy piloto —dijo Renner.

—La próxima vez —indicó James Scott—. Esto es difícil, con el vehículo cargado...

—Tiene razón —acordó Boynton—. ¿Ha pilotado alguna vez una de estas cosas?... Ajá, eso creía. Le dejaré en Sión. Ahora mismo debemos llevar la piel a algún sitio donde la traten de forma adecuada. Es una buena piel.

Renner se sentó detrás de James Scott y esperó hasta que Boynton despegara la nave.

—Eh, Ajax, llévenos sobre el bosque donde le disparé al fantasma.

Boynton sonrió.

—De acuerdo. Yo también le quiero echar un vistazo.

—Deberíamos regresar —comentó Darwin Scott.

—Demonios, el hombre quiere ver el lugar —dijo James—. Yo también querría. Buen disparo, señor Renner.

—Sobrevolaremos en círculo y seguiremos adelante —indicó Darwin Scott—. Es una buena piel.

—Sí que lo es —acordó Boynton.

Había caído una nieve ligera aquella noche, pero Renner aún pudo ver en algunos lugares las huellas de sus vehículos. La zona donde se habían detenido estaba claramente marcada, al igual que parte de las huellas dejadas por sus botas de nieve.

—Debió soplar mucho viento aquí —musitó Boynton.

Renner frunció el ceño. Boynton tenía razón. Había muy poca nieve atrapada en los árboles. En el bosque cerca del lago donde aterrizaran había habido mucha más. Aquí había menos en los árboles, más en el suelo. ¿Hmm?

—Justo ahí abajo —indicó James Scott—. Déjame, cogeré los mandos un momento.

El vehículo se ladeó y giró en una espiral cerrada, de modo que Renner pudiera contemplar el escenario de su triunfo.

Boynton se hallaba en el lado más alto. Se estiró y miró a la izquierda.

—¿Qué demonios...?

—¿Qué? —preguntó Renner. Se estiró para ver más allá de Boynton.

—¿Huellas?

Al sur del bosque la nieve parecía revuelta. Ruedas de vehículos para la nieve, pisadas de hombres, el círculo borroso donde debió posarse un helicóptero y volvió a remontar el vuelo. Excesiva actividad. Renner dijo:

—De acuerdo, llévenos...

Darwin Scott clavó el codo en su estómago. Renner jadeó, y un enfermizo olor dulce llenó sus pulmones. Se reclinó con una sonrisa tonta en la cara.

—Pacíf... Sam —dijo.

—¿Qué demonios? —exigió Boynton.

—Amigo pagano, tú no has visto nada —dijo James Scott.

—Pagano... ¿Asuntos de la Iglesia?

—No es un pagano —intervino James Scott—. Se descarrió, pero nació en la Iglesia.

—Debo meditar esto —dijo Darwin.

Una parte de la mente de Renner le dijo que Boynton actuaba de forma extraña, y lo mismo le sucedía a los Scott, pero en realidad no le importaba. Cuando la nave se ladeó un poco, de modo que la cabeza le dio vueltas, vio que Darwin sostenía una pistola. Renner emitió una risita tonta.

—Usa el rociador —dijo James Scott—. Tengo los mandos.

—Eh, no quiero ser un idiota risueño —dijo Boynton—. Mirad, si éstos son asuntos de la Iglesia... infiernos, dadme la piel y mi parte del equipo y estamos en paz. Diré que cogimos un fantasma, y que el tipo quiso cazar un poco más, así que nos separamos. Os llevasteis al tío a un lugar que no queráis que yo conociera. Después de eso, es asunto vuestro.

—Incluso sería verdad —comentó Darwin Scott—. Debemos pensar en ello.

—Mientras lo pensáis, ¿adónde demonios estamos yendo? —demandó Boynton.

—En las afueras de Sión hay un lago —repuso Darwin Scott—. Aterrizá en él.

## 5. La Verdadera Iglesia

*Venid, venid, oh, Santos, no temáis ningún trabajo o fatiga;  
pero con gozo seguid vuestro camino; aunque duro os pueda  
parecer este viaje, la Gracia será como vuestro día.*

*Es mucho mejor para nosotros esforzarnos, nuestras inútiles  
preocupaciones expulsar; hacedlo, y el júbilo hinchará vuestros  
corazones... ¡Todo está bien, todo está bien!*

Himnos de la Iglesia de Jesucristo de los Santos del Último Día

Una diminuta luz roja bailó en los ojos de Ruth Cohen; luego la puerta grande se abrió antes de que pudiera tocar el timbre. El mayordomo iba vestido de la forma tradicional. Ruth no había visto a nadie con ese uniforme excepto en la Residencia del Gobernador y en los programas de tri-vi.

—Bienvenida, capitán de fragata. Su Excelencia la estaba esperando.

Ruth bajó la vista a su mejor vestido de civil y sonrió con ironía.

El mayordomo le cogió el abrigo y se lo pasó a otro criado.

—Su Excelencia se encuentra en la biblioteca —dijo, y la condujo vestíbulo abajo.

Bury se hallaba en su silla de viaje, no ante el escritorio sino ante una mesa con detalles complejamente incrustados.

—¿Me perdona si no me levanto? Gracias. ¿Le apetece beber algo? Tenemos un excelente vino de Madeira. No de la Tierra, me temo, sino de Santiago, que muchos afirman que no es muy inferior.

—En realidad preferiría café.

Bury sonrió.

—¿Turco o de filtro?... De filtro. Cynthia, el de Kona, me parece. Y para mí el de costumbre. Gracias —Bury indicó un sillón—. Por favor, siéntese, capitán de fragata. Gracias.

—Su hospitalidad es un poco abrumadora —dijo Ruth sonriendo.

La expresión de Bury no cambió.

—Gracias, pero estoy seguro de que la hija de un vicealmirante ha visto cosas mejores. Ahora bien, ¿qué puedo hacer por usted?

Ruth miró con sarcasmo alrededor del cuarto cubierto de frisos de madera. Bury sonrió con melancolía.

—Si alguien puede escucharme sin mi conocimiento y consentimiento, algunos expertos muy caros lo lamentarán.

—Supongo que sí. Su Excelencia, Kevin... sir Kevin me invitó a cenar. Probablemente yo no sea la primera mujer a la que alguna vez le dio plantón, pero también hay una cuestión con sus informes. Y cuando llamé aquí, nadie parecía saber dónde estaba —se encogió de hombros—. Así que vine a ver.

Los labios de Bury se crisparon.

—Y supongo que ha dejado mensajes a los Marines Imperiales por si también usted desaparece —Ruth se sonrojó un poco. Bury rió—. Renner dijo que usted era inteligente. La verdad es, capitán de fragata, que era yo quien estaba a punto de llamarla. Tampoco sé dónde se encuentra.

—Oh.

—Ha proyectado mucha expresión en esa sílaba. ¿Está encariñada con mi... impetuoso piloto?

—No tengo por qué contestar.

—Por supuesto.

—Y se suponía que iba a dar informes...

—Los tengo. Grabados —afirmó Bury—. Renner urdió un plan para explorar el interior con tres cazadores de fantasmas de la nieve. Sospechaba de dos. Se fueron hace tres días. Y desde entonces no he recibido ningún mensaje coherente.

—Usted tiene una nave en órbita.

—Es verdad, y la computadora de bolsillo de Renner estaba programada para recordarle las veces que el Simbad se encontraría sobre la zona en la que cazarían. Por lo menos una vez recibimos señales mutiladas que asumimos procedían de Renner.

—¿No fue a buscarle?

Bury indicó su silla de viaje.

—Ese no es mi estilo. Lo que hice fue invitar al capitán Fox a cenar.

—¿Ha averiguado algo más sobre nuestro... problema?

—Mucho, pero nada de Renner —repuso Bury.

Renner estaba contento por la venda en sus ojos. Una venda podía significar que no tenían intención de matarle. También que querían que pensara eso.

Por la mano que aprieta: el fantasma de la nieve. Habían hecho esfuerzos enormes para mantenerle vivo hasta ahora. La mente empezaba a despejarse; hasta ahí el efecto de la droga había pasado. Pero no podía caminar.

Fue atado a una parihuela y llevado desde el lago donde habían aterrizado hasta un vehículo cerrado. La única vez que alguien le habló fue cuando intentó preguntar dónde se encontraba. Entonces una voz que no había oído antes dijo: «Tenemos entendido que dos dosis de Pacífico Sam en pocas horas producen una resaca terrible. Será mejor que se quede quieto». Decidió que era un buen consejo y se concentró en recordar todo lo que pudo.

El tractor de nieve marchó durante unos diez minutos, luego se halló en el exterior durante un breve momento. Entraron en algún sitio, y bajaron en un ascensor, y al cabo sintió una aceleración suave.

«¿Un tren subterráneo? Sí que tienen una buena organización». Había llegado a la conclusión de que estaba equivocado cuando sintió la desaceleración y oyó los sonidos de unas puertas operadas electrónicamente. Alguien empezó a hablar y fue acallado.

Lo llevaron a otro ascensor, que bajó un largo trayecto; luego, fue transportado por un corredor largo con sólo unas curvas suaves; entonces a otro ascensor, y después de aquello le hicieron dar vueltas las veces suficientes para que perdiera todo sentido de la orientación.

—Bien —dijo una voz nueva—. Veamos qué nos habéis traído. Quitadle las vendas y las correas.

Renner parpadeó. La habitación era grande y cerrada por completo, con puertas pero sin ventanas. Se encontraba en el extremo de una larga mesa de conferencias. Le indicaron una silla y le ayudaron a sentarse. Sus piernas aún no querían obedecerle.

Los hermanos Scott se plantaron cerca de él. Uno sostenía un bote de spray. El otro tenía una pistola.

Le habían vestido con las ropas de otra persona y quitado todo lo que llevaba encima. Renner tanteó con la lengua en busca del diente alarma y lo mordió.

Sonó una risita desde el otro extremo de la mesa.

—Si posee un transmisor que pueda enviar un mensaje desde aquí, se lo compro sin importar el precio.

—Cien mil coronas —dijo Renner.

—Aprecio el humor, pero tal vez andemos escasos de tiempo. ¿Tiene algo serio que decir antes de que lo llenemos de Serconal?

—Se han estado devanando los sesos para mantenerme vivo. Tuvieron que encontrar un fantasma de la nieve decente, conducirlo al norte y dentro del bosque, aguardar hasta que matara algo, drogarlo, volar sobre los árboles en un helicóptero para agitar la nieve con el fin de cubrirlo... Veinte o treinta hombres, una docena de vehículos para la nieve y un helicóptero. De verdad me siento honrado.



—¿Qué cree que ha descubierto, señor Renner?

—Sería mejor que preguntara: «¿Qué cree Horace Bury que ha descubierto?». Yo creí que se trataba más de piratería. Pero de nuevo se toman muchas molestias; no puede tener una buena relación costo-beneficio. Motivos religiosos. Me siento un poco mareado.

—Imagino que sí. Señor Scott...

Darwin Scott sacó una botella de whisky de la mochila de Renner y la depositó sobre la mesa con un vaso.

—Creo que eso ayuda.

Renner se sirvió un buen trago y bebió la mitad.

—Gracias. El café ayuda mejor. ¿Cómo he de llamarle?

—Ah... Anciano servirá.

Renner intentó sonreír.

—Como dije, motivos religiosos. Ha de comprender que deduje todo anoche, después de darme cuenta de que el fantasma estaba drogado. Pero sigo sin comprenderlo. Habrían hecho mejor dejando las cosas en paz. A Bury jamás le interesó su magnesita de ópalo, y en realidad nadie está robando a nadie.

La sombra de Anciano se movió nerviosa.

—Es un problema. Muchos de los míos no sienten que ganan crédito en el Cielo por hacer nada. Todavía no ha dicho qué sospecha.

—Creo que dispone de un punto de Salto periódico a Nueva Utah.

Los hombres se miraron.

—Hay una vieja descripción del sistema de Nueva Utah. Una buena estrella amarilla, y una estrella de neutrones como su compañera en una órbita excéntrica. Nueva Utah debe de haber dispuesto de miles de millones de años para formar una atmósfera de oxígeno después de la supernova. La estrella de neutrones ha dejado de ser un púlsar por lo menos desde ese mismo tiempo.

La cabeza de Renner pareció despejarse más. El café habría sido mejor, pero la copa había ayudado... y anoche había tenido tiempo para pensar.

—Durante la mayor parte de un ciclo de veintiún años —dijo—, la estrella de neutrones se encuentra bastante detrás de los cometas. Tranquila. Oscura. Cuando baja más cerca del sol principal, el viento solar y los meteoros descienden en lluvia a través de ese inconcebible campo de gravedad. Arde. Los puntos de Salto dependen de la descarga electromagnética. Consiguen un enlace de punto de Salto que dura quizá dos años. Ahí es cuando importan la magnesita de ópalo, entre otras...

—Es suficiente. Me molesta ser tan transparente, Renner, pero éste es un secreto muy antiguo. La tierra no es buena en Nueva Utah. La Verdadera Iglesia moriría sin cargamentos periódicos de fertilizantes.

Renner asintió.

—Pero la mano que aprieta es Bury. Él cree que están tratando con pajeños. Si sigue pensándolo... Les explico: Bury está loco. Les tiraría un asteroide encima y después se lo explicaría a la Marina.

—¡Un asteroide!

—Sí, el tipo piensa de esa manera. Quizá decida que eso tardaría mucho, y simplemente use una bomba de fusión. Haga lo que haga, será drástico. Luego podrá limpiar Nueva Utah sin interferencias, y sin que la Marina lo sepa jamás.

—Ha secuestrado al capitán Fox —informó Anciano.

—Si Fox sabe dónde me encuentro, Bury lo sabrá.

—No lo sabe. Pero...

—Pero sabe dónde se hallan estacionadas sus naves de Salto —dijo Renner—. Tienen un problema pero tal vez yo pueda ayudarles.

—¿Cómo?

Renner miró con sarcasmo alrededor del cuarto.

—Como ha dicho, es un secreto antiguo. Me sorprende que lo hayan mantenido tanto tiempo.

—Ha habido pocos que lo buscaran con los recursos de Horace Bury.

—Recursos, cerebro y paranoia —apuntó Renner—. Le garantizo que no se creará nada que puedan contarle sobre lo que me sucedió a mí. Tampoco importa quién lo haga. Si yo no regreso, pensará que había pajeños involucrados, y sabrá dónde buscar. ¿Doy por hecho que nos encontramos bajo el Glaciar Mano? Tienen un espaciopuerto por aquí. Uno secreto. Bury lo descubrirá.

—¿Hay algo que usted no sepa?

—Vamos, todo encaja en cuanto se descubre la parte clave sobre Nueva Utah —Renner titubeó—. Pero de nuevo, no sé con seguridad que ustedes no estén tratando con pajeños. Si lo están haciendo, han traicionado a la especie humana, y deberían ser aniquilados.

—¿Cómo podemos persuadirle? —preguntó despacio Anciano.

—Es fácil. Lo aclararemos en un par de horas. Se lo haré saber entonces. Mientras tanto, pensemos en cómo convencer a Bury para que abandone cualquier jugada que esté planeando. Yo me daría prisa.

—¿Y después?

—Hablamos con el Gobernador. Mire, por ahora no han hecho nada que les meta en serios problemas.

—Sólo lo suficiente como para ser colgados por alta traición.

—Técnicamente sí —acordó Renner—. Pero si colgaran a todos los que comercian con parientes en los mundos Exteriores, se quedarían sin cuerda. Hasta ahora los únicos que han muerto son de su gente.

—Esto es una locura —una voz con un gemido—. Ancianos, hermanos, este hombre conoce todo. No podemos dejarle marchar.

—Mejor lo que yo conozco que lo que Bury sospecha —dijo Renner. Entiendan una cosa. Su Excelencia se asegurará, y recalco eso, de que no hay ningún pajeño involucrado. Una vez que lo haya hecho, se quedará tan aliviado que no será difícil conseguir que hable con el Gobernador.

»Y ¿qué tiene el Gobernador en contra de ustedes? Un poco de comercio con los Exteriores. Nada serio. A Jackson le encantará disponer de una oportunidad para convencer a la Iglesia de que el Imperio no es una amenaza real. Ha estado buscando a alguien con quien negociar. Y miren, si Nueva Utah se muere por falta de fertilizante, debería estar dentro del Imperio. Les haremos otra oferta mientras los puntos de Salto sigan abiertos.

El Anciano que conducía la entrevista se puso de pie.

—Esto hay que discutirlo. ¿Necesita algo más?

—Sí. Tengo un poco de café en la mochila —Renner se levantó. Trató de girar las caderas, un ejercicio estándar para la espalda. No se cayó—. Bien, parece que me he recuperado. Ahora bien, han tenido cuidado en no lanzar su nave mientras Bury se encuentra en la Compra, ¿correcto?

—Sí.

—Llévenme a ella. Muéstrenme esa nave, sin discusiones, sin llamadas telefónicas, llévenme ahora. Todos ustedes.

—No les di tiempo para que tontearan con la nave. De cualquier modo, no podrían haber hecho mucho. Me llevaron directamente a ella. Vi todo, por fuera y por dentro. No hay nada fabricado por Relojeros. ¡Horace, conozco el toque pajeño! Es imposible confundir su mano. Hacen que un artefacto realice dos o tres funciones al mismo tiempo, desconocen los ángulos rectos, lo recuerdas —Bury guardaba silencio, la cabeza agachada, los ojos ocultos en sombra—. Encontré dos variantes de la cafetera pajeña. Una le quita la cafeína al té. La otra debió añadirse en el último mes, las juntas todavía están nuevas. Filtra el combustible de hidrógeno. Hay una capa de superconductor pajeño bajo el escudo de reentrada. Las tres cosas llevaban el logotipo de Autonética Imperial.

Ruth Cohen se hallaba sentada en el borde de la silla.

—Entonces, ¿le llevaron en el acto?

—Les obligué. Tienen tres ascensores distintos, pero me llevé a todo el grupo conmigo. Cooperaron. Estoy tan seguro como se puede estarlo de que no lo comunicaron de antemano. Cuando arribamos allí Anciano tuvo que amenazar a los guardias con la perdición, y entonces ellos hicieron llamadas mientras yo inspeccionaba el exterior, pero entré en cinco minutos. ¿Bury?

Éste levantó la cabeza.

—¿Sí?

—¿Tengo tu atención? No estaba seguro. Mira, si tuviste acceso a los Relojeros y a los Ingenieros, y tú...

—Los maté. Lo sabes.

No había fuerza detrás de sus palabras. Parecía viejo, viejo.

—Asume —sólo asume— que son aliados. Haz de cuenta que confías en ellos. ¿No los dejarías sueltos en una nave tierra-órbita? ¡Una pequeña mejora en una lanzadera espacial puede duplicar la capacidad de carga! ¡Para un contrabandista eso es oro! Pero se trataba de una nave vieja, restaurada, y la ingeniería era totalmente humana y no muy buena. Esa gente no mantiene contacto con pajeños, Bury.

Bury no se movió. Ruth Cohen usó el lápiz para tomar notas en la superficie de su computadora de bolsillo.

—Le creo, Kevin, pero aún debemos cerciorarnos.

—Usted se ocupará de eso —dijo Renner—. Tienen una nave estacionada en el punto de Salto fluctuante. Envíe un vehículo pequeño con un par de personas de la Marina a inspeccionarla. Vaya usted misma. Cuando transmitan que está limpia, hablamos con el Gobernador.

—Funcionará —dijo Ruth—. El Gobernador Jackson conseguirá una buena imagen si puede persuadir a Nueva Utah para que entre en el Imperio sin luchar, y quizá esto lo logre. ¡Fertilizante! Bueno, no es el primer planeta en padecer problemas de suelo.

»De acuerdo. Entre las regulaciones sobre los pajeños y su reputación, no tendremos ningún problema para hacer que el capitán Torgeson envíe una nave exploradora hasta el punto de Salto. Debería ir alguien nativo de la Iglesia, de modo que no se produzca ninguna pelea.

—Ohran —indicó Renner—. El que se hacía llamar Anciano es un obispo de rango alto de nombre Ohran. Mándelo a él —Renner se sirvió un brandy— y así se acaba el asunto. Bury... ¡maldición, Horace!

Sólo se movieron los ojos hundidos de Horace Bury. Ardían.

—No están aquí ahora. Aún se hallan taponados detrás del bloqueo, de momento. Durante un cuarto de siglo he dejado que la Marina los mantuviera de ese modo. Kevin, he recordado demasiado. Siempre he sabido cuán peligrosos eran. Sólo cuando duermo consigo no pensar en ello. Kevin, debemos visitar la flota de bloqueo.

—¿Qué? ¿Ir al Ojo de Murcheson?

—Sí. Necesito saber que la Marina está en guardia. De lo contrario, me volveré loco.

—Su Excelencia —habló Ruth Cohen—, su historial indica que sus... que el Servicio Secreto puede poner objeciones a sus planes.

Bury sonrió.

—Entonces, deje que me cuelguen. No, no hablo en serio; y por supuesto, usted tiene razón. Deberé ser persuasivo en algunos lugares. Hemos de ir a Esparta.

—Esparta —Ruth Cohen suspiró—. Me gustaría ver Esparta algún día.

—Venga con nosotros —dijo Renner.

—¿Qué? Kevin, me encuentro destinada aquí.

—Podemos hacer que se cambien esas órdenes. Estoy capacitado para solicitar gente según la necesidad.

—¿Qué necesidad? —preguntó ella con suspicacia.

—Bueno...

—Eso pensé.

—En realidad, hay una razón muy buena —anunció Bury—. Kevin, propones convencer al Gobernador para que condone una alta traición. No dudo de tu habilidad para justificar

eso en Esparta, pero nos vendría bien tener a otro oficial de la Marina que confirme nuestra historia. —Bury vació su taza de café—. Por ello, capitán de fragata, si se encarga de la investigación de la nave en el punto de Salto, Nabil preparará el Simbad para el viaje.

—Eso me proporcionará algún tiempo —dijo Renner—. Volveré al sumidero.

—Estoy convencido de que aquí tenemos mejores vinos y whisky —Bury miró de manera significativa a Ruth Cohen—. Y también mejor compañía.

—Oh, fuera de toda duda. Pero ese desgraciado de Boynton aún tiene mi piel de fantasma de la nieve. Iré al Gusano del Magüey a recuperarla.

## SEGUNDA PARTE ESPARTA

*La traición jamás prospera; ¿por qué motivo?*

*Porque si prosperara, nadie se atrevería a llamarla traición.*

Sir John Harington

### 1. Capital

*Dejad que los tontos debatan sobre las formas  
de gobierno; lo que mejor se administra es lo mejor.*

Alexander Pope

La Universidad Imperial se fundó en tiempos del Condominio como la Universidad de Esparta, y disfrutó de lazos próximos con varias instituciones de la Tierra, incluyendo la Universidad de Chicago, Stanford, la de Columbia, el Westinghouse Institute y la Universidad de Cambridge. A cambio del privilegio de nombrar a la mayoría de los miembros de la junta de gobierno, los primeros reyes de Esparta dotaron a la Universidad de Esparta con extensas tierras en las regiones montañosas al sur y al este de la capital. Gran parte de esa tierra con posterioridad fue arrendada a establecimientos comerciales, de modo que la Universidad disfruta de unos altos ingresos que no se hallan bajo control político. El nombre se cambió a Universidad Imperial durante los años iniciales del Primer Imperio.

La capital también se ha expandido hasta absorber tierras previamente concedidas a la aristocracia, algunos de cuyos miembros retienen fincas ahora rodeadas por edificios urbanos.

El estudio en la Mansión Blaine parecía lo que el arquitecto había imaginado que eran los cuartos de un catedrático de Oxford en el siglo XIX. El mobiliario era de piel y de madera oscura. Hologramas de libros se alineaban a lo largo de las paredes de siete metros, y una escalera con ruedas se erguía en un rincón. Roderick, Lord Blaine, conde de Crucis, MEI, capitán (R), frunció el ceño al pasar y observarlo. Una docena de veces había jurado que haría redecorar el lugar para convertirlo en algo más funcional, pero hasta ahora nada de lo que a él le atraía resultaba satisfactorio para Sally, pero sí mostraba imágenes de libros de verdad en su biblioteca. Como de costumbre, le echó un vistazo a algunos de los títulos. La historia de Inglaterra de Macaulay se hallaba junto a la de Gibbon. Guía del Condominio de Crofton. El clásico de Savage, Lysander el Grande. Debería leer ése de nuevo, pensó.

Blaine atravesó el estudio y entró en el pequeño despacho que había a un lado.

—Me pareció oír una puerta que se cerraba con un golpe.

Sally Blaine alzó la vista de la computadora.

—Glenda Ruth.

—¿Otra pelea?

—Digamos que nuestra hija no es del todo feliz con las reglas de la Mansión Blaine.

—Ha salido independiente. Me recuerda a alguien que solía conocer.

—¿Que solías conocer? Gracias.

Rod sonrió y apoyó una mano en el hombro de ella.

—Todavía la conozco. Sabes lo que quiero decir.

—Supongo... No viniste aquí para hablar de Glenda Ruth.

—No, pero tal vez debería tener unas palabras con ella.

—Me gustaría, pero nunca lo haces. ¿Qué pasa?

—Recibí un mensaje. Adivina quién viene a visitarnos.

Sally Blaine miró de nuevo la pantalla de la computadora y frunció el ceño.

—Muchas gracias. Justo cuando acabo de arreglar nuestra agenda social. ¿Quién?

—Su Excelencia Horace Hussein al-Shamlan Bury, magnate. Y Kevin Renner.

Sally se quedó pensativa un momento.

—Será agradable ver al señor Renner de nuevo —comentó Blaine—. Y... Bury va con él, me parece recordar. Perro guardián. Supongo...

—No recibiré a Bury en nuestra casa. El fue uno de los instigadores de la revuelta en Nueva Chicago —Lady Blaine se paralizó. Él le apretó el hombro.

—Lo siento.

—Estoy bien —ella palmeó la mano de él; luego subió las puntas de los dedos por la amplia manga de su batín. El brazo suave, arrugado, lampiño—. Tus cicatrices son de verdad.

—Tú pasaste semanas en un campo prisión, y perdiste a tu amiga.

—Fue hace mucho tiempo, Rod. Ni siquiera puedo recordar la cara de Dorothy. Me alegro de que no me lo contaras entonces. Nueve meses en la MacArthur con Horace Bury. Le habría escupido a la cara.

—No, no lo habrías hecho. Y no lo harás ahora; te conozco. Supongo que deberemos verle, pero lo reduciremos al mínimo. Tengo entendido que Bury ha realizado algún trabajo bueno para el Servicio Secreto.

—Déjame pensarlo. Como peor, podemos invitarle a cenar. En algún sitio neutral. Sí que quiero ver a... ¿sir Kevin?

—De nuevo tienes razón, lo había olvidado. Yo también quiero verle —Blaine sonrió—. En cuanto a eso, también querrá verlo Bruno Cziller. Será mejor que le informe que su piloto loco está en la ciudad. Te diré lo que haremos, amor: como las noticias llegaron a través del Instituto, les invitaré al Instituto. Puede que lo lamenten. Todo el mundo, hasta los perros, querrán entrevistarlos.

Cuando Sally se dio la vuelta, mostraba una amplia sonrisa.

—Sí, el Instituto. Tenemos una sorpresa para Su Excelencia, ¿verdad?

—¿Qué?... ¡Ah! Creerá que está de vuelta en la MacArthur. ¡Pondremos a prueba su biocorazón!

## ADVERTENCIA

Han entrado en la zona controlada de la capital Imperial.

Queda estrictamente prohibido permanecer en este sistema estelar sin permiso. Preséntense a las naves de patrulla de la Marina en los puntos de entrada Alderson y sigan las instrucciones. La Marina está autorizada a utilizar la fuerza mortal contra los intrusos que no cooperen. Transmitan sus códigos de identificación de inmediato.

NO RECIBIRÁN MÁS MENSAJES DE ADVERTENCIA

Navegar por el sistema de Esparta podía poner nervioso a un hombre. El cielo no era distinto, excepto en lo que todos los cielos son distintos: las estrellas formaban nuevos patrones. La pequeña estrella K0 Agamenón era un brillante resplandor blanco que crecía para convertirse en un sol. Su estrella compañera, Menelaus, era un gordo destello rojo. Los asteroides brillaron bastante abajo de la ruta del Simbad, y luego diminutos semicírculos aparecieron como gigantes gaseosos con anillos y franjas en las pantallas.

Así es como era el viaje estelar. Navega hacia el exterior del sistema, localiza el punto de Salto, salta a través de una distancia interestelar en un abrir y cerrar de ojos. Ve a toda

velocidad por el espacio al siguiente punto de Salto. Luego navega hacia el interior por un nuevo sistema, planetas nuevos, hacia un mundo nuevo con diferente clima, costumbres, actitudes...

Pero Esparta era la capital del Imperio del Hombre.

El cielo negro era tan tranquilo como lo habría sido en cualquier otra parte; sin embargo, había voces. *Altere curso. Aumente desaceleración. ¡Vigile su vector de escape, Simbad! Advertencia. Identifíquese.* Esos gigantes gaseosos, tan peculiar y convenientemente situados cerca de la órbita de Esparta con sus atmósferas llenas de combustible para naves espaciales y productos químicos industriales, estaban rodeados de grandes instalaciones de la Marina, muy protegidas. Las naves guardaban la veintena de puntos de Salto que conducían a todas partes del Imperio. Ojos vigilaron al Simbad mientras Renner llevaba el yate al interior.

Éste mantuvo su aplomo lo mejor que pudo. Su imagen estaba en juego... y Ruth se lo pasaba en grande, aunque Bury necesitaba que lo calmaran. A Horace Bury no le gustaba que le vigilaran, en especial con armas que podían desgarrar un continente entero.

Esparta era blanco sobre azul, los colores de un mundo casi típico de agua. Renner vislumbró la forma rizada de Serpens, el territorio continental: el resto era un único océano inmenso con algunas motas que eran islas. La proximidad inmediata del planeta bullía con naves y chatarra orbital, espesándose más en órbita geosincrónica.

Aduana no cesaba de cambiar el camino de Renner para evitar colisiones a medida que entraba. No vio gran cosa de lo que estaba esquivando, aunque avistó una enorme estación espacial con forma de rueda. Casi todo lo que hay aquí son cosas militares, pensó. La mayoría de las naves entrantes tenía que aparcar en la luna, pero Aduana conocía a Horace Bury.

Le conocía muy bien, y no como agente del Servicio Secreto. Empezaron la inspección del Simbad cuando Renner sacó el transbordador del compartimento e inició su descenso.

Era su primera vista a Esparta, y también la de Ruth. Observaron con avidez a medida que el mundo se aproximaba.

Agua. De lo que pudo vislumbrar a través de las nubes, Esparta parecía todo océano. El transbordador entró en la oscuridad y sólo vio una curva negra y lisa.

Luego bordes desiguales en el horizonte. Luego luces. Islas, miríadas de islas, todas diminutas, todas brillantes; y una forma como una serpiente de fuego enroscada. Esparta era tectónicamente activo, pero la lava había hecho erupción con preferencia en este brazo del planeta. Serpens, el territorio continental del tamaño de Australia, tenía un puerto extraordinario: la tierra se extendía hasta formar una escarpada hélice montañosa. Las cordilleras eran trozos oscuros en la luminiscencia. Las tierras de cultivo eran patrones rectangulares de luces diminutas. Había muchos. El paisaje urbano resplandecía; también había mucha ciudad. Hasta el agua hormigueaba con diminutas luces móviles.

La capital de un Imperio interestelar estaba inevitablemente destinada a hallarse abarrotada.

Se desvió de Serpens, rodeando la costa mientras disminuía la velocidad. La radio le graznaba, trató de no hacer ningún comentario gracioso. Jamás, en ningún mundo había encontrado a un funcionario de Aduana con sentido del humor.

Se encontraba lo suficientemente bajo como para ver estelas fosforescentes detrás de algunas de los cientos de naves. Había barcas flotando en el agua, casas y hábitats más grandes. Población: 500 millones, la mayoría agrupada en este punto. Se le ocurrió a Renner que si atravesaba el territorio continental con un estampido sónico, Bury se vería aniquilado por las multas.

—¿Horace? ¿Cómo te encuentras?

—Bien, Kevin, bien. Eres un buen piloto.

Bury había sido afable con Aduana, pero cuando cortaron la comunicación, Renner había oído unos insultos esotéricos.

—¿Qué hizo Aduana para irritarte tanto? —preguntó en ese momento.

—Nada. ¿Sabes dónde aterrizar?

—Me lo están repitiendo. Agua negra, inmediatamente delante de nosotros. Descenderemos justo fuera del puerto y entraremos en espiral como una nave grande. Me pregunto adónde me mandarían en un día duro.

Bury guardó silencio durante un rato. Luego:

—En Esparta soy un ciudadano de segunda clase. Sólo aquí, pero para siempre. Los vendedores de los centros comerciales me atenderán, y puedo sobOmar a un maitre y alquilar mi propio coche. Pero hay partes de Esparta que nunca podré ver, y en las aceras deslizantes...

—Te estás enfureciendo antes de que nadie te haya insultado. Oh, bueno, ¿por qué esperar hasta el último minuto?

—He estado antes en Esparta. ¿Por qué, en el Nombre Misericordioso de Alá, Cunningham no pudo recibirme hoy?

—Quizá considera que así te da un día de reposo.

—Me está haciendo esperar. Maldito sea. Mi superior. Bendita sea por no usar esa palabra, Ruth, pero sabía lo que pensaba.

—Es un término técnico —dijo Ruth.

—Desde luego.

En Serpens la tierra llana había sido ocupada hacía tiempo, como tierra de cultivo o propiedades de los nobles. Las nuevas construcciones, como el Hotel Plaza Imperial, tendían a pegarse a las caras de los riscos. El Plaza se alzaba ochenta pisos en el lado bajo, sesenta y seis en el alto.

El agente de Bury había alquilado la más baja de las suites, en la planta setenta y uno. La habían surtido con todo, y tenía criados en residencia; pero sólo dos estaban despiertos cuando llegaron.

A través de la pared panorámica pudieron ver una inmensidad de mar e islas y cien formas de barcos y naves, y el gran sol rojo de Esparta subiendo despacio sobre el agua. Eran las cinco de la mañana de un día de veinticuatro horas. Según la hora de la nave se acercaban al mediodía.

—Tengo ganas de un buen desayuno —dijo Renner—. Café. Leche de verdad, no protocarbono. Sin embargo, lo más probable es que el restaurante esté cerrado.

Bury sonrió.

—Nabil.

Hubo que despertar al personal de la cocina. El desayuno tardó una hora en aparecer; mientras, ellos vaciaron las maletas y se instalaron. Traían mucho equipaje. No se sabía el tiempo que permanecerían en Esparta. ¿Cuán persuasivo tendría que ser Bury?

Maníaco. Pero ¿estaba equivocado? Quizá resultase vital que un comerciante superior fuera en persona a inspeccionar la Flota Eddie el Loco, de patrulla en el Ojo de Murcheson. No obstante, si el Servicio Secreto quería algo más de él... bueno, tenían una ventaja sobre Bury. Probablemente, algo político.

Lo averiguarían mañana.

—Todos los niños y las niñas quieren ver Esparta —le dijo Renner a Ruth—. ¿Qué es lo que queremos ver primero?

—El Instituto no abre hasta el mediodía —comentó Bury—. Imagino que tenemos cuatro horas para matar. Creo que iré a la Sociedad de Comerciantes a producir cierto oleaje. Ah, aquí llega Nabil.

El desayuno consistía en dos especies de huevos, cuatro variedades de salchichas y dos litros de leche. Toda la fruta parecía conocida. También los huevos: de pollo y codorniz. La vida en Esparta (recordó Renner en ese momento haber leído) jamás había llegado a conquistar la tierra. No había suficiente superficie como para dar una buena relación costo-beneficio. El planeta había sido sembrado con fauna silvestre de la Tierra, y se había establecido una ecología con poca competencia nativa.

—En Esparta toman dos comidas, desayuno y cena. Deberíamos comer hasta saciarnos —le dijo Bury.

—La leche es un poco rara —comentó Ruth.

—Vacas diferentes ingiriendo pasto diferente. Marca de autenticidad, Ruth. La leche de protocarbón siempre sabe igual, en todas las naves del universo.

—Con franqueza, Kevin, a mí me gusta.

La cafetera era alta y bulbosa. Bury miró en la parte de abajo.

—Wideawake Enterprise —anunció.

—No suena muy contento al respecto —dijo Ruth Cohen.

—Tecnología pajeña —indicó Renner—. Es probable que aquí sea corriente.

—Muy corriente —afirmó Bury—. Nabil, ¿disponemos de computadora?.

—Sí, Excelencia. El nombre de activación es Horvendile.

—Horvendile, aquí Bury.

—Confirme —pidió una voz de contralto desde el techo.

—Horvendile, aquí Su Excelencia Bury —apuntó Nabil.

—Aceptado. Bienvenido al Plaza Imperial, Su Excelencia.

—Horvendile, llama a Jacob Buckman, astrónomo, asociado con la Universidad.

Transcurrió un momento. Luego, una voz algo irascible dijo:

—Aquí el cerebro auxiliar de Jacob Buckman. El doctor Buckman duerme. Su Excelencia, le da las gracias por los regalos. ¿Hay suficiente urgencia como para despertarlo?

—No. Estoy en el Plaza Imperial y permaneceré en Esparta durante una semana. Me gustaría una cita cuando sea conveniente. Horas sociales.

—El doctor Buckman tiene encuentros el miércoles por la tarde y por la noche, y nada más.

—Sugiero el jueves por la tarde y cena el jueves por la noche.

—Se lo transmitiré. ¿Desea grabar un mensaje?

—Sí. Jacob, me gustaría verte antes de que uno de nosotros muera de vejez y por culpa de técnicas médicas descuidadas. Le dije a tu máquina el jueves, pero cualquier día servirá. Fin de mensaje.

—¿Desea algo más? —preguntó la voz de Buckman.

—No, gracias.

—Informaré a Horvendile cuando la cita esté confirmada. Buenos días.

—Horvendile.

—Su Excelencia.

—Cita con el doctor Buckman a su conveniencia, la más alta prioridad social.

—Recibido.

—Gracias, Horvendile. Ahora consígueme una cita con el presidente de la Sociedad de Comerciantes.

—Es Su Excelencia Benjamín Sergei Sachs, presidente de Union Express —informó la voz de contralto—. ¿Cuándo desea verle?

—Tan pronto como sea posible.

Hubo una pausa.

—Su computadora informa que esta mañana se encuentra libre. ¿Solicito una cita inmediata?

—Sí, Horvendile —Bury sorbió café—. ¿Adónde iréis vosotros?

Renner se encogió de hombros.

—Sin duda se nos ocurrirá algo. ¿Estás seguro de que podrás ver al presidente de la AIC con tan poco aviso?

Bury esbozó una fina sonrisa.

—Kevin, controlo siete sillones de la junta. No es una mayoría, pero es más que suficiente para vetar a un candidato a presidente. Sí, creo que Ben Sachs me recibirá.

—Su Excelencia estará encantado de verle a cualquier hora, Su Excelencia —dijo el techo—. Si lo desea, le enviará una limusina.

—Por favor, pídele que lo haga. Gracias, Horvendile.

La fachada exterior de la sala de reuniones de la Asociación Imperial de Comerciantes alternaba fases de opulenta ostentación y discreta elegancia.



Recientemente había sido redecorada con sencillo mármol blanco. Las líneas severas se extendían hasta el vestíbulo, pero detrás de la puerta de Miembros seguían las familiares paredes cubiertas con frisos de madera de nogal y óleos originales. Bury lo recordó de la última vez que había estado allí.

El presidente le aguardaba en una sala privada de conferencias y se puso de pie cuando Bury condujo su silla de viaje al interior del cuarto. Era un hombre grande, vestido de forma impecable con una túnica oscura y pantalones a juego. Una faja amarilla rompía la monotonía de colores.

—Excelencia. Me alegro de verle. Todo bien, espero.

—Sí, gracias, Su Excelencia. ¿Y cómo está usted?...

—Espléndido —Bury indicó su silla de viaje—. La gravedad de Esparta.

—Por supuesto. Algunos días a mí no me importaría moverme en una silla de viaje. ¿Qué puedo hacer por usted, Excelencia?

—Nada, gracias. He venido sólo a ver a mis colegas y a disfrutar de mi club.

—Me complace que pueda encontrar tiempo. Aunque si hay cualquier cosa que nosotros...

—Bueno, quizá haya un pequeño favor que pueda hacerme.

—Su Excelencia únicamente ha de nombrarlo.

—¿Cómo nos llevamos este año con el gobierno?

Sachs se encogió de hombros.

—Es probable que tan bien como jamás lleguemos a estarlo. Desde luego, nunca nos querrán.

—Tal vez usted pueda ayudarme. Deseo visitar la flota de bloqueo en el Ojo de Murcheson.

Los ojos de Sachs se agrandaron.

—Nunca le hemos gustado a la Marina.

Bury resopló:

—Nos odia.

—Muchos de sus integrantes sí.

—Espero persuadir a la Marina —dijo Bury—. De lo que he de estar seguro es de recibir un servicio expeditivo de la burocracia cuando necesite los documentos formales.

Sachs esbozó una amplia sonrisa. Resultaba claro que había esperado una tarea más difícil.

—Ah. Eso no representará ningún problema. Su Excelencia, creo que debería reunirse con el honorable George Hoskins, nuestro vicepresidente para Asuntos Públicos.

—George Hoskins. ¿De Wideawake Enterprises?

—Sí, Excelencia —Sachs se mostró pensativo—. Su compañía compite con la de usted, ¡pero casi todo el mundo lo hace! ¿Le conoce?

—Nunca he tenido el placer.

—Entonces debo presentarles. Haré que le llamen.

Bury tocó las teclas de la bola de informes incorporada en la silla de viaje. Pasado un momento, una voz habló quedamente en su oído:

«Wideawake Enterprises. Fundada en 3021 por George Hoskins, ahora el honorable George Hoskins, del Consejo del Rey; con anterioridad de Nueva Winchester. El primer producto de la compañía fue un sistema de filtrado de café basado en tecnología pajeña. Autonética Imperial solicitó un mandato prohibiendo la venta de la cafetera Wideawake basándose en que AI tenía la licencia exclusiva para explotar la tecnología pajeña, pero fue desestimada por el Tribunal Imperial de Apelaciones sobre la base de que toda la tecnología pajeña había sido obtenida por la Marina, y cualquier conocimiento no clasificado era por lo tanto del dominio público.

»La investigación de AI reveló que Hoskins tenía un cuñado a bordo del Hadley en el momento en que el sistema de preparar café desapareció de la nave, y que el nuevo diseño que hizo que la cafetera fuera más fácil de reproducir fue en esencia trabajo de Harvey Lavrenty, casado con la hija de Hoskins, Miriam.

»Una campana agresiva de marketing, combinada con la disposición favorable de la economía civil para aceptar el Sistema de Café Wideawake, tuvo como resultado unas ventas sin precedentes y...”

Bury apagó la voz. Recordaba el resto. Dos años y un millón de coronas para dominar los secretos de la cafetera mágica. Casi 50 millones para expandir y reconvertir las fábricas. La Marina había comprado las cafeteras a la misma velocidad que Autonética Imperial podía fabricarlas, y pagó bien; pero el dinero de verdad habría estado en la venta a civiles. Entonces Hoskins y Wideawake irrumpieron en la escena.

Autonética Imperial le había hecho la publicidad a Hoskins. Los civiles llevaban dos años oyendo sobre las cafeteras mágicas de la Marina. Al permaneció segunda en ventas hasta el presente.

—Anhelo con gran placer conocer al honorable señor Hoskins —dijo Bury.

El honorable George Hoskins era un hombre rechoncho y jovial, vestido con ropas caras. Tenía una ancha sonrisa y un apretón de manos de gran entusiasmo. Después de las presentaciones, Sachs se excusó y les dejó en la sala de conferencia.

—¿Sabe? Es usted una leyenda por todo el Imperio —pronunció con efusividad Hoskins—. ¿Le sirvo café?

Una cara abierta y grande que no era capaz de ocultar sus pensamientos, y allí no había culpabilidad. Un hombre que jamás recordaba un crimen. ¡Por lo menos Horace Bury sabía cuándo tenía algo que ocultar!

—Gracias. Me serviré yo —repuso Bury—. ¿Le gustaría beber un poco de licor de hoja de agua?

—¿Aquí?

—Hice que enviaran una caja.

Allí donde se posaba el Simbad, Bury compraría varias cajas de algo característico del lugar. Resultaban ser regalos fáciles.

Hubo una época en que el café turco no estaba disponible en la AIC, pero eso fue antes de que Bury controlara siete sillones de la junta. Ahora había tres variedades. Eligió una mezcla Moka-Sumatra y sorbió mientras Hoskins se sentaba en el borde de un sillón de masaje.

—Daría la mitad de mi fortuna por visitar Paja Uno —afirmó—. ¿Cómo es de verdad?

Bury había oído la pregunta demasiado a menudo.

—Gravedad ligera. Crepúsculo todo el tiempo, desde el sol rojo durante el día hasta el Ojo de Murcheson por la noche. El aire es un veneno lento, pero lo único que nos hizo falta fueron máscaras. La arquitectura está sacada de las pesadillas, y formas de pesadilla se mueven por ella. Permanecí asustado todo el tiempo, y, ¿sabe?, mataron a tres marines que se desviaron de territorio abierto sin que la culpa fuera de ellos.

—Lo sé. No obstante, deberíamos volver. ¡Lo que podrían enseñarnos!

Hoskins se encontraba entre los más entusiastas defensores de esa facción: los comerciantes que querían un contacto abierto con la Paja. No era de extrañar. Sin embargo... ¿se le podría persuadir?

—Usted hizo su fortuna con tecnología pajeña, señor Hoskins. De hecho, me eliminó a mí de la competencia. ¿Se le ha pasado por la cabeza que alguien podría coger tecnología pajeña y hacerle lo mismo a usted? ¿Algún empresario pajeño?

Hoskins emitió una risita.

—Oh, Excelencia, ¿cómo podrían ellos...? ¿Empresarios pajeños?

—¿Ha leído sobre los Mediadores pajeños? Son asignados para estudiar a los visitantes importantes. Pero la palabra estudio no es suficiente. Aprenden todo lo que pueden, hasta que piensan como el sujeto de su atención. A mí me asignaron uno.

Hoskins había estado escuchando con expresión desconcertada. En ese momento cambió a una de alarma.

—¿Habrán pajeños que piensen como usted?

—Parece probable. Peor, desde su punto de vista. Pensarán como lo hacía yo en aquella época, cuando era más joven y más agresivo —no añadió que su Fyunch(click) casi con toda seguridad ya habría muerto.

—Es bastante duro competir con usted —dijo Hoskins—. Un pajeño que piense como usted y posea tecnología pajeña sería... formidable.

Bury sonrió de satisfacción.

—Esperaba que lo viera de esa manera. Ahora bien, hay otra cuestión. ¿Cuáles son los inquietantes rumores que oigo sobre el presupuesto de la Flota de Bloqueo?

Hoskins se encogió de hombros.

—Sin duda muchas de las historias que hemos oído sobre el despilfarro y la ineficacia no eran rumores. ¿Ha visto las series realizadas por Alysia Joyce Mei-Ling Trujillo en Actualidad de la Capital?

—Resúmenes.

—La señorita Trujillo ha descubierto corrupción, ineficacia, despilfarro... Más que suficiente para justificar una investigación.

—¿Quiere recortar el presupuesto de la Flota de Bloqueo? —preguntó Bury.

—Desde luego. ¿Cuándo hemos apoyado asignaciones más grandes para la Marina?

«Cuando nos topamos con Exteriores. Cuando nuestras naves mercantes son amenazadas por piratas», pensó Bury.

—Ya veo. Esto es serio, entonces.

—Lo suficientemente serio como para que envíen un nuevo Virrey a Nueva Caledonia —repuso Hoskins—. El barón sir Calvin Mercer. ¿Le conoce?

—No.

—Lo siento, claro que no le conocería. Pasó la mayor parte de su tiempo en el sector de la Vieja Tierra. ¿No le gustaría conocerle? Va a presentar a nuestro orador invitado en la cena de esta noche. Si lo desea, puedo arreglar que nos acompañe en la mesa de personalidades.

¿Esa noche? Y por la tarde la Universidad. Un día ocupado, pero aquello era urgente.

—Será un honor —dijo Bury.

Bury se acomodó en la limusina.

—Al Plaza Imperial para recoger a sir Kevin Renner —le indicó al conductor—. Luego al Instituto Blaine.

—Sí, señor.

El bar de la limusina tenía licores locales, ron y vodka, y un termo de café de tecnología pajeña preparado por Nabil antes de que Bury se fuera. Sin embargo, Bury seleccionó zumos de fruta. Una botella de un tónico de mal sabor descansaba junto al termo. Bury llenó un vaso y se lo bebió con una mueca; después, mató el sabor con el zumo de frutas.

«Un precio bajo que pagar a mi edad por una cabeza despejada y buena memoria». Alargó el brazo a su bola de informes y dejó que sus dedos jugaran sobre las teclas. Había dominado la práctica moderna de conversar con las computadoras, pero a menudo prefería los teclados. Hacían que las máquinas parecieran menos humanas. Eso le gustaba.

—Sir Andrew Mercer, barón Calvin —dijo la computadora en su oído—. Emparentado de lejos con la familia Imperial por parte de su madre. Viudo. Dos hijos. El capitán de corbeta, el honorable Andrew Calvin Mercer Jr., sirve a bordo de la nave Terrible. La doctora Jeana Calvin Ramírez es profesora adjunta de Historia en la Universidad de Undine en Tanith.

»Nombrado oficial subalterno en el Departamento de Negocios de la Commonwealth al graduarse en la Universidad de Nueva Harvard en 3014, ha permanecido de manera continua en el servicio público desde entonces hasta la actualidad. Admitido como Comandante de la Orden Imperial en 3028; Caballero de San Miguel y de San Jorge en 3033. Accedió al rango de barón civil a la muerte de su padre en 3038.

»Tuvo una serie de puestos de Estado hasta ser nombrado Teniente del Gobernador de Franklin en 3026. Cuando asesinaron al Gobernador en un ataque Exterior, Mercer se convirtió en Gobernador Interino y fue confirmado en dicho puesto en 3027. A partir de entonces ascensos rápidos. Fue Jefe de Misión con rango de Embajador en las negocia-

ciones que condujeron a la reincorporación de Nueva Washington en 3037. Consejero del Rey después de 3038. Secretario de Estado para los Asuntos del Trans-Saco de Carbón, 3039 hasta la actualidad. Miembro de la junta de directores del Instituto Blaine, 3040 hasta la actualidad.

»Nombramiento como Virrey, Sector Trans-Saco de Carbón; entrada en vigor a su llegada a Nueva Caledonia».

—Más —musitó Bury—. ¿Motivaciones y ambiciones?

—Riqueza personal moderada. Prefiere honores a incremento de fortuna. Ha escrito dos artículos queriendo demostrar que su familia tuvo el título de marquesado durante el Primer Imperio. Espera recuperarlo.

—¿Evidencia?

—Calvin se ha convertido en cliente de Servicios Genealógicos Haladay, y en miembro de la Sociedad Augusta. No ha guardado en secreto su ambición. Haladay es una subsidiaria de Servicios Confidenciales, Inc.

—Suficiente —dijo Bury.

Riqueza personal moderada, y no se convertiría en Virrey hasta que arribara a Nueva Caledonia. Seguro que no viajaría con ningún lujo notable. Bury esbozó una tenue sonrisa.

## 2. Turistas

*Hemos explicado de diversas formas todas las cosas a los hombres en este Qur'an; pero de todas ellas el hombre es lo más pendenciero.*

Al-Qur'an

Se suponía que el autobús aterrizaría en el techo del hotel a las 08.30. Kevin y Ruth subieron con cinco minutos de antelación. Una docena de personas esperaba que comenzara la excursión.

El techo aún se hallaba en sombras debido a las montañas al este, pero al sur y al oeste el puerto estaba iluminado por la brillante luz del sol. Aun tan temprano las aguas de la enorme bahía ondeaban por las estelas de los barcos grandes y los veleros. Montones de navíos pequeños, a motor y a vela, muchos de ellos de cascos múltiples, embotellaban la zona de atraque más próxima al hotel. La mayoría parecían yates, pero también había juncos de cascos cuadrados cubiertos de ropa colgada y de niños.

Las crestas de las montañas al este y al norte estaban escondidas entre las nubes. Renner señaló. Lejos al sur podían ver dónde terminaba el continente en montañas escarpadas.

—El Instituto Blaine se encuentra allí. Según los mapas, hay más de cien kilómetros al océano.

—Uno de los beneficios del Imperio —comentó Ruth. Renner enarcó una ceja, sin comprender—. Aire limpio. En las provincias nuevas aún queman carbón.

—Es verdad. Bury hace fortunas introduciendo plantas de fusión y satélites de energía. Ayuda si tus clientes tienen que comprar...

—No tienen porqué comprarle a Bury. Y aunque tuvieran que hacerlo, ¡vale la pena! Renner respiró hondo.

—Seguro.

El autobús aterrizó en el techo del hotel exactamente a las 08.30. Cuando Kevin y Ruth subieron, un hombre pequeño de cara redonda y nariz llena de venas rojas los miró con curiosidad.

—¿Sir Kevin Renner?

—Soy yo.

—Durk Riley. Soy su guía, señor. Y usted debe ser la capitán de fragata Cohen.

—¿Pedimos un guía? —preguntó Ruth.

—Nabil —explicó Renner.

—He reservado sus asientos, señor —Riley indicó tres sitios cerca de la parte delantera del autobús—. Siempre me gusta llevar a gente de la Marina. Serví casi cuarenta años. Me retiré como timonel hace unos veinte años. Habría seguido, pero mi mujer me convenció para retirarme. La vida civil no es buena, ya sabe. No hay nada que hacer. Nada importante. Bueno, no me refiero a como suena.

—Lo entendemos —Ruth sonrió.

—Gracias, señora. Por lo general no hablo tanto de mí. Sí que me alegra ver gente de la Marina. ¿Usted es de la Marina, sir Kevin?

—Reserva. Jefe de Navegación. Pasé al servicio inactivo casi al mismo tiempo que usted se retiraba.

Kevin y Ruth ocuparon sus asientos y se acomodaron. Riley sacó una petaca de bolsillo.

—¿Un traguito?

—No, gracias —repuso Kevin.

—Piensa usted que es un poco temprano. Supongo que sí, incluso para Esparta; pero con los días cortos, aquí tendemos a hacer las cosas de una forma distinta.

—Bien, ¿por qué no? —Kevin alargó la mano para coger la petaca—. Es bueno. ¿Irlandés?

—Lo que llaman irlandés en la mayoría de los sitios. Nosotros simplemente lo llamamos whisky. Mejor que se ajusten las correas.

El cielo estaba tan atestado como el mar. El autobús se elevó por entre un enjambre de vehículos ligeros y naves pesadas de carga y otros autobuses de estructura aerodinámica, se apartó de una zona vacía en una amplia curva, un minuto antes de que una especie de nave espacial pasara silbando, y se dirigió al este en dirección a las montañas. Subió siguiendo las hileras de casas y residencias hacia las nubes. Atravesaron el manto de nubes para ver que las cumbres negras de las montañas continuaban muy por encima de ellos.

—Es bonito —dijo Ruth—. ¿Cómo llaman a esas montañas?

—Drakenbergs —informó Riley—. Recorren casi toda la extensión de Serpens. Serpens es el continente.

—Desnudo aquí arriba —dijo Renner.

Serpens tenía un espinazo muy ondulado, flancos negros de montaña vacíos de vida. Esparta no había desarrollado follaje para manejar esa tierra, y contenía demasiado metal pesado para la mayoría de las plantas terrestres. El director de la excursión les contó eso y más mientras volaban a lo largo de la columna vertebral del continente.

El autobús descendió por debajo del manto de nubes y siguió la curva de las montañas hasta donde se sumergían en el océano, bajó a una altitud de medio kilómetro y se encaminó hacia el sur a través del puerto.

—A la izquierda tienen Esparta Vieja —dijo Riley—. Algunas partes se remontan a los días del Condominio. ¿Ven ese trozo verde con el edificio alto a su alrededor? Es la zona de Palacio.

—¿Nos acercaremos más? —preguntó Ruth.

—Me temo que no. Aunque hay excursiones de Palacio.

Barcos de todos los tamaños se movían al azar por las aguas tranquilas. Siguieron con rumbo sur. El agua quieta del enorme puerto cambió bruscamente de verde a azul. El fondo del mar era visible, todavía poco profundo; los barcos eran más escasos en número y más grandes.

—No parece lo que esperaba —comentó Ruth.

—No —Renner había adivinado lo que quería decir—. Gobiernan mil mundos desde aquí, pero... Es como el zoológico en Paja Uno. Claro que es un mundo diferente, claro que no hay otro igual en ninguna parte del universo, pero te acostumbras a eso cuando

viajas lo suficiente. Esperas diferencias mayores. Pero no es justo, Ruth. Buscamos mundos como la Tierra porque es ahí donde podemos vivir.

Riley los miraba con fijeza. Otras cabezas se habían vuelto de las ventanillas. ¿Zoológico en Paja Uno?

—Defensas —indicó Ruth—. Hay una diferencia. Esparta debe ser el planeta más defendido de todos.

—Sí. Y lo que eso significa es que hay partes a las que este autobús no puede ir. Y preguntas que el señor Riley no contestará.

—Bueno, desde luego —repuso Riley.

Ruth sonreía.

—No le ponga a prueba, ¿de acuerdo? Le conozco, Renner. Estamos de vacaciones.

—De acuerdo.

—En cualquier caso, no sé nada de las defensas de Esparta —dijo Riley incómodo—. ¿Señor Renner? ¿Usted estuvo en la expedición a la Paja?

—Sí. Riley, no guardé ningún secreto al respecto, y todo ha sido desclasificado. Puede conseguir mi testimonio en *Lo que hice en mis vacaciones de verano*, de Kevin Renner. Publicado por Athenæum en 3921. Recibo derechos de autor.

Había una tormenta al este. El autobús se dirigió hacia el oeste y descendió todavía más (el viaje se tornó agitado) para volar por encima de un enorme barco de carga. Grandes aletas estabilizadoras quedaban al descubierto con la ondulación de las olas, olas del tamaño de colinas pequeñas. También había barcos de recreo, gráciles veleros que avanzaban mientras subían y bajaban en las montañas de agua; sus velas no paraban de deslizarse por los mástiles.

El autobús sobrevoló una isla grande configurada en rectángulos de tierra de cultivo.

—Es la Cangrejo del Diablo —dijo Riley—. Dos plantaciones de cañas de azúcar y quizá unos cien independientes. Me encantaría ser granjero: no pagan impuestos.

Renner dio un salto.

—¿Eh?

—La población es densa en Esparta. El precio de la tierra en Serpens es..., bueno, nunca intenté comprar ninguna, pero es alto. Si los granjeros no recibieran algún tipo de facilidades, venderían sus tierras a la gente que construye hoteles. Entonces habría que importar toda la comida desde muy lejos, ¿y dónde conseguiría el Emperador su fruta fresca?

—¡Vaya! Sin impuestos. ¿Qué me dice de la gente de ahí abajo?

—Tampoco paga. Los costes de transporte son muy altos, y el producto no es tan fresco cuando llega a Serpens. Los granjeros de Serpens todavía pueden competir. Aun así, yo lo haría de este modo: alquilaría una isla a mil clicks de Serpens y criaría ganado. No hay espacio para producir carne roja en esta parte de Serpens.

Se desviaron de otra isla rocosa que parecía estar cubierta con una mezcla de bloques de cemento y cúpulas.

—Ahí hay parte del material de defensa —dijo Renner—. Radares de control de batalla, y apostaría que algunos láseres pesados.

—Es una buena conjetura, pero lo desconozco —comentó Riley.

Al rato el autobús viró al norte y al este y voló hacia la lengua de tierra estrecha y con forma de gancho que cercaba el puerto desde el oeste.

—Ésa era la colonia prisión en la época del Condominio —explicó Riley—. Si miran atentamente, pueden ver dónde estaba el viejo muro. Atravesaba la península.

—¿Allí? En su mayor parte son parques —dijo Ruth—. O...

—Rosales —indicó Riley—. Cuando Lysander II derribó los viejos muros de la prisión, le regaló toda la zona al público. Ahí se celebra el festival de la rosa cada año. Compiten fraternidades de ciudadanos, y es importante. Si están interesados, realizamos excursiones todos los días restantes.

—¿Dónde está el Instituto Blaine? —inquirió Ruth.

—Hacia el este. Allí a la derecha. ¿Ve la montaña cubierta de edificios?

—Sí... se parece a un viejo cuadro que vi una vez.

—¿Ése es el Instituto Blaine? —comentó Renner—. Caramba, el capitán Blaine es más rico de lo que sospechaba. Y pensar que le conocí...

—¿De verdad, señor? —Riley sonó impresionado—. Pero ésa es la sección de Biología de la Universidad Imperial. El Instituto es la zona más pequeña que hay al lado —ofreció sus binoculares—. Y la Mansión Blaine se levanta sobre la colina que hay justo al este. ¿Querría una excursión por el Instituto?

—Gracias, pero iremos allí esta tarde —dijo Ruth.

El autobús atravesó la lengua de tierra estrecha y luego se mantuvo bastante lejos del puerto. El sol había evaporado la mayor parte del manto de nubes sobre la ciudad. La línea del horizonte era una mezcla de formas: en el centro y al sur había enormes rasca-cielos cuadrados, torres finas, edificios altos conectados por puentes a trescientos metros por encima del nivel de la calle. Hacia el norte había edificios de cemento más bajos, con un estilo clásico. En el centro estaban los parques verdes del distrito de Palacio.

Renner pareció pensativo.

—Ruth, piense en ello. El Emperador está ahí. Sólo tire una bomba de fusión en la dirección general del Palacio... —de repente calló porque todo el mundo en el autobús le miraba— ¡Eh, soy oficial de la Reserva de la Marina! —se apresuró a explicar—. Lo que intento es descubrir cómo evitar que lo haga otra persona. Con tanta gente en Esparta, y con visitantes de todas partes, ha de haber dementes.

—Tenemos nuestra cuota, sir Kevin —Riley recalcó el título para que los demás pudieran oírlo.

—Comprobamos a la gente que viene a Esparta —dijo Ruth; había bajado la voz—. Y no resulta tan fácil comprar una bomba atómica.

—Eso podría detener a los aficionados.

—Oh, de acuerdo —concedió Ruth—. Déjelo estar, ¿de acuerdo? Es un pensamiento deprimente.

—Es algo con lo que vivimos —comentó Riley—. Miren, tenemos formas de localizar a los locos. Y por lo general, los profesionales no lo intentan porque no les serviría de nada. Todo el mundo sabe que la familia real jamás se encuentra reunida en un mismo sitio. El Príncipe Eneas ni siquiera vive en el planeta. Haga volar Serpens y conseguirá que la Flota se ponga como mil demonios, pero no aniquilará al Imperio. Una cosa que no hacemos, señor, ¡es hablar a la gente en una excursión de autobús de nuestras defensas!

—Y una cosa que no hago yo —respondió Renner, y también su voz había bajado— es callarme. Me impediría enterarme de cosas. Aun así, lo siento.

—Sí, señor —gruñó Riley—. Miren ahí. Ésas son las granjas piscícolas —señaló una serie de trozos de mar de colores brillantes y divididos por muros bajos—. Ése es otro buen negocio. Los peces de otros planetas no se adaptan a los océanos de Esparta. Si quiere rodaballo de mar o gatos de océano, vendrán de ahí o de otro sitio parecido.

La limusina esperaba en el hotel. Bury no sonreía. Cuando emprendieron el vuelo, miró a Ruth.

—¿Qué hizo Kevin esta vez?

—Oh —comentó ella—. Bueno, habló de lanzar una bomba atómica contra el Palacio.

Bury no se mostró divertido.

—Preferiría que no me expulsaran de este planeta.

—No ayudaría mucho a mi carrera —afirmó Ruth—. Mire, quizá sea mejor que yo hable con ellos.

—No necesita molestarse —indicó Bury—. Una vez que estuvieron seguros de su identidad, perdieron interés.

—Ahora sé que quiero ver su historial, Kevin —dijo Ruth.

La limusina voló bajo sobre las afueras del distrito central. Había grandes edificios de cemento junto a parques. Ruth miró a través de binoculares.

—Departamento de Salud Pública —leyó—. La Bolsa. Vaya, ésa es la Oficina Colonial; no parece lo bastante grande.

—Y no lo es —comentó Bury—. Ese edificio alberga los departamentos que pueden ser de interés para el público en general, y la Secretaría de Estado. La computadora y la mayoría de las oficinas están diseminadas por toda la ciudad. Muchas se hallan bajo tierra.

—Quizá algún día construyan un nuevo edificio y pongan todo en un sitio —dijo Ruth. Bury se rió entre dientes.

—Ése es el nuevo edificio. No se imaginaría lo que costó, casi todo pagado con impuestos del comercio interestelar.

—No parece nuevo —comentó Renner.

—Ningún edificio del gobierno parece nuevo —repuso Bury—. Se construyen a propósito en estilos clásicos. Algunos muestran influencia rusa.

—Sin embargo, veo abundancia de rascacielos y muros altos —indicó Renner.

—Por supuesto. Esparta es el centro financiero del Imperio —dijo Bury—. Aterrizar cerca de la ciudad es muy caro. Sólo el gobierno podría permitirse el lujo de algo tan ineficaz como la arquitectura clásica. Ah. Para ilustrar —señaló—... vean el Instituto Blaine.

El Instituto miraba al sur a las costas oceánicas. El complejo de edificios se alzaba por la cara de un risco escarpado. Los balcones rompían las líneas abruptas, y a mitad de camino había un techo grande y plano moteado de árboles pequeños y mesas de picnic.

La limusina aterrizó en el techo. Dos hombres jóvenes muy rígidos abrieron las puertas y ayudaron a Bury a ocupar su silla de viaje. La brisa del océano era fresca allí; abajo, la luz del sol danzaba sobre las crestas de las olas. Ruth se estiró y respiró hondo. Se volvió hacia Renner, pero él no la estaba mirando.

Observaba con fijeza a un hombre grande y de cierta edad en uniforme de policía que iba hacia ellos.

—Kelley —dijo—. El artillero Kelley.

—El mismo, sir Kevin. Su Excelencia.

—Maldición, es usted. Ruth, le presento al artillero Kelley. Marines Imperiales. Estaba en la MacArthur. Kelley, le presento a la capitán de fragata Ruth Cohen.

—Encantado de conocerla, señora.

—Creí que ése era un uniforme de la policía —comentó Renner.

—Bueno, más o menos lo es —repuso Kelley—. Soy jefe de seguridad del Instituto. Pero no hay mucha necesidad de eso, así que dispongo de un montón de tiempo para recibir a los visitantes. Al conde le alegrará verles.

—¿Conde? —preguntó Renner —¿No es Blaine marqués de Crucis?

—No, señor —dijo Kelley—. Todavía no. El marqués no es tan joven como antes, pero aún va al Parlamento.

Hizo un gesto con la mano. Uno de los hombres uniformados abrió la puerta al interior. Otro condujo la silla de viaje de Bury.

El corredor interior era corto. Escenas de Paja Uno decoraban las paredes. Al final del corredor había una mesa de recepción semicircular. La recepcionista llevaba una versión con falda del uniforme de Kelley, y un arma de fuego eficiente. Les ofreció unas placas gruesas en una bandeja. En ellas ya estaban inscritos sus nombres y sus fotografías.

—Bienvenidos Su Excelencia, Sir Kevin, capitán de fragata —saludó—. Si son tan amables de imprimir la huella de su pulgar en las placas... —cuando Renner apoyó el pulgar en la suya, ésta brilló suavemente de verde—. Gracias. Por favor, cerciórense de llevarla en todo momento. Disfruten de su estancia.

Había tres ascensores detrás del escritorio de recepción. Kelley llamó a los tres e indicó un cuarto a la vuelta de la esquina, con el letrero de PRIVADO. Renner notó que había botones para treinta y ocho pisos. Kelley usó una llave antes de apretar el del vigésimo cuarto.

Cuando se hallaron dentro, Renner frunció el ceño.

—Creí que dijo que no había mucha necesidad de seguridad.

—No, dije que no había mucha necesidad de un jefe de seguridad —corrigió Kelley—. Y es verdad. Dispongo de un buen personal.

—Entonces, ¿tienen problemas a menudo? —preguntó Bury.



—No demasiados, Su Excelencia. Pero hemos recibido algunas amenazas. Hay gente a la que no le gustan los pajeños. No quieren que los estudiemos.

El piso veinticuatro estaba recubierto por unos frisos de madera oscura, y tenía una alfombra gruesa. De las paredes colgaban fotografías. Ruth miró fijamente una.

—Kevin... Kevin, ése es usted.

Renner miró.

—Sí, en el Museo de Paja Uno. Esa estatua..., ésa era la máquina del tiempo.

—¿Qué? —Empezó a reír, cambió de parecer y miró con más detenimiento.

—No funcionó.

—Ugh. ¿Qué están atacando esas cosas? ¿La, eh, máquina del tiempo?

—Son siniestros, ¿verdad? Los pajeños nos contaron que eran demonios míticos defendiendo la estructura de la realidad. Luego averiguamos que se trataba de pajeños de la clase de los Guerreros. No le gustaría tenerlos sueltos por el Imperio.

Kelley los condujo al final del corredor, llamó a una puerta de nogal y la abrió.

—Milady, Milord, sus visitantes.

Rod Blaine se puso de pie cuando entraron. Se hallaba lo suficientemente lejos como para no tener que estrechar manos.

—Bienvenido al Instituto, Su Excelencia. Es un placer verle de nuevo, Kevin; tiene buen aspecto. La vida civil debe de sentarle bien.

Bury consiguió levantarse y hacer una reverencia.

—Milady. Lord Blaine. Permitan que les presente a la capitán de fragata Ruth Cohen. Viaja con nosotros.

Kelley se excusó y cerró la puerta.

—Milady —dijo Ruth. Le hizo una reverencia a Rod.

Éste le cogió la mano y la besó.

—Bienvenida al Instituto, capitán.

Las orejas se le estaban sonrosando. «Se ruboriza con facilidad», pensó Rod. «Viajar con Kevin Renner debería haberla curado de eso».

Bury se sentó con cuidado.

—Si me disculpan...

—Oh, desde luego —dijo Sally.

—Ha pasado largo tiempo —comentó Rod—. Kevin, ¿cómo le han ido las cosas?

—No tan mal como creí. A propósito: Ruth conoce nuestro terrible secreto. Casi todo, en cualquier caso —Renner se volvió hacia Sally—. Nos enteramos de lo de su tío. Lo siento. Era un buen hombre, a pesar de que me forzara a la carrera del espionaje.

Sally asintió.

—Gracias. El tío Ben jamás cuidó de sí mismo.

Los ojos de Ruth se abrieron mucho.

—¿Tío Ben...? Debe de tratarse del senador Benjamín Fowler. Kevin, ¿el Primer Ministro le reclutó para el Servicio Secreto?

Renner rió.

—No, eso lo hizo Lord Blaine. El senador Fowler declaró una emergencia para que mi licencia no tuviera valor.

—¿Qué podemos hacer por usted, Excelencia? —preguntó Rod.

—Vaya, nada en realidad...

—Su Excelencia, ha sido un día ocupado; y aunque comprendo la costumbre de dar un rodeo al tema antes de mencionarlo, Lady Sally y yo tenemos mucho trabajo que hacer aún.

—Ah, gracias milord —dijo Bury. Su sonrisa no pareció forzada—. Espero persuadirle para que use su influencia con la Marina. Milord, el bloqueo ahora ya tiene un cuarto de siglo de antigüedad. No estamos de acuerdo sobre los pajeños. Usted ve oportunidades allí donde yo veo amenazas. No obstante, usted aceptó embotellarlos dentro de su propio sistema solar. También usted, milady. Todos estamos de acuerdo en que la situación no puede continuar para siempre.

—Sí, podemos aceptar eso —dijo Rod—. Ganamos un poco de tiempo.

—¿Qué quiere de nosotros? —inquirió Sally. Ya no intentaba mostrarse cortés.

—Más tiempo —repuso Bury con firmeza—. Milady, debo averiguar si el bloqueo es efectivo. Deseo verlo por mí mismo. Quiero hablar con aquellos que están más cerca del problema. Quiero buscar alternativas, ver lo que nosotros —el Imperio del Hombre— podemos hacer para cerciorarnos de que los pajeños no se liberarán y explotarán por todo el Imperio.

—Ésa es una petición importante —dijo Rod.

—Horace quiere autorización de la Marina para ir a echarle un vistazo al Escuadrón Eddie el Loco —indicó Renner.

Bury asintió con movimientos ínfimos.

—Exacto.

—No es decisión nuestra —se apresuró a decir Sally.

Bury miró con firmeza a Rod Blaine. Éste estiró las manos sin encogerse de hombros.

—Como dice Lady Sally, no es nuestra decisión. Entregamos nuestros escaños en la Comisión hace años, cuando trasladamos el Instituto a Esparta. Pero considere esto, Excelencia. ¿Cómo puede alguien demostrar que los pajeños se hallan encerrados en forma segura?

Bury hizo caso omiso del tono de voz de Blaine.

—Debo verlo —el comerciante parecía muy viejo, muy cansado—. He defendido al Imperio. He ignorado la amenaza real mientras me limité a desbaratar la traición y las trampas Exteriores. Meros estorbos. Seguiré haciéndolo, pero he de saber si la frontera real está defendida. Usted piensa que nunca quedaré satisfecho. Quizá incluso tenga razón. Pero he de verlo por mí mismo, y me he ganado ese derecho —Rod miró a Sally—. Me lo he ganado —insistió Bury—. Dudo que el Imperio goce de un equipo de inteligencia más eficaz que el que formamos Kevin Renner y yo. ¡Y se lo repito, Lord Blaine, debo verlo!

—Ha dejado claro su deseo —dijo Rod—. Entiendo que considera éste un asunto serio —de nuevo miró a Sally—. También aquí ha habido algunos desarrollos.

Sally se aclaró la garganta.

—Rod, tenemos una reunión...

Blaine observó el reloj de pared.

—Lo siento, estoy dejando que pase el tiempo. Excelencia, es un placer verle, pero realmente tenemos una reunión con un comité parlamentario. ¿Les gustaría ver lo que estamos haciendo aquí?

—A mí sin duda que sí, capitán —afirmó Renner—. Quiero decir, milord.

Blaine se rió entre dientes.

—Bien. Pensamos que les gustaría —alzó la vista al techo—. Fyunch (click).

—Señor —contestó el techo.

—Pídele a Jennifer que venga —se dirigió al grupo—. Estoy seguro de que a todos les gustará su guía. Es una estudiante graduada en xenobiología, y tenía muchas ganas de conocer a otra gente que ha estado en la Paja.

—Rod...

Blaine esperó hasta que la puerta se cerró detrás de Renner.

—Sí.

—¡No quiero a ese hombre ahí afuera! Nuestro hijo sirve en esa flota.

—Lo pensé.

—Es un traidor —afirmó Sally—. De acuerdo, lo usamos, pero no siente ninguna lealtad verdadera por el Imperio. El dinero —frunció la nariz— es lo único que le importa. Nos vendería a los pajeños por dinero suficiente.

Rod asintió pensativo.

—Me parece que no causará ningún daño intercambiar unas palabras con nuestros amigos en Palacio —sonrió.

—Ésa es una expresión malvada.

—Su Excelencia recibirá un impacto.

—Sí... ¿Estás seguro de que quieres decírselo?

—Sally, vamos a anunciarlo en cuatro días. Bury lo sabrá. Puede que tal vez obtengamos alguna ventaja al contárselo. Demonios, quizá ya lo sepa.

—No, no lo creo.

—De todas formas... Sally, cometió traición hace un cuarto de siglo, pero en esta ocasión tiene razón. El bloqueo ganó tiempo, pero no es ninguna solución. Tarde o temprano tendremos un Imperio formado por dos especies inteligentes o una guerra de exterminio. Sally, el Imperio va a tener a un montón de gente que piensa como Bury. ¡Por lo menos él ha estado allí! Quizá pueda ser de utilidad.

—Antes preferiría convertir a ratas a la Iglesia —dijo Sally—. Pero tienes razón, lo averiguará tarde o temprano, y es un buen caso de prueba. Quiero ver su cara. ¡Entonces sabremos lo buenos que son sus espías!

Jennifer Banda sobrepasaba la altura de Renner en tres centímetros; era delgada y oscura, con apenas el suficiente largo de cabello para sugerir un antepasado blanco. Cuando fueron presentados, se mostró afable con Ruth Cohen, deferente con Renner y casi adulatora con Horace Bury.

«Genes watusi —especuló Renner—. Si no es lo bastante oscura, se debe a la débil excusa de Esparta para tener una estrella».

—¿Qué les gustaría ver? —había preguntado, y cuando nadie supo qué contestar, continuó—. Podemos empezar por algunas de las colecciones de especímenes. Más o menos dentro de una hora hay una reunión en la sala de estudiantes graduados. ¿Les gustaría asistir?

—Sí, por favor —se apresuró a responder Renner.

—«Más o menos» —repitió Ruth Cohen, imitando la peculiar forma en que Jennifer había pronunciado las palabras—. Vancouver, Nueva Washington.

Jennifer Banda se volvió, sobresaltada.

—Sí...

Ruth sonrió.

—Yo soy de Astoria. Me alegro de que no jugara al baloncesto cuando tuvimos que enfrentarnos a Vancouver.

Renner observó a Jennifer marchar delante de él hacia los ascensores. Bonito balanceo el de la joven. Buen control muscular... y la gravedad de Nueva Washington tenía alrededor de 0,93 g estándar. Debió de haber sido una atleta extraordinaria. También debió de pasar un infierno para adaptarse a la gravedad de Esparta, pero estaba claro que lo había conseguido.

El ascensor se abrió a un corredor alineado con vitrinas de exposición. Jennifer abrió el camino dejándolas atrás. Al llegar al extremo más alejado dio media vuelta para encontrar a Renner andando con pausa, escudriñando hongos parasol de Mai Tai, serpientes deslizadoras de cabezas enormes y estanques con agua de color extraño y pantallas de microscopio unidas... Suspiró y aceleró la marcha para unirse a ellos.

Allí en el extremo había una sala de conferencias con refrescos, una mesa grande y un mural para hologramas.

—Tenemos especímenes de cuatrocientos mundos Imperiales y treinta planetas Exteriores —dijo Jennifer—. Demasiados. No hay espacio para montar demostraciones en vivo, de modo que la mayoría son hologramas. ¡Wanora!

—Preparado —repuso el techo.

—Mi secuencia uno, por favor.

En el rincón más alejado de la sala se formó una serie de hologramas.

—Éstos son de planetas de agua —explicó Jennifer—. Casi todos son iguales. Cuatro aletas, una cabeza y un rabo. Como nosotros —se formó otra serie mientras hablaba—. Luego hay formas evolucionadas de planetas sin mucha agua. La teoría afirma que salieron a rastras antes. Formas con seis y ocho extremidades. Los Patalocos de Tabletop con dieciocho. Pero también todos son simétricos.

—Dispone hologramas de... ¿Cuántos tiene? —preguntó Bury.

—Excelencia, tratamos de ser completos.

—Tiene el Cazamiel Levantino?

—¿Mmh? ¡Wanora! Cazamiel Levantino.

La pantalla mostró lo que parecía un cilindro muy deformado, con flores brillantes en la parte superior. Criaturas pequeñas parecidas a pájaros aleteaban a su alrededor. Bruscamente, unos zarcillos delicados salieron disparados desde el borde del cilindro para enredar a una de las criaturas y arrastrarla fuera de la vista.

—¿Qué es eso? —preguntó Ruth Cohen.

—Confieso que es nuevo para mí —repuso Jennifer. Iba apareciendo texto en la pantalla— Kaybo Sietzus. El nombre local ánglico es Cazamiel Levantino. Mayormente un animal carnívoro sésil.

El techo habló.

—El Cazamiel es una de las formas más grandes de vida animal conocidas que muestra simetría radial y no bilateral. Se creyó que su bioquímica era única hasta 3030, cuando Ricardo H. Levy describió el ciclo de la Lamprea de Tierra de Tabletop, cuya forma larval utiliza procesos enzimáticos similares.

—Qué bicho más feo —dijo Renner.

—No son muy corrientes —indicó Bury—. Nunca hay más de uno en un oasis. Por lo general ninguno. No pueden moverse deprisa, y a los perros les gusta comérselos —leyó rápidamente—. Interesante. Cuando fui a la escuela, se usaba al Cazamiel como ejemplo de por qué la panespermia no era verdad. Del todo único y esas cosas. No sabía que hubiera algo parecido. ¿Es verdad que el Instituto Blaine acepta la teoría de la panespermia?

—La mayoría de nosotros, Excelencia —repuso Jennifer, sorprendida.

Bury se rió entre dientes ante el tono de sorpresa.

—Los comerciantes no pasamos todo nuestro tiempo leyendo informes de precios de mercancías.

—Está claro.

—¿Panespermia? —repitió Ruth Cohen.

—Una vieja teoría, anterior a los tiempos del Condominio —explicó Jennifer Banda—. La idea es que la vida es tan improbable que puede pasar sólo una vez en la galaxia.

—Omnia cellula e cellula —musitó Renner. Ruth le miró con el ceño fruncido—. Lo siento. Una frase que enseñaban en el colegio. Todas las células proceden de células. Ninguna generación espontánea de vida. Fue un experimento temprano en el descubrimiento científico.

—Correcto —dijo Jennifer—. De modo que la teoría es que a la larga todas las formas de vida exitosas desarrollan un medio de reproducirse a través de distancias interestelares. Cuando salimos al espacio, descubrimos que había elementos orgánicos por todas partes, y que podían cruzar las distancias interestelares dejándose llevar por las nubes de los cometas. En algún momento por ese entonces, creo que durante el inicio del Primer Imperio, un científico llamado sir Fred Hoyle postuló que un ente inteligente estaba enviando deliberadamente mensajes bioquímicos por la galaxia.

—No cree eso, ¿verdad? —preguntó Ruth.

Jennifer se encogió de hombros.

—En realidad no, pero ¿sabe? A pesar de toda esa gente que no paró de decir que sir Fred debía de estar loco, jamás hemos sido capaces de refutarlo. El espacio abunda en improbables elementos orgánicos —calló un momento—. Me parece que los pajeños lo creen.

Bury la miró con expresión crítica.

—¿Cómo puede estar segura de ello?

—Oh. Lo siento. Llevo tratando de pensar como una pajeña durante tanto tiempo que a veces lo olvido. Quiero decir, me parece que los pajeños lo creen.

Los hologramas continuaron. Una veintena de mundos tenían plantas de un negro azabache.

—Su base es el selenio y son mucho más complicadas que las de clorofila —comentó Jennifer—. Pero de nuevo somos capaces de encontrar copias en los elementos orgáni-

cos interestelares. Si éstos se enraízan primero, los de clorofila no tienen ni una posibilidad, porque las plantas negras usan mejor la luz amarilla del sol. Los mundos secos son distintos. Por lo general, hay más extremidades. Pero sigue existiendo la simetría —prosiguió—. Siempre la simetría. Ése es el enigma. ¡Si tan sólo hubieran traído algunas semillas o algo de Paja Uno!

Renner se rió, pero Bury no.

—El almirante Kutuzov hizo lo imposible para impedirlo. Jennifer, prácticamente no dudamos en aceptar que todas las formas asimétricas derivaban de la clase de los Ingenieros, y éstos desarrollaron los tres brazos después de ser inteligentes.

—Sí, también creen eso. Pero, desde luego, no recuerdan.

Bury le lanzó una rápida mirada, pero ella se había vuelto hacia las exhibiciones holográficas.

### 3. Jock

*Quando dijimos a los Ángeles:  
«Postraos ante Adán en adoración»,  
todos se inclinaron menos Iblis.  
Era uno de los genios y se rebeló  
contra la orden de su Señor.  
Y sin embargo, a él y a su descendencia  
los aceptáis como vuestros amigos.  
Al-Qur'an*

—Por aquí —dijo Jennifer.

Los condujo en el piso veinticuatro a una sala con ventanas que abarcaba casi toda la extensión del Instituto. Una docena de personas que rondaba los veinte años estaban sentadas a mesas o se servían café de una cafetera de Autonética Imperial. Una pared de la sala era una puerta acristalada que daba a un balcón voladizo sobre la zona de la playa que había muy abajo. El viento fresco olía a agua salada.

—Una vista hermosa —comentó Ruth Cohen.

Kevin Renner asintió con gesto ausente. La atmósfera era rara. Una docena de estudiantes graduados. Todos sabían que Kevin Renner y Horace Bury habían estado en Paja Uno... y lo único que hacían era mirarse entre sí o el paisaje espectacular que sin duda ya habían visto antes.

—McQuorquodale. Diario filosófico, hace unos seis meses —dijo alguien—. Estudios de un dragón sinsonte en movimiento.

—Pero ése no es mi campo.

—Pues estará en el test. Tenlo por seguro.

Jennifer los llevó al balcón. Renner se acercó a la barandilla y miró abajo; luego se dio cuenta de que Ruth se había quedado cerca de la puerta.

—¿Acrofobia?

—Quizá un poco.

Se sentó a una mesa próxima a la pared, y después de un rato Bury movió su silla de viaje para unirse a ella. Renner se apoyó en la barandilla y disfrutó de la vista mientras escuchaba las conversaciones a su espalda.

Una voz femenina se mostró elocuente sobre la importancia de los parásitos en las ecologías, mientras que su compañero fingía interés. Renner recordó charlas similares cuando él tenía esa edad y sintió simpatía.

Dos estudiantes en la mesa de al lado bebían té.

—Sigo diciendo que no es justo. Yo estudio ciencias políticas, por el amor de Dios. Nunca me hará falta saber algo de química orgánica que no pueda encontrar en la computadora.

—Eso es lo que tendrás que demostrar la semana próxima —dijo otro. Se rió entre dientes—. Me ofrecí a ayudar, Miriam Anne.

Renner ocupó un asiento entre Ruth Cohen y Jennifer Banda.

—Bonito lugar —se rascó la cabeza—. De acuerdo, me rindo —Jennifer Banda enarcó una ceja—. Nos encontrarnos en el Instituto Blaine, el principal centro para el estudio de los pajeños. Aquí hay dos personas que han estado en Paja Uno. Y nadie se muestra interesado en nosotros.

—Educación —indicó Jennifer—. Se les advirtió que no les molestaran.

—Ah.

Era la explicación que había esperado Renner, pero aún sentía que algo iba mal.

—Todos hemos estudiado su película, sir Kevin. Y cada uno de los informes de Auto-nética Imperial que mencionan a los pajeños.

—Meritorio —comentó Bury—. Y claro, tuvieron a los pajeños para estudiar. Supongo que se hicieron hologramas de cada cosa que dijeron.

La respuesta de Jennifer quedó ahogada cuando la chica de la mesa de al lado se atragantó con su bebida, dejándola luego con exagerado cuidado.

—¿Qué han aprendido? —inquirió Bury.

—Bueno, hemos compilado una historia general de la Paja —repuso Jennifer—. Hasta donde Jock y Charlie fueron capaces de recordar.

—¿Jock y Charlie? —preguntó Ruth.

—Jock, Charlie e Iván fueron los embajadores de Paja Uno —contestó Jennifer—. El almirante Kutuzov no pudo negárselo a los pajeños. Pero han de recordar que no representan a todo el sistema; ni siquiera al planeta. Sólo a un gobierno, incluso a una familia extensa, quizá de unas decenas de miles de miembros.

—El Rey Pedro —dijo Bury—. Por supuesto, no era en realidad un rey y el gobierno tampoco una monarquía, pero ése es el nombre que eligieron con la esperanza de que a nosotros nos sonara familiar. Así de bien nos conocían, aun entonces.

Jennifer asintió.

—Ciertamente aprendieron más de nosotros que nosotros de ellos. Enviaron a tres embajadores: un Amo y dos Mediadores. Ruth, ¿sabe algo de los Amos y los Mediadores? Los pajeños son una especie diferenciada con un montón de castas distintas. Los Amos dan las órdenes y los Mediadores hablan por ellos. En cualquier caso, llamaron «Iván» al Amo —es probable que se debiera a que el almirante Kutuzov estaba al mando de la expedición y creyeron que los rusos eran Amos en el Imperio—, y los Mediadores recibieron los nombres de Jock y Charlie. Iván murió primero, pero jamás habló mucho salvo a través de los Mediadores, de modo que no aprendimos gran cosa de él. Después... bueno, como dijo Su Excelencia, hicimos holos de todo lo que pudimos. Desde luego, una vez que retrocedes un par de ciclos ya no hay muchos detalles.

—Ciclos —repitió Ruth—. Vimos mucho de eso en el colegio. Es casi todo lo que recuerdo de los pajeños.

—Exacto —intervino Renner—. Todo acerca de la Paja eran ciclos. Las civilizaciones suben y caen.

—A veces a increíble velocidad —dijo Jennifer—. ¡Y lo intentaron todo! Feudalismo industrial, comunismo, capitalismo, cosas que nosotros ni siquiera hemos imaginado. De cualquier modo, conseguimos un montón de cuentos, lo que podríamos llamar leyendas populares, aunque no mucha historia.

—No puede haberla —afirmó Ruth Cohen—. Hace falta continuidad para hacer la historia. Siento pena por los pajeños.

—Yo también los compadezco —coincidió Bury—. ¿Y quién no? Mueren en agonía si no pueden quedar embarazadas y dar a luz. Una expansión interminable de la población, guerras interminables por unos recursos limitados. A veces pienso que sólo yo soy capaz de ver lo peligrosos que los vuelve eso. Jennifer, visitamos Paja Uno. Un mundo atestado más allá de cualquier descripción, con complejas rivalidades en busca de poder y prestigio. Se nos dijo que no tardaría en colapsarse, y les creímos. También vimos señales de

una civilización en el cinturón de asteroides. Jacob Buckman me contó que muchos de los asteroides habían sido movidos.

—Me sorprende que lo notara —comentó Renner.

—Perdió interés en ellos una vez que lo averiguó —dijo Bury.

Jennifer se rió. La pareja de la mesa de al lado había guardado silencio. Ahora les acompañaban otros dos estudiantes, que también fingían no escuchar.

—No averiguamos nada importante sobre la civilización de los asteroides —prosiguió Bury— Eso siempre me ha preocupado. Quizá ustedes ahora sepan más.

—No mucho —repuso Jennifer—. Los... nuestros pajeños nunca habían visitado los asteroides. Jock creía que los Troyanos Secundarios se hallaban en una fase imperial ascendente, pero nunca estuvo seguro.

—El feudalismo industrial en Paja Uno hace tiempo que debe haberse colapsado —dijo Bury—. Estarán emergiendo otros sistemas. O quizá nada más que el salvajismo.

—Oh, seguro que no —dijo la chica de la mesa de al lado.

—Círculos —comentó Renner—. Usted no los vio.

—¿Círculos? —preguntó Ruth Cohen.

Antes de que Renner pudiera contestar, la joven de la mesa de al lado se levantó e hizo una ligera inclinación de cabeza.

—Soy Miriam Anne Vukcik. Historia política. Éste es Tom Boyarski. ¿Podemos unirnos a ustedes?

—Por favor —indicó Bury.

—¿Círculos? —volvió a preguntar Ruth.

—Los círculos era lo primero que veías desde la órbita —repuso Renner—. Cráteres por todas partes, grandes y pequeños, y todos viejos, por doquier en Paja Uno. Mares y lagos. Un cráter asimétrico sesgado por una línea imperfecta de terremoto, uno atravesando una cordillera montañosa... Ya se hace la idea.

—La gran guerra de los asteroides. Nuestros pajeños no recordaban nada de ella —explicó Miriam.

—Ellos también piensan en círculos. Ciclos. Suba y caída. Crecimiento de la población y luego una guerra. Mantienen sus museos para que ayuden a la siguiente civilización a formarse. Ya ni siquiera intentan detenerlo. Son demasiado viejos. Lleva sucediendo desde hace demasiado tiempo.

—Eddie el Loco... —comenzó Miriam.

—Sí, Eddie el Loco intenta detenerlo.

—Creo que ya no entiendo la figura-mito de Eddie el Loco. Nosotros tenemos abundancia de leyendas sobre la llegada del Mesías, y casi igual cantidad de locos sagrados; sin embargo, ninguna cultura humana cifró jamás todas sus esperanzas en el futuro en un salvador que tenía que estar loco.

—¿Don Quijote? —Ruth Cohen sonrió.

Jennifer asintió en gesto de acuerdo.

—Buen punto.

—Los humanos intentamos lo imposible. Es parte de nuestra naturaleza —intervino Tom Boyarski—. Someterse a lo inevitable es una parte importante de la naturaleza pajeña.

—Pero a Jock le gustó mucho Don Quijote —dijo Jennifer Banda.

—Les gustó la historia persa sobre un hombre que le dijo al rey que podía enseñarle a cantar a un caballo —expuso Tom—. Y quizá la entendieran intelectualmente. Pero no a un nivel orgánico —rió—. Está bien. También nosotros sabemos mucho de ellos, pero en lo más profundo siguen siendo un gran misterio.

—Y siempre lo serán —dijo Miriam.

—No —se opuso Tom—. La próxima vez sabremos más sobre qué estudiar. La próxima vez lo averiguaremos.

—La próxima vez —dijo Bury—. ¿Planean una nueva expedición a la Paja?

Tom se mostró sobresaltado, luego rió.

—No poseo los fondos —durante un momento debió de haberlo considerado; pero no era lo bastante joven como para sugerir que Horace Bury sí los tenía—. Nadie los tiene —añadió—. Nadie que yo conozca, en cualquier caso. Pero tarde o temprano deberá haber alguien.

La computadora de bolsillo de Jennifer Banda repicó. Pareció avergonzada; sin embargo, se levantó y dijo:

—Excúsenme. Me han pedido que les lleve de vuelta al despacho de Lady Blaine.

Bury puso su silla en movimiento. Renner se incorporó.

—No lo entienden, y ésa es la verdad —comentó—. Se espera que Eddie el Loco fracase.

En vez de la recepcionista había otra mujer, mas joven, rubia y vestida con ropas caras, en la zona de recepción en el exterior de la oficina de Lady Blaine. Renner había visto una fotografía de Glenda Ruth Fowler Blaine, aunque no le habría hecho falta para reconocerla. Tenía los mismos rasgos finamente marcados y los ojos penetrantes de su madre.

—Sir Kevin, Su Excelencia —dijo. Le brillaron los ojos—. Pensé en presentarme antes de que mis padres lo convirtieran en algo formal —su sonrisa era contagiosa—. ¡Kevin, es un placer conocerle! Su Excelencia, ¿sabía que mi hermano recibió su nombre en honor de su piloto?

—No, milady...

Ella asintió.

—Kevin Christian. Casi todos le llamamos Chris. A mamá no le gusta que hablemos mucho de la familia. ¿Se lo contaron alguna vez, Kevin? Pero usted de todas formas lo adivinó. Kevin, aún conservo la copa de bautizo que envié. Gracias, y gracias también a usted, Su Excelencia: durante años no hubo nada parecido en el mercado.

—Fue hecho en nuestros laboratorios, milady —dijo Bury. Su sonrisa era auténtica—. Me complace que lo recordara.

—Aún proporciona la leche con mejor sabor de Esparta —Glenda Ruth señaló la pantalla del reloj de pared de las zonas oscuras e iluminadas de Esparta—. Nos esperan. Mmh... se supone que no debo contárselo, pero espero que estén preparados para una sorpresa —mantuvo la puerta abierta para la silla de viaje de Bury.

Había algo en la sonrisa de Jennifer Banda cuando ella y Glenda Ruth les condujeron al despacho de Lady Blaine. Los dos Blaine exhibían la misma sonrisa de conspiración. La atmósfera de misterio estaba exasperando a Renner.

Había otro ocupante.

Se levantó despacio de su silla de viaje de peculiar diseño e hizo una reverencia. Era un enano peludo, sonriente y jorobado, no sólo bajo sino también grotescamente deformado. Uno no se queda mirando con fijeza a un enano, y Renner mantuvo el control sobre su expresión; aunque lo perdió cuando el desconocido inclinó la cabeza. Le sobresalía la columna vertebral, rota en dos partes.

La mente siempre malinterpretará esa primera visión.

Medía un metro treinta y cinco. Era peludo. Las marcas marrones y blancas todavía resultaban visibles, aunque en su mayor parte se habían tornado blancas. Había una oreja grande en el lado derecho, y nada de espacio para una en el izquierdo; los enormes músculos de los hombros subían hasta formar unas protuberancias en la parte superior del cráneo deformado. Tenía dos brazos derechos delgados. La sonrisa de delfín era, sencillamente, la forma de su cara.

Renner se quedó boquiabierto. Durante un momento no pudo quitarle los ojos de encima... y entonces recordó a Bury.

La cara de Horace Bury exhibía todos los colores equivocados. Había abierto la tapa del brazo de su silla de viaje, pero las manos le temblaban demasiado para ocuparse de la manga de diagnóstico. Renner la colocó en su lugar. En el acto el sistema comenzó a alimentar a Bury con tranquilizantes. Renner estudió las lecturas un instante antes de alzar la vista.



—Capitán, ha sido algo desagradable. Quiero decir, milord. ¡Milord Blaine, podría haberle matado, maldita sea!

—Papá, te dije...

El conde Blaine se mordisqueó el labio.

—No lo imaginé. Su Excelencia...

Bury estaba furioso, pero bajo control.

—Una excelente broma, milord. Excelente. ¿Quién es usted?

—Soy Jock, Excelencia —contestó el pajeño—. Me alegro de verle con semejante salud.

—...Sí. Considerándolo, debe de ser así. A mí me resulta asombroso verle con semejante salud. ¿Nos mintió? Dijo que los Mediadores mueren alrededor de los veinticinco años. Todos los pajeños mueren si no pueden quedar preñados, y los Mediadores son mulos. Estéiles, afirmó.

—Entre las piernas —indicó Renner.

Bury miró.

—¿Macho? La... bendición de Alá. Lord Blaine..., Lady Blaine... éste es un logro asombroso. ¿Cómo?

—Fyunch(click) —dijo Sally Blaine—, pásanos Charlie 490.

Había un mural para hologramas. De manera comprensible, Renner no lo había notado. En ese momento mostró lo que parecían las sombras de una exploración CAT, el interior de algo que no era humano. Un pajeño, por supuesto. Las caderas: una articulación complicada y grande en columnas vertebrales tan sólidas como los huesos de una pierna humana. Paja Uno jamás había inventado las vértebras.

La cámara se acercó al interior del abdomen. Una punta de flecha blanca señaló diminutas formas de renacuajo aferrándose a la pared abdominal.

—Eso —dijo Lady Sandra Fowler Blaine —es la lombriz A-L. Le modificamos los genes a un simbiote en el tracto digestivo. Ahora secreta hormona masculina. Ya estaba secretando algo muy parecido. Esto no fue lo primero que intentamos, sino que probamos todo tipo de cosas, y ésta no recibió la suficiente atención. Iván murió antes de que estuviéramos preparados. Creemos que Charlie murió por el cambio fisiológico, de hembra a macho. Era demasiado viejo.

El color de Bury se veía mejor.

—Han roto el ciclo de procreación pajeño.

—Hemos reparado el ciclo, Su Excelencia —afirmó Lady Blaine con frialdad—. Está roto en los Mediadores. Niño, macho, hembra, embarazo, macho, hembra, embarazo, así es como funciona con las clases pajeñas. Pero los Mediadores son mulos estéiles, de modo que sólo son machos una vez, y mueren jóvenes.

»Únicamente disponíamos de tres pajeños para probarlo; sin embargo, podíamos formular preguntas. Cuando un pajeño ha sido macho un tiempo, el único testículo se marchita y el pajeño se convierte en hembra. Dar a luz estimula las células en el conducto de parto, y se forman más testículos, pero sólo uno crece hasta la madurez.

—Tiene más de una de sus lombrices —señaló Renner.

—Eso nos preocupó, aunque no es un problema —comentó Glenda Ruth—. El riñón elimina la hormona adicional. Se trata de un viejo y bien establecido parásito pajeño. Ya había evolucionado prácticamente a la fase de simbiote. No se excederá en la procreación dentro de su huésped. La misma hormona lo inhibe, y hace mucho que la lombriz desarrolló otros mecanismos para proteger a su huésped.

Los ojos de Bury saltaron a los de Renner. Debían haber estado pensando lo mismo: no habría problema en transportar al simbiote.

—¿Qué viene después, milady? —preguntó Bury.

Sally se mordisqueó el labio.

—No lo sabemos. ¿Kevin? Creo que usted comprendió el concepto de Eddie el Loco mejor que la mayoría de nosotros. ¿Querrán esto?

—¡Por supuesto que sí! —exclamó Glenda Ruth.

Sally miró a su hija con frialdad, luego se volvió de nuevo a Renner.

—¿Los vuelve fértiles? —inquirió Kevin.

—No. Por lo menos, no a los Mediadores —respondió Sally.

—Guardianes —dijo Renner.

Bury asintió. Los Guardianes eran Amos machos estériles, con menos ambición territorial que la mayoría de los Amos pajeños. El título procedía de los Guardianes de los Museos y otros servicios públicos, y tres guardamarinas habían muerto al averiguarlo.

De pronto Renner sonrió.

—Los Mediadores lo querrán. Los Amos lo querrán para sus enemigos. Pero desconocen si funciona en ellos.

—Así es. No obstante, funciona en los Mediadores. Y si tuviéramos un Amo para probarlo...

—Kevin —interrumpió Bury.

—¿Sí?

Horace aún parecía enfermo. Renner miró la superficie del reloj de la silla de viaje. Brillaba con una luz naranja apagada.

—Sí, Horace, debes prepararte para la cena de la Sociedad de Comerciantes. Milord, milady...

—Hablabamos más del asunto —Bury parecía tener problemas moviendo los labios—. Más adelante. Tienen un..., una herramienta extremadamente poderosa.

—Lo sabemos —dijo Rod Blaine—. No lo olvidaremos. ¿Cuánto tiempo va a permanecer en Esparta, Kevin?

—Unas dos semanas. Tal vez tres.

«El tiempo que haga falta», pensó Renner. «Si antes no era ése el caso, ahora sí».

—Kevin, cenemos juntos —dijo Glenda Ruth—. Quiero decir, nadie podrá enfadarse si una muchacha cena con el padrino de su hermano —miró a su madre y sonrió con dulzura—. ¿Verdad?

Renner dormía como un bebé, pero el timbre de la puerta le despertó de golpe.

—Horvendile, ¿se halla presente Bury? —preguntó.

Ruth se movió.

—¿Kevin? ¿Qué fue eso?

—Creo que debería ir a consolar a Bury.

Se encontró con Nabil en la puerta del salón.

—¿Cómo se encuentra? —preguntó—. ¿Deseará hablar?

—Pidió chocolate caliente —indicó Nabil.

—De acuerdo. Que sean dos.

La silla de viaje estaba en el centro de la alfombra. Bury tenía la mirada clavada al frente, inmóvil, como una momia embalsamada. Al rato dijo:

—Fui cortés.

—Estoy impresionado. ¿Cómo es Su Alteza?

—No será «Su Alteza» hasta que asuma el cargo de Virrey —sacudió levemente la cabeza— Nos sentamos a la misma mesa, pero separados por varias sillas. Más tarde, muchos se arracimaron en torno a él en los salones del club. Me formé una impresión de inteligencia y carisma, aunque eso es obvio por su carrera. En realidad, no averigüé nada que no supiera, pero por lo menos fuimos presentados de manera formal, y no detecté señal alguna de desagrado.

—Entonces, ¿qué harás a continuación?

—Le persuadí para que viniera a cenar el jueves. Era el único momento libre de que disponía. Podrá escucharnos a Jacob y a mí recordar viejos tiempos.

—Eso le permitirá saber si quiere viajar con nosotros a Nueva Cal.

—Sí. Horvendile, determina las preferencias de Lord Andrew Mercer Calvin en comida y entretenimiento. Kevin, debemos ir. ¡Estos señores felices jamás comprendieron de verdad el problema, y ahora creen que tienen una solución!

—Debes reconocer que tienen parte de una.

—Hoskins ve beneficios en la Paja. Los Blaine querrán probar su nuevo juguete. El estudiante graduado, Boyarski, quiere hacer de turista. Tenía razón. Sin duda habrá otra expedición, si es que el bloqueo no fracasa primero.

—Lo sé. Lo que la gente sabe hacer, con el tiempo lo hará. Fíjate en la Tierra.

—Hay otra cosa. La hija de los Blaine querrá ir a la Paja. Con la influencia de su familia...

—Sí. De acuerdo, Glenda Ruth heredará poder. Un gesto bonito de su parte recordar nuestro regalo.

—Kevin, desde luego que recuerda, porque sabe que te proporciona placer que ella recuerda. Igual que se mostró deliciosamente al borde de la familiaridad informal conmigo.

Le llevó a Renner un momento comprender lo que quería decir.

—Oh, Dios mío. Educada por Mediadores pajeños. Va a ser una diplomática extraordinaria.

Nabil trajo tazas de chocolate. Bury usó la suya para calentarse las manos.

—El Escuadrón de Eddie el Loco. Si supieran lo importante que es su trabajo. Cuando tenga lugar, la expedición a la Paja deberá atravesar el bloqueo.

—Olvídalo, Horace. La Marina cumple las órdenes.

—Pronuncia un juramento.

Manejó el teclado de la silla. La pared se iluminó. «Solemnemente juro mantener y defender el Imperio del Hombre contra todos los enemigos extranjeros e internos y extender dicha protección del Imperio a todos los humanos; obedecer las órdenes legales de mis superiores, y mantener y defender como soberanos a los legítimos herederos descendientes de Lysander el Grande; y de fomentar la unidad de la humanidad dentro del Imperio del Hombre».

—¿Lo ves? Si yo les demuestro que representa un peligro, su juramento les obligaría a detener la expedición.

—Olvídalo, Horace. Los juramentos son una cosa, una corte marcial otra. Pero míralo de esta manera: si sucediera lo peor... digamos, si una expedición consiguiera ir y trajera de vuelta a un Amo y a toda su casa; o si una nave pajeña pasara por los puntos de Salto y llegara tan lejos como Nueva Cal y llegara tan lejos como, oh, prestarse a entrevistas personales con los medios de comunicación interestelares... podría tornarse políticamente imposible aniquilarlos. Tú has albergado tales pensamientos, ¿verdad?

—Sí. Una casa pajeña con un Mediador que jurara que dejaron a sus Guerreros..., y Relojeros... en casa.

—Pero ya podríamos esterilizarlos sin lastimarlos. Es mejor, Horace. Y ahora, ¿por qué no te vas a dormir? El Servicio Secreto espera que mañana estemos con los ojos despiertos y lozanos.

La mirada que le lanzó Bury habría imbuido de piedad a una estatua de piedra; o, por lo menos, de miedo.

#### 4. Veto

*He vivido para darle las gracias a Dios  
por no haber contestado a todas mis oraciones.*

Jean Ingelow

Era obvio que la Ayudante de Primera Clase estaba impresionada. Bury supuso que nunca antes había conocido a un magnate imperial; por lo menos, no estaba familiarizada con sus títulos. Aun así, se esforzó por mostrarse indiferente, y por ocultar el hecho de que Bury llevaba esperando diez minutos después de la hora fijada para la cita.

—El capitán Cunningham le verá ahora, Su Excelencia —anunció—. Lamento la demora. Hemos estado muy ocupados esta semana; jamás vi algo parecido —se levantó y abrió la puerta del despacho de Cunningham mientras Bury guiaba su silla de viaje.

En veinticinco años Bury sólo había tenido tres casos con oficiales. No tuvo problema en reconocer al capitán Raphael Cunningham. Jamás se habían conocido; sin embargo, habían intercambiado mensajes holográficos. Cunningham parecía un niño: una cabeza redonda como una bola de bolos, circundada por una mata de pelo blanco, con una nariz de botón y boca fruncida. Bury conocía todo lo publicado sobre el pasado y la carrera de Cunningham; por añadidura, lo que sabía de su infancia y relaciones de familia podría haber sorprendido al oficial. Era probable que la Marina comprendiera que Horace Bury dejaba poco a la casualidad.

Su investigación había sido decepcionante, aunque no sorprendente. No había mucho donde se pudiera presionar a Raphael Cunningham. Su carrera de cuarenta y dos años en la Marina no era particularmente distinguida, pero sí resultaba inmaculada. Los agentes de Bury sospechaban que no le había sido del todo fiel a su esposa; no obstante, no pudieron probarlo.

Idiotas, pensó Bury. A la Marina le preocupaban más las apariencias que la realidad.

Fue un esfuerzo levantarse en la gravedad de Esparta, pero Bury lo consiguió sin una sola mueca de dolor. Hizo una ligera reverencia; bastante tiempo atrás había aprendido a esperar algún gesto antes de ofrecerle la mano a ningún oficial Imperial.

La sonrisa de Cunningham fue amplia, y salió de detrás de su escritorio para acercarse a Bury.

—Excelencia, es un placer conocerle después de todos estos años.

Su apretón de manos fue firme pero breve. «Así que me mantiene esperando diez minutos, pero su secretaria se disculpa. Y sale a mi encuentro a mitad de camino. El capitán Cunningham es un hombre muy correcto».

—Excelencia, confieso que nunca esperé conocerle.

—Por desgracia, mi trabajo no me permite visitar Esparta a menudo.

—Me tomé la libertad de pedir café.

Cunningham tocó un cuadrado engastado en su mesa, y un ordenanza entró con una bandeja. Dejó una taza grande de la Marina sobre la mesa del capitán, y una taza más pequeña de café negro turco junto a Bury.

—Gracias —Bury levantó la taza—. Por nuestra continuada cooperación.

—En verdad que puedo brindar por ello —dijo Cunningham.

Bury sorbió su café.

—Desde luego, cooperación quizá sea una palabra demasiado fuerte. Dados los costes y recompensas...

El otro frunció levemente el ceño.

—Espero no enterarme de todos los costes; mas en cuanto a las recompensas, confieso cierta perplejidad, Excelencia. No tenemos mucho para ofrecer aparte de condecoraciones. Su trabajo en el asunto de la Compra de Maxroy merece alabanza; sin embargo, usted se ha negado a recibir honores adicionales. ¿Puedo preguntar por qué?

Bury se encogió de hombros.

—Por cierto que no desprecio los honores Imperiales, pero tal vez tengan menos... utilidad para mí. Le agradezco los ofrecimientos; no obstante, hay otra cosa que deseo mucho más —Cunningham enarcó una ceja—. Capitán, hace tiempo que debe usted saber que considero Paja Uno como la mayor amenaza para la humanidad desde que el Dinosaurio Asesino apareciera en la Tierra hace sesenta y cinco millones de años.

—En este punto diferimos. Su Excelencia, me gusta la idea de que no estamos solos en el universo. Que hay mentes diferentes, con un discernimiento distinto del nuestro. ¿Fue por lo de la MacArthur? ¿Por los pequeños Relojeros pululando por toda la nave?

Bury contuvo un escalofrío. «A Cunningham le gustan los pajeños». Hacía falta un cambio de tema.

—Mi historial muestra que no soy un tonto. Considero que no es más que una simple declaración de un hecho probado el decir que el Imperio jamás ha tenido un oficial de inteligencia más eficaz que yo.

—No puedo discutir eso. En cualquier caso, no puedo ofrecer ejemplos de réplica. Es extraño el modo en que usted... Tengo entendido que ve patrones en el flujo del dinero. ¿Es así?

—Dinero, bienes, actitudes. Se pueden ver cambios en las actitudes locales por los cambios en las importaciones de un mundo o el nivel de inflación. Seguí esas cuestiones mucho antes de enrolarme en su oficina —dijo Bury—. Hace veinticinco años me... persuadieron para ayudar al Imperio. Busco intrigas, herejías y traiciones Exteriores para que el Imperio pueda concentrarse en la amenaza real. ¡Los pajeños! Por supuesto, usted ha leído mi informe sobre la Compra de Maxroy.

Cunningham sonrió.

—«La mano que aprieta». Pero los pajeños no han escapado, ¿verdad?

—No. Esta vez no, capitán, pero... ¿Cómo decirlo? Yo...

—Usted se asustó.

Los ojos de Bury centellearon. Cunningham alzó una mano grande, de dedos gruesos.

—No se ofenda. ¿Cómo habría reaccionado uno cualquiera? Pequeñas caras inconexas y sesgadas mirando desde un traje de presión, trepando por una cuerda justo detrás de usted. ¡Cristo! Cualquiera habría acabado en un asilo mental. Usted... —Cunningham rió de pronto—. Usted terminó en el Servicio Secreto. Hay pocas diferencias.

Bury habló bajo.

—Muy, bien. Estoy asustado de nuevo. Estoy asustado por el Imperio del Hombre.

—¿Tanto que no puede realizar su trabajo? Debo decir, Su Excelencia, que no veo que la supervisión de una operación de bloqueo naval de larga duración... requiera su pericia especial.

Cunningham ya lo sabía, entonces.

—Cuando me incorporaron al Servicio Secreto —comenzó Bury—, no tuve elección. Desde entonces las condiciones han cambiado. ¿Cree que podría obligarme a hacer su voluntad ahora?

Cunningham se puso rígido.

—Excelencia, jamás le hemos obligado a nada. Usted va donde le place.

Bury se rió.

—Es una pena que el senador Fowler no esté vivo para oírle decir eso. En cualquier caso, mi rango poco a poco se ha convertido en el de un voluntario.

El capitán se encogió de hombros.

—Siempre lo ha sido.

—Exacto. ¿Y usted acepta que soy valioso para el Imperio?

—Por supuesto.

—De hecho, valioso y barato —musitó Bury—. Bien; seguiré siéndolo. Pero ahora quiero algo.

—No hay necesidad de ser tan agresivo. Lo que quiere es un permiso para ir al Escuadrón de Bloqueo —afirmó Cunningham con suavidad.

—Eso mismo. ¿Se enteró por Blaine o por la AIC?

Cunningham río.

—Los comerciantes no nos hablan. Va en serio esto, ¿verdad?

—Capitán... —Bury hizo una pausa—. Capitán Cunningham, uno de sus agentes más eficaces está preocupado por una amenaza potencial al Imperio. Voy tan en serio como cualquiera de sus otros locos. No pido fondos, soy bien capaz de pagar mis propios gastos. Controlo asientos en la Junta de la AIC, y tengo influencia con varios miembros del Parlamento.

Cunningham suspiró.

—Nosotros también estamos preocupados con el bloqueo.

—¿Oh?—. ¡Había algo! Bury no se desprestigiaba sacando su manga de diagnóstico; todavía no.

—Hay una amenaza al bloqueo, sí. Algo parecido. Pero creemos que podemos manejarla. ¿Ha leído los artículos recientes de Alysia Joyce Mei-Ling Trujillo?

—Usted es la segunda persona en preguntármelo en dos días. No, pero lo haré tan pronto como regrese al hotel.

—Bien. Excelencia, esa reportera investigadora nos ha estado criticando muy duramente. No diré que no ha encontrado alguna razón para ello, pero... ¡Maldición!, el Escuadrón de Eddie el Loco lleva ahí fuera toda la eternidad. El servicio de bloqueo es el peor servicio que puede asignar la Marina. Constante posibilidad de peligro, pero casi siempre aburrimiento. No pasa nada, y no pasa nada, y entonces...

—¿Sirvió usted allí?

—Hace quince años. El peor año de mi vida. Fui afortunado. sólo fue un puesto de entrenamiento. ¡Algunas naves y tripulaciones lo soportan durante años! Ha de ser así, lamentablemente; si las rotamos muy a menudo no habrá nadie con experiencia. Sin embargo, déjelas mucho tiempo y... Demonios, Excelencia, no me extraña que haya encontrado a personas que estén jodiendo las cosas. Todo el mundo tiene la tentación. Me sorprende que no sea peor. Sin embargo, nos está haciendo quedar muy mal.

Bury supuso que el oficial debió haber leído los artículos de Mei-Ling anoche mismo. Estaba muy trastornado.

—Sus despachos vienen de Nueva Escocia, ¿verdad? ¿Qué ha descubierto? ¿Sobornos, ineficacia, fijación de precios? ¿Nepotismo? ¿La red del viejo...?

—Todo eso. No nos quedó elección, tuvimos que darle permiso para visitar el Escuadrón. Se me ocurre que no sería una mala idea que la llevara usted hasta allí.

Bury lo meditó.

—Cuanto más averigüe ella, más daño podrá hacer.

—Tal vez. O quizá vea hombres de la Marina dedicados a mantener la línea contra una amenaza verosímil. Y tengo entendido que usted posee medios de persuasión. Le podemos proporcionar un historial muy completo de la joven. Y de su familia. Y de sus amigos.

Bury esbozó una sonrisa fina. No le cabía ninguna duda de que esta habitación se hallaba protegida, y que su silla de viaje estaría sujeta a campos magnéticos que borrarían toda posible grabación de la conversación; de hecho, ni siquiera había intentado realizarla.

—Y durante dos o tres meses no habría ningún despacho—. comentó.

Cunningham asintió.

—Para cuando vuelva a Nueva Escocia, nosotros limpiaremos todo aquello de lo que se queja ahora.

—Haré lo que pueda. Por supuesto, no nos conocemos. Tal vez me deteste apenas me vea.

Cunningham sonrió.

—Si usted no es capaz de hechizarla, Kevin Renner podrá. ¿De acuerdo, entonces? Ahora me gustaría hablar con sir Kevin, y con suerte el resto será una formalidad.

—¿Formalidad?

El capitán se encogió de hombros.

—Lord Blaine ha pedido que se le informe—dijo—. ¿Cree que él no pondrá objeciones? Tengo entendido que le conoce desde hace años.

—Desde hace más de veinticinco años, capitán —repuso Bury, y sintió un escalofrío gélido en el estómago.

Era práctica corriente entrevistar a oficiales del servicio de inteligencia uno por vez, sin importar lo unidos que pudieran trabajar. Habían sido lo suficientemente amables como para llevar a Renner y a Bury por entradas separadas. Kevin vislumbró la silla de viaje de Bury cuando salía a la recepción. Luego fue conducido al despacho de Cunningham.

Éste se puso de pie.

—Saludos, capitán. Confío en que se encuentre bien.

—Perfecto —Kevin observo con ironía sus propias ropas de civil—. No sabía que se entrevistara el rango —Cunningham frunció el ceño en señal de interrogación—. Olvídelo —Renner se sentó en el sillón de los visitantes y sacó una pipa—. ¿Le importa?

—No, adelante. —Cunningham alzó la vista al techo—. Georgio, extractores de aire, por favor —marcó unas teclas debajo de una pantalla que Renner no podía ver. Georgio estableció una brisa fresca—. Y ahora, capitán, si tan sólo puede aclarar un par de puntos sobre la Compra de Maxroy...

—...Estoy seguro de que no merecen ninguna preocupación —concluyó Renner—. Consta mi opinión oficial. El Gobernador Jackson no sólo podrá manejar la situación, sino que hará que de manera voluntaria Nueva Utah entre en el Imperio en diez años sin que nadie haya disparado un tiro.

Cunningham garabateó con el lápiz en el cuaderno de entradas de la computadora.

—Gracias. Excelente informe de un trabajo muy estimable. Puedo decirle en privado que el almirante está muy decidido a respaldar su informe.

—Eso debería hacer feliz a Jackson.

Cunningham asintió.

—Y ahora, ¿qué puede contarnos de este último plan de Bury?

Renner extendió las manos.

—Es mi culpa. Llegué tambaleándome a casa a la una de la madrugada, completamente borracho y cubierto de sangre, desperté al viejo y le dije: «¡La mano que aprieta!». ¡Maldición, todo el planeta hablaba como si tuviera tres brazos! Cuando terminé de contárselo, los dos quedamos convencidos de que los pajeños se encontraban en el sistema de la Compra.

—Pero no era así.

—No. Sin embargo, pueden estar en alguna otra parte. Apoyo a Bury. Quiero comprobar que el bloqueo funciona.

—Funciona.

—Usted no es capaz de verificarlo.

—Capitán...

—¿Cuándo visitó por última vez el bloqueo y pasó el tiempo suficiente para cerciorarse de que es a prueba de pinchazos? ¿Quién dirigía la tienda mientras usted permaneció allí? ¿Ha visto películas de los pajeños Guerreros? —Renner lo descartó con un gesto cortante de la mano—. Olvídelo, capitán. La cuestión es que Bury está decidido. Ni siquiera he intentado convencerle de que lo olvide. No tengo la menor intención de hacerlo.

—En otras palabras, ¿irá aunque no nos guste?

—Digamos que está decidido. Además, ¿qué daño puede causar? No hay muchos secretos que él no conozca, y de todas las personas del Imperio es la que menos desea darles algo a los pajeños. En cuanto a eso, si alguna vez el personal del bloqueo necesitó una exhortación, no encontrará a nadie mejor que Horace Bury y yo. Con un gota a gota de tranquilizantes, quizá.

—¿Debo entender que usted tiene intención de ir? —Cunningham miró la pantalla engastada en su escritorio—. Tres veces ha solicitado el retiro y luego cambió de parecer. Dios sabe que nada se lo impide.

Renner se rió entre dientes.

—¿Qué haría al retirarme? Disfruto con lo que hago, y de esta manera alguien paga las facturas. Claro que iré. Me gustará regresar a la Paja.

—¡Nadie planea eso!

—Tal vez no ahora, pero algún día tendrán que ir.

—Usted lleva tiempo con él. ¿Es... digno de confianza?

—Es la muerte para los pajeños. Puede oler las corrientes de dinero entre las estrellas. Su oficina de seguridad jamás ha hecho un trato mejor con alguien.

—Me refiero a si es leal.

—Sé a lo que se refiere —dijo Renner—. Y la respuesta es sí. Tal vez no lo fuera siempre, pero ahora lo es. ¿Y por qué no habría de serlo? Ha empeñado mucho de su vida en hacer que el Imperio sea más fuerte. ¿Por qué tirarlo por la borda?

—Bien, de acuerdo —Cunningham alzó la vista—. Georgio. Llama al almirante Ogarkov, por favor.

Después de unos pocos momentos, una voz atronó:

—¿Sí?

—Como lo acordamos, señor —repuso Cunningham—, recomiendo que autoricemos a Bury a visitar la Flota de Bloqueo. Puede llegar a solucionarnos el problema de Mei-Ling Trujillo, y él y sir Kevin quizá le den ánimos al Escuadrón de Eddie el Loco. No puede causar ningún daño que le dejemos intentarlo.

—Muy bien. Hable con Blaine.

—Almirante...

—No le morderá. Gracias. Adiós.

Cunningham hizo una mueca.

—¿No se lleva bien con el capitán? —preguntó Renner.

—Con el conde, querrá decir. No tengo mucho en común —contestó Cunningham—. No es de la Marina. Lo fue una vez, lo sé; pero lleva mucho tiempo sin serlo —se dirigió al techo—. Georgio, modo cortés. Me gustaría hablar con Lord Blaine. El conde, no el marqués. A la más pronta conveniencia de él. Creo que espera la llamada.

Bury había utilizado la manga de diagnóstico tan pronto como salió de la oficina de Cunningham. La secretaria de éste trataba de no mirar. Él quiso decirle que no estaba perturbado... que sólo esperaba llegar a estarlo.

¿Diría Blaine que no?

Practicó respiración profunda hasta que su pulso se estabilizó; luego, manipuló la bola de control.

—Alysia Joyce Mei-Ling Trujillo —dijo la voz en su oído—. Edad actual veintisiete años estándar. Columnista del Imperial Post-Tribune Syndicate, reportera de la sección especial, Hochweiler Broadcasting Network. Muy bien considerada.

Bury formuló dos preguntas.

—Seis millones de acciones, de las que él retiene el cuarenta y cinco por ciento. Añadir el apellido de la madre no es habitual en Nueva Singapur.

»Alysia Joyce estudió en el colegio Hamilton de Xanadú y se graduó con honores en periodismo, Cornish School en Churchill. Cuando llegó a Esparta, su cuenta en la sucursal local del Banco de Nueva Singapur fue abierta con una carta de crédito de trescientas mil coronas. Trabajó como ayudante voluntaria de investigación para Andrea Lundquist, de Hochweiler, con un salario nominal de cincuenta coronas a la semana hasta que su serie de análisis de noticias fue patrocinada por Wang Factoring».

Bury asintió mientras escuchaba. Dinero nuevo. Princesa oriental decidida a salvar al Imperio con el dinero de su padre y el apellido de su madre.

Bajó la vista a los indicadores. Presión arterial, pulsación, nivel de adrenalina: todo aceptable. ¿Por qué no? Mei-Ling era una reportera de investigación, en nada distinta de otros. Creía que su riqueza la protegía, y seguro que no pensaba que también la hacía vulnerable. Su familia poseía cien millones de coronas. Sólo cien millones de coronas.

¿Qué estaba haciendo que la Marina temía? Ahora no había tiempo para leer todo, eso tendría que esperar, pero podía comenzar con los resúmenes. Tocó la bola una vez más.

—Compendio: Serie registrada desde Nueva Caledonia por Alysia Joyce Mei-Ling Trujillo. Título de la serie: "El Muro de Oro".

Bury escuchó con atención, aunque había poco que le sorprendiera. Alza de los precios en mantenimiento y reparación. Suministros de lujo enviados al escuadrón de bloqueo, la mayoría concedidos sin licitaciones. Cafeteras de Autonética Imperial, je, je.

Soborno... Ya había conseguido que arrestaran a cuatro hombres. Y varios despedidos de la construcción de naves en Fomor.

En Levante, se esperaba que los burócratas se mantuvieran por medio de sobornos, extorsión y favores. Era un sistema diferente; una simple cuestión de punto de vista, y no la situación ética de negro contra blanco que percibía la Marina Imperial.



Este tipo de cosas destruiría el bloqueo. No si lo dirigieran levantinos, por supuesto; el pueblo de Bury tenía sentido de la proporción.

Aunque un soborno excesivo podría desangrar cualquier esfuerzo militar transparente. Entonces, cualquier enemigo podría cargar por encima del frágil cadáver. Según Trujillo, los sobornadores estaban interfiriendo con los suministros a la Flota de Bloqueo. Provisiones de comida deshidratada por congelación, con sustituciones de la caja negra. Un tal David Grant, con un alto puesto en la oficina del Gobierno Planetario, había cogido quinientos millones de coronas para recubrir las naves de bloqueo con un superconductor pajeño. El plan existía sólo en una memoria de computadora adulterada, bendito sea Alá. No había ningún blindaje superconductor en el bloqueo... ¡y no debería haberlo en naves que con regularidad tenían que descender a una estrella supergigante roja! Pero ¿qué o quiénes podrían haber sido comprados con ese dinero robado para reforzar la flota?

¿Y si ella tenía razón?

Debía hablar con Trujillo. Iría a Nueva Escocia sin importar lo que dijera el conde Blaine; y entonces quizá hubiera un modo para entrar en el bloqueo. En cualquier caso, lo descubriría, para tratar de encontrar maneras de salir.

Así que buscó un punto de presión en Mei-Ling Trujillo. Doscientos millones de coronas comprarían el control de la compañía de su padre. ¿Quién era propietario de las acciones en circulación? Bury tocó la bola. La computadora fue listando... y de pronto:

«Ito Wang Mei-Ling ha contratado los servicios de Reuben Weston y Asociados».

Ah. La mayoría de las personas no habían oído hablar nunca de Reuben Weston; pero los que sí, sabían que su grupo era una de las más eficaces —y caras— firmas de relaciones públicas del Imperio. Se especializaba en establecer contactos en la Corte. Una compañía de componentes electrónicos de Nueva Singapur no necesitaría ese tipo de servicio; un minimagnate de provincias con ambiciones para aumentar su rango... sin duda que sí.

Y Bury podría ayudar al hombre... pero no hasta que supiera qué sentía Mei-Ling Trujillo hacia su padre. Y no podría hacer nada mientras estuviera aislado en esta antesala. ¿Qué le estaría llevando tanto tiempo a Renner?

Cunningham colgó.

—Blaine no lo permitirá —anunció.

—Maldición —dijo Renner.

—Sí. ¿Qué es lo que pasa? Estuvieron juntos en la expedición a Paja Uno.

—No; es algo que viene de antes. Rumores... —Renner calló.

—¿Algo que yo debería saber?

—Es evidente que no. Bueno, Bury va a sentirse decepcionado, y lo que suceda después... no lo sé.

«Pero seguro que no se rendirá con facilidad...»

## 5. Pasajeros

*Pues poseía el afortunado don  
de la conversación sencilla;  
rozar un tema aquí, uno allí,  
guardar silencio con aire experto  
en una discusión pesada.*  
Alexander Púshkin

Observar programas de noticias durante muchos años le había enseñado a Kevin Renner lo siguiente: en Esparta los estilos cambiaban de manera descabellada. Sabía que sus ropas no eran raras porque la secretaria de Cunningham le había encaminado al sastre de éste. El problema radicaba en identificar al *maitre*. Un *maitre* debía destacar.

Observó a los otros clientes.

Había una rubia hermosa y escultural que lucía un traje pantalón con unas charreteras en los hombros; pero los cuatro hombres jóvenes que había delante de Renner no coqueteaban con la mirada: sólo aguardaban para captar su atención. Ninguna de las otras mujeres que veía llevaba charreteras. Se dirigió con paso vivo a una pequeña mesa que le llegaba hasta la cintura. El espacio sobre ésta era un débil arco iris borroso desde el sitio en que se hallaba Renner; sin embargo, desde el punto de vista de ella sería una pantalla de datos con una toma de cara para la identificación.

Se llevó a los cuatro; luego, regresó en busca de Renner.

—Buenos días. ¿Mesa, señor?

—Suenan excelente. Kevin Renner, y se reunirá conmigo Bruno Cziller.

No tuvo que darle a ninguna tecla; sólo miró. La computadora estaba programada para captar nombres.

—Bienvenido a Las Tres Estaciones, sir Kevin. Lo siento mucho, pero aún no tenemos su mesa. El almirante Cziller no ha llegado. ¿Querría esperar en el bar?

—Esperaré aquí, gracias.

Podía ver mesas vacías. La observó pasar delante de él conduciendo a otra pareja. ¿Rango social superior? Aunque no caminaban de esa manera. Trataban de mantener el nivel y aún mirar las caras sin que les descubrieran. Buscadores de famosos.

—¿Kevin?

—¡Capitán!

Cziller le estrujó la mano. Parecía viejo, la cara ablandándosele, pero su mano todavía era una prensa. La voz se le había vuelto algo ronca.

—Llámeme Bruno. Nunca le había visto en ropas de civil. ¡Vaya, sí que le gustan los colores!

—¿Es...?

—No, tiene un aspecto estupendo. Eh, estudié su informe sobre Paja Uno, ese con el título gracioso. ¿Pensó alguna vez que jugaría a los turistas con otra especie?

—Jamás. Todo se lo debo a usted.

La escultural *maitre* los llevó junto a una mesa con un ventanal que iba desde el suelo hasta el techo, y que ofrecía una espectacular vista del puerto. Renner esperó a que ella se fuera; luego comentó:

—Dio algunas mesas antes de dejarnos disponer de ésta. Me preguntaba por qué.

—El rango.

—Bueno, eso es lo que creí, pero...

—Le está bien merecido por recibir el título de caballero. Su rango impone que debía disfrutar de una ventana. No estaría bien sentarle con los plebeyos. Esparta es muy respetuosa de los rangos sociales, Kevin.

—Mhh, mhh. La computadora dice que está casado.

—Habría traído a Jennifer, pero su sentido del humor no... mmm...

—¿No existe?

—Correcto.

—De acuerdo, y yo habría traído a una tal Ruth Cohen, pero está tomando un curso acelerado sobre dónde trabaja. Por lo demás, ¿cómo le va?

—Tengo la impresión de que duraré un tiempo, pero... No, olvídalo.

—¿Está enfermo, Bruno?

—Enfermo no. Aunque la última vez que salí del planeta mi médico armó un escándalo, y también Jennifer, por supuesto. No era la gravedad; eso no me causa problemas, sino que el día más largo me agotó casi hasta matarme. Regresé con una neumonía galopante. Ya no puedo viajar más. Empiezo a sufrir fiebre de cabina. Es un mundo pequeño, Kevin.

—Podría hallarse en un sitio peor. Recibe todas las noticias que merecen emitirse, y dispone de todos los museos que vale la pena visitar...

—No todos. Hábleme del museo de Paja Uno.

—¡Ése era diferente! Nos llevaron allí en grandes limusinas que fabricaron sólo para nosotros. Los otros coches eran todos pequeños, y se desinflaban hasta quedar planos. Incluso la limusina podía plegarse para hacerse más pequeña. El museo estaba por completo metido en un único edificio grande. En el interior había entornos artificiales. En una sala llovía a cántaros. No obstante, los pajeños querían que entráramos.

Cziller rió.

—Vimos demasiado como para asimilarlo todo. Hubo cosas que debimos haber notado. Había un Porteador salvaje. Los Porteadores mansos miden unos dos metros y medio, tienen dos brazos y cargan con cosas. Esa cosa tenía tres brazos, y colmillos y garras. Era un poco más pequeño.

Un robot rechoncho se acercó rodando, tomó la orden de bebidas y presentó unos destornilladores de whisky. Le siguió un camarero vivo. En el menú había un animal marino local, y Renner lo pidió. Las otras ofertas eran de vida de la Tierra, nada interesante.

—Todo un piso —continuó— era una maqueta de una ciudad en ruinas. Había ratas grandes de cinco extremidades y un predador camuflado y un montón de cosas más, una ecología entera desarrollada para vivir en ciudades en ruinas. No vimos las implicaciones en el acto. Puede que todavía no las conozcamos todas... No sé qué han estado descubriendo en el Instituto, por supuesto. Pero Horowitz juró que las ratas de ciudad están emparentadas con los Guerreros. Aún no hemos visto jamás a un Guerrero vivo, pero tuvimos la escultura de la Máquina del tiempo y la silueta de un Guerrero a bordo de la nave colonia que enviaron a Nueva Cal...

—Guerra. Guerra continua.

—Sí. Con su problema de población no resulta sorprendente. Bruno, ¿cree que es posible descubrir al hombre que inventó el condón? Se merece una estatua en alguna parte.

Bruno soltó una risa larga y ronca.

—Le he echado de menos, Kevin.

Llegaron los platos. Kevin escuchó mientras comían, una costumbre tan vieja que tendría que concentrarse para no hacerlo. En la mesa de al lado algún lord menor se quejaba amargamente de... ¿qué? Derechos de pesca en el alto Río Pitón. Su familia había tenido derechos exclusivos, y se los habían rescindido. Algo respecto del ciclo de reproducción del salmón: algún burócrata plebeyo había decidido que la familia Dinsmark no mantenía la ruta río arriba lo bastante abierta.

Su acompañante no mostraba la simpatía suficiente. De todos modos, Kurt Dinsmark no tendría derechos de pesca, era un hijo menor...

«Y por la mano que aprieta —pensó Renner—, están hablando de privilegios en vez de deberes. ¿Cuán corriente es eso?»

—Le pagamos a los nobles unos honorarios endemoniadamente altos para dirigir la civilización —comentó.

—Rara vez lo oigo expresado de esa manera. ¿Y?

—Oh, me gusta mantenerme al corriente de si cumplen con su trabajo. De hecho, es parte de mi trabajo, lo cual es agradable, porque de todos modos era lo que estaba haciendo. Pero lo único de lo que oigo hablar es de privilegios.

—Déles un respiro; están fuera de servicio. Había otro museo en Paja Uno...

Renner asintió con un gesto leve.

—Sí. Ése es un rumor, y además, de los pajeños. Éstos mataron a los guardamarinas que lo descubrieron por casualidad. No se trataba de un museo corriente. La idea era ayudar a los supervivientes a reconstruir la civilización.

—Mmh —Cziller vació su copa—. Si yo no hubiera perseverado tratando de reconstruir Nueva Chicago...

Renner emitió un sonido de simpatía.

—Aunque tengo entendido que hizo un muy buen trabajo. Eh, se me acaba de ocurrir: yo mismo entro de servicio dentro de un par de horas, pero... ¿siente nostalgia por los espaciopuertos? ¿Y por las naves?

—Claro. El nuevo puerto se halla en el viejo cráter donde explotó la Cúpula de la Mitad del Camino, y a veces voy allí sólo para... ¿Qué se le ha ocurrido?

Renner dejó el tenedor y sacó la tarjeta de comunicación.

—Ponme con Horace Bury.

La apoyó sobre la mesa mientras terminaba de comer. Llevó un rato, pero al cabo de un momento la tarjeta dijo:

—¿Qué pasa, Renner?

—Se me ha ocurrido algo, Excelencia.

—Bendito sea Alá, mi entrenamiento no ha sido en balde.

—Esta noche irán a cenar Buckman y Mercer. ¿Tomarías en consideración otro invitado? Es Bruno Cziller, retirado como almirante. Fue mi capitán antes de cederme a Blaine. También le entregó la MacArthur a Blaine. Fue la primera nave del conde. He intentado contarle a Bruno cosas de Paja Uno, pero ¿por qué no dejar que escuche tus recuerdos y los de Buckman? Un público agradecido puede ser algo bueno.

Pausa momentánea. Bury también era escrupuloso con los rangos.

—Bien. Pásalo, por favor.

Renner empujó la tarjeta a través de la mesa.

—¿Excelencia? —dijo Bruno Cziller.

—Almirante, será un placer si puede unirse a nosotros esta noche para cenar a bordo del Simbad. El próximo Virrey de Trans-Saco de Carbón estará presente. Jacob Buckman es el astrónomo que viajó con nosotros a la Paja. Nos hicimos amigos en aquella expedición. Oirá todo lo que se puede aprender del sistema de la Paja fuera del Instituto.

—Estupendo. Gracias, Excelencia.

—¿Vendrá acompañado?

—Gracias, no, Excelencia. La señora Cziller tiene un compromiso para la noche.

—Almirante, le pasaré a la computadora para que ordene su cena. Queremos disponer de la oportunidad para subir a bordo las provisiones.

Cziller enarcó las cejas. Renner dijo:

—Bury tiene un buen cocinero. Póngale a prueba.

Cziller asintió, y así lo hizo. Al rato le devolvió la tarjeta.

—Kevin, usted nunca solía ser sutil.

—Puede que haya cogido algo en un cuarto de siglo con Bury. Mercer se sentirá más contento si hay presente un rango más elevado. Y quizá Bury le cuente cómo pasó su tiempo en Paja Uno. A mí jamás me lo ha dicho.

—¿Oh?

—Los pajeños le asustan. Prefiere no recordarlo. Merece la pena intentarlo. Además, he de ir pronto al espaciopuerto para preparar el transbordador. ¿Por qué no...?

—¿Por qué no voy con usted para supervisar?

—Correcto. Y ahora se me acaba de ocurrir otra cosa.

—Expóngala.

—Hace un mes creímos haber encontrado pajeños sueltos en el Imperio...

Llegó el melón, y Kevin habló mientras comían. Tuvo a Bruno Cziller riéndose entre dientes.

—Lo de la Compra de Maxroy fue alarmante. Ahora Bury quiere visitar el bloqueo, cerciorarse de que es a prueba de escape. Y yo también, Bruno.

—¿Y?

—Rod Blaine lo ha vetado. Me gustaría darle a Bury una oportunidad para que cambie de parecer.

Bruno Cziller le estudiaba como si fuera un espécimen de laboratorio, o quizá como al hombre que tendría frente a él en una partida de póquer.

—Yo soy quien le entregó al conde su nave y su Jefe de Navegación. También le impuse un prisionero. Horace Bury viajaba como prisionero en la MacArthur. ¿Sabe por qué?

—No.

—¿Después de veinticinco años?

—Puede que no me hubiera gustado saberlo. Tengo que vivir con él, Bruno.

—La pregunta es: ¿por qué debería involucrarme?

—Aún no he pensado en esa parte.

Llegó el café.

—Leche de verdad —comentó Renner.

Cziller esbozó una leve sonrisa.

—Me encantaría acostumbrarme a la leche básica de protocarbono si pudiera volver a salir al espacio.

Renner estudió su café durante un momento.

—Mire, ¿quiere que le diga a Bury que usted ya me rechazó, de modo que no tenga que pasar dos veces por lo mismo?

—Sí —repuso Bruno.

Y se dedicaron a hablar de otras cosas.

—Suave —afirmó Jacob Buckman.

Horace Bury alzó la vista en perplejidad momentánea, luego asintió. La transición a la ingravidez había sido bastante suave, pero Bury estaba acostumbrado al manejo diestro de Renner en el transbordador. Sintieron unas aceleraciones ínfimas; después la campanilla anunció que se hallaban acoplados con el Simbad. La escotilla de conexión se abrió. Un tripulante llevó un cabo de remolque desde el Simbad al transbordador y lo aseguró.

—Todo en orden, Excelencia —dijo.

Bury aguardó un momento para permitir a Nabil y a sus ayudantes salir primero; luego, se liberó de su sillón. Era estupendo volar libre de la silla de viaje.

—Bienvenido —dijo—. ¿Alguien desea ayuda?

—Gracias, Excelencia —repuso Andrew Calvin Mercer.

Se desabrochó el cinturón de seguridad del asiento y se dejó flotar hacia el centro del compartimento de pasajeros. C cogió el cabo de remolque y se impulsó a la nave.

Bury le siguió. Al hacerlo, la escotilla que daba a la cabina del piloto se abrió. Cziller y Renner salieron.

—Mis felicitaciones, Kevin —dijo Bury—. El doctor Buckman recalcó la suavidad de nuestro viaje.

—No ha sido obra mía —indicó Renner.

—Supongo que no he perdido toda mi destreza —comentó Cziller con satisfacción.

De hecho, había poco que hacer para los humanos aparte de darle instrucciones a la computadora. ¿O no?, se preguntó Bury. ¿Habrá volado Cziller con control directo? ¿Se lo habría permitido Renner dado quien era su pasajero? Sí. Sí lo habría hecho.

Se agarraron a unos asideros mientras el Simbad se elevaba rotando. Luego Bury abrió el camino hacia el interior, moviéndose con fluidez, si no con rapidez, en el sesenta por ciento de gravedad estándar. Aaah.

—Cuando tenía veintiséis años —dijo a nadie en particular—, los nativos de Huy Brasil se opusieron a algunas de mis políticas. Me atacaron en el desierto al este de Beemble Town. Les gané en llegar a la ciudad, doblé por algunos callejones y regresé al desierto

dirigiéndome a mi transbordador. Corrí más que todos ellos. A veces sí que echo de menos ser joven.

—Amén —concluyó Cziller.

—En una ocasión tuve que correr más que un terremoto —comentó Buckman—. Bajé y salí del laboratorio antes de que se derrumbara sobre mí. Creo que todavía podría hacerlo. Corro todos los días —se detuvo—. Es espacioso. Sabía que eras rico, Bury.

El salón del Simbad era grande. Dos barandillas en un nicho del suelo atravesaban el centro, con sillas y sillones a cada lado.

—Por favor, siéntense y considérense en su casa —dijo Bury—. Hazel tomará nota de sus bebidas.

Bury tendía a contratar a mujeres de gran belleza. No era su primera prioridad, pero podía ayudar a que una transacción de negocios saliera mejor. Mercer miraba a Hazel cuando comentó:

—Bury, me gusta su nave.

—Gracias. Es más espaciosa de lo que parece. Puedo acoplarle un compartimento del tamaño de este salón y abrir toda esa zona oval del suelo, que es el lado del casco, por supuesto. Los camarotes no se pueden ampliar, aunque uno no se pasa todo el tiempo en ellos.

Mercer rió.

—Me sorprende que se moleste en ir a hoteles.

—No siempre es elección nuestra —dijo Renner—. Aduana no siempre es tan eficiente como lo fue hoy.

—Ah. Hazel, ¿qué nos recomienda?

—Tenemos un buen surtido de vinos, milord.

Mercer sonrió con amplitud.

—Justo lo que he echado de menos en Esparta. ¿Jerez seco?

—Para mí también —pidió Cziller—. Kevin, ¿siempre vive así? Yo no he disfrutado de un jerez decente en cinco años —se estiró—. ¿Tiene buenas piernas la nave?

—No está mal —repuso Renner—. No es un crucero de batalla, pero podemos conseguir una gravedad completa durante buena parte del recorrido. El depósito expulsable encaja detrás de la cabina añadida, y casi duplica nuestra velocidad delta.

—Y, por supuesto, no dispondrá de un generador de Campo Langston en el sistema de Esparta —apuntó Cziller.

—La Marina a veces aprueba licencias para la posesión privada de generadores de Campo —indicó Renner—, siempre que sea fuera de la Capital. Una de las naves ingenieras de Bury vendrá a nuestro encuentro.

—Es muy conveniente —comentó Bury con suavidad—. Nos estábamos quedando cortos de café Sumatra Lintong. —Observó a Mercer y creyó detectar envidia—. ¿Partirá hacia Nueva Caledonia pronto, milord? —preguntó.

—Hay una nave de pasajeros de las Líneas Hamilton que sale en tres semanas —contestó Mercer—. O puedo ir con el escuadrón de relevo de la Marina el mes próximo. Aún no lo he decidido.

Bury asintió con satisfacción.

A 0,6 g, la comida se quedaba en los platos y el vino permanecía en las copas.

Mercer había tenido una úlcera en 3037 y una recurrencia en 3039. La medicina moderna podía eliminar esas cosas, pero nadie podía curar un estilo de vida de alta presión. Bury ya era viejo, y también Buckman. Para ellos tres el cocinero del Simbad preparó un pollo suave al curry.

Cziller había solicitado un dragón marino, un animal espartano que respiraba aire y que aparecía en las listas de especies en peligro de extinción. Los dragones de mar se criaban en una pequeña bahía de Serpens. Estaban a la venta, pero el precio era alto. Renner también lo tomó. No tuvo que pedirlo. Sus gustos eran conocidos: comería cualquier cosa que no pudiera pronunciar.

—Está bueno —alabó—. Bueno de verdad. ¿Fueron cazados hasta su extinción?  
Cziller terminó de masticar y dejó el tenedor con una sonrisa amplia en la cara.

—No lo tomaba desde que nos invitaron a Palacio. No, no fue por exceso de captura. Las orcas han aprendido a cazar a los dragones marinos, pero tampoco fue por eso. En su mayor parte, ahí abajo hay un montón de océano y poca tierra. El último paso del Menelaus fue muy próximo, el océano se calentó demasiado para ellos, la planta termal del mar del Oeste estaba agitando las aguas, los peces que comían decrecieron, y de pronto los dragones de mar fueron muy escasos. Podría haber sido peor, pero el viejo barón Chalmondsley se interesó en ellos. Ahora la Universidad está encima del problema. Eh, Kevin, ¿qué comió en Paja Uno?

—En su mayor parte provisiones de la nave, y leche de protocarbono, pero los pajeños nos encontraron algunas cosas. Había un melón interesante. No trajimos nada de regreso, desde luego —Renner dejó el tenedor—. Nada. Santo cielo, podríamos haber cubierto el casco de la Lenin con regalos. ¿Qué habrías traído tú, Bury?

«Te la devolveré en los dientes, Kevin».

—Consideré coger Relojeros pajeños. Pensé que serían mascotas maravillosas. Eso fue antes de que destruyeran el crucero de batalla de Su Majestad, el MacArthur. Después intenté persuadir al almirante para que lo quemara todo.

—Mis archivos dicen que obtuvo unos buenos beneficios de los superconductores y los filtros —indicó Mercer.

—Los habría vaporizado.

—¿Qué habría traído usted, Jacob? —preguntó Renner.

—Información —contestó el astrónomo con brusquedad —Eso el almirante no lo prohibió.

Cziller asintió.

—La Protoestrella de Buckman. Kevin, ¿consiguió usted algo bautizado en su honor?

—No.

—¿Qué habría traído de vuelta usted?

—Arte. Quise la escultura de la Máquina del tiempo mucho antes de que supiéramos qué eran esos demonios. Deseaba un cuadro en especial... el que mi Fyunch(click) llamó el Portador de mensajes. Otra cosa que deberíamos haber notado. Hay una subespecie de Mensajeros, y todavía los mantienen. Cuando los ciclos se invierten y todas las comunicaciones sofisticadas de los pajeños se colapsan, aún están los Portadores de Mensajes.

—Usted dijo información, doctor Buckman —comentó Mercer—. Tengo entendido que a los pajeños no se les permitió llevar ninguna unidad de almacenamiento de datos, pero seguro que usted recogió lo suyo.

—Lo que pude —repuso Buckman.

—Por supuesto, los mismos pajeños son unidades bastante sofisticadas de almacenamiento de datos —intervino Renner.

—Una razón por la que no han desarrollado mucho la tecnología de la información —aseveró Buckman—. Las cosas se desmoronan tan a menudo...

—¿Más vino, milord? —preguntó Bury, y le hizo una señal a Hazel para que abriera otra botella.

Podría haber ordenado que subieran fruta fresca, pero Bury quería exhibir la cocina del Simbad. El postre fue un conjunto de pasteles servido con café negro. Bury observó a Mercer con satisfacción. Un comedor de oficiales de la Marina no ofrece nada parecido. Sólo el mejor alojamiento de una nave de pasajeros de las Líneas Hamilton sería capaz de competir con el Simbad, y el crucero de línea realizaba escalas en cuatro planetas antes de llegar a Nueva Caledonia.

—Por supuesto, si ese joven cachorro de Arnoff se sale con la suya, se llamará Protoestrella de Arnoff —dijo Buckman.

Renner rió.

—¿Qué? Pero si fue su descubrimiento. Quiero decir, Jock podría argüir que deberían llamarla Protoestrella de Jock, pero en cuanto a los humanos...

—¿Perdón? —interrumpió Mercer—. He estudiado los registros de la expedición a la Paja, pero se me debe de haber pasado por alto ése.

—No me extraña —dijo Renner—. Mire, desde el sistema de la Paja se tiene una vista bastante profunda del Saco de Carbón. Mientras el resto de nosotros nos ocupábamos del súbito hecho de la existencia de una especie inteligente más vieja que nosotros, el doctor Buckman descubrió un coágulo en el Saco de Carbón. Fue capaz de demostrar que se trata de una protoestrella. Es un espesamiento del gas interestelar que está a punto de colapsarse bajo su propio peso. Un sol nuevo.

—Jacob, ¿de qué se trata lo de Arnoff? —preguntó Bury.

—Oh, ese joven idiota cree que me equivoqué en todo, y que la protoestrella va a comenzar a arder en cualquier momento.

—Pero seguro que tú lo habrías sabido —protestó Bury—. Disponías de los instrumentos de observación de la MacArthur.

—Parte de los datos se perdieron cuando abandonamos la nave —le recordó Buckman—. Aunque no fue así.

Uno de los motivos por los que a Bury le caía bien Buckman era porque sus intereses resultaban muy distintos. Era un hombre al que Bury no podía usar. Por lo tanto, se podía relajar cuando estaba presente Buckman.

De hecho, Bury le estaba prestando más atención a Mercer. Pero notó el modo en que las manos de Renner de pronto apretaron los bordes de la mesa.

—¿Qué? —preguntó Kevin.

—Algunos de los archivos de observación fueron transmitidos a la Lenin —respondió Buckman—. Entonces había Relojeros por toda la MacArthur y la información llegó en una sola tanda.

»Hace más o menos un año le hacían mejoras a la Lenin cuando descubrieron los archivos —Buckman se encogió de hombros—. Nada que yo considerara nuevo; pero ese sujeto, Arnoff, cree que tiene lo suficiente para establecer una nueva teoría.

—Jacob —dijo con suavidad Renner—, ¿no le gustaría vivir para verlo convertirse en una estrella?

Buckman se movió incómodo.

—Bueno, quedaría como un tonto, pero... de todos modos es imposible. A veces parece injusto. Mi Fyunch(click) creía que la quema de fusión comenzaría dentro de los próximos mil años. Desde entonces he repasado de manera repetida mis observaciones, y me parece que tiene razón. Me acerqué hasta ahí.

—Un Mediador. Tu Fyunch(click) no era en realidad un astrónomo. Era un macho, ¿verdad? Un macho sería demasiado joven para haber tenido práctica en algo.

—Los Mediadores aprenden a pensar como sus objetivos. El mío era un astrónomo, Kevin, por lo menos para cuando nos separamos.

—Mmh, mhh. ¿Conoce la Marina las teorías de ese Arnoff? —inquirió Renner.

—Supongo que alguien en la Oficina de Investigación observa las actualizaciones de los archivos de astrofísica —repuso Buckman—. ¿Por qué la Marina?

—¡Mierda de Gebil! Doctor, debe aprender a mirar fuera de su especialidad.

—¿Kevin? —demandó Bury.

—Si la protoestrella arde, tendremos nuevos senderos Alderson —dijo Renner.

—No sucederá —protestó Buckman.

—Un momento —pidió Mercer en voz baja—. Sir Kevin, ¿podría explicarse?

—Quizá deba disertar.

—Por favor, hágalo.

—Muy bien. Las naves viajan a lo largo de las líneas Alderson. Las líneas se forman entre las estrellas, en paralelo a líneas de flujo equipotencial. No explicaré eso, lo estudiaron en la secundaria, pero quiere decir que no se forman entre todas las parejas de estrellas. No todas las líneas sirven, porque si las densidades del flujo no son lo suficientemente altas, no llevarán nada lo bastante grande como para poder tener un impulsor a bordo.



»La Paja está ahí, con el Saco de Carbón de un lado y la supergigante roja, el Ojo de Murcheson, del otro. El Ojo es grande y brillante. Tan brillante que la única línea útil desde la Paja no sólo es en dirección al Ojo, sino que termina dentro de la supergigante. Es difícil para los pajeños tratar de usar esa línea. El bloqueo está para hacérselo todavía más difícil.

»Pero cuando la Protoestrella de Buckman arda, creará nuevas líneas.

—¿Hacia dónde? ¿A quién debo preguntárselo?

—Maldición si lo sé —repuso Renner—. Al doctor Buckman, quizá. Depende de los niveles de energía después de la ignición.

—Pero los pajeños podrían escapar —Bury tenía activada la manga de diagnóstico. Mostraba que se hallaba notablemente tranquilo, teniendo en cuenta la situación. Como si siempre hubiera sabido que escaparían.

—Sí —dijo Renner.

Mercer captó la atención de Hazel.

—Otro de ese excelente brandy, por favor. Gracias, Bury. En Palacio no hay ninguno mejor. Ahora bien, sir Kevin, a ver si lo he comprendido. Durante un cuarto de siglo el Imperio ha gastado miles de millones de coronas para mantener un bloqueo que contuviera a los pajeños, como alternativa a enviar una flota de batalla para exterminarlos. De repente, ahora usted dice que si la teoría del doctor Buckman es incorrecta, ese bloqueo no servirá para nada. ¿He hecho una exposición correcta?

—Como siempre temí —comentó Bury. Renner asentía, con una mueca que mostraba los dientes.

—Tonterías —insistió Buckman—. ¡Esa estrella no se colapsará en nuestras vidas, y no me importa lo buenos que sean sus doctores!

—Eso me resulta consolador —dijo Mercer—. ¿Entiende que como nuevo Gobernador General del Sector del Trans-Saco de Carbón, de forma automática pasaré a ser presidente de la comisión que establece la política sobre los pajeños? Yo creí que dicha política estaba establecida y consolidada. Las cuestiones políticas respecto de Nueva Escocia y Nueva Irlanda son más que suficientes para que se me vuelva a abrir la acera —bebió de la enorme copa que le había traído Hazel.

—Jacob —Bury sonó muy viejo—, una vez tuviste una idea distinta de la protoestrella.

—Oh, no lo creo.

—Fue hace mucho tiempo, y los recuerdos son falibles —dijo Bury. La mano se deslizó a la bola de información de su silla, y los dedos tocaron acordes complejos con los botones. La pared interior del casco del salón se hizo transparente.

Se formaron dos imágenes. Bury y Buckman, ambos veinticinco años más jóvenes, vestidos con ropas de a bordo anticuadas.

—Buckman, de verdad debería comer —dijo la imagen de Bury—. ¡Nabil! Trae sandwiches.

—Los oficiales me dejan usar el telescopio sólo cuando les viene bien a ellos —comentó el Buckman más joven—. Y también las computadoras. ¿Están disponibles ahora para usted?

—No. Tiene razón, por supuesto. Gracias. Lo que pasa... Bury, ¿es tan importante?

—Claro que lo es. Hábleme de ello.

—Bury. ¿conozco algo de astrofísica? —La imagen de Buckman no aguardó una respuesta—Ni siquiera Horvath piensa que él sabe más. Pero los pajeños... Bury, tienen un montón de teorías nuevas. Acompañadas por unas matemáticas nuevas. El Ojo. Hemos estado estudiando el Ojo desde la época de Jasper Murcheson. Siempre hemos sabido que algún día explotaría. ¡Los pajeños saben cuándo lo hará!

La imagen de Bury pareció aprensiva.

—Espero que no sea pronto.

—Dicen que el 27 de abril de 2.774.020 d. de C.

—Doctor...

—Oh, tratan de ser graciosos, pero... Maldición, Bury, se encuentran mucho más próximos a ella que lo que estuvimos nosotros, ¡y eso sí que pueden probarlo! Y luego está la

protoestrella —la imagen de Bury enarcó una ceja—. Hay una protoestrella ahí afuera —dijo Buckman—. Se está formando en el Saco de Carbón. Puedo probarlo. Está a punto de colapsarse.

El Bury más joven sonrió educadamente.

—Le conozco un poco, Jacob. ¿Qué quiere decir con que está a punto? ¿Tendrá tiempo para comer?

—Bueno, quise decir en algún momento en los próximos quinientos años. Pero los pajeños la han estado observando por largo tiempo. Mi... estudiante... ¿cómo se llaman?

—Fyunch(click) —dijo la imagen más joven de Bury. Los ojos de los presentes se volvieron al Bury vivo. ¿Podría un ser humano haber producido ese sonido?

—Sí. Dice que le llevará mil años, con un margen de error de más o menos cuarenta.

Un Nabil más joven apareció en la pantalla con sandwiches y un termo antiguo.

Bury tocó los controles y las imágenes se desvanecieron de la pared.

—¿Lo ves, Jacob? Fuiste conducido a tu teoría. Si te hubieran dejado solo, ¿qué podrías haber formulado?

Buckman frunció el ceño.

—No por los pajeños. Sus matemáticas.

—También informes de observación —intervino Renner—. De ellos.

—Bueno, sí... Sí, desde luego. Pero Kevin, usted...

—¿Qué?

—Está sugiriendo que mi Fyunch(click) me mintió.

—Jamás se me habría pasado por la cabeza —dijo Bury con suavidad— que mi Fyunch(click) no me mentiría. Kevin le gastó bromas, por supuesto. A lady Blaine ciertamente le mintió. Está grabado.

—Sí —Buckman no se veía contento—. Entonces Arnoff tiene razón.

—Jacob? Ven conmigo a bordo del Simbad al Ojo de Murcheson. Puedes obtener datos nuevos. Si eres capaz de destruir la reconstrucción de ese Arnoff, podrás pulirla y mejorarla hasta que media civilización piense que es tuya.

—Iré —repuso Buckman con presteza.

—Ese nerviosismo es un mal hábito, Jacob —dijo Renner.

—De cualquier modo, estoy cansado de repasar datos viejos.

—¿Cuándo afirma Arnoff que será la primera posibilidad... que este evento puede suceder? —preguntó Mercer.

—El mes pasado —respondió Buckman.

Mercer se mostró desconcertado.

—Entonces ya podría haber acontecido y nosotros no lo sabríamos. Creo que usted dijo que su protoestrella se hallaba a años luz de cualquier observador, ¿no?

—Oh —intervino Cziller—. No, milord. Desde los tiempos del Condominio se ha sabido que las líneas Alderson se forman de manera casi tan instantánea como pueda serlo algo en este universo.

—Hay una velocidad de propagación —informó Buckman—. Lo que pasa es que no sabemos cuál es. No hay modo de medirla —el astrofísico se quedó pensativo—. Todos los sucesos realmente interesantes acontecen en la última docena de años.

—Podrían estar teniendo lugar ahora —dijo Renner—. ¿Sabe lo que significa eso? Quizá sea importante hacer que una nave del Escuadrón de Eddie el Loco entre en el sistema de la Paja el tiempo suficiente para conseguir datos de la protoestrella.

—Alá sea misericordioso —dijo Bury. Se irguió de manera visible. Bueno, milord, le prometí una cena entretenida.

—Y ha cumplido esa promesa —afirmó Mercer.

—¿Me permite ofrecerle algo más? Hace tiempo que albergo la intención de ir a Nueva Caledonia. Sería más que un placer tenerle como invitado para el viaje.

—Es muy generoso de su parte —dijo Mercer—. Y me gustaría aceptar.

—¿Pero no lo hará? —preguntó Bury.

Mercer suspiró.

—Excelencia, soy un político. Creo que exitoso, pero aún un político. No sé cómo sucedió, pero usted se ha ganado un enemigo muy poderoso.

—El capitán Blaine —dijo Renner.

—El conde Blaine. Exacto. No necesito recordarle a nadie en este salón lo poderosa que es la familia Blaine. Como primeros miembros de la Comisión Imperial, ellos establecen la política de nuestras relaciones con los pajeños. El viejo marqués disfruta de una invitación permanente a Palacio. Con franqueza, no puedo permitirme el lujo de tener la oposición de ellos.

—No hay discusión alguna sobre ese punto —comentó Cziller.

Mercer se encogió de hombros.

—Excelencia, veo grandes beneficios en disfrutar de su amistad, y un viaje cómodo y directo con toda probabilidad sea el más insignificante de ellos, pero ¿qué puedo hacer?

—Deje que le aclare una cosa —intervino Cziller—. La gran, eh... desconfianza de Su Excelencia hacia los pajeños es bien conocida. Mi último puesto fue en Of Pla Doc —perdonen, la Oficina de Planificación y Doctrinas de la Marina—, y Bury, usted tenía a media docena de caros consejeros de relaciones públicas de Autoneética Imperial tratando de convencer a todo el mundo en la Marina.

—Imagino que me convertí en algo así como una broma —dijo Bury.

—Eso no, Excelencia. En absoluto eso. Pero tal vez dejamos de darle a sus hologramas una prioridad alta cuando mencionaban a los pajeños. Kevin, nunca supe que usted los consideraba una amenaza. Su informe de video no lo da a entender.

Renner asintió.

—Lo pasé muy bien en la expedición a la Paja, y supongo que eso es lo que se reflejó. Ese informe fue para los medios de comunicación. No lo hice para la Marina. En cuanto a eso, a veces he de calmar a Bury.

»Aun así, en la Compra de Maxroy fui yo quien se puso a gritar "¡Que vienen los pajeños!". No estoy ciego. Permítanme que aclare un par de puntos, ¿de acuerdo? Me encantan los Mediadores. En especial mi propio Fyunch(click), e imagino que se debe a mi narcisismo natural. Todos experimentamos lo mismo. A menudo tuve que recordar a aquél que cree que le gustan los pajeños que en realidad lo que le gustan son los pajeños Mediadores. Son los que llevan toda la conversación. Pero los Amos son los que toman todas las decisiones, y únicamente hablan con y a través de los Mediadores. ¿Ha quedado claro?

—Un punto que merece ser tenido en cuenta —comentó Cziller—. Milord, ¿sabía que los hijos de Blaine tuvieron niñeras pajeñas? No fue algo a lo que se le diera publicidad.

—Sí —dijo Renner—. Segundo, me gusta Bury. Los gustos difieren, pero me cae bien Horace Bury. No lo sabías, ¿verdad, Horace?

Bury sintió que las mejillas se le encendían.

—Nunca lo dijiste.

—No. Pero Bury es peligroso. Miren su historial. Y también los pajeños son peligrosos, y ahora no me refiero a los Mediadores, sino a una docena de especies que piensan como señores feudales, que roban a todo aquel que pase por sus dominios, y construyen como ingenieros idealizados, y llevan una tonelada de material en sus hombros, y ejecutan sus tareas agrícolas con un pulgar verde congénito, y luchan como sólo Dios sabe. Jamás hemos visto luchar a los Guerreros, pero si son tan buenos en la guerra como lo son los Ingenieros con sus remiendos... uff.

—No hay que olvidar su ciclo sexual —indicó Bury.

—Sí. Si no quedan embarazados, mueren de manera horrible. Si no es ése un problema de población, ¿qué lo es?

Cziller descartó la pregunta con un gesto.

—No nos hace falta esta disertación. Todo el mundo lo sabe. También sabemos cómo lo solucionan: guerras. Es el motivo por el que nos vimos obligados a encerrarlos. ¡Maldición! Supongo que es... alarmante pensar en Mediadores dando conferencias en el Instituto Blaine y educando a los pequeños Blaine. También hubo un Amo, pero tengo entendido que murió pronto.

—Los hijos de los Blaine. Nos encontramos con la joven Glenda Ruth. Se mostró agradecida por un regalo que le envié.

Cziller pareció pensativo.

—Milord, usted dijo que podía ver ventajas en la amistad de Su Excelencia.

—Bueno...

—Excúseme, milord. No lo cuestionaba. Yo también puedo ver ventajas —la expresión de Cziller fue sombría—. Miren, yo soy tan leal como cualquiera, pero no soy ciego. El Imperio no es tan eficiente como lo era hace treinta años. Cuando se descubrió por primera vez a los pajeños, Merrill era Virrey allí afuera, detrás del Saco de Carbón. Un viejo hombre de la Marina. Reunió una flota de batalla incluso antes de que Esparta supiera que había un problema. Usted ahora no podría hacer eso, milord.

—No, almirante, es probable que no pudiera —aceptó Mercer.

—Ni siquiera sería capaz de conseguir que Esparta reaccionara con tanta rapidez —continuó Cziller—. Es como si tuviéramos grasa en las arterias. Milord, si en verdad los pajeños son peligrosos, y si esa maldita estrella está a punto de permitirles salir, va a necesitar toda la influencia que pueda conseguir. Blaine y Bury juntos no serían demasiado.

Mercer asintió.

—No se lo puedo discutir, pero tampoco se me ocurre qué hacer. No sé por qué el conde desapruueba de manera tan rotunda al comerciante Bury.

—Yo sí —dijo Cziller—. Maldición, le prometí a Jennifer que no me metería en esto. En fin... Su Excelencia, ¿le pediría a su computadora que me ayude a realizar una llamada? A la Mansión Blaine.

—¿Tiene acceso? —preguntó Renner.

—Lo tenía. No puedo abusar del privilegio o cambiarán los códigos para mí.

Se volvió hacia Bury:

—Excelencia, creo que ya es hora de que usted y Rod Blaine mantengan una charla sobre Nueva Chicago.

El hielo subió por la columna vertebral de Bury, y vio que los indicadores se disparaban.

## 6. Las semillas de la traición

*Cada hombre ha de decidir por sí mismo qué está bien y qué está mal, qué curso es patriótico y cuál no lo es. No se puede esquivar eso y ser un hombre.*

Mark Twain

La sala de almuerzo informal del Deakenberg Club tenía frisos de nogal y estaba decorada con un tema que Renner no reconoció: cuadros de hombres con uniformes extraños, con pertrechos peculiares que incluían un guante muy grande para una mano y una pelota pequeña y blanca.

El mayordomo del club le condujo a una mesa. Glenda Ruth Blaine ya le esperaba. El mayordomo hizo una reverencia formal.

—Milady, su invitado.

—Gracias, William —dijo ella—. William, te presento al padrino de mi hermano, sir Kevin Renner.

—Ah. Encantado de conocerle, sir Kevin. ¿Envío al camarero, milady?

—Por favor —Glenda Ruth aguardó hasta que el mayordomo se hubo ido; luego esbozó una sonrisa repentina y amplia—. Le hemos alegrado el día. A William le encanta codearse con la aristocracia.

Kevin Renner se sentó. No pudo evitar pensar qué notablemente bonita era Glenda Ruth. No era hermosa al estilo de las revistas de moda. Era algo distinto, algo en torno a su sonrisa contagiosa. Por supuesto, sólo tenía diecisiete años estándar, pero parecía

mayor. ¿La influencia de los pajeños? Su madre no había sido mucho mayor, no más de veinticinco años, cuando fue al mundo de la Paja. Renner trató de recordar cómo había sido Sally Fowler.

Señaló la media docena de tenedores que había delante de él.

—¿No es demasiado caprichoso para el almuerzo?

Glenda Ruth le guiñó un ojo.

—Un sitio pomposo, pero fue el único que se me ocurrió donde te sería imposible pagar la cuenta.

—¿Eso es importante?

La sonrisa de ella se desvaneció ligeramente.

—Podría serlo. A papá no le gusta que aceptemos favores de Horace Bury. Suponemos que dispones de una cuenta de gastos.

—La tengo, pero ésta no es una cita de negocios. ¿O sí?

Ella se encogió de hombros.

—Podría serlo. Yo cogí la llamada del almirante Cziller. Después de que hablara con papá, le llamé de vuelta.

—Sí, imaginaba que le conocerías.

—Se puede decir que sí —soltó una risita—. Le llamé tío Bruno hasta los diez años... Aquí viene el camarero. Para mí un cóctel de champán. ¿Kevin?

—Un poco temprano para beber. Café, por favor.

—Sí, señor.

Glenda Ruth le volvía a sonreír.

—No hace falta que seas tan adulto.

—¿Eh?

—Saben cuántos años tengo. Mi cóctel de champán no llevará alcohol. Claro que algunos chicos le echan vodka de una petaca.

—¿Lo harás tú?

—Ni siquiera tengo una petaca.

—¿Influencia pajeña?

—No, ninguno de ellos lo mencionó jamás.

¿Mmh? Pero ella no bebía. Sin embargo...

—Claro. No entenderían la razón. Ellos comen, beben y respiran venenos industriales. Si no son lo suficientemente duros, mueren. ¿Para qué ir a buscar más?

Ella asintió.

—Eso suena correcto.

Kevin miró alrededor de la sala. Un sitio típico y aristocrático de almuerzos: mujeres caras y hombres muy ocupados. En realidad, no se fijó en ellos. Apartó la vista de la mesa para que no diera la impresión de que miraba a la chica con la que estaba, y la verdad era que deseaba mucho observarla. Era de lejos la mujer más atractiva de la sala. Probablemente la más cara, pensó Kevin. Sus ropas eran bastante sencillas: un vestido de tarde de lana oscura que le caía a la perfección, recalcando su femineidad sin ser sexy de manera manifiesta. La falda llegaba a la rodilla, algo conservadora para la moda actual, aunque tendía a resaltar las pantorrillas y los tobillos. Las joyas que llevaba eran sencillas también, pero incluían un par de pendientes a juego de piedras refractarias de Xanadú que valían lo suficiente como para comprar una casa en el planeta natal de Renner.

—Un largo viaje desde la Compra de Maxroy —comentó Renner.

—O desde Nueva Caledonia.

—Cierto. ¿Cuánto tiempo estuviste allí?

—Casi no lo recuerdo —repuso Glenda Ruth—. Papá consideró que Kevin Christian y yo debíamos crecer en Esparta en vez de en las provincias —se encogió de hombros—. Supongo que tenía razón; no obstante, ahora que papá y mamá no están en la Comisión, me preocupan los pajeños.

—No están en la Comisión, pero aún disfrutan de bastante influencia —indicó Renner—, tal como Bury y yo descubrimos.

—Sí. Siento mucho lo que pasó.

—Bueno. ¿Para qué querías verme? —preguntó Renner.

—Eddie el Loco.

—¿Eh?

—En el Instituto dijiste que no entendemos a Eddie el Loco. ¿Se supone que fracasa?

—Sí, imagino que dije eso.

—Yo sólo he conocido a tres pajeños —señaló ella—. Creo que entiendo a Eddie el Loco, pero no estoy segura. Tú conociste a un montón de pajeños...

—No durante mucho tiempo. No demasiado bien.

—Lo bastante bien como para entender a Eddie el Loco.

—Como para no entenderlo, en realidad.

—Sabes lo que quiero decir. Corrían una docena de historias sobre Eddie el Loco. La mayoría están grabadas y yo las tengo. Por ejemplo, la historia que te contaron a ti.

Extrajo su computadora de bolsillo y garabateó en ella durante un momento. Una imagen se elevó sobre el mantel.

Renner había cogido esa secuencia directamente de los registros de la MacArthur, tal como fueron transmitidos a la Lenin. Hablaba una forma retorcida de piel marrón-y-blanca, un Mediador pajeño.

«Renner, debo hablarle de una criatura legendaria. Le llamaremos Eddie el Loco, si le parece. Es un... es como yo, a veces, y es un Marrón, un sabio idiota remendón, a veces. Siempre hace las cosas equivocadas por excelentes razones. Hace las mismas cosas una y otra vez, y siempre traen el desastre, y él jamás aprende».

La imagen saltó un poco. Renner había montado eso para las vacaciones de verano.

«Cuando una ciudad se ha excedido tanto en su crecimiento que se encuentra en peligro inmediato de colapso; cuando la comida y el agua fresca entran en la ciudad a un ritmo apenas suficiente para alimentar a cada boca, y cada mano ha de trabajar de forma constante para que siga así... Cuando todo el transporte está ocupado en trasladar los suministros vitales, y no queda ninguno para sacar a la gente de la ciudad en caso de que surgiera la necesidad..., entonces es cuando Eddie el Loco conduce a los basureros a la huelga para conseguir mejores condiciones laborales».

Glenda Ruth lo desconectó.

—Lo recuerdo —comentó Renner—. Mi introducción a Eddie el Loco. Una vez que supimos qué preguntar, obtuvimos más. El pajeño de Jack Sinclair habló de fundir el suministro de tornillos para fabricar un destornillador. El Mediador del padre Hardy habló de una religión que predicaba la abstención sexual. En ese momento no sabíamos cuán grotesco era eso para los pajeños.

—Sí, pero sabes que jamás averiguamos mucho más al respecto —dijo Glenda Ruth—. Entonces, ¿por qué afirmaste que se supone que Eddie el Loco ha de fracasar? ¿Es que los pajeños no lo admiran? Jock ciertamente sí.

—Tú sabrás más que yo. Aunque sí, creo que admiran a alguien lo bastante loco como para pensar que todos los problemas tienen solución. Lo cual no significa que esperen que el universo coopere.

—No, claro que no. Pero sigue sorprendiéndome.

—Los Ciclos —dijo Renner—. Es lo único que tienen para la historia. Eddie el Loco cree que él puede cambiar todo eso. Acabar con los Ciclos. Desde luego que lo admiran. También saben que está loco, y que nunca ocurrirá.

—Pero quizá ahora nosotros dispongamos de la solución: los parásitos.

—Sí, he pensado en ello —comentó Renner.

El camarero trajo café, y una copa alta de champán con algo centelleante y rosa para Glenda Ruth. Kevin pidió distraído, su mente alejada de la comida.

—Tú conociste a dos Mediadores —continuó—. Claro que no llegaste a conocer bien a Iván.

—No. Era... más distante. Los Amos lo son.

—Y los Mediadores hablan por ellos —afirmó Renner—. Eso es más obvio en la Paja que lo que te habría resultado a ti aquí. Aunque es algo que no te atreves a olvidar. Toma

el ejemplo de tu parásito. Jock no puede hacer ningún trato que sea valedero para los Amos de la Paja.

—Sí...

—También está la cuestión de cómo llegará tu parásito a la Paja. Dudo que la Marina permita que vaya alguna nave hasta allí.

—Hablé con el tío Bruno esta mañana —reveló Glenda Ruth.

—¿Eh?

—La protoestrella. Cuando se active, los pajeños escapan. Debemos hacer algo antes de que eso suceda. Estoy segura de que el almirante Cziller se encuentra hablando ahora mismo con todos sus compañeros de promoción.

—¿Se moverá algo pronto?

—Claro que no. Esparta no funciona así. Habrá que discutirlo en la Marina, luego en Palacio, y después entrarán en juego los políticos.

—Por fortuna quizá no se colapse pronto. ¿O Jock sabe algo?

Ella sacudió la cabeza.

—No lo sabe, y no habría podido saberlo. Puede que Iván conociera cosas que se suponía que nosotros no debíamos averiguar, pero Jock y Charlie, jamás. Además Iván no era un astrónomo. Era imposible que lo fuera. Los Guardianes por lo general no son curiosos.

El camarero trajo el almuerzo. Glenda Ruth habló durante toda la comida, sonsacando a Renner, hasta que éste se dio cuenta de que casi le había contado todo lo que alguna vez hubiera pensado sobre la Paja.

«Es una oyente malditamente buena. Le interesa lo que dices. Claro que sí... En ella es difícil distinguir entre una actuación y algo que no lo es. Quizá nada de su actitud lo sea».

Ella aguardó hasta el postre para decir:

—Bruno comentó que deseaba poder ir contigo. A la Paja.

—No vamos a ir a la Paja; sólo hasta el Escuadrón de Eddie el Loco. Quizá ni siquiera hasta allí, si tu padre no levanta el veto. Sabes que está bloqueando el viaje. ¿Puedes hablar con él?

—Puedo hablar, pero no servirá de nada. No me escuchan mucho. Pero lo intentaré. Si logro que papá dé su consentimiento, ¿puedo ir contigo?

Renner consiguió bajar la taza de café hasta la mesa sin derramar nada.

Glenda Ruth miró desafiante a su madre.

—De acuerdo. No dejaréis que Kevin y Horace Bury vayan. No iré con ellos. Iré con Freddy.

—¡Freddy!

—Por supuesto. Tiene una nave.

—Y bastante buena —comentó Rod Blaine. La mirada de Sally le silenció antes de que pudiera decir nada más.

—No vas a atravesar media galaxia con ese...

Glenda Ruth ladeó la cabeza.

—¿Freddy? No puedes quejarte de su posición social. Su familia es tan importante como la nuestra. También casi igual de rica. Cuando fuimos más allá de la luna durante una semana en las vacaciones de primavera, no te pusiste a buscar enloquecida un insulto apropiado.

—Él... —Sally se contuvo—. Es bastante distinto estar en una nave pequeña durante meses.

—Si lo que te preocupa es mi reputación, podemos llevar a un chaperón. O a una de mis amigas del instituto. Jennifer, por ejemplo. Y a su madre.

—Eso es absurdo. Jennifer no se lo puede permitir.

—Yo sí, madre. Cumpliré dieciocho años dentro de dos semanas, y dispondré de mi propio dinero. El tío Ben me dejó bastante, ya lo sabes.

Rod y Sally intercambiaron miradas.

—¿Qué tiene que decir al respecto el padre de Freddy? —inquirió Sally.

—En cuanto a eso, ¿se lo has preguntado a Freddy? —intervino Rod—. Sé que no se lo has preguntado a Bury.

—No cree que deba preguntárselo a nadie —dijo Sally.

Glenda Ruth rió.

—Freddy estará encantado de llevarme a cualquier parte, y lo sabéis. Y a su padre no le importa lo que haga mientras no se aliste en la Marina.

—Algo que no hará —dijo Rod.

—Porque sabe que allí no serviría para nada —comentó Glenda Ruth.

Sally agitó la cabeza.

—No sé qué ves en Freddy Townsend...

—Tú no, madre. No es un héroe como tú, o como papá. Pero me gusta. Es divertido. Y a Jock le cae bien.

—Debe gustarte mucho si estás dispuesta a encerrarte en su yate durante varios meses —indicó Rod—. Y no creo que lo hicieras para un viaje a Santa Ekaterina. Cosita...

—Por favor, no me llames así.

—Lo siento, Princesa.

—Sigue adelante y retuércete, milord, pero tarde o temprano tendrás que pensar en mí como una adulta. Dos semanas de práctica, milord Blaine.

Blaine se recuperó de prisa, aunque durante un instante había quedado golpeado.

—Glenda Ruth —dijo—, sé por qué Bury quiere ir a Nueva Caledonia. Desea inspeccionar la Flota de Bloqueo. Pero ¿por qué tú? ¡La nave de Freddy no puede ir hasta el punto de bloqueo! Se encuentra dentro de una estrella, y la última vez que le eché un vistazo ese yate no tenía un Campo Langston.

—Quiero ver a mi hermano. No he de visitar la Flota de Bloqueo para eso. Él va a Nueva Cal dos veces al año.

Sally resopló.

—Tu hermano; sí, seguro. Lo que quieres es ir a la Paja.

—Chris también querría —indicó Rod—. Pero ninguno de vosotros va a hacerlo.

—Es persuasiva —comentó Sally—. Y también Chris. Juntos...

—Sea juntos o por separado nuestros hijos no van a convencer a la Marina —dijo Rod—. Prin... Glenda Ruth, esto es una tontería. Estás trastornando a tu madre. No irás a Nueva Caledonia.

—Sí que iré. No quiero empezar una pelea, pero, de verdad, ¿cómo podríais detenerme? Dentro de dos semanas dispondré de mi propio dinero —sonrió—. Por supuesto, podría casarme con Freddy...

Sally se mostró horrorizada; luego se rió.

—Si lo hicieras te estaría bien merecido.

—De todos modos, no tengo por qué hacerlo.

—Ya te han aceptado en la Universidad —apuntó Sally.

—Sí, y asistiré, pero no ahora mismo —Glenda Ruth se encogió de hombros—. Un montón de chicos se toman un *wanderjahre* antes de empezar el colegio. ¿Por qué yo no?

—De acuerdo. Seamos serios —dijo Rod—. ¿Por qué?

—Me preocupan los pajeños —repuso Glenda Ruth.

—¿Por qué habrían de preocuparte los pajeños? —preguntó Sally.

—Política. Creciendo en esta casa, he visto un montón de política delante de mis narices. Cuando el Parlamento empiece a debatir el coste de la Flota de Bloqueo, podrá suceder cualquier cosa. ¡Cualquier cosa!

»Suponed que consideren que cuesta demasiado. No sólo van a retirar a la flota de vuelta a Nueva Cal. Sabéis que no. Van a... —calló.

—¿Van a qué? —inquirió Sally.

—Llamarán a Kutuzov —su voz no fue más que un susurro.

Sally frunció el ceño y miró a Rod.

Éste se encogió de hombros.



—El almirante se retiró hace mucho. Es demasiado viejo. Tanto como Bury, creo. Lo último que supe de él era que aún seguía en activo en la política de Santa Ekaterina, pero no viene por aquí.

—Él organizó Humanidad Primero —dijo Glenda Ruth.

Rod frunció el ceño.

—No sabía que él estuviera detrás de ese grupo. ¿Cuán cierta es esa información?

—Me lo contó Freddy, pero tuve la oportunidad de confirmarlo. Sir Radford Bowles habló en nombre de Humanidad Primero en el simposio de la Universidad de Esparta. Freddy me llevó. En el té que se dio después discutí con él. Le observé bien. Ha cogido algunos de los hábitos del almirante Kutuzov.

Rod sacudió la cabeza, sonriendo.

—Yo destrocé la primera sonda pajeña, de modo que la Liga de la Humanidad quiso mi pellejo. ¡Ahora esa caterva de Humanidad Primero quiere usar las investigaciones del Instituto Blaine para aniquilar a los pajeños!

—No se trata de que tú no puedas ganar —comentó Glenda Ruth—. Son los pajeños los que perderán. Y no hay motivo para ello.

—No hay ningún pajeño —dijo Rod.

—Papá...

—No como tú lo expones. Hay montones de pajeños, de acuerdo. Un planeta lleno de ellos. Aún hay más en los cúmulos de los Puntos Troyanos y en las lunas de la gigante gaseosa. Pero no hay una única civilización pajeña, Glenda Ruth. Nunca la hubo, nunca la habrá. Cada Amo es independiente.

—Lo sé.

—A veces me pregunto si es verdad que lo sabes.

—¡Papá, sé más de los pajeños que tú! He leído todo, incluyendo tus interrogatorios, y crecí con pajeños.

—Sí. Tuviste a los Mediadores pajeños como amigos y compañeros. A veces me pregunto si eso fue una buena idea —indicó Rod—. A tu madre no le gustó mucho el asunto.

—Lo acepté —dijo Sally—. Glenda Ruth, piensas que sabes de los pajeños tanto como nosotros. Quizá tengas razón. Aunque quizá no. Sólo has conocido a tres de ellos. Y únicamente a dos bien. Y quieres jugar con las vidas de toda la especie humana...

—Oh, madre, para ya con eso. ¿Cómo voy a jugar con algo? Ni siquiera puedo llegar a Paja Uno. Papá lo sabe.

Rod asintió.

—Es bastante difícil. La Flota de Bloqueo está ahí tanto para mantener a los comerciantes imperiales fuera como para mantener a los pajeños dentro. Lo que está claro es que no irás a la Paja en el yate de Freddy Townsend.

—Entonces, ¿puedo ir a Nueva Caledonia?

—Creí que no nos dejabas ninguna elección.

—Papá, mamá, preferiría tener vuestra bendición.

—¿Por qué? —preguntó Rod Blaine.

—Si todo lo demás fallara, podría venir corriendo de vuelta en busca de vuestra ayuda. Algo podría salir mal. No estoy lo suficientemente loca como para creer que es sencillo.

—Rod... Rod, ¿es segura esa nave? —inquirió Sally.

Glenda Ruth sonrió.

La limusina aterrizó en el techo del Instituto Blaine. Con cortesía, tres guardias de seguridad ayudaron a Bury a ocupar su silla de viaje y le escoltaron a los ascensores. No había ninguna recepcionista. Cuando Bury entró en el ascensor, un guardia sacó unas insignias y se las pasó a él y a Renner.

«Bien. Correcto de manera formal». Bury deseó que el almirante Cziller hubiera venido a la reunión. Cziller entendía. Bury no estaba seguro por qué, pero era obvio que entendía. Y tanto Blaine como Renner le respetaban.

La puerta del ascensor se abrió. Otros dos guardias uniformados les escoltaron corredor abajo hacia el despacho de Blaine. No había nadie más en el corredor.

Los guardias abrieron las puertas sin llamar.

Los dos Blaine se hallaban presentes. Bury sintió algún alivio. «Ésta es una tarea imposible, pero sin ella sería el doble de dificultosa. Cualquier cosa que pueda decirle a él, ella podría vetarla. Sólo Alá es capaz de persuadir a aquellos que no escuchan, y él no escucha».

Lady Blaine servía café. No había hablado ni con Bury ni con Renner, y también se prescindió de los apretones de manos.

Los Blaine llevaban unos atavíos tipo kimonos en fuerte contraste con las túnicas de etiqueta que lucían Bury y Renner. Horace había visto ropas similares a esos kimonos en las calles de Esparta, e incluso en restaurantes. Resultaban aceptables para recibir a invitados, pero no eran ni amistosas ni formales.

Bury jamás había visto a Roderick Blaine en manga corta. Un tejido cicatrizado suave y lampiño subía desde los nudillos por su brazo izquierdo hasta perderse debajo de la manga; y cuando Bury entendió por qué, supo que había perdido.

Aceptó café. Era excelente... un Jamaica Blue Mountain. Bury sostuvo la taza ante su cara durante un momento adicional para cobrar fuerzas.

—Muy bueno. ¿Es un Sumatra, quizá, mezclado con café negro local?

La totalidad de la cosecha Blue Mountain había estado reservada para Esparta, el Palacio y los nobles, durante quinientos años. Bury lo reconoció..., aunque no se suponía que debiera hacerlo.

—Kevin —dijo el conde—, tengo entendido que usted está de su lado.

Renner asintió.

—Sí, capitán. Vine con él. Quiero ver la flota de bloqueo en acción. Quiero saber si está preparada para algo completamente inesperado. Capitán, anoche hablamos un poco, y se revelaron algunas cosas. ¿Ha conversado algo con Jacob Buckman, el astrónomo?

—No, desde luego que no. ¿Quién lo haría?

—Yo —murmuró Bury.

—Excúseme, Su Excelencia.

Renner rió.

—Dos monos verdes. ¿Qué clase de compañía podía encontrar cada uno a bordo de un crucero de combate de servicio? —Bury le miró con ojos centelleantes. Renner continuó—. Ninguno de nosotros sabía por qué Bury iba a bordo. Supongo que Jack Cargill sí lo sabía, pero lo único que usted nos dijo fue que Su Excelencia era un invitado, y que no debía abandonar la nave. Nunca llegué a averiguar...

—De acuerdo —interrumpió Rod Blaine—. ¿Comentó Buckman algo que mereciera especial atención?

—Eso creímos —repuso Renner—. Se encontraron en la Lenin unos datos viejos de la Protoestrella de Buckman. ¿Recuerda el coágulo que había en el Saco de Carbón, de veinte años luz de profundidad y un año luz de ancho?

Sally Blaine se mostró desconcertada. Lord Blaine asintió sin entusiasmo.

«Ve al grano», quiso gritar Bury, pero permaneció sentado con los labios sellados. Había acordado dejar que Renner iniciara la conversación.

—Es una protoestrella, una estrella nonata —explicó Renner—. El pajeño de Buckman afirmó que ardería dentro de unos mil años. Buckman lo confirmó. Y ahora hay un individuo joven que cree que es capaz de demostrar que sucederá mucho antes, y está usando observaciones procedentes de la MacArthur.

—¿Y cuál es el problema? Seguirá siendo la Protoestrella de Buckman.

—Será una estrella T Tauri, capitán. Muy brillante. La segunda pregunta es cuándo. La mano que aprieta es, ¿está la flota de bloqueo preparada para tratar con varios puntos de Salto nuevos?

Los labios de Blaine se movieron en silencio. «Puntos de Salto nuevos...»

—Por los dientes de Dios.

La taza de café tembló en las manos de Sally Blaine.

—Kevin Christian...

—Sí —dijo Blaine—. De acuerdo, le debo una disculpa a Cziller. ¿Qué tan válido es esto?

—Milord —intervino Bury—, fue una noche muy larga. Pedí el trabajo de ese Arnoff y lo repasé con Jacob pegado a mi hombro. Señaló ecuaciones y las comparó con las suyas. Yo no entendí nada, pero sé esto: emplearon ambos los mismos datos de observación, aunque Jacob usó datos adicionales, más viejos, que obtuvo de los astrónomos pajeños.

—Podrían haber sido falsificados —Blaine se sentó a su escritorio—. Lo que significaría que estuvieron listos para recibirnos desde el primer momento en que nos vieron. Comprendieron el modo en que se podía usar la protoestrella. Antes que nosotros.

—Conocían el Impulsor Alderson —indicó Renner—. Ellos lo llamaron el Impulsor de Eddie el Loco. Hace que las naves desaparezcan. Pero ya sabían cómo construirlo, y no lo habrán olvidado.

—Ciclos —comentó Sally Blaine—. Juegan con ellos. Los usan. Podemos preguntarle a Jock...

—Lo haremos —afirmó Blaine—, aunque conocemos la respuesta que obtendremos. Buckman recibió datos manipulados.

Bury se encogió de hombros.

—Los pajeños le mienten a sus Fyunch(click). ¿Quién lo sabría mejor que nosotros?

Sally asintió con expresión sombría.

—No les gusta... —dijo, y vio el destello de la sonrisa de Bury.

Rod Blaine terminó su café antes de volver a hablar.

—De acuerdo, Kevin. Ha establecido su punto. Y bastante bien, por cierto. El gobierno debe hacer algo al respecto. Llamaré a Palacio tan pronto hayamos finalizado aquí, pero eso sigue sin aclararme por qué usted. Por qué Bury. Por qué el Simbad.

—Una por vez —repuso Renner—, ¿de acuerdo? Primero, ha de enviar a Buckman. Necesitamos nuevas observaciones, y alguien que las interprete.

No hubo ninguna interrupción. Continuó:

—Segundo, el sistema de Nueva Cal debe de estar preparado. Sin importar cómo escapen los pajeños —y ello incluye cualquier cosa que puedan intentar, capitán, con o sin protoestrella—, tendrán que pasar por Nueva Caledonia. Ahí es a donde conduce el punto de Salto crucial, hasta donde yo soy capaz de distinguir en primera instancia.

»Conocimos a Mercer, el nuevo Gobernador General. Lo tuvimos a bordo del Simbad anoche. Es un político, capitán. Agudo, pero todavía un político. No es un hombre de la Marina. Posee el sentido de escuchar, pero aún tienes que hablar despacio, repetirte y usar palabras sencillas. Hay que explicarle las cosas.

—¿Y?

—Dispondremos de tiempo para influir en él si viaja con nosotros a Nueva Cal. Una vez que lleguemos allí, hay una cierta reportera de boca grande llamada Mei-Ling Trujillo que se está empleando al máximo para cortarle los fondos a la Flota de Eddie el Loco. Ha sido tanto el alboroto que ya ha causado, que Cunningham desea enviarla a visitar la Flota. Ella tiene el poder; podría descubrir algo que le guste, y por lo menos la mantendría callada durante un tiempo.

»Cuarto, está Bury. Si usted no ha visto su historial, yo se lo puedo contar. Ha sido un agente endemoniadamente efectivo para el Imperio. Más que yo. Ahora uno de sus mejores agentes ve una amenaza para el Imperio y quiere investigar. Yo también.

—Entiendo —Blaine miró a Bury. Su expresión era cualquier cosa menos amigable—. Parece que tomamos una buena decisión sobre usted tantos años atrás.

—Eso parece, milord.

—Sigo sin confiar en usted.

—¿Confía en mí, capitán? —demandó Renner.

—Eh...

—Y mientras estamos en el tema, ¿confiar en quién para hacer qué?

—Claro que confío —repuso Blaine—. Cree que toda la nobleza espartana trabaja para usted. De acuerdo, no me importa que me supervisen. Quizá ello hace que el Imperio sea

más fuerte. Pero... —se encaró con Bury—. Excelencia, no tengo la certeza de que usted desee que el Imperio sea más fuerte.

—Si veintiocho años de servicio... —comenzó Bury, y se quedó sin palabras. Si veintiocho años de contener la oscuridad no bastaban, entonces... no había nada que decir.

—¿Lo ve? —Blaine trataba de mostrarse razonable—. No necesitamos enviar a Buckman, Kevin, en caso de que usted arreglara las cosas para que sólo acepte ir con Bury.

—No, capitán, es simplemente así. Él...

—Podemos mandar a Arnoff. O a muchos otros. Kevin, tengo buenas razones para no confiar en Bury, y muy pocas para lo contrario.

Renner elevó la voz.

—Capitán, durante veintiocho malditos años hemos estado ahí afuera trabajando para el Imperio...

—Kevin, es imposible que me convenza de que no lo ha disfrutado —comentó Sally.

—Bueno, de acuerdo, lo hice —Renner bebió su café—. Capitán, hablemos de su brazo un momento.

Blaine contó mentalmente hasta tres. Luego preguntó:

—¿Por qué diablos quiere hablar de mi brazo?

—Bueno, primero porque lleva manga corta. Y ahora recuerdo que cuando regresó a bordo de la MacArthur en Nueva Chicago, llevaba un gran cabestrillo acolchado. ¿Cómo recibió esas cicatrices? ¿Tuvo algo que ver con la revuelta?

—¿Por qué no se ciñe al tema, Renner? —inquirió Blaine.

Bury deseaba lo mismo con todo su corazón. Era inútil. No había intentado callar a Renner en un buen rato, y comprendió que ya sería tarde.

—Nadie lleva manga corta para recibir a alguien que no le cae bien —repuso Renner—. Creo que sus cicatrices pueden tener algo que ver con la actitud que muestra aquí. ¿Fue una quemadura que atravesó los escudos? Ya no pasa.

—Sí. En Nueva Chicago. El Campo Langston recibió un torpedo, tuvo un punto caliente, y atravesó el casco. La llama me pegó la manga del traje presurizado al brazo.

—Y ahora están blindando todas las naves de la Marina con superconductores pajeños.

—Sí. Entiéndalo, ello no significa que ya no nos mata. Sólo no nos hiere. El calor en el Campo Langston hace que todo el casco aumente de temperatura. Hasta que se vuelve demasiado caliente. Entonces deja de ser un superconductor, y todo el mundo se fríe.

—¿Y las mangas?

El conde se frotaba el puente de la nariz. Ocultaba un poco su expresión.

—Yo... supongo que me mostraba beligerante. No pensaba mencionarlo, pero maldita sea si iba a dejar que Su Excelencia lo olvidara. Ha sido mezquino de mi parte. Kevin, jamás dejaría que una vieja animosidad se interpusiera en el camino de los objetivos imperiales. Creía que usted lo sabía. Bury era un prisionero en la MacArthur. Era sospechoso de instigar la revuelta de Nueva Chicago.

—Y usted estuvo en uno de los campos prisión —le dijo Renner a Sally Blaine.

—Estuve con una amiga, y ella jamás volvió a casa —explicó. Entrecerró los ojos—. Y él es culpable como el infierno. ¡Empujó a todo un mundo a la revuelta sólo para hinchar su ya hinchada fortuna!

—Mmh —musitó Renner—, no es así.

—Tuvimos la prueba de ello —indicó el conde—. Se la mostramos a él. La usamos con el fin de que trabajara para nosotros... ¿Qué?

Lady Blaine había apoyado la mano sobre la muñeca cicatrizada de su marido.

—Kevin —interrumpió—, ¿qué quiere decir con no es así?

—Le conozco desde hace más de veinticinco años. Bury quiebra las reglas por suficiente dinero, pero no había bastante dinero involucrado en el asunto. No podía haberlo. Nueva Chicago no es rico. Nunca lo fue, ¿verdad?

—Bueno, sí, una vez... ahora que lo pienso...

—Capitán, nosotros hemos detenido revueltas. ¿Sabe qué es lo que las causa? Bury sí. ¡Las malas cosechas! Es una vieja tradición: cuando las cosechas fallan, la gente de-

pone al rey. Créame, si Nueva Chicago estaba preparado para la revuelta, entonces lo más probable es que no mereciera la pena robarlo, no para la gente como Horace Bury.

—De acuerdo, Bury —repuso Blaine—. ¿Por qué? Nunca se lo preguntamos.

—No les habría contestado. ¿Por qué testificar en mi contra? —Blaine se encogió de hombros—. ¿Me escuchará, entonces? —preguntó Bury. Lanzó una mirada a su manga de diagnóstico. Había fijado alto los reguladores; no quería estar demasiado tranquilo. Nada había saltado aún. Bien.. —Hace treinta y cinco años, milord —prosiguió—, usted tendría unos doce años cuando yo entré en la política de Nueva Chicago. Desde luego, no actuaba por mí mismo.

—Entonces, ¿para quién? —exigió Sally.

—Para Levante, milady. Y para todos los demás árabes que representa Levante.

—¿Usted era de la OLA? —preguntó Blaine.

—Milord, yo era presidente delegado de la Organización de Liberación Árabe.

—Ya veo —repuso con cautela Blaine.

—De modo que, si usted lo hubiera averiguado, mi vida de todas formas habría estado perdida —dijo Bury. Se encogió de hombros—. Ser miembro de la OLA entró en la amnistía, por si se le ocurre hacerme algo ahora.

—Le creo —comentó Blaine—. Pero ¿qué demonios hacía la OLA en Nueva Chicago? No era un planeta árabe.

—No —corroboró Bury—. Pero antaño había sido una fuente de naves. Doy por hecho que conoce muy poco de la historia de Nueva Chicago.

—Casi nada —reconoció Blaine—. Sólo fui allí a pelear, y Lady Blaine tiene recuerdos dolorosos.

Bury asintió.

—Entonces, permita que le cuente una historia, milord. Nueva Chicago se estableció tarde, bastante después de la formación del Primer Imperio. Se hallaba lejos, detrás del Saco de Carbón: un mundo insignificante, asentado por colonos norteamericanos; pero, en su administración, formaba parte de la esfera de influencia rusa. Esto es importante porque los rusos apoyaban una economía planificada y lo que planificaron para Nueva Chicago fue que sería una fuente de suministro de naves para la expansión futura del Imperio.

—Era de esperarse —indicó Renner—. Estaba en el borde de la frontera.

—¿Adónde quiere llegar? —demandó Sally Blaine.

—Una fuente de suministro de naves —continuó Bury con cautela—. En su mayoría, la gente del Primer Imperio eran colonos. No astronautas entrenados. La tecnología de los trajes espaciales y de los hábitats no había avanzado tanto como la de las naves espaciales que usaban el Impulsor Alderson y el Campo Langston. En Nueva Chicago los metales se consiguen con facilidad. Las fundiciones se podían construir. Los colonos disfrutaban de una gravedad decente y de unas razonables condiciones terrestres. Las regiones de minerales expuestos se encuentran al este de una buena tierra de cultivo, y hay un seguro viento del este que se lleva el hedor industrial. Milord, nadie sabe más que yo de Nueva Chicago.

—Cinturones locales de asteroides.

—Sí, exacto. Los trajes espaciales y los hábitats mejoraron. Los hijos de los colonos fueron entrenados como astronautas. Por supuesto, la siguiente generación comenzó a establecer minas en sus propios cinturones locales de asteroides. Nueva Chicago había construido fundiciones y astilleros y enseñó a su gente los conocimientos, pero, mientras tanto, todos los sistemas solares colonizados construían sus naves espaciales en los asteroides. Nueva Chicago estaba preparado para una prosperidad que jamás tendría lugar.

»Entonces el Primer Imperio se vino abajo. A Nueva Chicago le fue bastante bien fuera de las Guerras de Secesión.

—Oh —musitó Lord Blaine.

—¿Lo comprende? La prosperidad de Nueva Chicago surgió durante la primera crisis. Ahí fue cuando mi abuelo estableció su primer contacto con el planeta. Él fue uno de los fundadores de la OLA.

Sigo sin entenderlo —dijo Sally—. ¿Qué quería la OLA de Nueva Chicago?

—Naves.

—¿Por qué?

—Todo el género humano necesita naves. Ciertamente, Levante y los otros mundos árabes las necesitaban. Entonces, más adelante, cuando se proclamó el Segundo Imperio, hubo otra razón para ello. Nueva Chicago era nuevo para el Imperio. Ahí había una fuente de naves que jamás había figurado en ningún archivo Imperial.

Lord Blaine se mostró desconcertado.

—¿Imposible seguirle la pista? —preguntó Sally.

Bury asintió.

—Un mundo Exterior preparado para fabricar naves, desesperado por clientes.

Sally alzó la vista al techo.

—Fyunch(click).

—Listo.

—¿Bajo qué clase se admitió a Levante en el Imperio?

—Primera. Pleno autogobierno, con capacidad interestelar.

—¿Con naves de Nueva Chicago? —preguntó Blaine.

Bury se encogió de hombros.

—De cualquier planeta, cuando el soporte vital falla.

—Pero eso fue mucho antes de la revuelta —indicó Blaine.

—Sin duda, milord. Fue en época de mi padre. Ahora bien, analícelo en términos de hace treinta y cinco años. Hoy usted ve al Imperio en pleno éxito. Le invito a que lo haga como lo veíamos nosotros entonces.

—¿Cómo era? —inquirió Rod Blaine.

Vio que Sally asentía.

«Lady Sally está entrenada en antropología. ¿Será de utilidad eso?», pensó Bury.

—Milord, su Segundo Imperio se hallaba en sus inicios. Se había proclamado cristiano, y si no recuerda la historia de los cruzados, le aseguro que nosotros, los árabes, la recordamos bien. Ya habían incorporado a Dyan al Imperio, y ascendido a varios judíos a altos puestos en su ejército y armada. ¿Por qué, en nombre de Alá el Misericordioso, alguno de nosotros habría confiado en ustedes?

—Cálmate —le pidió Renner.

Bury bajó la vista a los resplandecientes gráficos.

—Estoy bien. De acuerdo, milord, por fin lo sabe. Sí, yo ayudé a instigar la revuelta de Nueva Chicago, y para usted debió haber sido según los motivos más siniestros. De haber trinfado la revuelta, Nueva Chicago habría sido un mundo Exterior, con una economía basada en la fabricación de naves y sed de clientes. Naves no registradas, en caso de que Levante las necesitara, en caso de que las negociaciones con el Imperio fracasaran, o en caso de que el Imperio se colapsara bajo sus propias ambiciones elevadas. ¡En verdad, el Imperio del Hombre! Bien podríamos habernos visto obligados de nuevo a proclamar una jihat sin ejércitos, sin naves, sin nada salvo el valor de nuestros jóvenes por las armas.

—¿Y ahora? —preguntó Blaine.

Bury se encogió de hombros.

—El Imperio ha tenido éxito. Nosotros no les caemos bien. Socialmente somos de segunda clase, pero legalmente tenemos los derechos que nos prometieron. Nuestros planetas se autogobiernan, con gente de nuestra propia religión. La amenaza ahora proviene de la Paja, no de Esparta. Ya no hace falta la Organización de Liberación Árabe, y durante los últimos doce años he dirigido su liquidación.

—¿Tú eres su presidente, Horace? —demandó Renner.

—No de nombre.

—Claro. Tampoco eres el presidente formal de la Asociación Imperial de Comerciantes. ¡Santo barbo!

—Kevin, nosotros hemos dirigido la liquidación del grupo de Nassari. No quiso abandonar sus ambiciones. Yo hice...

—Hiciste que yo descubriera datos y le entregara a los Imperiales. Tú no podías ir a decirles «Nassari ya no acepta mis órdenes», ¿verdad?

—Hice lo que tenía que hacer, Kevin —Bury se volvió hacia Blaine—. ¿Lo comprende? Disponíamos de un medio para conseguir naves desconocidas. Nueva Chicago ya no tiene sitio para tales intrigas, pero sí podrían existir en otro mundo, o en un cinturón de asteroides, o en una nube de Oort cerca de una vieja supernova. Si los hombres quieren naves, o si los pajeños quieren naves de fabricación humana, entonces... entonces usted debe usar a Horace Bury, el espía.

En un silencio incómodo el conde Blaine preguntó:

—Su Excelencia, de forma específica, ¿cuáles son sus ambiciones?

—¿Planes o ambiciones? —quiso saber Bury.

—¿Eh?

—No sé lo suficiente para tener planes específicos. Pero ya he averiguado más sobre la amenaza pajeña que lo que Mercer sabía. O usted, milord. Poseo alcance, dinero, y entre Alá, mis médicos y esta silla, poseo energía. Me propongo emplear todo eso al servicio Imperial.

Entonces aguardó. Blaine meditaba.

—Retiraré mis objeciones —anunció Blaine, ignorando un leve sonido de protesta de Lady Blaine—. Eso es todo lo que haré, pero espero que les permita llegar hasta la flota de bloqueo. Dios sabe qué pretende conseguir allí. No pierda más tiempo que el que sea imprescindible.

—Gracias, milord —dijo Bury.

Sally esperó a que se cerrara la puerta. Entonces exigió:

—¿Por qué?

—Tú lo oíste todo.

—Pero, Rod, ¿qué ha cambiado? ¡La revuelta en Chicago, el baño de sangre, los campos prisión, él lo provocó todo! ¡Violó a un mundo y mató a Dorothy!

—Quizá yo hubiera hecho lo mismo al servicio del Imperio. Yo podría haber estado en la tripulación de la Lenin cuando Kutuzov incineró Istvan hasta sus cimientos rocosos. Bury ya no es un delincuente oportunista. Defendía su tierra natal.

—Levante.

—¿Mmh? Pero es su mundo. La clave es la lealtad. Era un enemigo; ahora es un aliado. Protege al Imperio para proteger a Levante. El enemigo de mi enemigo es mi amigo. Ve al Imperio como a un amigo, el único aliado contra los pajeños.

—Podría cambiar de nuevo.

—¡Ja! Sí. Pusimos a Renner a vigilarlo, y Renner lleva haciéndolo durante un cuarto de siglo. Quizá exista algo que pueda hacer cambiar la lealtad de Bury, pero no en el bloqueo. Allí no conseguirá nada, salvo una exhortación y algo de política, pero no causará ningún daño. El bloqueo es lo único que se alza entre Levante y los pajeños.

—Si Bury pudiera ver a los pajeños como nosotros... ¿Rod? ¿Cómo ves tú a los pajeños? —Rod no respondió—. Destruyeron tu nave, y nunca lo olvidarás. Creo que amabas a la MacArthur más que lo que nunca me has amado a mí. ¡Pero hemos encontrado la solución!

—¿De verdad? Funciona en los Mediadores. Lo desconocemos respecto a los Amos. No sabemos si los Amos la aceptarían aunque funcionara. La llamarían una solución de Eddie el Loco.

—Funcionará. Tiene que funcionar.

—Sally, dependemos del bloqueo. Dentro de unos pocos años quizá ya no lo tengamos... o dentro de cien años, o de uno. Y ya sabes el tiempo que tardará Esparta en decirse a hacer algo. Renner y Bury...

Ella asintió despacio.

—Acción, no charla —Rod miró hacia el techo—. Fyunch(click).

—Listo.

—Instrucciones generales, a todos los jefes de departamento. Listar equipo y personal esenciales para traslado del Instituto a Nueva Caledonia.

—Recibido.



## TERCERA PARTE EL FOSO ALREDEDOR DEL OJO DE MURCHESON

*A la pregunta: ¿qué deberemos hacer para ser salvados en este Mundo?, no hay otra respuesta que no sea ésta: Contemplad vuestro Foso.*

George Saville, Marqués de Halifax

### 1. Nueva Irlanda

*El necio preguntará:*

*«¿Qué es lo que ha hecho que el fiel se desvíe de la alquibla hacia la cual solía rezar?».*

*Responded:*

*«A Dios pertenecen Oriente y Occidente.*

*Él guía a aquel que desea el sendero que es recto».*

Al-Qur'an

El hiperespacio enlaza sólo puntos específicos. El tiempo necesario para viajar de un punto Alderson a otro es inmensamente breve; pero una vez que se ha dado ese Salto, la nave debe avanzar por el espacio normal hasta el siguiente punto Alderson. Ello puede requerir desde semanas a meses, dependiendo de la geometría Alderson, la velocidad de la nave y la logística.

El Simbad era más veloz que la mayoría de los cruceros de pasajeros, y Bury había arreglado un encuentro con otras naves de su flota que portaran suministros y combustible, de modo que el crucero pudiera ir por la ruta más directa posible; y aun así el viaje duraba lo suficiente como para poner nerviosos a todos. Mantenían las formas de cortesía; pero todo el mundo estaba contento de que el generoso tamaño del Simbad permitiera cierta intimidad.

Sin embargo, Renner notó que la singular amistad entre Bury y Buckman se mantenía tan fuerte como siempre; y si el nuevo Virrey se estaba cansando de que le contaran historias del comercio Imperial por un lado y las insensateces de la política científica Imperial por el otro, no mostró señales de ello. Hacía tiempo que Renner se había acostumbrado a excusarse rápidamente después de la cena de etiqueta.

Le alegró poder anunciar el último Salto.

—Tendrá lugar alrededor de la medianoche, hora de la nave —dijo—. Tomen sus pastillas para dormir y pásenlo descansando.

—Ojalá pudiera —dijo Ruth Cohen—. Y no creo que alguna vez me acostumbre a la conmoción del Salto.

—Puedes pasarlo durmiendo, pero no te acostumbrarás a él —comentó Renner—. No es algo a lo que uno sea capaz de acostumbrarse. En cualquier caso, éste es el último durante algún tiempo.

—Una de mis naves debería estar esperando —dijo Bury.

Renner asintió.

—Sí. Lleva un buen rato aguardándonos. Hemos recibido un mensaje que informaba que pasó hace tres semanas.

Bury hizo una mueca.

—Una cita cara. Ah, bueno. Gracias, Kevin.

Una voz débil y chillona sonó por toda la nave, primero en árabe, luego en inglés: «¡La oración es mejor que el sueño! ¡Venid a rezar! Yo doy testimonio de que el Señor nuestro Dios es el único Dios. Yo doy testimonio de que no hay otro Dios que Alá, y Mahoma es el Profeta de Alá. Venid a rezar. ¡Dios es grande! ¡La oración es mejor que el sueño!».

Ruth Cohen se irguió de golpe en su lecho.

—¿Qué diablos...?

La nave se hallaba en caída libre. El cobertor de velero la había mantenido cómodamente en la cama, y se había acostumbrado tanto a los cambios de gravedad durante las últimas semanas que el que quitaran la rotación de la nave no la había despertado. Debíó hacerse con mucha suavidad. Se dio cuenta de que estaba sola en la cama. «Y también dormí durante el Salto».

Kevin Renner entró flotando desde el camarote contiguo en el momento en que la débil y monótona recitación cesó.

—Shh.

—Pero...

—Horace tiene visitantes. Socios, o parientes, quizá las dos cosas, que vienen de Levante en la nave de suministro. Bury se encarga de que Nabil haga de almuecín cuando quiere parecer un musulmán convencional. Lamento no haber podido avisarte, nos enteramos cuando acoplamos las naves, y entonces estuve muy ocupado.

—Pero...

Renner sonrió.

—No apreciarían que el piloto del Simbad duerma con una concubina.

—Yo no soy...

—Bueno, yo lo sé y tú lo sabes, pero ellos no. De todas formas, lo retiro. No les escandalizará que tenga una concubina. Pero puede que no les agrade tu nombre.

—¿Nombre?

—Tú eres de Dyan.

—No soy de Dyan. Soy de Nueva Washington.

—Lo sé.

—Y soy una oficial de la Marina, en misión —bajó la vista a su conjunto transparente de harén e intentó sonreír—. Bueno, no de servicio en este momento... Kevin, esto no es gracioso.

—Bueno, quizá no. Por lo menos no resultó difícil calcular la dirección.

—Kevin...

—Apunta hacia la Tierra y quedas de cara tanto a Jerusalén como a La Meca. No hay diferencia desde aquí. La misma alquibla.

—¿Qué tiene eso que ver con todo?

—En una ocasión leí sobre el tema —dijo Renner—. Cuando Mahoma fue por primera vez a Medina, predicó que los judíos y los fieles eran un solo pueblo, todos descendientes de Abraham, y que todos tendrían un Mesías. Tal vez él mismo, pero ese punto no quedó establecido. Un Dios, Alá, que era igual que el Jehová judío. Mahoma honró el Torá. Rezó mirando a Jerusalén.

—¿Jerusalén? Kevin, ¿por qué estamos hablando de esto?

—Para que no caviles con tristeza por ser insultada.

—Sigue sin gustarme.

—Claro que no. Tampoco le gusta a Bury, porque eres su invitada. Si insistes en comportarte como tal, Bury cooperará contigo. No obstante, sólo Dios sabe lo qué le costará.

—Oh —Ruth subió la sábana hasta la barbilla y se contoneó metiéndose más aún bajo el cobertor que la sujetaba al colchón—. De acuerdo. Cuéntame más. ¿Te lo estás inventando?

Renner sonrió.

—No. Tengo entendido que en Medina hay una mezquita famosa que se llama las Dos Alquiblas...

—Alquibla. ¿Dirección?

—Sí, aspecto. Dirección hacia la que mira la mezquita. Mahoma envió cartas a los líderes judíos invitándolos a que se unieran a él. No aceptaron. Dijeron que uno tenía que ser un hijo de Jacob para heredar el reino y obtener todos los beneficios de las profecías, y los árabes no cumplían con los requisitos, ya que sólo eran hijos de Abraham.

—Y a nadie le importaron las hijas.

—En lo más mínimo. Durante un par de años se pusieron de cara a Jerusalén, no a La Meca, para rezar sus oraciones. Pero cuando los judíos rechazaron su oferta, Mahoma meditó con amargura en ello. Una mañana, Mahoma se encontraba en medio de sus oraciones, de cara a Jerusalén, y de pronto giró para quedar de cara a La Meca. Todos los demás también lo hicieron, por supuesto. Y ésa es la razón por la que luchan los árabes y los judíos.

—Jamás había oído esa historia.

—No obstante, es verdad —Renner pareció pensativo—. Y también una buena cosa. ¿Te imaginas qué le habría pasado a Europa si los judíos y los musulmanes hubieran estado del mismo lado? En cualquier caso, ésa es la historia de las Dos Alquiblas. Y ahora pasemos a la parte divertida.

—¿Parte divertida?

—Durante las siguientes dos semanas tendremos esta nave prácticamente sólo para nosotros dos. La nave de suministro no es la única que Bury ordenó que le encontrara en este punto. Tiene una nave hospital que haría que a los médicos de la Marina se les hiciera la boca agua. En unas tres horas, Horace, el Virrey y Buckman van a subir a bordo del Misericordia de Alá, y para cuando lleguemos a Nueva Irlanda serán hombres nuevos.

—Vaya. ¿No estás incluido tú?

Renner sonrió.

—¿Qué pasa, no te gusta el viejo?

—Bueno, mi opinión consta oficialmente, pero no me parece muy justo.

—¿Y quién te haría compañía? En realidad, me reconstruyeron poco antes de que fuéramos a la Compra. Habrá tiempo para los retoques cuando nos encontremos en órbita y me halle libre del servicio de navegación. Pero estaremos bastante solos con el personal la mayor parte del trayecto a Nueva Irlanda.

—Supongo que es mejor así. No estoy segura de querer estar junto a un Kevin Renner con más energía de la que ya tienes.

**NUEVA CALEDONIA:** Sistema estelar situado detrás del Saco de Carbón con una estrella primaria F8 catalogada como Murcheson A. La lejana binaria, Murcheson B, no forma parte del sistema de Nueva Caledonia. Murcheson A tiene seis planetas en cinco órbitas, con cuatro interiores, un vacío relativamente ancho que contiene los restos de un planeta no formado, y dos exteriores en una relación troyana. Los cuatro interiores se llaman Conchobar, Nueva Irlanda, Nueva Escocia y Fomor, en su orden a partir del sol, que localmente se conoce como Cal, o Viejo Cal, o el Sol. Los dos del centro están habitados, ambos terraformados por los científicos del Primer Imperio después de que Jasper Murcheson, que estaba emparentado con Alejandro IV, persuadiera al Consejo de que el sistema de Nueva Caledonia sería el sitio adecuado para establecer una Universidad Imperial. Ahora se sabe que el principal interés de Murcheson era tener un planeta habitado cerca de la supergigante roja conocida como el Ojo de Murcheson. Y que al no quedar satisfecho con el clima de Nueva Irlanda, también demandó la terraformación de Nueva Escocia.

Fomor es un planeta relativamente pequeño casi sin atmósfera y con pocos rasgos interesantes. Sin embargo, posee diversos hongos que biológicamente están relacionados con otros hongos encontrados en el sector Trans-Saco de Carbón.

Los dos planetas exteriores ocupan la misma órbita y se llaman Dagda y Mider, siguiendo con la nomenclatura mitológica celta del sistema. Dagda es un gigante gaseoso, y el imperio mantiene estaciones de combustible en sus dos lunas, Angus y Brigit. A las naves comerciales se les advierte que Brigit es una base de la Marina a la que no pueden aproximarse sin autorización.

—Algo que no tendremos que hacer gracias a la nave de suministro de Bury —comentó Renner, borrando la pantalla—. Somos autosuficientes durante todo el trayecto hasta Nueva Irlanda.

**NUEVA IRLANDA:** Segundo planeta del sistema de Nueva Caledonia. Nueva Irlanda fue terraformado por los científicos del Primer Imperio bajo la influencia de Jasper Murcheson, y fue el emplazamiento original de la división de la Universidad Imperial en el Trans-Saco de Carbón hasta que el campus se trasladó a Nueva Escocia.

Las áreas habitables de Nueva Irlanda son comparativamente pequeñas y están confinadas a las zonas templadas adyacentes al único mar importante. El clima en la zona habitable es cálido y agradable. La tierra es fértil y hay pocos insectos u otros predadores. Las producciones de las cosechas son altas.

Nueva Irlanda se unió a los Secesionistas y continuó la guerra mucho después de que tanto Nueva Irlanda como Nueva Escocia hubieran quedado aislados de sus respectivos aliados.

Desde la destrucción sufrida durante las Guerras de Secesión se ha reconstruido poca industria. En un principio se debió a la oposición de Nueva Escocia, pero aparentemente en la actualidad es por propia decisión del Parlamento Neoirlandés. Por lo tanto, Nueva Irlanda sigue siendo un planeta atrasado, con el turismo como la mayor fuente de ingresos de divisas.

Nueva Irlanda, y en particular la región conocida como Derry, es un lugar muy solicitado por las tripulaciones de la Marina Imperial para disfrutar de sus permisos en tierra.

El salón B del Simbad era una plataforma añadida y tenía forma de haba. Ruth Cohen había hecho transparente la pared. Andrew Mercer la encontró leyendo una pantalla, con las estrellas centelleando a su alrededor y el Saco de Carbón a su espalda. La negrura en la otra dirección era el lado nocturno de Nueva Irlanda.

Había estado observando el Saco de Carbón de manera intermitente desde que el Simbad arribara al sistema de Nueva Cal. Prefería no reconocer que la vista le ponía incómodo. La vasta mancha negra se extendía a través de treinta grados de cielo con la forma de un hombre encapuchado con un resplandeciente ojo rojo. El Ojo de Murcheson, la supergigante roja, tenía una mota amarilla: la Paja. Y Ruth era una niña en brazos del Hombre Encapuchado, su cara espectralmente iluminada desde abajo por la pantalla de la computadora.

Mercer se situó a su lado para mirar por encima del hombro de ella.

—Saludos, Su Alteza —dijo Ruth.

—No hasta dentro de dos horas más. No seré Virrey hasta que aterricemos.

—Pero lleva tres semanas en el sistema de Nueva Cal. Y sé que ha estado leyendo informes y transmitiendo instrucciones.

Mercer se encogió de hombros.

—Dos de ellas las pasé en manos del genio de Bury —se irguió—. ¿Parezco distinto?

—De hecho, sí. No mucho, pero lo noto. Me pregunto cuánto mantendrá Bury la Misericordia aquí.

—Tengo entendido que cierto tiempo. Planea ciertos retoques. ¿No piensa pasar usted por el tanque?

—Puede que lo haga una vez que nos establezcamos; no es una oportunidad que tendré muy a menudo. Así que mañana es el gran día. ¿Por qué Nueva Irlanda en vez de Nueva Escocia?

—En realidad, fue sir Kevin quien lo sugirió. Después de meditarlo, me pareció una buena idea llevar a cabo la instalación formal en Nueva Irlanda. Curaría las viejas heridas. Es dejar que los neoirlandeses sepan que son aceptados. Aun cuando no pueda empezar a trabajar hasta que lleguemos a Nueva Escocia.

—Bueno, Trujillo llegó aquí primero.

—¿Eh?

Ruth retrocedió hasta el comienzo del artículo. Mercer leyó por encima de su hombro.

«Fecha: 32-10, 3047. Derry, Nueva Irlanda. Mei-Ling Trujillo.

»Su Alteza llega mañana. No sólo se trata de la primera visita oficial de un Virrey Imperial a Nueva Irlanda desde que terminaran las guerras, sino que Arthur Calvin Mercer se instalará formalmente como Virrey para los Dominios de Su Majestad Más Allá del Saco de Carbón en el edificio del Parlamento de Nueva Irlanda.

»Está claro que el gobierno espera que el acto sea un gran acontecimiento y se ha esforzado al máximo por traer a invitados oficiales como testigos del suceso. Habrá tres días de festivo oficial. La sucursal de Nueva Cal de la Asociación Imperial de Comerciantes ha preparado fuegos artificiales y paga un banquete de un día entero.

»No hay duda de que entre la gente más importante de Nueva Irlanda el evento será el espectáculo más grande desde que el Terrible bombardeó Derry y terminó con la secesión de Nueva Irlanda hace ochenta años.

»En la ceremonia de mañana, la Flota estará representada por tres naves, siendo la más grande un crucero ligero. Parece que ninguna otra de las que hay en los astilleros de Nueva Escocia se halla en buen estado para la navegación espacial. Cuando Su Alteza haya tenido suficiente de pompa y ceremonia y desee ponerse a trabajar, podría empezar por investigar los registros del superintendente de los astilleros.

»Mientras tanto, para la mayoría de los habitantes de Nueva Irlanda todo sigue como de costumbre en sus inusuales negocios. Durante cincuenta y seis años la provincia de Derry ha sido visitada por el personal de la Marina en sus permisos de tierra. No siempre fueron bienvenidos; pero siempre han sido la fuente del dinero, y éste cura muchas heridas. En la actualidad Derry es famosa por la calurosa acogida que les da.

»Las cicatrices de la visita del Terrible hace tiempo que han desaparecido. Por doquier en el planeta la mayor parte de la cuidadosa terraformación de Murcheson también ha desaparecido, dejando vastas regiones desérticas. Pero desde la cima del Risco del Romance, Derry sigue pareciendo una tierra de cultivo que se extiende muchos kilómetros en todas las direcciones. La ciudad no es una masa única; alarga brazos por las crestas de las colinas, con la tierra de cultivo abajo.

»En las calles es muy distinto...

»Las prostitutas tienen un aspecto sano. Interrogue a varias, y siempre tuve la sensación de que se reían de mí. Incorruptas. Parte de la respuesta radica en que jamás fui capaz de encontrar a una por dos veces. «Venimos en un viajecito de un día, y quizá ganamos algo de dinero. Luego es regresar al trabajo con los cerdos y el maíz», me contó Deirdre.

»Ella sabe quién es su padre. Jaynise no. Las dos consideraron que era una pregunta extraña.

»Si caminan por las calles de Derry descubrirán que no hay ningún burdel, aunque hay manzanas enteras de hoteles que proporcionan cuartos por noche o por horas. La mayoría dispone de un servicio de habitaciones espléndido.

»Se estima que el técnico espacial medio dejará tres meses de su paga en Derry. Si en ello incluyen a los suboficiales, el hombre medio de la Marina se gasta aquí casi mil ochocientas coronas. A propósito, es una media bastante alta. La gente de la Marina ahorra para sus visitas, pero también juega mucho.

»Los hombres de la Marina —no he encontrado a ninguna mujer que reconozca estar interesada en Derry— tienden a gastar en exceso, pero no todo es vino y mujeres. «Yo siempre voy al Palacio del Sueño», me contó el guardamarina al que llamaré Carlos Meredith. «Te dejan llevar tus propios cassettes de juego, interconectarlos y jugar con los nativos. A los lugareños les encanta cualquier cosa nueva de Esparta. Por lo general, yo gano siempre el primer día».

»Luego encuentra a una chica, se va a dormir y vuelve al día siguiente y pierde lo que le queda. «Los nativos son bastante rápidos con un juego nuevo».

Ruth alzó la vista hacia Mercer.

—Hay más, pero aquí está lo importante —fue hasta el final del archivo.

«Tienen mucho de lo que preocuparse en la Residencia Oficial del Gobernador, pero en la Flota sólo hay un tema de conversación. ¿El nuevo Virrey cerrará definitivamente Derry?»

—Bali —musitó Mercer.

—¿Señor? —preguntó Ruth.

—No puede hablar en serio. Ningún columnista podría ser lo bastante torpe como para creer que mi primera orden sería la de clausurar la única cosa que hace que el servicio en el bloqueo resulte tolerable.

—Oh.

—No habrá mucho trabajo para usted aquí —indicó Mercer—. No hay Exteriores por ninguna parte, y no veo cómo el Servicio Secreto podrá descubrir algo más de la Paja. Quizá encuentre una intriga en Nueva Irlanda.

—Puede que no sea tan gracioso. Ya no hay muchos en activo, pero la Alianza Rebelde aún existe, ¿sabe?

—Le tiraron una bomba al Gobernador Smelev. Pero eso fue hace veinte años. Creo que lo peor de lo que tenemos que preocuparnos en Nueva Irlanda es de quedarnos demasiado rezagados de nuestras oportunidades.

El intercom salvó a Ruth de tener que responder.

—Por fin han llamado —anunció la voz de Renner—. Todo el personal, preparado. Ruth, ven aquí. No sabes cómo robar una nave espacial hasta que eres capaz de aterrizar una.

Las ceremonias de inauguración habían comenzado al mediodía y duraron seis horas. Los famosos se habían ido por sus propios caminos. Ahora los camiones se movían por entre las barricadas alineadas a lo largo de Skid Street. El sol todavía estaba bien alto.

Kevin y Ruth paseaban por la calle principal. Ahí se hallaba la Nave Descendente, un hotel compuesto de edificios de dos plantas distribuidos en cuadrados, con jardines en medio y rampas aéreas enlazando los techos. Kevin se preguntó cuánto cobraban por habitaciones con vista a Skid Street. Un hotel más alto podría haber obtenido unos beneficios considerablemente mejores un día como éste..., pero nada se levantaba alto en Nueva Irlanda, ni quiera el Palacio.

Los camiones se abrían como flores. Ruth y Kevin se detuvieron para observar cómo se desplegaba uno. En unos pocos minutos se había convertido en una panadería, y los juguistas lo atestaron para comprar pan recién hecho. Kevin compró una hogaza, la partió en dos partes y le pasó una a Ruth.

Comieron.

—De acuerdo, no te dan esto a bordo de una nave —comentó Ruth—. Busquemos algo de fruta fresca.

—¿Crudités?

Renner tiró lo que le quedaba de la hogaza y la guió al puesto de verduras. Los camiones habían tenido el mismo aspecto; ahora todos los puestos de repente florecientes eran distintos, y los camiones en el interior se habían desvanecido. Mientras caminaban comieron zanahorias y un rábano del tamaño de una cabeza humana.

—Huelo carne —dijo Kevin—. Ven.

—No todo es sexo aquí —afirmó Ruth.

El repentino mercado ya estaba lleno de mujeres, jóvenes y de mediana edad, que iban desde las graciosas hasta las hermosas, pero en general todas atractivas. Los hombres en uniforme de la Marina se detenían para hablar y encontraban compañía fácil.

—Yo jamás conseguí un permiso de tierra en Nueva Irlanda —indicó Kevin—. Todos sabíamos que eso era lo que deseábamos. Cocina casera, comida fresca y sexo sano.

Resulta difícil decir qué es lo que más quiere un hombre de la Marina, después de un año de comer bioplast y filetes de levadura. Y marihuana. Incluso un poco de borloi. Me han contado que también te puedes emborrachar, aunque tienes que ir tú a buscar el licor, pero sin los rituales, si entiendes lo que quiero decir. No hay bares.

—Y por fin estás en Derry; sin embargo, ahora tienes a una mujer colgada del brazo.

—De algún modo lo resistiré. Además está la cena. ¿Qué demonios es eso... o era?

El cuerpo de un animal más o menos del tamaño de un buey se asaba sobre un fuego. ¿En plena calle? Sí, pero el fuego ardía sobre metal reforzado, el lado bajado de otro camión. Los neoirlandeses mantenían las cosas aseadas. El musculoso propietario les cortó dos porciones y las selló en plástico. Siguieron andando.

—Hablando de sexo —dijo Kevin—, ¿qué te pareció Trujillo?

—Creo que ese aspecto nunca pasa de moda.

—¿Eh?

—Nada de maquillaje. Lo más probable es que tú pensaras que era descuidada. Parece un ratón; no obstante, lleva un vestido tenue sin ropa interior. Atrae a los hombres. Funcionó contigo, ¿no?

—Recibido.

Ruth suspiró.

—Sólo funciona cuando eres joven. Quizá acepte la oferta de Bury. Mira, malabaristas.

—Te gustó?

—¿Trujillo? No se supone que deba gustarme. No es amiga de la Marina. Pero la respuesta sincera es que no tuve muchas ocasiones de hablar con ella.

—Las tendrás.

—¿Kevin?

—Hace unas semanas ella solicitó pasaje para el Escuadrón de Eddie el Loco. Todos llegamos a la conclusión de que podía viajar a bordo del Simbad.

—Oh.

—Fue idea de Bury. Quiere convertirla para que odie a los pajeños —Renner se rió entre dientes—. Sangre fresca para Su Excelencia. Mercer oyó el discurso de Horace tan a menudo que estaba dispuesto a gritar si alguien mencionaba a los pajeños. Ya le ha enviado una invitación.

—Hmm. Y no me has dicho si te atrae. Creo que será mejor que vaya de compras. ¿O no debo molestarte?

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que los dos sabemos que esto no dura para siempre. ¿Cansado de mí?

—Todavía no. ¿Quieres cortar?

—Todavía no —ella asintió pensativa, y luego sonrió—. Entonces lo dejaremos así.

Renner sacó su computadora de bolsillo.

—Según el artículo de la señorita Trujillo, la Luna de Ladrillo sirve alcachofas de dieciocho maneras distintas. Servicio de habitaciones en el hotel de al lado. ¿Interesada?

—Mmh. Maldición, has conseguido que piense como tú.

—¿De qué modo?

—Quiero ver cómo reacciona el conserje cuando te vea entrar con competencia extraplanetaria.

## 2. La Comisión Alta

*El arte de poner al hombre adecuado en los puestos adecuados es lo primero en la ciencia del gobierno; pero el encontrar el puesto para el descontento es lo más difícil.*

Talleyrand

NUEVA ESCOCIA: Tercer planeta del sistema de Nueva Caledonia. Originalmente sin vida, con una atmósfera cargada de metano y vapor de agua, Nueva Escocia fue terraformado por masivas infusiones de microbios creados por ingeniería genética.

Los primeros colonos vivieron bajo cúpulas...

La ciudad principal de Nueva Escocia estaba dominada por el Palacio Virreinal. Se erigía en el centro de una serie de anillos concéntricos; de forma muy parecida a las ciudades medievales de la Tierra, el crecimiento de Nueva Escocia se veía dominado por las tecnologías de defensa de la ciudad.

Renner puso a la pequeña nave de aterrizaje a volar en un amplio círculo para disipar su velocidad. Señaló hacia un conglomerado de pequeños edificios fuera del último anillo.

—Eso es todo lo que hay de nuevo desde que estuve aquí. Para que se larguen a construir fuera del Campo de protección, deben creer que la guerra por fin ha acabado.

—Eso es lo bueno que han conseguido los pajeños —comentó Ruth Cohen—. Han hecho que Nueva Escocia y Nueva Irlanda piensen «nosotros» el uno del otro. Salvo en los partidos de fútbol.

—Suelen ser bastante duros, ¿verdad? Pero es mejor que tirarse bombas entre sí. Bueno, un poco mejor, en cualquier caso.

Pero los pajeños nunca construirían de ese modo, pensó. No construirían lo que no pudieran defender.

El vehículo completó su circuito de la ciudad. Renner lo llevó a la zona de aterrizaje fuera del complejo de granito negro de la Residencia del Gobernador. Unos aburridos marines de guardia se fijaron en el uniforme de la Marina de Ruth Cohen y en las costosas ropas de civil de Renner; con indiferencia cogieron sus tarjetas de identidad y las insertaron en los lectores de la computadora, miraron la pantalla y les dejaron pasar al patio. Atravesaron una puerta acristalada que los condujo a un laberinto de pasillos. Renner intentó abrir el camino hacia la sala de reuniones de la Comisión, pero pronto se perdió. Por último dejó de buscar.

—Ah. Ahí hay un guardia.

Les indicó que debían ir a otra parte del edificio. Ruth Cohen se rió entre dientes.

—La última vez que estuve aquí fue para una asamblea en la Sala del Consejo —indicó Kevin—. El salón grande con una cúpula. Cualquiera era capaz de encontrarlo. ¿Cómo iba a saber que habían trasladado la Comisión al Anexo?

En contraste con la Gran Sala del Consejo, el salón de reuniones de la Comisión era estrictamente funcional. No había ningún trono. El sitio del Virrey era sólo un sillón en el centro de la mesa enorme. La mesa del consejo era sólida. Podría ser de madera, pero a Kevin no se lo pareció. Las sillas para los consejeros se hallaban detrás de ésta. Delante había asientos para un público de alrededor de cincuenta personas. Unas pantallas grandes, ahora en blanco, dominaban ambas paredes.

Apenas habían entrado en el salón cuando un hombre alto, que empezaba a quedarse calvo, vestido con un traje oscuro y conservador, avanzó y extendió la mano.

—Kevin. Por Dios, tiene buen aspecto —calló para mirar a Renner—. Y también llamativo.

Renner frunció el ceño durante un momento; luego sonrió.

—Jack Cargill. Me alegro de verle —se volvió hacia Ruth—. El capitán..., supongo que ahora es «almirante», ¿verdad? —Cargill asintió—. Ruth Cohen, te presento al almirante Cargill. Jack era el segundo comandante de la MacArthur —explicó—. ¿Sigue usted aún en el Escuadrón de Eddie el Loco?

—No, estoy en la Comisión Alta.

—Cielos. Es usted importante. Y pensar que en una ocasión compartimos camarote.

—Aquí hay otro miembro de la Comisión que usted conoce —informó Cargill—. David —indicó a un hombre corpulento, medio calvo y con ropas clericales.

—Padre Hardy —dijo Renner—. Vaya, me alegro de verle de nuevo. ¿Qué han hecho, llenar la Comisión con tripulantes de la MacArthur?



—No, nosotros somos los únicos —repuso David Hardy—. Y yo no estoy seguro de por qué capacidad me encuentro aquí.

Renner notó la gran cruz pectoral en la sotana de Hardy.

—Todo el mundo ha sido ascendido. Obispo, ¿eh? ¿Le beso el anillo, mi señor?

Hardy sonrió.

—Bueno, tiene mi beneplácito para hacerlo, pero ciertamente usted no pertenece a mi congregación.

—¿Señor?

—Soy obispo misionero para Paja Uno. Desde luego, no tenemos a ningún converso.

—¿Está seguro de ello? —preguntó Renner.

—De hecho, no —repuso Hardy—. Jamás supe qué le pasó a mi Fyunch (click). No es que fuera en realidad un converso. De cualquier modo, quizá me encuentre aquí como representante de la Iglesia o como el único experto en semántica que visitara jamás Paja Uno... Ah —se volvió hacia la puerta cuando ésta se abrió—. Aquí hay alguien con el que debe encontrarse de nuevo. Seguro que le reconoce.

Era un oficial naval alto, de uniforme. Parecía joven para ser teniente, aunque el padre de Kevin Christian Blaine había sido capitán de corbeta sólo con un par de años más, y capitán de la MacArthur un año después. La aristocracia recibía ascensos, pero también era destituida del servicio si no lograba mantener el nivel. «O así solía ser», pensó Renner.

—Su ahijado, tengo entendido —decía Hardy.

—Bueno, no es que haya cumplido con muchos de los deberes del puesto —comentó Renner. El apretón de manos de Blaine fue firme—. Ésta es Ruth Cohen. ¿Cómo estás, Kevin?

—Muy bien, señor. Aprecié mucho lo que me envió por mis cumpleaños. Algunas de las cosas más extrañas..., y también los hologramas. Sí que ha viajado, sir Kevin.

—Kevin Renner, turista galáctico —Renner metió la mano en un bolsillo de la manga y sacó un cubo de mensajes—. Tu hermana te manda esto. Viene hacia aquí, por si no lo sabías.

—Eso imaginé. Me preguntaba si vendría con usted.

—La nave habría estado un poco atestada; además, consiguió transporte. El honorable Frederick Townsend decidió visitar Nueva Caledonia.

—Ah.

—Es probable que crea que fue idea suya —conjeturó Renner.

—Ha conocido a Glenda Ruth, pero no a Freddy —observó Kevin Blaine. Le llevó un momento a Renner darse cuenta de que no era una pregunta.

La sala comenzó a llenarse. Media docena de oficiales de la Marina, uniformados, iban conducidos por un comandante que lucía una insignia en miniatura que indicaba que era capitán de un crucero intermedio. Saludaron con la mano a Blaine, pero se quedaron en el otro extremo del salón. Un grupo de civiles ocuparon sillas de consejeros, sus computadoras de bolsillo apoyadas en la pequeña superficie que se extendía desde un apoyabrazos. Entró otro grupo de oficiales de la Marina. Llevaban charreteras blancas que indicaban la rama administrativa; se sentaron cerca pero no con los oficiales de combate.

—Los contables —dijo Cargill—. Presentes para convencer al mundo de que no se ha despilfarrado ni un centavo.

—¿Pueden hacerlo, señor? —preguntó Ruth.

—No —pareció que ella esperaba más, así que Cargill añadió—. No importa cómo lo establezca: el servicio del bloqueo lo componen largos períodos de absoluto aburrimiento. Desde luego, condimentados con momentos fortuitos de total terror, pero eso no compensa el aburrimiento. Por supuesto que los hombres van a portarse mal. También los oficiales. Y somos malditamente afortunados de que aún haya tropas que lo acepten.

Las grandes puertas dobles en el extremo de la sala se abrieron por completo para dejar pasar a Bury en su silla de viaje. Renner chasqueó la lengua en señal de desaprobación: los médicos de Bury querían que pasara más tiempo haciendo ejercicio. Horace iba acompañado de Jacob Buckman y Joyce Mei-Ling Trujillo.

—Hoy lleva ropa interior —musitó Renner.

Ruth le hizo una mueca. Si Blaine y Hardy oyeron el comentario, guardaron silencio.

De hecho, Joyce Mei-Ling Trujillo iba muy bien vestida, con un tenue vestido de tarde de seda que habría sido elegante en Esparta. Llevaba una computadora de bolsillo lo bastante grande como para necesitar una bolsa para portarla. Ruth Cohen comentó con desdén:

—No confía en la computadora central para que le grabe los registros.

—He descubierto que los periodistas a menudo son así —dijo Kevin Christian Blaine.

—¿Tienes experiencia? —preguntó Renner.

—Bastante. A la Marina le gusta que yo sea su portavoz.

Bury, Buckman y Trujillo ocuparon sitios en la primera fila de los asientos para el público. Blaine miró su reloj.

—Será mejor que vaya a mi puesto.

—Yo también —dijo Cargill—. ¿Cenamos juntos, Kevin?

—Sí, encantado. ¿Algún sitio en especial o hago que Bury le invite a bordo del Simbad?

—El Simbad, si puede arreglarlo.

Las puertas dobles volvieron a abrirse, y entró un funcionario de palacio.

—Milords, señoras, caballeros: Su Alteza el Virrey.

Todo el mundo se puso de pie. No hubo ninguna otra ceremonia, pero Mercer pareció un poco cohibido al ocupar su sitio en el centro de la gran mesa. Allí se le unieron Cargill y Hardy, y otros dos a quienes Renner no conocía. Las tarjetas sobre la mesa los identificaban como doctor Arthur MacDonald y sir Richard Geary, baronet. Renner se sentó cerca de Bury y escribió en su computadora de bolsillo.

«Arthur MacDonald, doctor en Psicología, profesor de biología cultural, Universidad de Nueva Escocia. Ocupa la cátedra de Xenobiología en el Instituto Blaine.

»Richard Geary, baronet. Inversor. Miembro de la Junta de Gobierno, Universidad de Nueva Escocia...»

Había más, pero Mercer golpeaba la mesa con el mazo.

—Abro esta sesión de la Comisión Imperial. Que el registro exponga que se trata de una asamblea pública. Si no hay objeción, registraremos los nombres de los asistentes...

Hubo varios chicharreos como de cien grillos cuando la computadora central de palacio solicitó de las computadoras de bolsillo de todos los presentes que proporcionara la lista de asistencia a la asamblea. La de Renner emitió dos sonidos cortos y luego hizo un ruido de matraca. Las cabezas giraron. Renner sonrió.

Mercer se volvió hacia el secretario de la Comisión.

—Señor Armstrong.

—Gracias, Su Alteza —dijo Armstrong. Tenía la voz marcada con el acento de Nueva Caledonia—. En consideración a nuestros invitados, Su Alteza ha cambiado la agenda de la asamblea para omitir las formalidades de apertura y asuntos rutinarios. Por lo tanto, procedemos directamente al Artículo Cuatro, el informe del escuadrón de bloqueo. Su Alteza hubo solicitado que la flota preparara un informe sumario abarcando las actividades principales del escuadrón a lo largo de los años, al mismo tiempo que un informe más detallado de sus acciones actuales. Dicho informe será presentado por el teniente, el honorable Kevin Christian Blaine, segundo comandante del Agamenón.

Chris Blaine se situó cerca de la pantalla grande que dominaba una pared de la sala.

—Gracias, señor secretario. Su Alteza.

»La fuerza de bloqueo es conocida formalmente como la Undécima Flota, o Flota de Batalla del Ojo de Murcheson. La misión de la Flota es la de interceptar todas y cada una de las naves que entren en el Imperio procedentes de la Paja, para hacer cumplir el bloqueo decretado por esta Comisión. El servicio de bloqueo es un servicio duro, y los oficiales y hombres de la Flota de Bloqueo han tenido éxito a pesar de muchas y muy reales dificultades.

Los pensamientos de Renner corrieron a toda velocidad:

«¿Quién le escribió eso?»

»Y sin embargo, el Escuadrón de Eddie el Loco me habría hecho enloquecer. Ehhh...»

No se atrevía a formular su siguiente pensamiento. «Chris no suena tan malditamente convincente, ¿verdad? ¿Por qué no? Educado por Mediadores...

»O sea que ni él mismo se cree lo que está diciendo».

Blaine hizo un gesto con la mano, y la pantalla de la pared se iluminó para mostrar un plano amplio de una docena de bultos pequeños que en color iban desde el negro al rojo apagado contra un rojo brillante de fondo.

—El punto Alderson desde la Paja se encuentra en el interior de la estrella supergigante. Las naves no pueden permanecer en sus puestos de servicio durante mucho tiempo, de modo que hay una continua circulación de naves desde el exterior de la estrella al puesto de bloqueo. Se quedan hasta estar muy calientes, luego se marchan para enfriarse.

»Los intentos de salida de los pajeños pueden producirse en cualquier momento».

Cuatro bultos nuevos, todos de un negro opaco, adquirieron brusca existencia en la pantalla. Las naves Imperiales se convirtieron en haces dispersos de luz cuando los impulsores de fusión se encendieron en el interior de la oscuridad al rojo vivo. La pantalla mostró el comienzo de una batalla espacial. Filamentos brillantes saltaron de entre las naves. Los torpedos aceleraron al máximo.

—¡Disparan sin advertencia previa! —exclamó alguien.

Renner miró a su alrededor para ver a Joyce Mei-Ling Trujillo con expresión avergonzada, claramente sin que su intención fuera hablar en voz alta.

—No les diríamos nada que ellos no sepan, señorita Trujillo —comentó Renner—. El mejor momento para atacar a las naves pajeñas es durante la conmoción del Salto, cuando sus sistemas automatizados están desactivados. Si esperamos a que se hayan recuperado lo suficiente para comunicar con ellos, quizá nos fuera imposible cogerlos. Las reglas del combate así lo reconocen.

—Una pregunta, teniente.

—¿Sí, Su Alteza?

—¿Y si quieren negociar, rendirse?

—Puede que así sea —repuso Blaine—. Pero ¿cómo podemos saberlo? Es imposible que pasen sin el Campo. La estrella los freiría. Nosotros no podemos esperar a que salgan del Ojo, o los perderíamos por completo. Esto se debatió en la primera asamblea de la Comisión, y las reglas del combate se adoptaron entonces. No se han modificado porque no hay manera de cambiarlas, Su Alteza. El camino a la rendición no es pasar por la estrella.

Mercer asintió pensativo.

—Prosiga, teniente.

Renner miró a Bury. Éste observaba, fascinado, pero parecía tranquilo. Con toda probabilidad estaba tranquilizado hasta las orejas.

—Los intentos de salida pajeños han ido desde lo sencillo hasta lo genial —expuso Blaine.

La pantalla mostró un caleidoscopio de acciones. Naves solas; armadas completas de naves; cúmulos de naves que se agrietaban como granadas y se esparcían; naves que salían a velocidades enormes, abriendo estelas de meteoros a través de gas caliente de color anaranjado...

—Ésta fue espléndida —comentó Chris Blaine con lo que debía ser orgullo. Observaron emerger una bola de hielo de dos kilómetros de ancho del invisible punto Alderson—. Cuatro días después de incorporarme al Escuadrón de Eddie el Loco, en la guardia del mediodía...

El escuadrón la persiguió. La cabeza de hielo dejó una cola de cometa de sí misma mientras atravesaba a toda velocidad la enrarecida materia estelar. Menguó, se evaporó, dejando al descubierto dos abalorios negros: naves en burbujas de Campo Langston que se alejaron en direcciones fortuitas para ser perseguidas por naves del escuadrón.

—Por supuesto, no podemos mandar todos nuestros cruceros contra un único intento —indicó Blaine—. Siempre ha de haber una reserva. Como no hay forma posible de que

la información pueda ser transmitida a la Paja, supongo que es seguro comentarles que a veces esa reserva ha sido críticamente escasa.

«Chris suena mejor, más seguro. Esta parte la conoce», pensó Renner. «Es el encubrimiento lo que no le gusta».

—Es muy bueno —le susurró a Ruth Cohen.

—Dada su educación, es lógico que lo sea —repuso Ruth.

La presentación continuó. Hubo tomas de hombres divirtiéndose en las largas guardias. Luego, más escenas de batallas.

—Recientemente los pajeños han probado un truco nuevo —dijo Blaine—. Envían lo que hemos llamado «naves nominales». Vienen sin tripulación; en realidad sólo es el armazón de una nave: apenas un Impulsor Alderson, dos tanques y un motor. Con ésa, la sexta seguida, nos contuvimos para ver si hacía algo.

No lo hizo. Vieron un absurdo palo de nave cobrar existencia a baja velocidad y de inmediato comenzar a fundirse.

Mercer carraspeó.

—Comandante, ¿tiene alguna teoría de por qué enviarían esas cosas?

—No, Su Alteza. Viene una por vez; sin Campo, son fáciles de abatir. No hay siquiera un intento de transmitir mensajes. Si nos quisieran desprevenidos, ¿por qué enviar algo? Es como si desearan que estuviéramos alerta. Hemos especulado que lo que buscan es localizar el punto Alderson con mas precisión... en su extremo, en el sistema de la Paja. Pero lo han identificado lo bastante bien como para mandar naves a punto uno por ciento de la velocidad de la luz. Nosotros eso no podemos hacerlo.

—Ja —dijo Renner. Todo el mundo miró en su dirección—. Creo que yo sé...

—Sí, por supuesto —intervino Buckman. Se puso de pie—. Sir Kevin tiene razón.

—Jacob... —dijo Bury. Su voz sonó sorprendentemente fuerte.

—Oh. Mmh. Sí, desde luego. Cal... Su Alteza, ¿me permite explicar?

Mercer asintió con gesto sombrío. Aquí no había sorpresas.

—Por favor hágalo, doctor Buckman.

—No intentan localizar el punto Alderson: buscan confirmar que se encuentra aún ahí.

—¿Aún ahí? —Jack Cargill pareció sobresaltado—. Perdóneme, doctor Buckman, pero ¿por qué diablos no habría de estar ahí?

—Porque se moverá cuando la protoestrella se colapse —indicó Buckman—. Renner, usted parece bueno hablándole a los neófitos. Quizá debería contarle usted.

Escucharon mientras Kevin Renner habló. Kevin observó sus ojos en busca de perplejidad o comprensión, a la espera —no se dio cuenta al principio— de la sorpresa o incredulidad de Kevin Christian Blaine. Pero los ojos de Blaine se abrieron en una reacción de ¡Eureka! El antiguo conocimiento encajando en su sitio. Oh, señor, él lo cree.

—Ya veo —dijo el obispo Hardy—. Creo que lo entiendo. No obstante, siendo la persona con menos conocimientos técnicos de la Comisión, quizá deba yo intentar resumirlo y los expertos podrán indicarme si he pasado algo por alto.

—Por favor —pidió Mercer.

—Ahora estamos convencidos de que los pajeños nos engañaron sobre sus observaciones estelares, en particular respecto a la protoestrella. Convencieron al doctor Buckman de que la protoestrella no entraría en erupción sino en siglos o milenios. Ahora da la impresión de que puede colapsarse y arder en cualquier momento. Tal vez ya lo haya hecho.

—Sí —confirmó Buckman. Su voz sonó lúgubre—. He de darle crédito al joven Arnoff. Tenía razón.

—Cuando entre en erupción —prosiguió Hardy—, la Undécima Flota estará vigilando un punto de entrada que ya no existe.

—Bueno, en todo caso, se habrá movido una distancia considerable —repuso Buckman—. He estado trabajando en la geometría, pero siendo sospechosos la mayoría de los

datos, es difícil ser exacto. Todo depende de la violencia del colapso y de la luminosidad de la nueva estrella.

—Entiendo —dijo Hardy—. De cualquier manera, su primera advertencia será cuando el punto de Salto en el Ojo de Murcheson se mueva. Mientras tanto, esperamos, como mínimo, otro punto Alderson desguarnecido que conduzca desde la Paja al espacio normal en vez de al interior de una estrella. Y como los Senderos Alderson de sucesos acontecen casi de forma instantánea, todo ello tendrá lugar antes de que ninguna luz de la protoestrella llegue hasta nosotros... o hasta la Paja. Por ello usted ha sacado la conclusión de que los pajeños están lanzando esas sondas baratas, esas «naves nominales», de manera periódica para ver si el viejo Punto se ha movido.

—Exacto —acordó Buckman.

El comandante del Agamenón lanzó un silbido prolongado y bajo.

—Oh, perdón, Su Alteza.

—En absoluto, comandante Balasingham, yo mismo estuve a punto de hacerlo —dijo Mercer—. La situación en verdad parece seria. Una pregunta: la Marina posee medios para determinar el emplazamiento, y de ese modo probablemente la existencia, de los puntos Alderson sin necesidad de hacer que los atraviesen naves, ¿verdad?

—Sí, Su Alteza —respondió el comandante Balasingham. Con nerviosismo se mesó el poblado bigote.

—Entonces, ¿por qué esas naves nominales?

Hubo un silencio.

—¿Perturbaciones? —aventuró Renner.

—¿Sir Kevin?

—Cuando yo era navegante en la Marina, encontrar un punto Alderson era una de las cosas más complicadas que podías hacer. Nunca resulta fácil, y es imposible durante la intensa actividad de las manchas solares o durante una batalla, porque los sucesos Alderson son muy sensibles a los flujos termonucleares.

—¿Cree que puede haber bombas termonucleares estallando en el sistema de la Paja?

—No me sorprendería, señor.

—Ni a mí —corroboró el obispo Hardy.

Joyce Mei-Ling Trujillo había permanecido en silencio todo ese tiempo. En ese momento se levantó.

—¿Puedo preguntar...?

—Por favor —dijo Mercer.

—¿Sugiere que los pajeños están a punto de escapar?

—Así es —repuso Renner.

—Pero eso es... —miró a Bury, quien tenía la vista clavada delante de sí con mirada vaga, la respiración cuidadosamente controlada—. ¿No deberíamos hacer algo?

Todo el mundo habló a la vez. Y los ojos de Bury se alzaron hacia ella. Había furia y desesperanza en ellos, y la súbita crispación de una sonrisa demente.

Mercer dio unos golpes en la mesa con el mazo. Volvió el silencio, algo agitado ahora.

—Desde luego, la señorita Trujillo tiene razón —afirmó—. Deberíamos hacer algo. La cuestión es: ¿qué es lo que haremos? Y no estoy seguro de que el tema deba discutirse en una asamblea pública.

—¿Por qué no? ¿Quién está de más aquí? —demandó Trujillo.

—Bueno, usted, por ejemplo —dijo el comisionado MacDonald—. En ningún momento consideré que necesitáramos la asistencia de la prensa. Su Alteza, recomiendo que se levante la asamblea pública y que pasemos a una sesión ejecutiva.

—Esperaba algo así —dijo Joyce Mei-Ling Trujillo.

El comisionado MacDonald pareció sorprendido.

—Es más que lo que yo esperé —dijo ella—. Ha sido un encubrimiento todo el tiempo. Corrupción en la flota, así que a ocultarlo con otra cosa. Señor Bury, su fama le precede.

Bury la miró con ojos centelleantes. Mercer intervino.

—Señorita, yo estaba bien al tanto de que los pajeños nos habían mentido. Ése era el objetivo secundario de esta asamblea. Yo... habría creído que dispondríamos de más tiempo. Esas «naves nominales»...

—Su Alteza, he hallado pruebas de corrupción cuyo hedor hasta pueden olerlo en Esparta. En un sentido, yo he provocado esta comisión, ¡y en su primera asamblea quiere pasar a una sesión ejecutiva! En cuanto a mí respecta, la asamblea ha esquivado la cuestión de la corrupción en la Flota de Eddie el Loco. ¿De verdad espera que acepte esta monumental sensación de urgencia?

Justo antes de que nadie pudiera explotar, Kevin Blaine atrajo la atención de Mercer.

—Excúseme, milord, pero la exposición de la señorita Trujillo parece pertinente.

Blaine recibió miradas de furia, pero MacDonald dijo:

—¿De qué manera, teniente?

—En la urgencia. Analicémoslo como una situación de juego. ¿Cuál es el servicio que se espera, las probabilidades de obtener el pozo? Los pajeños persuadieron al doctor Buckman de que se podía contener al sistema de la Paja por un tiempo que iba desde los quinientos hasta los dos mil años. Si creyeron que merecía la pena contar esa mentira, la fecha esperada debe ser bastante antes. No puede ser mucho más que cien años, ¿no? No valdría la pena ocultar ese intervalo.

»Pongamos que sean de treinta a setenta años. Ya hemos gastado treinta. Quedan veinte años, con un gran margen de error. ¿Por qué las prisas? —Blaine se volvió hacia Trujillo—. ¿Correcto?

—¡Y sabemos que aún no se ha activado!

—Bueno, no el mes pasado. Habría cierto retraso antes de que supiéramos algo de la Flota de Eddie el Loco. El punto de Salto desde el Ojo hasta aquí se movería. Pero la urgencia se debe a esas naves nominales. Indican que los pajeños están preparados ahora. El margen de error todavía podría ser amplio, desde luego —Blaine ya le hablaba directamente a Trujillo—, pero nos vemos sumidos en una prisa maníaca para poder encajar algo en su sitio. Cualquier cosa. En última instancia, podríamos trasladar algunas naves desde el Escuadrón de Eddie el Loco de modo que puedan estarse quietas sin hacer nada durante veinte años. O cuarenta, cincuenta...

—O veinte días —musitó Bury.

—¿Y por qué la prensa no debería ser testigo de ello? —demandó Mei-Ling—. Nada de lo que se ha expuesto aquí puede llegarle a los pajeños. ¡Sólo le guardan secretos al público!

—Lo que se ha dicho aquí bien puede llegarle a los pajeños —aseveró MacDonald—. Y a los traidores a los que les gustaría que el Imperio sufriera daños mientras nuestra fuerza se halla agrupada contra los pajeños. No ha pasado tanto desde que los neoirlandeses le tiraran bombas al gobernador general, ¿sabe? Señorita, no me cabe ninguna duda de su lealtad, pero sí creo que ya ha oído más de lo que es seguro. No me gustaría ver nada de esto en el tri-vi. Si dependiera de mí...

—El comisionado MacDonald aquí tiene razón —indicó Mercer—. Señorita Trujillo, debo pedirle que mantenga todo lo que ha oído aquí bajo la más estricta confidencialidad.

—¿Suprimir una buena historia? —ella esbozó una sonrisa fina—. Me pregunto si me podría obligar a hacerlo.

—Su Alteza —dijo el comisionado MacDonald—, la ley es muy clara respecto de las amenazas al Imperio. ¿No nos encontramos en un estado de emergencia? Sólo tiene que declarar uno.

—Ni siquiera eso me detendría de escribir sobre la corrupción y estas evasiones del consejo —repuso Trujillo. Calló para dejar que esa declaración les calara hondo—. Pero estoy dispuesta a cooperar. Hay una condición, por supuesto.

—¿Cuál? —inquirió Mercer.

—Permitan que averigüe el resto de la historia.

—¿Qué? —MacDonald se mostró indignado.

—Déjeme acabar —pidió ella—. Pronunciaré el juramento que deseen..., es el juramento del Consejo del Rey, ¿verdad?... y prometeré no publicar nada, incluyendo lo que

ya he oído, hasta que ustedes lo consideren seguro. Pero quiero saber. Quiero estar dentro de toda la historia: pajeños, corrupción en la flota, todo.

—Mmhh —Mercer miró alrededor de la sala, luego bajó la vista a la pantalla situada discretamente en la mesa delante de él—. Parece que usted es la única invitada problemática, señorita Trujillo. Todos los demás presentes se hallan bajo una u otra obligación de mantener los secretos del Imperio.

—¿Él también? —Trujillo señaló a Bury.

—Como condición de acompañarle en su viaje a este sistema, Su Excelencia y toda su tripulación consintieron a las condiciones del Consejo del Rey —repuso Mercer—. De lo contrario, habría sido un viaje incómodo.

—Comprendo. De acuerdo. Además, ya he dicho que pronunciaría el juramento.

—¿Capitán de fragata Cohen? —preguntó Mercer—. No me cabe ninguna duda de que la Marina ya ha realizado una investigación exhaustiva de la señorita Trujillo. ¿Tiene alguna objeción su servicio?

—No lo creo. Joyce, ¿entiende usted lo que va a hacer? De manera voluntaria se está poniendo bajo las restricciones del Acta de Secretos Oficiales. Los castigos pueden incluir el exilio de por vida en cualquier mundo de la elección de Su Majestad.

—Sí, lo sé. Gracias por la advertencia. Pero éste es el único modo en que podré averiguarlo alguna vez, ¿no? Y si los pajeños de verdad van a salir, será la noticia más grande jamás contada.

—Si los pajeños de verdad van a salir, significará la guerra —apuntó MacDonald—. Y usted se hallará bajo las restricciones de los tiempos de guerra.

—¿Se opone a incluir a la señorita Trujillo en nuestra familia oficial de consejeros? —preguntó Mercer.

—No, milord. En realidad, no.

—Muy bien —dijo Mercer—. Adelante con ello. Señor Armstrong, haga los honores.

El secretario de la Comisión manipuló los controles de su propia computadora.

—Señorita Trujillo, si es tan amable de situarse de cara a Su Alteza. Levante la mano derecha y lea en la pantalla que hay delante de usted.

—Lo primero es lo primero —comentó Mercer—. Almirante Cargill, supongo que ya ha enviado una señal de alerta a todas las naves en el sistema, ¿no?... Gracias. ¿Y de qué naves disponemos?

—Es un momento poco oportuno —repuso Cargill—. Tenemos tres fragatas en tránsito desde el Escuadrón de Eddie el Loco hacia Nueva Cal...

—Dios es bueno —musitó Bury. Los otros tres se volvieron hacia él, y sonrió como una calavera—. Consiguieron pasar. El punto de Salto no se ha movido desde... ¿hace dos semanas?

—Sí, pero todas las naves necesitan reparación. No sirven de mucho ahora. Luego, un crucero de batalla clase soberano con tres cruceros de batalla de clase general y un grupo mixto de naves ligeras de escolta han saltado hacia el Ojo hace trescientas horas. No hay modo alguno de mandarlos volver salvo enviando tras ellos una nave mensajera. No tenemos nada más cerca del Escuadrón de Eddie el Loco. Doctor, ¿tiene alguna maldita idea de dónde deberíamos situar una segunda flota?

—Tengo algo; es sólo una primera estimación —indicó Buckman.

Después de un momento, Cargill dijo:

—Adelante.

Jacob Buckman apretó algunas teclas. Una serie de números aparecieron en todas las consolas.

—Ahí. Y quizá ahí.

—Mmhh... —Renner miró la pantalla—. Correcto. Casi con toda seguridad aparecerá un punto de Salto en MGC-R-31. Es una estrella pequeña a once años luz hacia el borde de la figura del Hombre Encapuchado. A ocho años luz de la Paja. Luego tal vez tengamos uno en MGC-R-60, una estrella más brillante situada un poco más cerca de la Paja, pero ése conduciría al interior del Ojo de Murcheson. ¿Algo más aparte de eso, Jacob? ¿Quizá algo en el mismo Saco de Carbón?

—No es probable; pero incluso así, el Ojo de Murcheson es el que domina.

—De modo que es sólo esa... enana roja —intervino Mercer—. Bueno, hemos de poner algo ahí, y prefiero que sea ahora. ¿De qué disponemos?

—Tenemos el Agamenón de Balasingham —contestó Cargill—. Es un crucero clase Menelaus. Buena nave. Imagino que está preparado, Balasingham, ¿no?

—Almirante, podemos partir tan pronto como yo regrese a bordo —repuso el comandante Balasingham—. Transmití órdenes de reunir a la tripulación y repostar en cuanto comprendí lo que estaba exponiendo el doctor Buckman.

—Luego tenemos la fragata Átropos —prosiguió Cargill.

—Señor, también me tomé la libertad de solicitarle a su capitán que pusiera dicha nave en alerta total —comentó Balasingham.

—Bien —dijo Cargill—. Por desgracia, Su Alteza, a excepción de algunas naves mensajeras y mercantes, no hay nada más. El crucero de batalla Marlborough se encuentra en los astilleros, y hará falta un pequeño milagro para sacarlo de allí en menos de un mes.

—¿Nada de camino hacia aquí?

—No en un mes, al menos —contestó Cargill—. Mandaremos mensajeros para juntar a duras penas lo que podamos encontrar, pero...

—La conclusión es que apenas disponemos de lo suficiente para hacer vigilar el nuevo punto Alderson —anunció Mercer—. Dos naves.

—Tres, Su Alteza —indicó Bury.

Mercer le lanzó una mirada penetrante.

—Horace, ¿se encuentra bien?

Bury intentó reír. El sonido que salió fue más tenebroso que humorístico.

—¿Por qué no habría de estarlo? Alteza, ha sucedido lo peor. Los pajeños andan sueltos.

—Eso no lo sabemos —comentó alguien.

—¿Saber? —demandó Bury—. Por supuesto que no lo sabemos. Pero resulta... más fácil pensar así. Alteza, no hay tiempo que perder. Llevemos lo que tengamos al nuevo punto Alderson. Kevin, imagino que tú y Jacob sabéis dónde va a aparecer, ¿verdad?

—Lo bastante cerca como para que el gobierno se ponga a trabajar. No tenemos un punto, sino un arco de cuatro minutos luz de longitud —repuso Renner.

—Entonces, nos vamos. El Agamenón, la Átropos y el Simbad.

—¿Por qué el Simbad? —preguntó el capitán Balasingham—. ¡Ni siquiera va armado!

—Quizá se sorprendiera —dijo Mercer—. Jacob, ¿irá usted con ellos?

Buckman asintió.

—Esperaba ir. Y preferiría más trabajar en el Simbad que en una nave de la Marina. Recuerdo cuando tuve que hacerlo a bordo de la MacArthur. Todo el mundo se consideraba con derecho a cruzarse en mi camino, bloquear mis observaciones, mover mi equipo...

—Renner, usted no puede ir a nuestra velocidad —dijo Balasingham.

Renner se encogió de hombros.

—No nos quedaremos tan atrás. Lo peor que puede suceder es que sólo seamos testigos; en ese caso, podremos volver con informes. Vuestra destrucción copará las noticias.

Bury frunció el ceño de mal humor.

—Supongo que esa tal Trujillo... sí, desde luego. De todas maneras, habría ido con nosotros al Ojo —se alzó en su silla—. Deberíamos partir ahora. Ahora. Alá es misericordioso. Puede que aún lleguemos antes que los pajeños. *Debemos* llegar antes que ellos.

### 3. Comunicaciones

*En el nombre de Alá, el más benevolente, siempre misericordioso.*

*Decid:*



*Busco refugio con el Señor de los hombres, con el Rey de los hombres, del mal de aquel que sopla tentaciones en las mentes de los hombres, que sugiere pensamientos malignos a los corazones de los hombres... de entre los genios y los hombres.*

Al-Qur'an

—Te llevaría conmigo si pudiera encontrar cualquier clase de excusa —le dijo Kevin a Ruth en su última noche juntos—. Fuera buena o mala.

—¿Me llevarías?

—Sí. Vamos atestados como mil infiernos, lo sabes. Hemos soltado parte de la cocina, llevamos un depósito expulsable... —ella no le creyó—. Cariño, cuando regresemos al Imperio será un acontecimiento. Contacta conmigo entonces, ¿eh? Tienes mi número de trabajo.

—Yo te di el mío —bajó la vista a las mangas de su uniforme. Le acababan de incorporar los tres círculos de capitán de pleno rango—. Claro que lo más probable es que nos encontremos en distintos sistemas solares.

Y de verdad pareció un adiós.

Ir desde Nueva Escocia al punto de salto llevaría casi dos semanas. El Agamenón y la Átropos partieron después, pero se movían a dos gravedades de fuerza propulsora. Saltarían justo por delante del Simbad. Éste podría ganarles en llegar allí con el depósito expulsable de combustible adicional; sin embargo, Kevin se negó a someter a Bury a más de una g. Habría preferido incluso menos.

Este viaje no era como el de Esparta. El Simbad parecía un crucero diferente. Las actitudes habían cambiado.

Sin Mercer, la zona de almacenamiento de la cocina llevaría un cargamento más apropiado para su misión. No importaba mucho, en realidad; la cocina del Simbad estaba diseñada para alimentar a Horace Bury: crear pequeños y saludables platos ricos en sabor para un hombre cuyas papilas gustativas casi habían desaparecido debido a la vejez. Ahora el programa también servía a Renner. Además, Kevin podía hacer dieta entre los soles, cuando los alimentos frescos no eran disponibles. Blaine, hijo de un lord pero también hombre de la Marina, no esperaba nada mejor. Buckman jamás se daba cuenta de lo que comía, y en cuanto a Joyce Mei-Ling Trujillo...

—Señorita Trujillo, ¿recibe una alimentación adecuada?

—El teniente Blaine también me lo preguntó. Yo como cualquier cosa que haya allí donde esté la historia, señor Renner. Diría que ha puesto una mesa estupenda, pero... ¿ha comido alguna vez rata veteada? A propósito... con el tiempo me llamará Joyce, ¿verdad? Empiece ahora.

Quizá Bury obtuviera alguna satisfacción de lo que Joyce no sabía que se estaba perdiendo. No se esforzaba mucho por evitarla; no era lo bastante ágil. En su presencia podía ser amable, pero la llamaba Trujillo.

Y así en la nave empezaba a establecerse una rutina, y Kevin Renner disfrutaba de su libertad.

Libertad. Ridículo. Estaba rodeado de gente, de paredes, de obligaciones... y no obstante, éste era su lugar de poder. El yate era de Horace Bury, aunque él era el oficial superior de Bury en el Servicio Secreto. El Simbad iba donde él deseaba... salvo que con el Imperio del Hombre en juego, era mejor que su deseo llevara al Simbad directamente a MGC-R-31.

A lo largo del último cuarto de siglo, Kevin Renner y Horace Hussein Bury habían desarrollado rutinas y rituales. Uno era tomar café después de la cena.

—Es bastante atractiva —comentó Bury. Sorbió el líquido espeso y dulce—. Conozco planetas donde se la podría vender a un precio alto —emitió una risita baja—. No tantos como había antaño, gracias a nuestros esfuerzos. Quizá podríamos organizarlo para usarla como cebo...

—Sería buena para eso. Incluso se presentaría voluntaria por una historia lo suficientemente buena —dijo Renner. Bury se mesó la barba y aguardó—. Sólo era una conjetura —añadió—. En realidad, no he pasado mucho tiempo con ella.

—Eso lo he notado.

—Sí. Bueno, achácaselo a las complicaciones. Ahora mismo disponemos de todo el tiempo del mundo, pero eso podría cambiar. O no. Lo más probable es que pasemos seis meses aburridos en un sistema solar vacío, hasta que llegue una flota Imperial y nos eche.

—En ese caso, la señorita Trujillo estará desesperada por distracciones —comentó Bury—. Supongo que cualquiera dispuesto a proporcionárselas...

—Hmm. La verdad, Horace, es que me siento bien... estando libre de trabas.

—«El Diablo soltó su aliento pues su corazón estaba libre de cargas».

Renner sonrió.

—Algo parecido.

«Y quizá ella quiera algo que yo no soy capaz de proporcionar...», pensó Renner.

—No puedo decir que Alá no haya sido misericordioso. No conviene abusar mucho de Su misericordia —dijo Bury.

—Y ésa es la verdad. Llegaremos muy pronto al Punto-I. Y lo que esté pasando allí quizá mande al infierno el ocio de todos.

—Sigo sin entenderlo —repuso el honorable Frederick Townsend—. Y creo que nunca lo conseguiré.

—Lo siento —dijo Glenda Ruth.

Miró en torno al salón de la nave. «Creo que conozco cada remache y juntura», pensó. El Hécate no era mucho más grande que una nave mensajera. Era rápida, pero no muy cómoda. Freddy Townsend la había comprado para correr, no para viajes de larga distancia. Se habían añadido compartimentos para el abastecimiento de la nave y para un empleado; no obstante, todo resultaba apretado.

—Debería haber ido con Kevin... —comentó ella.

—Tampoco hace falta que empieces de nuevo con eso —cortó Freddy—. Supongo que sí podrías haber ido con ellos, pero ¿por qué molestarlos? Me encanta hacerte el favor. Me gusta hacer cosas por ti, como bien debes saberlo. Sin embargo... —alzó la vista con irritación cuando Jennifer Banda entró en el salón—. La cena en media hora. Creo que iré a cambiarme.

Frederick Townsend insistía en vestirse de etiqueta para la cena. Al principio había parecido un poco absurdo, pero por lo menos rompía la monotonía. En su mayor parte la nave estaba automatizada, con una tripulación sólo compuesta por el ingeniero, Terry Kalcumi. El único empleado era George, un timonel retirado de la Marina que hacía de cocinero, mayordomo, asistente, y a veces incluso pilotaba la nave. Tener una cena casi formal cada día le daba algo que hacer a todo el mundo.

Antes de hablar, Jennifer esperó hasta que Freddy hubiera dejado el salón.

—¿Interrumpo algo serio?

Glenda Ruth se encogió de hombros.

—No más serio que de costumbre. Aunque me alegro de que hayas entrado.

—Estás volviendo loco a ese muchacho —dijo Jennifer—. ¿Seguro que quieres hacerlo?

—No, no estoy segura de que quiera hacer eso.

—¿Deseas hablar de ello?

—En realidad, no. Bueno, sí: Freddy es demasiado educado para decir: «Fuiste a la cama conmigo cuando realizamos el viaje después de la graduación; entonces, ¿por que no quieres dormir conmigo ahora?».

—Oh. No lo sabía. Quiero decir, sé lo que ha pasado desde que salimos de Esparta. O lo que no ha pasado, más bien. Glenda Ruth, ¿no me extraña que se esté volviendo loco! Quiero decir... —Jennifer calló.

—Conozco lo que tiene todo el derecho de esperar.

—Bien; entonces, ¿por qué? ¿Una mala experiencia la primera vez?

—No —la voz de Glenda Ruth sonó muy baja y débil—. No fue una mala experiencia.

Silencio; luego:

—Tú estudiaste a los pajeños.

Jennifer sonrió.

—Pero fui educada por un grupo completamente humano.

—Correcto. Yo adquirí actitudes de los pajeños. Considera que puedo negarme a emparejarme. Desde los doce hasta los diecisiete años disfruté con ello. Luego considera que puedo negarme a quedar embarazada.

—¿Freddy?

—Sí. Claro. Le conozco desde que compartimos una cuna. Apenas teníamos un mes... lo cual era perfecto para que los dos llegáramos a conocer nuestros cuerpos. Algo que no era probable que aprendiera de los pajeños. Jennifer, me gustaría mucho poder contarle todo esto a él.

Jennifer se hallaba encerrada como una figura inmóvil en su sillón de malla.

—Ruth, aún no he oído de ningún problema.

—A veces lleva un rato hasta que siento las vibraciones. En especial con actitudes vagas, oscuras —la cara de Glenda Ruth estaba vuelta a un costado, mirando el universo en una pantalla-ventana-cuadro—. ¿Sabes? Mis padres no consideran correcto que tome una pareja de cama antes de casarme, o por lo menos de comprometerme; pero no están seguros, de modo que puedo vivir con ello. Los padres de Freddy sí están seguros; no obstante, también puedo vivir con eso —Glenda Ruth se volvió—. Pero Freddy tal vez está medio convencido de que sus padres tienen razón, y fue dos meses después del viaje cuando me di cuenta de ello, y estaba bailando con él, y a lo que llega es a esto. A propósito, de verdad agradezco que estés escuchando.

—Está bien.

—Y comprendiendo. Sólo una experta en pajeños podría escuchar esto y no tratar de enviarme a ver a un confesor. Bien: si duermo con Freddy, es porque vamos a casarnos o porque soy una prostituta. No estoy segura de que quiera casarme con él, y tampoco que no lo desee. Cualquiera de las dos cosas será correcta, pero me siento colgada, de modo...

—Ningún hombre entendería esa línea de razonamiento, consejera.

—Freddy no es estúpido. Lo sabría, lo entendería, si yo pudiera expresarlo bien. De modo que aún sigo pensando. Maldición.

—¿Se casaría contigo...?

Glenda Ruth sonrió.

—Sin pensárselo. Pero... Mira, toda mi vida...

—Todos tus dieciocho años.

—Bueno, para mí es una vida —el pobre Charlie no sobrevivió mucho más, pensó Glenda Ruth—. Toda mi vida he tenido a alguien que podía decirme qué hacer. Que tenía el derecho a decírmelo. Ahora no. Ahora dispongo de mi propio dinero, y legalmente soy adulta. ¡Libertad! Es maravillosa. Lo último que necesito es un marido.

—Quizá sea mejor de esta manera. ¡Sí que mantienes al honorable Freddy atento!

—Oh, maldición; eso es lo que parece, ¿verdad? Él no se ha dado cuenta, pero...

—No pasará nada. Esta noche es el último salto. Llegaremos a Nueva Escocia en tres semanas. Freddy podrá encontrar a otra chica —Jennifer sonrió—. ¿Tampoco te gusta eso? Cariño, te encuentras en lo que la Marina llama una posición insostenible.

Su camarote era pequeño, igual que todos los del Hécate. El único camarote espacioso pertenecía a Freddy. Por supuesto, él esperaba para compartirlo.

«¿Por qué no lo hago?», se preguntó. «Me quedo despierta pensando en ello. No es como si no tuviera mis píldoras o como si Freddy padeciera algún tipo de enfermedad. No es como si no me..., lo único que tendría que hacer sería llamar a su puerta».

Experimentó una sensación de dislocación aguda, y se sintió enferma y confusa. En alguna parte de su mente supo que la nave había dado el Salto Alderson y que se hallaba en poder de la desorientación que siempre tenía lugar después. Su padre le había dicho que había una docena de explicaciones para la conmoción del Salto, todas inconsistentes entre sí; sin embargo, nadie había sido capaz jamás de refutar ninguna de ellas.

El control retornó de manera gradual. Movi6 los dedos, luego las manos y los brazos, hasta que hicieron lo que ella les ordenaba. Freddy siempre se recuperaba más rápido que ella. Eso le sentaba mal. No era justo.

Y ahora se encontraban en el sistema de Nueva Caledonia. Quizá Freddy la dejara y siguiera viaje hasta Nueva Irlanda...

Acababa de acomodarse para tratar de dormir cuando sonó su intercom.

—Glenda Ruth —era Freddy, por supuesto. ¿Qué demonios quería? Ja. Bueno, ¿por qué no? Si podía soportarla en esta condición... No le llevaría mucho tiempo asearse. Apretó el botón del intercom—. Hola. Mira, detesto molestarte, pero hemos recibido un mensaje para ti.

—¿Qué?

—Aquí hay una nave mercante, Nuevo León de Bagdad.

—¿Aquí?

—Aquí. Está esperando en el punto de Salto. Comunica que tiene un mensaje para la honorable Glenda Ruth Fowler Blaine. Necesita tu código de identificación.

—Oh. De acuerdo, iré de inmediato. ¿Estás en el puente?

—Sí.

—Subo enseguida. Y... Freddy, gracias.

—No hay problema. Trae tu computadora.

Parecía urgente, pero se tomó tiempo para ponerse los pantalones bombachos sujetos a los tobillos que eran estándar para la gravedad baja. También se tomó tiempo para ponerse un jersey de angora, cepillarse el pelo y darse un toque de lápiz de labios. La nave se hallaba bajo aceleración suave, la suficiente para mantener sus zapatillas sobre la alfombra. Se dirigió a proa. Freddy estaba solo en el puente.

Le señaló el sillón del copiloto.

—Aguardan tu código.

Conectó su computadora personal al sistema de la nave.

—Clementine.

«Sí, querida». Las palabras aparecieron en la pantalla de su computadora.

—Se espera que nos identifiquemos —dijo Glenda Ruth—. Soy yo. Ahora demuéstreselo a ellos.

«Contraseña de acceso».

—Maldición, sabes que soy yo. De acuerdo —rápidamente trazó algo con el lápiz; no palabras, sino una viñeta.

«Correcto». No hubo sonido, pero supo que la computadora estaba enviando un mensaje codificado que se podría descodificar usando su clave pública. Apenas importaba cuál fuera dicho mensaje, ya que sólo los codificados con su clave secreta podían descodificarse con su clave pública. El sistema de clave pública/secreta servía tanto para las identificaciones seguras como para las comunicaciones protegidas.

—Confirmado —anunció una voz por los altavoces de la nave. Era una voz muy marcada por el acento levantino—. Saludos a la señorita Glenda Ruth Fowler Blaine. Por favor, prepárense para grabar un mensaje codificado del teniente Kevin Christian Blaine.

—Ah —musitó Freddy—. Preparados. Listos. Recibido. Gracias, Nuevo León de Bagdad.

—De nada. Se nos ha dado instrucciones de ofrecerles combustible.

—¿Por qué querríamos más combustible? —preguntó Freddy.

La voz levantina se mostró impasible.

—Effendi, Su Excelencia nos ordenó que les ofreciéramos combustible. Lo ofrecemos. No llevará mucho tiempo transferirlo. ¿Lo hacemos?

Freddy miró a Glenda Ruth.

—¿Y ahora qué?

Ella se encogió de hombros.

—Son más grandes que nosotros, y si quisieran hacernos daño, ya lo habrían hecho. ¿Por qué no dejar que completen el depósito de tus tanques?

—Más que completarlo —indicó Freddy—. De acuerdo. Nuevo León de Bagdad, aceptamos su oferta con gratitud —apretó un botón del intercom—. Terry, la nave mercante va a bombearnos un poco de hidrógeno. Échales una mano, ¿quieres? Tienes el control.

—Sí, sí. Te relevo —repuso el ingeniero.

Freddy sacudió la cabeza.

—¿A qué viene esta ayuda?

—Quizá esto nos lo explique —contestó Glenda Ruth.

El mensaje había sido codificado empleando su clave pública. Puso a Clementine a descodificarlo.

«Kevin Christian Blaine a Glenda Ruth Fowler Blaine. El resto no entra con claridad», le informó la computadora.

—Usa el código especial de Kevin.

«Wilico».

Se ajustó los auriculares y esperó. Todo el mundo estaba convencido de que el sistema de clave pública/privada era seguro contra todo. «Quizá sólo somos paranoides», pensó.

Oyó: «Hermana, tenemos un problema. Los pajeños podrían andar sueltos para cuando recibas esto».

Freddy la observaba.

—Ruth, ¿qué va mal?

—Nadie ha muerto. Shh.

En el aburrimiento y en los juegos de dominio interpersonal, dispuso de semanas para olvidar que tenía miedo por los pajeños. Ahora...

La voz de su hermano dijo:

«Vamos a llevar tres naves al punto Alderson incipiente, el Punto-I, en MGC-R-31. Dos naves de la Marina y el Simbad de Bury. Me han destinado a bordo del Simbad como enlace. Soy el oficial de más alta graduación a bordo, pero capto vibraciones de Renner. Si lo desea puede demostrarme que me supera en rango. Quizá por mucho. La otra oficial de la Marina que vino hasta aquí con el Simbad, una capitán de fragata del Servicio de Inteligencia, decidió que se la necesitaba de vuelta en Nueva Escocia.

»No se me ocurre que podamos hacer mucho allí nosotros solos. Los pajeños han dispuesto de un cuarto de siglo para prepararse para este momento, y nosotros recién ahora empezamos a comprender que tenemos un problema. No creo que tres naves les vayan a deparar alguna sorpresa.

»Las probabilidades de la apuesta indican que llegaremos allí con un margen de diez a veinte años de ventaja, pero hay complicaciones. Están sucediendo cosas raras. Puede que sea mucho antes. Incluso hay una posibilidad de que ya haya tenido lugar.

»Hermana, de verdad que me gustaría que dispusiéramos de lo último que ha desarrollado el Instituto. Lo mismo piensa el señor Bury. Si puedes hacérselo llegar, tal vez cambiaran las cosas. Te adjunto nuestra mejor conjetura de coordenadas para el Punto-I. Pensamos en esperarte, pero desconocemos el tiempo que tenemos antes de que acontezca todo. Bury dispuso que la nave que os entregaría este mensaje repostara la vuestra de combustible. Deja que lo haga, si ya no lo has autorizado. Intenta arribar al Punto-I antes que los pajeños.

»El Simbad viaja atestado. Bury tiene a Nabil y a tres mujeres, incluyendo a Cynthia, sin cambio en las relaciones. Estoy yo, el doctor Jacob Buckman y Joyce Mei-Ling Trujillo, la cronista de noticias. Ella es interesante. Inteligente y quiere demostrarlo, mujer y no tiene por qué hacerlo. La capitán de fragata Cohen decidió que la necesitaban en Nueva Escocia justo después de que invitaran a Trujillo a bordo, y eso deja a Renner suelto. Hay patrones interesantes a bordo.

»Quizá vengas aquí y descubras que no sucede nada. Parte de la flota de bloqueo tal vez ya esté en camino, pero, por supuesto, les llevará meses llegar. Si las cosas duran

mucho, quizá no haya ningún problema, o tal vez el proyecto de mamá respecto a Eddie el Loco funcione a la perfección y nosotros podamos pensar en cómo usarlo.

»O quizá haya acabado antes de que llegues tú. Si envían una flota grande con Guerreros... Si hacen eso, tú hablarás con el Amo al mando. Si tenemos el simbiote, tal vez te escuche. Si vives lo suficiente para hablar...

«Si...», pensó Glenda Ruth.

Y la voz de su hermano continuó:

«En cualquier caso, vamos a echar un vistazo. Es probable que nos ayude si consigues llegar a toda velocidad, pero haz lo que consideres mejor.

»Te quiero, Chris.»

Rebobinó y oyó el mensaje de nuevo.

—¿Freddy?

—¿Sí, mi amor?

Ella dejó pasar eso. Introdujo las coordenadas del mensaje de Kevin Blaine, y la pantalla de navegación se encendió.

—Freddy, nos dan combustible para que podamos ir directamente... ahí, en vez de ir primero a Nueva Escocia.

Freddy estudió la pantalla.

—Ése es un miserable sistema de una enana roja. Ahí no hay nada.

—Lo habrá.

—Glenda Ruth, ¿sabes lo que estás haciendo?

—Creo que sí. No es un asunto trivial, Freddy...

—De acuerdo —se volvió a la computadora.

—En absoluto es un asunto trivial. Yo no suelo exagerar, ¿verdad? El destino del Imperio y de la especie pajeña —él no se había detenido— recae sobre nuestros hombros. Ni siquiera me tomé la molestia de preguntárselo a Jennifer; ella trabajó para esto toda su vida, pero tú...

Él acabó de teclear el cambio de curso. Sonó una nota de advertencia; sintieron una aceleración suave. El Hécate se hallaba ahora de camino a MGC-R-31. Freddy se relajó en el sillón, agotado, sin mirarla.

«No esperó. No necesitó pensarlo. Sencillamente, confió en mí y actuó».

Y ella vio que le destrozaría. Se repondría, con el paso de los años; pero la visión que tendría de las mujeres de su clase quedaría distorsionada por un período de terrible frustración, cuando su vida estuvo sometida al impulso misionero de una mujer fuerte.

Hizo una apuesta consigo misma, algo en absoluto trivial, y dijo:

—Me trasladaré a tu camarote, si tu ofrecimiento sigue abierto.

Él alzó la vista y buscó entre posibles respuestas al tiempo que ocultaba su sorpresa. Ella mantuvo la expresión solemne, un poco incómoda. Freddy asintió, sonrió y le cogió la mano, y aún tuvo miedo de hablar.

A Renner, Chris Blaine le recordaba a alguien. Al capitán Roderick Blaine, desde luego, pero también a alguien más... y por fin, cuando Chris se detuvo junto a una ventana, lo descubrió. Kevin había visto una vez al guardamarina Horst Staley mirando en dirección al Ojo de Murcheson, que resplandecía con el Saco de Carbón como telón de fondo: un único ojo al rojo vivo en la capucha de un monje, justo antes de que la MacArthur saltara hacia el mismo Ojo de Murcheson.

Y Chris se sació de la visión del Hombre Encapuchado; luego, se marchó a popa a desayunar, mientras Kevin reflexionaba en su puesto.

¿Por qué Horst? Horst Staley, que había descubierto demasiado de Paja Uno y murió por ello, veintiocho años atrás. Jamás podrían haberse conocido. Ciertamente, no tenían parentesco alguno. Chris Blaine se parecía a su padre: cara cuadrada, pelo fino y rubio, nariz irlandesa diminuta... la de Rod Blaine estaba rota, mientras que Horst Staley había sido suficientemente atractivo como para figurar en los anuncios de reclutamiento: rostro triangular, músculos largos y fuertes, y hombros un poco encorvados...

—Ah.

Horace Bury alzó la vista.

—¿Qué?

Chris Blaine justo entraba para quedar al alcance del oído; Renner pudo oír su voz.

—Sólo un pensamiento fugaz —repuso.

Mientras se acercaban a sus puestos, Renner captó la voz de Trujillo, alegre, musical y apenas audible; luego la voz de Blaine se elevó por encima del zumbido de los sistemas de la nave.

—Si usted no hubiera estado hurgando en busca de escándalos, el alto mando no habría oído hablar de las naves nominales en años. ¡Parecen tan inofensivas!

—A mí no puede culparme de eso. Yo iba tras los escándalos.

Los dos masticaban sus barras de desayuno. El sillón asignado a Joyce Trujillo no estorbaba; disponía de una vista de varias pantallas pero sin controles. Blaine ocupó su sitio como copiloto. Renner aguardó unos minutos; luego preguntó:

—Chris, ¿cómo vamos?

—Setenta horas en rumbo y manteniendo la velocidad. Bajaré la fuerza propulsora TAP ahora. Luego podemos soltar el depósito externo y deslizarnos por inercia hasta que nos acerquemos al Salto hacia la enana roja. Doscientas setenta horas, a menos que el punto de Salto se haya movido, en cuyo caso todo el Infierno saldrá a almorzar.

—Yo me inclino a retener el depósito y rellenarlo. Mejor ser prudentes.

Blaine asintió, convencido.

Durante los siguientes cinco minutos, la fuerza propulsora descendió de una gravedad estándar a 0,05 g, justo lo suficiente para sacar del aire líquido vertido. Renner aguardó hasta que terminara; luego dijo:

—Teniente, tiene los controles —y se dirigió a popa a tomar café. No le sorprendió descubrir que Bury había flotado tras él. Preguntó— ¿Turco?

—Sí, por favor. Escucha, has dejado a... a Blaine al mando de mi nave. ¿Es inteligente eso?

—Apenas nos hallamos más allá de la órbita de Dagda en el sistema de Nueva Cal en caída libre, maldición. ¿Qué podría pasar? ¿Exteriores? ¿Un fogonazo de helio en el motor? Sabes que tiene entrenamiento de la Marina.

—Sí.

—Como yo.

—Sí. Kevin, ¿qué era lo que no quisiste que escuchara? ¿O fue por esa Trujillo?

—Oh... Algo me estaba molestando, irritándome, y al final descubrí qué era. Tú quizá no recordarás al guardamarina Horst Staley. Era el oficial idealizado por la Marina: atractivo, imponente, de la clase que pones en los pósters. Así es este Blaine, pero él se ha comportado de ese modo de manera consciente, como una señal.

—Sí..., después de todo fue educado por pajeños. ¿Qué piensas ahora de Trujillo?

—Toda sexo y negocios, por lo general no al mismo tiempo. Es capaz de activarlo y apagarlo a voluntad. ¿Cuáles son las reglas en este viaje, Horace? ¿Sexo o no sexo?

—Ojos ciegos, creo. El pobre y viejo comerciante Bury no se da cuenta de nada. Pero ¿se mantiene ella en negocios?

—Sí. Proyecta disponibilidad, pero... En realidad, me gusta eso. Me gusta coquetear —Bury no sonrió—. Dale una oportunidad, Horace. Su padre le habló de los comerciantes y los príncipes mercantes; sin embargo, ella no ha tenido trato con ninguno. Conocerá a los comerciantes por ti.

—«Su fama le precede» —citó Bury.

—Dudo que su significado fuera tan feroz como sonó —Renner suspiró—. Va a ser un viaje divertido: Trujillo te ofendió a la primera oportunidad de que dispuso; tú odias a Blaine, y si todo sale bien, llegaremos allí a tiempo para toparnos con una armada pajeña que viene por nosotros.

En la pausa que siguió, Renner terminó de preparar dos bulbos de café turco. Bury cogió el suyo y preguntó:

—¿Cómo puedes decir que odio a Kevin Christian Blaine? Es tu ahijado. Es mi invitado.

—Horace, no has sido abiertamente descortés, pero te conozco. Y mira, si yo tuviera que... ¡Igor! Esta noche haremos algo del todo distinto, del todo.

—Sí, doctor Frankenstein. ¡Sí! ¡Sí!

—Esta noche crearemos al infiel que peor recibido será a bordo de una diminuta nave espacial con el comerciante Horace Bury. Le daremos las siguientes características, ¡hnpf, hnpf, hnpf! Anglosajón. Cristiano. Un hombre de la Marina del Imperio. Emparentado con el mismo Roderick Blaine que en una ocasión mantuvo prisionero a Bury a bordo de una nave de guerra de la Marina. ¡Y, por último, hnpf hnpf hnpf, será educado por Mediadores pajeños!

Horace recuperó su acento normal.

—Por último, es un manipulador hijo de perra.

—Diría que eso va con el entrenamiento pajeño.

—Sí, Kevin, pero trató de manipularme a mí. ¿Me considera un tonto?

—Mmm.

—¡No fue Joyce Trujillo quien descubrió la importancia de las naves nominales!

—Que me empapen. Horace, él la está persiguiendo.

—¿Eh?

—No me daba cuenta. ¡Es una mujer de carrera seis años mayor que él! Aun así, es eso. Dejó que le viera manipulándote en provecho de ella. Me pregunto si ella se lo tragará.

Renner ni siquiera había decidido si le gustaba. No siempre era ésa la cuestión más interesante. Quizá, en algún rincón de su mente, había considerado que Joyce Mei-Ling Trujillo era suya por omisión. Blaine era demasiado joven, Buckman y Bury demasiado viejos, y Kevin Renner era el capitán del Simbad.

El problema radicaba en qué podría querer ella. Dinero no, ni tampoco acceso a ciertos niveles de la sociedad; eso podía dárselo. Pero secretos... A ella le encantaban los secretos, y los de Kevin Renner no le pertenecían a él como para poder regalarlos.

Blaine era demasiado joven, y un modelo clásico del hombre de la Marina... pero Kevin Christian Blaine había sido educado por Mediadores pajeños. ¿Por qué resultaba tan fácil olvidar ese hecho?

Renner comenzó a observarle.

Simbad en caída libre no podía tener una rotación lateral. Chris Blaine estaba acostumbrado a una nave de la Marina, más grande. Se le vio torpe durante el primer par de días. Lo mismo le sucedió a Joyce; no había pasado mucho tiempo en el espacio. Entonces, empezaron a orientarse más o menos juntos. De hecho, de forma simultánea...

Tenías que concentrarte para ver cuán a menudo ocupaban el mismo espacio. En cualquiera de los estrechos corredores podían pasar sin rozarse. Joyce seguía un poco torpe; no obstante, Chris era capaz de escurrirse con elegancia delante de ella, lo bastante cerca como para unir campos magnéticos, pero sin siquiera tocarla. Era como un baile.

La mañana antes de que el Simbad comenzara la desaceleración, a Joyce Trujillo se la vio distinta, y también a Chris Blaine. Los dos parecían un poco embarazados al respecto, y daba la impresión de que no podían evitar el contacto corporal.

Dos siglos atrás, Jasper Murcheson había catalogado la mayoría de las estrellas de este lado del Saco de Carbón. Las había numerado con cierta precipitación para su Catálogo General Murcheson; luego trabajó en los detalles sin prisas.

La mitad de esas estrellas eran enanas rojas, como ese punto blanco anaranjado llamado MGC-R-31. Murcheson había reunido más detalles sobre las enanas amarillas más calientes, aquellas que podían tener planetas habitables y en especial de las que sí los tenían. MGC-R-31 tenía de compañera a una estrella enana marrón a medio año luz de distancia; Murcheson ni siquiera lo había supuesto.



Kevin Renner lo supo en el instante en que irrumpió en el sistema. Se dio cuenta de ello porque una masa próxima invisible había sesgado su punto de Salto en varios millones de kilómetros.

Debían localizarla, deprisa. ¡También movería el Punto-I! Buckman y Renner se pusieron a trabajar en el acto.

Era bueno hallarse en el sistema MGC-R-31; era bueno tener algo que hacer, disponer de una excusa para cerrar esa puerta.

Una semana de la tensa educación de Bury y de la formalidad del contacto corporal de Blaine y Trujillo había estado exasperando a todo el mundo... o tal vez sólo a Kevin Renner. Las necesidades de Buckman le proporcionaron una excusa para hacer algo al respecto. Renner ordenó que se separara una sección del salón del Simbad con un tabique para convertirla en el laboratorio de Jacob Buckman.

Era reducido para Buckman, y muy reducido para Buckman y Renner; resultaba imposible tener visitantes. Prefirieron eso antes que todo el mundo estuviera entrando y saliendo del pequeño compartimento del puente. Los otros intentaron no interferir.

*Búsqueda de una enana marrón.* Primero observa a la enana roja, localiza su plano de rotación. Por ese entonces, Buckman había calculado una serie de distancias y masas que podían explicar el desplazamiento del punto Alderson. Mira un lugar geométrico de puntos, observa de nuevo, calcula de nuevo...

La cena apareció de alguna parte. Renner podría haberla ignorado, pero Buckman ni siquiera levantó la vista. Lo mejor era comer, y hacer que también comiera Buckman.

Y el desayuno... aunque por entonces ya habían terminado. Renner suspiró de alivio. Abrió la puerta que daba al salón y anunció:

—Nada. Hemos llegado primero.

—Alá es misericordioso —dijo Bury.

—¿Qué seguridad tienen? —preguntó Joyce Trujillo.

—Buena pregunta —indicó Chris Blaine—. No pueden saber dónde va a estar el punto Alderson.

—Sé que en esta región no hay ningún punto Alderson nuevo —repuso Buckman—. En cuanto a dónde estará el punto incipiente, me vi obligado a cambiar el lugar geométrico debido a la compañera. Por poco espacio; las enanas marrones no irradian mucho. Sigue siendo un arco por aquí, todavía de aproximadamente un millón de clicks de largo. Lo moví un par de minutos luz. Y no hay nada ahí.

El arco que el cursor de Buckman trazó a través de la pantalla se extendía desde el fulgor blanco anaranjado de MGC-R-31 hacia el Saco de Carbón y una mirilla descentrada que daba al Infierno: el Ojo de Murcheson.

Renner tocó un botón en la consola.

—Agamenón, aquí Simbad. Tenemos una vista despejada. ¿Ustedes? Corto.

El Agamenón había irrumpido unos pocos minutos antes que el Simbad, separados nada más que por el vacío que hay entre la Tierra y la luna de la Tierra. Ahora se hallaban a unas pocas decenas de miles de kilómetros de distancia, mientras que la Átropos avanzaba por delante hacia el hipotético Punto-I. La respuesta del Agamenón llegó de inmediato.

—Simbad, aquí Agamenón. Afirmativo. Repito, afirmativo; no hay señales de ninguna nave en este sistema. Con absoluta certeza hemos llegado primero. ¿Se puede poner el teniente Blaine?

—Aquí estoy.

—Por favor, aguarde al capitán.

—Bien.

—Así que ya está —dijo Joyce Trujillo. En ese momento era toda profesionalidad, al igual que Blaine era todo oficial.

—De momento —comentó Bury—. Vendrán. Pero ahora..., ahora creo que Alá nos ha dado esta oportunidad. Aún podemos perderla, aunque la tengamos.

—Dios es misericordioso —dijo Joyce—. Él no hará todo y, de ese modo, no nos arrebatará nuestro libre albedrío y esa parte de gloria que nos pertenece a nosotros.

—¿Bíblica? —preguntó Renner.

Ella rió.

—Nicolás Maquiavelo.

—¡Aghh! Joyce, no lo ha vuelto a hacer.

—¿Horace? —intervino Buckman—. La he listado como Infraestrella de Bury. Tu nave, tu tripulación, tu descubrimiento.

Con unos segundos de retraso, Bury reaccionó. Sonrió con esfuerzo y dijo:

—Gracias, Jacob.

—Se pone el capitán —anunció el equipo de comunicación.

—¿Blaine?

—Sí, señor. Estamos todos aquí.

—Algunos de mis oficiales sugieren que ésta es una empresa quimérica.

—Nada me gustaría más que fuera eso, comandante —dijo Horace Bury—. Pero no lo creo.

—Supongo que yo tampoco. Nos estamos preguntando qué hacer a continuación. No me importa reconocer que es una situación para la que no me entrenaron —indicó Balasingham.

—Nada complicado al respecto —intervino Buckman—. Renner nos ha situado en un curso para deslizarnos por el arco durante los próximos...

—Quince días.

—Quince días. Sus otras naves tienen nuestros datos.

Chris Blaine asumió la comunicación.

—Señor, hemos transmitido los datos a la Átropos, de modo que ocupará su puesto delante de nosotros. El Punto-I surgirá en esta región. Sugiero que el Agamenón se quede detrás, es decir, entre nosotros y el camino de regreso a Nueva Caledonia. Quizá puedan interceptar. En cuanto a nosotros, realizaremos pasadas repetidas hasta que aparezca el Punto-I.

—De acuerdo —dijo Balasingham—. Por lo menos de momento. El Virrey ha enviado más naves —hizo una pausa breve—. ¿Qué pasa si la flota pajeña cruza abriendo fuego?

—Entonces haremos lo que podamos —repuso Bury.

—Y quizá el caballo cante —musitó Renner.

Bury se encogió de hombros. Parecía sorprendentemente tranquilo.

—Los pajeños no poseen control sobre la protoestrella. Esto será como Alá lo desee, y Alá es misericordioso.

Si Buckman apagaba el intercom, como era su costumbre, el único modo de averiguar qué hacía era golpear a su puerta y arriesgarse a sus ásperos comentarios acerca de interrumpir su trabajo.

Esta mañana había dejado abierta la puerta del compartimento. Buckman permaneció de manera constante en su laboratorio o en el salón adyacente más de treinta horas. Kevin Renner y Chris Blaine se alternaron esperando justo fuera de la puerta, y sucedió en el turno de Chris. Llevaba allí una hora sin nada que hacer. Entonces oyó un grito.

—¡Dios santo!

Chris se dirigió a la puerta del compartimento. Buckman se hallaba encorvado sobre una consola. Exhibía una sonrisa amplia.

—¿Qué pasa? —preguntó Chris.

—Está ocurriendo.

Blaine no preguntó qué.

—¿A qué distancia?

—Sólo recibo una lectura de flujo. Todavía no es estable, pero lo será. ¡Es tremenda! ¡Dios santo! ¡Blaine, es el mejor registro de un nuevo suceso Alderson que jamás haya conseguido nadie! Ya podemos abrir el campo visual.

—¿A qué distancia, doctor Buckman?

Buckman sacudió la cabeza con vigor.

—¡Fluctúa de un lado a otro! La estrella nueva debe estar pulsando. Está recorriendo el arco. Medio millón de kilómetros de extensión. Más. Si ya tuviera una cierta estabilidad, sería posible que pudiéramos Saltar mientras pasa por nosotros.

—Informaré a las otras naves.

—Es lo bastante fuerte como para que hasta los instrumentos de la Marina lo recojan, pero adelante —Buckman se dedicó de nuevo a su consola.

Blaine usó el intercom del salón.

—Kevin. Buckman dice que ya está aquí. Alertaré al Agamenón.

Cambió de frecuencia con un gesto.

—Agamenón, aquí Simbad. Suceso Alderson detectado en nuestra proximidad. Transmíto datos de Buckman con este mensaje. Sugiero que converjan sobre el probable emplazamiento del punto Alderson. También le envió este mensaje a la Átropos. Blaine.

Esperaron. Dos minutos después llegó la respuesta.

—Simbad, aquí Agamenón. Vamos de camino a tres g. Repito, a tres gravedades estándar. Avanzaremos hacia ustedes, pero permaneceremos entre el Punto-I y la salida a Nueva Cal.

—No le hace falta mucho tiempo para tomar decisiones —comentó Renner—. Se encuentra a unos veinte segundos luz detrás de nosotros, aunque no va a donde vamos nosotros. Puede arribar al punto de Salto a Nueva Cal en... —tecleó a toda velocidad— unas cinco horas, a partir de ahora. Y la Átropos se halla delante de nosotros. No sé cuál es la mejor táctica.

—Depende demasiado de lo que salga de ahí —afirmó tajante Chris Blaine.

—¿Qué pasa? ¿Qué está sucediendo? —Joyce se deslizó fuera de su camarote, ajustándose deprisa las ropas—. ¿Pajeños? ¿Han salido?

—Aún no —contestó Blaine—. Lo harán.

—Sí —acordó Renner—. Doctor Buckman, ¿se han estabilizado ya las cosas?

—Sí, Kevin, empiezan. ¿Ve cómo el Punto-I avanza rápidamente hacia nosotros a lo largo del arco y despacio de regreso? Creo que estamos viendo pulsaciones irregulares en la protoestrella.

—Sí. Boom y se calma, boom y se calma, boom. Cuando la protoestrella deje de soltar llamaradas...

—Bueno, en los próximos cien mil años no dejará de hacerlo del todo.

—Cuando se tranquilice, entonces. El Punto-I se hallará delante, ¿verdad? Más cerca de la Átropos que de nosotros, y todavía fluctuando un poco.

—Sólo como conjetura, Kevin. Esto es una primicia en todos los aspectos. El colapso de la Protoestrella de Buckman en la Estrella de Buckman.

—Todo es conjetura, pero démosle a la Átropos más o menos cuatro horas y media. A una g, a nosotros nos llevará unas ocho.

—Pero usted y Buckman no creen que dispongamos de cuatro horas —dijo Blaine.

—Lo sé —comentó Renner—, pero no puedo ir a más de una g sin matar a Bury.

—No te preocupes por mí —dijo Bury detrás de él—. Permaneceré en mi cama de agua. Nabil la está llevando ahora al salón.

—Una y media, entonces. No más —indicó Renner—. De acuerdo, tan pronto como te metas...

—¡Se estabilizó! —gritó Buckman.

—¿Como lo sabe?

—Ha salido una nave. ¡Ahí hay otra! A una distancia de uno o dos segundos luz.

Renner pasó las imágenes a su pantalla.

—A unos tres segundos luz delante de nosotros. Más cerca del Simbad que de la Átropos..., tres naves.

Los dedos de Renner bailaron. Sonó una alarma con estridencia; bajó el volumen de un manotazo. «Prepárense para la aceleración».

—Cuatro naves. Cinco.

Los motores del Simbad se encendieron. Los objetos flotaron hacia popa.

—Aparecen bien separadas. La estrella aún debe estar ardiendo, el Punto-I todavía inestable.

—Misericordia de Alá —musitó Bury—. Rápido, Nabil, méteme en la cama de agua.

—Debo asegurarla a la cubierta —explicó Nabil con calma. El viejo y pequeño asesino se movía con facilidad en lo que se había convertido en media gravedad de atracción.

—Seis. Siete —dijo Renner—. Hasta ahora siete. Blaine, será mejor que nos ponga en comunicación con la Átropos.

—Entendido. Estoy en ello.

—¿Qué sucede? —demandó Joyce Mei-Ling desde la puerta del salón.

—¡Asegúrese para la aceleración, maldita sea! —gritó Renner—. Que toda la tripulación se asegure. ¡Nabil, hazme saber cuando acabes!

—La cama está fijada. Si no gira demasiado, puedo introducirle en ella cuando nos hallemos en marcha.

—Me mantendré en una g hasta que hayas terminado. ¿Todo el mundo asegurado? Buckman, ¿está agarrado a algo? Aquí vamos.

El Simbad subió a 1g.

—Se dispersan —anunció Renner.

—Deben haber pasado a diferentes velocidades —dijo Blaine—. Hasta ahora sólo es inercia.

—Claro.

—Se dispersarán —afirmó Bury—. Claro que lo harán. Siete naves. Llevan años preparándose para esto. Kevin, ¿podemos interceptarlas a todas?

—Poco probable. Los pajeños no son capaces de soportar tanta sobrecarga de gravedad como nosotros, pero no hay modo de que tres naves puedan perseguir a siete. No con tanta ventaja inicial como disponen.

—Simbad, aquí Agamenón. ¿Qué está pasando, Blaine?

—Hasta ahora siete naves pajeñas —repuso Blaine—. Delante de nosotros, y alejándose con la inercia en siete direcciones. Le pasaré los datos que tenemos —apretó unas teclas, y la computadora transmitió lo que almacenaba. Datos anticuados en veinte segundos y pico sería mejor que nada.

Casi pasó un minuto.

—Blaine, dispondrán de abundante tiempo para recuperarse de la conmoción del Salto antes de que lleguemos allí —anunció la voz de Balasingham—. Dando por hecho que cada una acelere por su curso actual, y concediéndoles algo parecido al rendimiento que mostraron las naves pajeñas en el punto del bloqueo, no vamos a ser capaces de capturar a más de cuatro. Máximo cinco, y ello asumiendo que podamos incapacitarlas sin que ofrezcan mucha resistencia, lo cual es asumir demasiado. Maldición...

Pausa; luego Balasingham dijo:

—Creo que es momento de cambiar de táctica. Le estoy ordenando a la Átropos que avance hacia el Punto-I y que se prepare para perseguir a las naves pajeñas. Eso la acercará a ustedes. Voy a hacer retroceder al Agamenón para bloquear la salida de este sistema. Nuestro punto de entrada no habrá cambiado tanto para que tenga importancia. Nunca las cogemos a todas, pero quizá podamos embotellarlas aquí.

—No es nada probable —musitó Blaine—. Pero supongo que es lo mejor que se puede intentar.

—Capitán Renner —continuó Balasingham—. Se le entregaron órdenes selladas cuando dejó Nueva Escocia. Para abrirlas cuando yo lo indicara. Mis órdenes eran que se lo informara cuando la situación quedara fuera de mi control. En este momento le ordeno que abra esas órdenes.

»Descubrirá que su servicio en la Reserva como capitán se ha activado, y queda al mando de esta expedición con el rango titular de comodoro. No sé qué puede hacer usted, pero yo sí que no soy capaz de pensar en nada. Le estoy ordenando al capitán Rawlins en la Átropos que se ponga bajo su mando.

»Señor, ahora cambio de curso para custodiar el punto Alderson hacia Nueva Caledonia. Si quiere que haga algo más, dígamelo. Agamenón fuera.

—Por el ombligo de Dios —musitó Renner.

—Kevin, ¿he oído bien? —demandó Bury.

—Eso parece —repuso Renner—. Yo también lo oí.

—Pajeños —dijo Joyce desde algún lugar de popa—. Chris...

—Luego.

—Sí, pero... ¡Chris, son pajeños!

—¡Joyce, es una historia estupenda, pero no hay tiempo! —gritó Chris—. Capitán... comodoro, las dos primeras naves pajeñas se encuentran bajo aceleración. Deben estar automatizadas; los pajeños aún no se habrían recuperado.

—Me pregunto en qué clase de computadora confían para que trabaje tan pronto después de un Salto —comentó Buckman.

Chris Blaine examinó la pantalla de la computadora.

—Continúan en sus cursos originales. Mi suposición es que todas harán lo mismo.

—Dispersarse y perdernos —dijo Renner—. Sólo siete naves, y no veo ninguna más; de hecho, he perdido a una. Habría imaginado que enviarían más.

—Yo también —acordó Blaine—. Quizá no pudieron.

—Las naves espaciales son caras —indicó Bury. Sonaba bastante cómodo aún bajo 1,5 gravedades—. Requieren muchos recursos, de muy distintos tipos. Una sociedad compleja.

—Lo que tal vez quiera decir que tienen problemas —expuso Renner—. Jacob, ¿en qué parte del sistema de la Paja estaría su extremo de la línea de transporte?

—Bastante lejos. Mucho más allá de la órbita de su gigante gaseoso, Paja Beta.

—Nunca examinamos las civilizaciones troyanas —comentó Renner—. Quizá deberíamos haberlo hecho.

Media hora después resultó bastante claro. Chris Blaine fue al salón para explicárselo a Joyce y a Bury.

—Hay siete naves pajeñas. Cinco se encuentran bajo aceleración máxima en cinco direcciones distintas. Una se ha perdido, para nosotros, el Agamenón y cualquier otro. Tal vez la encontremos. Tal vez no.

—Misericordia de Alá —musitó Bury—. ¿Y la séptima?

—La séptima se dirige directamente hacia nosotros, Excelencia.

Bury se mesó la barba.

—Entonces, querrán hablar.

Joyce Mei-Ling miraba la pantalla. De pronto señaló a la nave pajeña. Mientras observaban, un rayo láser parpadeó encendiéndose y apagándose.

—Como usted dijo, Excelencia. Si me disculpan... —Blaine regresó a su puesto de servicio y se volvió hacia Renner—. En apariencia quieren hablar.

—También nosotros —repuso Renner—. Nunca cogeremos a ninguna de las otras. Puede que la Átropos lo consiga, pero nosotros no.

—Una de las otras da la impresión de dirigirse al punto de Salto a Nueva Cal —indicó Blaine—. Aunque Agamenón estará allí primero.

—Mientras tanto, esta nave viene hacia nosotros —afirmó Renner—. Ah. Están modulando ese haz. Veamos si algo tiene sentido...

—Nave Imperial, aquí la nave pajeña Filípides —dijo el altavoz.

—Yo he oído ese nombre antes —comentó Joyce Mei-Ling Trujillo.

—Venimos en son de paz. Buscamos a Su Excelencia Horace Bury. ¿Se encuentra a bordo?

—Filípides fue el primer corredor de maratón —explicó Joyce—. Transmitió su mensaje y murió.

Renner y Blaine se miraron; luego observaron a Bury tendido en su cama de agua con una pantalla sobre el rostro. Renner les echó un vistazo a los sensores antes de hablar. El pulso de Bury era regular, las ondas cerebrales indicaban que se hallaba del todo despierto. De acuerdo.

—¿Horace? Es para ti.

#### 4. El Punto-I

*Las relaciones exteriores son como las relaciones humanas: interminables. La solución a un problema por lo general conduce a otro.*

James Reston

El honorable Freddy Townsend despertó despacio, saboreando cada momento de relajación. Sintió unos ojos fijos en él y se dio la vuelta.

—Hola.

—Hola.

Nadie coloca una cama grande en una nave de carreras. Ello sólo deja espacio para los accidentes. Freddy había subido la doble al Hécate en aquel primer viaje con Glenda Ruth. La dejó a bordo para este viaje... Por supuesto, ¿por qué no? Había parecido tan vacía, hasta ahora.

—Chocolate —comentó ella—. ¿Hay algo de chocolate a bordo?

—Tendrás tu deseo aunque deba cultivar yo mismo las semillas.

—Si encuentras algo a bordo, guárdalo bajo llave. Es muy posible que lo necesitemos.

Él se la quedó mirando. Luego alargó el brazo hacia ella en un gesto incierto. Glenda Ruth rió.

—No me desvaneceré, ¿sabes?

—Apenas logro comprenderte, y tú siempre sabes lo que estoy pensando. Eso me preocupa. Si sabes tanto de... la gente... gracias a lo que te enseñaron los pajeños, ¿qué saben ellos de nosotros? ¿Todo, incluyendo que nosotros mismos no nos conocemos?

—Quizá no tanto —repuso ella.

—Pero no estás segura.

—Sólo conocí a tres pajeños. Y tenían que ser los tres más inteligentes que había disponibles. Quiero decir, ¿a quién enviarías tú como embajadores ante otra especie, ante un imperio que amenazaba a toda tu especie?

—Sí, probablemente tienes razón —esta vez la cogió con firmeza de los hombros y la acercó a él.

Les llevaría seis días cruzar el punto de Salto hacia MGC-R-31.

Más tarde, en una espléndida mañana, Glenda Ruth dijo:

—Deberías dejar que Kakurni te enseñe algunas técnicas de lucha.

Freddy aún no estaba del todo despierto. Abrió los ojos despacio y con cuidado.

—¿Terry? Desconozco que sepa alguna. Los inuit son un pueblo pacífico y agradable que en realidad sólo saben mucho de máquinas.

—Los tanith no lo son. Tuvieron trescientos años de lucha encarnizada. Terry Kakurni es medio tanith.

—Mmm...

—Y quizá cinco por ciento de superhombre de Sauron, Freddy. Debe saber algo.

Freddy se sentó de golpe.

—¡Por mi lagarto! Kakurni ha sido mi ingeniero... Glenda Ruth, ¿cómo sabes eso? ¡Apenas le conoces!

—Empecé a observarle porque no quiero que Jennifer sufra. Parecía como si ella y Terry estuvieran... mmh, cortejándose.

—Durante cuatro años... no; cinco, ha mantenido en perfecto estado mi nave.

—Es un buen hombre, Freddy, pero me he fijado en algunas cosas. Le he observado moverse. ¿Intentó cocinar para nosotros una vez?

—Ugh. Debí habértelo advertido. En una carrera sólo vamos nosotros dos. Yo tomo platos precocinados. Es mejor.

—Los Sauron eran soldados perfectos. Marchaban durante una semana sin dormir. Toleraban cualquier nivel de luz solar, cualquier gravedad. Respiraban cualquier atmósfera, no les molesta el hedor. Dormía en cualquier parte, se despertaban al instante —hizo una pausa—. Comían cualquier cosa orgánica. Cualquier cosa.

—Oh. Supongo que era de esperar. De acuerdo, así que es en parte... Sauron. ¿Sabes?, los hay leales. Kakurni sirvió seis años en la Marina. Se licenció con honores con el rango de ingeniero jefe.

—No importa.

—En algunos sitios sí que importa —afirmó Freddy—. Me alegro de que no lo supieran cuando corríamos en el sistema de Ekaterina. Me alegra que yo no lo supiera. Habría estado demasiado nervioso.

—No obstante, ganaste.

—Claro. No sabía que tú... Pero tú no sigues las carreras. Maldición, a veces me asustas.

—Uuuh.

—Sí, uuuh. Tomemos lecciones los dos.

Habían estado en el sistema de Nueva Cal cuatro días; les llevaría seis más a través del punto de Salto hasta MGC-R-31. ¿Seis lecciones de cómo ser un soldado Sauron?

—Oh, Freddy, eso es... —se detuvo.

—No ibas a...

—¡No, no porque yo sea una chica y tú un chico! Los Mediadores no pelean. Claro, tomemos lecciones los dos.

Terry Kakurni tenía un aspecto duro y redondo. Un poco más alto que Glenda Ruth pero con más de la mitad del peso de ella. Cuando el Hécate corría y toda la masa innecesaria había sido desmontada, dormía en el compartimento del motor. Ahora había instalados tres tabiques para hacerle un camarote justo delante del compartimento del motor, aunque no había hecho gran cosa con él.

—Pelado como la sala del motor —le dijo Freddy a Glenda Ruth—. Supongo que tiene sentido... ¿Estás segura de su ascendencia?

—¿Quieres preguntárselo?

—No, no creo que...

—Tal vez él no lo sepa.

—Por supuesto.

Freddy llamó a la puerta del compartimento de la sala del motor.

Se abrió.

—Sí, sí —Kakurni vio a Glenda Ruth y salió a la escalera de cabina, cerrando la puerta a su espalda—. ¿Me necesitas para relevar a George en la guardia?

—No, seguimos nuestro curso. Quería preguntarte una cosa, Terry. Tú serviste en la Marina; seguro que aprendiste a luchar... —Kakurni asintió— o ya sabías. En cualquier caso, cuando dejamos Esparta estabas al corriente de que intentaríamos llegar a la Paja. Bueno, tal vez sea peligroso. Nos preguntábamos si podrías darnos algunas clases.

Kakurni observó a Freddy, luego a Glenda Ruth, y despacio sacudió la cabeza.

—No sería una buena idea. Con sólo cuatro días, aprenderíais apenas lo suficiente para meteros en problemas. Si se presentan problemas, vosotros hablaréis; yo lucharé —sonrió, algo que le marcó unas pequeñas arrugas en los extremos de los ojos—. Mucho mejor que si yo hablo y vosotros peleáis. Jennifer también es buena hablando. ¿Sabemos ya con certeza si vamos a ir a la Paja?

—Aún no.

—Es una pena.

—Bueno, supongo que tienes razón —dijo Freddy—. Acerca de aprender lo suficiente sólo para conseguir que nos maten. De acuerdo.

—Vayamos a echarle un vistazo a los mapas —dijo Glenda Ruth. Cogió la mano de Freddy y se lo llevó. Cuando llegaron al puente, se rió.

—¿Qué?  
—Piensa por qué cerró la puerta.  
—¿Eh? Oh. Jennifer.  
—Es interesante que sea tan sensible.

—¡Excelencia, saludos! —la cara asimétrica de la pajeña rebosaba entusiasmo... de algún modo.

—Salaam. Veo que me conoce.  
—Desde luego.

La cara había sido un concepto nuevo para los pajeños. Renner recordó aquella sonrisa rígida, torcida. Los rostros pajeños no habían evolucionado para enviar mensajes. La criatura debía estar transmitiendo, con lenguaje corporal y entonación, «¡Contenta, contenta de verle! ¡Ha pasado mucho tiempo, es como volver a casa!».

Los indicadores de Bury tenían sacudidas, pero no eran tan ominosas.

—Mi Fyunch(click) debe llevar mucho tiempo muerta.

—Oh, sí, pero ella le enseñó a otra, y ésa otra me enseñó a mí. He sido su Fyunch(click) desde que nací; sin embargo, nos conocemos ahora por primera vez. Por favor, dígame, ¿fue un éxito el acontecimiento de la prueba de café?

Durante un instante, Bury se quedó boquiabierto. Entonces recordó.

—Sí, desde luego. La maestra de su maestra tenía toda la razón: la Marina nunca hubiera creído que un hombre que no bebe vino pudiera enseñarles algo sobre discriminación.

—¡Espléndido! Pero debe dar la impresión de que estoy hablando de alguna remota Edad Media. Permita que diga con cierta precipitación que mi tarea es la de persuadirle a usted y a los suyos a no dispararnos. Venimos en son de paz. No llevamos a nadie de la clase de los Guerreros.

Bury asintió con satisfacción.

—Astuto de su parte indicarlo.

Renner y Blaine intercambiaron miradas. Chris Blaine esbozó una sonrisa fugaz.

—¿Qué? —demandó Joyce en un susurro feroz.

—Guerreros —repitió Blaine. Cuando ella enarcó una ceja en signo de interrogación, Chris levantó la palma de una mano para cortarla—. Luego.

La pajeña siguió proyectando seguridad.

—Excelencia, nuestra primera nave, que hemos llamado Gandhi, desea llevar un embajador a su mundo poblado más próximo. Va acompañada de un Mediador, por supuesto, uno que pueda hablar con sus autoridades políticas. Mientras tanto, nosotros, a bordo del Filípides, deseamos acompañarles a usted y a los suyos al sistema de la Paja.

Los pasajeros de Bury se quedaron mirando a su informadora alienígena. Buckman sonrió con esperanzas. Joyce garabateó algo en su computadora de bolsillo. Renner volvió a comprobarlo: sólo Bury aparecía en el alcance de la cámara.

—Buckman, reduzca propulsión a media g —indicó.

—¿Está seguro?

—Ya no perseguimos a nadie, y Horace debe hablar, y ésa *fue una orden*.

Bury ignoró la escena a su alrededor.

—¿A mí y a los míos? —le preguntó a la pajeña.

—Se me dijo que invitara a cualquier nave que encontrara aquí a que nos siguiera a casa, pero en especial a la nave que llevara a bordo a Horace Hussein Bury.

Los diales danzarines de Bury se habían tranquilizado; debía sentirse en control de esta situación.

—¿Y por qué deberíamos ir con ustedes?

—Ah. Para usted, Excelencia, hallarse aquí significa ser consciente de que los asuntos han cambiado. Hasta hoy, toda nave que enviábamos a través del punto de Eddie el Loco estaba bajo sentencia de muerte. Sabemos que ninguna ha regresado de esa región alienígena. En la actualidad se han abierto nuevos senderos entre las estrellas. Sus cruceros



de batalla ya no pueden plantarse entre sus sistemas y los nuestros. A cambio, ¿no intentaría la negociación? La negociación y el comercio.

La criatura no se frotó las manos cuando mencionó el comercio, aunque la sugerencia estaba presente.

—Quizá debería hablar con nuestro comodoro —dijo Bury.

Un golpecito a un botón hizo que la cámara y el monitor de pantalla giraran... hacia Kevin Renner.

—Hola —saludó Kevin.

—¡Kevin, hola! No recuerdo lo de «comodoro». ¿Se halla en realidad al mando de esa nave? —estaba sólo un poco anonadada, sin intención de mostrarlo—. Ha progresado mucho.

—Mmh. ¿Tal vez a usted también la entrenó otro Fyunch(click) de un humano?

—No he heredado ningún entrenamiento de su Fyunch(click), Kevin; sin embargo, la Mediadora de Bury observó a otros humanos. Nunca se sabe demasiado de la gente con la que tienes que tratar.

—¿Y de quién aprendí yo eso?

—Exacto. ¿Y cómo están los técnicos espaciales Jackson y Weiss, señor? Si es que lo sabe.

Esos cambios de personalidad eran desconcertantes.

—Por favor, ahora es el Gobernador Jackson de la Compra de Maxroy —contestó Renner—, y disfrutando con ello.

—¡Bien!

Y Weiss estaba muerto y los dos lo sabían y ninguno volvería a mencionarlo jamás.

Fuera del alcance de la cámara, Chris Blaine hizo un significativo gesto con la mano en el cuello para indicar un corte. Joyce alzó alarmada la vista de su grabadora. «Que siga hablando», esbozó las palabras en silencio.

Renner estudió el semblante asimétrico un poco más... sabiendo lo poco que obtenía, mientras que la Mediadora usaba esos segundos para estudiar su cara.

—Para mi beneficio, póngase un nombre —pidió Renner.

—Eudoxo.

Bury mostró una sonrisa fina; los ojos de Joyce se entrecerraron, para abrirse de golpe al rato. Cuando Renner enarcó una ceja, Bury repuso:

—Un comerciante y explorador antiguo. Descubrió el Viento Dorado de los árabes.

—De acuerdo. Eudoxo, por el momento me encuentro al mando de todas las naves del Imperio en este sistema. Escucho los consejos de Bury, de modo que también hable en beneficio de él. Ahora bien, han enviado siete naves desde la Paja. A algunas las hemos capturado, otras están huyendo. Una lleva un embajador a bordo, y quiere que le transportemos a donde pueda establecer contacto con el Imperio. ¿Es correcto?

—Dos embajadores, Kevin. Ella y él. Un Guardián mayor para enseñarle al más joven, para que el más joven dure más tiempo.

Guardianes: Amos estériles.

—Es prudente. ¿No envió a ninguna otra Clase?

—A Mediadores, por supuesto. Y había Clases trabajadoras a bordo de algunas naves para servicio de mantenimiento, hasta que se colapsó el Coágulo. Luego los despachamos a casa. Temimos que se sintieran amenazados.

»Sin embargo, tengo una Ingeniero a bordo, y también la Gandhi —la mano izquierda de la criatura se alzó deprisa. La cara de Renner debió haber mostrado algo—. Puede ser despachada si su nave grande remolca a la nuestra.

—¿También Relojeros?

—Desde luego. Son muy valiosos.

Las agujas de los indicadores de Bury dieron un salto; luego se estabilizaron.

—Les llamaremos de vuelta en una hora. Hasta entonces... —Kevin meditó—. No hagan nada drástico. Entraré en caída libre. Emparejen curso conmigo y luego corten propulsión. Manténganse a diez mil clicks de distancia. ¿Puede hacer que sus otras naves se reúnan aquí?

—Puedo llamarlas, pero no obedecerán. Tres tienen instrucciones de ocultarse en el sistema —la pajeña se encogió de hombros. Éstos no se movieron—. No le digo nada que usted ya no espere. Permita que repita mi oferta. Vengan con nosotros.

—La llamaré de vuelta —Renner cortó la comunicación. Cerró los ojos con fuerza y soltó un gran suspiro. Luego se encaró con Bury—. Háblame. ¿Horace?

Bury se rió.

—¿Cómo sabía Eudoxo que estábamos al corriente de sus Guerreros? Respuesta: no lo sabía. Pero sí podíamos saberlo nosotros, y si ella no decía «No llevamos Guerreros», no se mencionaría nada más al respecto. Nosotros centraríamos todos nuestros esfuerzos en destruir cada una de las naves, a cada pajeño Guerrero —no hubo risa ahora—. Un análisis astuto, y la conclusión correcta el reconocerlo de inmediato.

—Mmh, mmhhh —musitó Renner—. También pensaba en eso.

—¿Pueden conocernos ya tan bien? —preguntó sorprendida Joyce Mei-Ling—. Kevin... capitán Renner, ¿cómo le reconoció a usted?

—¿De qué otro modo? —preguntó a su vez Renner.

—Aún no sabe cómo se destruyó la MacArthur.

—Sí, y nadie habría podido decirle cómo terminó el Kaffee Klatch, ¿verdad? —Kevin sonrió ante la perplejidad de Joyce—. De acuerdo, Joyce. Eudoxo me reconoció porque los pajeños tomaron fotografías de todos los que conocieron. También transcribieron registros exhaustivos de todo lo que hicimos. Memorizar la totalidad de lo que saben acerca de todos los humanos que alguna vez fueron a la Paja formaría parte del entrenamiento normal de Eudoxo.

—¿Tan buenas son sus memorias?

—Por lo menos así de buenas. En cuanto al Kaffee Klatch, los Relojeros había rediseñado la cafetera de la MacArthur meses antes de que nosotros creyéramos que los habíamos erradicado de la nave. Andaban sueltos por las zonas intermedias de las cubiertas, por toda la nave, y cuando descubrimos que estaban ahí, nos plantaron batalla. Antes de que eso acabara, se abandonó la MacArthur y Horace estuvo dispuesto a exterminar a los pajeños. Pero su Fyunch(click) nunca supo nada de eso.

—Eudoxo espera manipularme. Pobre Horace Bury —dijo Bury con voz apagada—, arriesgará cualquier cosa con tal de conocer a fondo la tecnología pajeña.

—Ahora lo sabe, Horace. Vio a Kevin crispase cuando mencionó a los Relojeros. Quizá haya sido un error dejar activada la visión. Horace, me pregunto cuánto saben los pajeños sobre sus sentimientos nacionalistas árabes. En cualquier caso, ¿qué vamos a hacer?

—Un embajador. ¡Gandhi! Ridículo.

—No obstante, no tenemos por qué hacer volar la nave pajeña, ¿verdad?

—Quizá si pudiéramos destruir a las siete..., pero no podemos hacer eso, Kevin. Considera: ¿qué pasa si una de las siete fue un señuelo, digamos una nave nominal montada sobre la cabeza de un cometa pequeño? Puf, aniquilada. Evaporada. Sólo encontraríamos a seis, nunca a la séptima. Y tres tienen instrucciones de ocultarse... y disponen de un sistema entero para hacerlo. Un sistema que no hemos explorado mejor que ellos. ¿Quién sabe qué recursos hay aquí? Y puedes tener la certeza de que esas naves llevan Amos fértiles, con toda probabilidad embarazadas.

—Sí.

—Pero en ese caso —dijo Joyce Trujillo—, si somos capaces de encontrar seis... Oh.

Kevin notó la mirada de irritación que le lanzó Chris Blaine a Joyce Trujillo. Pero ¿por qué...?

No había tiempo para preocuparse de eso.

—Sí —afirmó Kevin—. Seis naves, ¿y qué pasa si no hay una bola de hielo? Hablar o luchar, y no podemos empezar a disparar hasta que las localicemos a todas, siempre que lo consigamos, y ya hemos perdido como mínimo a una. Así que hay que hablar, y quieren que vayamos con ellos a la Paja. Quizá sea una buena idea. La cuestión es: ¿podemos dejarlas aquí? ¿A todas las naves pajeñas con el Agamenón de guardia hasta que más naves del escuadrón de bloqueo lleguen desde el Ojo?

—¿No podemos? —preguntó Bury—. Haz una consideración adicional: estas naves no van armadas. No ha habido insinuación alguna de amenaza, pero si una de ellas no se comunica de vuelta...

—La amenaza ciertamente va implícita, señor —intervino Chris Blaine—. Observe los registros. Es probable que las primeras dos naves con las que el Escuadrón de Eddie el Loco se enfrentó aparecieran desarmadas. El resto llevaba las armas que pueda imaginarse. Excelencia, ella sabía que usted vería la amenaza. Con desconocidos habría sido más explícita.

—Debemos dejar que Eudoxo vuelva para informar —dijo Renner—, y averiguaremos más si vamos con ella —recibió un gesto de confirmación por parte de Bury—. De acuerdo, sea o no suficiente el Agamenón, es lo único de lo que disponemos, porque no me gusta la idea de llevar al Simbad al sistema de la Paja sin una manera segura de transmitir desde allí un mensaje. Eso significa que con nosotros vendrá la Átropos. Chris, ¿estás de acuerdo?

—Sí, señor. Si alguien es capaz de sacar un mensaje, éstas podrán hacerlo, bien la Átropos o la lancha espacial.

—Doctor Buckman —preguntó Bury—, ¿cuán grandes son las naves pajeñas? Diminutas, ¿verdad? Demasiado pequeñas para enfrentarse al Agamenón, incluso todas juntas. Sí, y encima desarmadas. Bien, Kevin, ¿qué piensas?

—Pienso que Eudoxo podría contarnos más sobre lo que nos espera del otro lado. Entonces... quizá podamos reunirnos con el Agamenón, dejarte a ti y a Joyce...

—Un momento, comodoro Renner...

—Es mi nave, maldito sea tu pellejo grueso como el metal de un casco.

—De acuerdo, de acuerdo. ¿Trasladamos a tus criadas?

—Cada una es tan hermosa —dijo Bury—, aunque todas andan por los cuarenta. ¿Te preguntaste alguna vez por qué, Kevin? Las pruebo en puestos inferiores. Envío a las débiles y a las tímidas a otros servicios. Con semejantes compañeras cerca de mí jamás he de temer algo de mi propio pueblo. Los neolevantinos nunca sospecharían de mi harén.

—Bien. ¿Saben luchar? Siempre le tuve un poco de miedo a Cynthia.

—Con motivo.

—Todavía no podemos irnos. Todavía yo no puedo irme —indicó Renner—. No hasta que sepamos dónde está cada una de las naves. No hasta que las cosas se calmen —pero Bury sacudía la cabeza—. ¿Qué, Horace? Eudoxo no parecía tener prisas.

—Kevin, en las negociaciones sólo un perdedor revela que se encuentra al límite. Aun así, creo que Eudoxo reculó cuando cortaste la comunicación. No es fácil aseverarlo, desde luego. Pero considera qué puede salir del Punto-I si no dejamos que Eudoxo vuelva para informar.

—Sí. Bueno, aguardaremos para que ella nos lo diga. Ahora necesito un enlace con la Átropos. Doctor Buckman, desde este momento le nombro oficial de comunicaciones.

Buckman se rió entre dientes.

—La personalidad de la Marina siempre sale a la superficie, ¿no? De acuerdo, comodoro, lo intentaré. A propósito, se hallan a nueve segundos luz de distancia.

—Aquí el capitán Rawlins. Balasingham me informa que me encuentro bajo sus órdenes, capitán Renner.

—Así es la vida. ¿Cuál es su condición?

—Estamos persiguiendo a la más grande de las naves pajeñas.

—¿A cuántas puede ver?

—Cinco. A una la perseguimos. Otra se dirige directamente al punto de salida de Nueva Cal a velocidad máxima, pero el Agamenón llegará allí primero. Una tercera está aparcada cerca de usted. Dos más se desvían en direcciones opuestas, y por lo menos perderemos a una de estas últimas antes de que podamos alcanzar a la que perseguimos.

—De modo que prácticamente ya hemos perdido a dos. ¿Cuánto tiempo resta hasta que le dé alcance a esa nave pajeña?

—La tendré a tiro en diez minutos o menos. ¿Abro fuego?

Renner miró a los otros que había en el puente del Simbad.

—¿Blaine?

—¿Disparos de advertencia, señor?

Renner abrió el micrófono.

—Active sobre ellos un punto láser de baja energía y vea cómo reaccionan. Si no se detienen, vuélelos.

—¿Y si se detienen?

—Manténgase en estado de alerta —dijo Renner—. Maldición. Horace, claro que se van a detener. Y a hablar, y a ganar tiempo.

—Ya hemos perdido el rastro de dos. Según la estimación del capitán Rawlins, haga lo que haga con la que persigue, no será capaz de interceptar a todas las que queden. Tres habrán escapado, Kevin. Tres.

—Sólo en este sistema. Ese crucero grande puede impedirles que salgan —intervino Joyce—. ¿Verdad?

—Te recuerdo que lo próximo que venga por el Punto-I podría ser suficiente para destruir al Simbad. Después a la Átropos. Quizá al Agamenón.

—Dispondrán de bastante tiempo para recuperarse de la conmoción del Salto antes de atacar —indicó Blaine—. Hemos visto salir naves del punto de Eddie el Loco que en combate individual podrían haber convertido en escoria el Agamenón.

—Simbad, aquí Átropos. La nave pajeña empieza a estar a nuestro alcance. Tenemos un haz apuntándole.

—Se detendrán —afirmó Blaine.

—Estoy convencido de que tiene razón.

—Eudoxo envía una señal —anunció Buckman con jovialidad.

—¡Todo sucede al mismo tiempo! —exclamó Joyce.

—Simbad, aquí Átropos. En cuanto demostramos que podíamos golpear a la nave pajeña, ésta apagó su impulsor y ahora nos saluda en inglés. «Venimos en son de paz. Ésta es la nave pajeña Don del Rey Pedro. Venimos en son de paz. ¿Tienen órdenes?» Señor, ¿tenemos órdenes?

—Por el ombligo de Dios.

—Sugerencia —dijo Blaine.

—¡Expóngala!

—Haga que la Átropos envíe a esa nave una tripulación competente y que la mande a encontrarse con el Agamenón. Luego Rawlins podrá ver si es capaz de ir tras otra.

—Sí. Es buena. Rawlins, ponga una dotación de hombres con una bomba en la nave pajeña y envíela con el Agamenón. Luego vea qué puede hacer respecto de las otras naves pajeñas.

—Eudoxo envía una señal —repitió con alegría Buckman.

—Por supuesto que Eudoxo envía una señal. Que espere. Rawlins, estoy pensando en el aterrizaje. Le mandaré especificaciones de diseño del Simbad. Horace, lo siento, pero he de dárselas. Rawlins, Simbad puede aterrizar en un planeta habitable; sin embargo, nos hará falta encontrar combustible para despegar. ¿Lleva la Átropos desembarcadores?

—Tres. Dos blandros y una lancha espacial. Todos funcionales, pero uno de los blandros necesita reparación. Le transmitiré las especificaciones. La lancha podría llevar suficiente combustible para que un blandro recuperara órbita desde Paja Uno, aunque no puede regresar sin repostar. Átropos podría bajar a un planeta gaseoso gigante y recoger combustible.

«¿Qué he olvidado?», pensó Renner. «Oh, lo recordaré luego».

—Buckman, pase a Eudoxo. Hola, Eudoxo; lamento haber tenido que cortar, pero sus naves nos han mantenido bastante ocupados.

—Me vino bien ese tiempo de descanso, Kevin. ¿Ha seguido pensando en nuestra invitación?

«Me vino bien ese tiempo de descanso, hnpf, hnpf, hnpf».

—Claro. El tiempo de descanso suena estupendo. Además, tenemos que esperar. ¿Andan escasos de algo? ¿Aire, comida, agua? Podemos mandarles un paquete.

—Kevin... No, llevamos lo suficiente para que nos dure.

—De acuerdo. Cuénteme todo sobre lo que podemos esperar encontrar del otro lado del punto de Salto.

—Sí. Mi Guardián es parte de la cadena de mando de... el nombre sería intraducible, desde luego, de modo que nos llamaré los Comerciantes de Medina. Somos la compañía de comercio más grande de nuestra región. Estamos involucrados en juegos de dominio con varios otros grupos, todos bajo tregua de una u otra intensidad. Esperamos reunirnos con ustedes en el espacio y conducirles a nuestro propio territorio, en perfecta seguridad. No obstante, la sorpresa por parte de un rival se torna más factible cuanto más nos retrasamos.

—Juegos de dominio —intervino Bury—. ¿Guerras?

Renner buscó una señal de titubeo, y la vio.

—Nada tan grande, Excelencia, aunque los Guerreros de vez en cuando entran en juego.

—Batallas, entonces. ¿Por qué premio? ¿Nosotros?

—Por recursos, hasta ahora. Hemos mantenido la existencia de ustedes como nuestro secreto.

—Vaya. Quizá tengamos que luchar. ¿Cuál sería su condición si regresan solos?

Un encogimiento de hombros.

—Yo habría fracasado. Mi Guardián y su... superior... tomarían decisiones sobre esa base, y también otros clanes.

—Mantendré la comunicación —informó Renner.

La imagen permaneció.

—Hemos cortado la señal. ¿Bien? —preguntó Buckman.

—¿Guardianes? —inquirió Joyce—. ¿Dónde he oído ese término?

—Los Guardianes son Amos machos estériles —repuso Blaine—. Posesivos pero no agresivamente expansivos. Joyce, el grupo con el que tratamos en Paja Uno estaba encabezado por un Amo que se hacía llamar Rey Pedro... ¿Recuerda que una de estas naves que han enviado se llama Don del Rey Pedro? Y los pajeños que nos mandó con la Lenin incluían a un Guardián embajador llamado Iván... ¿Capitán? Parece bastante llamativo.

—¿Qué? —instó Renner.

—La Don del Rey Pedro. Es demasiado directo y no muy exacto. Esa maldita nave no es un regalo, es una amenaza. Eudoxo menciona diferentes facciones, diferentes clanes. Hablé de Guerreros, pero ¿fue ésa una táctica inteligente? Señor, hemos de sospechar que en verdad desconocen todo lo que averiguó la expedición, y que quizá no formen en absoluto parte del clan del Rey Pedro.

—Interesante —dijo Bury—. Claro que saben todo lo que me contaron a mí. O así lo creen.

—Momento de decisión —afirmó Renner—. Una de las naves pajeñas debe retornar, pero ¿tiene que ser la Filípides? ¿O Eudoxo ha averiguado demasiado sólo con observarnos? ¿Blaine?

—No, señor, confíe en mí en esto. Ella empieza desde muy atrás. No ha sido capaz de interpretar nada que se le indicara; aún está corrigiendo suposiciones tremendas. A lo peor, puede que sepa qué fue lo que destruyó a la MacArthur. ¿Hay alguna razón poderosa por la que no deban estar al corriente de eso?

—No lo sé. Digamos que guardaremos nuestros secretos hasta que tengamos un motivo para revelarlos.

—Parece bien, señor. Y desde luego, les hemos confirmado que conocemos a la clase de los Guerreros. Es una pena, aunque por lo menos ya no habrá más de esos juegos de «pajeños inofensivos» que practicaron con mi padre.

—Sí. Guerreros. Horace, si hay algo que no sepa sobre las defensas del Simbad, dímelo en privado antes de que saltemos.

—Sí. Eudoxo se está poniendo nerviosa, Kevin.

—Así es. De modo que le preocupa que las cosas empiecen a desenredarse del otro extremo. Es probable que eso no sea bueno para nosotros. Aunque significa que pode-

mos pedir concesiones, pues no dispondrá de tiempo para regatear. ¿Qué queremos de Eudoxo?

Los ojos de Bury se cerraron a medias.

—Sí. Si supiéramos...

—Llamada de la Átropos —anunció Buckman—. Tienen a una segunda nave. Guardamarinas suben a bordo con una bomba. La primera dotación informa que un Ingeniero modificó el sistema de aire para proporcionarles aire que respirar. Todos muy cooperativos. Rawlins tiene a una tercera nave al límite de la detección, pero se halla metida entre los asteroides y desacelerando. Está convencido de que ya es tarde.

—Dígale que la deje en paz. Damas y caballeros, ¿vamos nosotros? Sí, Joyce, ya lo sé. ¿Blaine?

—Adelante.

—¿Horace?

—Vamos, desde luego; pero primero hay que hacer una cosa.

—¿Qué?

—Necesitamos artículos con los que comerciar. En especial la lombriz mágica que suponemos trae consigo Glenda Ruth.

—¡Bury, no podemos esperar! —exclamó Renner.

—No propongo semejante cosa. Lo que digo es que debes ordenarle a la Marina que no entorpezca a la señorita Blaine cuando arribe a este sistema. Si considera oportuno ir al sistema de la Paja... Y después de su mensaje lo hará, ¿verdad, teniente?

—Sí, por supuesto.

—Entonces, la Marina no debe impedirselo.

—Van a pensar que es extraño —dijo Renner—. La hija de un lord yendo a una zona de combate. De acuerdo, puedo dar esas órdenes. ¿Algo más?... Muy bien. Buckman, ¿a favor de ir?

—Sin ninguna duda. ¡Puedo conseguir una segunda vista de una protoestrella en proceso de colapso! Quizá me permitan dejar instrumentos.

Kevin Renner se mordisqueó el dedo índice durante un momento.

—Sería bueno que primero repostáramos... Ah, bien. Páseme a la Átropos.

—¿...Señor?

—Rawlins, ambos vamos a dirigirnos al sistema de la Paja. Usted pasará primero. ¿Cuánto combustible ha consumido?

—Me queda medio depósito. Suficiente para llegar a cualquier parte si no tenemos que luchar, señor.

—Esperamos ser recibidos por amigos, pero no es del todo seguro. Puestos de combate. Preparen su nave, incluidos períodos de descanso completos, y hablo en serio; luego, llámenme. Simbad fuera —con los ojos cerrados, Renner pidió—. Que alguien compruebe la cena.

Will Rawlins se dirigió a su segundo al mando.

—Alarma general, Hank.

—Sí —bocinas sonaron por toda la Átropos—. ¿Qué cree que encontraremos?

—Dios lo sabe. Póngame con Balasingham, por favor. Quizá él tenga una idea.

—No es probable —dijo Henry Parthenio—. Pero qué demonios. Aquí lo tiene.

Balasingham se hallaba bajo tres gravedades y su cara lo expresaba.

—Adelante, Will.

—Señor, el capitán Renner quiere que le acompañe al sistema de la Paja.

—Bien. Que se divierta.

—¿Cree que es una buena idea, señor?

—No tengo ni la más remota noción —repuso Balasingham. La voz le salía desde lo más hondo del pecho mientras luchaba con la tensión de la alta gravedad—. Lo que sí sé es que ahora el jefe es él.

—Sí, señor... Un reservista, piloto de un comerciante imperial... —el tono de voz de Rawlins lo decía todo: a la Marina no le gustaban los comerciantes y nunca le habían gustado, y...

—Will, el capitán Renner ha estado en la Paja. Hace mucho tiempo, pero ha estado allí, y eso es más que lo que puedo afirmar de nadie que conozcamos. Ahora apague la grabadora y cerciórese de que la comunicación está protegida. ¿Ya?... De acuerdo. Bury y Renner llevan mucho tiempo trabajando para el Servicio Secreto de la Marina, y Bury viene a este sistema con la recomendación personal de Lord Roderick Blaine. Will, es la mejor gente que tenemos para esta misión.

—Bueno, de acuerdo, señor. Muy bien, estoy enviando dos naves pajeñas con tripulación de ocupación para que se encuentren con usted en el punto de salida. Ya van de camino, de modo que nada me retiene aquí. Me situaré en formación con la Simbad y la nave pajeña Filípides, y calculo que cruzaremos cuando haya completado la maniobra. Dios sabe cuándo regresaremos.

—Correcto. Recuerde que su primer deber es extender La Palabra. Buena suerte.

—Gracias, señor. Señor, ¿podremos detenerles?

—Sólo Dios lo sabe, capitán. Usted ya ha visto algunas de las naves que han enviado desde la Paja, y según todo lo que conocemos han dispuesto de décadas para prepararse para esto. Podrían tener una flota entera de acorazados sólo esperando órdenes.

—Ugh. Sí. Muy bien, aquí vamos —Rawlins se volvió a la tripulación del puente—. Adelante, Hank, sitúenos para entrar en el sistema de la Paja. Primero Filípides, después Átropos, después Simbad.

## 5. La batalla de la Hermana de Eddie el Loco

*Deleitarse con la guerra es un mérito en el soldado,  
una cualidad peligrosa en el capitán  
y un crimen absoluto en el estadista.*  
George Santayana

Una mancha borrosa de color marrón pasó delante de sus ojos, demasiado cerca; regresó fluctuando, adquirió definición. Brazo, dedos; dedos que tanteaban, cerrándose sobre su hombro, una nariz que casi toca la suya.

—Kevin. Capitán. Nosotros —Joyce Trujillo parpadeando, tratando de mover la boca—. Nos están... disparando.

Para el Salto se habían introducido las cámaras en el interior de la nave. Por la tronera Kevin vio una luz de un rojo oscuro donde tendría que haber visto negrura. Láseres enemigos debían bañar el Campo Langston del Simbad. No había puntos calientes.

—Sí. De acuerdo. El Campo aguanta. Usted... se recupera rápidamente... Joyce.

Renner miró a su alrededor. Su cabeza quiso girar demasiado. Buckman maldecía mientras trataba que le funcionaran los dedos para proyectar una cámara a través del Campo. Los brazos de Blaine se movieron a sacudidas cuando intentó dirigirlos a los instrumentos. Horace Bury contemplaba el nirvana con ojos inexpresivos y el esbozo de una sonrisa.

Los médicos por fin habían conseguido llegar hasta él. «Apoplejía, insuficiencia cardíaca, úlceras, digestión destrozada, y no saldrás de ello ni un momento antes. ¡No luches contra la conmoción del Salto!»

—Tengo son... sonda —dijo Buckman. Una imagen apareció en el monitor de Renner, y fluctuó, y la persiguió, y encontró un resplandor verde. Ahí. Una nave que sólo usa láseres. ¿Quién es el oficial de artillería?

—Yo.

Renner no podía confiar en Blaine para matar. Entrenado por la Marina, pero educado por Mediadores. Además, Blaine no se hallaba operativo; ni siquiera como Trujillo. Y el Simbad no tenía gran cosa en cuanto a cañones: un láser de señales que era varias miles de veces más poderoso que lo que hacía falta, bastante bueno para mantener a raya a naves mercantes armadas, pero en absoluto con la potencia suficiente para resultar de utilidad contra naves de combate de verdad.

¿Cuán robusta era la nave enemiga como objetivo? ¿Valdría la pena devolver el fuego? ¿Y dónde estaba la Átropos? Simbad había sido el último en pasar. Debía ser tarea de Rawlins el protegerles.

El resplandor verde osciló. Perdió enfoque. Entonces fue un punto verde rodeado de rojo, un halo amarillo blanquecino, un resplandor verde, y expandiéndose, una esfera violeta inflándose que ¡pif!, desapareció en segundos.

Y con ese enemigo desvanecido, el cielo se despejó.

Era un cielo de fiesta de cumpleaños, un campo de estrellas negro lleno de globos de colores unidos por cordeles brillantes. Simbad había entrado en una batalla. Debía haber naves a centenares. Imposible saber cuántos bandos existían, o quién era quién. Pero el Campo del Simbad estaba rojo oscuro y se tornaba más oscuro por momentos, esparciendo la energía almacenada ahora que ya no se encontraba bajo ataque.

—¡Buckman, saque una antena!

—Hecho. Tenemos naves en todos los lados..., no tantas en dirección a la Paja. Creo que veo a la Átropos.

Un glóbulo anaranjado, cerca, enfriándose... oscureciéndose a rojo, aunque sin contraerse. No cabía duda de que era la Átropos. El Campo Langston dilatado de los pajeños había revolucionado las operaciones militares del Imperio; pero la Átropos había sido



construida para operar en el Ojo, donde un Campo dilatado sólo significaba más zona de superficie para absorber el calor de la estrella: muy contraproducente.

—Tengo a la Átropos en línea.

—Bien. Rawlins, ¿cuál es su situación?

—Estable. Fuimos atacados en cuanto entramos, capitán Renner. Hay dos flotas, una que dispara sobre nosotros y una que dispara sobre la otra flota. Cuando la nave embajadora Filípides pasó, una de las flotas empezó a dispararle. Me situé delante de ella y devolví el fuego. En ese momento todas las demás entraron en el asunto.

—¿Cómo está la Filípides?

—Es la que tenemos del otro lado de nosotros, con el Campo en expansión, amarillo y empeorando. La que no devuelve los disparos. Ahora que nos hallamos delante de ella no se encuentra en situación crítica, a menos que reciban un impacto de torpedos.

—¿Puede protegerla?

—Sí, señor. No podemos hablar con la otra flota, pero cooperan. Entre nosotros hemos convertido en escoria a un enemigo justo después de que pasaran ustedes. Comodoro, aún no hemos visto torpedos; sólo láseres y rayos de partículas. Nos hallamos en una batalla general de flotas, pero aparte de protegerles a ustedes y a la nave pajeña, desconozco cuál es el objetivo. Sólo hay cañones y todas las naves poseen Campos dilatados...

—Simbad, aquí Filípides. ¿Se encuentran ilesos?

El pajeño hablaba con la voz de Horace Bury, distorsionada por el ruido, probablemente afectada todavía por la conmoción del Salto, a pesar de haber pasado bastante tiempo antes que la Simbad. Renner hizo una mueca.

—Continúe, capitán Rawlins —dijo Renner—. Está haciendo un buen trabajo. Trataré de conseguir información.

Era inútil recordarles a los pajeños que se suponía que el cruce iba a ser seguro.

—Eudoxo, aquí Renner. ¿Quién nos está disparando?

La estática hizo de la forma pajeña una silueta irregular.

—Llámeles... Gengis Kan y la Horda Mongol. Son bandidos, un grupo grande y bien establecido. Nosotros estábamos bajo ataque del Kanato cuando se movió el punto de Eddie el Loco, pero creímos que iban tras nuestro cometa.

—¿Cometa, Eudoxo?

—Recursos, Kevin. Sacamos a un cometa del Yermo para alimentar las necesidades industriales de la flota de inspección de Medina en el nuevo punto de Salto que esperábamos. Maldición, la mayoría de ellos están protegiendo el cometa...

—Vaya de prisa, Eudoxo. ¿Contra quién luchamos? ¿Tenemos aliados? ¿Cómo los reconocemos? ¿Qué tan seguros están en esa nave? Ustedes no pueden luchar.

—La protección viene de camino. No intente luchar, Kevin. Yo les sacaré de aquí y les llevaré a la seguridad de nuestra base. Los Guerreros de Medina ya vienen a protegernos. Guardarán nuestra retirada.

Renner lo comprendió de repente.

—Ustedes no son de Paja Uno.

—No, no, no —repuso de inmediato el pajeño—. En Paja Uno se han destruido hasta volver a los tiempos de la invención del ladrillo. El Comercio de Medina actualmente tiene su base en la Nube de Oort, con aliados en las lunas de Paja Beta y otras regiones. Hemos estado empleando ese maravilloso campo de protección de ustedes para recoger masa y detritos, pero un cometa es mucho mejor.

El patrón de las lejanas naves cambiaba..., ya llevaba un tiempo cambiando. Varios cientos de puntos brillantes y puntos más grandes de colores —naves bajo ataque y naves que no eran atacadas— se situaban entre la posición del Simbad y la principal congestión de cruceros de guerra. El Campo de la Filípides comenzó a enfriarse, encogiéndose, a medida que sus aliados destruían las naves que la estuvieron atacando.

No resultaba fácil ver qué hacían, hasta que recordabas el intervalo de la velocidad de la luz. Aun a las naves más próximas no se las había visto moverse durante el primer medio minuto. La batalla debía estar diseminada en una extensión de tres o cuatro minutos

luz, decenas de miles de millones de clicks. Todas no; sólo las más cercanas reaccionaron a la súbita aparición de las tres naves en el nuevo punto de Salto. Algunas se habían movido para proteger a la Filípides y a las naves del Imperio que ésta escoltaba; otras para atacar. Pero muy por detrás, otras chispas de fulgor blanco se arracimaban en torno a la fría incandescencia blanca de la cola del cometa.

Era la guerra entre las civilizaciones de los asteroides por la posesión del Punto-I, el punto de Salto hacia el espacio del Imperio. Kevin Renner les había conducido justo a su centro. Civilizaciones de los asteroides..., ¡y todos sus preparativos habían sido para Paja Uno!

¡Infiernos! Renner se enfureció consigo mismo. Ni siquiera podía afirmar que le habían mentado, aunque, desde luego, eso había pasado. Y ahora se le decía que huyera... pero, sin saber quién era quién, ¿cómo podía discutirlo?

—Mantenga el contacto —indicó Renner a la nave pajeña con frialdad— ¿Rawlins?

—¿Señor?

—Usted es mejor que yo en el análisis de batallas. ¿Existe alguna manera de poder transmitirle un mensaje al Agamenón?

—No, señor. La lancha no tendría ni una oportunidad de volver al Punto-I, y la Átropos pocas más. Ninguna a menos que podamos coordinarnos con la flota pajeña que no nos está disparando.

—Gracias. Eso no sucederá. De acuerdo, sígannos y guarden nuestras espaldas. No vamos a Paja Uno. Nos dirigimos hacia los cometas, alejándonos del sol. Le enviaré el curso cuando lo tenga.

—Señor...

—¡Rawlins, cuando conozca mejor la situación, usted lo sabrá! Ahora debo hablar con los pajeños. Corto.

—No hay reposo para los malos —comentó Joyce.

Renner esbozó una sonrisa fugaz y apretó las teclas de control.

—Eudoxo.

—Aquí, Kevin.

Bury sonrió con suavidad, pero no dijo nada.

—Puede que venga otra nave en cualquier momento durante las próximas quinientas horas —indicó Renner—. Una nave muy importante. Con una... —vio a Chris Blaine ocupando su sitio fuera de la visión de la cámara— una Mediadora humana a bordo. Asegúrese de que su gente nos traiga esa nave en cuanto arribe.

—Lo intentaremos.

—Haga algo más que intentarlo. La nave es importante, y dos de los pasajeros son de la aristocracia Imperial. Influyentes. Muy influyentes.

—Ah. Transmitiré la urgencia de la petición.

—Bien. Y ahora, ¿adónde nos lleva?

—El Comercio de Medina se encuentra entre los cometas más cercanos, por encima del plano del sistema planetario de la Paja. Iremos directamente a Casa Medina a menos que nos veamos interrumpidos, aunque seguiremos un rumbo que nos permita llegar a la base en situación de emergencia. Aquí tiene su vector de curso...

Renner lo estudió.

—Unas veinticinco horas de rotación a casi una gravedad y media estándar. ¿Todo el mundo de acuerdo con eso?

—Es mejor que verse atrapado en una batalla —repuso Bury.

Renner le echó un vistazo a los indicadores; luego, captó la mirada de Nabil. Éste asintió levemente.

—De acuerdo. Adelante —Chris mostraba buen aspecto; también Alysia. Bury se hallaba en alerta total y enfurecido como mil demonios. Bien: a Kevin le vendrían bien sus opiniones. Renner añadió— Buckman, necesito a la Átropos, pero mantenga la conexión con la Filípides. Activo aviso de aceleración.

Dejó que los pasillos del Simbad se volvieran estridentes mientras subía la propulsión a 1g. Nabil y Cynthia revoloteaban en torno a Bury como hormigas trabajadoras alimentan-

do a una reina. Los monitores médicos de Bury estaban sacando un bosque de agujas, pero ¿por qué no iban a hacerlo? A Horace Bury no le habían disparado desde...

¿Los Exteriores en Pierrot? Demonios, ¿hacía tanto tiempo?

Y Blaine y Trujillo se mantenían bien apartados el uno del otro en sus respectivas burujas de intimidad, y los dos guardaban silencio. «Quizá de ahí no recibiré tanta ayuda como había pensado».

La Filípides se alejaba a una gravedad y media, casi 2g pajeñas. Renner aumentó la propulsión para emparejarse con ella.

La Átropos fue una masa incandescente: pasó de negro a un fulgor verde en unos pocos segundos. Las naves pajeñas parecían diminutas comparadas con el crucero Imperial, pero ellas poseían Campos Langston dilatables y la Átropos no. Eso no era bueno... pero en alguna parte detrás de ellos un punto rojo floreció hasta convertirse en un sol violeta y se disipó. La Átropos comenzó a enfriarse. Rawlins era rápido con sus cañones.

La batalla ahora quedó en la mayor parte a su espalda. Las naves amigas y enemigas se parecían demasiado. En los telescopios cada una era indefinible, aunque no cabía duda de que un escuadrón se estaba desplegando para formar una barrera detrás de las tres naves que huían. Otro grupo convergió sobre una nave que trataba de atravesar a fuerza la barrera.

Renner suspiró. Hasta que supiera más, ¿qué podía hacer salvo huir? Estableció contacto visual con Chris Blaine:

—¿Ves tú algo que yo no veo?

Blaine sacudió la cabeza y señaló la pantalla de batalla.

—Rawlins tiene razón. Es improbable que seamos capaces de enviarle un mensaje de vuelta al Agamenón, aún con la ayuda de la flota de Medina, y sin la Átropos estamos metidos en un buen apuro. Aparte de eso, nos encontramos bien. Rawlins sabe cómo luchar, y sean quienes fueren nuestros aliados, también son muy buenos. Y se hallan dispuestos a recibir el castigo por nosotros.

—Serán Guerreros —dijo Renner. Criaturas de pesadilla como aquellas estatuillas en la escultura pajeña de la Máquina del tiempo, quizá alterados por reproducción selectiva para la vida en gravedad baja. Guerreros en ambos lados—. ¿Horace?

—No pienso en nada que tú no hayas pensado. Me siento corno si me hubiera engañado a mí mismo.

—Cosa que hiciste —afirmó Buckman, riéndose entre dientes.

—¿Paja Beta? —preguntó Joyce.

—Llamamos al planeta principal Paja Uno —repuso Renner. Hay un gigante gaseoso al que bautizamos Beta.

—Y casi con toda certeza hay otro planeta —intervino Buckman—. Paja Gamma. Casi seguro un gigante gaseoso. También hay dos grandes cúmulos de asteroides que comparten la órbita de Paja Beta. Prácticamente todos fueron movidos y puestos en su sitio.

—¿Movidos? —repitió Joyce— ¿Mover asteroides no es demasiado trabajo?

—Claro que lo es —afirmó Renner—. Basta. Estamos comprometidos.

—Alea jacta est —dijo Joyce.

—¿Eh?

—«Los dados está echados» —tradujo Bury—. En verdad que sí.

—Correcto. De acuerdo, el micro vuelve a estar vivo. Bien, Eudoxo —dijo Renner—. Siga hablando. ¿Qué demonios hace un Fyunch(click) de Bury en los asteroides pajeños?

Freddy Townsend despertó cuando la voz de Kakurni le ladró desde el intercom. Despertó de prisa, como siempre lo hacía cuando dormía ante la consola del puente.

—Freddy, hay un mensaje de radio. Por la frecuencia general de comunicaciones. Habla con ellos, Freddy. ¿Estás ahí?

Freddy alargó una mano vacilante hacia la consola. El reloj mostraba que había pasado casi una hora desde el Salto. Tenía la mano firme y la cabeza despejada. Levantó un interruptor para pasar el mensaje por los altavoces.

ADVERTENCIA. HAN ENTRADO EN UNA ZONA PROHIBIDA. ESTE SISTEMA HA SIDO PUESTO EN INTERDICTO POR LA AUTORIDAD DEL VIRREY GOBERNADOR GENERAL DEL SECTOR DE TRANS-SACO DE CARBÓN. ESTE SISTEMA ESTÁ PATRULLADO POR LA MARINA IMPERIAL. TRANSMITA SU EMPLAZAMIENTO E IDENTIDAD POR ESTA BANDA Y AGUARDE INSTRUCCIONES. NO ACATAR DICHA ORDEN PUEDE RESULTAR EN LA DESTRUCCIÓN DE SU NAVE. ADVERTENCIA.

—Bueno, es bastante explícito —comentó Freddy. Tecleó rápidamente en la consola de control—. Glenda Ruth, creo que deberías incluir algo en tu código de modo que estén seguros de quiénes somos. Ese mensaje no sonó nada amistoso.

—De acuerdo —ella conectó el cable de interface en su computadora y garabateó—. Clementine, codifícalo con mi clave privada.

«Sí, querida».

—Me pregunto qué será esto —dijo Glenda Ruth—. Ese mensaje parece bastante firme.

—¿Crees que ha pasado algo?

—No lo sé, pero apuesto a que no tendremos que esperar mucho.

La respuesta llegó cuatro minutos más tarde:

HÉCATE. AQUÍ EL AGAMENÓN. SOLICITO QUE SE REÚNAN CON NOSOTROS DE INMEDIATO. TRANSMITO VECTORES. TENEMOS MENSAJES PARA LA HONORABLE GLENDA RUTH FOWLER BLAINE. CAPITÁN BALASINGHAM.

Los dedos de Freddy se movieron. Ella le había visto más tenso, con los dedos bailando a mayor velocidad, durante un juego de Amenaza Sauron... cuando los castigos por los errores no eran tan altos.

—No está lejos. Podemos llegar allí en diez minutos. Glenda Ruth, no soy capaz de encontrar ninguna baliza intermitente.

—¿Qué?

—Por lo general, nos darían un punto láser al que seguir. Tan cerca, con 100x mag, debería ver algo tan grande como esa nave directamente... a menos que tenga activado el Campo Langston. Aunque es agradable que nos esperen. Y es una petición, por lo menos de momento.

—Se han ocultado —dijo Glenda Ruth—. Y no comentaron nada respecto del Simbad o de mi hermano. Freddy, creo que ha sucedido. Los pajeños andan sueltos.

—Uh, uh —tecleó en la consola—. AVISO DE ACELERACIÓN. Preparados para media gravedad estándar.

—Las historias de las Fyunch(click) de los humanos son muy variadas —comentó Eudoxo—, igual que sus diversos destinos. La del capitán Roderick Blaine se volvió loca. La de Sally Fowler se mantuvo lo bastante cuerda como para dar consejos, pero rara vez se la consideró de confianza. La de Jacob Buckman nunca tuvo ningún problema. La del capellán Hardy se entretenía con juegos intelectuales abstractos; algunos Amos hasta los encontraban divertidos. Kevin, la suya ganó tantos debates que se la nombró maestra.

—Es halagador —repuso Renner—. ¿La llegó a conocer?

—No. Sé estas cosas por las observaciones del Fyunch(click) de Horace Bury. Ese individuo... ¿Lo llamamos Bury-Uno? Era joven y por lo tanto macho cuando estudiaba a Horace Bury.

»Después de la partida de la MacArthur vio que se avecinaba una guerra ruinosa. Realizó algunos esfuerzos para evitarla, luego optó por darle forma a cualquier tipo de refugio destinado al conocimiento que se perdería. Cuando esos esfuerzos fracasaron del todo, Bury-Uno abandonó a su Amo. Con una maraña de alianzas y simulaciones colapsándose a su alrededor, construyó y aprovisiono una nave espacial, llegó hasta los asteroides y anunció que sus servicios estaban a la venta.

Eudoxo esperó con paciencia hasta que la risa de Renner murió. También otros se estaban riendo, e incluso Bury sonreía con... ¿orgullo? Al cabo Renner dijo:

—Doy por hecho que sus Comerciantes de Medina...

—No, Kevin; Medina por ese entonces no tenía ni la posición ni la riqueza. Una civilización que llamaremos Bizancio ganó la puja entre aquellos que no pudieron ser ahuyentados o no se vieron impedidos por la distancia o el déficit de velocidad delta.

Chris Blaine escuchaba con paciencia, recibéndolo todo sin dar nada. Joyce se acurrucaba en un rincón del puente, susurrando con frenesí en su grabadora. Bury sonreía, disfrutando del desconcierto de Kevin. Bury ya había practicado este juego con anterioridad.

Nadie de la tripulación de Renner iba a ser de alguna ayuda... a menos que uno de los dolorosos masajes de Cynthia pudiera volver a recomponerle, en algún momento del indefinido futuro.

¿Bizancio? Renner se frotó las sienes doloridas y consideró ordenarle a la Átropos que barrera a la Filípides del cielo. Por lo menos entonces averiguaría quiénes eran sus enemigos. Y el próximo alienígena que tratara de parlamentar quizá se sintiera impulsado a proporcionarle más información.

Algo de eso debió haberse notado incluso a través de la estática para una Mediadora entrenada. Eudoxo dijo:

—Por favor, Kevin, deje que trate de proporcionarle un cuadro de las civilizaciones extraplanetarias.

—Inténtelo.

—En Paja Uno tienden a las culturas grandes, irregulares —explicó Eudoxo—. Utilizan entrelazados complejos de obligaciones; familias mayores y más extensas controlan territorios más amplios y mejor definidos que los nuestros. Nosotros no nos acercamos a Paja Uno. Los habitantes del planeta son demasiado poderosos, y afortunadamente no son lo suficientemente móviles como para amenazarnos.

»En los asteroides y en los cúmulos de las lunas de Paja Beta y Paja Gamma...

—Gamma —interrumpió Buckman—. Así que existe. ¿Un gigante gaseoso?

—Sí, se halla más o menos a dos veces la distancia de la Paja a Paja Beta. Posee un amplio sistema de lunas. En ellas y en las lunas de Beta las familias son pequeñas, independientes y no inclinadas a confiar en los de afuera para el suministro de recursos necesarios.

—¿Alguna idea de por qué son así?

—No podemos trazar mapas aquí afuera. No hay modo de definir un territorio. Todo cambia de manera continua. Las rutas de comercio dependen del consumo de combustible, de la posición y de las consideraciones de energía, y todas cambian constantemente. Su Campo Alderson lo ha hecho aún más complejo, pues ahora incluso las áreas yermas pueden producir masa.

—Iba a preguntar: ¿quiénes son Bizancio? Pero olvídalo. ¿Quiénes son ustedes?

—Los Comerciantes de Medina. Bizancio es un aliado.

—Sí.

—Un aliado importante. Cuando la MacArthur llegó a nuestro sistema hace casi veintisiete años de Paja Uno, los Comerciantes de Medina eran una familia de... ¿cómo describirlo? Bueno, de veinte a treinta Amos y subgrupos equivalentes, quizá doscientos de cada clase excluyendo a los Relojeros. Nuestra posición en los Troyanos Secundarios de Paja Beta declinaba poco a poco. La relación geométrica de las diversas rocas había experimentado algunos cambios cruciales. Nuestro saber incluía conocimientos detallados de infructuosas investigaciones del Impulsor de Eddie el Loco, y también del Coágulo en

el Saco de Carbón. Reconocimos las naves de ustedes por lo que eran, desde su aparición en el punto de Eddie el Loco hasta el mismo brillo negro de sus Campos Langston.

—Supongo que usted aún no había nacido —cualquier Mediador vivo entonces estaría muerto ahora.

—Oh, no. Aprendí estas cosas porque Su Excelencia insistiría en conocer el flujo de nuestra política. Kevin, ¿puedo hablar con Su Excelencia?

—De momento no —la Mediadora tendría más problemas para leer los pensamientos y emociones de Renner. Bury, desde luego, observaba el monitor; podría interrumpir si lo consideraba necesario.

La pajeña asintió con un movimiento brusco.

—El advenimiento de alienígenas interestelares lo cambió todo. Nos retiramos de nuestra posición en los Troyanos Secundarios en buen funcionamiento. Medina perdió considerables recursos valiosos, pero fuimos capaces de retener algunos yéndonos antes de que fuera imprescindible. La familia usurpadora, llamémosla Persia, estaba tan ansiosa como nosotros por evitar estrepitosas batallas espaciales que pudieran atraer la atención de la Lenin. A éste podemos llamarlo el Período Uno, desde el arribo del Imperio a la partida de la Lenin.

»Mi Amo nos estableció en el halo interior de los cometas, más allá del punto viejo y del esperado punto nuevo de Eddie el Loco. Cuando murió, tenía una mano que aprieta sobre considerable territorio, un volumen vasto que sin embargo encerraba poca masa, y casi nada valioso. Pero en treinta años emergeríamos desde el nuevo punto de acceso hacia el Imperio gobernado por los humanos.

»¿Me sigue? Comandaríamos la Hermana de Eddie el Loco cuando el Coágulo se colapsara y la Hermana apareciera.

»Los recursos son escasos donde nos establecimos. Durante los doce años siguientes a la partida de la Lenin nos fue bien. Llámeme el Período Dos. Fuimos capaces de expandir los cimientos de Medina gracias a las alianzas formadas con Bizancio en el sistema de lunas de Paja Beta. Compartimos nuestro conocimiento con ellos. La familia de Bizancio es grande y poderosa y puede permitirse el lujo de desprenderse de lo que nos envía, aun cuando la mitad de los recursos que mandan va a apoyar a los Comerciantes de Medina y a aumentar nuestra fuerza. Por supuesto, esperaban compartir la recompensa una vez que nuestro camino se abriera hacia los mundos del Imperio.

»Cuando apareció la Fyunch(click) de Horace Bury ofreciendo sus servicios, Bizancio pudo bloquear a otros competidores y adquirirla. Eso funcionó bien para nosotros. Con Bury-Uno para aconsejarles, Bizancio se sintió más segura en nuestra sociedad.

Bury asentía, sonriendo. Política. Eudoxo continuó:

—El Comercio de Medina pasó el Período Dos enviando naves para poner a prueba la fuerza de las defensas del Imperio en el Ojo. Todos los dificultosos trucos probados en ese período fueron idea de nosotros, usando recursos que procedían de Bizancio.

—De acuerdo con lo que vimos, fueron un montón de recursos —comentó Renner.

—Sí —acordó Eudoxo—. Mucha riqueza se perdió para siempre —la alienígena irradió pesar y resignación—. Bien. Nos movimos solicitando un pajeño de Bury, pero pasaron muchos años antes de que Bizancio nos concediera uno. Fue la primera aprendiz de Bury-Uno. Desde luego, Bury-Uno ya estaba entrenando a una segunda, y la primera comenzó de inmediato a prepararme a mí. Llame a mi maestra Bury 2A.

—Aún sigo sin ver dónde entra la lucha.

—¿He de sentir que me apresura, Kevin? Permanecerán doscientas horas en ruta. No tenemos intención de mantener esta aceleración más que lo que sea imprescindible.

—Doscientas horas... de acuerdo. Me gustaría que el Simbad y la Átropos reposten en cuanto lleguemos.

—Informaré de ello. También haremos otras cosas por ustedes.

—La guerra...

—Sí. Ciertas estructuras de poder en los cúmulos de Paja Gamma... la Compañía de la India, Granada, el Kanato... nos vigilaron mientras construíamos naves, las situábamos en posiciones peculiares y las hacíamos desaparecer para siempre; incluso armamos y lan-

zamos un cometa de esa manera. ¿No fue por eso que algún cómico antiguo lo llamó el punto de Eddie el Loco? Esos piratas codiciaban lo que nosotros estábamos destruyendo en lo que debió parecer una forma de potlatch. Creyeron que ellos tendrían un mejor uso para esa vasta riqueza.

—¿Potlatch? —preguntó Renner— ¿Una palabra pajeña?

Joyce susurró cerca de su oído:

—Humana. Amerindia. Consumo conspicuo. Humillar a tus enemigos destruyendo tu propia riqueza.

Renner asintió.

—Paja Gamma. Eudoxo, desconocíamos totalmente la existencia de un Paja Gamma.

—Como he dicho —la pajeña ahora era toda paciencia pausada— es un planeta gaseoso, con tres veces la masa de Paja Uno, al doble de distancia de la Paja que el gaseoso mayor, que ustedes han llamado Paja Beta. Gamma es mucho más pequeño, con dos lunas grandes y algo de minerales, todos agotados por un millón de años de minería. Le enviaré la masa... —La imagen se puso negra con un snap.

—¿Buckman? —inquirió Renner—. ¿Qué ha pasado?

—Que se cortó. Quizá ella no quiera contestar —repuso Buckman.

—No, se encuentra bajo ataque —el teniente Blaine señaló una veintena de estrellas que centelleaban peligrosamente brillantes—. Ha sido una buena elección del objetivo. El enemigo se halla a una cuarta parte de una unidad astronómica detrás de nosotros. El Simbad no puede devolver el fuego, capitán.

—No en ese radio de acción. Tenemos el láser de señales dotado de mayor poder... —una mirada a Bury: ¿le habría ocultado algo?— y el lanzador, y se encuentran fuera de alcance para cualquiera de ellos.

La luz fluctuó. No se tornó más brillante. Era probable que un grupo entero de naves enemigas estuviera disparando... y si esos láseres tenían libertad de converger sobre la lejana Filípides, entonces la flota de Medina ya no debía ser una amenaza para ellos.

La estrella sin rumbo de la Filípides avanzó lateralmente; vagó hasta situarse detrás de la Átropos. En ese momento, la Átropos se tornó de un rojo oscuro, luego rojo cereza, mientras Filípides se enfriaba.

—Filípides llamando —informó Buckman.

—Bien. Eudoxo, ¿cuál es su condición?

—La temperatura baja. ¿Puede su crucero de guerra soportar el flujo?

—Claro, la Átropos posee más masa y mayores acumuladores que ustedes..., y el enemigo rompe filas. Pero, maldición, no queda ninguna de sus fuerzas en el cometa, ¿verdad?

Eudoxo tuvo un escalofrío.

—¡Cometa! Abandonamos el cometa tan pronto como aparecieron ustedes. ¿Para qué lo necesitábamos, cuando teníamos que encontrar y proteger a la Hermana de Eddie el Loco? Que se lo queden los del Kanato. Pero un grupo escindido que antes pertenecía al Kanato prácticamente ha destruido nuestra flota y ahora tiene en su poder a la Hermana.

»De momento, llámenlos los Tártaros de Crimea. No les conocemos. Los de Crimea mantienen el nuevo punto de Salto a la enana roja, y hay motivos para pensar que están al tanto de lo que poseen. Será difícil echarlos.

Blaine irradiaba angustia.

—Si están allí cuando llegue Glenda Ruth, todos lo lamentaremos —comentó Renner.

—Se lo informaré a los Guerreros de Medina. Después de eso estará fuera de mi poder. Concédanme un momento.

La imagen se tornó oscura. Kevin Renner cortó; luego, se volvió hacia su gente.

—¿Horace? ¿Algo? Ni siquiera tengo preguntas inteligentes. Es frustrante.

—Kevin, yo tengo mil preguntas, pero ninguna es urgente. Fíjate en la selección de nombres para los diversos grupos. Todos de la historia clásica, todos, de un modo u otro, habiendo tenido impacto en la civilización árabe; algunos, como el Kanato, de manera devastadora. Lo ha hecho con inteligencia.

—Eudoxo comprende por completo la importancia del Hécate —comentó Chris Blaine—. Aún merece la pena recordar que los Mediadores no hacen la guerra. No sé muy bien qué harán ahora que su flota ha sido vencida. Enviar un grupo de embajada, con mucha probabilidad incluyendo a un miembro entrenado por Eudoxo... hmm.

—¿Qué?

—Parece factible que los Tártaros capturarán al Hécate —repuso Blaine.

—Te muestras bastante tranquilo al respecto —intervino Joyce.

Blaine se encogió de hombros sin llegar a moverlos del todo.

—Es un problema que necesita una solución, Joyce, no un maldito funeral. Todavía.

—Ciertamente no hay nada que podamos hacer al respecto —afirmó Renner—. Nos alejamos de la Hermana a aceleración alta, y a nuestros amigos no les queda ninguna nave. Entonces, ¿qué pasa?

Blaine volvió a encogerse de hombros.

—Que los Tártaros se apoderarán del Hécate. Medina enviará Mediadores, una de las cuales es probable que conozca el ánglico. Quizá seamos capaces de hacerle llegar un mensaje a Glenda Ruth. Por lo menos decirle... sí. Capitán, dando por hecho que los Tártaros no permitirán que los amigos de Eudoxo le transmitan instrucciones a Glenda Ruth, haga que Eudoxo le informe a su Mediadora de habla ánglico que utilice la expresión «por mi lagarto». Bien a oídos de Glenda Ruth o como una expresión que le pedirán que explique.

—¿Qué demonios...? —comenzó Renner.

—Es argot reciente, que no se usó antes de esta generación.

—Ah —musitó Bury—. La señorita Blaine sabrá que los pajeños jamás aprendieron a decir eso de la expedición MacArthur-Lenin; por ende, que se trata de un mensaje de nosotros. Sutil, teniente. Mis felicitaciones.

—Gracias —dijo Chris.

—¿Qué más? —preguntó Renner— ¿Qué uso le podemos dar a la Lombriz de Eddie el Loco?

—¿Qué es eso? —inquirió Joyce.

—Más tarde —repuso Chris Blaine—. No lo sé, capitán. A Glenda Ruth quizá se le ocurra algo. Ella piensa más como una pajeña que yo; además, ella la ha visto.

—Alá es misericordioso —dijo Bury—. Pero espera que empleemos Sus dones con sabiduría. Teniente, ¿de dónde se enteró Eudoxo del futuro de la protoestrella? Estoy seguro de que mi Fyunch(click) no sabía nada de ella.

—No cuando usted la conoció —indicó Blaine—. Después...

—Quizá sí. Pero tal vez mucho después —expuso Bury—. Tal vez no hasta dejar el servicio de Bizancio. No hace falta decirle que aquí hay complejidades.

—Sí... Debe de encantarte —afirmó Renner.

La base principal del Comercio de Medina se hallaba a mil millones de kilómetros de la luz y el calor de la Paja, y a diez grados por encima del plano del sistema de la Paja. Se encontraba en el borde interior del frío y del vacío que se extiende detrás de los planetas más alejados: el halo cometario interior. El Amo de Medina podía mantener tal dominio porque había muy poco de valor en él. Pero el Comercio de Medina necesitaba una base cercana al lugar en donde se formaría la Hermana.

Sin embargo, la materia más próxima a la Paja se mueve en órbitas más veloces.

En los treinta años desde que las naves del Imperio aparecieran en el sistema de la Paja, el Comercio de Medina había mantenido seis cometas como bases temporales.

Mantener un cometa; construir defensas y operaciones mineras. Las cúpulas presurizadas se expandían hasta convertirse en hogares. Los productos acabados arribaban desde la Base Principal de Medina: comida, metales, tecnología para trabajar el hidrógeno, generadores de escudos de energía; todo a cambio de esferoides de hielo de hidrógeno refinado. Parte del tributo de Bizancio a Medina se desviaba a la base interior, y ello incluía energía en la forma de haces de luz colimados. La base albergaba a Relojeros e



Ingenieros, muchas naves, unos pocos Guerreros, más Amos, y siempre, como mínimo, una pareja de Mediadores. Mientras más hubiera, mejor.

Antes de que la base pudiera alejarse tanto a la deriva de la Hermana nonata de Eddie el Loco como para dejar de ser útil, del cometa se extraería todo hasta agotarlo casi por completo. Entonces, Medina mantendría otro.

Diez años atrás, la Compañía de la India ganó la batalla por el punto de Eddie el Loco. El Amo de Medina se había visto obligado a convertirlos en socios..., pero en absoluto en uno igualitario. La Compañía de la India utilizó su propia riqueza para poner a prueba el punto de Eddie el Loco, mientras esperaba a la Hermana en el sitio equivocado. Aunque también exigió tener representación en la Base Interior Cinco, y después en la Seis. Representantes no deseados, que habían de ser hospedados a costa de Medina: una familia y un séquito de espías.

Por lo tanto, la Base Interior Seis se convirtió en una instalación industrial pacífica con un objetivo secundario: el contacto eventual con el Imperio a través de la Hermana de Eddie el Loco. Siempre había docenas de naves espaciales por la zona. Eran inofensivas naves de minería y transporte, sin armas, con cabinas de burbuja. La Hermana podía abrirse en cualquier momento, y entonces esas naves deberían transportar a Mediadores al encuentro del Imperio del Hombre. El Amo de Base Seis mantenía varios Mediadores preparados en todo momento; igual lo hacía la presencia de la India.

Pero se trazaron planes de contingencia de los que la Compañía de la India nada sabía.

## 6. Adquisición hostil

*El poder consiste en la capacidad de vincular tu propia voluntad con el deseo de otros de conducir por medio de la razón y el don de la cooperación.*

Woodrow Wilson

La gran mancha borrosa debía de ser el Agamenón. Se hallaba a veinte clicks de distancia y acercándose, absolutamente lento. Cerca había un grupo de tres naves mucho más pequeñas. Freddy aumentó la imagen.

—Son alienígenas —dijo.

—Pajeñas —afirmó Jennifer Banda. Su sonrisa era enorme, boca roja y dientes blancos en una cara oscura, iluminada sólo por la luz de las estrellas que entraba por la tronera—. Glenda Ruth, se parecen a las naves que vio tu padre. Por lo menos, ésa sí. Las otras...

Ésa tenía un aspecto tosco. La mayor parte era un tanque esférico. A proa, un contenedor más pequeño y elaborado (¿una cabina?), se veía erizado de sensores; daba la impresión de que pudiera desprenderse. A popa había un donut gordo y un espinazo como un agujón largo, muy largo: una guía magnética para una llama de fusión.

Una segunda nave tenía un tanque esférico similar y una cabina más pequeña, además de un tubo que podía ser un contenedor de carga. Una tercera era por completo un toro y daba la impresión de que pudiera rotar para conseguir gravedad, aunque estaba unida a un cono de fondo redondo... ¿Un desembarcador?

—Todas distintas —comentó Glenda Ruth.

—¿Nos dejará la Marina hablar con ellos? —preguntó Jennifer.

—No veo por qué no —repuso Freddy.

—*Hécate, aquí Agamenón, corto.*

—Aquí Frederick Townsend. Centrando haz de comunicaciones. Fijado. Corto.

—Fijado. Soy el comandante Gregory Balasingham, señor Townsend.

—Doy por hecho que los pajeños escaparon —dijo Freddy.

—Yo no lo expresaría de ese modo. Hay un nuevo sendero Alderson desde este sistema a la Paja, pero ninguna nave pajeña se nos ha escapado desde aquí.

—Hasta donde usted sabe —intervino Glenda Ruth.

—¿Señora?

—Veo tres naves de tres diseños radicalmente distintos —explicó ella—. El mensaje que tengo es que ustedes no pueden predecir qué enviarán a continuación, comandante. Quizá algo con una vela de luz y la tripulación en sueño congelado. Tal vez cualquier cosa. Y, por supuesto, ustedes no vieron todas las naves que salieron.

Hubo una larga pausa.

—Señorita Blaine, tenemos un mensaje grabado para usted.

—Gracias.

—Prepárense para grabarlo.

—Preparados —dijo Freddy—. Recibido. Gracias.

—Comandante, ¿podemos hablar con los pajeños? —preguntó Glenda Ruth.

Otra pausa.

—Sí, pero yo quiero escuchar.

—No hay problema —aceptó Glenda Ruth—. Quizá usted oiga algo que yo no sepa. No disponemos de mucho tiempo.

—La conectaré después de que haya leído el mensaje.

—Gracias. Le llamaremos de nuevo —dijo Freddy—. Concédanos media hora. A propósito, ¿en qué hora están?

—Aquí son las diecisiete cincuenta y dos.

—Gracias, sincronizaremos —la hora de nave para el Hécate eran las 14.30, primeras horas de la tarde. Desde que dejaron Esparta habían permanecido en un día de veinticuatro horas—. Comandante, ¿querría usted o cualquiera de sus oficiales acompañarnos a cenar?

—Gracias, señor Townsend, pero aquí nos encontramos en alerta general. En lo que a nosotros respecta, puede haber una flota pajeña de naves de guerra a punto de caer encima.

—Oh. Sí, desde luego. Gracias. En media hora, entonces.

—Aquí no hay mucho —indicó Glenda Ruth—. Chris informa que los pajeños cruzaron, siete naves desarmadas. Una..., ah.

—¿Ah?

—Una pidió hablar con Horace Bury. Fue lo primero que dijo.

Freddy se rió entre dientes, luego soltó una carcajada abierta.

—Vaya. Glenda Ruth, os he escuchado a ti y a Jennifer tratando de convencer a la gente de lo inteligentes que son los pajeños...

—En realidad, era lo único que se podía hacer —comentó Jennifer—, ahora que pienso en ello. Mirad, si nadie hubiera estado esperando aquí, habrían continuado hasta el Imperio y... ¿qué? ¿A quién le alegraría verlos? ¡A los comerciantes! Y Bury es el único comerciante del que saben algo.

—Bueno, de acuerdo, pero me habría gustado ver su cara cuando pidieron por él —dijo Freddy—. ¿Qué más tenemos?

Glenda Ruth titubeó; luego, contestó:

—Jennifer, en realidad no es obvio. No pidieron por Autonética Imperial. ¡Solicitaron al hombre más viejo de la expedición, de ello hace toda una vida pajeña!

—Una vida de Mediador.

—Lo que sea. ¿Has pensado por quiénes no pidieron? Papá. Mamá. El obispo Hardy. ¡El almirante Kutuzov! Gente que podía exterminarlos o salvarlos de otros. Oh, demonios, no dispongo de una respuesta. Chris quiere que pensemos en ello —Jennifer asentía—. Un enredo. Eh... Los Fyunch (clicks) de los humanos pueden volverse locos.

—¡Oh, vamos! ¿Y el de Horace Bury es el único que permaneció cuerdo? No puedo creerlo... Sigamos pensando, ¿de acuerdo?

—De acuerdo. ¿El mensaje?

—No hay mucho más. Kevin Renner está al mando de la expedición. Siempre creí...

—¿Sí?

—Digamos que no me sorprende que se encuentre al mando. Renner le dejó órdenes a Balasingham de que nos autorice a entrar en el sistema de la Paja a menos que viera un buen motivo para no hacerlo. Freddy, no querrá permitirnos cruzar.

—Veremos —dijo Freddy—. Está claro que no puedo luchar contra él.

—Huyamos —indicó Jennifer—. Él debe quedarse para vigilar a los pajeños, y no nos disparará.

—No seas tonta —repuso Freddy—. Cargados como vamos, las lanchas del crucero nos cogerían aún con mucha ventaja de nuestra parte. Glenda Ruth, ¿estás segura de que queremos ir a la Paja?

—Yo estoy segura —afirmó Jennifer.

—Chris nos quiere allí. Freddy, ¿de qué disponen ellos allá para negociar? La Lombriz de Eddie el Loco puede marcar toda la diferencia.

—¿No deberíamos dejar aquí unas crías?

—No tiene sentido —aseveró Glenda Ruth—. No pasará tanto tiempo hasta que la nave del Instituto llegue a Nueva Cal. Allí llegarán mis padres, con todas las lombrices que alguna vez puedas desear. Pero mientras tanto, Bury y Renner quizá necesiten con urgencia algo para negociar.

Freddy lo meditó.

—Bueno, de acuerdo. ¿Cuánta prisa tenemos?

—Cuanto más rápido sea, mejor. ¿Por qué?

—Entonces pasaremos un tiempo aquí —Freddy apretó el botón del intercom—. Kakurni, es hora de aligerar la nave. Quita todo hasta quedar sólo con el equipo de carrera. Deja el cargamento especial en su sitio, pero por lo demás, libera los almacenes de la nave.

Jennifer captó su mueca.

—¿Qué pasa?

—Es George. No se presentó voluntario para esto. Si me lo conceden, le dejaré con la Marina. ¡Espero que alguna de vosotras sepa cocinar!

El Hécate era un revoltijo. Fred y Terry Kakurni se afanaban en quitar tabiques y redistribuir el equipo, y ninguno aceptó la ayuda de Glenda Ruth o de Jennifer. Glenda Ruth observó a Freddy pegar una manguera a la pared de espuma, succionar el aire de golpe y shuumff, enrollarla hacia arriba y dejar al descubierto el dormitorio del patrón en todas y cada una de sus cosas. Kakurni entró con la manguera, la acopló a la cama y shuumff.

«Al infierno con ella», pensó. «Voy a darme una ducha mientras aún haya una instalación de baño».

Sentía que estaba de más. La Marina no puso objeciones a que Glenda Ruth hablara con los pajeños, pero éstos se tomaban su tiempo en responder a la invitación. ¿Por qué? Los Mediadores pajeños siempre querían hablar; la decisión debía venir del Amo, el que se llamaba Marco Polo.

Explorador y embajador. La primera expedición a la Paja había consistido en dos cruceros de guerra Imperiales, MacArthur y Lenin; este último con la prohibición expresa de hablar con los pajeños, y la MacArthur con grandes restricciones sobre la información que podía dar. Los pajeños habían obtenido varios libros de historia humana del capellán Hardy de la MacArthur, pero ninguno abarcaba acontecimientos tan recientes como la invención del Impulsor Alderson. Eso les dejó un número limitado de nombres y culturas humanas a los que poder recurrir.

Habían elegido: Marco Polo, el Amo. Sir Walter Raleigh, el Mediador de rango superior. Interesante elección de nombres...

Glenda Ruth oyó la voz de Jennifer mientras salía de la bolsa de ducha.

—Sí. ¿Henry Hudson? Sí, desde luego... No, no puedo prometerle eso, señor Hudson, pero le puedo permitir hablar con mi superiora.

El brazo de Jennifer transmitía señales en círculos frenéticos. Glenda Ruth se metió a toda velocidad en un traje toalla y se acercó a ella.

Henry Hudson era un pajeño joven con una piel marrón y blanca; el patrón de ésta no encajaba con los recuerdos que tenía Glenda Ruth de Jock y Charlie. Las marcas familiares quizá diferían. La criatura parecía al mismo tiempo desconocida y familiar. Era probable que no sobrepasara los doce años de Paja Uno, aunque los pajeños maduraban mucho más deprisa que los humanos.

Y los Mediadores a bordo de las otras naves estarían presenciándolo todo. Glenda Ruth sintió una oleada de miedo escénico... nada comparado con lo que debería estar experimentando Jennifer.

—Buenos días tenga usted, señora embajadora —dijo el pajeño. Unos ojos de iris marrones y aspecto humano se clavaron directamente en los suyos—. Jennifer me informa que es usted Glenda Ruth Blaine, con el trato formal de honorable señorita Blaine. Yo me llamo a mí mismo Henry Hudson, y hablo por Marco Polo, mi Amo. ¿Podría conocer la naturaleza y alcance de su poder político?

Glenda Ruth sonrió con la insinuación de un encogimiento de hombros de modestia.

—Por relaciones familiares, aunque ninguno recibido formalmente. Vinimos con cierta precipitación. Se me concederá poder de decisión por el hecho de que yo estaba aquí y otros no, y mi familia... —Su voz se desvaneció. Era como si hablara con un calamar: la criatura no reaccionaba de manera correcta.

De forma vaga era consciente de que detrás de ella Jennifer hablaba a toda velocidad y en voz baja ante un micro. En la segunda pantalla había un guardamarina, luego un oficial, después Balasingham en persona. Bien. No trató de interrumpir.

—No obstante —dijo el pajeño—, es un placer hablar con usted —el ánglico de la criatura era perfecto. Los brazos...—. ¡Sus progenitores nos visitaron antes de que yo naciera! Incluyendo a su... ¿padre?

—Padre y madre.

—Ah. ¿Cómo les cambió la experiencia?

Brazos, hombros, cabeza..., todo se movía de manera errónea, con una momentánea ilusión de articulaciones rotas, y de pronto Glenda Ruth fue terriblemente consciente de que sus propios brazos, hombros, dedos, lenguaje corporal... se movían sin un pensamiento directo, en un lenguaje que aprendió de Charlie y Jock. Y de repente lo entendió.

—¡Usted no fue entrenado por el Fyunch(click) de un humano!

—No, milady —el pajeño movió los brazos en un patrón desconocido para Glenda Ruth—. Me han enseñado su idioma, y algunas de sus costumbres. Estoy al tanto de que ustedes no experimentan nuestro ciclo de reproducción, y de que sus estructuras de poder son distintas de las nuestras, pero no se me ha asignado a ningún humano para estudiar.

—Todavía.

—Correcto. No hasta que nos encontremos con los que dan las órdenes en su Imperio —hizo una pausa—. Usted no habla por sus Amos. Se me ha informado que conocería a... humanos... que no eran ni Mediadores ni Amos, pero confieso que la experiencia es más extraña que lo que había anticipado.

—¿Usted habla por...?

—Los Comerciantes de Medina y ciertas familias aliadas. Mi hermana Eudoxo regresó a la Paja con sus naves.

Glenda Ruth sonrió.

—Eudoxo. Comerciantes de Medina. En beneficio del señor Bury, por supuesto.

—Por supuesto. Los términos a él le serían familiares.

—Pero ese nombre da a entender que no hablan por la especie pajeña. ¿Quiénes son los Comerciantes de Medina? ¿Con quién debemos negociar?

—Somos la familia con la previsión y el poder para estar aquí en el momento posterior a que la Hermana de Eddie el Loco abriera un sendero. Seguramente es usted consciente de que nadie puede hablar por la especie pajeña. Es un problema. ¿verdad? Al Imperio eso no le gusta —Henry Hudson la estudió durante un momento. Su propia pose aún no mostraba nada—. Usted ha aprendido las costumbres pajeñas, algunas de ellas, pero de

un grupo al que nunca conocí —otra pausa—. Me gustaría consultar con el Embajador. Excúseme —La pantalla se apagó.

—¿Qué sucede? —preguntó Freddy.

—No estoy segura. Capitán Balasingham, ¿ha hablado usted con estos pajeños?

—Sólo formalidades, milady —repuso el capitán del Agamenón desde la pantalla—. Les dimos órdenes de situarse aquí. Han solicitado ser llevados a nuestra sede de gobierno, y les dijimos que ello tendría lugar a su debido momento. Poco más. Está sucediendo algo extraño, ¿verdad?

—Sí.

—¿Por qué hubo de salir corriendo a ver a su superior?

—No representa al Rey Pedro. O a nadie que conociera a la familia del Rey Pedro.

—¿Rey Pedro? —preguntó Balasingham.

—El Rey Pedro era quien encabezaba la alianza pajeña que trató con la MacArthur y la Lenin. Ellos nos enviaron a nuestro primer grupo de embajadores pajeños, aquellos con los que yo crecí. Pero estos pajeños no representan al Rey Pedro o a ningún otro grupo grande de pajeños. Ni siquiera conoce las... bueno, las señales, el lenguaje corporal que Charlie y Jock me enseñaron —los brazos, el torso y los hombros de Glenda Ruth se movieron con complejidad espasmódica mientras recitaba—: «Ironía, nervios, ira, contenidos, pregunta demasiado, confíe en mis palabras, confíe plenamente en mí». Cosas universales y simples que incluso un humano puede aprender.

Jennifer Banda contenía la respiración. Detrás de sus ojos descentrados trataba de memorizar lo que había visto.

—Me temo que eso aún no significa nada para mí, milady —indicó Balasingham.

—Este pajeño representa a un grupo que ha estado desconectado del grupo del Rey Pedro durante mucho tiempo —explicó Glenda Ruth—. Durante ciclos. Varios ciclos.

Mientras Balasingham fruncía el ceño en señal de perplejidad., Jennifer añadió:

—Pero la organización del Rey Pedro era muy poderosa. Estaba propagada. Es muy posible que por el planeta entero.

—Así es, por todo el planeta. Debía estarlo —confirmó Glenda Ruth.

—De modo que cualquier grupo sin contacto durante tanto tiempo... —Jennifer guardó silencio.

—Sigo sin entenderlo, pero imagino que no es mi obligación hacerlo. Entonces, ¿de qué están consultando? —demandó Balasingham.

—Espero —dijo Glenda Ruth—, espero que haya ido en busca de permiso para contar-nos la verdad. Aquí viene...

—Se me ha ordenado invitarla al sistema de la Paja —transmitió Henry Hudson—. Ofrecerle cualquier ayuda que esté en nuestro poder para asistirle en el viaje, y después finalizar esta conversación. Lamento que ello sea necesario.

—Había esperado que nos contara mucho más.

—Lo haremos... Explicaremos todo a aquellos que tengan el poder de tomar decisiones —repuso el pajeño—. Milady, entiéndalo, cuando hablamos con usted, le contamos más que lo que averiguamos nosotros; no obstante, si la convencemos de que nos ayude, también debemos convencer a otros.

—De modo que aún siguen ocultando la historia pajeña —afirmó Glenda Ruth.

—¿Se refiere a los detalles que puedan ayudarla en su posición de negociación? Sí. No lo básico; es evidente que ahora usted sabe que somos capaces de entablar una guerra. Deduce nuestra capacidad por las sondas que hemos enviado. Pero usted nos oculta su historia reciente, su capacidad militar, sus estrategias, lo cual es correcto. Sin duda lo revelará a su debido tiempo. Igual que lo haremos nosotros. Milady, ha sido un placer hablar con usted, y espero que volvamos a encontrarnos después de que se nos haya permitido hablar con aquellos a los que usted obedece. Recibiré cualquier mensaje grabado que desee mandarme. Adiós.

El comandante Balasingham apretó los labios hasta formar una línea fina.

—Andy, esto no me gusta nada.

Anton Rudakov, jefe de navegación del Agamenón, asintió con gesto de simpatía.

Balasingham volvió a activar el micrófono.

—Señor Townsend, aún no he decidido que les dé autorización para ir, ¡y mucho menos que vaya a guardar su equipo y personal excedentes!

—Oh, bueno, está bien; los pajeños se ofrecieron a cuidar de mi equipo si usted no disponía de espacio —indicó Freddy.

—Sí, lo oí.

—Quiero decir, George deberá permanecer con ustedes, pero es un timonel retirado de la Marina, no les causará ninguna molestia. Y es un buen cocinero —añadió el honorable Freddy Townsend con añoranza.

Balasingham suspiró.

—Señor Townsend, quieren ir al sistema de la Paja. Su nave no lleva armas. ¡Hemos estado disparando a las naves pajeñas desde antes de que usted naciera!

—Nos han invitado —expuso Freddy—. Los pajeños Eudoxo y Henry Hudson. Disponemos de señales de reconocimiento, y ambos afirman que no habrá ningún disparo.

—Eso dicen ellos. Y se dirigirán a zonas en absoluto cartografiadas. Si no regresan, los Blaine querrán mi cabeza. ¿Y con qué propósito?

La voz de Glenda Ruth habló fuera del campo visual, y se vio que Freddy se sobresaltaba un poco.

—El comodoro Renner pensó que era importante. El señor Bury consideró que era lo bastante importante como para enviar a una de sus naves a nuestro encuentro para llenar nuestros depósitos. Es importante, comandante.

—De acuerdo, le concedo eso... Ellos creen que es una buena idea; pero, señorita, es una zona peligrosa.

—El Hécate es más veloz que lo que piensa la mayoría —afirmó Freddy—, ahora que nos hemos desprendido de los lujos.

—Y se perderán... —Balasingham cortó el micro cuando vio los gestos de su jefe de navegación—. ¿Sí, Andy?

—Capitán —dijo Anton Rudakov—, sin importar lo que les suceda, no es probable que se pierdan. Sé que no sigue mucho las carreras de yates, pero incluso usted tiene que haber oído hablar de Freddy Townsend.

—Freddy Town... Oh. Inventó algo, ¿no?

—Reinventó. En la carrera de Hellgate realizó un pase de gravedad alrededor de la estrella y luego desplegó una vela de luz. Ahora todo el mundo los llama trompos, pero él fue el primero.

—¿Está seguro de que es él? Parece un niño.

—Comenzó a correr a los doce años, como tripulante del yate de su primo —explicó Rudakov—. Fue patrón del propio a los diecisiete. Durante los últimos ocho años ha ganado un montón de carreras, capitán. Aunque en Hellgate perdió. El sol tuvo una actividad intensa y la vela se hizo añicos.

Balasingham volvió a abrir el micro.

—Mi tripulación me dice que debería saber quién es usted, señor Townsend. Y que debería preguntarle por la carrera de Hellgate.

—Bueno, ésa no la gané —repuso Freddy.

—¿Y si envío a uno de mis oficiales con ustedes?

—Gracias, pero no.

—¿Y si hay una lucha?

La imagen en la pantalla cambió. Apareció una dama joven sorprendentemente adulta, muy seria.

—Comandante —empezó Glenda Ruth—, le damos las gracias por preocuparse por nosotros. ¡Pero no necesitamos ayuda! La nave de Freddy será más veloz sin carga adicional. Tenemos un buen ingeniero, y si hay una lucha, perderemos, y de poco importará que llevemos con nosotros a uno o a cincuenta de sus oficiales.

—Señorita Blaine...

—Guerreros —cortó ella—. Son una subespecie pajeña criada de forma específica para la guerra. Nadie que los haya visto jamás en persona siguió con vida. Tenemos regis-

tradas estatuillas de ellos. Nuestros embajadores pajeños trataron de contarnos que eran demonios míticos, y eso es lo que parecen...

La prosa de Glenda Ruth se volvió exuberante y recargada al continuar describiéndolos con detalle. Freddy se encontró sudando. Dado lo que ella conocía, ¿por qué se hallaba dispuesta a enfrentarse a tales criaturas? Pero Glenda Ruth jamás se había echado atrás ante un desafío.

—Exacto —dijo con paciencia Balasingham—. Es demasiado peligroso.

—Si nos atacan, nos rendiremos —le dijo ella—. Y hablaremos.

—¿Y por qué van a escucharles?

—Tenemos una cosa que ellos quieren. Necesitamos ponerlo en manos del comodoro Renner para que disponga de algo con lo que negociar.

—¿Qué es, señorita Blaine?

—Me temo que no es mi secreto, comandante. Mi padre me lo entregó a mí. Espero que averigüe usted lo que es en unas pocas semanas. El problema es que en unas pocas semanas podrá haber sucedido cualquier cosa. Comandante, usted está arriesgando su nave, su tripulación, todo el Imperio, a su capacidad de bloquear a los pajeños para que no se le escapen.

—No es lo que habría elegido...

—Y le admiramos por ello. Pero todos sabemos que quizá no funcione. El comodoro Renner y Su Excelencia están tratando de llevar a cabo su propio enfoque, y han solicitado nuestra ayuda. ¡Comandante, parte de la aristocracia puede que viva de sus privilegios, pero no los Blaine!

Entonces, de forma más razonable, pero con un tono de voz que ni siquiera dejaba entrever que pudiera ser desobedecida, continuó:

—Poseemos una nave veloz. Freddy es un piloto de carreras, su computadora es mejor que la de ustedes, nuestro ingeniero es de primera clase, y yo puedo hablar con los pajeños mejor que nadie, incluyendo a mi hermano. Le agradecemos su preocupación. Freddy, vámonos. Gracias, comandante.

La pantalla se oscureció durante un momento.

—No se atreverá —musitó Balasingham.

La pantalla mostró al honorable Frederick Townsend.

—Hécate solicitando permiso para situarse junto a ustedes para repostar —pidió de forma protocolaria.

Balasingham oyó la risita de Rudakov. ¡No obtendría simpatía de su oficial esta vez! Se volvió hacia la pantalla.

—Permiso concedido. Pueden entregar su exceso de equipaje al primer oficial Halperin.

—Muy bien. Además, si llevan chocolate o naranjas a bordo, lo necesitaremos todo.

Balasingham se hallaba más allá de la sorpresa.

—Lo averiguaré. Buena suerte, Hécate.

—Gracias.

—Punto-I justo delante —indicó Freddy—. Salto en diez minutos. Terry, asegúrate para el Salto Alderson. Señoras, abróchense los cinturones.

El Hécate era un armazón vacío. La zona de la cabina principal se hallaba entrecruzada por una malla Nemourlon. La compleja ducha había desaparecido. Del equipamiento de cocina sólo quedaba un calentador. Con las paredes quitadas, el enorme depósito de agua era un bulto llamativo.

Glenda Ruth y Jennifer usaron las fijaciones del arnés en el centro de la malla. Freddy tecleó instrucciones a la nave mientras Terry Kakurni pasaba de sistema a sistema, cerrándolo cada uno manualmente para evitar la activación accidental después del Salto.

—No deberíamos encontrarnos con ningún problema —comentó Glenda Ruth—. Henry Hudson dijo que Medina controla el espacio alrededor del punto de Salto... la Hermana de Eddie el Loco. Tengo señales de reconocimiento.

—¿Por qué siento que te falta confianza? —inquirió Jennifer.

—No hay mensajes —repuso Glenda Ruth—. Renner, mi hermano, Bury... intentarían enviar un mensaje, y aunque no lo consiguieran, al capitán de la Átropos —Rawlins— se le habría ordenado que sacara un mensaje. Freddy, ¿la Átropos no lleva alguna lancha que pueda hacerlo?

—Sí. Los balandros de los cruceros ligeros llevan Campo e Impulsor.

—¿Falta de combustible? —aventuró Jennifer.

—Habría suficiente para cruzar y transmitir un mensaje —contestó Freddy—. Es obvio que no han conseguido hacerlo. Bien podemos suponer que alguien no les deja.

—Lo que significa..., ¿vamos a saltar hacia qué? —preguntó Jennifer—. ¡Quizá disparen primero! ¡Como nosotros en el bloqueo!

—No es probable —Freddy se volvió hacia la consola.

—Tiene razón —acordó Glenda Ruth—. Piensa en ello. Enviaron a la flota embajadora desarmada. ¿Qué ganarían llevando a nuestras naves a una trampa en el sistema de la Paja y destruyéndolas? No tendría sentido.

—Y sabemos que los pajeños siempre tienen sentido —comentó Jennifer en broma—. ¿Verdad?

—¿Quieres volver a casa? —le preguntó Glenda Ruth.

—Humpf.

—Aquí vamos —informó Freddy—. Entraremos a nueve kilómetros por segundo en relación con la Paja. Se aproxima bastante a la velocidad orbital en el otro extremo. Debería impedir que choquemos con algo. Por otro lado, hará que resulte fácil para cualquiera capturarnos. ¿Está bien, Glenda Ruth?

—Sí.

Si el minúsculo tono de incertidumbre que captó en su voz le perturbó, Freddy Townsend no dio muestras de ello.

—Entonces, preparados. Allá vamos.

La Hermana de Eddie el Loco se hallaba a cien horas y a más de cien millones de kilómetros por detrás del Simbad. Casi todos dormían. Buckman se encontraba de guardia, y Joyce Trujillo se había despertado mucho antes de lo que quería. Ella lo vio primero.

Los indicadores parpadearon en la pantalla delante de Buckman. Luces fantásticas brillando en la pantalla aumentada de popa, globos de colores, un resplandor.

—Jacob? ¿No es eso...?

—Actividad en el Punto-I —dijo Buckman. Su voz sonaba apagada por la fatiga—. Recibimos una transmisión. Está a seis minutos luz del Punto-I; no sé a qué distancia de él se encuentra la nave transmisora. ¡Kevin! ¡Capitán!

Todos se amontonaron en el salón. Kevin Renner miró la pantalla con ojos parpadeantes mientras Buckman hablaba a toda velocidad:

—Se trata de una batalla, por supuesto. Parece que ha arribado una tercera flota.

—Vea si puede ponerme con Eudoxo —dijo Renner.

—¡Ahí hay una nave! —exclamó Joyce.

—No tiene Campo. No se trata de una nave perteneciente a la Marina —indicó Blaine.

La entrada de la nave desató sucesos en círculos cada vez más amplios. Las naves pajeñas cambiaron de curso. Algunas dispararon a otras. Las que estaban cerca del intruso...

—Bombas —dijo Buckman.

El recién llegado rotó, se bamboleó, rotó...

—Es el Hécate —afirmó Blaine.

—¿Cómo lo sabes? —demandó Joyce.

—Bueno, es un yate de carreras estilo Imperio, Joyce.

Mei-Ling guardó silencio.

—No podemos hacer nada al respecto —dijo Renner—. Chris, ¿les revelamos la naturaleza del tesoro? Quizá ello les motive.



Blaine lo pensó. Sus labios se movieron de prisa, hablando en silencio consigo mismo; luego contestó:

—No, señor. Permita que hable yo con Eudoxo; usted está dormido. Nos hallaremos en una mejor posición de negociación si no saben lo de la Lombriz. Dejaremos que Glenda Ruth realice su parte.

—Si vive.

El Amo de Base Seis, Mustafá Pachá, como sería llamado cuando llegaran los humanos, daba de lactar. Con un bebé acunado en sus brazos derechos y el impulso de acoplarse creciendo en él, no se encontraba en el estado de ánimo adecuado para una crisis. Las emergencias nunca tienen lugar en los momentos convenientes.

Había tenido por lo menos esta suerte: los Amos del Comercio de la India no deseaban estar en compañía de Mustafá en momentos semejantes. La mayoría permanecía en sus propias cúpulas y dominios cuando llegó la señal de la India. Debieron oírla en el mismo instante que Mustafá: el punto de Eddie el Loco se había movido.

Si se trataba de una falsa alarma, el Comercio de Medina perdería mucho poder de negociación. Y seguro que Mustafá Pachá moriría, ejecutado por asesinato.

Pero así era la suerte y así era la vida. Mustafá comenzó a dar órdenes. Sólo eran necesarios los detalles; estos planes tenían décadas de antigüedad.

Primero: misiles del tamaño de abejorros pulverizaron la cúpula de la India. Cuatro consiguieron pasar. La mayoría de los Amos de la India estaban en la cúpula rota, y también había un tercio de sus Guerreros de guardia.

Los Guerreros supervivientes de la India reaccionaron en el acto; pero los Guerreros de Mustafá ya les atacaban. Bombas y rayos de energía desgarraron la bola de hielo que era la Base Seis y sus frágiles alojamientos. Nubes de cristales de hielo explotaron en la superficie; resplandores de colores las iluminaron desde dentro. Un ataque kamikaze destruyó una de las cúpulas agrícolas. Sin órdenes que les guiaran, los Guerreros de la India se estaban volviendo locos. No importaba. A pesar de todo, cada uno de ellos habría tenido que morir.

También murieron muchos de las otras Clases. Mustafá Pachá disponía de suficientes Ingenieros y Médicos y de Granjeros especializados para el espacio, que eran los que atendían las cúpulas agrícolas. Los Amos supervivientes de la Compañía de la India fueron mantenidos con vida, y bastantes de los otros como para proporcionarles un séquito. Servirían como rehenes hasta que se pudieran establecer términos nuevos.

Después de todo, la India y Medina no se hallaban en una discordia fundamental. Deberían volver a repartir ciertos recursos y asignarle acceso a los Poderosos alienígenas que había en el otro extremo de la Hermana; pero se consideraba mejor librarlo como un juego con láseres y rayos gamma y proyectiles, con tecnología y mapas falsos y traición.

## 7. Laberinto de mentiras

*En cuanto a aquellos con los que habéis establecido un tratado y que lo anulan todo el tiempo, y que no temen a Dios, si os los encontráis en la batalla, infligidles tal derrota que sirva como lección para los que vengan después que ellos, y para que les sirva de advertencia.*

*Pues a Dios no le gustan los que son traidores.*

Al-Qur'an

Freddy siempre se recuperaba antes.

Y Freddy mascullaba maldiciones extravagantes mientras sus dedos fluctuaban sobre los mandos. Los enormes cohetes de posición del Hécate hicieron que el yate de carreras diera vueltas como una pelota. Glenda Ruth se agitó en la malla elástica, su visión saltando alrededor de la cabina, descontrolada. Jennifer gimoteaba, tratando de acurrucarse. Terry no le ofreció resistencia a la turbulencia, y aguardó a que su cuerpo le obedeciera.

—Freddy, amor —dijo Glenda Ruth, con la lengua como un invasor extraño en su boca—. ¡Freddy! ¡Cálmate y cuéntame qué pasa!

—Hablar —otra sacudida, más suave en esta ocasión—. Estamos rodeados. Empotrados en una armada de cruceros de guerra diminutos que luchan contra otra armada de cruceros de guerra diminutos, en dirección al Saco de Carbón. La bombas atómicas hacen flash. El nivel de radiación es aterrador. Trato de... ¡Tengo el depósito de agua entre nosotros y ellos, si por mi lagarto puedo parar esta maldita rotación! —aullaba como un niño.

—¿Bastará con eso?

—Sí. El agua... el depósito de agua. Para eso está, en parte: impide que quedemos achicharrados. En parte, cuando me lanzo cerca de un sol... ¡ya está! Ahí va otra bomba, flash, ¿sabes?, no te lo imaginarías, pero creo que también está bloqueado —de nuevo aporreó teclas—. ¡Maldición! —mantuvo una apretada—. Ya. Creo que ahora es seguro activar la computadora, pero le daré un programa de prueba antes de pasarle el control...

»Aún no. Dentro de un minuto. En cualquier caso, cuando nos lanzamos cerca de un sol para hacer un pase de gravedad, no quiero que la radiación solar atraviese el Hécate, así que monté como escudo este horrible y enorme depósito de agua a lo largo de la cabina. Y la congeló. Entonces el casco está superconduciendo, por supuesto, de modo que puedo enfriar el casco conectando un cable al depósito de agua. Soy capaz de realizar buenas aerofrenadas o acercarme muchísimo a un sol porque no puede freírnos sin hervir primero toda esa masa termal de agua, y aun entonces puedo darle salida al vapor... —Freddy se hundió en el sillón—. Y creo que la batalla no va a freírnos, pero esas naves sí podrían hacerlo a menos que hables con ellos. La computadora ahora es segura. ¿Cómo te encuentras?

—¿Cómo sueno?

—Lúcida.

—Intentaré hablar con ellos. Aunque me parece que no quiero moverme. ¿Puedes establecer tú la comunicación y pasármela?

—Claro, un momento. ¿Terry?... No responde. Él tarda más que yo en recuperarse. Muy bien, estás en la frecuencia que nos dio Henry Hudson.

Ella pronunció las sílabas que le habían asegurado que indicarían que era una visitante estimada para los Comerciantes de Medina. Nada. Volvió a hablar.

—Eso consiguió una reacción —indicó Freddy—. Dos de las naves de ahí afuera... han cambiado de curso. Otras les están disparando... ¡Oooh!

—¿Qué?

Un intenso resplandor verde bañó la cara de Freddy desde una pantalla que ella no podía ver.

—¡Alguien acaba de intentar freírnos! No hay daños reales, pero espero que no lo hagan de nuevo. Y... mira aquí. ¿Consigues ver la pantalla?

Un rostro alienígena. Un marrón y blanco, un Mediador. Pronunció palabras alienígenas. Nada que ella reconociera. Habló de nuevo...

—¡Nos han dado otra vez! —exclamó Freddy— ¡Haz algo!

—Ríndete —dijo ella—. Hay una palabra...

—¡Úsala! ¡No podemos recibir muchos más impactos de ésos!

—Sí. Freddy, tendremos que abrir la antecámara de compresión. Las dos puertas.

Él hizo algo con los mandos.

—Cuando tú lo digas. Jennifer y Terry están sellados herméticamente; he chequeado sus trajes. También el tuyo. Cuando tú lo digas.

—Deja la luz de la antecámara encendida. Ninguna otra.

—Qué romántico.

—Sí —dijo ella, tras considerar diversas respuestas.

—A ver si lo he entendido —dijo Renner—. Quieres que monte algo que produzca estática y simule un fallo en el sistema de comunicaciones.

—Sólo en el sistema de transmisión —indicó Bury—. Cortesía elemental, Kevin. A veces deseo observar a los pajeños sin ser observado por ellos. Deja que vean estática, mientras nosotros seguimos recibiendo sus señales. Pásame el control a mí y no lo uses a menos que yo te lo ordene. ¿Puedes hacerlo?

—Claro. Una o dos veces incluso podría ser real, pero ¿no sospecharán?

—Por supuesto que van a sospechar. Gracias.

—¿Lo necesitas ahora mismo?

—No haría ningún daño.

—En este momento hay tres flotas en la Hermana de Eddie el Loco —comentó Eudoxo—. A la nueva facción la llamaremos la Compañía de Comercio de la India, un grupo con base en el Cinturón de asteroides, aunque con muchas naves. La India era aliada nominal de nosotros hasta hace unas horas.

—Entonces, ¿qué sucedió? —demandó Renner.

—Volverán a ser aliados cuando hayamos negociado nuevos cambios de condición. Lo explicaré después. En cualquier caso, parece que la India está perdiendo. Y también nosotros. Los Tártaros de Crimea retienen la posesión de la tercera nave de ustedes.

—Tres flotas. Una es de ustedes. ¿Les queda alguna nave?

—Una de inteligencia, con un Mediador a bordo que está transmitiendo datos. Nuestros otros cruceros de guerra no podrían hacer nada que nos beneficie y se les ha ordenado que se retiren. No queda ninguna nave de combate cerca de la Hermana de Eddie el Loco.

—Maldición. ¿Qué pueden hacer?

—Informarle a mi Amo. Solicitar medios para comunicarnos con los Tártaros de Crimea, averiguar lo que sea posible de su situación y objetivos, y preguntar qué puedo ofrecer en la negociación. Kevin, usted ha de indicarme qué debo pedir, que debemos tener y qué pueden quedarse ellos.

—Mmm... —Kevin se frotó la cara. Notó pelos—. La nave Hécate, probablemente no valga la pena salvarla. Queremos a los humanos, de tres a cinco, de vuelta y en buen estado. Infórmeles que el Imperio se encolerizará si les sucede algo a esos humanos.

—Y es verdad —comentó Joyce—. Una vez enviaron a cien naves para vengar la muerte de un Príncipe Imperial.

—No conocía esa historia —repuso Renner—. Gracias, Joyce.

—¿Tan importantes son esas personas? —inquirió Eudoxo.

—No tanto —contestó Renner—. Pero casi. Eudoxo, a bordo del Hécate hay artículos, incluyendo artículos para negociar. Algunos serán muy valiosos. Otros... Si es posible, consulte con la mujer Mediadora del Hécate. Se llama... —miró a Chris Blaine y recibió un gesto de asentimiento— la honorable Glenda Ruth Blaine.

—Blaine. Tal como entiendo sus convenciones de nombres, será la hija de un lord. Un tal Lord Blaine. Conocemos a un Lord Blaine.

—Es la misma —corroboró Renner.

—El capitán de la MacArthur. Segundo al mando de su primera expedición aquí. No ha exagerado su importancia.

—Correcto. Así que consiga la opinión de Glenda Ruth sobre qué hacer con esos artículos de negociación.

—¿Su naturaleza?

—Desconocida para mí. Aunque espero que transporten chocolate.

—Nunca probé el chocolate —dijo Eudoxo.

—Los Tártaros pueden quedarse con esa mercancía. Le conseguiremos más a usted cuando podamos. Quizá haya algo a bordo de la Átropos. ¿De acuerdo?

—Gracias. Pondrán restricciones para los contactos con sus... invitados.

—Sí. No corte, veré si tenemos más instrucciones.

—Con su permiso, comenzaré a hacer que los de Crimea comprendan la importancia de lo que retienen. También a transmitirles sus requisitos de apoyo vital.

—Bien. Gracias —Renner cortó la comunicación—. ¿Horace?

Bury había observado en silencio. Bebió el café que le había llevado Nabil.

—Uno u otro humano quizá deba quedarse como enlace. Prepárate a ceder en eso, pero exige la devolución de todos. Creo que es mejor no mencionar la naturaleza del cargamento.

—¿Chocolate? —preguntó Joyce.

—Señal de Eudoxo —interrumpió Buckman—. Mensaje urgente.

En ese momento Chris Blaine respiró hondo; fue a decir algo, pero se contuvo.

—¿Todos preparados? Aquí va —Renner manoteó los controles de comunicaciones—. ¿Novedades, Eudoxo?

—Sí. Nuestra nave de observación informa que ahora hay dos naves de los Tártaros de Crimea acopladas al Hécate. El yate en si mismo no parece haber sufrido daños y antes de su captura estaba transmitiendo mensajes.

El alivio de Chris Blaine fue obvio. Capturados era mejor que muertos.

—Un mensaje era la señal de saludo de los Comerciantes de Medina —continuó Eudoxo—. El resto iba a las naves de los Tártaros de Crimea y no fueron interceptados. Aguarden un momento..., aquí hay uno que grabamos.

La pantalla mostró a un humano enfundado en un traje espacial completo, el casco cerrado, sujeto a una malla de cables de contención.

—Venimos en son de paz. Fnamyunch(sniff!)

—Lo último es la señal de reconocimiento de los Comerciantes de Medina —informó Eudoxo—. Sólo pudo conseguirla hablando con nuestra nave embajadora.

—Eso debería ayudarle con sus negociaciones —dijo Bury.

—¿Eh? Ah, sí, Excelencia..., si nos creen, y lo harán. Gracias.

—Correcto —intervino Renner—. Quédese con eso. ¿Alguien más?

—Bien. Eudoxo, por favor, llame a su Amo y entable negociaciones con los... Tártaros de Crimea.

—Estamos empezando ahora. Me necesitarán en poco tiempo.

—Bien. Entonces haga otra cosa por mí. Llámeme. E intente decirme quiénes son todas esas personas.

Eudoxo asintió con la cabeza y los hombros, sonriendo, y desapareció.

Las luces de colores en la pantalla de control eran las únicas que brillaban en el Hécate. Sus cuatro tripulantes esperaban en un espacio vasto y oscuro, escuchando los sonidos y golpes metálicos procedentes del casco. Hablaban en susurros, y en contadas ocasiones.

Con un ruido parecido a un disparo, una sección elíptica del casco se soltó con una explosión hacia el interior del Hécate, de canto y directamente en dirección a Glenda Ruth. Jennifer lanzó un alarido, Freddy gritó una advertencia. Glenda Ruth soltó de golpe las correas que la sujetaban a la malla y con un movimiento de las piernas se alejó... casi. La masa golpeó sus pies en movimiento y continuó rodando hacia popa, sin cambiar de curso, y chocó allí atrás donde la cabina se ahusaba hasta formar una punta redondeada. La presión de la cabina descendió a toda velocidad, subió, cambió otra vez, y luego se estabilizó.

Los juramentos poco femeninos de Glenda Ruth se cortaron de repente. No había visto entrar al pajeño.

Su mano que aprieta encontró un asidero. El rifle de aspecto tosco sostenido por las manos derechas apuntaba a Glenda Ruth. Ella gritó y se cubrió el rostro; luego, con precipitación, cogió un asidero y abrió por completo las manos.

—¿Estás herida? —preguntó Freddy.

—Me rompió la espinilla. Manteneos sujetos, amigos. El pajeño me podría haber disparado sólo por moverme. Aguardad quietos hasta que pase.

—Es un Guerrero —dijo Jennifer.

—Eso creo. Tiene pies, pero... sí.

En ese momento el Guerrero cogía asideros con los pies, a través de guantes digitales. Había aparecido una segunda arma, una porra con púas. La cabeza y los hombros del Guerrero giraron a toda velocidad. El rifle apuntó a todas partes. Atravesó la cabina de un salto, chocó contra la pared y escudriñó desde allí. Cuando quedó satisfecho, silbó.

Entró otro pajeño. Era regordete comparado con el aspecto de lebrél del Guerrero. El traje presurizado ocultaba el patrón de la piel, pero su comportamiento lo identificó: era un Marrón, un Ingeniero. Le siguió otro Ingeniero que detrás de él tiró de un globo transparente a través del agujero. En el interior se movían formas.

Los Ingenieros convergieron sobre los mandos, deslizándose más allá de la tripulación del Hécate o rodeándola, sin prestarle atención. Uno empezó a jugar con los controles. Freddy parecía preparado para el desastre, aunque no pasaba gran cosa.

Entró otra pajeño. El traje presurizado ocultaba su piel; era un poco más grande que los Ingenieros. ¿Una Mediadora? Los Ingenieros se apiñaron junto a la recién llegada, luego se impulsaron con los pies a popa. Uno abrió el globo y liberó a cuatro formas pajeñas, cada una de menos de medio metro de alto. Se pusieron a trabajar en la sección de popa de la cabina del Hécate.

—Marrones —dijo Jennifer.

Glenda Ruth los escudriñó con atención. Los pequeños eran de un marrón chocolate, más oscuros que un Ingeniero; y cada uno poseía cuatro brazos. Relojeros, «marrones», la Clase que había destruido la MacArthur. Todos menos uno. El cuarto se arrastraba con cautela a lo largo de la pared en dirección al puente. Era de un color distinto, crema y castaño, y tenía tres brazos.

Se impulsó, lanzándose desde la pared, impactó contra Jennifer y se sujetó. Le gorjeó algo y aguardó una respuesta.

Glenda Ruth se dirigió al pajeño grande:

—¿Hola? ¿Puede hablar? —el pajeño la observó—. Venimos en son de paz en nombre de toda la humanidad y también por el bien de ustedes —prosiguió ella—. ¿Me entiende? Traemos artículos de negociación. Poseemos el derecho de establecer tratados vinculantes —el último pajeño en entrar desapareció por el agujero, ignorándola—. No estoy segura, pero esa cosa no se mueve como si tuviera algo que decir. Me parece que no es una Mediadora —comentó—. Freddy, no toques ningún mando.

—Preparaos —indicó Terry.

—¿Por qué? —preguntó Glenda Ruth antes de darse cuenta de que el Guerrero se había sujetado con tres de las cinco extremidades. Un momento después, la cabina se sacudió y osciló.

—Ese Ingeniero la ha hecho arrancar —afirmó Freddy—. Glenda Ruth, tú...

Se notó una propulsión. Aumentó con suavidad durante seis o siete segundos a una décima de gravedad y se detuvo.

—Las lecturas que recibo no están conectadas con el resto de la nave —indicó Freddy—. Han desconectado la cabina.

Jennifer empezó a reírse.

—Quizá traigan el resto por separado —dijo—, y te lo devuelvan.

—Oh, muchas gracias. No obstante, me temo que los días de carreras del Hécate se han acabado. ¿Alguna idea sobre lo que está pasando?

Glenda Ruth vocalizó con cuidado:

—Ooyay ahknay apingtay us sythey areay.

—¿Qué? Ah. ¿Qué más?

—Henry Hudson y los Comerciantes de Medina creían tener el control aquí —dijo—. Resulta obvio que no es así.

—¿Quién lo tiene?

—No lo sé, pero lo cambia todo, ¿no? El Imperio no hará ningún trato importante con nadie que no represente a todos los pajeños.

—Oh. De acuerdo. Y ahora, ¿qué ha sucedido?

—Hemos sido capturados por un crucero de guerra. No entienden lo que tienen, pero pueden ver que es valioso, de modo que solicitarán órdenes. Al cabo enviarán a una Mediadora. Que tal vez sepa inglés o quizá no, Freddy.

—Hay aire —comentó Freddy—. Mejor que abráis los trajes para ahorrar el de los tanques.

Con cierta inseguridad Jennifer abrió el visor.

—Huele bien... ¡Eh!

Terry Kakurni giró hacia ella.

—¿Qué?

—¡Es un cachorro de Mediadora! —exclamó Jennifer—. Tiene que serlo. Mirad, marrón y blanco, y poco más grande que un Relojero, eso es. Glenda Ruth...

—Era de esperar —comentó ella—. Tan pronto como supieron que iban a tratar con humanos, criaron a una Mediadora. Jennifer, creo que tienes a una amiga para toda la vida.

Jennifer y el cachorro de Mediadora se consideraron la una a la otra una maravilla. Ella la acunó en los brazos y contestó cuando hablaba. Los sonidos que realizaba no tenían sentido; pero, poco a poco, comenzó a sonar como la misma Jennifer.

Cuando le pasó la criatura a Terry, gritó, se soltó a la fuerza y saltó desde la barbilla de él para alcanzar de nuevo a Jennifer. El cachorro no quería saber nada de otros humanos.

De modo que la espera fue dura para el resto de ellos, y el entretenimiento escaso. Glenda Ruth pensó en pasar una película de historia por los monitores. ¿Eran de verdad tan especializados las otras clases, los Guerreros y los Ingenieros, que no la mirarían?

—Obturaron todos los agujeros de la cabina —comentó Freddy—. Hasta donde soy capaz de distinguirlo, éste es el aire normal del Hécate.

—La temperatura también es correcta —indicó Jennifer. Le rascó las orejas al cachorro.

—Es obvio. Arrancaron la cabina, la sellaron y nos proporcionaron nuestro propio apoyo vital de nuevo. Estamos vivos pero indefensos. Dispondrán de tiempo para copiar nuestro equipo antes de que algo deje de funcionar —dijo Glenda Ruth—. El aire no me preocupa tanto como...

—¿Cómo qué?

—Freddy, quizá haya más batallas. Por poseernos.

—Buenas noticias de todos lados —dijo Jennifer Banda—. Siempre me pregunté qué sintió la corona cuando el león y el unicornio lucharon por ella.

Eudoxo parecía tranquila.

—Mi Amo ha sido informado. Le encargará a otras Mediadoras la tarea de recuperar a sus compañeros. Nuestras observaciones muestran que las partes habitadas del Hécate han sido separadas del resto del yate. Los sistemas de apoyo vital parecen estar intactos. Mientras tanto, hay un intenso tráfico de mensajes por toda esa región. Transmitiré más información a medida que se vaya desarrollando.

—Pero, por lo menos, puede decirme quién está involucrado, ¿verdad? —preguntó Renner.

—Puedo contarle lo que sabemos de los Tártaros de Crimea. Se encontraban entre los poderes del sistema lunar de Paja Beta hasta que fueron expulsados en una complicada contienda con el mayor clan de Paja Beta, que nosotros llamaremos Persia. El grupo tártaro entonces subsistió gracias al comercio y al servicio a otros poderes hasta que fue absorbido por el Kanato. Ahora son mucho más pequeños, desde luego, y como no se había

oído hablar nada de ellos, creíamos que debían haber sido integrados con éxito en las familias del Kanato. A la luz de la captura de su nave, hemos de llegar a la conclusión que retuvieron cierta identidad independiente.

Renner consideró el porcentaje de muertes implícito en la frase «ahora son mucho más pequeños» entre un pueblo que parece si no puede quedar embarazado.

—De acuerdo. ¿Y la India?

—Por favor, vuelva a confirmarme que Su Excelencia está escuchando.

Horace Bury suspiró.

—Conéctame.

Kevin apagó su micro.

—¿Estás seguro?

—Aprenderemos el uno del otro. Si no consigo cogerla en una mentira, quizá... —con un gesto de la cabeza indicó a Chris Blaine— algún otro pueda.

Kevin asintió y giró la cámara.

—Saludos, Eudoxo —dijo Bury. La pajeña hizo una reverencia; la oreja se plegó hasta quedar plana; luego, se extendió—. Usted habló del año que permanecimos en el sistema de la Paja como Período Uno. El Período Dos lo Pasaron enviando naves para romper el bloqueo del Imperio en el Ojo de Murcheson. ¿Es correcto?

—Sí, Excelencia. El Período Uno comenzó cuando la MacArthur interceptó a un minero que pertenecía al Comercio de Medina. A partir de entonces un grupo de Paja Uno encabezado por un poderoso Amo planetario que se llamó a sí mismo Rey Pedro se apoderó del control de las comunicaciones con la expedición humana.

—¿Hubo una batalla? —inquirió Renner.

—Ninguna que quisiéramos que ustedes notaran.

—Yo no vi ninguna —aseveró Renner.

—Su Excelencia se percató del cambio —dijo Eudoxo—. Lo sé porque...

—Sí, por supuesto —interrumpió Bury—. Lo que yo vi fue que el grupo de Paja Uno no mostró ningún interés en la criatura que llevábamos a bordo... y aunque ese Ingeniero había enviado un mensaje a su hogar, de ello no se produjo ninguna reacción.

—Condenado infierno —musitó Renner—. Al capitán jamás se le ocurrió, y tampoco a mí.

—También eso quedó claro —repuso Eudoxo—. Sólo Su Excelencia comprendió la verdadera situación —miró con expectativa a Bury—. Bien. El Período Uno terminó con la destrucción de la MacArthur y con su crucero de guerra Lenin abandonando el sistema de la Paja. La nave y las observaciones grabadas que fueron enviadas de vuelta por el Ingeniero nuestro que ustedes se llevaron a bordo, le proporcionó a Medina el conocimiento de cómo construir un campo de energía... ¿Campo Langston? ¿Es el nombre del inventor humano?

—Correcto —confirmó Renner.

La pajeña se mostró divertida. ¡Nombrar un instrumento en honor de un Ingeniero!

—Nuestros viajes comenzaron poco después. Nuestro Amo comprendió que se producirían grandes cambios, y que los Comerciantes de Medina no serían lo bastante poderosos para mantener la posición que ostentábamos. Por ello negociamos lo que teníamos con Persia: ellos tomarían nuestro territorio y nos darían naves. Luego, durante nuestra retirada de los Troyanos Secundarios de Paja Uno, nuestros Ingenieros desarrollaron un Campo Langston operativo y lo negociamos con Persia a cambio de más ayuda para retirarnos hacia los cometas.

»Fue una mala sincronización de tiempo. Si hubiéramos sido más grandes y poderosos, en absoluto habríamos necesitado abandonar nuestra base. Con lo que les dimos y con lo que ellos tenían, Persia llegó a gobernar las lunas de Paja Beta. No sólo armaron naves con su Campo. También examinaron los restos del Anillo de Paja Beta. Después de un millón de años sometido a la minería, el planeta retenía únicamente un estrecho anillo de polvo, pero eso representaba megatonnes de polvo. Una pasada y Persia lo tuvo todo. Podría haber sido nuestro..., pero nos hallábamos demasiado lejos y no podríamos haberlo retenido, y, en cualquier caso, habíamos puesto nuestro objetivo más allá.

Blaine captó la mirada de Bury. Intercambiaron gestos de asentimiento. La voz de Blaine le llegó a Renner por el circuito privado del intercom: «Medina hace planes a largo plazo y actúa deprisa. Y tienen algunos de los mejores Ingenieros del sistema».

—Durante el Período Dos pusimos a prueba su bloqueo en el Ojo —continuó Eudoxo—. Para llevarlo a cabo necesitamos la ayuda del grupo en Bizancio. Se trata de una coalición grande y poderosa situada en las lunas de Paja Gamma, lejos de Persia, lejos de nuestro hogar original en los Troyanos Secundarios en Paja Beta. Puedo proporcionarle detalles, las negociaciones que mantuvimos con ellos...

—De momento, prosiga con la historia.

—Bien; para entonces diversos bandidos ya habían notado nuestra actividad.

»La Compañía de la India fue uno de esos grupos de bandidos. Es el grupo del que hablé, con base en los asteroides, muchas naves, aliados nominales de Medina hasta hace poco, y que volverán a serlo si las cosas van según lo planeado.

»¿Me siguen aún? El período durante el cual se podía esperar que el Coágulo en el Saco de Carbón se colapsara conforma el Período Tres. El Rey Pedro de Paja Uno les dio datos que nosotros sabíamos que eran incorrectos, datos que indicaban que el Coágulo tardaría cierto tiempo en convertirse en una estrella. A propósito, los datos del Rey Pedro también eran incorrectos. No esperaban que la estrella ardiera hasta otros cincuenta años de los suyos. Nosotros conocíamos bien la situación, y teníamos la ventaja de saber lo que se le había contado al Imperio. Por supuesto, no sabíamos con precisión cuándo iba a formarse la estrella, y en verdad la fecha que esperábamos se produjo con demasiados años de antelación.

—Vaya —comentó Joyce. Su voz apenas fue audible.

Renner esbozó una leve sonrisa y miró para cerciorarse de que ella seguía grabando. Bien. Eso les proporcionaba una copia adicional de garantía. Requeriría un largo estudio el cerciorarse de que comprendía todo lo que Eudoxo decía.

—El Período Tres se abre hace unas cien mil horas —continuó Eudoxo—. Nos preparamos para explotar la nueva abertura. Los Comerciantes de Medina comenzaron a enviar sondas con el único propósito de determinar si el punto de Eddie el Loco había saltado. Desde el punto de vista de ustedes, esas naves aún habrían aparecido esporádicamente, y todavía las construíamos para sacudir la serenidad del Imperio. Ustedes no debían notar ninguna diferencia. No podíamos permitirnos el lujo de nada tan llamativo como la flota de bola de hielo... ¿Tuvo algún éxito?

Fuera del campo de la cámara, Chris Blaine movió rápidamente las cejas.

—Sólo en provocar nuestra admiración.

—Nuestras sondas posteriores fueron más baratas, aunque nuestros recursos aún no se expandían para emparejarse con nuestras tareas. Así como nuestros cálculos eran mejores que los del Rey Pedro, nos preparamos demasiado pronto, y era caro permanecer en un estado de alerta. El comportamiento de Medina empezaba a ser notorio, nuestra seguridad comenzaba a recibir menos atención que...

—Se estaban expandiendo demasiado deprisa —intervino Bury.

Eudoxo-Bury 3A asintió con renuencia.

—La riqueza que debió ir a la seguridad fue destinada a alimentar a nuestros crecientes miembros. Ochenta mil horas atrás, la Compañía de la India emergió de los Troyanos Primarios de Paja Gamma y tomó posesión del punto de Eddie el Loco. Abastecieron con creces el coste de esa gran batalla desmantelando dos de nuestras sondas que ya iban de camino al Ojo.

—¿Dónde estaba su aliado Bizancio?

—Del otro lado de su órbita, muy lejos para interferir de manera directa, preocupado por problemas locales e incapaz de enviar una flota de batalla grande. No quedaron contentos, y nos culparon por nuestro descuido. Pero el colapso del Coágulo fue lento en producirse, y a nadie le gusta servir en el bloqueo.

«Eso sí que es verdad», pensó Renner, y recibió un gesto de asentimiento de Chris Blaine.



—Habiendo sido desposeídos, hicimos lo que pudimos para recuperar nuestra posición. Los Comerciantes de Medina hicieron partícipe a la Compañía de la India de parte del secreto. Al haber tomado el punto de Eddie el Loco, la Compañía de la India también adquirió sus obligaciones. Bizancio les proporcionó la tercera aprendiz de la segunda estudiante de su Fyunch(click).

—Para no perderme... —comenzó Kevin.

—Bury-Uno había muerto. Los Comerciantes de Medina tienen a Bury 3A, yo. Bizancio aún dispone de Bury 2 y de Bury 3B. Bury 3C, de Bizancio, fue destinado a la Compañía de la India. Otra familia compró a Bury 3D mientras aún disponía de riquezas; quizá hayan vendido a algunos Bury 4. Tal vez Bizancio esté entrenando a otros.

Bury se quedó mirando a la sombra deformada con asombro.

—¿Me he convertido en la base de su economía?

—No extensamente, Excelencia... de momento. Por supuesto, yo me he vuelto mucho más valiosa desde que tuve el honor de hablar con usted de forma directa.

—Maravilloso.

—Nuestro propio problema era que la Compañía de la India envió las sondas más baratas posibles. Ustedes iban a notarlo. ¿Por eso arribaron con tanta rapidez?... Sí, seguramente. Pero tener un Fyunch(click) de Horace Bury hizo que la Compañía de la India se volviera más confiada de lo que debería..., tal como lo planeamos. Su estudiante Bury no es astrónomo. Les proporcionamos la planimetría equivocada para el esperado nuevo punto de Eddie el Loco, y ellos la aceptaron.

—Puede que estén irritados con ustedes. Están atacando a esos intrusos, los Tártaros de Crimea, pero ¿a quiénes fueron enviados para atacar?

—Excelencia, bien puede usted... Discúlpeme —dijo Eudoxo, y la pantalla del monitor se tornó oscura.

—¿Blaine? —inquirió Kevin.

—Las últimas naves pajeñas fueron más fáciles de destruir que hace nueve años —repuso Chris Blaine—. Eso fue antes de mi servicio, pero aparece en los registros. El Escuadrón de Eddie el Loco pensó que se debía a que nosotros mejorábamos.

Bury asentía, divertido.

—La palabra bizantino puede que se haya inventado justo para los pajeños —comentó—. Bueno, ¿Kevin?

—Podemos trazar mapas. Mapas de computadora, hologramas con movilidad. Deberíamos hacerlo.

—¿Sí, Jacob?

—Lo he estado haciendo. Horace, creo que por fin tus intereses y los míos quizá hayan coincidido. Échale un vistazo a esto.

De repente todos los monitores se encendieron con una vista axial del sistema de la Paja. Permaneció quieta durante un momento; luego, comenzó a girar como un remolino indolente.

—Y ahora noten esto —el indicador de Buckman siguió el anillo sombreado de los cometas—. Paja Gamma significa recursos para cualquiera en esta región. Una fuente mejor que los cometas cercanos, ¿correcto? Porque los cometas se hallan muy separados. Allí por donde pasa Paja Gamma se produce un florecimiento económico. Cuando se va, hay una recesión. ¿Control de cordura, Horace?

—Es muy probable. El florecimiento se extendería tal vez en unos veinte grados de arco antes de que los costes crecieran demasiado. Paja Beta estaría demasiado cerca del sol para tener semejante efecto. Y si... ¿Qué son esas marcas? El viejo punto de Salto al Ojo, el nuevo...

—Sí.

No se movían. La materia fluía a su alrededor y los dejaba atrás.

—Los puntos de Eddie el Loco. Y el nuevo Salto a la enana roja, la Hermana de Eddie el Loco. Treinta grados en dirección contraria de Paja Gamma, y diez grados más arriba en paralelo al eje de la Paja. El Comercio de Medina no dispuso de acceso fácil a los recursos de Paja Gamma.

Renner observó rotar el mapa de la pantalla. El punto de Eddie el Loco, no muy lejos hacia afuera de la órbita de Paja Beta, se había movido unos pocos cientos de miles de clicks cuando la Protoestrella de Buckman (el Coágulo) se convirtió en la Estrella de Buckman. Pero la Hermana se hallaba a mil millones de clicks de distancia, por encima del plano del sistema y mucho más allá de Paja Gamma.

Eudoxo volvió a aparecer.

—Excelencia, capitán, mi Amo entrará en acción para recuperar a su gente y sus bienes. Nuestra posición de negociación está empeorando. Hécate se halla en vuelo con una escolta de Tártaros de Crimea, doce naves de diversos tamaños que se alejan del sol y fuera de las posiciones del Kanato.

»Parece que los Tártaros han roto relaciones con el Kanato. Treinta y seis naves de Crimea siguen al mando de la Hermana. El contingente de la Compañía de la India ha huido.

Los ojos de Bury y de Kevin se encontraron; Horace guardó silencio.

—Su nave perdida debería encontrarse a salvo con los Tártaros de Crimea —prosiguió la pajeña—. Ningún jugador de este juego se arriesgaría a dañar algo tan valioso; ni siquiera grupos piratas como el Kanato, que sólo pueden conjeturar el valor del Hécate de acuerdo con las maniobras realizadas por otros... Negociaremos el modo de reunirles.

Claro que negociaría una Mediadora, pensó Kevin. Apenas podría planear una guerra, aunque si era capaz de calcular las fuerzas relativas... pero si llegaba el caso de tener que rescatar al Hécate, ello dependería de las naves del Imperio.

—Así que enviaron a la Compañía de la India a vigilar el lado equivocado del cielo —comentó—. ¿Y ahora están enfadados?

—Y con razón. Pero no disponen de la riqueza que tenían cuando nos arrebataron a la fuerza el punto de Eddie el Loco. Enviaron naves nominales al Ojo, y tampoco pueden permitirse el lujo de una flota de guerra de verdad.

—Hábleme del Kanato.

—Ah, sí, el Kanato. Verá, la base principal del Comercio de Medina se halla bien dentro de los cometas, no convenientemente cerca de la Hermana. Una sucesión de cometas grandes ha servido como bases interiores, por lo general a pocos minutos luz de la Hermana. De hecho ahora vamos de camino hacia la Base Interior Seis, y más naves nuestras se nos reunirán allí. Pero como fuente inmediata de elementos volátiles, agua y minerales, a veces movemos la cabeza de un cometa pequeño para que pase muy cerca de la esperada Hermana.

»El Kanato tiene su base en un cúmulo de cometas situado hacia afuera y adelante del Comercio de Medina. Esperan que la riqueza entre en su camino cuando Paja Gamma se instale en su sitio dentro de cincuenta mil horas. Mientras tanto, sobreviven como bandidos. Debieron sorprenderse del emplazamiento demente de nuestro pequeño cometa, pero codician los recursos. Sin embargo, los Tártaros de Crimea parecen saber por qué queríamos nosotros los recursos en ese sitio.

—¿Pueden estar trabajando con alguien más? —preguntó Bury.

—Explíquese —pidió la pajeña.

—Es sólo una pregunta, Eudoxo. ¿Quién estaba al tanto de la futura existencia de la Hermana? Medina, Bizancio, la India, y cualquier otro que fuera capaz de deducir la verdad por la observación. La India recibió un lugar geométrico erróneo de la Hermana, pero ¿se hallaban ustedes realmente preparados para tratar con honestidad con Bizancio?

—Por supuesto —repuso Eudoxo.

—Cualquier familia pajeña podría averiguar la verdad gracias a la observación y la deducción —indicó Bury—. Pero Bizancio ya la conocía. Quizá se irritó ante la idea de que Medina dirigiera a la Hermana, estando tan alejada de la influencia de Bizancio. En ese caso, podría buscar aliados más fáciles de dominar.

—Ah.

—Sólo se trata de un pensamiento fugaz. Concluya su historia, Eudoxo.

La pajeña necesitó un momento para reaccionar.

—¿Historia?... Se cuenta con facilidad. Ya nos hallábamos en formación de batalla cuando la India transmitió que una nave nominal destinada al punto de Eddie el Loco no pudo cruzar hasta el Ojo. Nosotros enviamos nominales a lo largo de los brazos del arco donde se esperaba la aparición de la Hermana. Detrás se lanzó una expedición de diez naves, aprovisionadas y dotadas de tripulación con bastante antelación, todas huyendo del fuego de la flota del Kanato. El resto de la flota de Medina las siguió en una retirada vigilada, abandonando nuestro pequeño cometa con la intención de tomar posesión de la Hermana de Eddie el Loco.

»Por ese entonces, los medidores de neutrinos y los telescopios de la Compañía de la India debieron haber detectado la acción. Tienen motivos de queja, tal como usted apunta. Tomaron nuestro territorio a la fuerza. Luego donaron recursos al ejercicio: diez años o más por valor de sus lastimosas naves nominales. Ahora se dan cuenta que la Hermana no se encuentra donde se les indicó, sino que en el sitio correcto se halla emplazada la flota de Medina. Envían naves.

»No nos sorprendió mucho. Pero cuando nos siguió la flota de los Tártaros de Crimea, sí nos vimos cogidos por sorpresa. Medina esperaba que toda la flota del Kanato permaneciera con el cometa. Cuando nuestra primera nave desapareció, se vio que los Tártaros corregían su curso. Debían de saber lo que estaba pasando.

La cabeza de Jacob Buckman apareció inesperadamente pegada al oído de Renner.

—Lo sabían mejor que Medina.

Kevin se volvió.

—Hable.

—¿Por qué el Kanato atacó ahora? Porque ahora deja a los Tártaros justo en la posición adecuada para apoderarse de la Hermana. Da la impresión de que algún genio entre los Tártaros...

—... calculó con exactitud cuándo iba a colapsarse el Coágulo —concluyó Renner—. Mmh. Eudoxo, ¿coincide usted?

—No es mi especialidad, capitán Renner. Lo preguntaré. O quizá alguien les informó.

—¿Quién?

—¡Cualquiera! ¿Es que cree que le he nombrado a todas las familias que hay aquí?

—De acuerdo. Prosiga.

—Los Tártaros destruyeron dos de las diez naves de la expedición de Medina. Una se equivocó y no llegó a la Hermana. El resto de nosotros alcanzamos la enana anaranjada. Nuestra flota intentó mantener la Hermana hasta que los refuerzos de Bizancio pudieran llegar, aunque no se los esperaba pronto, ni con seguridad. Paja Beta se halla demasiado lejos. Sin embargo, resistieron el tiempo suficiente para que todos nosotros irrumpiéramos de vuelta en una batalla en curso.

—Pero no lo bastante para proteger al Hécate.

—No. Y eso nos trae al presente. En diez horas llegaremos a Base Interior Seis.

## 8. Medina Base Seis

*Los ángeles rebeldes son peores que los hombres incrédulos.*

San Agustín, *La ciudad de Dios*

Base Seis había cambiado. Las cargas de superficie habían volado, fragmentándola, la mayor parte de la masa no aprovechada de lo que había sido un cometa. Una tormenta de nieve de hielo sucio, amoníaco y roca, minerales útiles hasta el advenimiento de la Hermana, se expandía en dirección de la feroz batalla en la Hermana. Si los detritos no protegían a Base Seis de las armas, por lo menos cegarían a los observadores. Sólo los Amos de Medina adivinarían qué estaba pasando aquí, y únicamente porque habían sido partícipes de los planes.

La esfera blanca que sobrevivió era más fría que lo necesario para un cometa. La India había estado al corriente de las refinerías que fabricaban hidrógeno y de las naves que se lo llevaban, pero nunca había sabido de las bombas de calor. No todo el hidrógeno se había empleado para combustible de las naves, y la mayoría de éstas no habían recorrido el trayecto entero hasta el Comercio de Medina.

Medina Base Seis se había convertido en una compacta bola de hielo de hidrógeno con una cáscara de hielo de hidrógeno en estado esponjoso. Así aislada y minuciosamente refrigerada por la evaporación, mantendría su frío durante décadas; con toda probabilidad siglos. Enterrado en la bola de hielo había un generador de escudo de tamaño industrial y estilo Imperio que le había prestado servicio a las seis bases interiores.

Base Seis se hallaba demasiado próxima a la acción; era demasiado vulnerable. Sus tres docenas de naves se encontraban desmontadas en su mayor parte. Siempre lo habían estado, siempre de manera visible en reparación. El Amo huésped de la India se había quejado de ello, pero nunca había comprendido la importancia de esos motores de cohetes desmontados.

Entonces los Ingenieros de Medina montaron cuarenta y un motores de fusión en un círculo de medio klick situado a popa de la bola de nieve. En unas horas, Base Seis se había convertido en una nave de guerra. Comenzó a acelerar de inmediato, hacia afuera y adelante, en dirección al Comercio de Medina.

La mayoría de las naves de Base Seis, y el hidrógeno que llevaban, habían viajado sólo hasta la burbuja negra de forma irregular que Mustafá consideraba como el Almacén: era irregular para evitar la detección por radar y otros medios. Dentro del Almacén había una provisión creciente de hidrógeno, y una dotación de Guerreros que no aumentaba porque los torneos mantenían su población estable.

En ese momento las naves de tropas llenas de Guerreros se dirigieron al encuentro de Base Seis. Algunas aterrizarían, otras permanecerían en órbita.

Base Seis era un transporte armado, un depósito de combustible y una nave de guerra, el núcleo de una flota capaz de defender cualquier tesoro que hubiera salido de la Hermana de Eddie el Loco.

El Simbad aceleró a 0,8 gravedades, lo bastante confortable para los pajeños y sin que representara una gran tensión sobre Bury. Detrás de ellos, la Paja no era mucho más que una estrella. Tenía un disco apenas perceptible, pero resultaba demasiado brillante para los desprotegidos ojos humanos. El Ojo de Murcheson era una apagada mancha rojiza más allá de la Paja.

La marcha estaba compuesta de cuatro naves pajeñas al frente, con Eudoxo en la vanguardia; luego el Simbad, seguido de cerca por la Átropos; en último lugar, otras cuatro naves de guerra pajeñas.

—Es todo lo que puedo detectar, capitán Renner —informó el capitán Rawlins—. Tengo la impresión general de que por ahí hay más naves en movimiento. Recibimos un sú-

bito destello de reconocimiento, pero nada en lo que podamos centrar nuestros detectores. Igual que... ¿naves sigilosas que cambian de forma?

—Gracias.

—Señor. Observamos a las naves pajeñas durante la batalla. Eso nos brinda otra perspectiva.

—¿Alguna conclusión?

—Son bastante buenas. Alto rendimiento. Sólo vimos cañones en acción, ningún torpedo. Sus naves tienden a ser pequeñas. Ciertamente seríamos capaces de derrotar a cuatro de cualquier modelo de las que hemos visto hasta ahora, descontando grandes sorpresas.

—Yo no descartaría las sorpresas.

—No, señor, desde luego que no. Capitán, ¿puede explicar qué está pasando?

—¿Detecto una nota de inquietud? De acuerdo. Es hora de una junta de guerra mientras aún disponemos de comunicaciones seguras —Renner apretó el intercom—. Por favor, haga que suba el teniente Blaine, y si Su Excelencia se muestra conforme con una conversación, debería escuchar.

»Rawlins, no vamos a Paja Uno. Allí ya no cuentan. Todos los jugadores importantes son civilizaciones extraplanetarias, y hay muchas. La que estaba mejor preparada para el nuevo Punto-I es el Comercio de Medina, gobernada por el Califa Almohad, y su principal negociadora es Eudoxo, la Mediadora a la que seguimos ahora... Los nombres fueron elegidos por Eudoxo. ¿Bien hasta ahora?

—Sí, señor. ¿Contra quién luchamos?

—Hay montones de facciones —los dedos de Renner danzaron sobre las teclas—. He tomado notas. Se las transmito.

—Recibidas —los ojos de Rawlins se centraron en algo fuera del campo de visión—. ¡Muchacho!

—Y éstas son sólo las importantes.

—El Kanato tiene el cometa..., a nadie le importa. los Tártaros mantienen en su poder el nuevo punto de Salto, y una nave... oh, Dios mío.

—Sí. Hécate es un yate civil pilotado por el honorable Frederick Townsend, con la hermana de Chris Blaine, Glenda Ruth Fowler Blaine, a bordo como pasajera.

—Oh, Dios mío. ¡Capitán, a Lord Blaine no le va a alegrar eso! ¿Vamos a rescatarlos?

—¿Podríamos?

Rawlins guardó silencio durante un momento.

—No lo sé, pero por todos los infiernos..., no me gustaría que regresáramos sin intentarlo.

—Le entiendo; sin embargo, Eudoxo no cree que dispongamos de suficientes naves, ni siquiera con la suya. Ahora mismo la mejor prueba es que se encuentran a salvo, y nuestros aliados pajeños están tratando de negociar con los Tártaros. Mientras tanto, nos dirigimos a la base de los Comerciantes de Medina. Hasta hace poco era una base conjunta con la Compañía de la India, pero en apariencia se ha producido un reajuste de esa alianza.

—¿Reajuste?

—Es la palabra que empleó Eudoxo.

—¿Alguien más con quien deberemos luchar?

—Quizá.

Chris Blaine llegó al puente y se sentó cerca de Renner.

—¿Son así de complicadas las cosas con los pajeños por lo general? —preguntó el capitán Rawlins—. Capitán, ¿cuál demonios es nuestro objetivo?

—Buena pregunta —repuso Renner—. El primero es el de sobrevivir. Segundo, recuperar a Glenda Ruth Blaine. Tiene un cargamento que puede llegar a cambiar las cosas. Y afectar a nuestro tercer objetivo, que es sacar orden del caos.

—¿Cargamento?

—¿Teniente Blaine? —indicó Renner.

—Sí, señor. Como ha dicho el capitán Renner, hay otro objetivo a tener en cuenta. Los pajeños andan sueltos, y eso hay que solucionarlo, ya sea nosotros o una flota de batalla.

—Con la salvedad de que no hay ninguna flota de batalla —suspiró Renner—. Muy bien, Chris. El cargamento —Renner atrajo la atención de Cynthia; con gestos le pidió que trajera café.

Blaine asintió y dijo:

—Capitán Rawlins, ¿cuánto sabe usted de los pajeños?

—No mucho. Pasé por alto las clases sobre la sociedad pajeña en el escuadrón de bloqueo. Estudié sus tácticas, pero no vi ninguna necesidad de comprenderlos, ya que lo único que se suponía que haríamos sería matarlos.

—Sí, señor. Debe tener algún tripulante que sintiera curiosidad. Búsquele. Mientras tanto, tendré que disertar.

»Para empezar, todos sabemos que los pajeños son una especie muy diferenciada. Los Amos son la única clase pajeña que de verdad cuenta; mientras que los Mediadores llevan a cabo toda la comunicación. Los Mediadores son tan agradables que tendemos a olvidar que no están realmente al mando, que reciben órdenes de los Amos.

—Pero no siempre —intervino Renner.

—De acuerdo, considere a los tres pajeños enviados al Imperio. Dos de los Mediadores del Rey Pedro, con un Amo más viejo emparentado con el Rey Pedro, aunque sin haber estado antes al mando de Jock y Charlie. Eso le dio a Jock y a Charlie cierta ventaja. No tenían que obedecer cada orden que daba Iván, aunque por lo habitual sí lo hacían. Debía de haber reglas, pero yo nunca las averigüé. Iván sólo duró seis años, y entonces se encontraron solos.

»Una vez le pregunté a Jock cuáles habían sido las últimas órdenes de Iván. Jock contestó: "Actúa de tal manera como para reducir a largo plazo el riesgo hacia nuestra especie. Manteneos el uno al otro cuerdos. Hacednos quedar bien". Creo que omitió considerables detalles. Y los Mediadores nos habrían mentado si Iván se los hubiera pedido.

»De modo que aquí nos encontramos de vuelta en el sistema de la Paja, y todo lo que sabemos es un poco equivocado. Tratamos con una civilización espacial, no planetaria. Todas las Clases serán un poco distintas, algunas mucho, incluyendo a los Amos. La civilización pajeña es vieja. Los asteroides se establecieron hace más de cien mil años, tiempo suficiente para que se produjeran cambios evolutivos, y sabemos que los pajeños también han empleado programas de procreación radicales en sí mismos.

—Como los de Sauron —dijo Rawlins.

—Bueno, en realidad no —comentó Renner—. Distintos objetivos, distintos motivos.

—Sí, señor —Rawlins no sonó convencido.

—Puede que hayamos tenido un poco de suerte —continuó Blaine—. La Mediadora de Horace Bury parece que abandonó por completo al Rey Pedro y vendió sus servicios al postor más alto. Da la impresión de que los Mediadores entrenados según la Personalidad de Bury cambian de manos por aquí como el dinero.

—Debe hacer feliz a Su Excelencia —dijo Rawlins—. ¿Es ésa la razón para los nombres árabes que se dan a sí mismos?

Chris sacudió con fuerza el dedo índice.

—¡No, no! Capitán, todos esos nombres fueron elegidos por la Mediadora de Medina entrenada según Bury, y es probable que por el impacto emocional que tendrían sobre Horace Bury. Los Tártaros son enemigos de los árabes. Comerciantes de Medina suena bien para un árabe. Eudoxo fue un famoso comerciante levantino que operó fuera del mar Rojo y descubrió la original ruta de comercio árabe hacia la India.

—Ah, ah —dijo Rawlins—. Y, por supuesto, Bury sabía eso.

—Por supuesto. Hay otra cosa. Los Amos pajeños en realidad no forman sociedades como lo hacemos nosotros. Las clases subordinadas por lo general obedecen a los Amos, pero éstos no poseen ningún instinto para obedecerse entre sí, y sea lo que fuere que tengamos los humanos que nos hace formar una sociedad, se encuentra casi ausente en los Amos. Los Amos pajeños cooperarán, y uno establecerá una posición subordinada hacia otro, pero hasta donde yo soy capaz de comprender, las únicas fidelidades son a la

línea genética. No existe lealtad a ninguna abstracción, como un imperio o ciudad. Se parece más a una civilización árabe que a un Imperio, lo cual quizá explica la popularidad de los Mediadores Bury. Es muy factible que el señor Bury comprenda mejor las cosas aquí que cualquiera de nosotros.

—¿Incluido usted, Blaine? —demandó Rawlins—. El rumor que corría por la flota es que fue educado por pajeños.

—En cierta medida —repuso Chris Blaine—. Nos hallábamos todavía en Nueva Caledonia y mi padre formó parte de la Comisión Alta hasta que yo tuve seis años. Fue al volver a Esparta y que mis padres establecieran el Instituto cuando llegué a ver todos los días a los pajeños. Por ese entonces Iván había muerto, y Glenda Ruth acababa de nacer. Ella vio mucho más a Jock y a Charlie y jamás llegó a conocer a Iván.

—Hmm. ¿Qué sucede con el cargamento del Hécate?

—Chris, déjame a mí —intervino Renner—. Tú ni siquiera has visto jamás la Lombriz de Eddie el Loco. Te encontrabas en el bloqueo...

—Un momento, capitán —la voz de Blaine fue cortante—. Capitán Rawlins, la Lombriz es una especie de as en la manga. Señor, ¿está seguro de que quiere saber más?

Aunque tenía la certeza de que los tenientes no le hablaban así a los capitanes, Renner contuvo la lengua.

—¿Por qué no querría saberlo, teniente? —inquirió Rawlins con frialdad.

—Si lo supiera y hablara con los pajeños, ellos lo averiguarían —repuso Blaine—. Capitán, hasta que no se ha tratado con pajeños, es imposible comprender la rapidez con la que aprenden a interpretar todo lo que uno dice o hace.

—Puede que me haga una idea —dijo Rawlins—. Un año a bordo de mi nave y nadie en el salón de oficiales quería jugar al póker con usted.

—Sí, señor. En cualquier caso, quizá lo averigüen del capitán Renner, aunque no es probable. Él ha tenido mas experiencia en el trato con pajeños. No lo descubrirán de Su Excelencia. Ni de mí.

—¿No descubrirán qué?

Se volvieron para ver a Joyce Mei-Ling entrando en el salón del Simbad.

—Muy bien —dijo Rawlins—. Aceptaré su palabra: es algo valioso, y es mejor que yo no sepa nada de esa Lombriz de Eddie el Loco. Capitán Renner, si el objetivo es recuperar a la señorita Blaine y su cargamento, ¿cómo vamos a hacerlo?

—Ahí está la cuestión —señaló Renner.

—Negociaremos —Bury apareció en pantalla—. Discúlpenme, fui invitado a escuchar. Capitán Rawlins, lo que ahora es importante es que existe la impresión de que estamos preparados para luchar, y que los pajeños creen que unas abrumadoras fuerzas Imperiales vendrán a nuestro rescate en un futuro no muy lejano, de modo que para ellos es mejor establecer un acuerdo con nosotros mientras aún son fuertes.

—Sí. Y que no sepan lo lejos de nosotros que en realidad se halla la flota de bloqueo. Pero no está tan lejos, señor. Es cuestión de entrar en el punto de Eddie el Loco y regresar con el escuadrón.

—Salvo que, sin importar la fuerza que quede allí, disparará antes de escuchar. No hay forma de distinguir a una nave pajeña de una Imperial —indicó Renner.

—Maldición. Por supuesto, tiene usted razón. Y tampoco podemos enviar un mensaje de vuelta al Agamenón. Comodoro, de verdad me alegro de que sea usted quien se encuentre al mando y no yo —Rawlins hizo una pausa—. Aunque hay una cosa. El almirante Weigle se halla al mando de la flota de bloqueo. Ha de saber que ha sucedido algo. El punto de Salto de vuelta a Nueva Cal se ha movido; a estas horas ya habrá averiguado eso, de modo que solicitará órdenes de prisa. También buscará el nuevo punto de Salto a la Paja.

—¿Qué es lo que hará si lo encuentra? —preguntó Renner.

Rawlins sacudió la cabeza.

—Supongo que protegerlo. Pero... ¿sabe, señor? Weigle es un comandante agresivo. Quizá envíe una nave exploradora. Sería mejor que estemos en guardia ante esa posibilidad. De acuerdo, Blaine, ¿qué más desconozco?

—Mucho, pero también nosotros —contestó Chris Blaine—. Por ejemplo, estas civilizaciones espaciales se parecen más a nómadas que a grupos asentados. Carecen de mapas estables; nada de hogares permanentes. Unas pocas, como las de las grandes lunas planetarias, se encuentran relativamente establecidas, pero en gran parte las cosas se desplazan y cambian. El valor del aire, la comida, el poder, la maquinaria, todo lo que hay que trasladar, depende de la distancia y de la velocidad delta. Cambia a cada segundo. Debe haber modos de vender velocidad delta.

—Ah —dijo Rawlins—. Es como si las viejas rutas de la seda cambiaran sus distancias. Un día es como cruzar el puente sobre un río para llegar a Catay; al mes siguiente se encuentra a miles de kilómetros,

—¡Era así! —exclamó Joyce—. Cuando reinaba la estabilidad y había gobiernos fuertes, sólo se tardaban unas pocas semanas en ir desde Persia a China; pero cuando los nómadas eran fuertes y los bandidos bloqueaban los pasos, podían pasar meses o años, o no existir ninguna ruta terrestre. Y había imperios de piratas en Vietnam y Sumatra, de modo que ni siquiera las rutas marinas resultaban estables.

—Una observación interesante —comentó Bury— que puede ayudar mucho a proporcionarnos una comprensión nueva de estos pajeños. Gracias, Joyce. Kevin, tal vez deberíamos asumir que estos pajeños se parecen más a los beduinos que a tu Imperio.

—Maravilloso —dijo Renner—. Los únicos árabes que conozco son Nabil y tú.

—Prestigio —dijo Joyce—. A los árabes les preocupa mantener el prestigio, aún más que a los chinos. Las apariencias son muy importantes. ¿Quizá también para los pajeños?

—No noté eso en Paja Uno —respondió Renner—. Pero quizá yo no debía notarlo. Sin embargo... ¿saben?, tienen historias para todo. Las pinturas, las estatuas, se inventaban historias para ocultar su pasado, y ponían el mejor aspecto que podían ante las cosas. Por otro lado, se me ocurre que Chris y Glenda Ruth, yo, todos nosotros, sólo conocimos pajeños de Paja Uno. Lo que significa que ninguno es un verdadero experto.

—Excepto Su Excelencia —apuntó Chris Blaine—. Considere lo valiosos que son los Mediadores Bury. Desde luego están esperando que el Imperio sea mucho más parecido a como lo ve el señor Bury que a como lo vemos nosotros.

—Como lo veía yo hace casi treinta años, teniente —corrigió Bury.

—Maldición —exclamó Rawlins—. Comodoro, esto me sobrepasa. Lo único que sé es que si dejamos que le suceda algo a la hija de Lord Blaine, mi carrera habrá acabado. Bueno, imagino que sé lo que hay que hacer: mantener los cañones y los torpedos listos y esperar órdenes. Comodoro, usted indíqueme a lo que hay que dispararle que yo intentaré abatirlo, ¡pero más que eso ya no sé!

—Bienvenido al club. Corto —Renner apretó el interruptor.

Joyce se volvió hacia Chris Blaine.

—De acuerdo, ¿qué es la Lombriz de Eddie el Loco?

—No te lo puedo contar —repuso Chris.

Ella se volvió hacia Renner.

—El trato fue que estaría al tanto de todo. ¿Ahora se retracta?

—Joyce —intervino Chris Blaine—, ¿quieres que se te prohíba hablar con pajeños?

—No, por supuesto que no. ¡Y ustedes no pueden hacerlo!

—Sí que podemos hacerlo. Joyce, es imposible que caigamos desde treinta pisos a menos que alguien nos empuje de una terraza. Hay cosas que no puedes saber. Si las conoces, no podrás hablar con los pajeños, pues entonces también ellos las conocerían.

Ella no le creyó, ni siquiera cuando Kevin lo corroboró con la cabeza.

—¡Kevin!

De manera vaga Renner sabía que estaba dormido, y que alguien trataba de despertarlo, y que no le importaba.

—Vamos, Kevin. Vamos, abra el maldito circuito. Su atención, por favor, capitán Renner. Maldita sea, Kevin...

—¿Sí? ¿Buckman? ¿Qué?



—Un mensaje de ninguna parte, Kevin; de ninguna parte que conozcamos, en cualquier caso. Lo acabo de recibir.

—Mensaje de ninguna parte. Importante. ¿Qué pone?

—Era una emisión general, un haz amplio. Debió costar mucha energía enviarlo. Kevin, hay un mensaje de información y una biblioteca completa de astronomía para los últimos cien mil años... ¡Creo que aún hay más! Usted dormía, de modo que antes de despertarle realicé algunas comprobaciones. Probé sus observaciones para ver cómo encajaban con la base de datos de Nueva Caledonia durante los últimos cientos de años. Todo se confirma, por lo menos todo lo que yo comprobé. Kevin, creo que tiene que hacer algo al respecto. Oh, y la Filípides quiere hablar. Átropos quiere hablar.

—Sí, bueno... —Renner encontró su uniforme y forzó las piernas dentro—. Verificación. ¿Y bien?

—Lugar geométrico para algunas de las comprobaciones más obvias de estrellas. Inicié un programa para verificar las órbitas del Ojo de Murcheson y la Paja; luego vine a despertarle. Ya habrá terminado.

—Muy bien, vayamos a verlo —se abrió paso a través de la cortina—. Hola, Horace. Tienes buen aspecto esta mañana. Cynthia, necesitamos desayuno, copioso, servido en nuestros puestos —ocupó su sillón de aceleración—. Jacob, primero muéstreme ese mensaje. Luego puede pasarme con la Átropos.

—Se trata de este archivo.

El mensaje apareció impreso en la pantalla de Kevin, aunque daba la impresión de haber sido escrito en un pergamino:

«Saludos, oh Califa venido de lejos, de tu más reciente servidor. Puedes considerarnos como la Biblioteca de Alejandría; nuestro lugar geométrico está descrito en este vector. Te entregamos este registro de todas las observaciones de esta región del cielo de nuestra historia. Hemos observado los cielos durante innumerables eras, y te lo ofrecemos todo a ti para que quedes complacido con nosotros y sepas cuán útiles podemos ser. Recuérdanos, oh Califa, cuando entres en nuestro reino».

Renner no supo qué decir. No le sucedió lo mismo a Bury:

—Esto nos revela muchas cosas. Una de las cuales, y no la menos importante, es que tienen un Mediador aprendiz de mí.

—¿Qué más?

—No saben nada de nosotros. Carecen de poder y son pobres. No disponen de medios para entablar un diálogo con nosotros, lo que puede dar a entender que temen a Medina o que se encuentran a horas luz de distancia.

—Yo diría que las dos cosas —intervino Blaine—. Pero sin duda se hallan bastante lejos en dirección de Paja Gamma. Poseen buena detección. Han emitido a lo ancho de más de dos mil millones de kilómetros. Aun así deben de estar en la indigencia, o habrían enviado algo, aunque no fuera más que un repetidor para proyectar un haz más estrecho.

Bury fantaseó, la cara serena y por completo inmóvil.

—Sí. Si no, miren lo que han hecho. Han divulgado sus secretos por todo el cielo. Han entregado todo lo que poseían porque no había modo de establecer una negociación. Quizá los extraños no sean extraños a la gratitud. Absoluta razón, para aquellos que carecen de poder.

—Gracias...

—Hay más. Creen que somos poderosos, o que es probable que lleguemos a serlo. Ello demuestra que también otros lo creen. La pregunta es: ¿por qué? Es obvio que ahora no lo somos.

—Gracias, Horace. Buckman, ¿qué tiene?

—El programa nuevo está finalizando. Sus órbitas para el Ojo y la Paja verifican las que yo poseo, con un margen menor de error.

—¿Cien mil años de observaciones?

—Eso, o dos o tres.

—De acuerdo, pásame...

—Aguarde un segundo, Kevin. Esto ha terminado. Mmmh...

Renner observó a Buckman ensimismado ante su pantalla y, al rato y mordiéndose las palabras, dijo:

—Vea si puede describirlo.

—Sí. Es un programa reiterativo para predecir el colapso de la Protoestrella de Buckman. Kevin, a primera vista da la impresión de que el Comercio de Medina debería haber tenido esto. Les habría proporcionado la fecha... el año exacto. Quiero decir que esto es alta y seriamente valioso.

—De acuerdo. Páseme con la Átropos.

—Sí, señor, nosotros también recibimos una copia —indicó Rawlins—. Procedía de un asteroide que sigue a los Troyanos Primarios de Beta.

—¿Eh?

—Los Troyanos Primarios de Beta, señor...

—Sí, eso lo entiendo.

—Bueno, hay un asteroide que sigue a ese grupo. Éste se halla a sesenta grados frente a Paja Beta.

—Naturalmente.

—Y el otro se encuentra quizá a cincuenta grados de Beta.

—Inestable. Tuvo que ser empujado, ¿verdad, Jacob? ¿Algo más, Rawlins?

—Sí, mi Jefe de Navegación es un entusiasta de la ciencia, y no ha dejado de jugar con eso desde que lo recibió.

La expresión despectiva de Eudoxo era clara y evidente, aunque difícil de describir.

—¡Vaya, «Biblioteca de Alejandría»! Su afirmación habría sido válida en el pasado. Ahora se encuentran casi en la bancarrota. Hace diez años aún les quedaba parte de su riqueza.

—Eso sería cuando compraron un Mediador Bury —conjeturó Kevin.

La pajeña no reaccionó de manera visible.

—Sí, compraron su Fyunch(click) Bury de Persia. Estaban manteniendo su antigua tradición de reunir y codificar conocimiento. Tal vez aún lo hacen.

»Son la familia más antigua que conocemos. Han negociado con información a lo largo de la historia. Tuvieron que mudarse incontables veces. Se encontraban en los Troyanos Primarios de Beta hace ocho mil años, durante la matanza de los Médicos.

—Hemos oído hablar de eso —comentó Renner. Algo le hizo añadir:— No, creo que no. ¿Hubo una Matanza de Médicos en Paja Uno?

—No me sorprende —dijo Eudoxo—. Debe parecer obvio. Los Médicos empeoran los problemas de población, ¿verdad?

—Es obvio, correcto.

—Aquí tuvo mucho éxito. Alejandría se negó a participar y lo mismo otras civilizaciones olvidadas; todas debieron ser destruidas por los vencedores. Sólo Alejandría mantuvo a los Médicos. Después, criaron un linaje básico y vendieron cruza y mutaciones a medida. Pero otras culturas han secuestrado su propio linaje de reproducción, Médicos y otras castas escasas, y Alejandría ha caído en tiempos duros.

—¿Deberíamos tratar con ellos? —preguntó Renner. Notó la atención de Bury centrada por completo en la pantalla.

—No causa ningún daño —repuso Eudoxo—. Se los considera... un poco extraños. Pero no representan una amenaza, y pueden resultar de utilidad.

Horace asentía para sí mismo. Cuando Renner cortó la comunicación con Eudoxo, Bury dijo:

—Interesante. Extraños. Ninguna amenaza. Bibliotecarios. Kevin, ese grupo es pobre, pero se le permite mantener sus recursos —sonrió con suavidad—. Sean cuales fueren nuestras decisiones finales, deberían incluir a Alejandría.

—De acuerdo. La estamos rodeando —dijo Buckman. Aumentó la imagen en la pantalla: un objeto oscuro circundado por un resplandor—. Ah. Y ahora Eudoxo transmite un cuadro mejor.

La nave pajeña se había adelantado y se hallaba casi al lado de la base pajeña. Las pantallas mostraban un anillo de fuego de fusión uniendo llamas negras de velas: motores de cohetes de fusión, cuarenta o más, lo suficientemente brillantes como para suspender los sensores y mostrarse como sombras.

La luz eliminaba algo del detalle, pero... los motores rodeaban un lado de una bola de hielo muy regular. Casi toda estaba unida en líneas de colores y tachonada aquí y allá con cúpulas conectadas en la superficie por bandas resplandecientes. Algunas de las cúpulas eran transparentes. Había naves también, montones de ellas sobre el hielo y en el espacio a su alrededor.

Los instrumentos a bordo de la Átropos eran superiores a los que llevaba el Simbad. Un tripulante de la Átropos les transmitía datos.

«Masa: sesenta y cinco mil toneladas. Un klick por medio klick por medio klick. Albedo: noventa y seis por ciento».

—Dios mío, es enorme —dijo Renner—. No tan grande para ser un cometa, pero ya ha dejado de serlo. ¡Es un transporte espacial! Joyce, ¿construyó alguna vez el Imperio...?

La imagen se volvió una bola negra en la que sólo sobresalía el fulgor de los motores. Los propietarios habían cerrado el Campo.

Apareció Eudoxo.

—Ésa es la Base Interior Seis —explicó—. Maniobren hacia la fuerza de atracción en este plano.

Desde la Átropos:

«La superficie es hielo de hidrógeno hecho esponjoso. Creemos que el interior es hielo de hidrógeno; la masa es más o menos la correcta. Los motores son de fusión de hidrógeno con algunas mejoras».

—La Sonda de Eddie el Loco parecía más grande que eso —comentó Renner—. Bastante mayor, pero resultó ser sólo una vela de luz. Recuerdo que antes de que lo averigáramos el capitán Blaine se preguntaba si tendríamos que aterrizar en ella con marines.

—En esta ocasión creo que sí aterrizaremos —dijo Horace Bury.

Media hora después, el Simbad se encontró lo bastante cerca como para sentir la minúscula gravedad de la bola de hielo.

—Aquí vamos —indicó Renner.

—Sí, señor —dijo el capitán Rawlins—. Señor, coincido en que es mejor situar al Simbad bajo un potente Campo Langston, pero no me disgustaría mantener la Átropos aquí fuera donde pueda maniobrar. Capitán, disponen de un montón de naves y de cañones ahí. No hay forma de que pudiera yo obligarlos a que les dejaran salir.

—Correcto —afirmó Renner.

—Podemos dar por hecho que la tripulación de la Hécate se halla en circunstancias similares —comentó Blaine.

—Los pajeños de Paja Uno fueron anfitriones amables —dijo Bury—. Creemos que estos pajeños son aún más parecidos a los árabes.

—Sí. Bueno, es un modo de averiguar si los pajeños tienen las mismas ideas que los árabes sobre la hospitalidad —dijo Renner.

—Como Alá lo decida. Estoy listo, Kevin.

El escudo negro desapareció. Simbad descendió hacia Base Seis. Filípides avanzó delante, virando hacia su propio amarradero.

—Creo que ése debe ser el nuestro —señaló Chris.

Renner rió.

—Sí. Dios mío, es una mezquita.

Era magnífica. Era humana, la única forma ahí abajo que no resultaba utilitaria y alienígena. Luminosa y delicada, una burbuja de albañilería pintada y que flotaba en el campo de hielo. La estructura no podía ser mármol; quizá fuera hielo tallado. Se parecía mucho más a una mezquita que el castillo que el pueblo del Rey Pedro les había construido en Paja Uno, y bastante más pequeña. Una mezquita con una cavidad: un canal vertical o receptáculo, del que en ese momento salían cables serpenteando hacia el Simbad.

El campo negro se cerró sobre el cielo negro: las estrellas desaparecieron. Átropos, en su puesto lejos de Base Seis, quedó incomunicada con ellos. Renner sintió la vulnerabilidad del yate.

El Simbad fue izado hacia el receptáculo de la mezquita. Encajaría a la perfección.

—Se ciñe de forma exacta —dijo Buckman—. Después de lo que vimos en Paja Uno, no hay mucho que puedan hacer los Ingenieros que me sorprenda... Parece que tienen compartimentos de transbordo a juego con las antecámaras de compresión.

El Simbad fue arrastrado de forma inexorable hacia el compartimento de acoplamiento. Las cámaras de transbordo estaban inconclusas; eran simples agujeros. Los Ingenieros pajeños aguardaban en los compartimentos, preparados para acabarlas allí mismo.

El combustible comenzó a entrar en el Simbad. Bien, habían cumplido esa promesa.

Pasó casi una hora hasta que los pajeños terminaran de conectar al Simbad con el Átropos mediante una antena desplegada a través del Campo. Por entonces Renner ardía de impaciencia. Se controló —pues si no, Rawlins tampoco lo haría— y dijo:

—Átropos, aquí Simbad. Probando.

—Aquí Átropos, señor. Enlazados. Aguarde a...

—Estoy aquí —dijo Rawlins.

—Bien. Capitán, podemos suponer que todo lo que digamos será escuchado por los pajeños. Quiero que siga probando este circuito. Cerciórese de que dispongamos de comunicación.

—Sí, señor. ¿Y si no la tenemos?

—Trate de restablecerla, pero en el instante en que pierda el contacto con el Simbad, usted queda al mando. Haga lo que considere mejor. Recordará las últimas órdenes que recibió de Balasingham. Desde luego, permanecerá en estado de alerta máxima a menos que yo le indique lo contrario.

—Sí, señor. Entendido. ¿Espera problemas de verdad, capitán Renner?

—No aquí. Creo que estos pajeños serán anfitriones perfectos. Por supuesto, nos contaron que realizaron un reajuste importante de su relación con la Compañía de la India. Eso sonó algo escabroso.

—Sí, señor.

—Yo trataré de averiguar qué hubo involucrado en ello. Dejaré los circuitos abiertos en reserva —Renner tocó unos interruptores—. Ya está. Horace, creo que es hora. Joyce, ¿en serio quiere llevar...?

—Sólo pesa ocho kilos —levantó la cámara giroestabilizada. Serpenteó en su manga como una cosa viva.

Renner tocó unos indicadores: antecámara interior, anulación, antecámara exterior. Las puertas de la antecámara de compresión del Simbad se abrieron hacia dentro y hacia fuera... a un corredor decorado con motivos abstractos moriscos y que contenía un buen aire, aunque con vestigios de elementos químicos en él.

Chris Blaine esperó con impaciencia mientras Eudoxo le explicaba a Horace Bury:

—Realmente no tenemos espacio para que sus Guerreros nos acompañen. Por supuesto, usted no espera ser escoltado por Guerreros, como me sucedería a mí, pero un Amo de su importancia, sí. Mi Amo tendrá presente a sus Guerreros cuando se conozcan.

—No importa —Bury agitó la mano para indicar a Blaine, Cynthia, Nabil Y Joyce—. Mis amigos los sustituirán. En años futuros descubriremos nuevas costumbres para los encuentros entre humanos y pajeños.

—Gracias —Eudoxo hizo una pausa—. Hay otra pequeña cuestión. Esperamos que no le haga falta su silla de viaje, Excelencia. No obstante, si es necesario, podemos reconstruir los pasillos.

Bury sonrió.

—Son ustedes anfitriones muy gentiles. Gracias, pero de momento Nabil puede llevar una unidad médica portátil que bastará para mis necesidades. Vamos.

—De acuerdo. ¿Kevin...?

—Será mejor que yo me mantenga en contacto con la Átropos —repuso Renner. Era el capitán: no podía abandonar su nave.

Los pasillos bullían de actividad. Había Ingenieros y Relojeros por doquier. Blaine observó por encima del hombro de Nabil las lecturas médicas de Bury. Calma. Calma total. Quizá incluso una calma aterradora.

Entraron en un cúpula, un casquete esférico. A través de unas tupidas enredaderas miraron hacia la superficie. Blanco nevado, cúpulas de tonalidades pastel, trazos en colores primarios. Y... Joyce volvió la vista atrás, luego, corrió hacia allí y enfocó su cámara entre dos masas de vegetación oscura.

La Mezquita era magnífica. Joyce mantuvo la imagen durante un momento; después, enfocó al Simbad, a la única torre, la pieza que la convertía en un conjunto artístico.

—Queríamos salir al exterior —dijo.

—No hay problema —indicó Eudoxo—. Sus espectadores se sentirían engañados si no pudieran verlo todo. ¿Privación sensorial?

Joyce sólo asintió. Un instante más tarde se quedó perpleja... al comprender cuánto le estaba revelando a Eudoxo sobre sí misma. Chris permitió que su sonrisa fuera visible.

En ese momento el pasillo se hundió bajo el hielo. Ramificaciones se abrían hacia los costados y arriba. Aquí y allá había discretas hendiduras verticales, como muescas de flecheros en una antigua fortaleza. Tubos aún más estrechos atravesaban el pasillo por encima de la altura de la cabeza. Los pajeños se asomaban por ellos como hojas en una tormenta.

Bajaron, adentrándose en el interior de Base Seis.

El pasillo dio a una sala grande. En el extremo más apartado se erguían junto a una puerta dos formas grotescas. Chris vio la tensión de Eudoxo cuando entraron. Miró atrás y no quedó muy sorprendido de ver dos más de esos horrores espigados.

—Guerreros —musitó Joyce—. Eficacia aterradora, casi hermosa —movió la cámara, abarcándolo todo.

Nabil y Cynthia se hallaban en tensión.

Una de las siluetas de los Guerreros se movió para abrir la puerta. Fueron escoltados al interior de otra sala grande. Un pajeño blanco amamantaba a un cachorro en el otro extremo. A la izquierda de él se plantaban dos Guerreros, y a la izquierda de éstos había otro blanco y uno blanco y marrón.

Eudoxo habló rápidamente en una lengua que los humanos no entendieron. El otro Mediador al instante le interrumpió agitando los brazos y con un grito colérico.

—¡Hracht! Nuestros Amos ordenaron que esta charla fuera en inglés —espetó ese mismo. Parecía no darse cuenta de que tenía la plena y peligrosa atención de cada Guerrero que había en la sala—. Luego hablaremos los mismos pensamientos en la lengua del comercio. La necesidad es deplorable, pero dados los recientes cambios en los niveles, lo demandamos. De lo contrario, la Compañía de la India no actuará por vosotros o con vosotros.

Eudoxo dio la impresión de hacer una reverencia.

—Muy bien. Tengo el honor de presentar a Su Excelencia Horace Hussein al-Shamlan Bury, magnate del Imperio, director de la Asociación Imperial de Comerciantes. Su Excelencia, mi Amo, el almirante Mustafá Pachá. Nuestro Amo asociado de la Compañía de la India, Lord Cornwallis. Al joven mediador que habla por Lord Cornwallis se le puede llamar Wordsworth —Eudoxo le hizo una señal a su amo.

Mustafá habló despacio y con cuidado.

—Excelencia, bienvenido a la Base Interior Seis —tradujo Eudoxo— en nombre del Califá Almohad, quien le envía sus saludos. Ésta es su casa.

—Gracias —dijo Bury—. Son ustedes anfitriones gentiles —hizo una ligera reverencia a los dos amos pajeños; luego, un gesto de asentimiento a Chris Blaine.

—Yo hablaré por Su Excelencia —intervino Blaine—. De nuevo deseamos darles las gracias por su hospitalidad, y garantizarles que entendemos que la necesidad de la celeridad fue la causa de nuestra venida aquí con menos que una comprensión plena.

Joyce se apartó a un lado para poder ver a todos. La cámara serpenteó en sus manos y produjo un ínfimo zumbido. Uno de los Guerreros inició un movimiento rápido que fue detenido por un grito breve del almirante Mustafá.

Chris Blaine se volvió hacia el otro Mediador.

—Wordsworth, por favor asegúrele a Lord Cornwallis que es un placer conocerle.

—Es ella —explicó Wordsworth—. Los portavoces de Medina dicen que por lo general los humanos tienen prisa, ¿es verdad?

—A menudo —contestó Blaine.

—Entonces, perdóneme si hablamos de cosas importantes ahora —dijo Wordsworth—. ¿Saben lo que sus anfitriones nos hacen? Éramos invitados, y fuimos traicionados. La mitad de los nuestros han muerto, despedazados por fragmentos voladores de metal, destrozados por falta de aire...

—No fuisteis invitados por elección nuestra —interrumpió Eudoxo—, como todos los presentes saben bien. Impusisteis la alianza, y no cumplisteis con vuestra parte. Vuestra incompetencia ha traído al Imperio aquí. Lo demostraré —se volvió hacia Blaine—. Cuéntenos cómo llegó a conocer su Imperio la existencia de la Hermana de Eddie el Loco cuando lo hizo.

—Las naves nominales. Eran simples armazones —repuso Blaine—. Sólo podían tener un propósito.

—Exacto —afirmó Eudoxo—. Si la India hubiera enviado naves sustanciales, el Imperio no lo habría adivinado, y nuestras naves se encontrarían bien dentro del espacio Imperial ahora.

—¿Dónde están ahora? —preguntó Wordsworth—. Nuestra embajada a los humanos, ¿vive o muere? Pido a los humanos que respondan.

—No se ha destruido ninguna nave pajeña —repuso Blaine—. Una se oculta en los asteroides de la enana roja. Las otras aguardan con un crucero Imperial la llegada de una escolta de la flota principal de batalla.

—¿Y el representante de la India?

—Ha de perdonarnos, pero hasta este momento no sabíamos que la India tuviera representantes a bordo de esas naves —indicó Blaine.

Eudoxo habló despacio en una lengua de consonantes fuertes: como palomitas de maíz estallando. Su Amo de pelaje blanco escuchó con atención; luego, habló en la misma lengua.

—El almirante Mustafá dice que los dos Mediadores de la India se hallan a salvo. No habría motivo para hacerles daño. Los Mediadores a bordo de nuestras naves tenían órdenes de mantener el contacto con el Imperio en un mínimo hasta que pudieran hablar con alguien de autoridad alta. En ese momento a los Mediadores de la India se les concederá los derechos que acordamos.

Wordsworth miró a Chris Blaine.

—¿Dice la verdad? ¿No había nadie poderoso del Imperio allí, en el lado lejano de la Hermana?

—El capitán Renner y Su Excelencia eran las autoridades más altas presentes.

—Gracias. Ahora debo preguntar, ¿qué han acordado ustedes con Medina?

Blaine miró a Bury, después al pajeño.

—Acordamos venir con ellos. Creo que no es un secreto que esperábamos ser llevados a Paja Uno. Antes de que fuéramos capaces de encontrar nuestro equilibrio... —casi había dicho posición—, una de nuestras naves y la misma Hermana se habían perdido y caído en manos de los Tártaros de Crimea. Medina ha aceptado ayudarnos a rescatar a la tripulación y pasajeros del Hécate. Parece justo. Su duplicidad provocó nuestra pérdida.

—¿Puede hablar en nombre de su Imperio?

—No, pero si los tres que nos encontramos aquí coincidimos, ello tendrá gran influencia. Yo soy Kevin Christian Blaine, hijo de Lord Roderick Blaine. El comodoro Renner posee influencia con la Marina. Su Excelencia controla a los directores de la Asociación Imperial de Comerciantes. Joyce Mei-Ling Trujillo habla por los servicios de noticias, que llegan a todo el imperio. Lo que acordemos se oirá en todos los niveles del Imperio.

—¿Qué posición tenemos nosotros, comparados con el Comercio de Medina? —preguntó Wordsworth—. ¿Se lo ha contado Medina? ¿Hay un acuerdo acerca de nosotros, entre ustedes y el Comercio de Medina?

—No. Se nos informó que ustedes eran socios de Medina, y que se estaba negociando un reajuste de posición.

—No entiendo.

—Que ustedes y Medina ahora son socios que discuten cambios de acuerdos.

—Lo ha expuesto con enorme delicadeza —dijo Wordsworth. Le habló despacio a su Amo y recibió una extensa réplica—. Podemos aceptar un reajuste —informó—. Sabemos que no tenemos iguales con Medina, pero insistimos en que se nos oiga en todas las discusiones.

—No os encontráis en posición de exigir —comentó Eudoxo.

Wordsworth mostró el equivalente pajeño de un encogimiento de hombros.

—Para nosotros ha sido peor. Los Tártaros de Crimea huyen de sus anteriores jefes de banda. Necesitan saber. Necesitan amigos. ¿Y si vienen a nosotros en busca de refugio? ¿Si nos traen huéspedes humanos y la mano que aprieta a la Hermana para negociar? Nosotros...

—No podríais.

—Medina perdió el punto de Eddie el Loco por demasiados Amos, poca riqueza, entraron en órbitas delicadas —«Recursos mal manejados», tradujo Chris... con incertidumbre—. Fue un gran error. No lo repitáis. La India aún posee riqueza como la vuestra en masa. Los Tártaros de Crimea desconocen el valor de lo que tomaron. La India puede trabajar con Tártaros de Crimea y humanos, o podemos trabajar con humanos, o podemos trabajar con humanos y Medina. ¿Qué deseáis?

El silencio que siguió no estaba vacío. Los Guerreros, los Mediadores y los Amos se movieron sin cesar: asideros y apoyos, posiciones, oscilación de dedos y brazos. Chris dejó que continuara durante varios segundos; pero no era capaz de leer el silencio, así que lo rompió.

—¿Qué es lo que están dividiendo? ¿Lo saben?

—Acceso al Imperio y a las estrellas más allá de las nuestras —repuso al instante Eudoxo.

—La tercera alumna de la estudiante de su Fyunch(click) nos cuenta que el Imperio acordará con todos los pajeños —comentó Wordsworth—. Todos, no menos. Un escalonamiento... una especie de jerarquía a ustedes les parecería bien, ¿sí? Entonces, nosotros hablamos, mediamos, discutimos también por el comando sobre el sistema de la Paja. Algunas familias pajeñas controlarán el sistema de la Paja. Nosotros deseamos ser parte de familias.

—Son las apuestas más elevadas posibles —dijo Eudoxo.

Antes de que Chris o alguien pudiera contestar —si es que él hubiera tenido alguna respuesta—, los dos Mediadores se habían vuelto para hablar con sus respectivos Amos.

—Por lo menos coinciden en eso —murmuró Joyce.

Blaine asintió. Estaba más interesado en conseguir la reacción de Bury. Éste captó la interrogación (ceja enarcada, cabeza ladeada) y dijo:

—Aquí hay motivo para un número arbitrariamente grande de asesinatos.

De pronto, la cabeza y hombros de Eudoxo giraron de golpe para mirar a Trujillo.

—¿Qué conoce usted de nuestros hábitos de procreación? —Chris consideró taponarle la cara con el brazo. Demasiado tarde... y ello habría revelado a los Mediadores lo que él sabía. Eudoxo ni siquiera esperó la respuesta de ella, sólo aguardó a ver las emociones que corrieron por su cara —. Bien. Ustedes tratarán con los pajeños unidos. Pero ¿cómo

pueden esperar que permanezcamos unidos? Nuestras historias cuentan que hemos intentado unirnos antes, y que siempre fracasamos.

—Ni los problemas ni las oportunidades duran para siempre —dijo Bury—. Y lo que humanos y pajeños no puedan hacer en forma separada, pajeños y humanos juntos quizá lo consigan. Alá es misericordioso.

—Los embajadores del Rey Pedro deben de haberles contado mucho —indicó Eudoxo—. ¿Qué les sucedió?

—Fueron bien tratados —intervino Joyce—. Según lo recuerdo, uno aún vivía hace unos años. En el Instituto Blaine. El teniente Blaine podría contarle más.

—Como dice Su Excelencia, todo ha cambiado —afirmó Blaine—. Cuando había sólo un punto hacia el bloqueo, y bien defendido, el bloqueo fue un modo efectivo de ganar tiempo. Ahora hay dos senderos que bloquear. Debe haber un modo mejor, mejor para los humanos y los pajeños. Si no...

—Vendrán sus flotas de batalla —aseveró Eudoxo—. Guerra en el sistema de la Paja, y ustedes para exterminarnos a nosotros. Manos ensangrentadas para siempre; pero si no, escaparíamos al resto del universo. Ése es el terror que sienten ustedes —había dicho la verdad; debió de verla en sus caras—. Nuestra población aumentaría. Nuestros dominios. Dentro de mil años les rodearíamos. Sí, hemos de buscar una respuesta mejor.



CUARTA PARTE  
LA LOMBRIZ DE EDDIE EL LOCO

*Recoge la carga del Hombre Blanco,  
envía a los mejores de tu casta,  
obliga a tus hijos al exilio  
para servir la necesidad de tu prisionero;*

*Los puertos en los que no entraréis,  
los caminos que no pisaréis.  
Id a hacerlos con vuestros vivos,  
¡y marcadlos con vuestros muertos!*

Rudyard Kipling, *La carga del Hombre Blanco*

1. Los Tártaros

*El Conocimiento es valioso cuando está guiado por la caridad.*

San Agustín, *La ciudad de Dios*

A través de las ventanas podían ver el cadáver decapitado del Hécate. Una cicatriz se abría a lo largo de la mitad de su extensión: la abertura donde había estado la cabina del Hécate. El resto del casco se había montado junto a una salchicha plateada, una de las naves de sus captores. Volaba a trescientos metros de distancia, manteniendo la velocidad de la nave en la que ellos iban prisioneros. Un lomo esbelto se proyectaba a popa. La llama de propulsión era un débil resplandor violeta blanquecino a lo largo de dicho lomo.

La cabina separada del Hécate iba montada en el costado de otra salchicha igual. Desde el interior podían verla casi toda: sólo una membrana plateada hinchada de fluido, a centímetros de distancia, y una cabina rígida a proa.

Pero veían bastante bien a la nave anfitriona del Hécate. Freddy había ajustado lo que quedaba de su telescopio para seguirla. La salchicha estaba veteada de líneas de códigos de color y series de asideros y pasadizos estrechos, y de pajeños. El laberinto también rodeaba al Hécate. Pajeños en trajes presurizados se movían por el casco como piojos.

Los pajeños encontraron la vela de luz, el trompo de Freddy. En unos minutos habían desplegado varios acres de tela plateada para que se inflara delante del morro.

—Eso no añadirá gran cosa a la fuerza propulsora —comentó Jennifer—. ¿Por qué...?

—¿Por qué no? Está ahí —repuso Terry Kakumi—. Un centelleo y es un aparato de señales, otro centelleo y es una protección contra el calor. Les encanta jugar con las cosas.

—Calentará un poco su cabina —dijo Freddy.

Hécate se deshizo ante sus ojos. Ingenieros y diminutos Relojeros desmontaron secciones del casco y colocaron de nuevo las planchas sobre su propia nave. Localizaron las cámaras automatizadas que había en el morro, en la cola y en el centro del yate, un modelo aprobado oficialmente, todas idénticas, que los pajeños parecieron encontrar desconcertante. Estudiaron el depósito de combustible del Hécate y luego lo dejaron intacto. Trabajaron en el interior del extremo cortado hasta que el Ingeniero fue capaz de soltar un tanque de cristal festoneado con tuberías...

—Maldición. Es nuestro sistema reciclador de aguas residuales —dijo Freddy—. Nos moriremos de hambre.

—Tenemos la taquilla de los dulces —indicó Jennifer—. Provisiones para una semana, tal vez.

—Es un límite de tiempo doble. ¿Nos expulsarán las aguas residuales antes de que nos muramos de hambre por falta de protocarbono básico? Permanezcan en antena.

Los hombres se sentían nerviosos, hablaban para distraerse. Pero Jennifer se hallaba tranquila, incluso feliz, acunando a un alienígena de seis kilos que se agarraba a ella con tres brazos, que le observaba la cara con interés, a veces tratando de imitar los sonidos que ella hacía. Y Glenda Ruth... estaba asustada cuando pensaba en ello, y frustrada, e incómoda; y viva como nunca antes, participando en un juego que comenzó a aprender en la cuna.

Masajeó la espalda de Freddy, pasando los pulgares por los músculos básicos de los hombros, sondeando con profundidad. Él se entregó con un gruñido involuntario de satisfacción. Preguntó:

—¿Crees que se quedarán con los cubos de datos? Tengo ahí algunas grabaciones de la batalla.

Hécate menguó. Se llevaron la mitad del casco para fabricar un espejo curvo con el fin de transmitir luz de la vela de luz. Kilómetros de instalación eléctrica pasaron al morro de la nave captora. Un vehículo pequeño arribó de algún otro sitio; parte de los cables, cuatro cámaras y todos los pequeños cohetes de posición del Hécate fueron a parar a su interior; el piloto Ingeniero le cedió su sitio a un sustituto y también se fue.

Los pajeños dejaron al descubierto el propulsor del Hécate; lo trasladaron a popa; lo encendieron. Entonces, todos se lanzaron a él, ajustando, probando. Al cabo quitaron su propio propulsor y dejaron en funcionamiento el del Hécate.

—Una especie de cumplido —comentó Glenda Ruth.

Freddy asintió.

—¿Te molesta? —preguntó Jennifer—. El Hécate...

Freddy afirmó los hombros.

—No tanto —contestó—. Es un yate de carreras; le cambiamos cualquier cosa a la más mínima excusa. La idea es ganar. No es como... —dirigido a Glenda Ruth—, no es como lo de tu padre cuando perdió su crucero de batalla, su primer mando.

—Aún hace una mueca involuntaria cuando se menciona la MacArthur —Glenda Ruth continuó tratando de soltar los nudos en los hombros de Freddy; podían oír los crujidos. Los Ingenieros y los Relojeros se movían por la superficie de su propia burbuja vital. ¿Qué pasaba ahí afuera?

—Aunque en el Hécate es donde tú y yo nos unimos. Odio...

—La cama está bastante segura.

La tensión de él se suavizó.

—Cuando Balasingham nos la devuelva, podemos construir una nave a su alrededor.

El cachorro de Mediador miró a Jennifer a los ojos y, con claridad, dijo:

—Voy a comer.

Jennifer lo soltó, y el cachorro se empujó impulsándose desde el pecho de Jennifer, haciendo que ella se pusiera a rotar, y voló con rumbo certero para impactar con el Ingeniero.

La cabina bullía con pajeños. El Guerrero se quedaba en un sitio durante algunos minutos; luego saltaba alrededor de la cabina como una araña con anfetaminas, y al cabo volvía a quedarse quieto otra vez. El Ingeniero y tres Relojeros flacos de medio metro de altura, y una criatura esbelta con labios hendidos y dedos y pies largos y delicados, habían rediseñado el agujero de la pared de la cabina hasta convertirlo en una antecámara de compresión oval. El Ingeniero había encontrado la caja fuerte cerca del cono de proa de la cabina, le dio un golpecito a la pantalla del código, después la dejó en paz. Los pajeños ya habían quitado las paredes de la cabina y examinaban los sistemas de regeneración de agua y de aire. De vez en cuando saltaba una vaharada de un producto químico extraño.

—Hay demasiados. Sobrecargarán las baterías de aire —dijo Freddy.

—Creo que ése es un Médico —comentó Jennifer—. Mirad los dedos. Y la nariz está en el techo de la boca. Esa cosa posee un olfato aumentado y dedos de cirujano. Había una casta Médica en Paja Uno.

—Quizá varias.

—Correcto. Y entre ellos, el Médico y el Ingeniero, van a decidir cómo mantenernos con vida. He de decir que esto no me gusta.

En ese momento los tres Relojeros se movían por la cabina trazando líneas verdes. Expulsaban el material de lo que la Marina habría llamado tubos de Provisiones. Los patrones no eran lo suficientemente complejos como para ser una escritura. Los Relojeros cubrieron las paredes con líneas Y curvas, y al cabo convergieron donde había estado el sistema reciclador de aguas residuales.

—¿Por qué no, Jennifer? —preguntó Freddy—. Tal como Glenda Ruth y tú habláis, estos pajeños pueden hacer cualquier cosa, incluyendo el mantener con buena salud a los humanos.

—Pero todo es muy básico, ¿no? Nada parecido al castillo que construyeron para nosotros en Paja Uno.

—Se trata de una flota de batalla, no de una ciudad —indicó Glenda Ruth.

—Es una pobre y patética flota de batalla —espetó Terry Kakumi—. Míralos, Jennie. Navas diminutas, en su mayor parte depósitos, cabinas grandes porque hay un exceso de sujetos, motores que como mucho avanzan un metro por segundo al cuadrado. ¿Qué queda para armamento? ¿Se supone que lo fabrican en el momento? ¿Cómo sería una flota de verdad, Jennie? Por mi lagarto, ¿qué no podríamos construir nosotros con Relojeros pajeños en los Astilleros? Son pobres como ratas de iglesia. ¡Hemos sido capturados por colonos de la Oficina de Reasentamiento! ¡Están desmontando nuestro yate y reparando nuestro apoyo vital con chicle prestado y cordeles!

Jennifer se rió entre dientes.

—¡Desposeídos con chicle prestado! ¡Me encanta!

Glenda Ruth sintió que se crispaba, como si éstos fueran sus pajeños. Pero fue capaz de percibirlo: Terry tenía razón.

—¿Qué podemos hacer?

—Háblales, Glenda Ruth. Diles que valemos el precio de su última moneda —instó Terry—. Diles que tiren de la palanca de todos esos colchones inflables; yo soy una patética masa de magulladuras. Explícales lo que es pedir un rescate. O nos dejarán asfixiarnos.

—Éstos no hablan. Tendremos que esperar —repuso ella.

La nueva Mediadora de la India era vieja, tan vieja como Eudoxo, con vetas grises en el hocico y a lo largo de los flancos. Fue escoltada a la cámara por un Guerrero y un Mediador más joven, que se marcharon en el acto.

Cuando le presentaron a Horace Bury, el comerciante reculó. Chris Blaine se acercó y vio lo que llevaba la Mediadora.

—¿Un recién nacido? —preguntó, y observó que Bury se relajaba. Desde luego, Bury lo había tomado por un Relojero.

La Mediadora anciana examinó a los humanos y se volvió hacia Bury irradiando una sorpresa encantada.

—¡Excelencia! Jamás me había atrevido a esperar conocerle en persona, ni siquiera cuando se supo que de nuevo se hallaba en el sistema de la Paja. He meditado mucho sobre el nombre que me daría a mí misma y he elegido Omar en vez de algo más pretencioso. Es mi mayor placer conocerle por fin.

Bury hizo una ligera reverencia.

—Me complace haber tenido estudiantes tan capaces.

—Y mi nuevo aprendiz. No hemos elegido un nombre, pero...

—Te abusas —cortó Eudoxo—. Nosotros también tenemos aprendices nuevos, y estamos ansiosos de presentárselos a Su Excelencia.

—Desde luego —Omar se volvió hacia Wordsworth y comenzó a hablar.

—Hracht! —Eudoxo pareció complacida—. Acordamos que toda la conversación sería en inglés. Ello significa también la tuya, ¿verdad?

Wordsworth iba a responder pero algún gesto de Omar la silenció.

—Prefiero las reglas rígidas a la falta de reglas —dijo Omar—. Muy bien, recibiré mi información para que todos la oigan. ¿Cómo está la situación ahora?

—Ni bien ni mal —repuso Wordsworth—. Hacemos progresos; acordamos que la India tendrá un lugar destacado, después de Medina, pero sólo de Medina.

El cachorro de Mediador miraba con fijeza a Horace Bury. El comerciante no se mostraba irritado. Interesante...

—En verdad que son progresos —corroboró Omar—. ¿Y cómo se conseguirá todo ello?

Chris Blaine esbozó una sonrisa fina.

—No se han resuelto todos los detalles —respondió—. Sin embargo, podemos coincidir en que jamás ha habido un tiempo mejor para unir a la totalidad de los pajeños. Paja Uno no es un factor. El Imperio posee muchas naves. Con Medina y la India, y aliados que puedan aportar...

Omar se acercó más a Bury. El cachorro de Mediador se estiró hacia él. Con gesto ausente, Bury alargó la mano, tocó la piel del cachorro, y la retiró.

—Excelencia —dijo Omar—. Hablemos en serio. Medina y la India son poderosas si se unen, mas debe resultar obvio para todos que aun unidas no somos el poder más grande entre los que habitan el espacio.

—El Rey Pedro no era el Amo más poderoso de Paja Uno —indicó Chris Blaine.

Bury habló en voz baja:

—Medina y la India fueron los primeros en comprender las implicaciones de la protoestrella. Sus naves incluso están negociando con el Imperio ahora. ¿Por qué no han de disfrutar de las recompensas de la presciencia? —de manera intencionada rascó detrás de la gran oreja del cachorro—. ¿Puedo elegirle un nombre? Alí Babá, creo —Bury sonrió—. Por supuesto, hay un pequeño favor que pedimos.

—Hemos empezado a hablar con los Tártaros de Crimea —informó Eudoxo—. Marcha despacio. Sólo conocen lenguas obsoletas.

—Obsoletas para vosotros —aseveró Omar—. No para nosotros. Una de mis hermanas ha hablado con los Tártaros, y he recibido nuevas momentos antes de aterrizar aquí. Excelencia, los Tártaros tienen miedo. Ven que la mano de todos los pajeños está contra ellos, y no saben qué es lo que poseen; únicamente que es importante, y que retenerlo es peligroso.

—Están reteniendo a un lobo por las orejas —dijo Joyce.

En el casco sonó un ruido metálico. En la cabina del Hécate ellos esperaron. Un Guerrero entró de un salto a través de la nueva antecámara de compresión, recorrió a toda velocidad la cabina y al cabo se quedó quieto.

Intercambió palabras con el Guerrero ya presente. Emitió un silbido gorjeante.

Otros pajeños entraron: un Amo, de metro y medio de altura y con un grueso pelaje blanco, y un pajeño más pequeño con una piel en un denso patrón marrón y blanco: una Mediadora.

—Empiezan los negocios —anunció Glenda Ruth.

Les siguieron dos Ingenieros, remolcando un cilindro de cristal con una sustancia pegajosa de color verde agitándose en su interior: el reciclador de aguas residuales del Hécate. Manos de seis dedos habían trabajado en él, pero no parecía muy cambiado.

—Otro cumplido —dijo Freddy—. Dado lo que me costó, me habría sorprendido si hubieran podido incrementar mucho su eficacia.

Glenda Ruth sintió el alivio de Freddy; ella incluso lo compartió. Sus vidas se habían prolongado en varias semanas. Más importante era el acierto.

—Damos las gracias por el glorioso regalo —dijo en una lengua que le habían enseñado Jock y Charlie, la del Rey Pedro, de Paja Uno.

La postura de la Mediadora indicó receptividad pero no comprensión.

¡Maldición! Aunque la caída libre podía alterar el lenguaje corporal de un pajeño (¡postura!). O sus palabras podían ser incorrectas, o sus propios gestos. ¿Cómo hablaría una Mediadora tullida a la que le faltara un brazo?

Dos de esos pajeños pequeños que había con los Ingenieros no eran Relojeros; eran cachorros de Mediadores. Jennifer agitó la mano. El cachorro más grande saltó a través de diez metros de espacio, impactó y se aferró. Jennifer no estaba teniendo problemas en comunicarse.

De acuerdo. Glenda Ruth desabrochó las correas de su asiento para proporcionarle a su cuerpo una movilidad completa, acomodó el pie bajo una correa de anclaje y, con las palmas de las manos hacia afuera, majestuosa pero desarmada, dijo:

—Nuestras vidas muy mejoradas por el generoso...

Los pajeños convergieron sobre ella.

Glenda Ruth tuvo que recordar seguir respirando. Era muy consciente de los espigados Guerreros. Cambiaban de posición de forma constante con el fin de mantener un camino libre entre los prisioneros y sus armas. Los cuatro humanos permanecieron inmóviles mientras los recorrían manos de seis dedos.

Habían conjeturado que ello podía suceder. La madre de Glenda Ruth, la única mujer a bordo de la MacArthur, se había desnudado para que los pajeños pudieran aprender algo de la anatomía humana. Jennifer quería esa muesca para ella.

No importaba. La casta del que Jennifer consideró que era un Médico se acercó con el Ingeniero, y desnudaron a la tripulación del Hécate como si fueran plátanos. Los humanos tuvieron que ayudar en defensa propia. El Médico retrocedió, apartándose de olas de feromonas alienígenas; luego, olisqueó como era su deber. Habían pasado muchas horas desde que a bordo del Hécate hubiera una ducha.

Jennifer se sonrojó y se retorció en puntos que le producían cosquillas. Freddy lo consideró gracioso y trató de ocultarlo. La desnudez redonda de Terry a él no le molestaba, pero su hiperconsciencia de las armas de los Guerreros estaba volviendo loca a Glenda Ruth. Ella intentó no recular ante el contacto de manos pajeñas. Secas. Duras. Manos derechas que parecían como una docena de ramas deslizándose por su cara, buscando los músculos que convierten la parte frontal de una cabeza humana en un sistema de señales. La mano izquierda apretaba como una presa para mantener su brazo, o pierna, o torso, quietos para ser tanteados.

Giraron y le silbaron al Médico. La Mediadora y el Amo se mantenían apartados, observando.

Las vértebras humanas les fascinaron, igual que sucedió treinta años antes, cuando la tripulación de la MacArthur se encontró con pajeños de Paja Uno. La evolución no había tomado ese camino allí. Las formas de vida de la Paja tenían columnas de hueso sólido y articulaciones pesadas y complejas.

El cachorro marrón y blanco saltaba de humano a humano, olisqueando, sintiendo, comparando. Incluso el Amo, al considerarlo seguro, se acercó para pasar las manos derechas por la columna vertebral de Glenda Ruth. Jennifer se derrumbó dominada por una risita que era medio sollozos, impulsada por el recuerdo favorito que tenían todos de vacaciones de verano.

(En el exterior del museo de Paja Uno, la docena de dedos de un Amo exploró la espalda de Kevin. Renner se movió encantado. «¡Ahí! Un poco más abajo. Bien, rasca justo ahí. ¡Ahhh!»)

No podían hablar bajo tales circunstancias. Glenda Ruth lo intentó. Tenían que educar a la Mediadora, darle palabras para que aprendiera... pero el embarazo de los otros era demasiado fuerte. Glenda Ruth se rindió enseguida.

El Médico y el Ingeniero comenzaron a hablar con el Amo. Señalando, demostrando, explicando. El pajeño de pelaje blanco lo asimiló todo. Formuló preguntas cortas (esa inflexión, interrogación, provocó respuestas verbales, mientras que otra orden causó acción), y los pajeños reanudaron su examen. Una pregunta envió al Ingeniero a unirse en el trabajo de sus Relojeros en el reciclador de aire. Otra hizo que compararan a Freddy y a Terry, a Jennifer y a Glenda Ruth. Manos. Pelo. Pies. De nuevo columnas vertebrales. Genitales (¿quieres dejar de reírte?).

La Mediadora observaba.

Y por último, se les permitió volver a vestirse. Les resultó duro mirarse entre sí. El Amo y sus acompañantes aún hablaban.

—Deberíamos haberlo adivinado —comentó Glenda Ruth—. Los Amos sí hablan. Es distinto de la destreza de los Mediadores. Tienen que organizar datos procedentes de una docena distinta de castas... profesiones.

Vestidos, no había problemas en volver a hablarse.

—Creo que el Médico es miope —indicó Jennifer—. Probablemente en un cirujano eso es bueno.

La Mediadora adulta cogió al segundo cachorro de Mediador de su padre Ingeniero. Cruzó hasta el puente, se detuvo y le ofreció el pajeño pequeño a Freddy: con claridad una oferta, no una demanda.

Freddy miró a Glenda Ruth. Mostraba sorpresa, no desagrado, y un destello de esperanza. Ella dijo:

—Cógelo.

«¿Por qué Freddy?» Éste de inmediato alargó las manos, sonriendo, y aceptó a la cosa en los brazos.

«¿Por qué Freddy? ¿Por qué no yo?»

Se aferró con cinco extremidades, las manos explorando la cabeza y los hombros de Freddy, donde la piel estaba expuesta. Al cabo se echó hacia atrás para observarle el rostro. Los pajeños captaban rápidamente la noción de una cara móvil. «¿Por qué no yo, o Terry?»

El Amo habló. El Ingeniero condujo a la Mediadora hasta la puerta de la caja fuerte. La Mediadora comenzó a jugar con la pantalla del código.

—Maldición —dijo Glenda Ruth. Los otros la miraron. Si dejaba que los demás se enteraran con exactitud de lo que tenía en mente, un Mediador tarde o temprano lo averiguaría. ¿Podría recibir alguna ayuda en esto? Señaló la caja fuerte y gritó— Muestra señales de angustia. ¡Maldición! ¡Es demasiado pronto!

Angustia, correcto. Freddy tuvo una convulsión, estiró el brazo para apuntar a la caja fuerte, y cruzó el otro para taparse los ojos que había apartado de esa dirección. Le gritó:

—¡Llora! ¡Aúlla!

Glenda Ruth ahogó una risa. El cachorro intentaba imitarlo, las manos derechas señalando, la izquierda sobre los ojos.

La mano de Terry se cerró en torno a su tobillo.

—Los Guerreros.

—Ellos... —miró. Sí lo harían—. Freddy, cariño, corta.

—¿A qué se debió?

Ella sacudió la cabeza.

—De todas formas, lo dejaste claro.

Uno de los Guerreros avanzó a toda velocidad y se ancló cerca de la caja fuerte con el arma apuntando a los humanos.

La puerta de la caja se deslizó a un costado. Un Relojero entró deprisa. Entregó un tarro de laboratorio sellado que era tan grande como él mismo; luego, un bote de plástico con un polvo oscuro, un fajo de documentos, un rollo de monedas de oro.

El Ingeniero examinó las monedas y le dijo algo al Amo. El Amo respondió. El Ingeniero volvió a guardar en su sitio los papeles y el cacao. Examinó el tarro.

—¡No lo toques! —gritó Glenda Ruth. Ningún pajeño sería capaz de entenderla, pero la Mediadora lo recordaría.

El Ingeniero abrió los sellos.

Hubo un pop. La cabeza del Guerrero giró en el acto para coger la misma bocanada de gas que recibió el Ingeniero. Glenda Ruth se preguntó si les fusilarían.

Los Guerreros no dispararon. El Ingeniero tomó una muestra del sedimento que había en el tarro; después, volvió a sellarlo y lo devolvió a su sitio. No cerró la puerta de la caja fuerte. Pronunció una palabra y le arrojó el oro a uno de los Relojeros, quien lo cogió y salió de un salto por la nueva antecámara de compresión.

Los otros Ingenieros habían reacoplado el sistema de reciclado de aguas residuales en el lugar donde seis líneas verdes se unían en un punto con forma de sol. Siguieron trabajando en él, le añadieron una tubería ahí, la doblaron, la ajustaron. Los Guerreros mantuvieron sus puestos. Cuando Glenda Ruth se impulsó con los pies hacia la caja fuerte, pudo sentir balas fantasmas. Los Guerreros se pusieron en estado de alerta; el Amo no emitió señal alguna que ella fuera capaz de reconocer; pero ningún pajeño la detuvo.

Gracias al lento descenso de la presión de la cabina realizado por los pajeños, la presión del bote había soltado en forma de aerosol quizá un diez por ciento de los huevos enquistados de la Lombriz de Eddie el Loco. La mayor parte de su contenido se hallaba intacto. Había un suave olor a petróleo y otros contaminantes, el estado natural del agua en Paja Uno, que se desvanecía rápidamente a medida que los filtros de aire realizaban su trabajo. Estaba claro que a estos pajeños no les gustaba el olor más que a los humanos. Pero no habría molestado a pajeños planetarios.

«Han evolucionado en el espacio», pensó Glenda Ruth. «Los pajeños que habiten el espacio y no detesten la polución morirán por ella».

Con cuidado limpió el borde y volvió a sellar el bote, y miro con ojos furiosos al Ingeniero. Podría resultar vital ser capaces de afirmar que los pajeños se habían infectado por accidente.

Luego suprimió un escalofrío: cien huevas de lombriz incubarían y morirían en los pulmones de ella.

Treinta años antes, el Ingeniero minero de asteroides de Whitbread había sido infectado con la lombriz parasitaria. Los biólogos de la MacArthur determinaron que no podía infectar a los humanos y la llamaron Forma Zeta, la sexta cosa con vida que habían encontrado durante la autopsia del Ingeniero. Estaba presente, no en grandes cantidades, pero presente.

Jock, Charlie e Iván la llevaban en grandes números, y no les preocupaba más que a los humanos les preocupa el *Esterichia Coli*. El parásito Zeta no hacía ningún daño más allá de consumir unas pocas calorías, razón por la que los biólogos del Instituto Blaine la habían usado como base para sus experimentos de ingeniería genética.

Sería interesante saber si el parásito era corriente entre estos pajeños evolucionados en el espacio. No es que importara: seguro que viviría, y esta lombriz era distinta. Y no sobreviviría en pulmones humanos, pero el solo pensamiento...

La Mediadora habló a su espalda, y ella se sobresaltó.

—Mediadores hablamos —dijo—. No Fyunch(click) de Horace Bury, pero hablamos.

—Bien —comentó Glenda Ruth—. Hablemos. Por favor, dejen nuestros artículos de negociación en paz. Es lo único de que disponemos para negociar. No deben estropearse.

Y ahora la Lombriz de Eddie el Loco estaba creciendo en un Ingeniero, una hembra. ¿También el Guerrero había sido hembra? ¿Afectaría a estos Relojeros?

¿Cuántos Amos había a bordo? Demasiados, por supuesto, más de lo que sus captos desearían, pero... ¿tres? ¿Cuatro? Y el reloj había iniciado la cuenta atrás.

—Se solicita la presencia de Su Señoría —dijo la voz—. Milord. Milord, debo insistir. ¡Rod Blaine, despierte, maldita sea!

Rod se sentó de golpe.

—De acuerdo, ya estoy despierto.

—¿Qué pasa? —preguntó Sally. Se irguió con expresión de preocupación—. Los niños...

Rod le habló al techo:

—¿Quién?

—Lord Orkovsky. Dice que la situación es urgente —contestó el teléfono.

Rod Blaine sacó los pies por el borde de la cama y encontró las zapatillas.

—Hablaré con él en el estudio. Envía café —se volvió hacia Sally—. No se trata de los niños. El secretario de Asuntos Exteriores no nos llamaría en medio de la noche por eso

—cruzó el vestíbulo en dirección a su estudio y se sentó a su escritorio—. Estoy aquí. Sin imagen. Muy bien, Roger, ¿qué sucede?

—Los pajeños andan sueltos.

—¿Cómo?

—En realidad, no es tan malo —Lord Roger Orkovsky, secretario de Estado de Asuntos Exteriores, sonaba como un diplomático bajo tensión—. Recordarás que había algunas dudas sobre cuándo se colapsaría la protoestrella del doctor Buckman.

—Sí, sí, desde luego.

—Bueno, ha sucedido, y los pajeños estaban preparados para ello. Gracias a un análisis inteligente —se menciona a Chris en los despachos—, Mercer ha enviado todo lo que fue capaz de reunir hacia el lugar donde se formó el nuevo punto Alderson, de modo que nosotros también estuvimos preparados. Casi.

»Detalles luego. Recibimos un montón de informes al mismo tiempo, acerca de la geometría estelar y cosas por el estilo. Tendrás que leerlos todos. Lo que sí importa es que hay algunas naves pajeñas con un embajador a bordo que llevan esperando bastante tiempo bajo detención de la Marina mientras nosotros decidimos qué hacer con ellas. Y Mercer quiere una flota de batalla.

Rod era consciente de que Sally había venido y estaba detrás de él.

—Roger —intervino ella.

—Buenos días, Sally. Lamento despertaros de este modo...

—¿Los niños están bien?

—Iba a eso ahora —repuso Orkovsky—. No lo sabemos. Chris se ofreció voluntario para ser enlace de la Marina a bordo del yate de Bury..., el Simbad. Al mando se encuentra el comodoro Kevin Renner.

—Comodoro.

—Sí, también eso es complicado.

—Así que fueron al sistema de la Paja —dijo Rod.

—Correcto. El Simbad, un crucero ligero —el Átropos, al mando del capitán Rawlins— y una nave pajeña. Los informes indican que la primera persona con la que los pajeños quisieron hablar fue Horace Bury.

—Roger, eso no tiene sentido —afirmó Sally.

—Quizá no, pero es verdad. Mirad, será mejor que os cuente el resto. Habrá una reunión de gabinete en Palacio dentro de dos horas. Os queremos allí. A los dos. De hecho, queremos que os reintegréis a la Comisión Pajeña. Además, ibais a regresar a Nueva Caledonia; ahora el gobierno pagará para llevaros allí. La Marina tendrá una nave preparada para cuando lleguéis a Palacio.

—¡No podemos irnos tan pronto! —exclamó Rod.

—Sí podemos —dijo Sally—. Roger, gracias. Mencionaste a Chris. ¿Qué pasa con Glenda Ruth?

—Ése era el último mensaje recibido —indicó Orkovsky—. Sally, cien horas después de que el Simbad se fuera al sistema de la Paja, Freddy Townsend cruzó con su yate. Glenda Ruth se hallaba a bordo.

—Quiero el nombre —exigió Sally.

—¿Eh?

—El de quienquiera que les dejara cruzar. Tiene que haber alguien de la Marina al mando ahí afuera, y dejó que nuestra hija fuera al sistema de la Paja en un yate desarmado. Quiero su nombre.

—Sally...

—Sí, lo sé: creyó que tenía una buena razón.

—Quizá así fuera.

—No importaría, ¿verdad? ¿Cuándo fue la última vez que tú le ganaste a ella en una discusión? Aún quiero el nombre. ¡Fyunch(click)!

—¿Sí, señora?

—¿Está preparado nuestro coche?

—Sí, señora.



—Infórmele a Wilson que nos marcharemos en una hora. Obtén autorizaciones para la entrada oeste a Palacio.

—Sí, señora.

—Bien, ¿qué nos llevamos? —preguntó Sally— Jock. Fyunch(click), queremos hablar con Jock. Despiértale, pero primero compruébalo con los médicos.

—Bien pensado —comentó Rod—. Sally, no podemos llevarle con nosotros.

—No, pero sí hacer que grabe algo para probar que aún sigue vivo —repuso Sally.

—¿Qué? —Rod sostenía un fajo de papeles de facsímil—. El último informe dice, y cito textualmente: «La honorable Glenda Ruth Blaine, en base a breves conversaciones mantenidas con los representantes pajeños, ha llegado a la conclusión de que aunque estos pajeños conocen el ánglico y poseen ciertos conocimientos del Imperio, no forman parte de ningún grupo pajeño conocido con anterioridad». No creo que le hayan creído.

—Más idiotas son.

—Señora —dijo el techo—, Jock ha sido despertado. ¿Quiere imagen?

—Sí, gracias.

Pelaje marrón y blanco veteado de gris.

—Buenos días, Sally. Si no le importa, tomaré chocolate mientras hablamos.

—En absoluto. Buenos días. Jock, los pajeños andan sueltos.

—¿Ah?

—Usted conocía lo de la protoestrella.

—Sé lo que ustedes me han contado acerca de la protoestrella. Dijeron que se colapsaría dentro de los próximos cien años. ¿He de entender que era un cálculo erróneo? ¿Que ya ha sucedido?

—Lo ha entendido —dijo Rod—. Jock, tenemos un problema. Pajeños que Glenda Ruth cree que no forman parte del grupo del Rey Pedro han salido del sistema de la Paja. Hasta ahora, parece que están metidos en una enana roja alejada, pero todos sabemos que el imperio no puede mantener dos bloqueos.

—Y usted y Sally han recibido el problema de qué hacer con los pajeños —afirmó Jock—. ¿Le han nombrado ya almirante?

—No.

—Lo harán. Y le entregarán una flota —la mano de Jock se movió de forma expresiva—. Por lo menos no es Kutuzov. Desde luego, querrán que parta de inmediato. Me temo que no puedo acompañarle.

—No, lo sé. La conmoción del Salto le mataría.

—¿Se encuentran bien los niños? Ya deben haberse involucrado.

—Han ido a la Paja —respondió Sally.

—No creí que pudiera sorprenderme —indicó Jock—. Pero lo ha hecho. Lo comprendo. Concédanme una hora. Grabaré los registros que pueda.

—¿En qué lengua? —inquirió Rod.

—En varias. Necesitaré fotografías recientes de Chris y de Glenda Ruth; también de mí mismo.

—Tenemos una reunión.

—Por supuesto. Discutiremos el asunto cuando hayan terminado —el pajeño calló, y de algún modo su sonrisa fue una expresión de triunfo—. Así que después de todo el caballo aprendió a cantar...

—No había esperado esto —comentó Jennifer—. ¡Estamos infestados de pajeños! Freddy..., ¡Freddy, no puedo dejar de pensar en esta nave como el Hécate!

Freddy Townsend miró a su alrededor.

—Sí. La cabina del Hécate montada en una nave de nombre desconocido. ¿Bandido-Uno? Y le asignaremos números al resto de la flota.

—Podríamos preguntarle... —comenzó Glenda Ruth.

Calló antes de que él gruñera:

—No se lo preguntaré a Victoria. Nos daría el nombre de esta nave pajeña, como si sólo fuéramos una carga bien sujeta.

—Una nave bicéfala —dijo Jennifer—. Con dos capitanes. Nunca hemos visto al Amo que da las órdenes. ¿Cerbero?

Cinco Relojeros, dos Guerreros, tres Ingenieros amamantando a dos Mediadores cachorros, la vieja Mediadora que ahora llamaban Victoria, un Amo, un Médico y una variante enjuta y larga que corría de un lado a otro, quizá llevando mensajes, habían establecido sus nidos en la cabina.

La modificación se había producido poco a poco, mientras ellos dormían. Glenda Ruth recordó despertar de cuando en cuando en un cambiante patrón de pajeños de diversas formas. Doce horas de eso, y luego despertó ahogándose y llorando. El Médico los había examinado, y después le trinó al joven Amo macho al que habían llamado Merlín, quien gorjeó a los Ingenieros, quienes reajustaron los recicladores de aire y de aguas residuales hasta que el aire volvió a su nivel estándar... pero aún era denso debido a los olores pajeños, y todos los ojos humanos seguían rojos.

Las franjas verdes pintadas a lo largo de las paredes habían crecido hasta convertirse en enredaderas, tubos verdes peludos tan gruesos como la Pierna de Glenda Ruth. Los diversos pajeños usaban las líneas para marcar sus territorios.

Habían convertido la antecámara de compresión original de la Cerbero en un lavabo: con diversidad de accesorios. Los Ingenieros también habían trabajado en el lavabo original de la Cerbero. Ahora funcionaba mejor.

—Han levantado pantallas. En ambos lavabos —indicó Glenda Ruth—. Ahora sí que estamos hablando.

—¿Podrías decirles que nos dejen algo de espacio?

—Lo volveré a intentar, aunque puedes adivinar la respuesta. Éste es el cuarto más personal que han visto jamás en un solo sitio —un Ingeniero llegó con comida. Todos los pajeños se le acercaron a excepción de un Guerrero. Glenda Ruth añadió:— Jennifer, ve a mirar qué están comiendo.

La comida fue democrática: el joven Amo llamado Merlín supervisó la distribución y envió a un Relojero con un plato para el Guerrero de guardia. Merlín miró a su alrededor cuando Jennifer se aproximó. Victoria explicó que era un macho joven; ello no resultaba obvio, ya que ayudaba a amamantar a los Mediadores cachorros. La presencia humana no le perturbaba. Jennifer miró en torno; habló unas pocas palabras con Victoria. La Mediadora se deslizó al encuentro de Glenda Ruth. Victoria había estado aprendiendo inglés más rápidamente de lo que Glenda Ruth era capaz de aprender el Nuevo Nube de Oort.

—¿Sobre comida? —inquirió la Mediadora—. Creo, creí que tenían la suya.

—Me gustaría saber si esto es como lo que nosotros comemos —indicó Glenda Ruth.

—Preguntaré a Médico e Ingeniero.

—Me gustaría darles cacao.

—¿Por qué?

—En el planeta les gustaba el cacao. Si a ustedes les gusta, tendremos algo con que negociar.

—Dijo, lo que hay en caja fuerte son artículos de negociación. No deberíamos tomar sin dar. ¿Cacao en caja fuerte?

—Sí.

Victoria acercó su cara chata.

—¡Negocien espacio con nosotros! Más allá del agujero estelar están todos los mundos, todos al alcance de su mano que aprieta. Denos los mundos, tomen lo que quieran. Cojan herramientas que vean, digan que utensilios desean, Ingenieros los harán. Cojan cualquier casta de nosotros, digan qué forma y clase quieren, esperen, y sus hijos la tendrán.

—No es tan sencillo —repuso Glenda Ruth—. Sabemos cómo crece su población —silencio— Creemos tener una respuesta, pero aún no es fácil. Muchas familias pajeñas deberán trabajar unidas. De un modo en que los pajeños rara vez lo hacen.

—Glenda Ruth, ¿quién es ese Eddie el Loco del que habla? —preguntó Victoria.

Glenda Ruth quedó sorprendida, pero sólo durante un momento.

—Pajeños planetarios nos hablaron de Eddie el Loco. Tal vez ustedes lo conozcan por otro nombre.

—Tal vez.

—Eddie el Loco no es una persona, es un personaje. La clase Me..., que intenta cambiar cuando el cambio es demasiado enorme para ser detenido.

—Nosotros le hablamos a los niños de Sfuffh, el que tira lejos la basura porque huele mal.

—Algo parecido —¿Sfuffh? ¿Shifufsth? No logró repetir ese sonido. Jennifer se había reunido con ellas, y ahora llevaba al cachorro mayor.

—Hace mucho tiempo tuvimos a un Amo muy poderoso —dijo Jennifer—. Joseph Stalin poseía el poder de la vida y la muerte sobre su pueblo, que eran cientos de millones —Jennifer miró a Glenda Ruth: ¿paro o sigo? Insegura, Glenda Ruth asintió—. Los consejeros le dijeron a Stalin que había escasez de tuberías de cobre en su dominio. Stalin dio órdenes. Por todos los sitios de su dominio, que era una décima parte de nuestro mundo, aquello que era de cobre se fundió para fabricar tuberías. Las líneas de comunicación desaparecieron. Piezas de tractores, otras herramientas. Allí donde se necesitaba el cobre, se convertía en tuberías.

—Sfuffh. Le conocemos —dijo Victoria—. A Sfuffh se lo encuentra en todas partes, en todas las castas. Sfuffh cría Relojeros para venderlos a otros nidos. No hace falta jaula, ellos cuidan de sí mismos.

Jennifer se mostró encantada.

—¡Sí! Hay una pintura en un museo de Paja Uno —estaba a punto de transmitir un matiz desgraciado, y Glenda Ruth no pudo frenarla—. Una ciudad en llamas. Pajeños hambrientos en disturbios. Un Mediador se sube a un coche para que lo vean y oigan, y grita: «¡Regresad a vuestras tareas!».

Victoria asintió con la cabeza y los hombros.

—Cuando las posibilidades se cierran, Eddie el Loco no ve.

—En el dominio de Stalin —intervino Glenda Ruth—, cincuenta años después, las cosas cambiaron. Más comunicación, mejores herramientas y transporte. Sus Guerreros se comieron la mitad de sus recursos durante todo ese tiempo, pero las armas que fabricaron fueron las segundas mejores del mundo. Dominios inferiores comenzaron a escindirse. Algunos Amos viejos actuaron para tomar el mando del dominio y hacer que todo fuera como antes. La Banda de los Eddie el Loco...

¿Había conseguido transmitir su mensaje? Años de observar a Jock y a Charlie no ayudaban lo suficiente. Demasiado del lenguaje corporal de un Mediador era consciente, arbitrario. Añadió:

—Cuando las posibilidades se *abren*, Eddie el Loco no ve.

La Mediadora meditó eso. Al cabo dijo:

—Deje que primero veamos el cacao. Por seguridad —quería decir: por si es venenoso.

De modo que Freddy preparó cacao para ellos cuatro. «Hazlo caliente», susurró Glenda Ruth, «... y un bulbo extra para el análisis».

—Demasiado caliente —indicó Victoria cuando lo tocó.

Se lo dio al Ingeniero, quien lo llevó a la parte oculta de la Cerbero. La tripulación humana se acurrucó con las cabezas pegadas, bebiendo, con los hombros aislando a los alienígenas que los rodeaban. Freddy había puesto un drama de crímenes en un monitor; quizá Victoria hubiera estado mirándolo, y Merlín lo hacía a intermitencias, pero ningún humano le prestaba atención.

—¿Cómo te está yendo? —preguntó Freddy.

—Bailo a toda la velocidad que puedo, pero el ritmo es demasiado lento. Jennifer, ¿qué comían?

Jennifer pasaba la mano por la espalda del cachorro como si fuera un gato; aunque su mano no paraba de detenerse para tantear la extraña geometría.

—Sólo un plato —repuso—. Una corteza gris alrededor de una pasta gris verdosa que se parecía mucho al protocarbono básico.

—Jen, ¿humeaba? ¿Era caliente?

—No era caliente. ¿Qué es lo que quieres saber?

No se atrevía a contarles mucho, pero debía saber esto.

—¿Cocinan?

—Glenda Ruth, el aire que entra por la nueva antecámara es más caliente que el de aquí, pero no huele a comida.

—De acuerdo.

Miró las caras que la rodeaban. Rostros abiertos, honestos, velados por los pensamientos que pasaban por sus cabezas. ¿Entendían? ¿Revelarían ellos demasiado?

Ciertamente, el Ingeniero y el Guerrero estaban infectados. Los huevos de la lombriz bien podían infectar a cada forma pajeña de la cabina de la Cerbero. Si eso no llegaba hasta el Amo, entonces un Ingeniero quizá ya lo hubiera transmitido. Pero si un Mediador no se infectaba pronto... no habría nada de lo que hablar. Sólo un Amo convertido en macho estéril, y otras formas mostrando los mismos síntomas, y la culpa bien clara.

## 2. La Ciudad de las Alimañas

*Y en ese estado natural, no hay artes; letras;  
ninguna sociedad; y, lo peor de todo, está el miedo  
constante y el peligro de la muerte violenta; y la vida  
del hombre, solitaria, pobre, desagradable, bestial y breve.*

Thomas Hobbes. Leviatán

Desde el comienzo Freddy Townsend había estado preocupado por su equipo.

—Sé que somos prisioneros —le contó a Victoria tan pronto como la Mediadora fue capaz de comprender—. Sé que pueden coger lo que deseen.

—Dejamos sus cosas en paz si jugamos para ganar —indicó Victoria—. Necesitamos algún material para ahora.

—Bien. Piensan en el futuro. ¿Nos quieren contentos para el futuro?

—Mejor que no queremos que nos odien para el futuro.

—Bien. Bien; entonces, ¡que dejen mi telescopio en paz! Es todo este complejo, aquí y aquí, todo este material...

—Los Ingenieros lo mejoran.

—No lo quiero mejor. Lo quiero tal como está —exigió Freddy.

Había observado lo que le sucedió al Hécate. Creía —y también Glenda Ruth— que los pajeños le quitarían al telescopio cualquier cosa que desearan, dejando un tubo y dos lentes a ser mejorados para su propia satisfacción.

Debieron convencer a Victoria; ésta debió convencer a uno de los Amos. Días después, el telescopio y sus sistemas computerizados de dirección, búsqueda y grabación de datos aún encajaba con las reglas de carrera del Imperio.

Los dedos de Freddy detrás de su oreja despertaron con suavidad a Glenda Ruth.

El cachorro más pequeño se aferraba a su espalda, una diminuta cabeza asimétrica por encima de su hombro izquierdo, esbozando la sonrisa general; pero Freddy tenía una expresión bastante seria. Glenda Ruth siguió la dirección que señalaba su dedo hacia una pantalla y... ¿qué? ¿La imagen de un caleidoscopio roto? Los números indicaban que estaba mirando hacia popa, bajo una ampliación de cien, por el telescopio de Freddy.

—Toda la flota. Vamos hacia eso —dijo Freddy.

Un espejo quebrado contra un fondo negro con polvo estelar..., espejos, montones de espejos. Círculos y bandas y chatarra y un triángulo grande. Los espejos no rotaban, pero sí lo hacían algunas cosas que iluminaban, en un eje excéntrico. La luz del sol reflejada por los espejos la hacían brillar como si fuera la Ciudad de Dios.

—La Ciudad de la Esquizofrenia —dijo Jennifer.

Glenda Ruth exhibió una mueca.

—Caos —dijo ella—. La capital del Infierno de John Milton. Si éste era el hogar base de la Flota Captora, en verdad que estaban locos.

Caos se veía iluminada desde el fondo, mostrando en su mayor parte negro, pero pudo ver la falta de un patrón. Había bloques y capiteles y tubos, considerable estructura magnífica, muy esparcida. Como un todo artístico, no era un todo.

—Las ciudades crecen de este modo —comentó Jennifer— si no hay un plan de calles. Pero ¿en el espacio? Eso es peligroso.

—Peligroso —repitió su cachorro con énfasis. El de Freddy se asomó por entre sus brazos y asintió con sensatez.

—¿Victoria? —llamó Glenda Ruth.

—Está sucediendo algo —dijo Terry Kakumi.

Una luz centelleó aquí, allí. Un pedazo de Ciudad Caos se soltó, seis u ocho por ciento del total; roto para usar su sección de espejo como un escudo... y se alejó. Una luz rubí chisporroteó en su dirección, tarde.

—Tal vez haya una guerra civil. Quizá eso que se aleja de nosotros sea un vehículo salvavidas. No creo que consideren amiga a la Flota Captora.

—Sí. Terry, ¿tal vez es como surgen las ciudades pajeñas? Pero ¿de quién es? ¿Victoria? —no hubo respuesta. Glenda Ruth añadió:— Seguro que está dormida.

Los pajeños necesitaban el sueño, o por lo menos los Mediadores.

—Ya llevamos desacelerando dos horas —informó Terry—. Igualando velocidades. Glenda Ruth, debemos ver esto...

El brazo de Terry se alzó como un relámpago para taparle los ojos. Un resplandor rubí llenó la cabina. Un instante después todas las pantallas estuvieron negras.

—Campo Langston —indicó Terry—. El nuestro. No creo que ese sitio tenga uno. Lo siento. ¿Te encuentras bien?

—¡Demonios, nos están atacando! —exclamó Freddy.

—Pero ¿por qué? —preguntó Jennifer.

—Buena pregunta.

Cuando al cabo no sucedió nada más, Terry cortó obleas de protocarbono básico para su desayuno. Observaron la pantalla, pero permaneció negra.

Victoria apareció por la antecámara de compresión. La Mediadora se deslizó por una de las enredaderas grandes, recogiendo bayas rojas; luego, se desvió para unirse a ellos.

—¿Toman chocolate para el desayuno? —preguntó.

Glenda Ruth habló antes de que pudiera hacerlo Terry Kakumi:

—Claro. Freddy, prepáralo tibio; podremos calentar el nuestro después. Victoria, ¿ha dicho su Ingeniero que es seguro?

—Sí.

Terry no fue capaz de aguantarse.

—Nos estamos acercando a una estructura grande. ¿Es su hogar?

Una pausa momentánea; luego, Victoria repuso:

—No. ¿Chocolate?

Freddy no se movió hasta que Glenda Ruth abrió el cacao y se lo metió en las manos. No, él no era capaz de leer las mentes, pero ella estableció contacto visual y pensó con intensidad: «Sí, Freddy, Victoria intenta distraernos. Sí, cariño, ella oculta algo, pero ¡por mi lagarto que queremos el chocolate!».

Freddy se puso manos a la obra, midiendo de forma meticulosa el polvo, agitándolo con agua caliente, añadiendo el producto de protocarbono básico que la mayoría de las tripulaciones llamaba leche. Lo sirvió en bulbos de plástico y le pasó uno, tibio, a la Mediadora. Los otros los puso a calentar en el hornillo microondular.

Victoria se dedicó a beber sin esperar. Se le agrandaron los ojos.

—Extraño. Bueno —sorbió de nuevo—. Bueno.

—Esto es lo más ínfimo que puede ofrecerles el Imperio. Más importante es el encuentro de dos mentes distintas.

—Espacio para vivir.

La paciencia de Terry era escasa.

—¿La ciudad?

—Son recursos, Terry —repuso Victoria—. Los tomaremos.

—Eh... Queremos observar la batalla desde su mismo emplazamiento —dijo Terry Kakumi.

—No es una batalla, Terry. Es control de plaga. No hay Amo ahí, ni Mediadores, ni siquiera Ingenieros.

—Entonces, ¿qué son? Nos están disparando.

—Relojeros y... no sé cuál es su palabra. Sólo animales, pequeños animales destructivos, peligrosos cuando se los arrincona. Usan recursos que necesitamos nosotros.

—Alimañas —dijo Glenda Ruth.

—Gracias. Alimañas. Sí, están disparando, pero podemos protegernos. ¿Qué es lo que desean?

—Quiero ir con usted, con una cámara.

Terry cogió el bulbo que le pasó Glenda Ruth, mas no bebió. Ella sorbió el chocolate: un poco demasiado caliente, pero eso era bueno. El calor mataría lo que las yemas de sus dedos le habían añadido al cacao.

—Usted vería nuestras armas en acción. Conozco su naturaleza, Terry Kakumi: Guerrero-Ingeniero, todo lo que puede aproximarse su especie generalista. Pero capacitado para hablar bien.

Freddy suprimió una sonrisa; pero Terry exhibió los dientes.

—Uno no usaría sus armas pesadas para un control de plaga. Sea lo que fuere que tanto la avergüenza, es algo que debemos conocer. Más tarde sería peligroso. Las sorpresas desagradables engendran sorpresas desagradables.

La pantalla se aclaró. Caos brillaba ante sus espejos. Los Relojeros de la Cerbero habían sacado una sonda a través del Campo.

Victoria bebió, y meditó, y dijo:

—Se lo preguntaré a Ozma.

Merlín anidaba en la parte delantera de la cabina. Era joven, con un pelaje blanco puro que uno anhelaba tocar; jamás había sido hembra. Pasaba la mayor parte de su tiempo observando a los humanos y —si Glenda Ruth en verdad estaba aprendiendo lo elemental de la lengua de los captores, si había juzgado correctamente el lenguaje corporal— hablando de ellos con Victoria, el Médico, los Ingenieros, los Guerreros. Los Amos formulaban preguntas y daban órdenes. No parecían inclinados a la conversación innecesaria, ni siquiera con otros Amos. Pero sí hablaban.

Ozma, un Amo más viejo y con toda claridad superior a Merlín (¿su padre?), vivía en alguna parte fuera de la vista, detrás de la nueva y grande antecámara de compresión de la Cerbero. Hacia allí fue Victoria. Una hora después, el enjuto Mensajero salió a toda velocidad y llamó a Merlín de su sitio en la parte delantera de la cabina.

Terry Kakumi dormía acurrucado en su sillón como un huevo en su huevera. Glenda Ruth le observó, buscando señales de sueños que pasaran por su cara redonda; pero, en realidad, se le veía notablemente relajado para un hombre a punto de entrar en un misterio.

—Lo hace mejor que nadie que conozca —comentó Freddy—. Si sabe que nada va a suceder en los próximos veinte minutos, se apaga como una luz. Supongo que eso es lo que se llama un veterano.

—¿Consideras que se trata de la habilidad de un guerrero?

—Nunca se me habría ocurrido antes. Sauron, ¿eh?

El caótico complejo industrial ya se hallaba bastante más cerca. Su forma había cambiado, había cerrado el hueco dejado por la sección que se había marchado, que aún aparecía a la vista a unos pocos kilómetros de distancia, bajo una propulsión esporádica. Había movimiento en la superficie, un crujido doblemente silencioso: ventanas centelleando (no muchas), pequeños vehículos corriendo por senderos de alambre, espejos ondeando al girar para bloquear una lanza láser, una súbita descarga de... ¿misiles? ¿Naves diminutas?

Haces de color rubí bañaban de forma esporádica a la Cerbero sin efecto alguno. Sólo una vez todo el complejo de espejos-vela centró luz blanca con la suficiente energía como para tener que retirar las cámaras. Varios minutos después la pantalla brillaba sólo con un poco de calor rojo. Unos minutos más tarde la sonda volvió a salir, y Caos se mostró casi inalterada.

—Se han quedado sin energía —calculó Jennifer—. ¿Qué creéis que hay ahí? ¿Relojeros y qué?

—Quizá nada que conozcamos —aventuró Glenda Ruth—. Los Relojeros podrían haberlo construido solos. Viste la grabación de Renner: se desenfrenaron por la MacArthur y por último la convirtieron en algo alienígena.

Un tubo se proyectó casi desde el centro de la estructura, y se extendió, más y más. Como un cañón.

—Aferraos a algo —indicó Jennifer, y alargó el brazo para ajustar las correas de Terry.

Éste abrió los ojos; con un encogimiento de hombros liberó los brazos y acurruco a Jennifer contra su pecho.

La pantalla se volvió negra. En la antecámara de presión Merlín soltó una orden; todas las formas pajeñas manotearon en busca de un asidero. Cerbero rotó alrededor de ellos. En la pantalla había un resplandor rojo... anaranjado, amarillo... manteniéndose.

Victoria apareció de repente junto a Merlín, con varias formas pajeñas detrás de ella. Todos se aferraron a los asideros. Un Mensajero remolcaba uno de los trajes presurizados del Hécate.

—Terry, puede viajar con nosotros, desarmado —anunció Victoria—. Además, necesitará las manos para la cámara. La hemos restaurado al estado con el que ustedes están familiarizados. No intente dejar a sus escoltas.

Terry cogió la cámara de manos del Ingeniero. Le hizo unos ajustes. Una de las pantallas se iluminó con un primer plano de Victoria, se tornó borrosa; luego más nítida.

—¿Cuándo salimos? —preguntó Terry.

—Póngase el traje ahora.

El Campo era anaranjado y se enfriaba.

Terry y Freddy examinaron el traje, susurrando. Los trajes presurizados del Hécate habían sido confiscados y guardados del otro lado de la antecámara oval de compresión. Eran trajes duros, piezas rígidas diseñadas para deslizarse una encima de la otra, con un casco como una pecera. Ahora un limo verde grisáceo en una bolsa de plástico flácida iba montado en la Mochila de los cohetes en la espalda del traje. La visión del casco había sido expandida; el visor de protección para el sol había desaparecido; el mismo casco ya no era del todo simétrico.

—¿Confías en él?

—No hay elección, jefe. Estoy aburrido aquí.

Terry se metió en el traje. Antes de que hubiera terminado, el Ingeniero y tres Relojeros ya se habían puesto a trabajar en él. Freddy y Jennifer sonrieron al observar. El estómago de Glenda Ruth era un nudo duro.

Él podía morir.

Terry quedó sellado en el interior justo cuando la alarma volvió a sonar. Conocía ésa: ¡Asegurarse contra un ataque!

En el momento en que la pantalla se despejó, Caos se hallaba muy cerca. El tubo aún sobresalía cerca del centro del complejo, pero apuntaba oblicuamente a la Cerbero. De forma más manifiesta, los espejos habían desaparecido..., desgarrados, suspendidos hacia afuera en una configuración de colas de cometas.

—Fue un ataque doble contra nosotros —indicó Terry a beneficio de sus compañeros—. El cañón láser no es muy maniobrable, pero también hay que quitar los espejos, ¿verdad, Victoria?

Ella descartó la cuestión con un gesto de la mano.

—La batalla no es mi habilidad.

El movimiento hormigueó alrededor de los jirones de espejo. Centelleos y destellos: comenzó a cobrar forma de nuevo. El cañón láser se sacudió en súbito movimiento, demasiado lento para coger a la Cerbero flotando alrededor del límite de la ciudad. Otras naves de la Flota Captora se situaron en posición.

—Vamos —dijo Victoria. Saltó hacia la antecámara de compresión, y Terry, casi tan ágil como ella, la siguió.

Los pajeños no podían desconocer que le estaban mostrando las secciones pajeñas de la Cerbero por primera vez, y además que las grababa. Terry enfocaba la cámara allí donde podía. No trataba de captar detalles, sino de retratar aquello que sería interesante para una investigación ulterior.

No consiguió mucho de eso. Se encontraba en un tubo que se curvaba como un rizo de intestino. Aquí una abertura oscura, aquí una protuberancia y un Guerrero armado aferrándose a asideros, aquí una abertura iluminada y el primer vistazo de un Amo más viejo.

—Me está estudiando. Será mejor que no me detenga —comentó por el comunicador—. Victoria no lo hace.

El tubo terminaba en una caja llena de Guerreros enfundados en trajes presurizados blindados. Con un gesto Victoria le indicó que entrara. Los Guerreros le observaron... todos.

«Cuarenta Guerreros armados y blindados, y no hay dos armas iguales, dos trajes iguales, y... ése está embarazado, y ése». Protuberancias nítidas en la armadura, en el lugar donde estaría un corazón humano. Terry dejó que la cámara enfocara a otros cuatro. «Y no sé qué pensar de éstos».

Había un sillón sólo para él. Tenía un aspecto ortopédico y abundancia de correas. Lo abarcó bien con la cámara antes de sentarse y asegurarse.

«Parece como si un Ingeniero y un Médico hubieran tratado de diseñarlo para una columna vertebral humana. Veamos... No está mal. No muchos humanos construyeron sillones así de buenos». La antecámara quedó sellada y Victoria desapareció. «Tres ventanas, una a proa, una a popa... y ésta. Bastardos considerados». La ventana del centro se hallaba justo delante de su cara. Uno de los Guerreros extraños le pasó a Terry un paraguas grande plegado, casi ingravido. «Me han tomado por un advenedizo».

Estaba siendo juzgado. Hablaba debido a los nervios.

La tradición de la familia de Terry Kakumi era no quedarse anclada en la tradición. La flexibilidad era una virtud. Caer de pie algo agraciado. En la anarquía, en la guerra y en la paz del Imperio, en Tanith y en una veintena de otros mundos, sus miembros habían crecido. Pero él y ellos sabían cuál era su ascendencia.

Los Kakumi descendían del linaje de Brenda Curtis.

Brenda Curtis había vivido hacía casi cuatrocientos años. Había tenido seis hijos propios, y más de doscientos pasaron por su granja orfanato en su camino a la edad adulta. Tendían a casarse entre sí porque se comprendían mutuamente.

Brenda Curtis había sido una superhombre Sauron.

Las historias actuales de los centros de procreación Sauron eran del todo imaginarias. Terry no tenía ni idea de qué había escapado su antepasada. Sólo se conocía el hecho concreto de su origen, y eso únicamente lo sabían sus hijos... ¿y sus padres? ¿Quién podía decirlo ahora?

Pero veinticuatro Guerreros pajeños de genes confeccionados a medida estaban a punto de averiguar si un hijo de Brenda Curtis podía cuidar de sí mismo.

No se le pedía que luchara, recordó Terry. Le juzgarían por el hecho de que sobreviviera.



La caja se sacudió. La popa se definió a sí misma: la ventana quedó envuelta en llamas pálidas. El sillón de Terry rotó; los otros no.

«Me están mimando, supongo».

Su ojo y la cámara encontraron un cuadro negro contra el fondo de las estrellas, y un puñado de cilindros romos acelerando junto al suyo propio. El negro avanzó despacio a través de las estrellas. El vehículo de tropas impactó contra él con una sacudida y un crujido ominoso.

El vehículo giró con fuerza. La velocidad de salida distorsionó la voz de Terry.

—Hemos atravesado el espejo. Es más fuerte que lo que esperaba. Quizá lo reforzaron después del ataque de la Cerbero. Puedo ver un agujero negro irregular... ¡mierda!

Perdigones reventaron la cabina. Terry ni siquiera había tenido la posibilidad de acurrucarse y protegerse. Le llevó un momento comprender que estaba vivo e ileso. El resto...

—Algunos Guerreros han sido heridos, pero lo están ignorando —dejó que la cámara mostrara a Guerreros colocar parches de meteoro a terrible velocidad—. El vehículo desacelera con fuerza. La granizada no ha terminado. Quizá podáis oír los impactos, aunque los perdigones ya no le dan al sistema de apoyo vital. También nosotros embestimos. Algo... —Terry aferró los asideros.

El vehículo golpeó con el morro una pared, y sufrió un retroceso atronador.

La visión de Terry se aclaró rápidamente. Uno de los Guerreros extraños ya había abierto un boquete en el casco del vehículo, y los demás salían por ahí. Terry buscó el mecanismo de liberación de las correas.

Los cuatro extraños fueron los últimos en salir.

Terry se soltó y los siguió.

—Apuesto cualquier cosa a que ése es un Médico-Guerrero —dijo a su público—. Esos dos son oficiales: mejor armadura, y los artefactos que llevan parecen de comunicación, no armas.

Los oficiales se separaron deprisa. El último pajeño era más compacto, cabeza mas grande, manos más delicadas.

—Éste da la impresión de ser un cruce entre Guerrero e Ingeniero. Lo seguiré.

El paisaje estelar era llamativo, pero los espejos aún resultaban más brillantes. Terry abrió el paraguas plateado: su escudo láser.

Caos se hallaba brillantemente iluminada desde atrás por los espejos. Las tropas estaban entrando en el laberinto de un demente. Uno y otro Guerrero centellearon de rojo; luego, resoplaron gas de color rojo neón. El fuego de respuesta provocó resplandores ac-tínicos entre los capiteles y los bloques. Tropas de Guerreros convergían como un enjambre desde otras direcciones. Las naves de la Flota Captora se hallaban por todo Caos.

Terry miró atrás una vez. Informó:

—El vehículo de las tropas ha resultado destrozado, pero a nadie le importa. Deben confiar en que su Guerrero-Ingeniero les construya una forma de regresar. Lo protegerán con sumo cuidado —pero Terry ya no tenía seguridad de eso. Caos se encontraba muy cerca.

Se acercaban a una pared sin ventanas. De repente, los láseres que les amenazaban fueron incapaces de alcanzarlos, salvo a algunos dispersos... como Terry Kakumi, agazapado detrás de su paraguas. Un punto rojo jugaba sobre la superficie de su escudo, y entonces también él quedó fuera de la visión de los láseres. Movi6 el paraguas-espejo y vio un cráter protuberante en la pared, y a tropas lanzándose por él.

Demasiado deprisa. Activó los cohetes de la mochila; luego, lanzó unos juramentos extravagantes para su público y la posteridad.

—Lo siento. Recibo una propulsión baja. Los Relojeros debieron arreglar mi maldita mochila de cohetes —el cráter subió a excesiva velocidad, y viró para esquivar el borde—. Seguro que piensan que, después de todo, no tengo mucha masa —pegó la cámara a su pecho, enfocando hacia abajo, a la oscuridad.

La tripulación de un vehículo de carrera debe ver qué está pasando. Pero un rol de guerra es algo distinto, y la mayor parte del espacio de las ventanas del Hécate había desaparecido, aunque no todo.

De modo que la tripulación humana de la Cerbero disponía de sólo tres vistas de la batalla. El telescopio de Freddy, la ventana, y la cámara de Terry. Casi siempre observaban lo que les enviaba este último.

Treinta y tantos Guerreros en armaduras negras se habían lanzado a través de una pared negra, y el veterano piloto fue tras ellos con la cámara. Luz de espejo entraba por detrás, iluminando una estructura de panal demasiado pequeña para humanos o pajeños normales. Resplandores color rubí y verde centelleaban en el interior de la estructura. Una explosión desgarró una veintena de cuartos. Luego, formas diminutas enfundadas en armaduras plateadas se movieron a toda velocidad entre las más grandes de los Guerreros, cabalgando sobre cohetes con forma de bala no más grandes que ellos mismos, virando con aceleraciones terroríficas, o simplemente atravesando paredes y Guerreros y saliendo al espacio llevando pasajeros muertos.

La voz de Terry dijo: «Creo que son Relojeros».

—Exacto —corroboró Jennifer—. Es igual que en las películas de la MacArthur.

La voz de Terry prosiguió: «Usan armas de proyectiles, y también los Guerreros: pistolas pulverizadoras con balas diminutas».

Jennifer agarró con fuerza el brazo de Freddy y señaló por una ventana. Glenda Ruth no se volvió. Un momento después, Freddy tocó su hombro y dijo:

—Ha llegado alguien, alguna otra nave. Pajeños de verdad, no... alimañas. Podemos ver las ondas en el revestimiento de la Cerbero. Quizá tu hermano arregló algo.

—Estupendo —comentó Jennifer. Comenzó a hablarle a Glenda Ruth pero se calló.

—¿Glenda Ruth? —insistió Freddy— ¿Estás...?,

—No estoy bien, Freddy. ¡Él se encuentra tan asustado!

«Creo que aquí hay rastros de la estructura original. El níquel-hierro se modela en el propio emplazamiento. Puede que esto haya sido un asteroide helado en vez de un cometa, que estaba más cerca del sol antes de que estos espejos alteraran su órbita...»

—Nunca te vi así. ¿Cómo te...?

—¿No eres capaz de oír el miedo en su voz? Podrían matarlo. Ésa es la razón por la que los Mediadores no son capaces de soportar la batalla. Todos están intentando destrozarse, los Guerreros y esas pequeñas bestias del Infierno y lo que sea que esté oculto y... ¡Oh, Dios!

La imagen se sacudió y se torció, y la voz de Terry se detuvo. Sus manos asieron con fuerza el brazo de Freddy. Éste no habló. Las uñas Glenda Ruth le habían provocado sangre. La voz de ella subió hasta convertirse en un gemido histérico.

—¡Le han disparado!

Eso parecía sólido, una especie de puntal de apoyo. Terry se había ocultado ahí atrás cuando las balas se esparcieron a su alrededor. Se acurrucó detrás y levantó el brazo. Los Ingenieros y Relojeros habían trabajado en su traje, y sólo podía tener la esperanza... aquí, la bolsa de los parches de meteoro.

Abrió uno. Las yemas de sus dedos localizaron tres agujeros diminutos en la coraza del pecho, entre la tetilla y el hombro derechos. Casi se habían cerrado; el siseo había decrecido. El parche alcanzó para cubrir los tres.

Sin embargo el siseo continuaba, y se preguntó cómo lograría alcanzar su espalda. El dolor y la humedad se hallaban justo encima del omóplato.

Los Guerreros habían continuado la marcha. Una cabeza grande de pajeño se asomó por una partición (cabeza grande significaba cabeza amiga), le inspeccionó (¿un oficial?) y se retiró. Otra forma parecida flotó muerta a la deriva hasta situarse cerca, soltando niebla por montones de agujeros diminutos, su arma laser girando próxima a él. Quizá los pequeños demonios habían ido tras él adrede: era el Guerrero-Ingeniero.

—Es probable que los Médicos no sean inteligentes —Terry se había olvidado de su audiencia; hablaba consigo mismo—. Es probable. Hay uno para tratar a cualquier Clase, pero ninguno para tratar a un humano. ¿Quién va a tratarme? Tres balas atravesaron mi pulmón derecho.

Con los dedos en el borde del segundo parche, estiró la mano hacia atrás, la obligó a moverse olvidándose del dolor, y frotó la espalda presionándola contra el puntal de apoyo. El siseo se detuvo.

Una tos le habría preocupado. Estaría tosiendo sangre antes de que todo hubiera acabado. Mientras tanto, habló para su público.

—Eran balas de alta velocidad pensadas para atravesar blindajes. Rápidas pero pequeñas. Sin fuerza para tirarte. Sin poder de freno. Son para Relojeros o algo no mucho mayor. Las infecciones no representan un peligro aquí afuera. A Ronald Reagan le atravesaron el pulmón con una bala más grande que éstas, tenía setenta años en la época de la medicina de la Dirección General de Sanidad, y siguió vivo para finalizar dos mandatos como presidente de Estados Unidos de América —y Reagan no había tenido a Brenda Curtis como antepasada.

—Voy a coger el arma— informó Terry, y dio un salto. Girando, manoteó hasta agarrar el rifle láser del Guerrero-Ingeniero e impactó los pies contra una pared, la cámara y el arma apuntando hacia abajo. La pared tembló y la cámara captó a seis formas plateadas que la atravesaban.

También su arma los cogió en una rociada de proyectiles. No hubo fuego de respuesta, sólo un destello de armas cortantes. Las balas diminutas los estaban destrozando bien, pero los seis se habían convertido en veinte, que fueron tras él cuando el retroceso y los cohetes de la mochila de Terry Kakumi le lanzaron a través del agujero del cráter. Entonces todos brillaron bajo la luz de los espejos y de las estrellas, y Terry mantuvo la cámara sobre el enjambre.

Una bola de fuego estalló saliendo de Caos, a medias por detrás de una protuberancia angular. Terry no se molestó en tomar la imagen. La cámara grabó la onda de choque que recorría la ciudad.

La respiración se le entrecortaba; pronto tendría que dejar de hablar.

—Los trajes no les encajan bien. Hay partes flácidas. Son trajes de Relojeros de seis extremidades, con una extremidad atada, y... —tosió y dejó de intentarlo. Que la cámara hablara por él.

Llevaban trajes presurizados prestados, con el brazo izquierdo inferior sujeto. La mitad de ellos había consumido el combustible de sus cohetes pero, de todos modos, saltaron. Animales. Otros huían de la luz; pero tres se volvieron y se dirigieron hacia Terry. Mantuvo la cámara en ellos y los destrozó con las balas de alta velocidad.

Estupendo. Dos sencillamente murieron; mas un traje plateado, fileteado, lanzó a su ocupante agitándose con violencia al espacio. En absoluto se trataba de Relojeros. Eran algo más desagradable.

—Nunca vi... —Freddy escudriñó la pantalla—. ¿Victoria? ¿Qué demonios...? —Victoria no estaba—. ¿Glenda Ruth? Los he visto antes.

Ella no quería mirar. Se obligó a hacerlo y analizó lo que veía.

—El Zoo en Paja Uno —dijo, y los observó, recordando.

*Quinto piso: una ciudad pajeña, azotada por el desastre. Coches volcados y herrumbrados en calles rotas y llenas de escombros. Los vehículos aéreos habían empotrado los destrozos en las ruinas de los edificios calcinados por el fuego. Las cizañas crecían en las grietas del pavimento. En el centro de la escena había una ladera de escombros, y cien formas pequeñas y negras se movían a gran velocidad en ella.*

Todos los estudiantes del Instituto habían analizado aquella escena. ¡El ciclo pajeño de desarrollo y caída era tan seguro que plantas y animales habían evolucionado específicamente para las ciudades en ruina!

*Uno tenía una cara puntiaguda, como de rata, con dientes feroces. Pero no era una rata. Tenía una oreja membranosa, y cinco extremidades. La principal, en el lado derecho, no era una quinta pata; se trataba de un brazo largo y ágil, guarnecido con garras como dagas curvas.*

—Pero aquellos eran muy distintos —dijo Jennifer—. Mirad, las extremidades de éstos son todas manos, y más largas y delgadas. Freddy, ¿puedes conseguir una copia de lo que hice en mis vacaciones de verano? ¡Creo que los cráneos también son más grandes!

—Han cambiado —afirmó Glenda Ruth—. Para ellos la evolución debió avanzar mucho más deprisa. Generaciones más cortas, camadas más grandes. ¿Por qué no? Freddy, he de comunicarme con Victoria.

La voz de Terry Kakumi se oyó muy debilitada.

«No sé cómo decirles a los Guerreros que necesito ayuda médica. Freddy, si aún me escuchas...»

Freddy asintió. Flotó hacia la antecámara de compresión, muy despacio, las manos visibles para que las viera el Guerrero de guardia. Cuando llegó hasta la antecámara, el Guerrero clavó la punta del rifle en las costillas de Freddy.

Freddy metió la cabeza y gritó:

—¡Victoria! ¡Terry ha recibido disparos! ¿Me oye?

Una cara asimétrica cubierta de pelaje blanco le confrontó. Freddy se preguntó si estaba viendo a Ozma. El Amo le dirigió una palabra al Guerrero, que apuntó el arma hacia otra parte. El Amo dio la vuelta por completo y siseó-silbó.

Vino Victoria. Freddy explicó la situación a toda velocidad; Victoria tradujo, el Amo se marchó; luego también la Mediadora. El Guerrero alargó el brazo, dio media vuelta a Freddy y le empujó de regreso a la sala de control.

En la pantalla, una pareja de Guerreros había recogido a Terry. Freddy pudo vislumbrarlos en el borde de la pantalla, remolcándolo. Mudo, Terry enfocó la cámara.

Una tormenta de nieve de ratas de la guerra muertas, algunas grandes como sabuesos y otras pequeñas como cachorros, todas armadas con armas afiladas, algunas con rifles.

Una fábrica vacía, descascarada. Esto parecía una destilería; eso, una fundición. Aun en las minas de los asteroides de la mayoría de los sistemas, los humanos alinearían el mobiliario. Aquí, máquinas macizas de planchas de calderería apuntaban en todos los ángulos, sin dejar casi ningún espacio libre.

Una súbita batalla de disparos fue quedando atrás a medida que los escoltas de Terry se dirigían hacia la seguridad. La granada de un Guerrero abrió una pared al espacio. Las ratas de la guerra pasaron delante de ellos succionadas hacia las estrellas. Los Guerreros recogieron a las pocas que había en trajes robados.

Victoria regresó.

—Ozma lo ha dicho al Jefe, pero... —Vio la pantalla—. Eso está mejor. Su amigo atravesó demasiadas paredes. Ozma también llama a un híbrido que pueda ayudar a su amigo, cruce entre Médico y Amo. Sólo tenemos uno.

Freddy asintió y dijo cosas apropiadas. Glenda Ruth sólo observó. La cámara ya no parecía enfocar nada interesante.

### 3. Chocolate

*Y hay cien millones más,  
como todos vosotros exitosa aunque  
delicadamente disminuidos (o revueltos)  
caballeros (y damas).*

E. E. Cummings

Cuando llegó el Médico-Amo, Freddy se le había adelantado. Ya había puesto en pantalla cintas de bibliotecas médicas. El cuasi Amo de dedos largos las miró durante unos

minutos, inspeccionó de arriba abajo a los tres humanos, llegó a la conclusión que Freddy era el macho, le desnudó y comenzó a compararle con lo que veía en la pantalla. El comentario en inglés sonaba con volumen bajo mientras Victoria traducía a la carrera en la trompeta carnosa que era la oreja del Médico. Con frecuencia se desconcertaba.

El Médico era un macho joven, les contó Victoria. Glenda Ruth le llamó «Doctor Doolittle», y vio sonreír a Jennifer. La cara de Freddy era una expresión de incomodidad.

Glenda Ruth se preguntó por qué la Flota Captora había elegido alimentar a semejante elemento peculiar cuando resultaba tan evidente que andaban escasos de recursos. Como si hubieran sabido que vendrían alienígenas... hace diez años. ¿Dónde demonios estaba Terry?

Terry estaba técnicamente vivo cuando le trajeron casi dos horas después. Un Guerrero deformado le bombeaba la caja torácica, respirando por él. Glenda Ruth le vio y abandonó toda esperanza.

El Doctor Doolittle le habló a gran velocidad. El Guerrero cortó la parte frontal del traje de Terry y le sacó de él. Una pareja de Relojeros abrió un globo presurizado y extrajo unos tubos transparentes y una caja. El pequeño Médico-Amo se dobló alrededor de la cabeza y los hombros de Terry, plantó la oreja en el torso de éste y escuchó. Luego le echó la cabeza bastante hacia atrás e introdujo el tubo en la nariz.

Terry se debatió débilmente. Un líquido rojo fluyó tubo abajo. El pajeño observó durante unos pocos minutos. El Guerrero había vuelto a respirar por él, empujándole sin parar el pecho, infatigable. Los Relojeros sacaron un bulbo flexible con un fluido transparente.

Glenda Ruth dejó de mirar. No podía soportarlo.

Freddy se subió los pantalones y nada más; el Médico pajeño quizá necesitara volver a comparar. Captó la mirada de él al volverse, y conoció otro momento de miedo.

—Glenda Ruth...

Ella se apartó cuando el extraño médico habló en voz baja con los Guerreros.

La Flota Captora trabajaba más allá de las ventanas de la Cerbero. Por todo lo que podían ver, ya no había que temer a las Ratas de la Guerra y a los Relojeros. Naves más grandes se habían adueñado de la situación. Vehículos de tropas y naves alteradas más pequeñas aún se movían en una nube alrededor de Caos. Un Ingeniero con un equipo de Relojeros trabajaba en uno de los vehículos de tropas dañado. De vez en cuando pajeños grandes salían de las ruinas con... cosas. Maquinaria rota. Almacenamientos. Bolsas de plástico.

—¿Recuerdas la batalla? —preguntó Jennifer—. ¿Justo antes de que nos capturaran? Sólo usaron láseres, no proyectiles. En Caos los Guerreros emplearon balas, pero únicamente dentro de las paredes. Sin embargo, las Ratas y los marrones dispararon por todas partes.

—¿Adónde quieres llegar?

—Bueno, Victoria no para de llamarlos animales. En especial le gusta la palabra alimañas. Quizá sea porque no les importa cuánto material desperdician, aunque se pueda reciclar. Eso es lo que están haciendo todas esas naves pequeñas: recogiendo cosas que se soltaron durante la contienda.

Glenda Ruth asintió.

—Sí. ¿Cómo se encuentra Terry?

—Respirando por sí mismo. Quiero un médico humano.

—Aguanta. Terry es duro —silencio—. No pude mirar.

—Me di cuenta —repuso Jennifer.

—Tú crees que no siente nada, y casi tienes razón: él no recordará lo mala que es la situación. Pero su cuerpo, sus nervios... está herido, Jennifer, y yo puedo sentirlo. ¡Oh, demonios, no me dejes tú también!

—¿También?

—¡Freddy me vio! Me vio apartarme de Terry, melindrosa. ¡Voy a perderle, Jennifer!

—No si te ve salvar nuestros culos. Pero, amiga, estás haciendo malabarismos con huevos caros en una gravedad variable.

Glenda Ruth sólo asintió. No podía contestar que por lo menos el programa seguía tal como lo habían planeado.

—Espero que no se encuentre demasiado cansado, señor —dijo Chris Blaine.

—Aún no, no en esta gravedad —repuso Bury. Miró al otro extremo del cuarto a Omar, quien de nuevo sostenía a Alí Babá—. En contra de toda explicación me siento atraído hacia el cachorro... Un placer inesperado. Pero me temo que nos hemos alejado en vano de las comodidades del Simbad. Excepto, desde luego, para tranquilizar a nuestros anfitriones.

Era una situación delicada, aumentada porque nadie quería hablar de ello. Se trataba de lo único en que la India y los Comerciantes de Medina habían mostrado un completo acuerdo: ninguno permitiría al otro hablar a solas con Horace Bury.

—Se aferran a mí como a un talismán —añadió Bury.

—O como a una tarjeta de crédito —sugirió Blaine, y Bury le miró con ojos centelleantes.

La puerta exterior se abrió y entró una forma delgada y larga. El pajeño se dirigió a Omar y aguardó pacientemente que éste y Eudoxo se reunieran a su alrededor; luego, habló con excitación.

—Es algo importante —afirmó Blaine. Activó el micrófono de su comunicador—. Capitán, acaba de llegar un mensajero de la India. Sea lo que fuere que esté diciendo, consiguió que las dos Mediadoras le escuchen con suma atención.

—¿Podría ser algo sobre el Hécate? —preguntó la voz de Renner.

—No...

—Manténgase en línea.

—¿Qué? —demandó Joyce—. ¿Qué sucede? —se acercó más a los pajeños, la cámara zumbando con suavidad.

—Rawlins ha divisado una flota —informó Renner—. Una grande, procedente del interior del sistema. Orbita hiperbólica, acelerando como si dispusiera de mucha energía.

—Naves de guerra —dijo Blaine.

—Eso es lo que parece —acordó Renner—. No sé quiénes serán, pero vienen hacia aquí.

—Excelencia, tenemos noticias —dijo Omar—. Excelencia, todos los humanos se hallan a salvo. Uno, el ingeniero de la nave, fue herido de una manera que no logro entender, pero se me ha garantizado que no se debió a falta alguna de los Tártaros de Crimea, a quienes se ha informado del valor que tienen sus invitados. Uno de mis aprendices, muy joven e inexperto, pero que domina el ánglico, ha sido aceptado por los Tártaros y en su momento se le permitirá hablar con los humanos —Omar rebosaba alegría—. Por supuesto, para él será un placer invitar a un representante de nuestros aliados de Medina, tan pronto como éste llegue.

—Son espléndidas nuevas —comentó Bury—. Estamos en deuda con ustedes. Me pregunto si podríamos abusar de la hospitalidad de Medina pidiendo un favor más.

—Sólo ha de pedirlo, dando por hecho el que sea posible —dijo Eudoxo.

—Un mensaje —indicó Bury—. Sería bueno para todos los involucrados si se informara a Lord Blaine que sus hijos se hallan a salvo.

Eudoxo y Omar se miraron. La atención de Alí Babá permaneció clavada en Bury.

—Una idea interesante —comentó Eudoxo—. Aunque presenta considerables dificultades técnicas. Ni la India ni Medina controlan ya la Hermana de Eddie el Loco. Tampoco los Tártaros de Crimea. El Kanato domina ese punto y ahora está agrupando más naves de guerra para consolidar su posición. Naves propias, y de otros. Tememos que han creado una alianza formidable, una que incluso puede continuar creciendo.

—Una acción combinada de Medina y la India podría bastar para escoltar a una nave hasta la Hermana —dijo Omar—. Pero como la India posee más naves en esa zona, nuestras pérdidas serían mayores. Exigiríamos compensación.

—Tenía en mente algo mucho más sencillo —intervino Bury—. Enviar un mensaje a través del punto de Eddie el Loco al Ojo de Murcheson. Cojan una de sus naves nominales. Fíjenle un transmisor con una capa gruesa de material adecuadamente ablativo con un artilugio mecánico que lo active una vez que haya cruzado. Dejen que transmita su posición. Los cubos de mensaje del interior deberían sobrevivir lo suficiente para ser recogidos.

—Un artilugio mecánico sencillo —dijo Omar.

—La conmoción del Salto es una experiencia que con anterioridad se nos había descrito, y que ya he experimentado en persona dos veces —comentó Eudoxo—. Es... formidable. Excelencia, no hace falta indicarle que el contenido de un mensaje a su flota de batalla del bloqueo sería de gran interés para todos nosotros. ¿Convocará usted a esa flota aquí?

—No lo creo —repuso Bury—. Pero ¿no sería sin duda provechoso para nosotros tener esos recursos no desdeñables a nuestra disposición? —Miró de manera significativa a los Guerreros pajeños—. Y, desde luego, continuaríamos disfrutando de su espléndida hospitalidad mientras negociamos.

Eudoxo y Omar intercambiaron miradas; luego Eudoxo comenzó a hablar, despacio y con cuidado, en la lengua glotal que habían estado empleando los pajeños para comunicarse con sus Amos. Los dos Amos contestaron, cada uno a su Mediador, en ningún momento al otro. Se despachó mensajero. Volvieron dos; transmitieron mensajes a cada una de las Mediadoras. Los Amos hablaron rápida y brevemente, las Mediadoras durante más rato. La discusión prosiguió un buen tiempo mientras la cámara de Joyce zumbaba.

Bury esperó con una expresión de calma serena. Alí Babá la imitó, un estudio de seria concentración. Blaine informó del desarrollo al Simbad y a Renner.

Por último, Eudoxo habló:

—Parece que tiene usted razón, Excelencia. Quizá necesitemos de su flota. Hemos contabilizado cinco flotas que, con toda probabilidad, están convergiendo sobre nosotros. Una es de Bizancio. Disponemos de informes de que los Amos de las lunas de Paja Beta, el grupo que hemos llamado el Imperio persa, se encuentran agrupando una flota. El Kanato ha llamado a los aliados en su ayuda para mantener a la Hermana. Otro grupo grande viene desde la dirección del sol.

—En otras palabras, todo el que tiene naves de guerra se está involucrando —resumió Joyce Trujillo.

—Así es —afirmó Omar—, y por ello nuestros Amos han llegado a un acuerdo. La sociedad entre Medina y la India se renovará. Una vez que ello se consiga, sería bueno convocar los recursos que pueda aportar su Imperio...

—Antes de que nos maten a todos —dijo Joyce.

Omar hizo una reverencia.

—Así es.

Los Ingenieros habían levantado una pantalla alrededor de la zona donde el Doctor Doolittle y sus asistentes trabajaban en Terry. Freddy permaneció allí durante diez horas, mientras Jennifer y Glenda Ruth esperaban solas. Por último, salió.

—Tendré que volver dentro de un rato —dijo—. Quieren mis opiniones. La mayoría de lo que me preguntan lo desconozco, pero puedo operar el sistema de ficheros de datos para el Doctor Doolittle. Casi todos se hallan en gráficos. Algunos se los tengo que leer, con la ayuda de gestos. Aprende rápido: los números ya los entiende. ¿Hay algo de café?

Jennifer le pasó un bulbo.

—Debería calentarlo.

—Calienta el siguiente. Éste me lo beberé.

—De acuerdo —colocó un bulbo en el microondas y lo encendió—. Freddy, no he oído a Victoria ahí dentro.

—Lleva horas ausente. Uno de los otros, creo que el Ingeniero que estuvo «mejorando» al Hécate, vino y se la llevó, y eso fue lo último que supe de ella. A veces le hablo a un micro y el Doctor Doolittle escucha lo que debe ser una traducción, pero no sé quién hay del otro lado —sorbió el café tibio—. Está bueno. Gracias.

—¿Cuándo podré verle? —el grito de Jennifer sonó más como un gemido.

Freddy miró a Glenda Ruth.

Ésta eliminó su expresión pensativa y tuvo un escalofrío.

—Creo que deberías esperar a que te lo digan. Está sucediendo algo extraño.

—Tengo miedo —dijo Jennifer—. Él y yo hablamos de... Bien, creció en Tanith, ya lo sabéis. Freddy, ¿se pondrá bien?

—Si los pajeños pueden conseguirlo, así será —repuso Freddy—. Se están dedicando a ello. Disponen de un instrumento del tamaño y forma de una raqueta de tenis que inserta una imagen tridimensional del interior de Terry en nuestra pantalla tri-vi. Le tienen estabilizado. Su presión arterial lleva horas igual.

No fue obvio al instante: la forma vaga de la Mezquita había sido un bloque de hielo de agua penetrado por túneles cuando el Simbad se acopló. Pero los Ingenieros habían estado trabajando, tallando cuartos en el hielo, aislando, decorando. El salón, emplazado justo fuera de la antecámara de compresión del Simbad, no había parado de crecer durante las negociaciones. Ahora había una cocina pequeña, un guardarropa y un minigimnasio acabado a medias junto al foso de conversación en el que había sillones y sofás humanos y pajeños. Chris temía que adquiriera el tamaño de la ciudad de Serpens antes de que llegaran a conseguir algo.

Eudoxo habló larga e intensamente con el Amo llamado Almirante Mustafá Pachá. De vez en cuando Omar hablaba con el Amo de la India en la lengua gutural que Chris Blaine había aprendido a reconocer como el dialecto comercial pajeño. Alí Babá iba de Bury a Omar y de vuelta a Horace, pero su atención siempre estaba en Bury.

Los mensajeros marchaban de un lado a otro como monos araña de cabezas grandes, asimétricos, hermosos sólo en su agilidad. Las Mediadoras y los Amos tomaban frecuentes períodos de descanso y regresaban siempre juntos, a veces con cachorros pajeños. Ahora hablaban las Mediadoras, con viveza, como si ya no se hubiera discutido todo hasta la saciedad.

Chris observaba y escuchaba, y al cabo se ofreció a hablar para la cámara de Joyce. Ésta trató de hallar una excusa para negarse pero se rindió casi al instante.

—Gracias, teniente Blaine —dijo con suma cortesía, y le situó en un rincón del nuevo salón—. Bien: postura de erudito, ningún signo sexual, dale lo mejor de ti.

—Para tender un puente entre dos idiomas se requiere una lengua franca, porque los matices y los supuestos básicos no sirven. Hace falta cuando los matices no funcionan. Pero la lengua pajeña es inflexión y lenguaje corporal y hasta olor, y cualquiera de esas tres cosas ha de ser descartada ante un teléfono, o trajes presurizados, o un video con mala conexión. Lo extraño es la facilidad con que estos pajeños usan lo que pueden y descartan lo demás. No es sólo la flexibilidad de la lengua comercial. Por lo general deben crear una lengua comercial en el acto —Chris vio que unas orejas de trasgo se centraban en él y se preguntó cuánto entenderían. Cuanto entendería él—. Aquí tenemos un ejemplo. Alí Babá, que aún no ha entrado en la edad de la razón, comprende claramente el concepto llamado Fyunch(click) en la lengua de Paja Uno. Le estamos observando aprender el ánglico y la nueva lengua franca de manera simultánea, y en horas ha dominado lo que un niño humano brillante quizá cogiera en días o semanas. La especialización biológica en funcionamiento. Y, por supuesto, hemos visto eso en las otras especialidades. Estamos aprendiendo mucho sobre los pajeños, y esto es importante.

—¿Podría explayarse más, teniente? —preguntó Joyce. Su tono de voz fue altamente profesional.



—Esta vez no tenemos elección —repuso Chris—. Los bloqueos no van a funcionar. Deberemos aprender a convivir con los pajeños...

—De un modo u otro —dijo Joyce, pero su propio micrófono no estaba encendido—. Teniente... —calló de repente.

Ahí volvían los mensajeros emparejados. Chris los contempló corretear por la roca multicolor de la sala, interrumpiendo sus zancadas y entrando en canales y depresiones. Los había observado varias veces, y en esta ocasión no le cupo duda: su pelaje cambiaba de color para hacer juego con el de la roca. Eso lo conseguía la piloerección, exponiendo diferentes capas, pero el efecto los ocultaba como camaleones. Llegaron hasta sus respectivos Amos, se aferraron a los pelajes de éstos y susurraron brevemente.

Los Amos tuvieron un último intercambio con sus Mediadores, y los cuatro Mediadores se acercaron al grupo humano.

—Excelencia —comenzó Omar—, me complace informarle que Medina y la India han llegado a un acuerdo, en principio y en todos los detalles esenciales.

Hizo una reverencia; sus pies abandonaron la roca y retornaron a ella cuando se enderezó.

—Es satisfactorio —dijo Bury.

Eudoxo también hizo una reverencia. Nadie rió.

—Hemos llegado a un acuerdo sobre nuestro rango y dominios, pero lo más importante es que hemos llegado a un acuerdo sobre usted. No le revelarnos nada nuevo al decirle que nuestras elecciones son limitadas, y que nuestro mayor bien es su amistad.

Bury asintió.

—Más satisfactorio aún. Es un honor ser sus amigos.

—Gracias —repuso Omar—. Nos damos cuenta de que aunque le vigilemos componiendo el mensaje que enviará a sus colegas del Escuadrón de Eddie el Loco, todavía debemos confiar en usted para que nos explique su significado. Antes de que lo envíe, naturalmente querrá hablar con la tripulación a bordo de su nave, y es inútil retenerle aquí. Cuando haya completado el mensaje, la India lo entregará. Se está preparando una nave adecuada.

En esta ocasión la sonrisa de Bury fue cálida y auténtica.

—Nuestro agradecimiento. Su hospitalidad ha sido admirable, aunque quizá mis amigos se encuentren más cómodos a bordo de nuestro propio yate.

—Hay una cuestión —indicó Omar—. Mi colega en la flota de los Tártaros de Crimea transmite su observación personal de que todos los humanos a bordo del Hécate están vivos, y sólo el Ingeniero-Guerrero ha sido herido; mas por motivos que la Mediadora de los Tártaros de Crimea no explica ni discute, no se le ha permitido hablar con ellos. Se nos ha prometido que esto cambiará pronto.

Bury reconoció la información con un asentimiento.

«Es malditamente extraño», pensó Chris. «Algo ha cambiado, sucedió algo que los Tártaros no quieren que descubramos. ¿Qué será?» Pero Eudoxo y Omar sabían de eso tanto como él.

—¿Desean regresar a su nave ahora? —preguntó Eudoxo.

Bury hizo un gesto afirmativo con expresión grave.

—Sería conveniente.

—Medina y la India han llegado a otro acuerdo, Excelencia —informó Omar—. Pero requiere su consentimiento. Con su permiso, Alí Babá se convertirá en su compañero. Un aprendiz. Desde luego, sólo pasará parte del tiempo con usted, ya que también debe aprender nuestras lenguas y costumbres.

Bury realizó una leve reverencia.

—Me siento halagado. Le considero una compañía amena. Sin embargo, entenderán que habrá momentos en que deba estar solo con mis amigos.

—Por supuesto, Excelencia.

—Mientras tanto, esto es satisfactorio. Vamos ahora a redactar nuestros mensajes. Desde luego, les leeremos y explicaremos cualquiera que realicemos.

—Gracias. Les proporcionaremos una escolta —indicó Eudoxo, y se dirigió a Mei-Ling—. Joyce, a sus espectadores quizá les interese esta base. Si desea ver más de ella, yo estoy disponible para guiarla. Regresará al Simbad en... ¿digamos dos horas?

—Tal vez en otra ocasión —repuso Chris Blaine por ella.

¿Qué tenían en mente? Había matices aquí: sutiles, ominosos. Eudoxo extendió un poco las manos.

—Puede que no haya otra ocasión en que ambos estemos libres; pero desde luego, será como usted desee.

—No, está bien, quiero ir —afirmó Joyce—. Pueden informarme del mensaje luego, cuando terminemos la entrevista. Eudoxo, me encantaría ver el resto de su base.

—Muy bien. Reúnase con nosotros apenas pueda, Joyce —dijo Bury con afabilidad.

Como oficial de la Marina, Chris sabía que no poseía la autoridad de Bury. Si Bury no veía modo de detenerla, ¿cómo lo lograría él? Tendría que utilizar la persuasión...

Pero fue superado en las maniobras. Joyce se había ido, con Eudoxo abriendo el camino y un Guerrero detrás. Bury y Omar les siguieron a un paso relajado, conversando; Alí Babá en brazos de Bury. Dejaron a Chris y a Cynthia para que cerraran la retaguardia.

Después de estar quince horas oculta en las profundidades de la Cerbero, Victoria cruzó la antecámara de compresión con la agilidad y velocidad de un Mensajero. Glenda Ruth se sobresaltó.

—¿Victoria? Victoria, ¿qué...?

—Tenemos que hablar. Arriban embajadores.

—¿Embajadores de dónde?

—Los segundos que llegarán, son del reino que está aliado con sus naves Simbad y Átropos; por lo tanto, de la Compañía de Comercio de Medina.

Jennifer sonrió con admiración.

—Medina...

—Luego —interrumpió Victoria—. La nave de Medina vendrá aquí; la Ciudad de las Alimañas es un objetivo conveniente. Pero el primero de los embajadores ya se halla a bordo. Informa que es un anterior aliado de Medina; por lo tanto, es de la Compañía de Comercio de la India. Los dos ahora se hallan involucrados en una danza de dominio. Debemos aclarar ciertas cuestiones antes de que pueda verles. Nosotros llevamos ya varios días danzando verbalmente.

Glenda Ruth miró la pantalla que escondía a Terry y al Doctor Doolittle.

—¿Podemos pedir un médico humano?

—Él no se encuentra en más peligro que ustedes —repuso Victoria—. ¿Cómo es que uno de nuestros Ingenieros se ha vuelto macho sin dar primero a luz?

—Ohh —dijo Jennifer.

—Y lo mismo uno de nuestros Guerreros —prosiguió Victoria—, y aunque es difícil seguir con atención a los Relojeros...

—¿Cómo se siente usted?

—Debemos aclarar esto ahora. ¿Nos ha infectado con una muerte alienígena? ¿Qué ha preguntado, Glenda Ruth?

—¿Cómo se siente usted, Victoria?

La Mediadora degustó la pregunta, como si encontrara el sabor nuevo y fascinante.

—Me siento bien. Motivada. El aire es dulce, nuestra comida parece estar a su altura, mi apetito... —de pronto, Victoria metió la mano entre sus piernas—. Hable deprisa —instó—. Por sus vidas.

—Tengo una grabación que enseñarle.

INFORMES DEL INSTITUTO BLAINE, Volumen 26, Número 5  
Número de la Biblioteca Imperial ACX-7743DL-235910:26:5.

*Enfoques para la estabilidad de la Civilización de la Paja*

Ishikara, Mary Anne; Dashievko, Ahmed; Grodnik, Vladimir I.;  
Lambert, George G.; Rikorsky, W. L.; y Talbot, Fletcher E.

El Simbionte A-L

La investigación mencionada en este documento ha sido patrocinada por subvenciones del Ministerio Imperial de Defensa, la Comisión Imperial de Selección para Relaciones de Gobierno con Alienígenas y la Fundación Blaine.

### Resumen

El Simbionte Blaine o lombriz A-L (Anticonceptivo-Longevidad) ha sido creado por ingeniería biológica de un organismo parasitario benigno de los pajeños similar a los platelmintos. El organismo A-L resultante es un simbiote que vive en el cuerpo pajeño y produce la misma hormona que producen los testículos del macho.

Los simbioses originales se hallaban universalmente presentes en los tractos intestinales de todos los pajeños estudiados. Las primeras formas se detectaron en el Ingeniero pajeño llevado a bordo de la MacArthur, pero ninguno de estos especímenes sobrevivió. El actual simbiote A-L ha sido criado de una cepa tomada del pajeño conocido como Iván. Se sabe que sobrevive en las castas Mediadoras, y no hay motivo para suponer que no prosperará en todas o en la gran mayoría de las castas pajeñas.

En las castas pajeñas examinadas hasta ahora ha habido un testículo, y los documentos traídos por los embajadores pajeños, y los pajeños mismos, no contradicen esto. Por lo normal, el testículo se marchita. Hapgood et al. (1) han especulado que dicho marchitamiento se activa en parte por feromonas emitidas por una hembra embarazada, pero se sabe que el proceso es más complejo [véase Ivanov y Spector (2)].

Al marchitarse el único testículo, el pajeño se vuelve hembra. El embarazo ha de tener lugar muy poco después o la pajeña enferma y muere, con síntomas no muy distintos a la deficiencia vitamínica. Véase Renner, K. (3), Fowler, S (4) y Blaine y Blaine (5), lo mismo que el informe de la expedición «MacArthur» (6), para más detalles. El proceso de dar a luz estimula células en el canal de nacimiento y se forman más testículos masculinos.

Por lo normal, el simbiote A-L se acomoda en cualquier parte de la cavidad corporal y no se marchita. Los datos presentes indican que varios A-L no ejercen más efecto que uno. Se cree que se debe a la secreción de exceso de hormona a través del Conducto 6 (a título de ensayo, el riñón).

No hemos observado signos de que la A-L se criará en un pajeño hostil, sin duda debido a la inhibición de la misma hormona. En consecuencia, las A-L se deben criar externamente en un entorno que proporcione el suficiente fluido alrededor de ellas para que exalte a la hormona.

### Informe de vídeo (Reuters)

*El Instituto Blaine anuncia nuevos desarrollos en bioingeniería*

[Extracto de película: Lord y Lady Blaine, la honorable Glenda Ruth Blaine, estudiantes del Instituto Blaine y Su Excelencia el Embajador de Paja Uno, anunciando la publicación de resultados en el desarrollo de la bioingeniería].

—Por supuesto, esa grabación se pudo hacer en cualquier momento —dijo Victoria.

—Yo aparezco en ella.

—O es una doble muy buena, Glenda Ruth. Requeriría mucha previsión planear con tanta antelación nuestro engaño y hacernos creer que un Mediador puede sobrevivir tanto..., aunque su Imperio tiene los medios y el motivo para ello.

—Yo también aparezco —apuntó Jennifer.

—Sí. Se requerirían dos dobles y dos alteraciones quirúrgicas de adultos. ¿Se halla eso más allá de su capacidad, acaso?

Los ojos de Freddy pasaron de la pantalla a Glenda Ruth y de vuelta a la pantalla... y sacudió la cabeza. Victoria, observándole con atención, continuó:

—La supervivencia de Jock le sorprendió a usted, Freddy, cuando se enteró de ello por medio de Jennifer y de Glenda Ruth. Con el entrenamiento que tiene ella, ¿podría Glenda Ruth engañarle? ¿Y Jennifer?

—No se trata de eso. Piense, Victoria. Si las que aparecen en la película no son Glenda Ruth y Jennifer, entonces se trata de dos actrices recién salidas de una operación quirúrgica que tendrían que engañar a los Mediadores pajeños, y saber que lo han conseguido...

«¡Bien por Freddy!», pensó Jennifer.

—Este juego no nos proporciona ningún beneficio —comentó Glenda Ruth—. Victoria, usted ya se siente mejor que en los últimos años. Y su Ingeniero y su Guerrero, ¿están enfermos acaso?

—¿Esto es reversible en las castas fértiles? —demandó Victoria.

—Probablemente. Con dificultad, pero es muy probable. ¿Es el parásito endémico en las civilizaciones espaciales?

—De ser así, es algo que desconozco. No forma parte de mi habilidad. ¿Estaría yo infectada con un parásito sin llegar a saberlo?

—¿Por qué no? A menudo le pasa a la gente —repuso Freddy.

—¿Aun a aquellos que viven en aislamiento? Veo que así lo creen.

La pajeña calló, y fueran las que fueren las expresiones que Glenda Ruth había sido capaz de leer, se vieron sustituidas por una máscara distinta.

—Debo meditar en ello.

—Espere —Glenda Ruth podría haberse quedado callada...

Pero era demasiado tarde. Victoria dio media vuelta.

—¿Qué?

—No tengo mejor argumento que eso —Glenda Ruth señaló—. En la pantalla, Victoria.

La atareada nave espacial de la Flota Captora había arrancado una franja enorme del revestimiento de la ciudad. Caos quedó expuesta, una colmena de celdas que aún centelleaba con defensas. Los cadáveres se alejaron flotando en una pestilente nube de puntos negros. Las naves sacaron un kilómetro cuadrado de revestimiento de la herida y entraron para hacer su trabajo. No debía perderse nada.

—Ése es su pasado, un millón de años o más en su pasado. Criándose a sí mismos para convertirse en una horda caníbal hambrienta, para luego matarse en un baño de sangre. La Ciudad de las Alimañas. Sin nosotros, ése es su futuro, para siempre —Glenda Ruth señaló todas las pantallas—. Deben elegir entre la Ciudad de las Alimañas... o la Lombriz de Eddie el Loco.

#### 4. Mensajes

*Tres pueden mantener un secreto,  
si dos de ellos están muertos.*  
Benjamin Franklin, *Poor Richard's Almanac*

—Chris, ya es hora —dijo Kevin Renner—. Háblame de Joyce y de ti.

Blaine miró de Renner a Horace Bury. No obtendría ayuda ahí. El salón del Simbad había crecido más; parecía muy grande, y muy vacío.

—De acuerdo, capitán. Estábamos durmiendo juntos, por decirlo de un modo, y de repente dejamos de hacerlo. Me preocupa más lo que los pajeños puedan sonsacarle.

—A mí también. Inténtalo de nuevo.

Chris Blaine ya no le vio sentido a fingir que no le entendía.

—Llegué a conocerla. Vi lo que ella buscaba en mí, en un hombre, y cuando dispuse de algo de tiempo libre... demonios, dejé que ella lo viera. Pero cuando llegamos a MGC-R-31 y aparecieron las naves pajeñas... ¿Cómo explicarlo?

—Quiso que mantuvieras tus promesas.

Chris se quedó boquiabierto.

—Bueno, aunque yo nunca...

—Lo que ella quiere de un hombre —prosiguió el capitán— es conocimiento y poder. Eso es lo que tú dejaste que ella viera. Mas cuando aparecieron los pajeños, quiso participar en la acción. Tú no podías darle eso. Ni siquiera podías dejar que siguiera interrumpiéndote mientras estabas de servicio. ¿Qué más no podías darle?

—Oh, demonios. Capitán, ella deseaba saber qué era lo que traía mi hermana. ¡Yo no lo sé! No con certeza; sólo sé lo que papá y mamá, y el Instituto, querían.

—Que ya es bastante —dijo Renner.

—Bueno, no..., bueno. Ése era el problema. No podía contarle todo lo que yo sabía porque los Mediadores lo leerían en ella. Lo estarían haciendo ahora mismo si supiera algo. Ella ya ni siquiera me habla.

—Chris, sí que hiciste algunas promesas. Usaste tu lenguaje corporal y matices y todas las cosas que te enseñaron Jock e Iván. Debes ser más cuidadoso en cómo utilizas a la gente —las orejas de Chris ardieron—. Si le contaste algo, si ella averiguó algo que los pajeños no debieran saber, dímelo ahora.

—Capitán, ella le oyó a usted hablar sobre la lombriz de Eddie el Loco. Estaba segura de que yo tenía que saber todo al respecto. No hubo nada que yo pudiera hacer para convencerla de lo contrario.

—Es una reportera. Debe de haber conocido a todos los tipos de mentirosos existentes.

—Sí. Yo creí que tenía que tratarse de la lombriz A-L de mamá. Pero no se lo dije, y ahora ella piensa que soy una mierda. Sí, ella tiene razón: le mentí. Tuve que hacerlo.

El capitán Renner le estudió, y al cabo suspiró.

—De acuerdo, teniente. Y ahora, ¿qué demonios está pasando? ¿Qué lectura sacas de la situación con los Tártaros de Crimea?

—Creo que Omar está tan confundido como nosotros —repuso Blaine—. Glenda Ruth debe haber hecho algo para sacudirlos.

—Quizá seamos capaces de adivinar qué —comentó Bury—. Lo cual podría situarla a ella en cierto peligro.

—Si la lombriz funcionó tal como se esperaba —afirmó Chris.

—Sí, pensé en eso —dijo Renner—. Pero hasta ahora...

—Hasta ahora no les ha sucedido nada malo —concluyó Bury—. Y el tiempo juega mucho de nuestro lado. El Imperio, a pesar de todas sus divisiones, sigue siendo un poder casi unificado. No nos hace falta negociar alianzas para ganar fuerza. Pero con los pajeños no sucede lo mismo.

—Horace, ¿qué les pasará a los pajeños? —demandó Renner—. ¿Qué debería pasarles?

—De verdad que no lo sé.

—Me perdonarás, pero ya no pareces el fanático que solías ser.

—Kevin, ¿cómo podría serlo? Aquí veo una tragedia: un pueblo no muy distinto del mío, con pocos recursos, dividido en contra de sí mismo.

—¿Encontrar el lugar atestado de Mediadores Bury pudo haber cambiado tu perspectiva?

—No pasen por alto lo que ello implica —intervino Chris—. Pueden tragarse los puntos de vista de Su Excelencia y no ahogarse con ellos. Eso nos revela mucho acerca de los pajeños.

—Sí, pero ¿nos revela lo suficiente? Horace, no puedo creer que tú hayas cambiado tanto.

—Me inclino ante la voluntad de Alá. Kevin, el Imperio apenas tenía recursos para vigilar una sola puerta, y con la ventaja de que estaba metida en un sol. ¿Deberá tener ahora dos flotas de bloqueo, incluso una tan grande como para mantener clausurado un volumen de espacio normal? Quizá, pero a un coste muy elevado. ¿Y durante cuánto tiempo? Kevin, los pajeños no han dejado de ser la misma amenaza, pero nuestra habilidad para contenerlos no es la adecuada para la tarea.

—Entonces, ¿ahora qué?

Bury miró a través de la ventana de la Mezquita e hizo una mueca. En alguna parte de la pálida superficie de Base Seis se hallaba Joyce Mei-Ling Trujillo, inalcanzable.

—Primero lo primero —repuso—. Hemos de componer el mensaje que los pajeños enviarán por nosotros. ¿Qué pondremos?

—¿Crees que es seguro este sitio? —preguntó Renner.

Bury se encogió de hombros.

—Con todas sus habilidades, Nabil fue incapaz de detectar aparatos de escucha. No creo que los pajeños puedan tener tanta confianza como para atreverse a plantar un aparato con la certidumbre de que nosotros no lo localizaremos. Si encontráramos uno, afectaría mucho nuestra relación con ellos. Actuemos como si no hubiera ningún pajeño escuchando, pero no como si estuviéramos seguros de ello.

—En cuanto a eso, ¿qué pasará cuando Alí Babá se encuentre con nosotros? —quiso saber Renner.

—Entonces seremos leales aliados de la India —contestó Bury—. Los Mediadores pajeños sirven a sus propios Amos.

Renner asintió.

—Blaine. El Mensaje.

—Una rápida descripción de la situación, con todos los datos de la geometría Alderson que tenemos —dijo Blaine—. Incluyendo todos los datos de la Biblioteca de Alejandría. Ello facilitará mucho la decisión de que la Flota llegue hasta aquí. Pero por supuesto, no hay grandes posibilidades de que ello suceda. El almirante es el honorable sir Harry Weigle. Fue enviado después de los primeros artículos de Joyce Trujillo, destinado a limpiar la corrupción y devolverle cierta disciplina al Escuadrón de Eddie el Loco. Está haciendo un buen trabajo en eso, pero no es propenso a desobedecer órdenes.

—Y las que tiene son las de mantener el bloqueo —comentó Renner.

—Exacto.

—¿Qué podremos hacer para convencerle?

Blaine pensó durante un momento.

—Habrás que persuadirle de que posee un deber mayor que el de cumplir sus órdenes.

—¿Podrías lograrlo?

Chris lo meditó.

—Posiblemente. Yo no puedo llegar hasta él, pero usted sí, sir Kevin. De modo que repasemos lo que él sabe. Primero, el Punto Alderson que lleva a Nueva Cal se ha movido. Lo mismo el Salto a la Paja, y eso lo sabrá; sin embargo, es probable que no lo haya encontrado. Estará bailando por algún sitio en el interior de una estrella roja gigante.

—La MacArthur lo encontró con facilidad hace treinta años —les recordó Bury.

—Era una geometría diferente. No había ninguna estrella oscilante distorsionando el sendero —dijo Renner—. Y tampoco fue tan malditamente fácil. Créeme.

Blaine asintió.

—La MacArthur y la Lenin iban con equipo especial y llevaban a bordo a algunos de los mejores científicos del Imperio, junto con un navegante de primera. Aun así les llevó un tiempo encontrar al viejo Eddie. Bien. Vamos a necesitar ayudarlo con el nuevo punto de Eddie el Loco. Eso hará que empiece a pensar de forma correcta. Le daremos la información que le facilite su misión... —un gesto de cabeza de Renner instó a Blaine a proseguir—. Lo delicado es cerciorarnos de no pedirle que viole órdenes. Como que permita que cualquier cosa salga de la estrella y se dirija a Nueva Cal.

—De modo que le pediremos que escuche antes de disparar.

—Puede que lo haga —comentó Blaine—. Vale la pena probarlo.

Eudoxo la condujo hacia abajo y en sentido oblicuo al salón. Había trajes para el espacio esperándola en una cámara a cien metros por debajo de la Mezquita. Joyce se quedó perpleja. ¡Ella no había salido nunca del Simbad!

Eudoxo la observaba. Esa sonrisa irritante... ah. Joyce grabó: «La sonrisa pajeña es rígida. Siempre está ahí. No la ves en una Mediadora a menos que no esté enviando ninguna otra señal».

Joyce se puso un traje presurizado ceñido a la piel (le provocó una sensación rara, aunque confortable), casco tipo pecera, traje exterior termal (más ligero que lo que había esperado) y capa de espejo. Parecían arcaicos: casi encajaban con las especificaciones del Imperio de treinta años atrás, alterados para gustos alienígenas.

—¿Cómoda?

—Sí —le contestó a Eudoxo.

Quedó aliviada. Había creído que tendrían que regresar a la Mezquita. El casco mostraría su cara para la cámara.

Dos de los pequeños Mensajeros se les unieron. El grupo retornó al túnel con el aspecto de cinco muñecos plateados e hinchados. Atravesaron tres puertas de una sólida antecámara de presión y salieron a la gélida superficie.

Recordó que era hidrógeno congelado: esponjoso, comprimido sin mucha cohesión, a la vista no muy distinto del hielo hecho de agua. Quizá incrustado en hielo de agua. ¿Cómo podía uno distinguirlo? Ella no sentía el frío.

—Éstos son asideros, todos menos los verdes y rojos —indicó Eudoxo—. No se suelte, Joyce. La Base se encuentra bajo aceleración.

Joyce asió un cabo amarillo y anaranjado.

—¿Verdes y rojos?

—Los verdes son cables superconductores. Los rojos combustible —Eudoxo ya se movía, saltando por la superficie con el cabo deslizándose por sus manos—. Y los tubos grandes y transparentes son para transporte.

El hielo gris se curvó bruscamente. Detrás de una curva se veía la cima de una cúpula. En la otra dirección, la Mezquita acunaba al Simbad. Un destello rojo y brillante se vislumbraba por encima de su lomo: el Ojo. En otra zona, un resplandor violeta en el horizonte tenía que ser los motores de fusión impulsando a Base Interior Seis.

«¡Tomas fabulosas! ¡El tipo de cosas sobre las que se cimentaban las carreteras!» Se rió para sus adentros. ¡La expresión desesperada de Chris! «Como si, para empezar, me hubiera contado algo. Como si los pajeños pudieran leer mi mente... o mi cara. Además, ¿qué es capaz de ver Eudoxo? Soy como una gran almohada plateada».

Pero si Joyce podía ver la sonrisa pajeña... menos irritante ahora que la comprendía..., entonces Eudoxo también era capaz de ver su cara.

Eudoxo los alejaba de los motores, hacia proa. Joyce la siguió. El Guerrero la siguió a ella, y los Mensajeros.

El cabo se bifurcó; siguieron el amarillo. Condujo a una cúpula pequeña. Varios pajeños alzaron la vista hacia Joyce a través de un ojo de buey de cristal y un montón de mo-  
ho verde oscuro: tres Blancos, un Guerrero, un Mensajero, algunos Relojeros.

—Joyce, ¿que pasa con Horace Bury? —preguntó Eudoxo.

—¿Qué quiere decir?

—Hace treinta años, él consideró que el sistema de la Paja era el modo perfecto de enriquecerse. Y no pudo ver suficiente de todo. Ahora parece mucho más calmado, menos ambicioso, más como un Guardián. Pero...

Joyce se mostró divertida.

—Ya en aquel entonces era más viejo que lo que puede ser un hombre sin importante ayuda médica. Y han pasado treinta años.

—Pero hay más. Recula cuando se acerca un Guerrero. De acuerdo, también usted; puedo entenderlo —Eudoxo había perdido toda traza de acento, se dio cuenta Joyce de repente—. Pero recula de los Relojeros. Aun de los recién nacidos de otras castas..., hasta que descubre que no son Relojeros.

—Le fuerzan la vista. Sus ojos no pueden ser tan...

—No, Joyce, no se trata de su tamaño. Le gustan los cachorros pequeños de Mediadores, una vez que sabe lo que son.

La actitud de Bury hacia los pajeños no era un secreto en el Imperio. Más bien todo lo contrario.

—A ustedes siempre les ha temido —repuso Joyce—. Incluso se ha sentido aterrado... desde que regresó de la primera expedición a la Paja. Pero está cambiando. Puedo verlo.

—¿Por qué?

Joyce lo meditó. La actitud de Bury hacia los pajeños no era un secreto, pero la causa de la destrucción de la MacArthur sí era un secreto de la Marina; un secreto para los pajeños, por orden del Consejo del Rey. Aunque era una buena pregunta. ¿Qué estaba cambiando a Horace Bury? La codicia, probablemente.

—Todavía se pueden ganar inmensas fortunas. Poder e influencia para Bury y sus familiares.

Tres naves espaciales distintas eran alimentadas desde cables rojos que se hundían en el hielo. Cada vehículo estaba construido con la solidez de una caja fuerte. Un tubo transparente circundaba a las naves; cajas y pajeños de diversos tamaños volaban por su interior.

Eudoxo no intentó impedir que Joyce rodeara las naves con la cámara grabando. Otra gente —Chris, el capitán, el doctor Buckman— entenderían más que lo que ella comprendía. Apuntó la cámara a lo largo del tubo, mirando volar a los pajeños. Guerreros, cuatro Ingenieros, un Mensajero...

—No tenemos por qué avanzar tan despacio, Joyce —dijo Eudoxo—. El tubo es más veloz y usted aún disfrutaría de una vista.

Nada de acento, pero una irritante suntuosidad, un exceso de énfasis en las consonantes... ¡Su voz! Eudoxo hablaba con la voz de Joyce Trujillo, exactamente tal como ella sonaba las filmaciones de video.

—No, así está bien —repuso—. Estoy consiguiendo tomas estupendas.

La Mediadora siguió andando. A popa, el brillo de los motores se había fundido con el cielo negro. Eudoxo se detuvo. Joyce y el Guerrero le dieron alcance; habló brevemente con el Guerrero. Luego, su brazo derecho superior señaló hacia adelante y arriba.

—Allí, Joyce. ¿Qué ve en el cielo?

Joyce siguió el largo brazo derecho superior de la criatura.

—Sólo estrellas.

—El Guerrero dice que lo ha localizado, el lugar geométrico de sus amigos.

—¿Tienen buena vista los Guerreros?

—Sí.

Joyce tecleó en la cámara, instruyéndola para que encontrara y se centrara en el punto más brillante de su campo de visión, que redujera el campo y aumentara la toma. La levantó por la manga, la alineó a lo largo del brazo de Eudoxo y la encendió.



La cámara serpenteó en su manga, los giroscopios zumbaron. Un ancho campo de estrellas apareció en el monitor de imagen. Allí: una lentejuela contraída que reflejaba una débil luz solar, apenas más grande que un punto. Joyce hizo que la cámara la aumentara. Comenzó a verse una estructura, espejos contraídos, una colmena desgarrada y abierta, puntos de color violeta que podían ser antorchas de fusión o naves espaciales.

—¿Lo tiene? Es un nido de Ratas de guerra y Relojeros. Lo están recogiendo los Tártaros de Crimea. Ahora siga mi dedo abajo hasta el horizonte. ¿Ve un puñado de puntos azules?

—Lo tengo —era como había dicho Eudoxo, un puñado de puntos azules y no más.

—En su mayoría son naves del Kanato. Dentro de cuatro horas arribarán al nido de las Ratas, pero en veinte minutos los Tártaros saldrán de allí. Se negocia en este momento. Se reunirán con Base Seis a medida que pasemos, y ellos tienen a sus amigos.

—¡Estupendo! Debería contárselo al capitán.

—Nosotros lo haremos —indicó Eudoxo.

—Bien —Chris tendría que haber estado aquí, pensó con satisfacción. Una idea repentina— ¿Los Tártaros se han convertido en aliados de ustedes?

«Y por ende, en los nuestros...», pensó.

—Tal vez. De momento se hallan en peligro mortal, y nosotros les ofrecemos refugio. Para el futuro... ¿Qué es el futuro, Joyce? La cuestión no es qué lugar tendrán los Tártaros en relación con Medina y la India, sino qué lugar tendrán los pajeños en el universo.

—No puedo responderle a eso.

—No, pero seguro que lo habrá pensado.

—Claro. Mucha gente lo ha hecho.

El interés por los pajeños se encendía y moría y volvía a encenderse en todo el Imperio, y las últimas noticias provocarían el resplandor más grande de todos. Qué hacer con los pajeños sería el tema de discusión en todas partes. La Liga de la Humanidad. El Senado Imperial. La Liga de la Marina. La Asociación Imperial de Comerciantes. El consejo editorial de su propio sindicato de noticias. Las ancianas tomando el té.

Empezaba a notar el frío... ¿o era la oscuridad? No tenía el cuerpo frío; de hecho, sudaba con el ejercicio, pero el cielo negro y el hielo gris tiraban de su mente. Dejaron las cúpulas y las naves atrás.

Eudoxo iba dando saltos a su lado, hablando, mientras el Guerrero marchaba en la vanguardia esta vez.

—Hemos asumido un gran riesgo, ¿sabe?

—Sí —respondió ella.

—Si tan sólo pudiéramos entender una cosa, sentiríamos que nos encontramos en una situación mucho menos peligrosa. Sus superiores parecen esperar... ¿cómo llamaremos a nuestra unión de alianzas? ¿Consortio?... Parecen esperar que el Consortio de Medina permanezca estable, que en última instancia hable en nombre de todo el sistema de la Paja. ¿Cómo pueden esperar tal cosa?

—No lo sé.

La pajeña estaba alejada: Joyce no podía verle la cara. Ella tampoco sería capaz de ver la de Joyce. Todas las discusiones de pajeños se reducían a lo mismo: no había ningún gobierno central pajeño, y no daba la impresión de que llegara a haberlo alguna vez. ¿Cómo podían existir relaciones estables con una caldera de familias pajeñas? Ni siquiera el verdadero Gengis Khan había sido capaz de formar un imperio estable de mongoles...

Llegaron a un círculo de cúpulas entrelazadas por cables de todos los tamaños y colores, con una gran nave que se elevaba del centro. En la minúscula gravedad, Joyce subió de un salto a la cima de una cúpula y aferró un cabo asidero. Joyce se consideraba en buen estado físico, pero esto era un trabajo duro... y el Guerrero se situó a su lado en un instante, y aquí llegaba también Eudoxo. ¿Los pajeños no se cansaban más deprisa que los humanos?

Eudoxo le habló al Guerrero, quien dijo poco, y luego pasó al inglés.

—La nave de un Amo es mayor, con el fin de albergar un séquito, y está construida para el servicio de inteligencia, las comunicaciones y la defensa, jamás para el sigilo. En la batalla, quizá dejen con vida a un Amo para las negociaciones posteriores.

—Mmh.

Joyce filmaba la nave enorme, la antena retráctil, el largo cilindro que debía ser un arma: cañón, depósito de cohetes, láser, lo que fuere.

—He oído que su Imperio prefiere no interferir con las culturas distintas que lo conforman, pero que a veces debe hacerlo. ¿Ése es nuestro destino?

—Tampoco lo sé, aunque espero que sea mejor que lo que han hecho hasta ahora —Joyce quedó sorprendida ante su propia vehemencia. «Soné igual que mi padre, y jamás me he considerado una Imperialista».

—Joyce, hay muchas más cosas para ver. ¿Tomamos un tubo?

La fatiga la volvía irritable.

—Eudoxo, son demasiado pequeños. Además, ¿por qué eso iba a ser más fácil? ¡Aún tendríamos que movernos!

—No. La diferencia en la presión del aire nos mueve en los tubos. Para encajar dentro deberemos desinflar nuestros trajes externos. los Mensajeros nos seguirán cargando con ellos.

—Hecho.

Victoria entró en la zona de la Cerbero reservada a los humanos.

—Representantes de las Casas aliadas con su Imperio les aguardan —anunció—. Rejojan sus posesiones. En particular sus artículos de negociación. No volverán aquí, y quizá no seamos capaces de salvar esta nave.

Los humanos se la quedaron mirando sorprendidos.

—¿Qué está pasando? —demandó Glenda Ruth.

—Se aproxima el Kanato. Hemos formado una alianza con el Comercio de Medina. Sus representantes les esperan. Se llaman a sí mismos Mentor y Lord Byron, y ustedes deben garantizarles que aquí han sido bien tratados. Confío en que no habrá dificultad en eso.

—No es problema —dijo Freddy—. Y yo puedo permitirme el lujo de perder el Hécate, pero ¿que va a pasarnos a nosotros?

A modo de respuesta, Victoria señaló una imagen que había en la pantalla del telescopio. La Ciudad de las Alimañas seguía cambiando, disminuyendo... Glenda Ruth vio que desaparecía rápidamente, dejando protuberancias largas... con naves espaciales esbeltas que emergían de las ruinas.

—Me parecen familiares —comentó Glenda Ruth.

Freddy se rió.

—¡Son copias exageradas del Hécate!

—Ustedes subirán a bordo de la más veloz. Huiremos. Guerreros retrasarán al Kanato todo lo que puedan, otros tratarán de salvar esta nave y cualquier otra, pero igualaremos velocidades con sus amigos, que hallarse en una fortaleza móvil considerable.

—¿Cuán rápido vamos a ir? —inquirió Jennifer.

Victoria frunció el ceño.

—Tanto como podamos. Tres gravedades... gravedades de Paja Uno.

Paja Uno era un mundo más ligero que la Tierra.

—Digamos dos gravedades estándar y media —dijo Freddy—. Pero Terry...

—Terry no puede soportar eso —afirmó Jennifer.

—No. Victoria, gracias, pero...

—No salvarán su amigo siendo capturados por el Kanato —repuso Victoria—. Y tal vez ellos no sean tan comprensivos con los beneficios de chocolate. Me temo que en esto no puedo dejar elección. Sus amigos perdonarán dejar atrás a un humano, herido en cosas en las que él quiso participar. No serán amables si abandonamos a todos. Vamos.

—Yo me quedo —dijo Jennifer—. Glenda Ruth, tú y Freddy marchaos. Victoria tiene razón: vosotros sois importantes, y no importa cómo haya sucedido, el Imperio no lo

aceptará si os perdemos. Pero alguien ha de cuidar de Terry, y podéis decirles que yo insistí. Polyanna...

—Queda con Jennifer —dijo la pajeña. Su voz era el acento de Jennifer pero con un registro más grave.

—Sea lo que fuere que haga, ha de ser enseguida —advirtió Victoria—. Escuadrón de batalla del Kanato se acerca, y sus amigos impacientes de hablar con ustedes.

—Escuadrón de batalla. ¿Cuán razonables serán? —preguntó Glenda Ruth—. ¿Hablarán?

—Mediadores siempre hablarán cuando no haya una lucha activa. A veces también entonces. Desde luego, si Mediador de esta expedición habla su lengua. Jennifer tendrá a Polyanna para que la ayude.

—Te ayudaré a hablar —afirmó el cachorro de Mediador. Jennifer lo abrazó.

—No intenta convencerme para que no me quede —dijo a Victoria.

—Esperaba que se quedaría —repuso Victoria—. Entonces, su Terry quizá sobreviviera hasta que Medina pudiera comprarlo de nuevo al Kanato. Sin su ayuda no creo que lo haga.

—Esto no me gusta mucho —comentó Freddy—. ¿Glenda Ruth?

—Victoria, ¿cómo los dejará?

Victoria habló rápidamente con un Guerrero. Éste respondió con brevedad. Victoria contestó:

—Podemos dejar Cerbero sin los segmentos de nuestro propio apoyo vital, un piloto Guerrero y motores que den media g...; de hecho, tendrá el motor del Hécate de diseño de ustedes, para que indique su naturaleza. Jennifer, quizá les pasen por alto; de ser así, Medina les encontrará. Lamento no podamos permitirles acompañe el Doctor Doolittle.

—¿Cuáles son sus posibilidades de escapatoria? —insistió Glenda Ruth.

—Malas —intervino Freddy—. El sistema de ocultamiento es bueno, pero la Cerbero necesita propulsión para largarse de aquí, y verán la llama de fusión.

Victoria se encogió de hombros.

—Probable. Si nos retrasamos más, nada de esto ya importante. También dejaré grabaciones en lengua del comercio, informan al Kanato ustedes tienen una posesión valiosa que aquellos más poderosos que los Khanes desearán volver a comprar, pero sólo si está ilesea.

—Marchaos, Glenda Ruth —dijo Jennifer—. Es lo mejor que conseguiremos.

—Vamos —instó la Mediadora—. Vengan a conocer a representantes de sus amigos.

El Guerrero abría el camino; luego iba Joyce, después Eudoxo, todos en los trajes ceñidos y con los cascos. La presión del aire los transportó flotando tubo abajo. Los seguían sus trajes externos de aislamiento, desinflados, con dos pequeños Mensajeros que se ocupaban de ellos.

—El Fyunch(click) de Bury —dijo Eudoxo— nos contó historias de nadar. ¿Es parecido a esto?

—Un poco —repuso Joyce.

Las corrientes impedían que rozara la superficie del tubo. Flotaba a la deriva, como un alga marina en el flotador de un hombre muerto.

Un complejo industrial pasó junto a ellos, brillantemente iluminado. Allí donde el tubo se curvaba podía ver a Relojeros siguiéndola; un enjambre de ellos flanqueados por dos Ingenieros.

—Eddie el Loco siempre interpreta mal los ciclos —comentó Eudoxo—. Eddie el Loco trata de impedir el giro, de establecer una civilización que dure para siempre. ¿Qué piensan los humanos de Eddie el Loco, Joyce?

—Supongo que pensamos que está loco —el silencio la instó a continuar—. Aunque no tan loco. Nuestros ciclos de historia suben y bajan, pero por lo general suben. Es una espiral. No nos dedicamos a girar y a girar. Aprendemos.

—De modo que emplean el término sin vergüenza. Punto de Eddie el Loco... nuestro término, pero ustedes no titubean con él. Escuadrón de Eddie el Loco. Joyce, ¿usted ha estudiado al Escuadrón de Eddie el Loco?

—Mis puntos de vista están grabados, Eudoxo, y usted no puede disponer de las grabaciones. Asuntos de la Marina.

¿Cómo demonios se había enterado Eudoxo de eso? ¿Había un agujero que Chris no había taponado? Por decirlo de ese modo.

—Somos aliados. Parece injusto que nosotros no podamos conocer aquello que ustedes le han contado a todos los habitantes del Imperio.

—Injusto. Sí, lo es; pero sigue sin ser una decisión mía, Eudoxo. Pronuncié un juramento.

—Sí, desde luego —dijo la pajeña—. Joyce, a nadie le gusta el servicio del bloqueo. El Escuadrón se está viniendo abajo, ¿no? La apertura de la Hermana no es algo malo para ustedes, pero ¿cómo pueden sus compañeros esperar que se pueda crear estabilidad aquí?

Buena pregunta, y Joyce no sabía la respuesta. Sin embargo, el Imperio tenía algo. Algo que ver con el Instituto, pensó, que ella debía mantener en secreto. Pero la Mediadora se hallaba detrás de ella, su visión era de los pies de Joyce, no de su cara.

—Paja Uno les envió embajadores —continuó Eudoxo—. Un Guardián y dos Mediadores. Han dispuesto de treinta años para estudiarlos. Nosotros hemos estudiado a miles de millones de nosotros durante millones de años. ¿Qué han podido ser capaces de averiguar que nosotros no conseguimos?

—Eudoxo, no se supone que yo hable de esto.

—Los Imperiales le han contado muy poco, ¿verdad, Joyce? Como si no confiaran en usted para guardar secretos.

—Así es. De modo que esto no tiene mucho sentido, ¿no?

—Sin embargo, usted es una especialista en opinión pública. Se la escucha por todo el Imperio. Joyce, es obvio que su Imperio está unido como jamás lo han estado los pajeños, aunque no todas las familias de ustedes sean obedientes. ¿Posee su Imperio el poder para aniquilarnos? ¿Es ése su verdadero plan?

—¡No, no planeamos eso!

—¿Está segura? ¿No hay armas secretas? Ah, pero a usted no se lo contarían. Joyce, mire delante y hacia arriba.

La bola de lentejuela comprimida era un punto más grande entre las estrellas. Emitía chispas violetas. Joyce enfocó la cámara y habló para tener continuidad.

—Esas naves espaciales vienen a nuestro encuentro, trayendo a los rehenes humanos capturados por el grupo que nuestros aliados pajeños llaman Tártaros de Crimea. Los humanos son: Glenda Ruth Fowler Blaine. El honorable Frederick Townsend. Jennifer Banda del instituto Blaine. Y un tripulante ingeniero, Terry Kakumi... Eudoxo, ¿cuándo podremos hablar con ellos, con la gente que estaba en aquella nave? ¿Obtuvieron alguna imagen de las ratas de la guerra? ¿Qué son las ratas de la guerra?

—A su debido tiempo. Cuando lleguen sus amigos. Por ahora... debería mostrarle los motores.

Joyce alzó los ojos. La bola contraída y sus chispas se ponían en el horizonte, y el resplandor violeta blanquecino de los motores de Base Seis aparecía a la vista delante.

—Sí —dijo Joyce—. Por favor.

Eudoxo habló a su mano. Joyce recordó que los Mediadores gobernaban todo el transporte. Y a veces juzgaban... El viento que los impulsaba casi murió; luego el tubo se bifurcó, y la presión los hizo flotar hacia la izquierda.

—Sabíamos que Glenda Ruth Blaine debía ser hija de Sally Fowler y Roderick Blaine, y que el honorable Frederick Townsend debía ser hijo de otro amo poderoso; sin embargo, desconocemos el Instituto Blaine.

—Es una escuela, pero lleva a cabo investigación.

—Ah. ¿El Instituto fue responsable del bloqueo?

—No, eso fue política Imperial. Aunque Lord y Lady Blaine ayudaron a establecer dicha política al mismo tiempo que fundaban el Instituto. Y el tío de Lady Blaine. Pero el bloqueo se proclamó antes de que yo naciera.

«En vez de enviar una flota de exterminio». La Mediadora aún no podía verle la cara: bien.

—No puede imaginarse el impacto que tuvieron ustedes en el Imperio. Sólo su existencia.

—¿Tiene usted hijos?

—No. Todavía no.

—¿Los tendrá?

—Dejémoslo en «todavía no».

—Tampoco yo, por supuesto. Pero imagino el impacto pajeño del que habla, en el Imperio que la educó para no quedarse embarazada hasta que le apeteciera —Joyce sintió como si tuviera abrasadas las orejas—. No importa —añadió Eudoxo—. Podría adivinar la reacción del Imperio, sabiendo que nosotros hemos solucionado su motivo innato para hacer la guerra y, luego, inventamos el nuestro propio.

—¿Cómo?

—Los Mediadores impiden los malentendidos —explicó Eudoxo—. Los pajeños lucharán por territorio, poder y recursos para sus descendientes, pero si existe un modo de evitar la lucha, los Mediadores lo descubrirán. Ustedes luchan porque los mensajes están muy mal redactados.

—Oh. E inventaron el suyo... Sí, por supuesto. Si no quedan embarazados, se mueren. Y los Mediadores no se quedan embarazados —debería cerrar mi cara y darle unas vacaciones, pensó Joyce.

—El Instituto, ¿es considerado un éxito?

—Recibe a las mejores mentes del Imperio.

—Sí. Pero semejantes estructuras siempre se congelan, ¿verdad? Envejecen y ya no pueden reaccionar más, como la Flota de Bloqueo.

—Oh... por lo general sí —aunque no había oído decir eso del Instituto Blaine—. Osificado es la palabra que usted busca.

—De modo que estudian pajeños y nada más, y aún no se han osificado. ¿Estudiarán maneras de matar a los pajeños?

—¡No sea absurda! Usted ha conocido a Chris Blaine. Sus padres son dueños del Instituto. ¿Qué cree?

—Creo que él tiene secretos, algunos terribles —repuso Eudoxo.

«Yo también. Quizá sea mejor que pare con esto. Pero... ella no puede verme la cara; entonces, ¿qué está leyendo?

»Sin embargo, soy una reportera; soy tan buena en controlar mi cara como cualquier político o jugador de póquer. Pero me meten en un globo plateado y dejan que me vuelva complaciente y luego me sacan de él, y... ¿quién me enseñó alguna vez a controlar los músculos de mis malditos pies?».

—Joyce, es importante. ¿Qué les dijo? —preguntó Renner.

—Nada en absoluto —contestó ella, y se rió—. Mire, no tiene por qué preguntarlo. Lo grabé todo. Tenga.

—Gracias. Blaine, echémosle un vistazo a esto.

Las dos voces eran idénticas: la de Joyce Trujillo, reconocible en todo el Imperio. El único modo de distinguirlas era por medio del contexto. Aquí hablaba la alienígena: «Creo que él tiene secretos, algunos terribles».

Chris Blaine frunció el ceño.

—No lo sé. Pero fíjense en el contexto, justo después de que Eudoxo preguntara si el Instituto se dedicaba a descubrir maneras de matar a pajeños. Si leo bien a Eudoxo... es una pena que la cámara no la enfocara mucho...

—¿Cómo podría haberlo hecho, si estaba detrás de mí?

—Lo sé, Joyce. Ahora, si leo esto bien, Eudoxo está convencida de que Joyce no cree que el Instituto sea para extinguir a los pajeños, aunque eso no ha eliminado todas las suspicacias.

—¿Algo que podamos hacer al respecto?

—Pensaré en ello. Dispongo de algunas grabaciones generales sobre el Instituto; la mayoría material de promoción, pero quizá ayuden. Se las daremos a Eudoxo.

—Mejor revísalas antes.

—Señor, ya lo hice. No hay nada del Imperio que ahora no sepan. Me demoré por si me equivocaba, aunque en este momento...

—De acuerdo, parece razonable. ¿Algo más?

—Sólo el mensaje a Weigle. Debería salir mientras la India aún quiera y pueda entregarlo.

—Esto tendría que bastar —indicó Chris Blaine. Sostenía un cubo de mensajes—. Todos los datos Alderson que pudimos encontrar, incluyendo el material de Alejandría. El almirante no tendrá problemas en localizar el nuevo punto de Eddie el Loco. Ahora es su turno, capitán. Recuerde: recalque el deber. No le colme de lisonjas.

Renner cogió el cubo.

—Gracias. Llevará un rato, y he de estar solo.

Aguardó hasta que los otros se hubieran marchado; luego insertó el cubo en la grabadora y comenzó a dictar, y siguió por por largo rato.

—Y ésa es la situación tal como la vemos —concluyó—. Los pajeños están a punto para una alianza. Es peligroso, pero quizá nunca dispongamos de una oportunidad mejor.

»No creo que tengamos el poder para exterminar a los pajeños. Hay demasiados, demasiadas familias independientes, diseminadas por todas las rocas, las lunas y los cometas.

»No podemos exterminarlos, jamás esperamos mantener el bloqueo para siempre, y ahora necesitamos dos bloqueos. Mi evaluación es que sería mejor que intentáramos establecer una alianza utilizando la Lombriz de Eddie el Loco para ayudar a controlar la procreación pajeña. Desde luego, desconocemos cuál será la reacción pajeña a la lombriz, y no lo sabremos hasta dentro de otras cuarenta a cincuenta horas. No considero que se deba esperar tanto. Ahora mismo el Comercio de Medina y la India están cooperando para enviarle esto, y poseen los medios para hacer que el mensaje cruce. Sólo Dios sabe qué pueda pasar en cincuenta horas.

»Kevin J. Renner, capitán, Servicio Secreto de la Marina Imperial; comodoro en funciones, Segunda Expedición a la Paja. Sigue autenticación.

La autenticación era más complicada que lo había sido el mensaje. Renner estiró una banda metálica alrededor de su frente y conectó el cable a una pequeña computadora de mano. Luego, enchufó unos auriculares y se echó hacia atrás para relajarse.

—Hola —dijo una voz de contralto—. ¿Su nombre?

—Kevin James Renner.

—¿Come caracoles vivos?

—Comería cualquier cosa.

—¿Se encuentra solo?

—Del todo.

—¿Cuál es la palabra?

—Malvarrosa.

—¿Está seguro?

—Seguro que estoy seguro, máquina estúpida.

—Intentémoslo de nuevo. ¿Cuál es la palabra?

—Malvarrosa.

—¿Seguro que no es capullo?

—Malvarrosa.

—Mis instrucciones son las de cerciorarme de que está tranquilo y que no le coaccionan.

—Maldita sea, estoy tranquilo y no me coaccionan.

—Correcto. Si me une a la grabadora del cubo de mensajes...

—Conectado.

—Aguarde. Esto puede llevar un rato.

Renner esperó mientras pasaban siete minutos.

—Hecho. Puede desconectar.

Kevin sacó el cubo de mensajes. Iba en clave, con un código que sólo podía ser leído por un almirante o un Cuartel General de Sector de la Marina; y el código de autenticación lo identificaba como procedente de un oficial de muy alto rango del Servicio Secreto de la Marina. El único modo de conseguir la autenticación era convencer al aparato de codificación que de verdad querías que lo hiciera. Cualquier desviación del guión habría producido una secuencia de autenticación que proclamaba que el que lo enviaba se hallaba bajo coacción o no era la persona adecuada. Por lo menos eso le habían contado a Renner.

Apretó el intercom.

—De acuerdo, Blaine, ya está. ¿Seguro que los pajeños lograrán duplicado a largo alcance?

Si los pajeños no podían hacerlo, habría que enviar el cubo mismo, y ello requeriría días, siempre que consiguiera cruzar.

—Ellos están seguros. Enviamos los detalles del sistema del cubo de mensajes al grupo de la India que hay en el punto de Eddie el Loco. Han construido un aparato de grabación. Les transmitimos el mensaje codificado, ellos lo graban en un cubo y lo lanzan por el punto.

—Perfecto.

—¿Y ahora qué? —preguntó Joyce.

—Ahora esperamos —indicó Renner—. A los Tártaros.

## 5. Los rifles de la Mezquita de Medina

*La diplomacia es el arte de decir «perrito bonito»,  
mientras buscas una piedra.*

Atribuido a Talleyrand

Uno o dos días atrás, la Gran Sala debió de haber sido hielo sólido. Ese día ocupaba la mitad del volumen de la Mezquita. Estaba pródigamente decorada: Renner reconoció una ilustración modificada de Las mil y una noches. Tapices con decoraciones fantásticas: un genio, un roc, Bagdad como podría haber sido en el siglo XII. Las alfombras eran suaves y exhibían inequívocos diseños sarracenos. También había algunos anacronismos: la videopantalla en una pared..., y la pared opuesta era una vasta curva de cristal que daba al hielo.

La pantalla mostraba otra región de Base Interior Seis, y a una nave pasar bajando a través del cielo negro, que era el Campo Langston de la bola de hielo.

Horace Bury paseaba con aspecto muy relajado, moviéndose como si se hallara bajo el agua en la baja gravedad de Base Seis. No se había dado cuenta de que la cámara de Joyce estaba enfocada en él. Alí Babá caminaba junto a él, un perfecto mimo a escala.

Era una visión graciosa. Kevin Renner lo notó, pero descubrió que el mando requiere sus propias emociones: debía mirar más allá del humor, y más allá de llamar la atención al humor. Había mucho en juego aquí, y la responsabilidad caía de lleno en él. «Y así es

como se sintió el capitán Blaine, allí en la Paja. Así, y su renuente tolerancia hacia el listo Piloto Jefe...”

—Es casi territorio neutral —comentó Eudoxo—. No nuestra base, sino la parte que ustedes ocupan de ella; un lugar al que el comodoro Renner puede venir y seguir reteniendo el mando de su nave. Excelencia, va a ser una recepción formal. ¿Está seguro de que no invitará a nadie de la tripulación de la Átropos? Para que actúe como séquito. Guerreros, por ejemplo.

—¿Es de verdad importante? —preguntó Renner.

—Es importante —repuso Horace Bury—. Pero también es importante que todos los grupos pajeños nos comprendan a medida que nosotros empezamos a comprenderles a ustedes. Pajeños y humanos deberán modificar sus costumbres cuando se reúnan. Comencemos ahora.

Eudoxo hizo una reverencia.

—Como desee.

Chris Blaine observó descender a la nave alienígena.

—Parece un yate de carreras —indicó—. Aunque más grande.

—Me he cuestionado su extraño diseño —comentó Eudoxo—. Los Tártaros de Crimea deben haber cogido recursos considerables de la ciudad de las alimañas.

«Y sus Ingenieros ya estarán examinándolo todo de esa nave que han capturado», pensó Renner. «Los pajeños no sólo son innovadores: se adaptan».

La nave se acopló en un patrón de círculos concéntricos escarlata sobre una plataforma que comenzó a descender en el acto. Al bajar y perderse de vista, Eudoxo escuchó en un microteléfono.

—Ya han concluido. ¿Desean ver desembarcar a sus amigos?

—Por supuesto —dijo Renner. Bury y Alí Babá dieron media vuelta como si fueran una sola persona.

La pantalla parpadeó; luego mostró una antecámara de compresión que se abría. Un Guerrero salió a la antecámara presurizada de recepción; después una Mediadora con un extraño diseño de pelaje. La siguió Glenda Ruth Blaine, aferrando contra el pecho un maletín sellado. Tras ella salió un joven vestido con un mono espacial y que llevaba un cachorro de Mediador en los brazos. Los siguieron dos Guerreros y un Amo joven.

—Sólo dos —Bury y Alí Babá se encrespaban—. Teníamos entendido que había cuatro.

—Sí, Excelencia. Estamos empezando a enterarnos de los detalles. Uno de los cuatro, el llamado Terry Kakumi, insistió en filmar la limpieza de la Ciudad de las Alimañas. Fue herido de gravedad y estuvo a punto de morir. Los Tártaros no han cesado de informarnos de los recursos gastados para salvarle la vida.

»Pero cuando se vio que las naves del Kanato iban a atacar, todos comprendieron que Terry Kakumi no sobreviviría a la aceleración requerida para huir. Fue lanzado a la deriva. Su compañera femenina insistió en acompañarle.

—Y por ende hay una historia que escuchar —comentó Renner. Miró a Blaine y recibió un leve gesto afirmativo de cabeza—. ¿Y qué les ha sucedido desde entonces?

—No me lo han contado —repuso Eudoxo. El microteléfono graznó. Eudoxo escuchó durante un momento—. Sus amigos parecen indecisos. Desean verles de inmediato, pero les preocupa que su aspecto pueda hacerles pensar que no han sido bien tratados.

—Infórmeles que ya los hemos visto por la pantalla —indicó Renner—. Con flotas de guerra viniendo contra nosotros desde todas direcciones, no creo que dispongamos de mucho tiempo para perder lavándonos. Eudoxo, ¿puede el Comercio de Medina enviar a alguien para rescatar a los otros humanos?

—Lo averiguaré.

—«A la deriva», dijo usted —apuntó Joyce.

Eudoxo se encogió de hombros.

—¿Qué mejor palabra hay?

—Soltados a baja propulsión —explicó Blaine—, ocultos pero con una baliza radiofaro de respuesta que responderá si se la activa con las señales adecuadas. ¿Correcto?



—No me lo han informado, pero eso creo. Haremos lo que podamos para rescatarlos, aunque sospecho que tendremos sencillamente que volver a comprárselos al Kanato.

—Pero ¿cómo? —demandó Joyce.

—Una cuestión para la negociación —contestó Eudoxo—. Que aún no se ha abierto.

—¿Por qué aún no? —insistió Renner.

—Kevin, el Eje del Kanato no puede saber qué es lo que querrán. Usted ha visto el patrón de sus movimientos tan bien como yo —con un gesto señaló la pantalla, que en ese momento mostraba puntos de luz arracimados alrededor de la nada—. Desearon controlar la Hermana: lo consiguieron. Ahora agrupan su fuerza para poder lanzar por allí su flota de guerra. Quieren escapar a la persecución de su Imperio, como habríamos hecho nosotros si ustedes no hubieran estado ustedes presentes allí; sin embargo, el Kanato no hablará ni negociará primero. Posee esta ventaja: saben que unas naves cruzaron y vivieron para regresar, algo que ninguna otra había conseguido jamás antes. En este momento creen que la sorpresa es su mejor arma, y la victoria su mejor instrumento de negociación. ¿No le resulta claro a usted?

Blaine asintió.

—Bastante claro.

—¡Pero eso es horrible! —exclamó Joyce—. Capitán Renner, ¿no debería estar haciendo algo?

Los ojos de Renner se posaron en ella sin interés; regresaron a la pantalla. Los Mediadores controlaban el flujo de información; lo que les acababan de decir sería tan bueno como cualquier cosa que la Átropos pudiera revelarles. El Kanato se agrupaba. Involucrarían a todos los aliados que consiguieran persuadir para escapar al ancho universo: era probable que convencieran a cada familia que hubiera en un radio de mil millones de kilómetros, exceptuando quizás a aquellas que portaban el estandarte de Medina. Todas dispuestas a lanzarse a MGC-R-31, donde Balasingham aguardaba sólo con el Agamenón y los refuerzos que le hubieran podido hacer llegar. Si burlaban al Agamenón, andarían sueltos por el Imperio.

El Eje del Kanato. ¿Cómo funcionaría? En circunstancias desfavorables, pronto conseguirían que Jennifer Banda les describiera el Agamenón y el MGC-R-31 tal como ella los había visto por última vez. Podrían usar a Terry Kakumi para convencerla. Uno de sus aliados ya podría haber llevado a un Fyunch(click) Bury para leerle la cara. Jennifer podría traducir, para transmitir condiciones de rendición... en ambas direcciones, pero ¿qué iba a hacer el comodoro Renner al respecto? Debía hablar con Glenda Ruth, y pronto. ¿Custodiaría el Agamenón en soledad el sistema MGC-R-31 o habrían arribado otras naves de la Marina antes de que cruzara el Hécate? ¿Qué habrá hecho Glenda Ruth con la lombriz A-L?

—Eudoxo...

—Lucharemos, por supuesto —afirmó Eudoxo—. Toda la fuerza de la india y de Medina se juntan en estos momentos. Hemos enviado mensajes a Bizancio, y sus flotas de guerra se están agrupando. El Eje del Kanato mandará a sus Guerreros a combatir contra cualquier cosa que encuentren en el lado alejado de la Hermana, pero deben dejar a sus Amos a salvo de este lado. Podemos atacar esas naves, mas hemos de saber qué contribuciones pueden hacer ustedes, los humanos.

—Guerra por las estrellas —comentó Joyce, espantada.

—Aquí están sus amigos —indicó Eudoxo.

La puerta exterior de la Gran Sala se abrió. Se había construido ancha, de modo que cierto número de seres pudieran cruzarla al mismo tiempo.

Entraron Guerreros y ocuparon sitios a lo largo de las paredes. Les siguió el Almirante Mustafá Pachá, Amo de Base Seis. Detrás de ese grupo entraron pajeños nuevos y desconocidos, y dos humanos; con ellos había otros Mediadores, un grupo pequeño de Guerreros que se apiñaba alrededor de dos Amos, y diversidad de otras formas, incluyendo un Médico.

Ése debía ser Freddy Townsend, con un cachorro de Mediador sobre el hombro. La caja en los brazos de Glenda Ruth la desequilibraba. La dejó en el suelo y se apartó. Irra-

dió júbilo como un día de verano cuando se volvió hacia su hermano; pero el teniente Blaine se hallaba por completo absorto observando los pajeños.

Eudoxo habló despacio, formalmente, en la lengua del comercio. La Mediadora visitante respondió.

—Victoria —dijo Glenda Ruth, y la saludó con la mano, pero Victoria no lo notó.

Habló la de India. Blaine intentaba seguir la conversación, y también Glenda Ruth... y entonces hermano y hermana intercambiaron una mueca, porque todos los Mediadores hablaban cada vez más y más aprisa. Sus cuerpos retorcidos cambiaron de posición, danzaron. Renner estaba asombrado. Ante sus ojos y la cámara de Joyce, transformaban la exigua lengua comercial en un idioma. Los Mediadores se interrumpieron para hablar con los Amos; luego, reanudaron el parloteo. Los Amos hablaron, entonces: primero uno de los recién llegados; después el Almirante Mustafá.

Y todos los Guerreros dieron un salto al aire.

Glenda Ruth gritó:

—¡No, no, es un rifle, Victoria! ¡Usted lo empuña!

Los Guerreros rodearon el techo en un santiamén y sus armas apuntaron a los humanos. Ahora podían disparar sin darse entre sí. Dos Ingenieros y una docena de Relojeros avanzaron desordenadamente. Victoria les gritó a los Amos, a los otros Mediadores. Cotorrearon, mientras los Relojeros rodeaban la caja de Glenda Ruth y empezaban a rociarla con espuma plástica. Todos los Guerreros pajeños empuñaban un arma, y todas apuntaban a algún humano.

Kevin no había intentado coger su pistola, y tampoco ninguno de los otros. Su única arma real era la Átropos. Si los Amos habían cortado las comunicaciones, entonces la Átropos se hallaría ahora en estado de alerta.

—Imagino que hay una explicación para este comportamiento más bien sorprendente —dijo Bury.

—Su Lombriz de Eddie el Loco —repuso Eudoxo—. ¡Una bendición para los Mediadores! Pero terrible para los Amos. Usted la conocía y no nos lo contó, Joyce lo sabía y no quiso contárnoslo.

Joyce aspiró con intención de hablar, pero se contuvo. El cuello y las mejillas se le sonrojaron; después, se pusieron colorados.

—Nuestra sospecha natural —continuó Eudoxo, en apariencia dirigiéndose a todos ellos— es que su parásito alterado es un medio para extinguir la vida pajeña. No considerará esa sugerencia una locura, ¿verdad?, sabiendo lo que nos acaba de revelar Victoria. Kevin, usted no describió al instante la Lombriz de Eddie el Loco. Se mostró muy perturbado al enterarse de que no iría a Paja Uno, donde los vientos podrían distribuir su parásito, sino a un dominio donde las naves espaciales deberían llevar a la lombriz a una infinidad de entornos cerrados... Veo que me ha comprendido. Bien. Me temo que permanecerá alguna tensión, Excelencia, hasta que volvamos a alcanzar el entendimiento. Después de todo, aún no es demasiado tarde para unir nuestras fuerzas con el Kanato.

—La guerra interminable... —comentó Chris Blaine.

—Siempre es preferible a la extinción. Glenda Ruth, ¿qué quiso decir...?

—¡Pero es para ustedes! —gritó ésta—. No se reproduce excepto bajo condiciones controladas. Ustedes pueden apuntarla como un arma. Ustedes ganan una batalla, no tienen por qué matar a sus enemigos. Entrégueles a cambio la Lombriz de Eddie el Loco, y se convertirán en Guardianes, conservadores...

Eudoxo la silenció con un gesto. Habló rápidamente con Victoria. Parlotearon. Un Amo habló. Eudoxo le preguntó a Glenda Ruth:

—¿Desea modificar algo de lo que le dijo a Victoria?... Bien. Teniente Blaine, cuénteme lo que sabe de esto. Deprisa.

—Su Excelencia sabe más que yo.

—¿Excelencia? —el tono de voz era respetuoso, pero los Guerreros aún se aferraban al techo, las armas apuntando a uno y otro humano.

En silencio, con calma, moviéndose despacio para no sobresaltar a ningún Guerrero, Bury se había conectado con el equipo médico de Nabil. Las pantallas estaban encendi-

das y las líneas que exhibían comenzaban a ser irregulares. Bury no se encontraba tan tranquilo como aparentaba. Alí Babá miraba las lecturas con interés.

—Sé esto —dijo Bury—. Uno de los Mediadores del Rey Pedro se hallaba con vida la última vez que estuve en Esparta. Hace menos de un año pajeño. Con vida. Se me informó que ello se debía a la acción de un parásito genéticamente alterado.

—¿Y usted lo cree? —preguntó Omar—. ¿De veras, Excelencia?

—Aquellos que me lo contaron lo creían, al igual que todos los aquí presentes. Sí, lo creo.

—Usted le tiene miedo a los pajeños —comentó Eudoxo—. El Bury que vino a Paja Uno, no; pero usted sí. La primera vez que hablamos con usted me sorprendió descubrirlo. No obstante, desde que vino aquí, también eso ha cambiado. ¿Qué ha sucedido para que cambiara, a usted de todos los humanos posibles, no una, sino dos veces? Hable la verdad, Excelencia.

—Lo primero es un secreto de la Marina —repuso Bury.

«Bien, ya basta», pensó Renner.

—Los Relojeros destruyeron el crucero de batalla MacArthur —informó Kevin Renner—. Hubo que evacuar a los civiles por cables a través del vacío en dirección a la Lenin. Horace ya casi había llegado cuando se dio cuenta de que el hombre que se arrastraba detrás de él era un traje presurizado lleno de Relojeros. Los repelió con su maletín y su tanque de oxígeno. ¿De acuerdo, Horace?

—Ya no es un secreto —los límites empezaban a sacudirse—. Pero hubo algo peor. Yo había intentado introducir Relojeros en el Imperio, para incrementar mi fortuna. Entonces comprendí el peligro. La guerra de todos contra todos, y casi fui yo quien la causara.

—Tenemos imágenes para corroborarlo —dijo Glenda Ruth—. ¡Aguarde a ver la Ciudad de las Alimañas, Excelencia!

Bury la miró.

—Maravilloso. Debe comprender —dijo Bury, dirigiéndose a Eudoxo— que yo disfruto con la compañía de los Mediadores. Incluso Mediadores a medio crecer, ¿no, Alí Babá?

—Sin ninguna duda, Excelencia...

—Y los Relojeros serían fantásticamente útiles, fantásticamente valiosos en el espacio del Imperio. Pero eso no debía ser. No podía ser. Su sociedad... es muy parecida a la de los árabes antes de la llegada del Profeta. Y después del Profeta salimos a conquistar, pero no habíamos aprendido a vivir con otras culturas —Bury se encogió de hombros—. Ni los otros habían aprendido a vivir con nosotros, y ello seguía siendo verdad cuando visité por última vez su sistema estelar.

—¿Y ahora han aprendido? —demandó Eudoxo.

—Sí. Hemos aprendido, el Imperio ha aprendido. Los árabes han encontrado un sitio dentro del Imperio. Aún no somos tan respetados como nos gustaría, pero tenemos un sitio que no carece de respeto. Somos libres para gobernarnos a nosotros mismos, y podemos viajar por los planetas Imperiales. Como bien puede ver que hago yo.

—Se les tolera.

—No, Eudoxo: se nos acepta. No todos, por supuesto; pero sí los suficientes, y eso también cambiará para mejor con el tiempo.

—¿Y nos ve a nosotros en ese papel?

—Siempre que acepten nuestras condiciones.

Eudoxo se volvió y habló despacio en la recién adaptada lengua del comercio. El Almirante Mustafá dijo algo breve. Eudoxo dio media vuelta. Los Guerreros no se habían movido.

—¿Cuáles son sus condiciones? —demandó.

Bury sonrió.

—Desde luego nosotros no podemos hablar por el Imperio; sin embargo, sé cuáles van a ser esas condiciones. Primero, deberá haber un único gobierno pajeño. Ese gobierno se ocupará de que ningún pajeño salga del sistema de la Paja sin llevar el parásito estabilizador. Dentro del sistema de la Paja... bueno, sospecho que eso será negociable. Kevin, ¿tú no estarías de acuerdo?

—Mmh... Sí. La idea —por lo general— es que ustedes mantengan limpia su propia casa. El sistema de la Paja debe tener un gobierno, mantenido de ese modo por la ciudadanía pajeña. Por lo menos hemos tenido algo de suerte, Eudoxo. Paja Uno conforma... ¿el ochenta, el noventa por ciento de su población? Pero incluso no habrá que tomarlos en consideración, si el Acuerdo de Medina puede dejarlos embotellados allí. Es decir, si es capaz de mantener al resto del sistema en su mano que aprieta.

Un Amo habló. Al fin los seis Relojeros dejaron de rociar espuma de plástico sobre una esfera que ya tenía dos metros de diámetro. Los pajeños reanudaron su veloz conversación. De repente, Eudoxo se volvió hacia Renner.

—La lombriz es el corazón de su estrategia. ¿Debemos examinarla?

—Disponemos de hologramas —indicó Glenda Ruth—. Victoria también tiene registros. ¿Por qué no salvarla? Aún no tienen a nadie en quien usarla.

—Victoria nos ha contado otra cosa, Glenda Ruth, y me asombra que pueda usted olvidarlo. La Lombriz de Eddie el Loco alarga nuestra vida de Mediadores en veinte años por lo menos. Estamos teniendo cuidado en no dejar que eso influya en nuestro juicio.

—Juicio —intervino Bury—. Ése es su verdadero propósito, ¿verdad? No la simple obediencia, y algo más que la negociación. El juicio. En su celo por la justicia, deberá pensar en una sociedad pajeña en la que los Mediadores vivan el tiempo suficiente como para aprender por sí mismos.

—Lo hacemos —afirmó Omar—. Excelencia, usted habla de mantener el sistema de la Paja. ¿Ayudará el Imperio?

—Por supuesto —aseveró Kevin Renner.

—La política imperial es defender el sistema de unidad —indicó Joyce Trujillo—. Ya está manteniendo la Flota de Bloqueo. Es caro, y sin obtener nada a cambio. El comercio con los pajeños será tan beneficioso que el costo de ayudarles a mantener el orden aquí no representarán nada en comparación. Su Excelencia puede decirles...

—Nada de esto requiere una inteligencia extraordinaria para ser comprendido —dijo Bury.

—Cierto —acordó Ornar—. Excelencia, da la impresión de que su Lombriz de Eddie el Loco es en verdad la clave para la cooperación humana y pajeña.

Los Mediadores volvieron a iniciar su parloteo, cada uno con su propio Amo. El Almirante Mustafá escuchó; luego, habló a toda velocidad.

—El Almirante está de acuerdo —transmitió Eudoxo—. La cuestión ahora pasa a ser: ¿qué vamos a hacer con el Kanato?

Kevin Renner se concentró.

—Horace..., ¿confiamos en ellos, Horace?

—Ellos confían en nosotros —Bury agitó una mano para abarcar a los Guerreros que ya colgaban relajados, las armas enfundadas, aunque aún en su sitio. El aliado convertido en enemigo se convirtió en aliado, y ningún Guerrero parecía sorprendido.

—Correcto. Glenda Ruth, ¿cuál era la situación del otro lado de la Hermana cuando viniste?

—No muy distinta que cuando vinieron ustedes, supongo. El Agamenón se hallaba de guardia en el punto Alderson que sale del sistema de la enana roja. Había tres naves pajeñas aguardando allí con el Agamenón. Se esperaban refuerzos de Nueva Caledonia, pero no habían arribado. Aunque eso fue hace cientos de horas.

—Gracias —dijo Renner, y pensó: «Pero no tenían ninguna nave para enviar. Lo que significa que será mejor que asumamos que no hay ninguna»—. El kanato intentará cruzar la flota. ¿Qué pasa si atacamos a los Amos que se queden detrás? —preguntó.

—Llamarán a sus Guerreros.

—¿A la flota entera?

Eudoxo habló con el Amo de Base Seis. Se involucró otro Amo en la conversación; luego, dos Guerreros y un Ingeniero. En última instancia, Eudoxo contestó:

—Como conjeturé. Dividir las propias fuerzas rara vez es una buena idea. Si los atacamos, traerían de vuelta a toda su flota.

—No ganarían nada. ¿Por qué ni siquiera lo intentan?

—Suponemos que no previeron nuestro uso de Base Interior Seis. Ya hemos alcanzado una velocidad respetable para varios cientos de sus naves y tenemos un enorme depósito de combustible. Creen que disponen de tiempo para despejar un sendero del otro lado de la Hermana. No podemos negarles ese tiempo. No obstante, Kevin...

—Bien. Entonces lo que hacemos es situarnos en posición, esperar hasta que su flota de batalla cruce la Hermana, y entonces atacamos.

—¿Y cuando regrese su flota? —preguntó Omar—. Varios miles de naves.

—Cruzamos ese puente cuando lleguemos a él —indicó Renner.

—Y esperemos que el caballo no pueda cantar —añadió Glenda Ruth, pero habló en voz tan baja que nadie salvo Renner fue capaz de oírla.

## 6. Juicio

*Primero medita, luego actúa.*

Helmut Von Moltke

—No —dijo Kevin Renner—. ¡Maldita sea, vamos a ir a una batalla!

—Soy la única corresponsal presente —indicó Joyce—. ¡La oportunidad de una vida, y no puede negármela!

—Nos frenará.

—Yo no, comodoro Renner. Para empezar, con Su Excelencia a bordo la velocidad a la que puede ir se ve limitada.

—Horace...

Bury recorría un sendero contraído por la atestada cabina del Simbad: la última oportunidad para inspeccionar su alterado yate.

—La señorita Trujillo tiene razón, por supuesto. Sin embargo, yo debo ir. Éste es mi yate, y tengo mensajes que enviar y órdenes que dar, que sólo puedo realizar en persona —Bury señaló el nuevo panel de mandos—. El Simbad está mejor defendido que nunca. Y todo eso es irrelevante. Kevin: si no ganamos, nadie en el Imperio se hallará a salvo. Llevar a Joyce a bordo no cambiará eso y no reducirá nuestras posibilidades.

—Entonces, ¿a quiénes dejamos atrás?

—Jacob, creo. Nabil...

El anciano soltó un siseo sorprendido.

—Por favor, Excelencia, le he servido toda mi vida.

—Sírreme ahora. Guarda este cubo de mensaje a salvo a bordo de Base Seis —dijo Bury—. Cynthia...

—Creo que yo debería estar con usted, Excelencia.

—Entonces coincidimos, pues eso es lo que iba a decir.

—Todo es muy conmovedor, pero no tenemos tiempo —intervino Jacob Buckman—. Horace, creo que estás loco... pero buena suerte —estrechó la mano de Bury y la retuvo un instante más—. Nosotros...

—Adiós, Jacob.

—Hmm. Sí. —Buckman dio media vuelta y se reunió con Eudoxo y los demás que se quedarían en Base Seis.

—A mamá no le va a gustar esto —comentó Chris Blaine. Cogió a su hermana de los hombros—. El capitán Rawlins tiene razón. Necesitan a uno de nosotros aquí en el Simbad, y yo seré de más utilidad en la Átropos.

—Si no tenemos éxito, nadie estará seguro —intervino Freddy Townsend—. En ninguna parte. Ni siquiera en Esparta.

Renner le hizo un gesto de asentimiento a su nuevo copiloto.

—Me temo que tienes razón, Freddy. De acuerdo, cierra las antecámaras de comprensión. Que todo el mundo se asegure.

El Simbad se hallaba muy atestado. Los Ingenieros pajeños habían rediseñado el interior, añadiéndole un depósito de combustible externo en el sitio que había ocupado la ca-

bina desmontable. El puente de control contenía dos sillones para humanos. Se veía confinado por dos puertas plegables que se abrían al salón principal; allí habían construido sillones neumáticos de aceleración para dos Mediadores y dos Ingenieros, cada uno con un Relojero, al igual que sillones para el resto de los humanos. Simbad parecía sumido en el desorden, con artefactos incomprensibles unidos en ángulos raros allí donde hubiera espacio para ellos.

Cynthia había asegurado a Bury en la cama de agua. Horace observó a los pajeños ocupar sus sitios.

—Todos tienen la lombriz —dijo Kevin.

—Sí. ¿Y como afectará a esos malditos marrones? ¡La probamos aquí por primera vez!

—Quizá los necesitemos para el control de daños —comentó Renner—. Omar, ¿puede controlarlos para que no pululen por todo el yate? Lo último que me hace falta es que me reconstruyan el sistema de control.

—No harán nada sin órdenes —Omar ocupó su sitio junto a Victoria, de los Tártaros de Crimea—. Su MacArthur estuvo segura hasta la muerte de la Ingeniero. Una Ingeniero de Medina, Kevin. Aun así, un Amo o un Ingeniero de Medina podría haber salvado la nave. Pero...

—Pero nosotros prohibimos toda comunicación con el Ingeniero o los Relojeros, y Medina ya estaba huyendo del Rey Pedro —concluyó Renner.

—Exacto. No todo fue culpa de ustedes. Después de la llegada de la nave del Rey Pedro, habría sido muy difícil para ustedes comunicarse con Medina.

Renner asintió para sí mismo. Incluso entonces, hace treinta años, los pajeños habían sabido más de lo que sospechaban los humanos. Y ¿qué sabrían ahora? Pero había trabajo que hacer.

—¿Rawlins? —una pantalla mostró al capitán de la Átropos observando el caos del Simbad con disimulada desaprobación—. Deje que nos alejemos bastante antes de acoplar la nave y repostar —dijo Renner.

—Sí, sí. Buena suerte, comodoro.

Sólo repostar. Ningún pajeño tocaría jamás la Átropos. «Soy paranoide; pero ¿estoy siéndolo bastante? ¿Después de treinta años con Horace Bury?»

—Muy bien, señor Townsend, despeguemos —ordenó Renner.

Una hora después de la partida del Simbad, Rawlins llamó para informar su despegue de Base Seis con los depósitos llenos.

Una de las pantallas de Renner mostró a la Átropos como un punto negro contra un resplandor violeta blanquecino. Otra pantalla, sin aumento, exhibió puntos violetas trazando un lento patrón alrededor del Simbad. Otra mostró al capitán Rawlins echado en su sillón de aceleración, y a Chris Blaine detrás de él en un sillón similar. La tensión de 3 g de aceleración se reflejaba en ambos rostros.

—Lo primero: los pajeños informan que nuestro mensaje a la Flota de Eddie el Loco cruzó según lo planeado—dijo Renner—. No hay modo de saber si el almirante lo recibió.

—Pero debería haberlo recibido —indicó Rawlins.

—Y ningún modo de saber qué hará al respecto. Correcto —continuó Renner—. Y además, por una vez las cosas se presentan sencillas.

Rawlins enarcó una ceja con cierto esfuerzo.

—Si es así, es la primera vez.

—Sí. Bury y yo hemos discutido las opciones del Kanato con los pajeños, y todos hemos coincidido en cómo deben ser las cosas. Disponen de dos opciones. El Plan A: cruzan por la Hermana con todo lo que tienen, atacan lo que sea que les esté esperando y penetran en espacio del Imperio, donde se dispersan. El Kanato está acostumbrado a vivir de sobras escasas: proporcionales cualquier tipo de sistema, y pronto se reproducirán como locos, si consiguen que sus naves colonia pasen.

—¿Qué habrá para detenerlos? —preguntó Rawlins—. ¿Por qué un Plan B?

—Bueno, ellos no saben si lograrán cruzar del otro lado —repuso Renner—. O qué cosa van a encontrar cuando pasen.

—Están arriesgando todo lo que poseen —comentó Glenda Ruth—. Esas naves colonia *son* el Kanato. Es todo lo que poseen, y en realidad no saben a lo que se enfrentan. En este momento ya habrán cogido a Terry y a Jennifer, de modo que se enterarán de que hace unas doscientas horas sólo el Agamenón se hallaba allí.

—Es una pena que no mataran a ese ingeniero —dijo Rawlins.

Freddy se encrespó; Renner intervino aprisa para cortarlo.

—Lo que no saben, porque nadie a bordo del Hécate podía saberlo, es qué refuerzos puede haber recibido el Agamenón.

—No serán muchos —indicó Rawlins—. Pero quizá algunos. Teníamos algunas naves en reparación, y ésta no sería la primera vez que Sinclair y su equipo en los Astilleros obraran un milagro.

—Estamos dando por hecho que lograrán hablar con Terry y con Jennifer —dijo Freddy Townsend—. El primer grupo de los Tártaros no pudo comunicarse.

—El Kanato es más rico que los Tártaros —expuso Glenda Ruth—. Quizá ya hayan llevado a un Fyunch(clik) Bury a medio entrenar. Eso espero.

—¿Por qué? —preguntó Rawlins.

—Jennifer admira a Bury —explicó Glenda Ruth—. Y el Imperio la tiene impresionada. No le cabrá duda de que con el Agamenón estará una gran flota, porque tiene una visión romántica de nuestra eficacia. Si hablaran con Joyce, sería distinto...

—Vamos, Glenda Ruth, yo no...

—Podemos albergar esperanzas —cortó Renner—. Quizá haya sucedido de esa manera. Sea lo que fuere que averiguara el Kanato de Jennifer Banda y Terry Kakumi, actúan con mucha cautela. Hacen cruzar a sus naves de guerra, pero hasta ahora han dejado atrás a sus Amos. Se encuentran aún en el sistema de la Paja, y sólo con una guardia personal.

Renner tocó los mandos de las pantalla y trajo imágenes de las restantes naves del Kanato. Eran grandes, como los cruceros civiles del Imperio, y ninguna se parecía a otra. Iban acompañadas de una veintena de naves más pequeñas.

—Unas dos docenas... en realidad, veintiséis naves de las grandes. Ése es nuestro objetivo. La familia y el séquito de un Amo son una colonia. Ésos son todos los Amos y la totalidad de las cosas que necesitan para sobrevivir: plantas, simbioses, Clases, útiles, todo. Cada familia es una pequeña colonia.

»Vamos por éstas. Medina está estableciendo un vector para lanzar todas nuestras fuerzas contra esas naves. También la India y los Tártaros. Bizancio ha aceptado ayudar. Dentro de unas veinte horas, la situación se va a poner bastante caliente para los Amos del Kanato.

—Esa parte la entiendo. Por mí, perfecto —comentó Rawlins.

—No será un ataque sorpresa para cuando caigamos sobre ellos —indicó Blaine—, aunque actualmente desconozcan la velocidad de nuestro avance. No habrán considerado el factor de la propulsión de Base Interior Seis. La Alianza de Medina es más grande de lo que ellos creían, como pronto también averiguarán. Entonces... ¿de qué elección disponen? O cruzan en busca del apoyo de su flota de guerra, o solicitan esa ayuda. Es muy posible que hagan ambas cosas, o sea, cruzan y luego gritan pidiendo ayuda, lo que significa que harían retroceder a la flota de guerra. Ello debería dar algo de tiempo al Agamenón.

—Sí, pudiera ser —acordó Rawlins. Parecía pensativo—. Si hacen eso, quizá seamos capaces de reforzar a Balasingham a tiempo de conseguir algo positivo.

—Bien pensado —afirmó Renner.

—¿Cuál es el Plan B, comodoro?

—Nuestra mejor conjetura —repuso Renner— es que el Plan B del Kanato sea el mismo de Medina. Si no consiguen dejar atrás al Agamenón, entonces regresan aquí, reúnen una gran alianza que pueda derrotar a Medina y se ofrecen a negociar con el Imperio.

—De modo que lo importante es asegurarnos de que no escapen del ceпо del Agamenón. Aparte de eso... ¿nos importará quién gana de entre los pajeños? —inquirió Rawlins. Kevin Renner jamás había pensado en ello.

—Puede que al Imperio no le importe —repuso Bury—. Pero a nosotros sí. Rawlins frunció el ceño.

—Apoyo eso —secundó Freddy Townsend.

Los dos hombres eran civiles. Rawlins no fue capaz de suprimir del todo un tono condescendiente.

—Excelencia, sé que les gustan esos pajeños, pero la política Imperial no ha de involucrarse con los asuntos internos de los sistemas candidatos.

—Todos sabemos que eso sucede con demasiada frecuencia —afirmó Freddy.

—Tal vez, pero esto se encuentra a un nivel político endemoniadamente más alto que el que cualquiera de nosotros pueda manejar —dijo Rawlins—. Incluso con los herederos Blaine a bordo.

—Rawlins... —comenzó Renner.

—Capitán —intervino Glenda Ruth—, sólo estamos especulando en lo que puede llegar a hacer el Kanato. El hecho es que no han intentado negociar con nosotros. Han tomado prisioneros a dos ciudadanos del Imperio, y ni siquiera hablan de ello con nosotros.

—Infiernos, los amigos de ustedes los tomaron prisioneros antes.

—Y están dando todo de sí para compensarlo —dijo Freddy.

Las dos Mediadoras escuchaban con suma atención, pero ninguna habló.

—Medina se ha ganado nuestra confianza —indicó Bury—. ¿No deberíamos ganarnos la suya? Luego está el asunto de los derechos de propiedad. Medina sabía que...

—¿Propiedad? —demandó Rawlins, la respuesta levemente retrasada por el intervalo de la velocidad de la luz.

—Sí, capitán. Sabían que la protoestrella se colapsaría, que la Hermana se abriría. Compraron ese conocimiento con escasos recursos. Incluyendo la vida de un Ingeniero que nosotros dejamos morir a bordo de la MacArthur.

—Maldición —exclamó Renner.

—Sí —la voz de Bury sonó fatigada—. La situación no es del todo como lo que le sucedió al señor Townsend, aunque hay similitudes. Y del pequeño conocimiento que poseían, dedujeron qué íbamos a hacer nosotros, y apostaron su supervivencia a que estaban en lo correcto. Yo mismo he hecho igual. ¿No considera usted las ideas como propiedad personal? En cierto sentido, el Consorcio de Medina tiene los derechos de autor del Imperio.

Una pausa. Luego:

—Derecho de autor. Gracias, comerciante. ¿Comodoro?

—Lucharemos junto al Comercio de Medina —repuso Renner—. Yo aceptaré la responsabilidad. Usted tiene sus órdenes, capitán. Vaya a atacar a esas naves colonia. Estaremos trece horas detrás de usted.

—Sí, señor.

Era demasiado lejos para ser de alguna ayuda, y los dos lo sabían.

—Usted es una incógnita para los pajeños —dijo Renner—. No sabrán de qué es capaz su nave. Desconozco si ello significa que se concentrarán en usted o que intentarán evitarle. Esté preparado para las dos posibilidades. Vamos a necesitar su protección cuando nos acerquemos, de modo que trate de sobrevivir.

El retraso en esta ocasión fue más prolongado de lo necesario.

—Lo intentaremos.

—¿Alguna otra pregunta?... Bien. En marcha. Buena suerte —Renner cortó la comunicación para encontrarse con Bury riendo entre dientes—. ¿Sí?

—Pensaba —comentó Horace— que puedo imaginarme un juicio en el que los padres de la señorita Blaine presentan nuestra defensa.



El Simbad aceleraba a 1,2 gravedades estándar. Glenda Ruth Blaine empleaba el atiborrado espacio de la zona de cocina para realizar ejercicios lentos de estiramiento.

—¿Ha tenido alguna vez una mascota? —preguntó.

—Mi padre tenía una pareja de Keeshonden —repuso Joyce.

—Sin embargo, murieron. Usted sabía que algún día morirían y eso es lo que pasó — Glenda Ruth no aguardó una respuesta—. Fue así con Jock y Charlie. Ellos me lo dijeron. Charlie murió. Nosotros, mis padres por entonces disponían de una versión de la lombriz A-L, aunque fue demasiado tarde para Charlie, o esa versión no era del todo correcta. No, Joyce, deje la cámara donde está.

Joyce no se había movido.

—No puedo evitar lo que pienso, Glenda Ruth, pero si fueran a fusilarme por saber demasiado, aún seguiría escuchando.

—No estoy segura de qué es lo que deseo decir para la prensa. Lo que hice no fue honesto y no fue sencillo, y sería dementemente complicado tratar de describirlo. Adonde quiero llegar es que la lombriz A-L apartó a mi amigo más viejo de la muerte. Hola, Freddy.

Freddy había salido del entorno de la cabina.

—Hola. ¿Te están entrevistando?

—Extraoficialmente. ¿Café?

—Bendita sea —Freddy Townsend se volvió hacia Bury—. ¿La gravedad está bien, señor?

Bury alzó la vista.

—No es peor que en Esparta. Me encuentro bastante cómodo, gracias. Resulta más duro para Alí Babá y nuestros amigos.

El cachorro de Mediador se hallaba acurrucado en la axila de Bury; no parecía desdichado.

—Vine para mostrarles algo —dijo Freddy—. Tenemos cámaras fuera del Campo.

Señaló las pantallas del salón. Resplandores intensos y destellos más suaves: las intrincadas hebras de luz de una batalla espacial.

—¿El grupo de la Átropos? —preguntó Glenda Ruth.

—Aún se halla a un par de horas de la Hermana. Ésa es la flota Tártara. Estaban más cerca. Victoria, me temo que a su pueblo no le está yendo bien.

—No esperábamos que nos fuera bien —repuso Victoria.

—Un terrible consumo de recursos —comentó Omar.

—Una inversión —afirmó Bury.

—Con beneficios potencialmente ¡limitados —acordó Omar—. Hemos dispuesto de años para contemplarlo, pero ésta es la primera generación de pajeños que puede ver el universo como un sitio de oportunidades reales. ¿Cuándo llegaremos allí?

—Está un poco por debajo de dos minutos luz —indicó Freddy—. Digamos unas veintiséis horas a nuestra velocidad actual.

—¿No habrá terminado todo por entonces? —preguntó Glenda Ruth.

—Es posible que no —contestó Victoria—. Las batallas espaciales llevan tiempo.

—Y ésta es una batalla como pocos habrán visto jamás —dijo Omar—. Una batalla de Amos: el fracaso definitivo de la clase Mediadora.

—Hay algo que no entiendo —intervino Joyce—. ¿Por qué el Kanato no negocia?

Hubo unos destellos de luz en las pantallas.

—Más naves —indicó Glenda Ruth—. ¿De quiénes son ésas?

—Es difícil de decir —repuso Freddy—. Pero le están disparando al Kanato, de modo que van de nuestro lado.

—Enemigos de nuestros enemigos —dijo Bury—. Sólo podemos observar con paciencia. Alá ha sido misericordioso.

—Joyce, hay muchas respuestas a su pregunta —respondió Victoria—. Una es su historia: el Kanato ha tenido pocos éxitos con las alianzas.

—Dado su historial no resulta sorprendente —indicó Omar.

—Es verdad. Tratan a sus aliados con desprecio. No respetaron las condiciones que habían establecido con nosotros. Y ahora ven un potencial ¡limitado aun si sólo una de sus naves colonia sobrevive para recorrer el espacio Imperial.

—¡limitado —repitió Glenda Ruth—. Eddie el Loco. Un clan entero.

—También nosotros lo vemos —apuntó Victoria—. Igual que Medina y la India. Diga mejor una cultura entera.

El puente de control del Simbad se hallaba a oscuras salvo por las pantallas de navegación. Freddy lo había aislado del salón. Había puesto el sillón de piloto en modo de masaje.

Glenda Ruth notó la postura relajada de Freddy.

—Hola.

—Hola.

—Vi algo de actividad en las pantallas.

Freddy asintió.

—La batalla se ha reanudado. Se lo informé al comodoro. No hay gran cosa que podamos hacer al respecto durante las próximas catorce horas, de modo que no tenía mucho sentido despertar a los demás.

«Y no dices por qué no me llamaste a mí», pensó ella.

—¿Qué haremos cuando llegemos allí?

—Buena pregunta —contestó Freddy—. Con este curso pasaremos a unos doscientos clics por segundo.

—Eso no es de gran utilidad.

Freddy mostró cierta irritación.

—Si frenamos para emparejar velocidades, estaremos toda la eternidad llegando allí. La idea es que podemos incrementar nuestra propulsión al final si alguien necesita la ayuda de nuestras armas. De lo contrario, es más seguro cruzar deprisa y regresar.

—Buenas nuevas de todas partes —dijo Glenda Ruth. La pantalla principal centelleó, un fulgor azul. Se la quedó mirando—. Freddy...

—Está bien. No tienes por qué mirar.

La voz de ella sonó casi condescendiente, aunque surgió tres segundos después.

—Freddy, cariño, además no tiene mucho sentido. Lo único que yo veo son luces coloreadas. ¿Por qué no me cuentas tú qué está sucediendo? Imagina que es una carrera.

—Una carrera. De acuerdo.

Un toque al mando aumentó el cuadro, expandió el centro del laberinto de líneas de colores. Los láseres atravesaban globos negros y al rojo vivo de diversos tamaños. Uno se estaba inflando, verde, azul, un fogonazo blanco como una nova.

—Comenzaron con veintiséis naves grandes. Después de doce horas de lucha son veintitrés. No se mueven mucho, pero tu hermano reconocería la danza que realizan. La Nave A flota detrás de la Nave B. La Nave B recibe el calor durante un rato. No puedes hacerlo a menos que el enemigo se halle en una sola dirección. La Nave A elimina cierta energía; después, baja el Campo Langston justo cuando sale de la sombra de la otra nave. Dispara todo lo que lleva. Activa su Campo de nuevo... Vaya.

—¿No siempre funciona?

—No. Veintidós.

—Mmhh. Freddy, éstos eran los veintiséis clanes del Kanato. Cada nave es una familia extendida. Las naves son de distintos tamaños porque algunas familias son más grandes, o más ricas. Vale la pena recordar que los pajeños no retroceden ante el exterminio... —Freddy la miró—. ¿Qué están haciendo ahora? ¡Freddy, ahí va otra!

—Te cogió mirando —él se volvió a la pantalla—. ¿Dónde está la nube?

—No, simplemente se apagó. Ahí, otra.

—No, mi amor, ésa no está muerta —apretó las teclas del intercom—. ¡Comodoro! ¡Señor Bury!

La imagen de Bury apareció en la pantalla del intercom.

—Lo vi. ¿Kevin? Dos naves han huido a través de la Hermana. Creo que están todas en movimiento. Ahí va otra, ¿verdad, Freddy?

—Sí, y otra acaba de morir. Tenemos cinco destruidas, tres que cruzaron, y ahora el resto converge sobre la Hermana.

—De acuerdo. La Átropos no tendrá que luchar —Renner sonó cansado, y no había imágenes en su pantalla—. Freddy, habrá que cruzar, pero para ello faltan catorce horas. La guardia es tuya. Te agradecería que trabajaras en el problema de navegación. Eso nos permitirá a los demás dormir un poco —hubo un momento de silencio—. Horace, tenemos que hablar con los pajeños. No podemos pasar por el punto de Salto nosotros solos.

—Eso mismo calculé yo. Vete a dormir, Kevin. Yo negociaré.

Kevin Renner colocó el sillón en inclinación completa y cerró los ojos. Oyó la voz de Bury, enérgica pero con un toque de fatiga. «Omar, necesitaremos todas las naves de guerra que se puedan reunir para acompañar a la Átropos y al Simbad a través de la Hermana...». Y entonces desapareció todo para él.

—Mensaje urgente —anunció la computadora.

Renner se irguió ante la consola.

—Pásalo.

Eudoxo apareció en la pantalla. Renner tecleó las preguntas: Base Seis se hallaba un poco por debajo de cuatro minutos luz detrás de él.

—Kevin, las flotas de Bizancio están retrasadas. No llegarán a la Hermana a tiempo de conseguir nada. ¿Las enviamos a otra parte? También hemos detectado objetos en curso de interceptación con el Simbad. Tres naves no identificadas en este vector —hubo una agitar de datos binarios—. Cuando reciba esto se hallarán a veintiséis minutos de la interceptación.

Renner lo meditó; luego, transmitió:

—Doy por hecho que Bizancio sigue siendo aliado de ustedes. Pídeles a ellos y a cualquier otro aliado que se reúnan en Base Seis. Ayuden a asegurar la Hermana. Comprobaremos esas naves no identificadas. Nuestros planes presentes siguen siendo los mismos. Seguiremos al grupo de la Átropos a través de la Hermana. Con suerte aseguraremos a la Hermana de este lado —Kevin pensó un instante y se encogió de hombros. ¿Por qué no?—. Buena suerte —cortó—. ¿Señor Townsend?

—¿Qué sucede? —inquirió la imagen de Freddy Townsend.

—Pantalla dos.

Estudiaron juntos la pantalla. Espacio negro y estrellas, y tres puntos aproximándose desde abajo y a treinta grados de la proa de babor, a un grado por debajo de las Pléyades.

—Los detectores del Simbad aún no los han captado —indicó Freddy—. Quizá ahora que sabemos dónde buscar...

—Correcto —Renner tecleó unos comandos—. Bien, hemos adquirido tres blancos. Rumbo constante y acercándose, a treinta mil clicks. Aún no nos están disparando nada, Freddy —observó luces violetas blanquecinas alrededor de ellas y añadió:—. Diría que nuestros aliados ya están alertados; pero no obstante, llámalos, y también a Rawlins.

—¿Despierto a alguien más?

—Llama a Joyce —verificó por los instrumentos que Bury se hallaba profundamente dormido. Sus lecturas eran un poco irregulares, un poco inquietantes. Los pajeños también dormían, y Kevin preguntó—. No necesitaremos una traductora, ¿verdad?

—Déjela dormir. La muerte crispa a Glenda Ruth.

Joyce Trujillo estaba despierta: Kevin pudo ver la pantalla encendida detrás de la nuca de ella.

—Hola, Joyce. La batalla se prepara. Freddy, ¿has conseguido contacto con alguna de las otras naves?

—Señal de la Diez, pero no puedo leerla. Guerreros. Estoy despertando a Omar.

—Perfecto.

Omar se desenrolló y se sentó. Lo que siguió fue un rápido intercambio entre el Simbad y su escolta, veinte pequeños bombarderos con Guerreros.

—Hay que protegerle —indicó Omar.

Irritante.

—Si le dijera que soy un Mediador-Guerrero... —comenzó Kevin.

—Las naves Seis a Veinte se desplegaron entre nosotros y el Grupo Bandido Uno. Las naves Uno a Cinco se hallan en reserva. Se espera ataque a alta velocidad, dos grupos de bombarderos alrededor de un tanque de combustible, que se espera se separen, más una nave de Amo. Se trata de algunos aliados fortuitos del Kanato que llegan tarde pero que están obligados a proteger a la Hermana de ser capturada por la India y Medina.

—Eso está mucho mejor, Omar. ¿Pueden estar al corriente de que el Kanato los ha abandonado? Proporcióname su mejor estimación.

—No lo adivinarán, pues el Kanato no tiene por qué haberles contado qué hace la Hermana. La nave Uno sugiere que active su Campo Langston ahora.

Renner lo activó. Las pantallas quedaron en blanco; luego, se encendieron una a una cuando hubo sacado cámaras.

Luces violetas iban decreciendo hacia las Pléyades.

—Omar, ¿toda nuestra escolta ha salido a luchar?

—Omar está desconectado —informó Freddy—. Veo cuatro bombarderos Guerreros aún con nosotros, sin mantener una posición especial. Maldición... —no tuvo que terminar.

Glenda Ruth observaba la pantalla de Joyce con ojos brillantes.

—¿Crees que vamos a luchar? —le preguntó Joyce, casi en un susurro en la cabina oscura. Se suponía que Kevin no debía oírlo.

—¿Luchar, o escondernos tímidamente detrás de nuestros aliados?

Si Glenda Ruth no hubiera querido que la oyera, Kevin tuvo la convicción de que no habría podido escucharla.

—Joyce, intentamos incluir todo lo que sabemos en el mensaje que le enviamos a Weigle. Incluso retocamos las cintas de usted como suplemento.

—¿«Incluso»?

—Aparte del mensaje, sin importar si llegó o no, todo lo que la humanidad sabe de los pajeños se halla aquí en el Simbad.

Tres puntos enemigos se habían convertido en una rociada de luces. Los bombarderos Guerreros del Simbad bailaban en un patrón impredecible. El enemigo también comenzó a danzar. Cuando el enemigo se halla a segundos luz de distancia, es posible esquivar los rayos láser.

—La cuestión —prosiguió Glenda Ruth— es que si el Simbad se ve obligado a luchar, será una muy mala señal.

—Asimismo es verdad que mis hologramas pueden llegar a ser lo más importante que salga del sistema de la Paja.

—Comprendido.

—He leído sobre batallas espaciales —dijo Joyce—. Todos los informes afirman lo mismo. Serían aburridas si no resultaran aterradoras. No llegué a creerlo en el pasado.

Las serpenteantes luces de las naves enemigas habían convergido en un punto borroso y permanecieron así. Renner frunció el ceño. ¿Qué creían que estaban haciendo?

Retrocedían, las naves Guerreras protegiendo al Amo. El séquito del Simbad era demasiado para ellas.

El Grupo Bandido Dos era más grande. Realizó una pasada a seiscientos clicks por segundo, disparando una sola vez. Los rayos del Grupo Uno se abatieron sobre el Simbad al mismo tiempo; el ataque fue absorbido con facilidad por los Campos Langston. El Grupo Dos desaceleró para unirse al Uno.

Átropos llegó a la Hermana y tomó posición allí, sin incidentes, rodeada por los Guerreros del Comercio de la India y los supervivientes de la flota de los Tártaros de Crimea. Los escoltas de Medina ya estaban arribando.

También llegó un tercer Grupo Bandido. Con el Grupo Uno/Dos agruparon sus fuerzas en un patrón complejo situado a medio millón de clics hacia afuera y hacia proa de la Hermana; luego, mantuvieron posiciones.

Freddy Townsend lo grabó todo y después se lo pasó a Renner a alta velocidad.

—Señor, debería formar un patrón, pero no consigo descubrirlo.

—Omar, ¿quiénes son éstos?

—Tres familias, una local; ninguna de importancia. El pacto del Kanato de abandonar el sistema de la Paja debe dejar suficiente riqueza atrás para respaldar cualquier número de alianzas.

—De acuerdo. No hay bastantes para atacarnos. Esperan que el Kanato regrese a toda velocidad a través de la Hermana. Entonces, cuando nosotros huimos, éstos nos bloquean el camino.

—¿Qué hay en aquella dirección?

—No importa. No se encuentran entre nosotros y lo que queremos. Sólo creen que sí lo están. Freddy, ¿cuán cerca nos hallamos de la Hermana?

—A tres horas, pero cruzaremos a doscientos clics por segundo, a menos que aumentemos la propulsión. Tres horas más si fallamos en la primera pasada.

Bury estaba dormido. Sus indicadores parecían haberse estabilizado: descansaba bien. «Concédele otra hora», pensó Renner.

—Retrasa el aumento de propulsión. Omar, necesitamos mantener una conferencia con nuestros escoltas y aliados. Freddy, por favor llama al capitán Rawlins.

—A ver si lo he entendido —dijo Rawlins—. Vamos a cruzar por la Hermana. Yo primero, y he de intentar protegerles a todos ustedes. ¿De qué?

—De cualquier cosa que haya dejado el Kanato como guardián de la puerta —repuso Renner—. La opinión está dividida respecto de cuántos serán.

—De acuerdo —aceptó Rawlins—. Convoy escolta estándar a través de un punto de Salto. Puedo hacerlo; pero los pajeños tendrán que cooperar. ¿Trazamos nosotros los cursos o lo hacen ustedes?

—Se lo dejo a usted —indicó Renner—. Llevo un tiempo sin realizarlo. Usted lo hará mejor. Ahora bien, nos hallaremos a seis horas por detrás de ustedes si funciona la maniobra de Freddy Townsend; a trece, si falla. Será mejor que no espere. Le seguiremos.

—Sí, señor. Muy bien, entraré y cubriré a las cuarenta y siete naves de guerra pajeñas cuyos vectores me transmite. Luego, cuando hayamos cruzado todos, nos dirigimos al Agamenón a velocidad de flanco.

—Todos lo que consigan cruzar —dijo Renner—. Tiene una copia de mi informe al Agamenón. Transmítalo si puede. Lo importante es evitar que el grupo del Kanato escape al espacio del Imperio. ¿No está de acuerdo?

—Sí. Muy bien, señor. De acuerdo, pero hay demasiadas naves para que yo pueda cubrir las a todas. Tendré que mandar a algunas en un patrón de dispersión. Calcularé los vectores de curso y se los transmitiré en una hora. En cuanto al Simbad, ustedes avanzan muy deprisa; llevará horas emparejar velocidades.

—No disponemos de horas. En cualquier caso, vamos muy despacio, con el señor Bury a bordo.

—Exacto. Lucharemos contra lo que encontremos del otro lado mientras usted y sus escoltas cruzan. No se esperarán eso.

—Así es como lo veo yo —corroboró Renner.

—Entonces, todos seguimos adelante. Comodoro, sugiero que trabaje en el mensaje a Balasingham. No le va a gustar ver a un grupo de naves pajeñas acercándosele.

—Cierto. Gracias —dijo Renner—. Omar, cerciórese de que su pueblo lo comprende. El capitán Rawlins hará que sus computadoras tracen un curso para cada nave. Es importante que sigan las instrucciones de manera exacta.

—Entendido —repuso Omar—. Gracias.

—De acuerdo, capitán; esperaremos su llamada. Gracias —Renner se volvió hacia Freddy Townsend—. Bien, ¿aún crees que podremos pasar a doscientos?

—Está chupado.

—¿Qué está pasando? —preguntó Joyce— ¿Freddy?

—Concédeme un minuto —pidió Freddy.

—Omar —dijo Renner—. Cuando disponga de un momento libre, tenemos un trabajo para su Ingeniero —tecleó con furia y en la pantalla apareció una serie de diagramas—. Necesito esta disposición.

—¿El Lanzador, Kevin? —dijo Bury.

—Sí —Renner miró las lecturas médicas de Horace. Se habían estabilizado en normal—. Me alegro de que hayas disfrutado de un buen descanso. Vamos a cruzar, y no sabemos que habrá del otro lado. Quiero montar el Lanzador.

—Sí —Bury suspiró—. En ese caso... Cynthia, creo que deberías abrir la taquilla del Compartimento Ocho. Quizá necesitemos su contenido.

La Ingeniero pajeña había estado estudiando la pantalla. En ese momento parlotó con Omar.

—¿Problemas? —inquirió Renner.

—No, entiende el mecanismo y su propósito. Se hará en menos de una hora. En verdad, dice que puede realizar considerables mejoras...

—¡No! —exclamó Bury—. ¡Es mi nave, y por el Profeta que no! Déjela como estaba diseñada.

Renner se rió entre dientes, pero se detuvo al ver las lecturas médicas.

—Omar, creo que será mejor si el sistema funciona como yo espero que lo haga. Podemos dejar las mejoras para otra ocasión.

—Muy bien.

Omar habló rápidamente. La Ingeniero y los Relojeros se dirigieron a popa en busca de los trajes presurizados.

—Por favor —pidió Joyce—, ¿no me explicaría alguien qué está sucediendo?

—¿Qué está sucediendo, o lo que nosotros creemos que está pasando? —preguntó Glenda Ruth.

—¡Las dos cosas!

—Yo mismo agradecería la información —comentó Bury.

Kevin mantuvo un oído atento. También Freddy escuchaba, aunque tenía su propio trabajo que realizar.

—No es algo oficial, sólo mi opinión personal —las pantallas mostraron un mapa del sistema de la Paja. Glenda Ruth empezó—. El Kanato envió su flota principal de guerra a través de la Hermana mientras los Amos y sus naves colonia se quedaban detrás. La India y Medina les hicieron muy difícil la situación, y también ellos han huido por el punto de Salto. Calculamos que se dirigirán al Salto que lleva a Nueva Cal, aunque primero deberán localizarlo.

»Mientras tanto, nuestro grupo se encamina hacia la Hermana. Hay otro escuadrón de naves aliadas que puede llegar justo por delante de nosotros. Átropos pasará con ellas. Si del otro lado no hay nada a lo que dispararle, irán directamente hacia el Agamenón, situada en el punto de salida. Nosotros les seguiremos a nuestra propia velocidad.

—Oh —comentó Joyce—. Por supuesto. Nosotros sí sabemos dónde está.

—De modo que deberíamos llegar primero... es decir, la Átropos y la flota de Medina. Rawlins va directo hacia allí, por lo que el Kanato no sabrá lo fuertes que somos.

—Pero esperamos tener problemas.

—Es muy probable que el Kanato haya dejado una o varias naves francotiradoras —explicó Glenda Ruth.

—Pero ellos saben cuántas naves tenemos nosotros, ¿verdad?

—¿Cómo podrán saber con certeza a cuántas haremos cruzar? En cualquier caso, ésa es la razón por la que la Átropos pasa primero. Cruza y la seguimos, todos los que podamos. Algunas a cobijo detrás de la Átropos; el resto en un patrón de confusión. La idea es que pasen algunas. Que pasen muchas.

—Oh.

—Otra cosa que no esperarán —dijo Freddy—. O más bien que sí esperarán...

—La conmoción del Salto —indicó Omar—. La habrán experimentado. Eudoxo dice que es formidable... pero menos para ustedes que para nosotros. No esperarán que se recuperen tan rápidamente como ustedes lo harán. Nuestros oficiales Guerreros coinciden. Es un buen plan.

Átropos pasó en segundo lugar. Primero cruzó un abanico de veinte naves de guerra de la India, poco más grandes que corbetas Imperiales, viajando a velocidades altas pero distintas. Su misión era distraer a cualquier enemigo que esperara del otro lado de la Hermana de Eddie el Loco.

Freddy Townsend observó con admiración.

—Cualquier comodoro de regatas estaría orgulloso de esa actuación.

—O almirante de flota —dijo Renner—. Bien, ahí va la Átropos.

Las naves de guerra de la alianza se cobijaron cerca de la retaguardia del crucero Imperial, en lo que se habría llamado «línea de proa» en los tiempos de la marina. En ese momento se desvanecieron una a una mientras el Simbad se lanzaba hacia el punto de Salto.

El séquito de Guerreros del Simbad habría sido visible si no llevara levantado el Campo. Eran necesarios para algo más que la protección. Freddy Townsend los estaba usando para la triangulación.

La Hermana se hallaba a treinta segundos de distancia.

—Si lo conseguimos, será un récord —dijo Freddy—. ¿Se me permitirá registrarlo?

—No es decisión mía —repuso Renner—. Y si fallamos, podemos volver a intentarlo, desde luego, pero se habrán tirado tres horas por el reciclador..., y no sé la importancia que tendrán esas tres horas. Hazlo lo mejor que sepas.

—Siempre.

Victoria y Omar coincidieron: cualquier piloto Guerrero normal podría conseguirlo. Con veinte pilotos Guerreros para triangular, incluso un humano disponía de una oportunidad.

Kevin nunca vio a Freddy darle al conmutador.

## 7. La conmoción del Salto

*Entre otros males que te depara estar desarmado,  
hace que te desprecien.*

Nicolás Maquiavelo

En los dos días que pasaron antes de que las naves del Kanato los encontraran, Jennifer tuvo poco que hacer salvo vigilar a Terry, hablar con Polyanna... y rezar. El Dios de la humanidad era también el Dios de la Paja. Rezó pidiendo soluciones que llevaran la paz a los dos tipos de mentes.

Cuando las naves del Kanato se aproximaron, Jennifer conectó los datos almacenados de Freddy sobre la Lombriz Anticonceptiva-Longevidad. Los Guerreros del Kanato encontraron los datos pasando por la pantalla cuando irrumpieron a través de la pared.

Durante un tiempo los ignoraron. Dos Ingenieros, cuatro Relojeros y un Guerrero inspeccionaron la zona una primera vez con celeridad en busca de trampas explosivas; luego, de forma pausada, buscaron cualquier cosa que fuera de interés. Llegaron una Mediadora y un Amo; discutieron, examinaron. La cabina de la Cerbero de nuevo se vio infestada de pajeños.

La Mediadora escuchó la grabación que había hecho Victoria, la información en la lengua del comercio de que la nave era un material aprovechable, pero que la Alianza de

Medina pagaría bien por Jennifer y Terry. La Mediadora se volvió hacia el Amo y habló. El Amo habló con brevedad. Los dos ignoraron a los humanos.

El Guerrero se marchó. La Mediadora examinó a Polyanna sin despertarla; luego, tomó posición frente a un monitor recientemente alterado por un Ingeniero. Los Relojeros iban de un lado a otro a toda velocidad, como arañas grandes, serviciales, curiosas.

Durante las siguientes horas, la Cerbero volvió a cambiar. Una pena que Freddy no pudiera verlo. El Kanato descubrió que su actual impulsor, el del Hécate, empujaba una carga demasiado ligera. Añadieron un almacén para llevar cargamento, manipularon el impulsor para conseguir aún más propulsión, añadieron tres retículas esféricas, como si de la Cerbero hubieran brotado racimos de uvas enormes. ¿Más carga... y armas?

Jennifer no pudo estar segura. Terry lo habría sabido, pero Terry no hablaba.

Llegaría ayuda. Jennifer esperó.

En el interior, los pajeños trabajaban. Esta vez no había forma de detenerlos. Su interés se centró en las pantallas, las cámaras, las computadoras, las comunicaciones. No tocaron el sistema de aire. Quizá los Ingenieros Tártaros ya lo habían alterado bastante.

Polyanna despertó. Ella y la Mediadora del Kanato charlaron mientras observaban el monitor.

El Amo regresó con un Médico y otro Ingeniero. En el acto Polyanna saltó hacia éste último y comenzó a amamantarse.

El Médico del Kanato era distinto del Doctor Doolittle; era más pequeño, de aspecto frágil. Hizo poco para perturbar a Terry, aunque examinó a Jennifer con todo detalle.

Polyanna, bien alimentada ya, regresó al hombro de Jennifer y permaneció allí mientras ella conversaba con la Mediadora del Kanato. Ahora eran sus pies los que aferraban el hombro de Jennifer, mientras los brazos trazaban gestos llamativos. Las respuestas de la Mediadora adulta eran más concisas, una sacudida de la muñeca, codos derechos golpeándose entre sí: ¿cómo demonios podía un humano imitar eso? Jennifer trató de concentrarse. ¡Un Mediador bebé le estaba enseñando a otra madura a hablar inglés! La grabación sería fantásticamente valiosa, pero pasaría cosas por alto, matices..., la inclinación de la cabeza y del hombro, «no del todo»...

Terry se movió, y Jennifer le miró a los ojos. ¿Recuperaba el sentido?

Y de golpe todo se tornó borroso.

Jennifer se recuperó despacio. Se le ocurrió que si ella fuera Terry Kakumi, y se hallara ilesa, podría arrebatarles la nave a estos pajeños aullantes, pataleantes. Pero la falta de sueño la había extenuado, y los pajeños ya empezaban a recobrar la compostura. Apoyándose sobre las manos se acercó a los mandos del telescopio.

Cerbero había saltado, por supuesto. Una nave casi monstruosa fue la primera en salir a MGC-R-31. Las naves entraban a popa, acelerando, pasando a toda velocidad junto a la Cerbero y dejándola atrás, como a una híbrida tullida. Cerbero cojeó detrás de la flota Guerrera más o menos a una gravedad de la Paja. Las llamas de los impulsores de mil naves pequeñas retrocedieron delante.

Y la Mediadora le habló a Jennifer por primera vez.

—¿Es usted Jennifer Banda? Llámeme Arlequín. Sirvo al Amo Falkenberg.

Debió de captar la reacción de Jennifer: «¿Oh, de verdad?», pero no intentó moderar la arrogancia de su aseveración:

—Hemos de discutir su futuro.

—Seguro que también el suyo —indicó Jennifer.

—Sí. Usted ahora es nuestra. Si todo sale bien, escaparemos del Imperio para ir a buscar nuestras propias estrellas. Usted y Terry Kakumi con nosotros. Cuando en última instancia debamos confrontar al Imperio, ustedes o sus hijos han de hablar por nosotros.

En nada era parecido al futuro que Jennifer habría elegido. Pero la Mediadora seguía hablando:

—Delante nos aguardan barreras. ¿Adónde nos conducirá el siguiente punto de enlace? ¿Qué hay para bloquearnos?



—El Imperio del Hombre —repuso Jennifer. Terry sonrió, fugazmente, y ella vio unos fulgores brillantes: tenía los ojos abiertos.

—Detalles —dijo la Mediadora—. Vemos una nave inmensa y varias, mucho más pequeñas.

—Habrá más. Tenemos ventaja sobre ustedes. Vendrán más naves desde Nueva Cal, en cualquier momento. No saben a lo que se enfrentan. Éste es el Imperio.

Cuando Jennifer Banda tenía seis años, la Marina había desclasificado ciertas grabaciones holográficas. Todo el colegio se reunió para mirarlas.

Eso fue doce años después de que la flota de la Marina se hubiera agrupado en el espacio de Nueva Washington antes de dar el último Salto a Nueva Chicago, un mundo que se había separado del Imperio y que se había bautizado Libertad. Aquel mundo fue devuelto al Imperio, y también se le restauró su viejo nombre. Hubo batallas, pero lo que Jennifer recordaba era el poderío reunido del Imperio del Hombre: naves del tamaño de islas pasando a velocidades meteóricas y a mayor altura.

Ningún Mediador pajeño podría ver todo eso en sus ojos. No obstante, Arlequín no vería nada que negara lo que Jennifer creía: que el poder que mantenía a mil mundos en su mano que aprieta caería sobre el cuello del Kanato.

—Si pudiéramos llegar al nuevo punto de enlace a tiempo... —dijo Arlequín.

—Encontrarían nuestras naves de guerra justo del otro lado. Ustedes experimentaron la conmoción del Salto. Y les estarán esperando.

—Le mostraré lo que planeamos.

Guerrero, Ingeniero y Mediadora se juntaron, y Polyanna con ellos. En las pantallas de la Cerbero los sangrientos detalles de la autopsia de un Ingeniero se vieron sustituidos por... algo astronómico. Los colores eran malos, pero se trataba de MGC-R-31: ahí estaba la pequeña estrella roja, allí los destellos azules de Guerreros retrocediendo muy por delante de la Cerbero, allí una tableta próxima a círculos concéntricos: sin duda el Agameón y el punto de Salto a Nueva Cal. Y allí, saliendo de la otra zona de objetivo situada a popa: más naves, mayores.

—Los Amos vienen antes de lo previsto —comentó Arlequín—. No importa. ¿Qué nos aguarda detrás... de esto? —e indicó el objetivo exterior.

—Clasificado —dijo Terry.

—¡Oh, fantástico! Terry, ¿cómo te sientes?

—Quizá sobreviva. Al principio no me gustaba. Gracias por quedarte.

—Oh, ¿cómo podría abandonarte?

—No les des detalles. Dormiré ahora —dijo Terry, y cerró los ojos.

Jennifer asintió. Había esperado que hablara antes.

—¿Qué sistema se extiende más allá del puente? —preguntó Arlequín—. Debe de haber otros puentes.

—Ahora voy a dejar de hablar —repuso Jennifer.

—No es problema —Arlequín señaló el cúmulo de naves más grandes a popa—. Yo hablaré. Veinte naves de Amos han cruzado. Nuestros Guerreros prepararán el camino hacia el Imperio. Debe haber puentes a otras estrellas. Buscaremos el que abandona el Imperio. Y usted también, Jennifer, por mi vida y la suya, y para salvar las vidas de cualquiera que aparezca en nuestro camino.

—No deberían huir de la Lombriz de Eddie el Loco —comentó Jennifer—. Pueden rendirse. ¿No lo entiende? ¡No tienen por qué morir!

El Guerrero emitió un sonido, y Arlequín se volvió. En la pantalla salían otras naves detrás de los Amos del Kanato.

Algo grande se arrastraba por el pecho de Renner. Un mono... o una araña grande, herida, con extremidades perdidas.

—Alí Babá está enfermo —dijo éste—. Su Excelencia está enfermo. También yo. Enfermo en la cabeza, golpe, cerebro confuso y ojos fluctuantes. ¿Kevin?

—Pasaré —Renner abrazó al pequeño Mediador. Estirar la cabeza por el costado le mareó más—. Sólo espera, y te pondrás mejor.

Bury se hallaba de espaldas, los pies un poco separados, las manos separadas y con las palmas hacia arriba. Posición yoga de cadáver: se estaba tranquilizando a sí mismo del único modo que sabía.

Las pantallas aparecían borrosas. Una voz gritaba como ruido de fondo: gritaba solicitando la presencia del capitán.

«Soy demasiado viejo para esto», pensó Renner. Se quitó los cinturones de seguridad.

—¿Townsend?

Su equilibrio aún era precario. Se apoyó para girar y ver los monitores de Bury. Los dispositivos médicos se habían desconectado por el Salto; en ese momento realizaban una tarea de autocomprobación. Pero ahí venía Cynthia, avanzando deprisa sobre manos y rodillas. Se agachó por encima de Bury y comenzó una meticulosa inspección médica: pulso, lengua, ojos...

—¡Townsend!

—Aquí.

—¿Qué...? —Renner no fue capaz de articularlo adecuadamente.

—Átropos en línea. Podemos recibir.

Pero todavía no había transmisión. Renner dio un manotazo a las teclas. Las pantallas seguían oscuras: sin embargo, una voz decía:

—Simbad, aquí Átropos. Simbad, aquí Átropos. Corto.

Renner se estiró de manera experimental. Integral e a la dx es e a la x... Había descubierto hacía tiempo que las computadoras se recuperaban más pronto que él. «Debería ser bastante seguro probarlas ahora», se dijo. Activó las de comunicación. Un rugido de estática.

—Átropos, aquí Simbad.

—Simbad, aguarde... Aquí Rawlins.

—¿Informe de estado? —graznó Kevin.

—Crítico. Nos hallamos bajo el ataque de media docena de naves. Una de ellas es una nodriza grande, Señor.

Aparecieron luces verdes en una esquina del panel de mandos de Renner.

—¡Freddy! El yate empieza a despertar, comprueba si puedes ver algo.

—Bien.

—Nos estamos recuperando —indicó Renner—. ¿Qué tan mala es la situación?

—Estamos alcanzando el máximo del verde —repuso Rawlins—. No aguantará para siempre, y no puedo devolverles el fuego. Imposible enviarle un mensaje al Agamenón.

Renner sacudió la cabeza. Crítico. No pueden devolver el fuego. ¿Por qué no? Energía. Control de energía. Más luces verdes en su consola.

Los aparatos de Bury se activaron de golpe: pantallas a la búsqueda; luego, un gota a gota para ajustarle el equilibrio químico.

Las Mediadoras se sacudían débilmente. Una pantalla se encendió. Después otra.

—Rawlins —dijo Renner. La voz aún le salía espesa—. Aguante ahí. Vamos a pasarles.

—Aquí tiene una imagen de la batalla. La transmitiré mientras pueda.

La flota del enemigo era un puñado de puntos negros a través del resplandor naranja blanquecino de MGC-R-31, que se encogía de manera visible por la velocidad que llevaba el Simbad. Se habían situado en buenas posiciones, pensó Renner. Justo en dirección al sol desde la Hermana, para cegar los sensores de un intruso, y lo bastante cerca como para dispararle a quemarropa.

Átropos brillaba con más intensidad que el pequeño sol. Nada más pequeño que la Átropos habría sobrevivido tanto tiempo sin tener a la Átropos de escudo. Muy pocas naves de Medina iban a la deriva detrás de la Átropos, disparando por los bordes del escu-

do, retrocediendo despacio. Cuando la nave de la Marina desapareciera, también ellas quedarían destruidas.

Iba a ser peligroso. Los pajeños que llevaba a bordo no serían de ninguna utilidad. Las computadoras del Simbad eran del calibre de las de la Marina: tres sistemas independientes, cada uno realizando los mismos análisis hasta que todos obtuvieran los mismos resultados..., y no los estaban consiguiendo.

—¡Townsend!

—¿Señor?

—¡Active el Lanzador! Dispárele a esa flota pajeña. En especial a la nave grande.

—A la orden. Autocomprobación del lanzador. En orden. Levantándolo.

El Campo parpadeó durante un segundo a medida que los anillos del acelerador lineal subieron despacio a través del escudo de energía negra.

—Lanzador fuera del Campo. Recibo información directa de cámara. Análisis de trayectoria... —el Simbad cruzaba como un relámpago por delante de la batalla. Casi no había tiempo ya—. ¡Las computadoras de trayectoria dan respuestas divergentes! —gritó Freddy— Maldición. Lanzando. ¡Listo!

El Simbad reculó. Otra vez.

—De camino. Cargadores automáticos funcionando —indicó Freddy. Un sonido agudo y apagado que se escuchó debía proceder de Glenda Ruth—. Preparados —anunció—. De camino. Patrón de dispersión. ¡Fuego continuo, listo!

Hubo un resplandor intenso de luz en todas las pantallas; luego, éstas quedaron en blanco.

—Nos han dado. Cámaras inutilizadas —anunció Freddy—. Capitán, el Lanzador está seco. Tendríamos que guardarlo para recargar.

—No importa.

Bury intentaba trepar por el tobillo de Kevin sólo con una mano.

—Guárdalo. ¡Kevin, guárdalo!

—De acuerdo, lo estoy haciendo. Quédate quieto, Horace.

Invisibles, los anillos del Lanzador se hundían a través del Campo, de vuelta al interior del casco.

—Superconductor —informó Bury.

—Ah.

El lanzador del Simbad era un acelerador lineal fabricado con un superconductor pajeño. Ésa era la razón por la que no se había derretido con la luz de los láseres del Kanato. Pero si no se lo retiraba, conduciría la energía del ataque láser al interior del Simbad.

—Aún recibimos transmisiones de la Átropos —dijo Renner. Éstas quedarían poco a poco anticuadas a medida que el Simbad se alejara de la batalla—. Y aún tengo una cámara.

Una imagen se formó en la pantalla de Renner, una mezcla de transmisión y observación directa. Mostraba un grupo de naves pajeñas que retrocedían, mientras el Simbad dejaba atrás la batalla. Láseres salieron de tres naves pajeñas mas pequeñas en dirección al Simbad. Otros seis mantenían a la Átropos inmóvil como una cucaracha. Una de las naves pajeñas que atacaban al crucero Imperial era casi tan grande como la Átropos.

—Su campo es azul —musitó Renner—. Le doy otros cinco minutos. Luego, quedará aniquilada, y también nosotros.

—Cinco. Cuatro —contó Freddy—. Tres. Dos. Uno. Cero. Quizá el activador no funciona. O el gatillo...

Algo centelleó de manera intolerablemente brillante detrás de la nave pajeña más grande. Ésta pasó de verde a un azul intenso, expandiéndose. Otro resplandor. Otro. El azul fue tornándose en violeta.

—Jesús, Horace —murmuró Renner—. ¿Cincuenta megatonnes? ¿Hace cuánto que tenemos eso a bordo?

—Tú no lo habrías... —la voz de Bury era débil, pero irradiaba una nota de triunfo irónico—. Tú no lo habrías aprobado. Y por lo que costaron casi no lo apruebo yo.

—¡Funciona! —gritó Joyce—. ¡Ya no atacan a la Átropos! Están... —guardó silencio. Dos de las naves pajeñas centellearon violetas, el resplandor se intensificó y desaparecieron. La nave más grande ahora brillaba de un azul blanquecino, y la Átropos le disparaba—. No podrá aguantar —concluyó Joyce.

La nave pajeña grande fulguró y se desvaneció. En ese momento un grupo de puntos brillantes se arracimaron alrededor del decreciente brillo de la Átropos y la flota aceleró hacia las restantes naves Tártaras.

—Simbad, aquí Átropos.

—Adelante, capitán.

—Bien hecho, señor. Hemos ganado esta batalla —dijo Rawlins—. Los pajeños pueden acabar con el resto de su flota de bloqueo. Señor, no hubo oportunidad de contactar con el Agamenón. Sugiero que lo haga usted.

—Bien. Adelante, Rawlins. ¡Townsend!

—Aquí.

—Localice al Agamenón. Envíe ese mensaje.

—Me pongo a ello.

—Ustedes luchan como alimañas —afirmó Arlequín con desprecio.

Jennifer reculó ante el insulto; luego se cuestionó su significado. Pero la Mediadora se había impulsado con los pies a popa sin darle una oportunidad de replicar. En ese momento los pajeños se agruparon para conversar, y Jennifer se volvió hacia la pantalla.

Había tenido lugar una batalla. Habían muerto naves. Daba la impresión de que hubieran ganado los intrusos.

Arlequín regresó, con el Guerrero flotando detrás de ella.

—Me disculpo —dijo la pajeña—. Ahora lo entiendo. Gastan sus recursos como alimañas, pero no es porque sean ustedes animales. Disponen de recursos ¡limitados.

—Si ustedes ganan todo lo que desean, sus descendientes pensarán del mismo modo —comentó Jennifer.

—Sí. Nuestro plan de batalla ha cambiado, Jennifer. Ya no creemos que podamos pasar a Nueva Cal.

—Ríndanse —dijo ella—. Acepten la Lombriz de Eddie el Loco. Ningún pajeño debe morir porque haya demasiados.

Un gesto de la mano descartó la idea.

—Lo hemos considerado. Pero hay dominios por los que luchar, y aún podemos ganar.

«Y los Mediadores hablan por los Amos», recordó ella.

—No pueden ganar. El Imperio posee... Bueno, han visto los recursos de los que disponemos. Mire esta apresurada y pequeña expedición. Una nave civil bastó para dañar su flota de guerra y alterar sus planes, ¡y no han visto aún de lo que es capaz el Imperio! ¡Arlequín, hable con los Amos!

—Lo he hecho. Usted no lleva ni un solo parásito alterado. No hay tiempo para probarlo, y puede que éste no sea más que una invención —Arlequín quizá ni siquiera hubiera visto la reacción de ella—. En cualquier caso, nuestras opciones no han desaparecido. Sus representantes han establecido acuerdos con nuestros rivales. Polyanna los llama el Consorcio de Medina. Muy bien, únicamente necesitamos conquistar Medina y ocupar su sitio. Entonces, tendremos una mano que aprieta en los vastos recursos ofrecidos por su Imperio.

Al principio eso a Jennifer le pareció ridículo.

—¿Todos los pajeños se parecen?

—Debemos dar por hecho que ustedes enviaron mensajes describiendo su situación, describiendo promesas hechas al Consorcio de Medina, describiendo los planes de batalla. Pero si silenciáramos todas las voces humanas, y si aniquiláramos a todos nuestros rivales, ¿quién le dirá a sus Amos cuál de nosotros era el Consorcio de Medina?

Jennifer percibió que su respuesta sería tomada con suma seriedad; de modo que, con mucha seriedad, la meditó a fondo.

—¿Y si fracasan? Un solo testigo que quedara podría destruirlos a todos.

—Los humanos son conspicuos. Necesitan sus sistemas de apoyo vital especiales. Les encontraremos.

—¿Qué van a hacer?

—Ya se ha hecho. Nuestros Guerreros seguirán a sus naves humanas y las destruirán. Puede que haya otros humanos en el transporte principal de Medina, pero mi consejero Guerrero informa que sólo se trata de una bola de nieve de hidrógeno, llamativa y lenta, fácil de capturar.

«¡Está loca! Pero todos los pajeños son distintos. No es mejor que ser iguales. Podría funcionar», pensó Jennifer. «Y Arlequín sabe que yo pienso que podría funcionar. Maldición».

—¿Qué pasa con nosotros? —inquirió al fin.

—Quizá les necesitemos.

—Por supuesto.

Si el Kanato fracasaba, ella o Terry llevarían las condiciones de rendición al Imperio. Por lo tanto, serían los últimos en morir. «He de pensar. Debe haber algún modo de convencerles de que esto es una locura».

—Eddie el Loco —declaró ella.

Arlequín no había llegado a dominar el arte de dar la impresión de encogerse de hombros; sin embargo, la inflexión de su voz transmitió el mismo sentimiento.

—Como usted dice. Éstos son tiempos de Eddie el Loco. Pero el tiempo es breve, y si vamos a buscar esa opción, debemos hacerlo ahora. Hablaremos más tarde.

—Señor, tengo algunas naves en pantalla —informó Freddy Townsend—. ¿Interesado?

—No. Localiza al Agamenón.

—A la espera.

—Haré café —dijo Joyce—. ¿Negro, con leche caliente?

—Si Agamenón tiene los escudos levantados —comentó Freddy—, no la encontraré. ¿Y si transmitimos su mensaje al punto de Salto?

—Bien, Freddy. Hazlo. Luego, no dejes de intentarlo.

—Sí, sí —las luces disminuyeron. Toda la energía del Simbad se concentró en esa transmisión—. Oh, Dios —exclamó Freddy.

—Informa, Townsend.

—Más naves bajo aceleración. Impulsores de fusión, alta aceleración. Cuento dieciséis a no más de cinco millones de clics de distancia; todas, según el desplazamiento hacia el rojo de los rayos de su espectro, alejándose y sin rumbo; no sé adónde se dirigen, pero no es al Salto de Nueva Cal.

Renner acercó las imágenes.

—Kevin, ¿de qué se trata? —demandó Joyce.

—No dispongo de datos suficientes.

—Hay más —dijo Freddy—. Un campo entero centelleante de luces de propulsión a unos sesenta millones de clics, y está situado entre nosotros y el Agamenón.

—Nos han aislado —dijo Joyce.

—Exacto —acordó Freddy—. Capitán, ya tengo una integración de cuatro minutos sobre las luces. Muestran un desplazamiento al rojo decreciente, sin rumbo.

—¿Propulsión?

—Bastante cerca de tres g estándar.

—Entonces son Guerreros.

—¿Todos sus espectros se desplazan al rojo? —preguntó Joyce—. Eso significa que se alejan de nosotros.

—Disminuye el desplazamiento del espectro —indicó Freddy—. Se alejan, pero avanzan hacia nosotros. Un avión estaría virando, pero eso no se puede hacer en el vacío.

Renner apretó los botones del intercomunicador.

—Omar, ¿ha seguido esto?

—Sí, comodoro Renner —la voz de la pajeña transmitía al mismo tiempo cansancio y confusión.

—Observe. Ese grupo que acabo de marcar. Es la fuerza principal de la flota del Kanato. La mejor estimación es que todos sus Guerreros se dirijan hacia el Agamenón y el punto de Salto a Nueva Cal hasta que los Amos irrumpieron en este espacio.

—Resulta razonable —dijo Omar.

—De acuerdo. Pero ahora todos los Amos se están alejando de la Hermana, y los Guerreros desaceleran, con toda probabilidad regresando. ¿Qué cree que están haciendo?

—Los Guerreros regresan en masa para defender a sus Amos de nuestro probable ataque. Los Amos poseen muchas opciones. Su objetivo puede ser un lugar para ocultarse; quizá los cometas alrededor de la estrella enana marrón. Parecen haber abandonado el punto de Salto hacia afuera de este sistema. Algo los ha convencido de que la defensa de ustedes en el Salto es demasiado formidable.

—Jennifer —comentó Freddy—. Ella debe de haberlos convencido.

—Esas bombas ayudaron a sus argumentos —indicó Omar—. Sin importar lo demás que hayan hecho, ustedes han demostrado estar dispuestos a gastar recursos.

—Recursos para despilfarrar —intervino Joyce—. Algo que nosotros literalmente...

Todas las pantallas quedaron en blanco. Con presteza Kevin movió dos diales. Las pantallas se tornaron opacas hasta ser un grupo de puntos verde láser. El Simbad se hallaba bajo ataque.

—Lo que sea. ¿Y ahora que está pasando? —musitó Renner—. Omar, esa flota Guerrera viene directamente hacia nosotros. O quizá regresa a la puerta que va de vuelta al sistema de la Paja. ¿Cuál de las dos?

—¿Por qué no ambas cosas?

—Ambas.

Omar y Victoria conferenciaron unos instantes. Luego Omar dijo:

—Si amenazamos a los Amos del Kanato, nos atacarán, por supuesto. Sin embargo, considere esto: si han abandonado la idea de abrirse paso a la fuerza más allá del Agamenón, entonces el Kanato puede que haya instruido a sus Guerreros a retornar a través de la Hermana para preparar un camino seguro para su regreso al sistema de la Paja.

—¿Abandonan? —era la primera vez que Glenda Ruth había hablado desde el comienzo de la batalla.

—Tal vez —Omar se encogió de hombros—. O puede que ataquen a Medina, para debilitar nuestro poder en vista de futuras negociaciones. O cualquier otra cosa. Ésta es una cuestión de estrategia militar.

—Matarán o capturarán a todos los humanos que puedan —informó Victoria—. Si su Imperio sólo tiene al Kanato para negociar, cualquier contrato favorecería al Kanato.

—¿Apuesta? —dijo Omar.

Victoria contestó en pajeño. Glenda Ruth rió cuando la conversación entre ellas se hizo más y más veloz.

—Tío Kevin —dijo—, ¡están apostando! ¡Descendientes para sus Amos! Victoria le concede cuatro a uno...

—Luego, Glenda Ruth. Omar, da la impresión de que toda su flota de Guerreros viene en línea recta hacia nosotros.

La cabina se oscureció.

—He localizado al Agamenón —informó Freddy—. Transmito de nuevo el mensaje.

—Bien. Muy bien. Ahora debemos largarnos de aquí. ¿Sugerencias?

Nadie respondió.

—Freddy, danos la vuelta. Sitúanos en curso para regresar a través de la Hermana.

—A través de la Hermana. ¿Qué propulsión?

Renner dejó que la computadora trabajara durante un momento.

—Esa cantidad de radiación que nos están soltando es terrible. Si se mantiene, tendremos que esquivarla. ¿Qué intentan hacer?

—¿Matarnos? —aventuró Freddy.

—Bueno, lo harán si pueden, pero ¿qué más?

Renner estudió las pantallas. Si la flota pajeña mantenía su curso, llegaría a la Hermana en unas veinticinco horas. Otro momento de indecisión. Luego dio sus órdenes.

—Mantén una propulsión razonable. Digamos punto tres por ahora. Quiero ver qué harán esos Guerreros.

El Campo se veía de un rojo apagado. No estaba mal, pero permanecerían bañados por ese resplandor de láser verde durante horas.

—¿Qué pasa con nuestras naves? —inquirió Omar.

—Yo me quedaré con la Átropos —repuso Renner—. Haga que todas sus naves pajeñas refuercen a Balasingham. Mire, se va a mostrar algo cauto con ellas.

—Ya hemos discutido eso —dijo Omar—. Nuestras naves se situaran en posición de ayuda para su crucero de guerra sin amenazarlo.

La voz de Horace Bury temblaba de extenuación, aunque en ella también había triunfo.

—¡Misericordia de Alá! Kevin, le hemos enviado nuestro mensaje al Imperio, y el Kanato ha dado la vuelta. Hemos cumplido nuestra misión, sin importar lo que pase. Ahora sobreviviremos si Alá lo desea.

—Puede que hayamos cumplido la misión —indicó Kevin—. Pero todo depende de esa flota de Guerreros del Kanato. No sabemos qué van a hacer, y mientras permanezcan en este sistema son peligrosos. Aún podrían abrirse paso a la fuerza más allá de Balasingham —Renner volvió a estudiar la pantalla—. Bueno, mientras nos persigan a nosotros, no harán lo otro. Si regresan al sistema de la Paja, seguro que no atacarán a Balasingham. Tal vez podamos conducirlos hasta allí.

—Bien —comentó Bury.

Kevin pensó: «¿Podrás soportar otro Salto?»; pero no dijo nada. ¿Y si Bury hubiera respondido que no?

—Se lo informaré a Rawlins.

—Mis espectadores quizá no lo entiendan —explicó Joyce—. Ni estoy segura de entenderlo yo. Primero, nosotros pasamos al sistema de la enana roja. Luego luchamos, y ganamos. Ahora, durante las últimas cuatro horas hemos estado desacelerando, y nos dirigimos de vuelta al sitio del que vinimos —miró las pantallas, notando el resplandor amarillo del Campo. El Simbad se hallaba bajo continuo ataque.

—Todo es parte de la misma batalla —informó Freddy Townsend.

—Lo importante es que la flota del Kanato se dirige hacia la Hermana; no va tras el Agamenón —dijo Glenda Ruth—. Hemos de mantenerla avanzando hacia nosotros.

—Pero ¿van realmente tras de nosotros, o de todas maneras regresarían al sistema de la Paja?

—No importa, Joyce —repuso Victoria—. Cualquier cosa que sea, mientras los devuelva al sistema de la Paja.

—Así que somos un cebo —afirmó Joyce—. Supongo que eso no sería tan malo, aunque... ser un cebo cuando ni siquiera sabes si te persiguen a ti...

—Nos persiguen a nosotros —dijo Freddy.

—¿Cómo puedes estar seguro? —demandó Joyce.

—Si no es así, están desperdiciando un montón de energía —contestó Freddy—. No pueden prescindir del combustible y están gastando de más. Creo que no cabe duda. Si consiguen matarnos, no necesitarán cruzar; sin embargo, si cruzamos nosotros, nos seguirán. ¿Qué dices, Glenda Ruth?

—Es la mejor explicación —aseveró Glenda Ruth.

—Y ahí lo tenéis —comentó Joyce.

—La misma situación, comodoro —informó Rawlins—. No han intentado interceptar las naves aliadas que enviamos para reforzar a Balasingham. Es a nosotros a quienes quieren, y son demasiados para combatir contra ellos. Nuestra única salida es huir. Sugiero

que aumentemos la aceleración. Cuanto menos recibamos este fuego, mejores serán nuestras posibilidades una vez que hayamos cruzado.

—De acuerdo. Súbala a uno punto cinco g.

—Uno punto cinco, sí —la imagen de Rawlins se volvió a un costado durante un momento.

—Una vez que nos estabilicemos en el sistema de la Paja, avance por este vector —dijo Renner. Transmitió los datos—. Haré que los pajeños graben algunas órdenes. Ustedes se recuperarán antes que nosotros. Envíe esos mensajes a Base Seis tan pronto como pueda.

—Mensajes a Base Seis. Sí.

—Mantenga la comunicación —pidió Renner. Suspiró y apretó los botones del intercom—. Preparados para aumento de gravedad. Uno punto cinco g —tocó otro botón—. Horace...

—Sobreviviré.

—Sí. Si mantienen ese rayo sobre nosotros demasiado tiempo...

—Kevin, harás lo que debas hacer.

Renner no había estado desocupado. Jefe de Navegación a bordo de la MacArthur, piloto de Bury treinta años: lo podría haber hecho dormido.

—Horace, ¿puedes soportar uno punto siete g durante once minutos?

—Sí, por supuesto, Kevin.

Lógico. El peligro para Bury no procedía de otro aumento de propulsión, sino de la conmoción del Salto.

—Townsend, ejecútelo.

Los ocho kilos de Alí Babá le golpearon en el pecho. El cachorro gritó:

—¡No, Kevin! ¡Otra vez no!

—Ven aquí, Alí Babá —dijo Bury, y el Mediador fue, con mucho cuidado y con miedo.

—Sí, sí —indicó Freddy—. Hecho. ¿Disponemos de algún margen de error?

—Estaremos en violeta cuando crucemos por el Ojo.

Freddy tuvo un escalofrío.

Los Ingenieros se habían levantado y se arrastraban por el piso, haciendo algo; las Mediadoras observaban. Kevin se mordió las preguntas que quiso formular y al cabo lo comprendió. Los pajeños habían desmontado el sillón de Cynthia y se hallaban montándolo de nuevo junto a la cama de agua de Bury. Eso dejaba muy apiñada a Glenda Ruth; de modo que tuvieron que mover el sillón de ella antes de poder volver a los suyos y derribarse.

—¿Comodoro? Tengo el objetivo de la nave del Amo: es la enana marrón. Quizá esperan protegerse en el anillo.

—Una vez que nos maten.

Cynthia había terminado su serie de ejercicios en el espacio de la cocina. La vista por la ventana era de un placentero y uniforme verde.

En la pantalla aumentada que los Relojeros habían acabado de montar, un punto centelleante alcanzó la Hermana y desapareció sin explotar. Luego, el segundo. Jennifer soltó un gran suspiro de alivio.

—Han cruzado —dijo. Terry le apretó el pie. Ella alargó el brazo para palmearle la mejilla—. ¿Cómo te encuentras?

—Curándome. ¿Y tú?

—Simplemente a la espera. Arlequín ha ido delante en busca de datos de la batalla. ¿Podré hacer que cambien de parecer?

—Háblales. En cualquier caso, te leerán los gestos.

Pero pasó más de una hora antes de que Arlequín se reuniera con ellos.

—La Hermana de momento oculta sus naves —anunció—. No esperábamos que sobrevivieran a nuestro fuego.



—Ésa es otra cosa respecto de los recursos —indicó Jennifer—. Nuestras naves son más grandes, están mejor defendidas, son más poderosas.

Arlequín se rió muy divertida y con cierto desprecio: la risa de Freddy. Debió conseguirla de Polyanna.

—Otra cosa respecto de nuestro problema de procreación: ¡nuestras naves son por lejos más numerosas! Jennifer, nuestras intenciones no son de su incumbencia. Discutiremos la estrategia. Esas dos naves...

—Debo dejar de escuchar...

Pero la Mediadora había estirado la gran palma izquierda, «detente un minuto», mientras el Guerrero hablaba.

Concluyeron la charla. Arlequín dijo:

—Jennifer, enviamos a la mayoría de nuestros Guerreros a abatir a las dos naves del Imperio, al mando de nuestro Amo subalterno. Los malditos Guerreros de Medina consiguieron destruir esa nave de mando cuando cruzó, aunque las naves de nuestros Guerreros se encuentran casi intactas. Seguirán a sus naves del Imperio a través de la Hermana hacia el sistema de la Paja. No pueden ocultarse, Jennifer; sus impulsores son muy peculiares.

De hecho, los destellos azules de los impulsores de las naves de los Guerreros desaparecían mientras hablaba Arlequín. Otras, con destellos más grandes, iban también cruzando: las naves de los Amos del Kanato se hallaban de camino hacia la Estrella de Bury.

—¿Dónde se esconderán sus Amos?

—En las rocas. ¿Importa acaso? Hemos abandonado la esperanza de irrumpir en su Imperio por el otro punto de enlace. Debemos esperar hasta que nuestros Guerreros informen del éxito en la Paja.

—¿Pretenden matarnos a todos nosotros?

—Sí. Sus naves dispondrán de la ventaja en los primeros instantes, porque pasaron primero y se recuperarán primero de la conmoción. A menos que los humanos la toleren peor que nosotros —Jennifer rió. Arlequín frunció el ceño—. ¿No? Les observamos a ustedes. Se recuperaron muy despacio.

—Arlequín, yo estoy medio muerta de cansancio. Terry está medio muerto, punto.

Un instante después, habría sido capaz de arrancarse la lengua de un mordisco. Demasiado tarde: Arlequín saltaba hacia popa con la nueva información.

La mano de Terry se cerró en torno al tobillo del pajeño y lo tiró hacia atrás. Jennifer aulló:

—¡Mátalo! ¡Mátalo, Terry!

El Guerrero se dirigía hacia ellos.

Los brazos de Terry se cerraron alrededor de la cabeza y los hombros del pajeño. Los torció. «¡Maldita sea!», musitó, y se apalancó y retorció con más fuerza. La cabeza asimétrica gira con un chasquido como el de una rama al romperse, y en ese momento el Guerrero se envolvió en torno a él como una enredadera estranguladora, con la pistola clavada en el oído de Terry.

Terry lo soltó. Arlequín flotó libre, todavía gritando débilmente.

Apuntados por la pistola del Guerrero, observaron al Médico tirar y girar de la cabeza del pajeño hasta situarla de nuevo en su sitio. Los alaridos de Arlequín descendieron a un gemido.

—No ha servido de nada —dijo Terry—. Lo olvidé: no tienen vértebras; sólo esa especie de mango que conecta el cráneo con los hombros. únicamente se lo disloqué, y la médula espinal ni siquiera se encuentra ahí, sino abajo. Hablará.

—La conmoción del Salto. A ellos les daña mucho más que a nosotros. No lo sabían.

—Sí. Pero ésa era la última nave Guerrera que cruzaba. Tengo razón, ¿verdad, Jenny? Jenny miró.

—Sí. Esas otras luces son todas naves grandes de Amos, y todas se encuentran fuera del alcance de la Hermana.

—Ah. Entonces frené a Arlequín lo suficiente. Ahora su flota entera de Guerreros se encuentra en el sistema de la Paja persiguiendo al Simbad y a la Átropos, sin ningún Amo

para ordenarles lo contrario. ¿No es interesante? Me pregunto qué podrá hacer un hombre de la Marina con eso.

—Quizá no vivamos para verlo.

—Jenny, lo que acabo de hacer consumió todas mis fuerzas. Si deciden fusilarme, no te molestes en despertarme.

Los ojos de Terry se cerraron.

## 8. Persecución sostenida

*¡Retroceded, maldita sea! ¡Estamos atacando en la dirección contraria!*

Comandante del Cuerpo de Marines de los Estados Unidos,  
Combate de la presa de Changjin, Corea

«Soy demasiado viejo para esto.» Renner poco a poco fue consciente de que...

...Cynthia maldecía en un farfallo suelto. Su cuerpo cubría el de Bury de forma obscena, besándole... No: respira por él, aprieta su caja torácica, sopla en su boca, aprieta...

—Átropos llamando —dijo Freddy.

—Pásala... Hola, Rawlins.

—Comodoro, es usted un diamante perfecto en terciopelo negro. Brillante azul blanco.

—Halagador. Es... una cita... —de una novela histórica, La toma de la cumbre de Serpens, justo antes de que explotara la nave—. ¿Alguna amenaza por allí?

—Aquí estamos bien. Los Grupos Bandido Uno-Dos-Tres se retiraron de las naves de Medina. La India aún mantiene para nosotros el punto de Eddie el Loco, aunque no con las naves suficientes para derrotar lo que viene hacia aquí. Bizancio todavía no ha arribado. Nadie nos dispara. ¿Cuál es nuestro próximo movimiento?

Los ojos de Renner ya enfocaban bien.

—Orden general: Diríjense al punto de Eddie el Loco. Mantengan posición con el Simbad. ¿Tenemos comunicación con la flota pajeña?

—Sí. Transmitiré.

Bury intentaba sentarse. Cynthia le sostuvo.

Renner no reconoció al pajeño de la pantalla. Un Mediador joven, probablemente macho.

—El capitán Rawlins nos ha informado que una gran flota de guerra del Kanato, demasiado grande para nuestras fuerzas, llegará a través de la Hermana durante la próxima hora —indicó el pajeño—. Estoy preparado para transmitir sus instrucciones a nuestro Amo.

—Eviten combate con la flota principal —dijo Renner—. Preserven sus energías, pero queremos que destruyan a cualquier nave de mando que aparezca. Esperamos que la flota principal del Kanato nos persiga a nosotros. Mientras lo haga déjenla en paz, aunque no queremos que esa flota reciba nuevas instrucciones.

»Lo mismo se aplica al punto de Salto. Procuren que a ellos les resulte costoso regresar a través de la Hermana. Su flota principal de guerra puede hacer lo que quiera, y ustedes no serán capaces de detenerla; sin embargo, sí pueden impedir que regresen a informar a los Amos qué hay del otro lado, siempre que no vayan con un grupo de batalla grande. Por favor, háganlo.

—Instrucciones recibidas. Aguarde reconocimiento —la pantalla se cerró.

—¿Qué más?

—Townsend, pónganos en marcha hacia el punto de Eddie el Loco. Cynthia, ¿cuánto puede soportar Horace?

—Lo que sea —repuso Bury—. Kevin, haz lo que debas. Ahora ya está en manos de Alá.

—Sí —y creo que soy demasiado viejo para esto, pensó—. Sube hasta una g, Townsend. Quiero probar un truco.

La pantalla de comunicaciones volvió a encenderse.

—Sus instrucciones serán obedecidas —afirmó el Mediador—. Haremos lo que podamos.

—Gracias. Rawlins, usted quédese con nosotros.

—Yo tengo un impulso mayor que el suyo.

—Pensé en ello; pero no. Le necesito con nosotros.

—Usted da por hecho el que enviarán a toda su flota.

—Sí que lo espero —dijo Renner—. En todo caso, a las naves de guerra.

Su última observación en el sistema de la enana roja fue la de las naves de los Amos dirigiéndose hacia la Estrella de Bury a baja propulsión. No dio la impresión de que regresarían pronto al sistema de la Paja. Y mientras los Guerreros persiguieran al Simbad...

—Somos cebos —le dijo a nadie en particular.

Después de que Rawlins cortara, Renner miró en torno al yate. Horace respiraba por su cuenta, los ojos abiertos, la mandíbula laxa, lleno de productos químicos raros. Extracto de bortoí, sin duda: no había prohibición alguna en el Corán contra el bortoí. Era sorprendente que siquiera pudiera hablar.

Freddy se había recuperado de la conmoción del Salto con pasmosa velocidad. A Renner le sentó mal. Glenda Ruth aún parecía como si hubiera recibido un golpe. Los pajeños se encontraban peor, todavía sumidos en un dolor y desasosiego agudos. Eso no podía durar. Renner los necesitaba.

Las naves del Imperio cayeron hacia el punto de Eddie el Loco a 0 g, después de cuarenta y cinco minutos de propulsión. Renner no podía decirles cuánto iba a durar eso. Cynthia ayudaba a Horace Bury en un programa de estiramientos. Joyce preparaba un exiguo almuerzo. Nadie había preguntado jamás si la reportera sabía cocinar. Sabía.

Los telescopios a bordo de la Átropos, y luego los del Simbad, observaron naves calientes emergiendo por un agujero invisible a alta velocidad y alta aceleración. Perdieron brillo, reduciendo propulsión al tiempo que buscaban sus objetivos. Al cabo llamearon y avanzaron a baja aceleración hacia la posición de los Bandidos Uno-Dos-Tres.

—Funcionó —dijo Freddy.

—¿Por qué susurras? Llama a la Átropos.

Freddy carraspeó.

—Sí, señor.

—No es posible que se hayan tomado tiempo para repostar —le informó Renner a Rawlins— Están quemando combustible del que no pueden prescindir. Lo que significa que somos capaces de llegar antes que ellos al punto de Eddie el Loco a cualquier velocidad por encima de uno punto una g.

—Si nos persiguen.

—Sí. Debe suponer que lo harán.

—Entonces, su mejor posibilidad es que se lo tomen con calma —dijo Rawlins—. Una persecución sostenida es una persecución larga. Resulta fácil consumir todo el combustible en la persecución y quedarse sin nada para la batalla. Por supuesto, ellos no sabrán hacia dónde se dirige usted —pausa—. O si lo deducen, no sabrán por qué.

—De acuerdo. Lo único que tenemos que hacer es cerciorarnos de que no nos mutilen. Quiero llegar antes que ellos al punto de Eddie el Loco... pero no por mucho, y quiero estar seguro de que nos quede un montón de combustible para la maniobra cuando nos alcancen. Mientras tanto, mantenga su vigilancia. Tú también, Freddy. Quiero saber al instante si cruzan naves grandes con escapes más fríos y aceleración más baja.

—Sí, sí, señor —Rawlins cortó.

«Por lo menos no me preguntó si sabía lo que estaba haciendo», pensó Renner.

Una hora más tarde, Freddy vio que los Guerreros del Kanato cambiaban de curso.

—Nos han encontrado —indicó—. De algún modo.

Renner esbozó una sonrisa ancha.

—Nos han encontrado y nos persiguen. Preparados para aceleración. Horace, ¿cómo te suena una g estándar? Aumentaremos despacio.

—Celestial —dijo Bury.

—Preparados.

El peso retornó poco a poco.

—Ya —anunció Freddy—. Podéis quitaros los cinturones. Debería ser bastante estable.

Detrás del Simbad, los pequeños puntos de fuego de fusión ya superaban la centena, e iban en aumento. Otras naves del Kanato no habían girado: aún se hallaban en ruta hacia los aliados agrupados del Kanato, los Bandidos Uno-Dos-Tres. Otras luces... ¿Qué estaban haciendo? Convergían; luego, una a una se apagaban.

—Omar —pidió Renner—, póngase en contacto con nuestras fuerzas alrededor de la Hermana. Órdenes intactas: dejar a la flota principal en paz; aunque deben estar alerta ante los rezagados. Que hagan que les sea costoso cruzar la Hermana; pero que permanezcan con vida.

—La flota mantiene la estela.

—Bien... ¿dónde aprendió esa frase?

—Aparecía en uno de los libros que la MacArthur abandonó. La referencia era a la potencia marítima, pero...

—Mahan —intervino Joyce—. Escribió antes de los viajes espaciales.

—Oh. Victoria, necesito su ayuda.

—Sí, Kevin.

—Quiero que se lleve a cabo un trabajo. Mande a los Ingenieros a realizarlo. Necesitamos algunas alteraciones en el Campo Langston del Simbad. Townsend le puede indicar los detalles.

—De inmediato.

—Horace, ¿cómo te sientes?

—Me he sentido mejor, Kevin. He estado alterando mi testamento. Te requeriré a ti como testigo de que son modificaciones hechas por mí y de que me encuentro en perfecto estado mental.

—Grotesco. Nunca antes lo estuviste.

—Kevin, deberás ser convincente. De verdad. Y ahora di: «Horace Bury se hallaba en perfecto estado mental», sin sonreír.

—Quizá otro enfoque. Esta noche, Igor, debemos construir un duplicado convincente de Kevin Renner.

—¿Podemos tener una devoción perruna esta vez, Amo? La última vez yo quise una devoción perruna.

Glenda Ruth los miraba fijamente. Era algo extraordinario haber conmocionado a Glenda Ruth Blaine.

—¡Pero tal vez interfiera con su sentido del humor, Igor!

—¡Sí, Amo, sí, sí! Por favor, podemos interferir con su sentido del humor... Carezco de la energía, Kevin.

—Sí. Dame un control de cordura, Horace. Glenda Ruth, presta atención. Esto es lo que tengo planeado...

La mano de Joyce era firme al servir té en la taza de Cynthia. La aceleración había bajado por el momento a media gravedad, aunque no se esperaba que ello durara mucho tiempo. Durante las últimas diez horas se habían producido aceleraciones súbitas y fortuitas cuando el Simbad esquivaba los distintos ataques de las cientos de naves que les seguían.

—Si alguien menciona una vez más que «una persecución sostenida es una persecución larga» —comentó Joyce—, gritaré.

Bebió con cuidado; luego miró a la mujer mayor, sin molestarse en ocultar su curiosidad.

—Lleva con Bury mucho tiempo. ¿Siempre fue como ahora?

La sonrisa de Cynthia podría haber estado pintada en su cara.

—No exactamente. Cuando mi tío Nabil me ofreció servicio con Su Excelencia, yo sabía que nos enfrentaríamos a muchos enemigos, aunque pocos tenían naves de guerra. En su mayor parte nos preocupan los intentos de asesinato.

—¿Cómo es trabajar para un hombre que tiene tantos enemigos?

—Tiene enemigos porque es un gran hombre —repuso Cynthia—. Me siento honrada de servirle. Cuando me gradué en la facultad de medicina...

Joyce quedó asombrada y lo mostró, a pesar de su entrenamiento como reportera.

—¿Es doctora?

—Sí. ¿Tan improbable parece?

—Bueno, no; pero... en realidad sí. Creí que era una guardaespaldas.

La sonrisa de Cynthia se suavizó.

—También desempeño esa labor. Aunque se suponía que usted debía asumir que era una concubina. Gracias, tomaré más té.

—Así que se supone que debo pensar que es una concubina. ¿Lo es?

—El aspecto es un deber profesional. No se requiere nada más.

«Lo que podría significar cualquier cosa», pensó Joyce.

—Debe ser una carrera extraña para una doctora en medicina.

—Diga que es mi primera carrera. Tendré otras al retirarme del servicio de Su Excelencia. ¡Y piense en las historias que podré contarle a mis hijos! —la risa de Cynthia fue casi inaudible—. Desde luego, primero deberé encontrarles un padre.

Joyce también rió.

—Mirándola bien, no creo que le resulte muy difícil.

Cynthia se encogió de hombros.

—No me es difícil encontrar amantes. Y nuestra cultura está cambiando. No sólo en Levante.

—Eso está claro —Joyce miró alrededor del atestado salón del Simbad, humanos y alienígenas, magnates y aristócratas y oficiales de la Marina... y sonrió—. Eso está malditamente claro.

Las naves del Imperio huían por el sistema de la Paja. Para Joyce habían sido tres días de tratar que una miríada de detalles tuviera algún sentido.

El Simbad y la Átropos habían saltado al sistema de la Paja; luego, aceleraron hacia el sistema interior durante cuarenta y cinco minutos; después, avanzaron por inercia. Minutos más tarde, las naves Guerreras del Kanato habían irrumpido por el agujero invisible, se detuvieron y después partieron en la dirección equivocada. Consumieron el combustible de una hora —pero a baja propulsión— antes de localizar al Simbad y a la Átropos. Desde entonces había sido como una carrera, pero con matices.

El sillón de Bury se encontraba situado cerca de la puerta de la cabina de control. Era un punto de encuentro conveniente cuando la puerta de la cabina se hallaba abierta. En el momento en que Freddy salió a contarle a Bury cómo marchaban las cosas, Joyce se acercó a escuchar... y se dio cuenta de que Glenda Ruth no se les unió hasta después de que Joyce se hubiera incorporado al grupo.

—Nos quedamos en absoluta quietud. Hicimos que se dirigieran en la dirección equivocada durante un rato —informó Freddy—. Es posible que puedan reconocer nuestros gases de escape, de modo que no les proporcionamos ninguno. Quizá localizaron el Campo Langston antiguo de la Átropos. Pero esto es seguro: nos persiguen.

—Halagador —comentó Glenda Ruth.

Freddy no respondió.

—Juntar a todos nuestros enemigos en un grupo —indicó Bury—. No es la primera vez. En Tabletop... aunque eso fue hace mucho tiempo.

—Sí. Bueno, no todo está marchando —dijo Freddy—. De sus mil naves, tenemos a unas ciento veinte tras de nuestro rastro. Trescientas continuaron su marcha sin alterar su curso; acaban de alcanzar al grupo Bandido. Aún no sabemos qué es lo que creen que

están guardando; pero eso no importa. El detalle es que he perdido a quinientas de las desgraciadas.

—No han desaparecido —intervino Kevin Renner—. Sólo significa que no se hallan bajo propulsión.

—¿Qué hacen? —preguntó Glenda Ruth.

Freddy se encogió de hombros.

—Alguna otra cosa —respondió Kevin—. Algo interesante.

—Lo que no hay que olvidar es que hemos ganado —habló de pronto Horace Bury.

—¿Perdón? —inquirió Joyce.

—El Eje del Kanato no franqueará la barrera que representa el Agamenón. No irrumpirá con libertad en el espacio del Imperio. Jamás podrá reclamar esa opción. Ahora su única esperanza es reemplazar en el poder y en el espacio a la Alianza de Medina. Bueno, ¿y qué pasa con eso? Debe reproducir los acuerdos de Medina y cumplirlos lo mejor que pueda. Incluso debe excederse en su cooperación, para cumplir las promesas que se espera que ellos recuerden.

Joyce meditó en eso.

—Pero tendrían que matarnos a todos nosotros. Y a nuestros amigos también. Cualquiera de nosotros podría descubrirles el juego.

—Silenciar todas las voces, sí. Sin embargo, el Imperio del Hombre ahora se encuentra a salvo. La Paja estará organizada de acuerdo con nuestros deseos y costumbres. Ahora hemos ganado esta guerra —afirmó Horace Bury—. En verdad que hemos protegido al Imperio del Hombre.

Joyce vio que Kevin Renner intentaba contener una carcajada; pero ¿por qué?

Aguarda...

—¡Podría conseguirlo! —exclamó Joyce—. Quiero decir, y me mostraré muy poco profesional en este asunto, pero... si la situación se torna apremiante, si nos arrinconan, usted aún podría negociar. A cambio, el Imperio conseguiría lo que desea del Kanato.

La miraron. Joyce lamentó haber hablado. Nadie pronunció palabra hasta que lo hizo Renner.

—Sí.

—¿Lo harían? ¿En vez de... mmh... morir?

—No.

En ese momento los ojos se desviaron, y sólo Glenda Ruth suspiró de alivio. Joyce pensó: «¿Por qué no?», y repuso:

—De acuerdo.

—No queremos enseñar aquí la lección equivocada, Joyce. La traición suele ser adictiva.

Cinco días: parte aceleración, parte inercia. El Simbad y la Átropos condujeron a la flota enemiga a través del espacio pajeño. Cinco días para observar, no sólo a la batalla, sino a la gente.

Freddy Townsend estaba ocupado, demasiado ocupado para hablar... aunque había más que eso: Freddy evitaba a Glenda Ruth, un poco. Joyce se hallaba dispuesta a averiguar por qué; sin embargo, no se le había ocurrido una excusa para indagar. Y Freddy se negaba a hablar cuando Joyce llevaba puesto el sombrero de «reportera».

No obstante, hablaría con ambas mujeres. Joyce se descubrió seduciéndolo un poco; cuando se daba cuenta de ello, o cuando lo hacía Glenda Ruth, se retiraría; sin embargo, podía soltarle la lengua de ese modo. Había tanto que entender, y Freddy era su mejor fuente de información.

—Pero ésta es la parte que nos cuestionamos —dijo Freddy, y con una mujer asomándose por encima de cada uno de sus hombros, movió el cursor por la pantalla—. Aquí, un cuarto de la flota cambió el rumbo para perseguirnos. Otro tercio continuó para unirse al grupo Bandido, los aliados del Kanato que nunca cruzaron del otro lado. ¿Qué buscan? ¿Por qué creyeron que localizarían al Simbad y a la Átropos en esa dirección?

—Combustible —repuso Kevin Renner sin girar—. Ya deben andar desesperados por el combustible. Cambian tiempo por combustible.

—El resto de las naves apagó sus impulsores. Eso duró horas. Entonces, recibimos esto —Freddy situó el cursor en un patrón compacto de puntos de un color azul blanquecino, parecido a un paisaje urbano o a las luces de trabajo de una factoría a medio construir—. Y eso nos ha estado siguiendo, incluso cambiando de forma a medida que marchaba.

De nuevo Kevin habló sin darse la vuelta.

—Creemos que esas naves están todas enlazadas en una única estructura. Han abierto algunas naves para construirla. Les llevó diez horas. Luego, se lanzaron tras nosotros.

—Si las naves del imperio intentaran hacer eso, se disolverían como toallas de papel bajo la lluvia —comentó Freddy—. Aun así, sólo avanzan a un quinto de g. Cientos de naves los están siguiendo procedentes del grupo Bandido, enlazándose.

—Naves depósito de combustible, desde luego. Apuesto que también se desprenden de material en el camino. Naves vacías. Tropas de repuesto. Mantendrán algo de entramado para reforzar su estructura. A menos que yo esté loco. Jesús, Freddy, me gustaría que pudiéramos ver mejor esa cosa.

—Se parece mucho a la Ciudad de las Alimañas, iluminada desde atrás —dijo Freddy—. No tiene mucho patrón, y éste cambia por minutos. De acuerdo; Joyce, el Grupo A sigue todavía en la vanguardia. Nos alcanzará primero, ¿entiendes? A él debemos ganarle la carrera.

—Es el primero, pero tendrá los depósitos secos. El Grupo A no puede maniobrar —dijo Kevin—. Por desgracia, eso no les causará ningún inconveniente, pues han adivinado adónde nos dirigimos. El Grupo B quizá nos alcance demasiado tarde; sin embargo, dispondrá de combustible para maniobrar.

—Las tuyas son conjeturas, comodoro.

—Pero es lo que harían los pajeños —afirmó Glenda Ruth—. Las naves con las que te persigan no serán las naves con que te ataquen.

—Mantén una guardia. Quiero cerrar los ojos durante una hora.

—Sí, señor. ¡Un momento! ¿Comodoro?

Luces de impulsor centellearon donde se posó el cursor.

—Las veo —comentó Renner—. Mira si puedes conseguir una imagen mejor. Yo me quedo con el turno de guardia.

—¿De qué se trata, Kevin? —preguntó Bury.

—No lo sabremos hasta dentro de una hora —repuso Renner.

Preparaban una cena frugal cuando oyeron la exclamación de Freddy. Joyce reprogramó el horno antes de seguir a Glenda Ruth.

Freddy sonreía.

—Control de cordura. Hemos tenido razón todo el tiempo. ¿Qué veis?

Detrás del patrón compacto de luces azules que era el Grupo B del Kanato había un patrón más suelto, una veintena de luces de impulsor bien separadas y fluctuando en intensidad.

—Dos de éstas acaban de apagarse —dijo Kevin—. ¿Abatidas por los nuestros?

Freddy lo comprobó.

—Nuestros aliados no se encuentran por ningún lado cerca. Aunque es posible, desde luego. Los Guerreros son malditamente buenos en matar... Imagen aumentada, Pantalla Dos.

—Correcto. Naves de rescate del Kanato, Freddy. Ahora remolcan ese cilindro. De rescate o de salvamento. Y el resto aún viene... y ahí desaparece otra pareja. Se están fundiendo. El Grupo B debe estar abandonando restos y tripulación por todo el cielo.

—Eso les hará daño.

—Sí, en el caso de que nuestros aliados puedan intervenir. Pierden masa, gente, potencia de fuego... todo con el fin de conseguir combustible para alcanzarnos. ¿Estás de acuerdo? Es a nosotros a quienes persiguen las naves Guerreras. A las naves del Imperio.

—Sí, señor.

—Deberé hablar con la Átropos.

Joyce encontró la siguiente hora aún más confusa. Era frustrante: tenía su equipo de grabación, nada se le ocultaba; no obstante, no conseguía una historia que pudiera narrar.

—Lo único que todavía me preocupa —oyó a Renner contarle a la Átropos— es que cuando pasemos por el punto de Eddie el Loco deberíamos estar seguros de que ninguna nave de los Amos le ha dado a los Guerreros órdenes nuevas. De lo contrario, estaríamos abandonando el sistema de la Paja a manos del Kanato.

Y eso tenía sentido; sin embargo, ¿cómo ponérselo a un espectador? «Si perdemos, jamás lo sabréis. Incluso quizá nunca lo sepamos nosotros. Si regresamos a través de Nueva Cal y esa pequeña estrella anaranjada dentro de un año, podríamos estar hablando con un sustituto de Eudoxo que habla por un sustituto de Medina. Todos los pajeños se parecen; pero ¿éstos son los buenos, y los otros los malos...?»

—Tal vez más adelante —le dijo a Bury—. Tal vez lo entienda más adelante.

—Y quizá nunca lo consiga —afirmó Bury.

—Si perdemos...

—Sí, por supuesto; pero incluso si ganamos. Ya me ha sucedido a mí.

Y se lanzó a otro relato de su terrible pasado, una visión sesgada de la historia del Imperio que Joyce jamás habría comprado ni con perlas y rubíes.

Hubo incidentes. A veces la flota del Kanato les lanzaba luz láser, obligando al Simbad y a la Átropos a establecer turnos para protegerse la una a la otra. Renner y Townsend al principio lo consideraron como un mero estorbo.

—Lo más probable es que traten de distraernos —comentó Freddy en uno de los raros intervalos en que se halló fuera de servicio.

El camarote Renner mantenía ocupado a Freddy Townsend. Cuando conseguía un descanso, a menudo empleaba la oportunidad para hablar con Horace Bury; y cuando eso sucedía, Joyce se invitaba a la reunión.

—Han diseminado su flota —dijo Joyce—. Algunas de sus naves han consumido toda su energía y ya no pueden mantener el ritmo. ¿Por qué harían algo así, Freddy?

—Puedo explicarte qué están haciendo —repuso Freddy—; pero el por qué se halla fuera de mi departamento. Serás famosa aun sin saber la razón.

Horace Bury se rió entre dientes.

—Deberé dar órdenes a mis agentes de bolsa para que inviertan en su cadena. Creo que van a tener los índices de audiencia más altos de la historia Imperial.

—Hace unas semanas me habría sentado mal que dijera eso —indicó Joyce—. Y todavía más si de verdad hubiera comprado acciones en la IBC.

—¿Y ahora?

Joyce se encogió de hombros.

—Es su nave, y todos vamos en ella.

—Además, sus agentes ya habrían realizado las inversiones —afirmó Glenda Ruth.

—Con cautela. Comprarían muy pocas —dijo Bury—. Después de todo, no era seguro que fuéramos a traer a la señorita Trujillo a la Paja.

—O que saliéramos con vida —indicó Joyce.

—Bueno, si no lo hacemos, no importará si la inversión no es buena —dijo Freddy.

—Oh, Freddy, eso es una tontería —dijo Glenda Ruth—. Su Excelencia...

«Advertencia de aceleración. Puestos de combate».

—Oh, Dios, ¿y ahora qué? —se quejó Freddy.

—Es una masa grande de chatarra a alta velocidad —dijo Renner.



La mayoría de las naves de vanguardia del Kanato se hallaban en modo de desaceleración a alta propulsión. La mayoría. Unas pocas quemaban combustible a un ritmo prodigioso y lo convertían en energía enfocada hacia el Simbad; y saliendo del resplandor de ese rayo venía una masa oscura en curso de colisión.

—Tendremos que esquivarla —indicó Freddy. El Simbad comenzó a girar.

—Sí. Horace, el Grupo A aumentó a velocidad máxima y luego dismanteló sus naves. Puede que casi todo sea depósitos de combustible. Freddy va a girar el yate.

—No nos costará demasiado combustible...

—No, pero debería... Ah, llamada de la Átropos; bien.

Joyce oyó a Renner establecer un rumbo para la otra nave. Simbad y la Átropos se separarían.

Cuatro minutos después —el intervalo de la velocidad de la luz— el montón de chatarra del Grupo A se dividió en dos partes. Lo habían montado con motores. Freddy maldijo a su lagarto; Renner llamó a la Átropos y ordenó una descarga de láseres.

Cuatro minutos después el montón de chatarra centelleó con la luz de la andanada de la Átropos. ¡Un instante más tarde fulguró con una intensidad cien veces superior! La cámara se sobrecargó y se quemó antes de que Freddy pudiera envolver al Simbad con el Campo Langston. Glenda Ruth se agazapó tapándose los ojos con un brazo, y Joyce aguardó en silencio a que los puntos brillantes en su retina desaparecieran. No era tan tonta como para interrumpir a Freddy o a Renner preguntándoles qué había pasado.

De todos modos, Freddy habló:

—Tenían un espejo. Las astutas y pequeñas... pesadillas esperaron nuestro rayo y, luego, nos lo devolvieron. Ya se ha vuelto mucho más opaco, pero aún nos arrojan luz solar. No es nada, Glenda Ruth. Sólo otro maldito ataque de estorbo.

Y había más para entender. Las naves de la Alianza de Medina seguían a la flota del Kanato, se lanzaban hacia ella con un temerario gasto de recursos, disparaban láseres y misiles, y luego volvían a alejarse a toda velocidad, el combustible consumido y huyendo con la inercia, para ser rescatadas por naves desarmadas de otros clanes.

—Otro avance importante —dictó Joyce—. Hay una flota grande, doscientas naves y más, siguiendo a la flota de guerra del Kanato. Rescata a naves que se han quedado sin combustible. Del Kanato y de la Alianza de Medina por igual; retiran a los rezagados. Creíamos que se trataba de aliados del Kanato, mas no es así. Son neutrales.

»Hemos cambiado la política de la Paja como ninguna otra cosa en su historia. Cien familias y clanes unidos en cooperación, cientos más juntando sus fuerzas, pero todos manteniéndose al margen.

»Nuestros aliados pajeños dicen que se trata de una buena señal.

»Joyce Mei-Ling Trujillo, Imperial Post-Tribune Syndicate.

—Nos hallamos a noventa minutos de distancia del punto Alderson al que todo el mundo llama el punto de Eddie el Loco. Los pajeños se están poniendo nerviosos. A nadie le gusta mucho la conmoción del Salto; sin embargo, nuestros amigos pajeños le tienen terror. Esperamos que la perspectiva ponga nerviosos a los Guerreros del Kanato.

»La situación es ésta: El Simbad y la Átropos se encuentran en rumbo hacia el punto de Salto y desacelerando. Los elementos de vanguardia de una flota de guerra de Bizancio, el más poderoso de nuestros aliados, ya han alcanzado el punto de Eddie el Loco y están preparados y a la espera de órdenes.

»Mientras tanto, suceden cosas en la flota perseguidora.

Joyce enfocó un primer plano de una pantalla.

La estructura que habían estado llamando Kanato B se hallaba bajo fuerte desaceleración, La inmensa masa de metal ya no era un único objeto. Las brillantes chispas de los impulsores de fusión se separaban en pares.

Otra pantalla mostraba una imagen borrosa transmitida por la Átropos: dos naves del Kanato se juntaron y permanecieron acopladas hasta que una sola nave reconstruida comenzó a desacelerar, abandonando parte de su masa como restos.

—No sabemos qué significa eso —dijo Joyce. Jerga de reportero para algo que desconocía.

Kevin y Freddy habían dejado de discutir sobre ello; sin embargo, Renner se había tomado tiempo para hablar con Bury. Anclado con la cara hacia arriba en una cama de agua a alta gravedad, a Horace Bury por lo menos le podía venir bien el entretenimiento. Joyce enfocó la cámara hacia ellos; no se dieron cuenta.

—Entonces, ¿qué tenemos? —comentó Renner—. El Grupo A se ha impulsado a alta velocidad, continuó con inercia, y ahora se halla bajo desaceleración. Es clásico. Llegarán al punto de Eddie el Loco más o menos al mismo tiempo que nosotros, aunque eso podremos solucionarlo.

Bury no formuló ninguna pregunta; de modo que la hizo Joyce:

—¿Cómo?

La mirada de Renner mostró irritación.

—Primero desaceleración a bajo impulso, propulsión más alta luego... lo que nos llevará antes. Ellos no pueden hacerlo. Se encuentran a propulsión máxima y sin reserva de combustible.

—Pero la alta propulsión...

—Como lo desee Alá, Joyce. ¿Qué hay del Grupo B, Kevin?

—Sí; ahí está la molestia. En ningún momento apagaron sus impulsores. Marcharon siempre a baja propulsión, justo hasta pasar el punto central, y en todo el trayecto fueron desprendiéndose de masa. Depósitos de combustible, Ingenieros, esa cosa que sirvió de espejo, ¿quién sabe qué más? Da la impresión de que llegarán al punto de Eddie el Loco justo detrás del Grupo A, aunque con abundancia de combustible de reserva. Si fallamos en nuestro Salto, diría que estamos muertos. Por lo tanto, nos vemos obligados a saltar.

—En ese caso, Kevin, se han vuelto muy vulnerables ante Medina. Las fuerzas de Medina se enfrentarán a setecientas naves del Kanato situadas en una larga línea. ¿Se trata de una estrategia ganadora? Para ganar, deben hacer mucho más que silenciar todas las voces humanas. Deben controlar la Hermana. Cuando regrese el Imperio, el Kanato tiene que hablar primero.

—Están pasando algo por alto —intervino Glenda Ruth.

Una fuente extraña, pero...

—Muy bien. ¿Qué? —preguntó Kevin.

—No lo sé —se acomodó en el borde de la cama de agua y rascó a Alí Babá detrás de la oreja—. Pero son Guerreros. Siguen las órdenes de un Amo; sin embargo, eso no los convierte en tontos. Recuerden cuál es su misión y piensen de nuevo.

Cynthia sabía cómo preparar café turco. Bury sorbió el suyo y dijo:

—Aquí cobra importancia el combustible. Las naves del Kanato se hallan agotadas. ¿Y nosotros? Base Seis nos sigue, por supuesto.

—Llegará con ciento diez horas de retraso. Podrán rescatar a cualquier nave que se quede seca, no obstante, ello no nos ayuda a luchar. Sin embargo, sería posible que repostáramos con una nave de Medina. Ni siquiera creo que nos haga falta. Y cruzaremos el punto de Eddie el Loco a trescientos kilómetros por segundo, como la última vez, con las naves de la India triangulando para nosotros.

—¡Ah! —dijo Bury.

Cynthia se puso alerta en el acto.

—¿Excelencia?

—Me encuentro bien, Cynthia. Kevin, los restos espaciales. La masa, la chatarra dejada cuando las dos naves se fundieron a mil clicks por segundo. Haz que la Átropos rastree el curso de la chatarra. Verás que una masa equivalente a más de cien naves espaciales se halla en rumbo para cruzar directamente por el punto de Eddie el Loco justo cuando a nosotros nos gustaría hacerlo.

—De acuerdo, lo verificaré; échate ya. ¿Freddy?

—Estoy en ello —Freddy Townsend trabajaba con denuedo en su panel de control.

Una pantalla se iluminó: el portavoz de Rawlins.

«¿Por qué estoy menos asustado que antes?», se preguntó Renner. «¿Porque mi gente empieza a conseguir las respuestas adecuadas? No, es más que eso: porque la mente de Horace Bury se halla viva y despierta».

Mientras Freddy trabajaba, Renner dijo:

—Omar, necesito que esos restos sean bloqueados de algún modo. Las únicas naves que han de pasar por el punto de Eddie el Loco son la Átropos y Simbad. ¿Se lo informará a los Amos de Medina?

—Lo intentaré —repuso Omar.

En ese momento nadie tenía tiempo para explicar las cosas, y sus preguntas distraían la concentración. Lo único que podía hacer Joyce era grabarlo todo y esperar sacarle algún sentido más adelante.

—Hemos oído hablar de la «niebla de la guerra» —dictó—. Es demasiado real. No sé que está pasando, y tampoco nadie de los demás; no de verdad. A veces lo único que queda es hacer una elección y aferrarse a ella.

Faltando veinte minutos, Kevin dio la orden de ponerse los cinturones de seguridad. El torrente de restos a alta velocidad de las naves del Kanato no podía hallarse muy lejos.

—Tengo una imagen transmitida por la Átropos —informó Freddy—. Pantalla Tres.

Negro salpicado de estrellas.

—No... —comenzó Kevin. Una era más azul que las otras. Ese fondo estelar, ¿dónde era...?—. Freddy, la que acaba de entrar es la nave de un Amo. Y ahora demuéstreme que me equivoco.

Medina llamó.

—Tenemos a una nave de Amo del Kanato que acaba de aparecer procedente de la Hermana. Sólo una. No realizó intentos de comunicarse, de modo que le hemos disparado. Nos informan que lleva un escudo reforzado.

—Un maldito Amo. Es lo único que hacía falta —musitó Renner—. Estamos muertos.

Bury se reía entre dientes.

—¿Porqué, Kevin?

—Todo el plan se viene abajo si los Guerreros del Kanato reciben las órdenes correctas. Aquí viene un Amo justo a tiempo, y... ¡Demonios, hasta es demasiado tarde para que nosotros abortemos la maniobra!

Bury se reía con cierto esfuerzo.

—Sí, Kevin; pueden transmitirles órdenes a sus Guerreros, pero ¿qué les van a decir? ¿Qué pueden averiguar a tiempo con un intervalo de treinta y ocho minutos debido a la velocidad de la luz?

Medina seguía hablando, había dicho algo sobre la descarga láser. Renner no lo escuchó.

—¿Qué dijeron, Freddy?

—Dijeron «los Guerreros lo solucionarán. Sigán con el plan».

Era una pena que Omar no hubiera estado enlazada en la comunicación. El intervalo de la velocidad de la luz ya era demasiado grande para recibir alguna respuesta. Ocho minutos.

—¿Todos asegurados? ¡Joyce! El cinturón de seguridad.

—De acuerdo, capitán.

Ella había permanecido de pie sobre su sillón para obtener altitud de imagen, grabándolos en sus puestos de trabajo. Bajó y se sujetó con las correas, contenta como todos los demonios, abrazando la cámara como si fuera su bebé.

La nave del Amo del Kanato aún aparecía a la vista; centelleaba ferozmente de verde brillante. Las fuerzas de Medina debían estar inundándola de energía. Jamás conseguiría pasar un mensaje a través de eso.

Los datos procedentes de veinte naves de la India proporcionaban una impecable triangulación: darían en el centro exacto del punto. Bury realizaba *savasama*; sin embargo, las lecturas de sus pulsaciones y de sus ondas cerebrales invadían las pantallas. Ho-

race estaba asustado. Renner comprendió que enfocar su propia atención en eso sería peor que inútil. Detrás del Simbad crecía una oscuridad... puntos negros borrraban las estrellas. ¿Qué demonios?

Dos minutos. Y extraños efectos luminosos entre los puntos, chispas en todos los colores del arco iris.

¡La flota de Bizancio! Estaba bloqueando la descarga láser del Kanato, apantallándola con sus Campos Langston.

Y el punto de Eddie el Loco estaba aquí, ahora, invisible, pasando a trescientos clicks por segundo cuando Freddy tocó el contacto.

Una oscuridad anaranjada se asomó por las pantallas. Renner, perplejo y atontado, disfrutó con la aparición de un infierno mecánico en el que hombres y monstruos se retorcián en tormento y confusión. Pero su memoria ya estaba organizándose, y lanzó un rugido, aunque salió como un graznido:

—Townsend.

—Renner. Capitán, ¿nos situamos detrás de la Átropos?

—Cuando encienda el impulsor.

Simbad volvía de nuevo a la vida, aunque despacio. Ahora la Átropos era casi un círculo contra la luz blanca, inconfundible, a unos pocos kilómetros de distancia... prácticamente en dirección al núcleo del Ojo de Murcheson, según los instrumentos del Simbad.

Quince minutos. Tenían quince minutos para prepararse; luego se desataría todo el infierno. Había mucho que hacer; sin embargo, parte de ello tendría que esperar a que se recuperaran los Ingenieros pajeños, y éstos se hallaban postrados fuera de acción.

Comunicaciones.

—Átropos, aquí Simbad. Átropos, aquí Simbad, Simbad, Simbad...

En ese momento se le estaría ocurriendo a Joyce Mei-Ling Trujillo que se hallaban dentro de una estrella. Asombro y terror y un acto reflejo para alcanzar la cámara. Glenda Ruth era un caso perdido, no mejor que los pajeños. «Átropos, aquí Simbad». Otros se movían. Renner giró la cabeza. Por lo menos, Bury no se agitaba con violencia. «Átropos, aquí Simbad».

Bury estaba demasiado quieto.

—¡Cynthia!

Ella ya se había soltado y se encontraba pegada a él, los dedos en su cuello.

—No hay pulso.

—Haz algo... Lo siento, discúlpame; claro que lo harás —las luces de verificación del impulsor parpadearon verdes. Renner lo activó—. Mueve el yate, Townsend.

—Sí, sí. Aceleración. Preparados.

—Simbad, aquí Átropos.

—¡Blaine! Estupendo. Situación inalterada en cuanto a nuestro tiempo de Salto.

—Inalterada en cuanto a su tiempo de Salto. Recibido, señor.

—Informa.

—Sí, señor. Estamos emitiendo en frecuencias de llamada de la Flota. Aún no nos ha disparado nadie. Puede ser una buena señal.

—No hay disparos, pero tampoco respuesta.

—Aún sin respuesta, comodoro.

¿Dónde demonios se encontraba Weigle y el Escuadrón de Eddie el Loco? Pregunta estúpida: Weigle podía hallarse en cualquier parte.

—Sigue intentándolo. Nos esconderemos detrás de vosotros cuando llegemos allí.

—Correcto. Dejaré el canal abierto.

Más movimientos a su espalda. Cynthia le había vuelto a conectar los sistemas médicos a Bury. De pronto, éste se sacudió, y se quedó quieto. Descarga eléctrica. Seguía muerto. Esqueléticos brazos metálicos se alzaron de la caja, por primera vez en el recuerdo de Kevin, y comenzaron a trabajar en Horace Bury.

Allí Babá soltó un aullido de terror.

—Victoria. Glenda Ruth. ¡Cualquiera...! —gritó Kevin.

—Sí, Kevin.

Renner se volvió jubiloso. ¡Era la voz de Bury!

Pero se trataba de Omar. Bueno, no era su culpa.

—Cuando los Ingenieros se recobren —dijo Renner—, cerciórese de que el Lanzador está listo y cargado, y no deje de verificar dos veces el generador del Campo.

Habían reconstruido el generador del Campo, alterándolo de tal modo que no se expandiría ni presentaría una zona de superficie más grande para el delgado material este-lar supercaliente que les rodeaba. Ahora era igual al de las naves del Escuadrón de Eddie el Loco, incluida la Átropos.

—¡Apartaos! —gritó Cynthia—. ¡Glenda Ruth, coge a Alí Babá! ¡Apartaos! —Horace Bury volvió a sacudirse. Una vez más.

Glenda Ruth canturreó en voz baja. Las luces del panel médico brillaron, mas no mostraron señal de actividad cardíaca o cerebral. El panel estaba muerto, o...

—¡Kevin, Cynthia, Dios mío, detenéos! —exclamó Glenda Ruth—. ¡Está muerto!

«Nunca se sabe...», pero Kevin contuvo el comentario. Ella sí lo sabría.

Ahora se hallaban junto a la Átropos. Townsend equiparó velocidades.

—Permanece junto a ella —dijo Renner—. ¡Blaine!

—¿Señor?

—Modifico el plan. Si tengo que usar el Lanzador, deberá ser antes de que intensifi-quemos demasiado el calor, de modo que nos quedaremos junto a vosotros durante la primera fase de la batalla.

—Sí, señor.

—Sigue transmitiendo datos.

—Sí, sí, señor. Transmisión de datos activada —dijo Blaine.

—Recibidos. ¿Hubo suerte contactando con la Flota?

—Todavía no. ¿Alguna otra orden, señor?

Renner giró la cabeza y miró de nuevo la cabina. Algo subió a su garganta.

—Sí. Canelo las instrucciones de evitar gravedades altas. Usad cualquier aceleración que requiera la situación táctica.

Vieron a través de los ojos de la Átropos. Irrumpió un punto negro; luego otro; después dos más. Una hebra verde salió desde la Átropos hacia uno de los intrusos. El Campo del intruso centelleó, se expandió.

—Está funcionando —comentó Renner—. Las naves del Kanato poseen un Campo Langston expansible, que es estupendo para la mayoría de las batallas; pero aquí, cuando se expande, recoge todavía más calor.

—¿Podrían haber hecho lo que ordenó usted? —preguntó Joyce—. ¿Que sus Ingenie-ros lo reconstruyeran?

—¿Qué opinas, Omar? —trasladó Renner la pregunta.

—Carecen de datos. A mí no se me habría ocurrido.

Más puntos negros.

—Freddy, prepara el lanzador. Apuntaremos al centro del grupo.

—Bien.

El punto negro atacado por la Átropos se expandió, cambió colores... y se desvaneció. La hebra verde de la Átropos se dirigió hacia otra nave.

—Átropos.

—Sí, sí, comodoro.

No era Blaine.

—Dígale a su capitán que comenzaremos a disparar cuando tengamos veinticinco blancos. Vigile el enlace de datos para el tiempo exacto.

—Dispararán cuando tengan veinticinco; eso es dos-cinco blancos. Observar enlace de datos para el tiempo exacto. Sí, sí, señor.

La cámara de Joyce grababa. ¿Por qué no? ¿Qué podría importar ahora el que todo el mundo se enterara de que el Simbad llevaba armas nucleares?

—Disponemos de otra ventaja —dijo Renner—. Autonética Imperial ha desarrollado un revestimiento para naves que sólo pasa a ser un superconductor a cuarenta y cuatro mil grados Kelvin. Eso es doscientos grados menos de lo que hace falta para ablandar el casco. Puedo introducir un cable superconductor en el depósito de agua del Simbad, y luego dar salida al vapor. Resumiendo, podemos permanecer con vida un largo tiempo.

—Quizá lo necesitemos —dijo Freddy—. Van veinticuatro.

—Carga.

—Levantando Lanzador. Cargando. Uhh, hace calor ahí afuera. ¡Fuego! Retirando el Lanzador al interior del Campo.

Un cronómetro se activó en la consola de Renner. Veintinueve segundos. Veintiocho...

Una estrella brillante dentro de la estrella. Veinte puntos negros se expandieron, se estiraron, le añadieron su calor almacenado al resplandor blanco. Líneas verdes convergieron en otra. Centellearon... y desaparecieron.

Y aparecieron treinta naves más.

—Prepara el Lanzador —dijo Renner.

Había de sesenta a setenta globos de colores diseminados a través de un cielo anaranjado brillante. El ojo no era capaz de calcular su distancia: los tamaños variaban en exceso. La mayoría eran rojos. Algunos menos eran anaranjados, y éstos se fundieron en la invisibilidad contra el fondo hasta que se tornaron más calientes. Un puñado eran verdes y azules, inflándose a medida que subía su temperatura, hasta que uno u otro se convertía en una nova breve. Se trataba de una clase de astronomía de parvulario; las estrellas situadas en sus sitios por códigos de colores en el diagrama Hertzsprung-Russell.

—...Tres. Dos. Uno. Bingo —entonó Freddy.

Otro resplandor. Burbujas rojas y amarillas se inflaron de repente: verdes, azules, flash-flash-flash.

—¿Cuántas han sido hasta ahora? —inquirió Joyce.

—Contando las que cazó la Átropos, más de cien.

—¿Deberíamos estar contentos? Lo siento, Glenda Ruth... —dijo Renner.

—No importa. Son sólo Guerreros. Para los pajeños son propiedad valiosa, pero...

—Retraído. Quedan siete ojivas —informó Freddy—. La sincronización ha sido prácticamente la correcta. Pero muy pronto estaremos demasiado calientes para usarlo. Capitán, he de decir que esto es más fácil que lo que creí que iba a ser.

—Demasiado fácil —afirmó Renner—. Átropos; pásame al capitán Rawlins, por favor.

—Aquí Rawlins.

—Éste era el Grupo A, ¿de acuerdo?

—Sí, eso creo.

—Creo que es hora de largarse de aquí antes de que arribe el Grupo B.

—Coincido. ¿Qué curso?

—Fuera de la estrella. Diríjase al punto de Salto a Nueva Cal. Yo abriré el camino. Y no deje de llamar a la Flota.

—A Nueva Cal, entonces. ¡Tenga por seguro que no pararemos de llamar! ¿Aceleración?

—¿Dos gravedades?

—Perfecto —Rawlins iba a cerrar la comunicación.

—¡Aquí vienen! —se escuchó gritar al portavoz de la Átropos— ¡Cientos! —luego, con voz más sosegada— Simbad, aquí Átropos. Flota enemiga saliendo por el punto Alderson. La cuenta es de trescientas naves. Estamos disparando torpedos.

—Quizá sea éste un buen momento para usar nuestras últimas cargas —comentó Townsend.

—Detesto que nos quedemos secos, pero... sí —Renner tocó unas teclas—. Átropos, asígnenos un grupo de blanco, por favor.

La imagen de la pantalla dio un salto, y en ella apareció un círculo que indicaba un grupo de naves moviéndose juntas a alta velocidad y alejándose del punto de Salto. A cada segundo aparecían otras naves.

—Santa María —dijo Freddy Townsend—. De acuerdo, tengo una solución... levantando... de camino. Ochenta y nueve segundos —los cronómetros comenzaron la cuenta atrás—. Por supuesto, sabe usted que no podremos luchar contra todas esas naves.

—Gran verdad —acordó Renner—. Por supuesto, no tendremos que hacerlo.

—Ellos no van a dejarlo —dijo Joyce—. Omar, Victoria. ¿es que ellos no ven que están derrotados? ¡Ahora no les servirá de nada destruirnos!

—Tienen sus órdenes —repuso Glenda Ruth—. Victoria, ¿cuestionan alguna vez los Guerreros las órdenes de los Amos? Joyce tiene razón: esto no les servirá de nada, no ahora. Sin importar lo que nos hagan, regresarían a la Paja sobrecalentados y sin combustible, y las flotas de la Alianza les estarán esperando. ¿Lo saben?

—Lo saben mejor que usted —contestó Victoria.

—Y tienen sus órdenes —Glenda Ruth experimentó un escalofrío.

—Creo que es más que eso —intervino Omar—. Si regresaran, sería la primera vez que las naves pajeñas lo hubieran conseguido. Muchos neutrales se les unirían sólo por ese motivo. Y si un grupo de tamaño considerable se pasa a su bando...

—La unión con los ganadores —comentó Joyce—. Glenda Ruth, ¿estás de acuerdo?

—Supongo que debo estarlo.

—Tengo un nuevo grupo de blanco para ustedes —dijo la Átropos.

—Preparados para lanzar.

—Aquí Rawlins. Comodoro, no recibimos respuesta de la flota, y nos van a derrotar por el número.

—¿Sugerencias?

—Huyamos mientras podamos. Irrumpamos de nuevo en el sistema de la Paja, donde tenemos aliados.

—No es una gran alternativa.

—Es más que de lo que disponemos ahora, señor —indicó Rawlins.

—En realidad, es un buen plan para ustedes —acordó Renner—. No funcionará para nosotros; carecemos de la aceleración, pero... Sí. Háganlo. Capitán Rawlins, le aparto del servicio. Su misión es la de sobrevivir y presentarse ante cualquier flota Imperial.

—Aguarde un minuto... —comenzó él a protestar.

—No, ya no nos queda tiempo. Yo permaneceré en curso. Usted corra como mil demonios. Rawlins, alguien debe sobrevivir a esto. Nuestros pajeños lo analizan de este modo: si el enemigo regresa con vida, los neutrales se unirán al Kanato. ¡No podemos dejar que eso suceda! ¡Rawlins, vuelva usted al sistema de la Paja y dígame a todo el mundo que viene el Imperio!

Hubo una pausa prolongada.

—Sí, sí, señor. Buena suerte.

—Buena suerte para usted también. Freddy, prepara el Lanzador.

—La última batalla del Simbad —comentó Freddy. Con un gesto de la cabeza indicó a Bury—. Creo que se merece un funeral vikingo. Sólo que no hay ningún perro a sus pies.

Las cámaras se oscurecieron.

—Hemos perdido el enlace con la Átropos —dictó Joyce en voz baja a su grabador.

—Ya no tenemos ninguna protección de la Átropos —observó Renner—. La temperatura de nuestro campo está subiendo. Prepárate; deberás disparar a ciegas después de que eche un rápido vistazo.

—Dispongo de un grupo de blanco provisional. Proporcióneme una imagen para estar seguro. Bien. Lanzando. Retirando. Capitán, creo que ése ha sido el último servicio del Lanzador.

—Coincido.

—¡Odio estar a ciegas! —exclamó Joyce.

—¿Y quién no? —preguntó Freddy.

—En los días anteriores a los superconductores, ya estaríamos recibiendo quemaduras —comentó Renner—. Recuerdo la batalla en el espacio de Nueva Chicago. El capitán Blaine —capitán de fragata, entonces— se quemó medio brazo. Sin embargo, ahora estamos sentados cómodamente aquí.

—Hurra. ¿De cuánto tiempo disponemos? —preguntó Glenda Ruth.

—De cualquiera de las maneras, no más de una hora —repuso Renner.

—Los Ingenieros se encuentran reconstruyendo cámaras —informó Victoria—. Y me han comunicado que hay una nueva antena preparada que quizá sea capaz de establecer comunicación con su otra nave.

—Bendita sea —dijo Renner—. Antena, Freddy. A mí tampoco me gusta mucho estar ciego.

—*Identifíquense.*

—¿Qué demonios? ¡Maldita sea! Flota Imperial, aquí el destructor auxiliar Imperial Simbad, comodoro Kevin Renner al mando.

Una breve demora; luego, la pantalla permanente de comunicaciones se encendió.

—Flota Imperial, aquí la nave Átropos, William Hiram Rawlins. Somos parte de las fuerzas de la misión especial del Agamenón, destinados al servicio con el comodoro Renner.

—*¿Hay alguna otra nave Imperial con ustedes?*

—Ninguna. Sólo Átropos y Simbad —gritó Renner—. Asígnenos un enlace de datos y le probaremos quiénes somos.

—*Puede que tenga un método mejor. Que se ponga el teniente Blaine.*

—Aquí Átropos. Habla Blaine. Almirante, si van a ayudarnos, ¡será mejor que se den prisa! Estamos en problemas.

—Podemos verlo. Blaine, ¿quién soy?

—El capitán Damon Collins —respondió en el acto la voz de Blaine.

—Correcto. Blaine, cuénteme algo que un pajeño no sabría.

—Póquer. Aquel primer juego. Sé cómo me ganó usted, capitán.

—Recuérdemelo.

Renner se cercioró de que el micro se hallaba apagado.

—Espero que no sea una historia larga.

Pero Blaine hablaba a toda velocidad.

—Jamás había jugado antes al Póquer Presión. Grande-pequeño, seis cartas más un descarte. Recibimos las seis. Yo tenía doble pareja, y dos cartas bajas. Usted tres corazones y otra cosa, quizá el seis de tréboles...

—Empiezo a recordar.

—... nada más alto que un nueve. Yo descarté una carta baja. Usted descartó el nueve de corazones. Usted sacó la jota de corazones. Apostamos alto los dos. Usted consiguió color.

—Juró que jamás se explicaría cómo lo había logrado.

—Lo deduje después de la mano siguiente. Lo que sucedió fue que usted ya tenía el color, pero también tenía una jugada para la escalera de color baja. Yo apostaba como si ya tuviera el full. Usted me creyó. Deshizo su color y lo consiguió de nuevo con la posibilidad de la escalera de color estropeada —por mi lagarto, se dijo a sí mismo.

—Y le gané por primera vez.

—Fyunch(click).

—Suficiente —dijo otra voz—. ¿Es Blaine?

—Sin ninguna duda, almirante.

—Simbad y Átropos: diríjense hacia la nave insignia. Enviamos escoltas. A todos los escuadrones: traben combate cerrado con el enemigo.

EPILOGO  
FIN DEL JUEGO



*Viajar con optimismo es mejor que llegar a destino, y el verdadero éxito radica en el esfuerzo.*

Robert Louis Stevenson

Base Interior Seis había perdido el 80% de su masa. Su revestimiento exterior estaba arrugado y plegado. A pesar del intenso mantenimiento de los Ingenieros, las tuberías y los cabos se veían doblados en curvas y rizos, y las cúpulas se hallaban pegadas una a la otra. El cielo se encontraba cuajado de naves espaciales a la espera de repostar.

Por el aspecto de melcocha estirada del hielo que rodeaba la Mezquita, ésta debió de haberse retorcido hasta quedar casi horizontal; luego, fue devuelta a su estado verdadero. No se veía ningún daño. En todo caso, aún la habían mejorado.

Del enorme espacio de la Gran Sala ahora brotaban balcones semicirculares en todos los niveles. Hombres y pajeños se arracimaban en ellos en grupos de tres o diez, a veces gritando o incluso saltando-volando de balcón a balcón. La diplomacia aquí marchaba a velocidad vertiginosa, en ocasiones frenando para acomodarse a las mentes humanas.

Lo que hacía Joyce no habría sido posible en la Mezquita antigua; tampoco sin la cámara giroestabilizada.

En gravedad reducida, Joyce Mei-Ling Trujillo saltaba de balcón a balcón, se detenía para enfocar la cámara sobre Nabil y un puñado de pajeños; de nuevo con Glenda Ruth y su hermano para realizar una entrevista corta; luego continuaba con sus saltos. Parecía una hermosa diosa yendo de nube a nube, y que poco a poco se acercaba a la tierra.

Llegó al suelo acalorada por el ejercicio; fue a decirle algo a Kevin, y entonces se volvió hacia la gran pantalla del monitor.

La inmensa esfera azul y blanca llenaba casi toda la visión. Patrones de nubes se movían perezosamente sobre continentes cuyas fronteras se hallaban todas marcadas con círculos.

—¡Es Paja Uno! ¿Verdad, Kevin? Veo los cráteres. Vine para ver Paja Uno, ¡y llevamos siete malditos meses aquí sin acercarnos siquiera!

Renner alargó una mano para estabilizarla en la gravedad minúscula.

—En este viaje no te acercará más. La buena noticia es que parece que aún no disponen de ningún acceso al espacio. La película se tomó desde una nave de Medina que se deslizó justo por encima de las nubes, de polo a polo, y nadie intentó dispararle.

—Me habría encantado ver el Zoo.

—Es probable que ya haya desaparecido. Las cosas no duran mucho entre los pajeños.

Joyce y la cámara le miraron.

—De modo que de nuevo se implanta el bloqueo, aunque esta vez con dotación pajeña.

—Aún está sujeto a la aprobación de Esparta.

—Desde luego —Joyce apagó la cámara—. ¿Extraoficialmente? No tienes ninguna duda al respecto, ¿verdad, Kevin?

—Al contrario, tengo muchas. ¿Cómo usaremos aquí la lombriz? Podríamos escoger a una facción en Paja Uno —quizá la familia del Rey Pedro, si sobrevivió— y distribuirla. O no. O todavía no. La Lombriz de Eddie el Loco aún es experimental. Digamos...

—¿Qué?

—Ten paciencia, Joyce. ¡Víctor! Maldición, esa lombriz lo ha conseguido. Los Mediadores ahora sí que se parecen. ¿Víctor? Es como algo salido de la adolescencia.

El Mediador que había sido la Victoria de los Tártaros saltó hacia ellos en un arco bajo.

—¿Kevin?

—Sí. Víctor, tarde o temprano establecerán contacto con Paja Uno. Quisiéramos que nos devuelvan unos cuerpos determinados para que se les dé un entierro adecuado. Tres

machos humanos: los guardamarinas Potter, Staley y Whitbread. Quizá hayan sido disecados, o Dios sabe qué; pero por favor, recupérelos cuando le sea más conveniente.

—Se hará. Si es que hay algún sucesor para el grupo que los retuvo. Aquí las cosas cambian deprisa.

—Algunas veces no. Inténtelo.

—Sí. ¿Algo más?

—Sí. Joyce, ¿adivinas qué era lo que protegía el Grupo Bandido?

—Alguna reserva secreta de armas demasiado alejada para usar —contestó Joyce en el acto.

—No. Era la base principal del Kanato, incluyendo toda su riqueza. Se lo ofrecieron todo a sus aliados como soborno, y éstos se lo han entregado a Medina. Víctor, ¿encontró su gente alguna sorpresa?

—No para nosotros. Realizaremos holos, Kevin. Sus Ingenieros son gente despierta; verá algunas innovaciones interesantes en el equipo.

Joyce analizó los matices. Enfocó la cámara sobre Víctor.

—Entonces, ¿se ha terminado? El Kanato no sólo se rindió... Iba en serio.

Kevin captó el saludo de Glenda Ruth Blaine, allí a mitad de camino en el techo curvo de la Gran Sala, y su sonrisa demasiado omnisciente. Sonrió y le devolvió el saludo. No había nada que ocultar. Maldición, Joyce también lo había captado.

—Controlamos todo lo que fue la riqueza del Kanato —respondió Víctor—. Las familias han regresado de su escondite en la Estrella de Bury, y todas ellas ahora portan la lombriz. No veo modo alguno de que pudieran hacernos daño, a ustedes o a nosotros, nunca más. Su linaje ha llegado a su fin, a menos que nosotros decidamos lo contrario; ¿no satisfaría eso la cólera de Horace Bury?

Joyce contestó con cuidado.

—Hasta donde yo llegué a conocer a Bury, creo que ya no sentía cólera hacia los pajeños. Ésta fue su última guerra social. Y me parece que la disfrutó mucho.

El pajeño sonrió y se fue. Kevin sintió que los ojos le empezaban a escocer.

—Lo has expuesto de forma maravillosa —dijo.

—Gracias. En realidad le echo de menos, Kevin. No como tú, desde luego; fueron casi treinta años.

—Sí. Pero se fue como un ganador, y... aún no soy capaz de decidir cómo sentirme al estar finalmente libre de los juegos de poder del viejo. Al menos, la vida va a volverse más sencilla.

—¿A qué se debía aquella sonrisa?

—¿Sonrisa? —Joyce frunció el ceño y él añadió— Es un secreto. Todavía hay secretos. Maldita sea, Joyce, ¿es que todas las mujeres van a seguir leyéndome la mente el resto de mi vida?

—Éste no es un secreto diplomático, Kevin. Y no es un escándalo porque tú nunca serías lo bastante estúpido... No lo harías.

—Joyce, hay un secreto que tú no deberías oír. Igual que la última vez, cuando Eudoxo te leyó los pies.

Ella se tragó su primera respuesta.

—Quizá; pero he de saberlo.

—De acuerdo.

Kevin empezó a hablar.

Base Interior Seis había estado siguiendo a las naves del Imperio. A partir de ese momento, Renner se tomó su tiempo para retornar, y envió a las naves de la Flota de Bloqueo por delante a medía g de propulsión, mientras él y su gente sanaban. Aun así, sólo le llevó ocho días.

La tarde del sexto día encontró a Glenda Ruth sentada en el apoyabrazos de su sillón con una bandeja en la mano. Kevin se acomodó, cogió el almuerzo y dijo:

—Habla —ella no pareció capaz de hacerlo—. Freddy —indicó él—. Aristócrata. Para mis reconocidamente rigurosos criterios, únicamente un poco perezoso. No quiso alistarse en la Marina. Ahora ya le quedará poca elección al respecto. Le colgarán las mejores medallas y el grado de oficial de la Reserva.

—Buena motivación —dijo Glenda Ruth—. Le sitúa a cargo de evitar una guerra para que no tenga que trabajar.

—Se pone tenso cuando tú estás cerca. ¿A qué le teme? ¿Eres demasiado sensible?

—Melindrosa —repuso ella—. Quienquiera que resulte herido a mi alrededor, sea niño, adulto, gato o pajeño, yo lo siento. No obstante, yo tuve tanto que ver en nuestra salvación como él. Tal vez más. Kevin...

—Glenda Ruth...

—Oh. Lo siento —ella se cambió al sillón vacío del navegante, se hundió un poco y le sonrió—. Iba a decir... Oh —de tan ancha, la sonrisa de ella parecía un poco vacía.

—Lo has entendido. Por favor —pidió a Glenda Ruth—, desconecta la atracción sexual; me pone incómoda.

—Sí.

—Y no dudo de que serías capaz de encenderla de nuevo si me hiciera falta recordar de qué género sexual soy.

—Tal vez no. Kevin, has dejado de pensar en mí como en alguien no del todo humano.

—No pongas eso a prueba, ¿de acuerdo?

«A menos que hables en serio... No, maldición; seducir a la hija de Lord Blaine es una de las muchas cosas que voy a pasar por alto en esta vida»—, se dijo Renner.

—Claro que lo eres. Quizá seas muchos humanos distintos, incluso. Todos los niños juegan bastante con la interpretación de distintos papeles. Tú y Chris lo hacéis mejor que la mayoría. ¿Qué clase de papel has estado interpretando para Freddy?

—¡No he interpretado! Tío Kevin, practicaba un juego con los Tártaros, por nuestras vidas y por el Imperio. No había espacio para interpretar mucho más. Él ha visto lo que yo soy. Soy melindrosa. Cuando todo me supera, me escondo.

—Podrías recuperarlo. No es capaz de dejarte; tiene deberes, y si lo trabajas durante una hora, nunca más querrá hacerlo. Entonces, ¿qué es lo que te preocupa, Glenda Ruth? ¡Corta eso!

Ella se movió incómoda en el sillón. La sangre atronaba en los oídos de Kevin. A su percepción sesgada, ella se encendía y apagaba como una bombilla.

—¿Y si voy en serio? —preguntó Glenda Ruth.

—¡Ponte frívola!

—Eres tan cauto respecto de tener algo con la hija de un lord. Soy capaz de convencer a cualquiera para cualquier cosa, Kevin. Puedo cometer errores y lastimar a la gente, y lo he hecho, y también Chris. Pensarías que soy una verdadera idiota si no pusiera a prueba mis límites, ¿no?

Kevin consideró retirarse a su propio camarote y cerrar con llave la puerta. Pero primero dijo:

—Yo no soy sólo tu viejo verde elegido al azar. Soy el oficial subalterno que le ordenó a Lady Sally Fowler que fuera al cuarto del capitán Roderick Blaine cuando lo estimé necesario para su supervivencia. Tú eres responsabilidad mía —ella lo miró fijamente, luego estalló en una carcajada. Eso estaba mejor. Preguntó— ¿Qué tengo que hacer para conseguir que lo desconectes?

Lo desconectó.

—Lo siento —se disculpó ella.

—Soy humano. No necesitas pruebas.

—Me acosté con Freddy. Se habría vuelto loco... Bueno, por lo menos antisocial, si no lo hubiera hecho. Pero acabo de obtener algo de libertad. Creo que lo que deseo hacer es dejar suelto a Freddy con la opción de casarnos más adelante. Sin embargo, él me vio hacer algo que no le gustó, y ahora podría perderle.

—Veamos. Él se casaría contigo...

—Porque sería su obligación.

—Eres una joven de diecinueve años. Estar confundida es parte del juego. Mira: él cree que le gustaría evitarte durante un tiempo. Déjale. Libérale de todas las obligaciones, convéncele de que así es, y de que no estás enfadada. ¡Te estará viendo durante años! ¡Sois los héroes de la Conquista de la Paja! Cuando le quieras de vuelta, sonríele. ¡Ahh! ¡A mí no!

—Sí, tío.

—Creo que le querrás. Buenos genes, buena actitud, vuestras familias lo aprobarán, y en una emergencia, los dos sois supervivientes. Averiguar eso puede ser muy caro.

—Seguiremos procreando Blaines, ¿verdad, tío?

Y se marchó. Y Kevin Renner de pronto se sintió muy cansado...

—Así que fui a echar un sueñecito. Y dos horas más tarde tú apareciste ante mi puerta...

—Lujuriosa como mil demonios.

—De repente lujuriosa, y también curiosa. No me dejaste volver a dormirme después...

—No sólo hablamos.

—No.

—Y nadie sonrió cuando me mudé a tu camarote.

—Se sintieron muy aliviados. Dos centímetros cúbicos adicionales para todos a bordo del Simbad. Lujo más allá de los sueños más descabellados. Pero...

—No sé porqué me llevó tanto tiempo hacerlo —comentó Joyce Mei-Ling—. Supongo que aún estaba enfadada con Chris. No; él no me mintió, imagino...

—Claro que él...

—¡Pero esto no es ningún secreto, Kevin! Tú y Glenda Ruth sabéis algo.

—¿Recuerdas qué te pregunté yo?

Ella frunció el ceño.

—¿De dónde venía? —repuso Joyce—. Me hallaba en la cocina con un bulbo de té. ¿Dónde estaba Glenda Ruth? Tomando té conmigo. Tú te reíste. Entonces yo me pegué a ti y la conversación se fue al infierno.

—Ella te envió. Se sentía agradecida, así que me mandó un regalo.

—¡Oh, y un cuerno! Kevin, de lo único que hablamos...

Esperó que ella terminara. Al cabo, Renner dijo:

—Lo único que tuve que preguntarte fue: «¿Con quién hablabas hace un momento?».

—Pero yo... lo comprendí en ese momento. Eres la quintaesencia de la disponibilidad. No tienes lazos visibles, eres rico, heroico, y sabes más de los asuntos actuales de la Paja que ningún otro ser humano en el Imperio del Hombre. Glenda Ruth no... Únicamente hablamos de... maldición.

—No sé en realidad si alguna vez querrás volver a verme, Joyce. Pero si es así, hay secretos que no deberías conocer, y por Dios que mantendré el siguiente.

Había dos cubos de mensajes etiquetados y fechados. Uno le había sido entregado a Nabil para que lo custodiara a bordo de Base Seis. El otro fue dictado durante la larga persecución por el sistema de la Paja y terminado justo antes de que el Simbad cruzara al Ojo de Murcheson.

—¿Deberíamos verlos? —preguntó Renner—. Creí que se suponía que teníamos que esperar a los abogados.

La cara correosa de Nabil era una máscara.

—Comodoro, Su Excelencia dejó en el paquete instrucciones de que usted revisara esto de inmediato —señaló un garabato en árabe—. Ahí está su nombre.

—De acuerdo.

—También me instruye para que invite a testigos, de manera específica a Glenda Ruth Blaine y a Frederick Townsend, y a tantos Mediadores pajeños de la alianza como puedan ser convenientemente reunidos —continuó Nabil—. Aparte de eso, no sé nada.

Comenzaron con el cubo dictado a bordo del Simbad. Mostraba a Bury en su sillón. Tenía la cara ojerosa y la voz cansada. Daban testimonio de la autenticidad del cubo Joyce Mei-Ling Trujillo y Glenda Ruth Blaine.

—Es una imagen mía que jamás incluiría en las noticias —comentó Joyce.

«Soy Horace Hussein al-Shamlan Bury, comerciante, ciudadano magnate del Imperio del Hombre, pachá y ciudadano del principado de Ikhwan al-Muslimun, conocido corrientemente como Levante.

»Éste es un codicilo para mi testamento que ha sido entregado a la custodia de mi sincero y fiel sirviente, Nabil Ahmed Khadurri. Por el presente confirmo los legados realizados en aquel testamento anterior, excepto los que se contradigan de manera directa y explícita en este codicilo. Dicto este documento con el pleno conocimiento de que es probable que tanto éste como la nave no sobrevivan a nuestra presente misión; mas Alá quizá decrete lo contrario.

»Por el presente nombro a Kevin Renner, comodoro de la Marina Espacial Imperial, como ejecutor de mi testamento y le confiero pleno poder ejecutivo para cumplir mis deseos y disponer de mi propiedad de acuerdo con mi testamento original tal como se corrige en este codicilo. Ello invalida la designación de Ibn-Farouk nombrado como ejecutor en el testamento original. Kevin, sugiero, pero no exijo, que delegues la implementación detallada de mi testamento, y en particular la supervisión de los legados de la vinculación de propiedad en Levante, a la firma de abogados Farouk, Halstead y Harabi, y te recomiendo a su socio, Ibn-Farouk, como amigo de toda la vida y consejero. Creo que recordarás haberle visto de vez en cuando.

»Confirmo que el legado de mi casa, mis tierras y todas las propiedades sujetas a vínculos en Ikhwan al-Muslimun sean divididas entre mis parientes sanguíneos por las leyes de mi planeta natal; excepto que a mi sobrino nieto Elie Adjami le dejo la suma de una corona y lo que me ha robado. Es menos que lo que le habría dado la ley, pero la elección fue suya.

»Con énfasis recomiendo al Imperio que Kevin Renner sea nombrado el primer gobernador del sistema de la Paja, y es mi convicción que el Imperio realizará dicho nombramiento.»

—Santo Ghu —dijo Renner.

—Dios mío, Kevin, creo que lo harán —comentó Joyce.

«Gobernador o no, sé que Kevin Renner se verá poseído por los demonios si no es capaz de observar los eventos futuros en el sistema de la Paja. Confieso que también a mí me gustaría estar allí. Para ayudar a Kevin Renner a satisfacer su curiosidad compulsiva, le lego mi yate personal conocido como Simbad; y como sé que no ha robado nada de mi dinero, y ciertamente no dispone del suficiente para operar mi yate, le dejo la suma de diez millones de coronas en efectivo a ser pagada después de la liquidación de los demás bienes, otros que Autonética Imperial, descritos en la parte principal de mi testamento, tales como las que se restarán de las propiedades residuales; y también le dejo a Kevin Renner diez mil una acciones de capital con derecho a voto de Autonética Imperial. Kevin, eso es el cinco por ciento más una acción de la compañía, y hay un motivo por el que quiero que lo tengas.

»El balance de mi participación en Autonética Imperial, que suma un sesenta y cinco por ciento adicional de capital con derecho a voto, será dividido de la siguiente forma:

»A mi nieto mayor vivo, treinta y nueve mil novecientos noventa y nueve acciones. A Eudoxo, como representante de la familia pajeña conocida como los Comerciantes de Medina, treinta mil acciones. A Omar, como representante de la familia pajeña conocida como la Compañía de la India, veinte mil acciones. A Victoria, como representante de la familia pajeña conocida como los Tártaros de Crimea, cinco mil acciones. Al Mediador pajeño conocido como Alí Babá, treinta mil acciones.»

La imagen de Bury se rió entre dientes. Y bien que podía hacerlo, pensó Renner.

«Las acciones restantes las poseen socios, bancos, empresas y otros humanos designados por el Imperio. Si te tomas la molestia de contemplar los posibles bloques de

votos, descubrirás que las combinaciones son interesantes. Kevin, Alá ha decretado que vivas en tiempos interesantes, y yo no hago otra cosa que apoyar su deseo.

»Un último legado: a Roderick, Lord Blaine, antiguo capitán del crucero Imperial MacArthur, le lego los archivos personales sellados que están designados con su nombre. Contienen información sobre agentes que han sido útiles al Imperio del Hombre, pero que ahora pueden resultar peligrosos. Sé que Lord Blaine llevará satisfactoriamente los deberes morales inherentes a dicho conocimiento.

»En cuanto a los demás, encontraréis los detalles en el cubo que le he confiado a Nabil. He dispuesto con generosidad para aquellos que me han servido con lealtad. Creo que lealmente he cumplido mis deberes con Alá, con mis compatriotas y con el Imperio; y lo que sea que Alá decrete para mi futuro, me siento complacido de que hayamos hecho todo lo que hemos podido.

»Da testimonio de ello mi voz y mi firma, Horace Hussein al-Shamlan Bury, a bordo del yate Simbad, en algún lugar del sistema de la Paja».

*Mirad en torno a nuestro mundo; contemplad la cadena del amor,  
confirmando todo lo que hay abajo y todo lo que hay arriba.  
Ved a la plástica naturaleza trabajando para tal propósito,  
a los solitarios átomos hacia los otros moverse,  
atraer, ser atraído el siguiente en su lugar adecuado,  
formado e impulsado a abrazar a su vecino.  
Ved luego a la materia, con la variada vida resistiendo,  
avanzando todavía hacia un centro: el bienestar general.  
Ved al moribundo vegetal sustentar la vida,  
ved a la vida disolviéndose de nuevo en vegetal.  
Todas las formas que perecen abastecen a otras formas  
(por turnos recibimos el aliento vital y morimos);  
como burbujas nacidas en el mar de la materia,  
se elevan, se quiebran, y a ese mar retornan.  
Nada es ajeno; las partes pertenecen al todo:  
un alma que todo lo abarca y preserva  
relaciona a todos los seres, al más grande con el ínfimo;  
hizo a las bestias en ayuda del hombre y al hombre de la bestia,  
¡todos servidos y todos sirviendo! Nada está solo;  
la cadena resiste, y dónde termina nadie lo sabe.*

Alexander Pope, *An Essay on Man*

## Índice

### PRIMERA PARTE: FANTASMA DE LA NIEVE

1. Rincón de la interacción
2. Recepciones
3. El Gusano del Magüey
4. Fantasma de la nieve
5. La Verdadera Iglesia

### SEGUNDA PARTE: ESPARTA

1. Capital
2. Turistas
3. Jock
4. Veto
5. Pasajeros
6. Las semillas de la traición

### TERCERA PARTE: EL FOSO ALREDEDOR DEL OJO DE MURCHESON

1. Nueva Irlanda
2. La Comisión Alta
3. Comunicaciones
4. El Punto-I
5. La batalla de la Hermana de Eddie el Loco
6. Adquisición hostil
7. Laberinto de mentiras
8. Medina Base Seis

### CUARTA PARTE: LA LOMBRIZ DE EDDIE EL LOCO

1. Los Tártaros
2. La Ciudad de las Alimañas

3. Chocolate
4. Mensajes
5. Los rifles de la Mezquita de Medina
6. Juicio
7. La conmoción del Salto
8. Persecución sostenida

EPÍLOGO: FIN DEL JUEGO

**FIN**